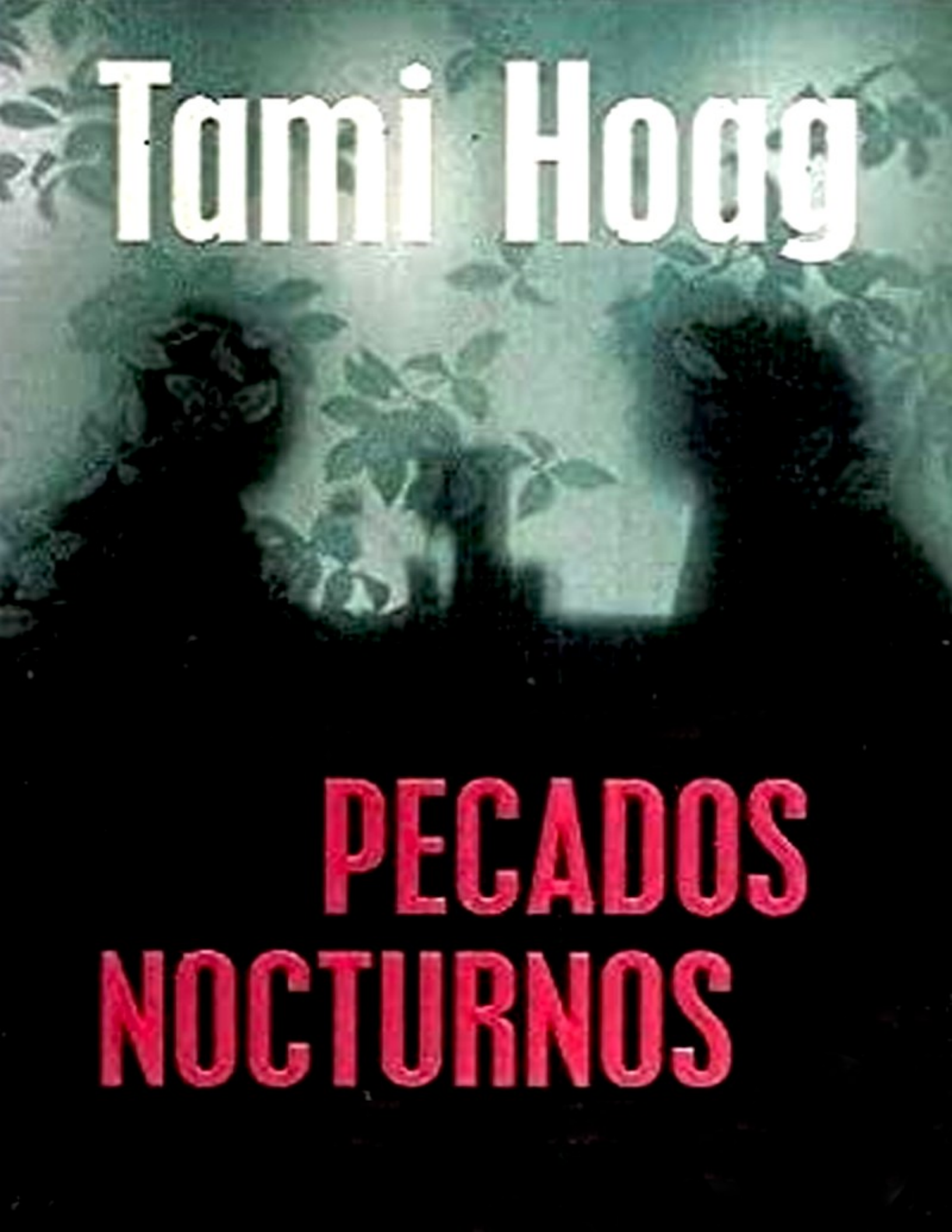

Tami Hoag
PECADOS
NOCTURNOS

Deer Lake es un pequeño pueblo de Minnesota en el que todos los vecinos se conocen y el crimen es algo que sólo se ve en los noticieros de la televisión. Pero la ilusión de la seguridad queda destruida cuando Josh Kirkwood, el pequeño de ocho años, desaparece del campo de *hockey* mientras espera a su madre. Lo único que encuentra la policía es la bolsa con sus pertenencias, y en su interior una nota: «La ignorancia no es inocencia sino PECADO». A cada hora que pasa, la búsqueda de Josh adquiere una intensidad difícil de soportar. Para Megan O'Malley, el caso se convierte en la oportunidad de saber si logrará introducirse en el mundo masculino de la policía local. Para Mitch Holt es el espantoso recordatorio del crimen que destrozó su vida antes de trasladarse a Deer Lake. Junto lucharán por resolverlo, mientras un lunático acecha preparando el siguiente movimiento de una partida en la que sólo él conoce las reglas…

Tami Hoag

Pecados nocturnos

Deer Lake 01

Título original: *Night Sins*
Tami Hoag, 1995
Traducción: Graciela Jáuregui Lorda
Rige bajo normativa RAE previa al 2010

PECADOS NOCTURNOS

Tami Hoag

Registro diario
27 de agosto de 1968

Hoy han encontrado el cuerpo. No tan pronto como yo esperaba. Obviamente, teníamos una opinión demasiado buena de ellos. La policía no es tan lista como nosotros. Nadie lo es.

Nos quedamos en la acera y observamos. Qué escena tan triste. Hombres maduros llorando y vomitando en los arbustos. Iban de aquí para allá en la esquina del parque, pisoteando la hierba, y rompiendo las ramas. Llamaban a Dios, pero Dios no respondió. Nada cambió. No cayeron relámpagos. Nadie sabía quién ni por qué. Rica Melles yacía muerto, con los brazos extendidos, las zapatillas hacia arriba.

Nos quedamos en la acera mientras llegaba la ambulancia haciendo destellar las luces, y más patrulleros, y coches de gente de los alrededores del pueblo. Estuvimos entre la multitud, pero nadie nos vio, nadie nos miró. Creyeron que no éramos dignos de su atención, que no éramos importantes. Pero en realidad estamos sobre ellos, y somos invisibles. Son ciegos, estúpidos, y confiados. Nunca pensarían en mirarnos.

Tenemos doce años.

1
12 de Enero de 1994. Día 1
17:26 -5 °C

Josh Kirkwood y sus dos mejores amigos salieron del vestidor hacia el atardecer frío y oscuro, gritando a todo pulmón. Sus alientos se elevaban en movedizas nubes de vapor. Se lanzaron por los escalones como cabras saltarinas y aterrizaron hundiéndose hasta las caderas en la nieve de la ladera de la colina. Los palos de *hockey* se deslizaron hacia abajo, y los bolsos atrás. Luego bajaron los Tres Amigos, chillando y riéndose, arropados con coloridas chaquetas para esquiar y brillantes gorros.

Los Tres Amigos. Así los llamaba el padre de Brian. La familia de Brian se había mudado a Deer Lake, Minnesota, desde Denver, Colorado, y su padre aún era un gran fanático de los Broncos. Él decía que los Broncos tenían algunos receptores llamados los Tres Amigos y que eran realmente buenos. Josh era fanático de los Vikings. En lo que a él concernía, cualquier otro equipo era un «grupo de debiluchos», excepto quizá por los Raiders, porque sus uniformes eran fríos. A él no le gustaban los Broncos, pero le agradaba el mote: los Tres Amigos.

—¡Somos los Tres Amigos! —gritó Matt cuando aterrizaron apilados de pie al pie de la colina.

Luego inclinó la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo. Brian y Josh hicieron lo mismo, y el ruido fue tan terrible que a Josh le retumbaron los oídos.

Brian comenzó a reírse de manera incontrolable. Matt se sacudió hacia atrás y comenzó a moverse como un ángel de nieve, meciendo los brazos y las piernas y describiendo grandes arcos, como si estuviera tratando de subir la colina nadando de espalda. Josh se puso de pie y se sacudió como un perro, mientras Coach Olsen salía del predio helado.

Coach tenía por lo menos cuarenta y cinco años, era obeso y casi calvo, pero era un buen entrenador. Gritaba mucho, pero también se reía mucho. Cuando comenzó la temporada de *hockey* les dijo que si se enloquecía demasiado debían recordarle que sólo tenían ocho años. El equipo había elegido a Josh para esa tarea. Él era uno de los colaboradores del capitán, una responsabilidad que lo complacía mucho aunque nunca lo hubiera admitido. A nadie le agrada un fanfarrón, decía mamá. Si uno realiza bien su trabajo, no hay motivo para alardear. Un buen trabajo habla por sí mismo.

Coach Olsen comenzó a bajar los escalones, bajando las orejeras de su gorra de caza. Tenía la punta de la nariz roja por el frío. El aliento que salía de su boca subía alrededor de su cabeza como el humo de una chimenea.

—Muchachos, ¿alguien los llevará a casa esta noche?

Respondieron todos al unísono, disputándose la atención del entrenador gritando y haciéndose los tontos. Coach se rió y levantó sus manos enguantadas en un gesto de rendición.

—¡Está bien, está bien! Si tienen frío mientras esperan, el patinódromo está abierto. Si necesitan usar el teléfono, Olie está adentro.

Luego Coach subió de un salto al coche de su novia como lo hacía todos los miércoles, y ambos se alejaron para cenar en Grandma’s Attic, en el centro del pueblo. En el menú ponía Todo Lo

Que Usted Pueda Comer. Josh imaginaba que Coach Olsen podía comer mucho.

Los vehículos rugían alrededor de la calzada circular que había frente al verdadero desfile de camionetas, puertas que se golpeaban, y extenuados tubos de escape que resoplaban. Los niños de varios equipos de la Liga Squirt arrojaban sus bastones y equipos en los baúles y subían a los automóviles con sus mamas o papas, hablando rápidamente sobre los juegos y ejercicios que habían realizado en los entrenamientos.

La mamá de Matt llegó en su nuevo Transport, una cosa con forma cuneiforme, que a Josh le parecía algo de *Viaje a las estrellas*. Matt abandonó su juego y corrió por la acera, y se despidió mientras se alejaba. Su madre, que llevaba un gorro rojo brillante, les preguntó desde la ventanilla derecha:

—Josh, Brian… ¿tienen quién los lleve?

—Mi mamá viene a buscarme —respondió Josh, y se sintió ansioso por verla. Ella lo recogería de camino a casa desde el hospital, y se detendrían en la Torre Inclinada de Pizza para comprar la cena, y a ella le agradaría oír todo sobre el entrenamiento. Realmente le agradaría escucharlo. No como a su papá. Últimamente, papá fingía escuchar. Incluso a veces interrumpía a Josh para que se quedara callado. Más tarde siempre se disculpaba, pero aun así Josh se sentía mal.

—Mi hermana vendrá a buscarme —gritó Brian—. Mi hermana Beth, cabeza de culo —agregó en voz baja, mientras la señora Connor se alejaba.

—Tú eres cabeza de culo —bromeó Josh empujándolo.

Brian retrocedió riéndose y mostrando tres grandes huecos en la boca, donde antes había tenido dientes.

—¡Cabeza de culo!

—¡Aliento de culo!

—¡Cara de culo!

Brian recogió un puñado de nieve y se la arrojó a Josh en el rostro, y luego corrió hacia la acera, subió saltando por los escalones, y desapareció hacia la parte de atrás del edificio de ladrillos. Josh emitió un alarido de guerra y salió a buscarlo. Al minuto estaban tan entretenidos en su juego de ataque que el resto del mundo dejó de existir. Un muchacho perseguía al otro para arrojarle una bola de nieve cerca del rostro, en la espalda, por el cuello de la chaqueta. Después de un exitoso ataque cambiaban los roles y el cazador se convertía en cazado. Si el cazador no podía alcanzar a su presa después de contar hasta cien, la presa obtenía un punto.

Josh era bueno para esconderse. Era pequeño para su edad, y era listo, una combinación que le era muy útil en los juegos como el ataque. Golpeó a Brian con una bola de nieve en la nuca, giró y corrió. Antes de que Brian se sacudiera la nieve del abrigo, Josh estaba a salvo escondido atrás de los equipos de aire acondicionado que se encontraban junto al edificio. Los cilindros estaban cubiertos con lonas durante los meses de invierno y bloqueaban el viento. Se sentaban detrás, junto al costado del edificio, donde no llegaban las luces de la calle. Josh observó cómo Brian rodeaba cautelosamente un Dumpster, con una bola de nieve en la mano, apuntando a una sombra, y luego retrocediendo. Josh sonrió. Había encontrado el mejor escondite. Se mojó la punta del dedo índice y marcó un punto en el aire.

Brian llegó hasta uno de los arbustos que bordeaban el aparcamiento y separó las ramas del arbusto de la cerca. Reptó hasta ella golpeándose la comisura de los labios con la lengua. Esperaba que Josh no hubiera ido más allá de la cerca. En esta época del año, los setos eran el lugar más pavoroso del mundo, ya que todos los edificios estaban oscuros y vacíos y el viento aullaba alrededor de ellos.

Se oyó la bocina de un automóvil y Brian giró, mientras su corazón latía con fuerza. Gruñó disgustado mientras el Rabbit de su

hermana giraba en la curva.

—¡Vamos, apúrate, Brian! ¡Esta noche tengo ensayo!

—Pero…

—Pero nada, ¡desgraciado! —replicó Beth Hiatt. El viento le arrojó un mechón de su largo cabello rubio sobre el rostro y ella se lo colocó atrás de la oreja con la mano blanca de frío—. ¡Pon tu culete dentro del coche!

Brian suspiró y dejó caer la bola de nieve, y luego se encaminó hacia su mochila y su bastón de *hockey*. Beth, la Perra, aceleró el motor y puso el coche en marcha, como si fuera a abandonar a su hermano. Ya había hecho esto antes y ambos habían sido reprendidos, pero Brian se llevó la peor parte ya que Beth lo acusó de haberla metido en problemas y lo riñó durante cuatro días. Olvidó instantáneamente el juego y a su amigo, tomó sus cosas y corrió hacia el coche, pensando en la forma de reprochar a su hermana el haber sido tan mala.

Atrás del aire acondicionado, Josh oyó la voz de Beth Hiatt. Oyó el golpe de las puertas del coche y el rugido del Rabbit en el sendero circular. Demasiado para el juego.

Salió de su escondite y regresó a la parte delantera del edificio. El área de aparcamiento estaba vacía, excepto la vieja camioneta Chevy de Olie. El próximo entrenamiento comenzaba dentro de una hora. El sendero circular estaba vacío. Amontonada sobre el asfalto por innumerables neumáticos, la nieve destellaba bajo las luces de la calle, tan dura y brillante como un mármol blanco. Josh se quitó el guante de la mano izquierda y se levantó la manga de la chaqueta para mirar el reloj que el tío Tim le había enviado para Navidad. Era grande y negro, con muchas agujas y botones, como los que usaban los buceadores o los comandos. A veces Josh jugaba a que era un comando, un hombre en una misión, esperando para encontrarse con el espía más peligroso del mundo. Los números del cuadrante brillaban verdes en la oscuridad: 17:45.

Josh miró hacia la calle, esperando ver luces delanteras, esperando ver la camioneta con su mamá al volante. Pero la calle estaba oscura. Las únicas luces que brillaban débilmente eran las que salían por las ventanas de las casas. Adentro de esas casas, la gente estaba cenando, mirando las noticias por televisión, y conversando sobre las cosas del día. Afuera, el único sonido era el zumbido de los faroles y del viento frío que sacudía las ramas secas de los árboles muertos del invierno. El cielo estaba negro.

Él estaba solo.

17:17 -5°C

Ella casi había escapado. Tenía el abrigo puesto a medias, el bolso colgando del hombro, los guantes y las llaves del coche apretadas en una mano. Se apresuró por el pasillo hacia la puerta del ala oeste del hospital, mirando hacia adelante, diciéndose a sí misma que si no veía a nadie no la atraparían, sería invisible, escaparía.

Me parezco a Josh. Ésa es la clase de juego que a él le gusta… ¿Qué pasaría si pudiéramos convertirnos en invisibles? Los labios de Hannah esbozaron una suave sonrisa. Josh y su imaginación. La noche anterior lo había encontrado en la habitación de Lily, contando a su hermana una historia de aventuras sobre Zeek y Meek y Super Duper, personajes que Hannah había inventado para Josh cuando era éste pequeño. Estaba siguiendo la tradición, contándole la historia con gran entusiasmo, mientras Lily estaba sentada en su cuna, chupándose el pulgar, con sus ojillos celestes bien abiertos y asombrados, y pendiente de cada palabra de su hermano.

Tengo dos hijos maravillosos. Dos para la columna del haber. Por ahora tomaré lo que pueda conseguir.

La sonrisa se desvaneció y la tensión se instaló en el estómago de Hannah. Pestañeó varias veces y advirtió que estaba al final del pasillo, con el abrigo a medio poner. Rand Bekker, jefe de mantenimiento, estaba empujando la puerta con el hombro, dejando entrar una ráfaga de aire helado. Era un hombre corpulento, de tupida barba pelirroja. Se quitó un gorro de cazador color naranja y

se sacudió como un enorme buey mojado, como si así pudiera alejar el frío.

—Hola, doctora Garrison. Es una noche terrible ahí afuera.

—¿En serio? —Hannah sonrió automáticamente, estúpidamente, como si estuviera hablando con un extraño. Pero en el Deer Lake Community Hospital no había extraños. Todos conocían a todos.

—Se lo aseguro. Está ideal para un Snowdaze.

Rand sonrió con satisfacción, adelantándose al festival con el mismo entusiasmo que un niño que espera la mañana de Navidad. El Snowdaze era un gran acontecimiento para un pueblo del tamaño de Deer Lake, una excusa para los quince mil residentes para romper la monotonía del largo invierno de Minnesota. Hannah trató de demostrar un poco de entusiasmo. Sabía que Josh esperaba ansioso el Snowdaze, especialmente el desfile de antorchas. Pero a ella le resultaba difícil sentirse con ánimo para fiestas en estos días.

Sobre todo, se sentía cansada, agotada, desalentada. Y por encima de todo esto había una fina película de desesperación, como un envoltorio plástico, porque no podía demostrar ninguno de esos sentimientos. La gente dependía de ella, la respetaba, la consideraba un modelo de mujer trabajadora. Hannah Garrison: médica, esposa, madre, mujer del año; haciendo juegos malabares con todos los roles que se le pedían con habilidad, tranquilidad, y una bella sonrisa de reina. Últimamente, los títulos pesaban tanto como bolos de *bowling* y sus brazos estaban cada vez más cansados.

—¿Un día duro?

—¿Qué? —Volvió a prestar atención a Rand—. Lo lamentó, Rand. Sí, ha sido uno de esos días.

—Entonces, mejor la dejo ir. Tengo una cita con una caldera.

Hannah susurró un adiós mientras Bekker abría una puerta con un cartel que decía Sólo Personal De Mantenimiento y desaparecía tras ella, dejándola sola en el pasillo. Su voz interior, la voz del pequeño duende que mantenía tenso el envoltorio sobre sus emociones, lanzó un grito.

¡Vamos! ¡Ahora! ¡Escapa mientras puedas! ¡Vete!

Tenía que ir a buscar a Josh. Se detendrían a comprar una *pizza*, y luego irían a buscar a su hermana Lily. Después de la cena tenía que llevar a Josh a su clase de religión… Pero su cuerpo se negaba a responder. Entonces perdió la oportunidad para la gran fuga.

—Doctora Garrison a Emergencias. Doctora Garrison a Emergencias.

Su parte egoísta surgió nuevamente, diciéndole que aún podía irse. Esta noche no estaba de guardia, no tenía pacientes en las cien camas que necesitaran de su atención personal. Aquí no había nadie que pudiera verla escapar. Podía dejarle el trabajo al médico de guardia, Craig Lomax, que creía que había sido puesto en la tierra para correr a ayudar a los mortales y consolarlos con su aspecto de muchacho de portada de revista. Esta noche Hannah ni siquiera era el reemplazo. Pero tras esos pensamientos apareció la culpa. Ella había jurado servir. No importaba si había visto suficientes gargantas enfermas y cuerpos magullados por hoy. Tenía un deber, uno mucho más grande ahora que el directorio del hospital la había nombrado directora de Emergencias. La gente de Deer Lake dependía de ella.

La llamada volvió a repetirse. Hannah suspiró y sintió que las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos. Estaba agotada, física y emocionalmente. Necesitaba el descanso de esa noche, una noche sola con los niños; con Paul trabajando hasta tarde, y descargando su sarcasmo en la oficina en lugar de hacerlo con su familia.

Un mechón de pelo rubio se escapó de su cola de caballo y cayó sobre su mejilla. Hannah suspiró y se lo colocó atrás de la oreja, mientras miraba hacia el área de aparcamiento, que bajo las luces halógenas adquiría un tono sepia.

—Doctora Garrison a Emergencias. Doctora Garrison a Emergencias.

Se quitó el abrigo y lo colocó doblado sobre el brazo.

—¡Por Dios! ¡Ahí estás! —exclamó Kathleen Casey mientras se acercaba rápidamente por el corredor, con la bata blanca del laboratorio flameando a su espalda. Sus zapatos gruesos y acolchados casi no hacían ruido sobre el suelo lustrado. La enfermera, con su metro cincuenta, tenía rasgos de duende, una mata de grueso pelo rojo, y la tenacidad de un toro. Su uniforme consistía en un equipo quirúrgico y un broche que proclamaba No Se Queje.

Hannah trató de sonreír.

—Lo lamento. Dios puede ser una mujer, pero no *esta* mujer.

Kathleen resopló mientras tomaba el brazo de Hannah.

—Lo harás.

—¿No lo puede manejar Craig?

—Quizá, pero mejor busquemos una forma de vida superior.

—Ni siquiera estoy de guardia esta noche. Tengo que ir a buscar a Josh a *hockey*. Llamen al doctor Baskir…

—Lo hicimos. Está en cama con tu amiga y la mía, la gripe de Jurassic Park, también conocida como *Tracheasaurus phlegmus*. Ése sí que es un maldito virus. La mitad del personal lo tiene, lo cual significa que yo, Kathleen Casey, reina de Emergencias, debo presionarte para que tomes el servicio contra tu voluntad. No tardaremos mucho, te lo prometo.

—Famosas últimas palabras —murmuró Hannah. Kathleen la ignoró y comenzó a girar como si tuviera toda la intención de arrastrar a Hannah en su camino. Los pies de Hannah se pusieron en movimiento, mientras se oía la sirena de una ambulancia a lo lejos.

—¿Qué es lo que viene? —preguntó con resignación.

—Un accidente de tránsito. Un muchacho patinó sobre una placa de hielo en Old Cedar Road y chocó contra un coche lleno de abuelas.

Las dos apresuraban el paso, y los tacones de las botas de cuero de Hannah resonaban con un rápido ritmo incisivo. Su fatiga y las emociones que la acompañaban desaparecieron bajo la superficie

del deber y su «funcionamiento de médica» como lo llamaba Paul. Las fuentes de la energía se encendieron dentro de ella, llenando su cerebro de luz, enviando una corriente de adrenalina por todo su cuerpo.

—¿En qué estado están? —preguntó Hannah, con un tono seco.

—Enviaron a dos críticas al Hennepin County Medical Centre. Nosotros recibimos las menos graves. Dos abuelas con golpes y magulladuras, y el muchachito. Parece que él se golpeó bastante.

—¿No llevaba cinturón de seguridad?

—¿Por qué te preocupas cuando no has vivido lo suficiente para comprender el concepto de mortalidad? —le respondió Kathleen mientras llegaban al área que servía como lugar para las enfermeras y oficina de admisión.

Hannah se inclinó sobre el mostrador.

—Carol, ¿podrías llamar al estadio de *hockey* y avisarle a Josh que llegaré un poco más tarde? Quizá pueda practicar patinaje.

—Por supuesto, doctora Garrison.

El doctor Craig Lomax llegó a la escena con inmaculados guantes quirúrgicos verdes, como un médico de novela.

—Dios mío —murmuró Kathleen—, ha estado viendo las reposiciones de *Centro Médico*. Tiene el cabello a lo Chad Everett.

Algunos mechones de pelo negro le caían sobre la frente de manera descuidada, aunque probablemente había pasado quince esmerados minutos frente al espejo para lograrlo. Lomax tenía treinta y dos años, estaba locamente enamorado de sí mismo, y sufría de una superabundancia de confianza en sus talentos. Había llegado a la comunidad de Deer Lake en abril, rechazado por los mejores centros médicos de las Twin Cities, una verdad dura que no había afectado su ego. Deer Lake estaba tan alejada que no podían ser demasiado remilgados. La mayoría de los médicos prefería los salarios de la zona metropolitana en lugar de servir a las necesidades de un pequeño pueblo rural.

Lomax tenía una expresión grave que se quebró un poco cuando vio a Hannah.

—Creí que te habías ido a casa —le dijo bruscamente.

—Kathleen me atrapó.

—Justo a tiempo —agregó la enfermera.

Lomax suspiró profundamente para castigarla por su actitud.

—Salvado, Craig —replicó Hannah, dejando sus cosas en un sillón de la sala de espera y adelantándose mientras se abrían las puertas de Emergencias.

Entró una camilla, un paramédico en la parte trasera, otro inclinado sobre el paciente, hablándole con tono tranquilizador.

—Ánimo, Mike. Los médicos que tenemos aquí te dejarán como nuevo.

El joven de la camilla gruñó y trató de sentarse, pero las correas que le cruzaban el pecho y los brazos se lo impidieron. Tenía el rostro tenso y gris a causa del dolor, y un collar cervical le inmovilizaba el cuello. La sangre le corría por la sien desde un corte que tenía en la frente.

—¿Qué tenemos aquí, Arlis? —preguntó Hannah, levantándose las mangas del jersey.

—Mike Chamberlain. Diecinueve años. Está un poco conmocionado —respondió el paramédico—. Pulso ciento veinte. Presión normal. Recibió un golpe en la frente y tiene algunos huesos rotos.

—¿Está lúcido?

Lomax la interrumpió camino a la camilla con un movimiento muy suave.

—Yo me ocuparé, doctora Garrison. Usted está fuera de servicio. Mavis.

Hizo una seña con la cabeza a Mavis Sandstrom. La enfermera intercambió una mirada con Kathleen, su expresión era tan vacía como la de un estafador.

Hannah se mordió la lengua y retrocedió. No tenía sentido pelear con Lomax frente al personal y al paciente. A la administración no le agradaban esa clase de problemas. De todos modos ella no quería estar allí. Sería mejor dejar que Lomax se ocupe del paciente que requerirá más tiempo.

—Sala de tratamientos tres, muchachos —ordenó Lomax, y los guió por el corredor, mientras una segunda ambulancia entraba al sendero—. Comencemos con un IV con anillos de…

—El ego del doctor Craig golpea otra vez —refunfuñó Kathleen—. Aún tiene que aceptar la idea de que ahora eres su nuevo jefe.

—Es un pesado —comentó Hannah con calma—. Si lo ignoramos lo suficiente, quizá deje de marcar territorio y todos podamos vivir felices.

—O quizás enloquezca y lo encontremos en el área de aparcamiento, meando las ruedas de los coches.

No había tiempo para reírse. Un fornido ayudante de la segunda ambulancia entró en la recepción.

—¡Tenemos un paro completo! Ida Bergen. Sesenta y nueve. La traíamos con cortes y magulladuras, y cuando entramos al sendero, *¡bam!*, se tomó el pecho y se fue…

Hannah no oyó el resto de las palabras. Kathleen y otra enfermera entraron en acción. La sala de emergencias se convirtió en un torbellino de ruidos y movimientos. Órdenes gritadas y retransmitidas. Llamadas pidiendo personal adicional. La camilla que salía de la recepción por el corredor. La carretilla con elementos de urgencia que entraba con estrépito en la sala de terapia.

—Procedimiento ACLS estándar, muchachos —gritó Hannah—. Necesito un tubo endotraqueal 6.5. Pongamos un poco de aire en sus pulmones. ¿Tenemos pulso sin resucitación cardiopulmonar?

—No.

—¿Con resucitación?

—Presión de cuarenta sobre veinte y bajando rápidamente.

—Comiencen con intravenosa. Suspendan el bretylium y la dopamina y administren epinefrina.

—¡Maldición, no puedo encontrar la vena! Vamos, nena, vamos, ven con mamá Kathleen.

—Alien, busca sonido pulmonar. Paren la resucitación cardiopulmonar. Angie, desvístela. ¿Vienen los de respiración?

—Jim viene hacia aquí.

—¡Lo logré! —Kathleen deslizó el tubo sobre el catéter y lo pegó con una cinta con sus pequeñas manos rápidas y seguras. Un ayudante le alcanzó la epinefrina y ella la inyectó en el tubo.

—V-fib fino, doctora Garrison.

—Necesitamos defibrilar. Chris, sigue con la resucitación cardiopulmonar hasta que te indique. Alien, aumenta a 320 —Hannah tomó las almohadillas y las frotó para que se esparciera el gel—. ¡Prepárense! —Las almohadillas en posición sobre el pecho desnudo de la mujer—. ¡Ya! *Aprieta los botones* —el cuerpo de la mujer saltó en la camilla.

—¡Nada! No hay pulso.

—¡Otra vez! —Ella volvió a apretar los botones. Miró el monitor, donde una línea verde dividía en dos la pantalla—. Una vez más.

El cuerpo de la mujer se convulsionó. La línea recta se interrumpió como un latigazo y el monitor comenzó a emitir un pulso errático. La habitación se llenó de júbilo.

Trabajaron con Ida Bergen durante cuarenta y cinco minutos, sacándola de las garras de la muerte, sólo para perderla diez minutos después. Realizaron el milagro por segunda vez, pero no una tercera.

Hannah comunicó la noticia al esposo de Ida. La ropa de trabajo de Ed Bergen despedía el olor dulce y tibio de las vacas y la leche fresca, y un picante olor a abono. Tenía el mismo rostro estoico que Hannah había visto en muchos granjeros nórdicos, pero ahora sus

ojos estaban brillantes y húmedos de preocupación, y se llenaron de lágrimas cuando le dijo que habían hecho todo lo posible, pero que no habían podido salvar a su esposa.

Se sentó con él y lo condujo a través de algunos de los crueles rituales de la muerte. Aun en este momento de dolor había que tomar decisiones… Ella continuó con la rutina con un tono bajo y uniforme, sintiéndose un copiloto, entumecida por el agotamiento, quebrantada por la depresión. Como médica, había jugado con la muerte una y otra vez, pero no siempre la dejaba ganar, y nunca había aprendido a ser una buena perdedora. La adrenalina que la había alimentado durante la crisis se había evaporado. La depresión era inminente. Otra parte conocida de la rutina que odiaba.

Después de que el señor Bergen se marchó, Hannah fue hasta su oficina, se sentó en el escritorio con las luces apagadas, y apoyó la cabeza sobre las manos. Esta vez dolía más. Quizá porque por primera vez en su vida se sintió peligrosamente cerca de la pérdida. Tenía problemas con su matrimonio. El matrimonio de Ed Bergen había terminado. Un coche fuera de control sobre un camino helado terminó con cuarenta y ocho años de compañerismo. ¿Habrían sido buenos años? ¿Años de amor? ¿Lamentaría la pérdida de su esposa o simplemente seguiría adelante?

Pensó en Paul, en su descontento y su hostilidad. Diez años de matrimonio se estaban deshaciendo como una seda gastada, y se sentía impotente para detenerlo. No tenía una referencia. Nunca había perdido nada, nunca había desarrollado la habilidad para luchar contra la pérdida. Sintió que llegaban las lágrimas… lágrimas por Ida y Ed Bergen, y por ella. Lágrimas de dolor y confusión, y agotamiento. Temía dejar que comenzaran a caer. Tenía que ser fuerte. Tenía que encontrar una solución, hacer feliz a todo el mundo. Pero esta noche las cargas eran demasiado pesadas sobre sus débiles hombros. No podía dejar de pensar que la única luz al final del túnel era la de un gran tren negro.

Unos nudillos golpearon la puerta y Kathleen asomó la cabeza.

—¿Sabes que ella iba a ver a un especialista del corazón en Abbott-Northwestern desde hacía años? —le dijo con calma.

Hannah encendió la lámpara del escritorio.

—¿Cómo está el paciente de Craig?

Kathleen se sentó en la silla de los visitantes. Cruzó un pie sobre la rodilla y frotó una mancha de tinta que tenía en el pantalón.

—Se pondrá bien. Un par de huesos rotos, una pequeña conmoción cerebral. Tuvo suerte. En el momento del impacto su coche quedó de costado. El otro lo golpeó del lado del acompañante. Pobre muchacho. Se siente muy mal por el accidente. Repite una y otra vez que el camino estaba seco y de pronto estaba esa gran mancha de hielo, y ya no pudo controlarlo.

—Creo que a veces la vida puede ser de esa manera —murmuró Hannah, tocando con los dedos el pequeño reloj con forma de cubo que estaba sobre el escritorio. La madera era de arce, fina y suave al tacto. Un regalo de aniversario de Paul de hacía cuatro años. Un reloj para que siempre supiera cuánto tiempo faltaba para que volvieran a estar juntos.

—Sí, bueno. Tú ya chocaste contra tu parche de hielo por esta noche —le respondió Kathleen—. Es hora de que te levantes, te sacudas el polvo, y te vayas a casa con los soldados rasos.

Hannah sintió que un frío la penetraba como una daga de hielo. Apretó el reloj con los dedos, y levantó el rostro hacia la luz. Seis y cincuenta.

—Oh, Dios mío. Josh. ¡Me olvidé de Josh!

www
Registro diario
Día 1

El plan ha sido perfeccionado.
Los jugadores han sido elegidos.
El juego comienza hoy.

2
Día 1
18:42 -5°C

Megan O'Malley nunca hubiera esperado encontrarse con un jefe de policía en ropa interior, pero otra vez, era uno de esos días. No había distribuido bien el tiempo al mudarse a su nueva vivienda. En realidad, no había tenido en cuenta todos los inconvenientes que encontró antes, durante, y después de la mudanza. Se recriminó por eso. Tendría que haberlo sabido.

Por supuesto que había cosas que no podían preverse. Estaba más allá de toda previsión la rotura, ayer, de la llave de encendido del camión de la mudanza, por ejemplo. También que su nuevo casero ganaría en las apuestas de la Legión Americana y se iría del pueblo en una excursión a Las Vegas. No podría haber imaginado que dar con las llaves de su apartamento implicaría una cacería humana que la llevaría hasta los lugares más remotos de la fábrica de quesos Buckland, o que una vez que estuviera en el piso no funcionaría ninguno de los servicios que hacía dos días funcionaban. Ni el teléfono. Ni la electricidad. Ni el gas.

Los desastres y demoras se reunieron en un dolor sobre su ojo derecho. El dolor golpeaba los bordes de su cerebro amenazando con convertirse en un completo dolor de cabeza. Lo último que necesitaba era comenzar en su nuevo destino con una migraña. Eso

la definiría muy bien: una debilucha. Pequeña y débil… una imagen con la que tenía que luchar aun cuando gozaba de buena salud.

Hasta hoy era una agente del Departamento de Captura Criminal de Minnesota, una de las mejores agencias para el cumplimiento de la ley del Medio Oeste. Hasta hoy era una entre sólo once agentes del Estado. La única mujer. La primera mujer en romper la barrera de la testosterona en las filas del Departamento de Captura Criminal. Probablemente alguien en alguna parte estaría orgulloso de ella por esto, pero Megan dudaba de que ese sentimiento se extendiera a los bastiones masculinos que se ocupaban de hacer cumplir la ley. Las feministas la llamarían una pionera. Otros utilizarían palabras omitidas en el lenguaje por una cuestión de propiedad.

Megan se consideraba una policía. Estaba cansada de discutir el sexo. Había realizado todos los cursos necesarios, pasado todos los exámenes… en la clase y en las calles. Sabía cómo manejarse a sí misma, sabía cómo manejar cualquier cosa que pudiera disparar. Había cumplido su tiempo en una patrulla, se había ganado sus galones como detective. Había cumplido las horas en las comisarías, y la habían pasado por alto dos veces para un destino de campo. Finalmente había llegado su momento.

Leo Kozlowski, el agente de distrito de Deer Lake, había muerto de un ataque cardiaco a los cincuenta y tres años. Treinta años de rosquillas y cigarrillos baratos habían terminado con él y lo dejaron boca abajo sobre un plato de albóndigas en el Scandia House Café.

Cuando la noticia de su muerte se difundió por las oficinas de las comisarías, Megan guardó un minuto de silencio en honor de Leo, y luego envió otro memorándum al ayudante del inspector, presentando su nombre para ocupar el cargo. Cuando se acercaba el día de la toma de una decisión sin haber oído nada alentador, tomó su informe de servicios y fue a la oficina del agente especial encargado de la oficina regional de St. Paul. Bruce DePalma recitó la misma canción de siempre. Todos los agentes son hombres. Los jefes y alguaciles para los que han trabajado eran todos hombres.

Los detectives y agentes que integraron su sistema habían sido casi todos hombres. No, eso no era discriminación, era la realidad.

—Bueno, tengo otra dosis de realidad para ti, Bruce —le dijo Megan, colocando su legajo sobre su inmaculado escritorio—. Yo tengo más experiencia en investigación, más tiempo de clase, y un mejor registro de arrestos que ninguna otra persona que aspire a este destino. Aprobé el curso para agentes en la academia del FBI y puedo darle a los huevos de un ratón a ciento ochenta metros. Si vuelven a pasarme por alto sólo porque tengo tetas, me oirás rugir durante todo el camino hasta el *Pioneer Press*.

DePalma frunció el entrecejo. Tenía una cualidad propia de Nixon por la cual nunca se había hecho querer por la prensa. Megan imaginó la escena: periodistas llamándolo evasivo y no cooperador, mientras las cámaras enfocaban sus astutos ojos.

—Eso es chantaje —le respondió por fin.

—Y ésta, discriminación sexual. Quiero el nombramiento porque soy buen policía y porque lo merezco. Si voy allí y fallo, entonces tráeme de regreso, pero dame la oportunidad de intentarlo.

DePalma se hundió en la silla y levantó los hombros huesudos hasta las orejas, una pose que se asemejaba a la de un buitre en una rama. El silencio flotaba tenso entre ellos. Megan mantenía su territorio y su mirada. Detestaba las amenazas; quería el trabajo por mérito. Pero sabía que el alto mando era especialmente susceptible a expresiones tales como *acoso y discriminación sexual*, y aún tenía un cierto escozor por los cargos de acoso sexual que varias empleadas habían formulado unos meses antes contra el superintendente dado de baja. Era un riesgo, pero la evocación era suficiente para que DePalma prestara atención.

La miró fijamente, le temblaba la mandíbula y apretaba los dientes.

—Allí hay un viejo sistema. El sistema es esencial para un trabajo policial que funcione. ¿Cómo esperas entrar en él cuando todos piensan que no le perteneces?

—Les haré ver que sí pertenezco.

—Te darás contra una pared cada vez que des una vuelta.

—Para eso son los martillos neumáticos. DePalma negó con la cabeza.

—Éste es un trabajo para sutilezas, no para martillos.

—Usaré guantes de niños.

«O mitones», pensó mientras apretaba nerviosa el botón de la calefacción del coche. Frustrada y helada, golpeó el tablero con el puño y recibió una nube de polvo de los ventiladores. El Chevy Lumina era un vejestorio del parque móvil del departamento. Funcionaba, tenía cuatro buenas ruedas, y el equipo de radio requerido. No se iba a quejar.

Agente del Departamento de Captura Criminal. El DCC había sido creado por la legislatura del Estado en 1927 para brindar servicios de investigación, laboratorio e informes multijurisdiccionales a las otras agencias estatales, una versión reducida del FBI. Ahora Megan era la delegada del Departamento en una zona de diez condados. Ahora era el vínculo entre las autoridades locales y los cuarteles centrales. Consultora, detective, zar de la droga… tenía que usar muchos sombreros, y como era la primera mujer en ese trabajo, todos le tenían que ir muy bien.

Llegar tarde a la primera reunión con el jefe de policía del pueblo que sería su base de operaciones no era un buen comienzo.

—Tendrías que haber concertado la cita para mañana, O'Malley, —murmuró para sí, mientras bajaba del coche, forcejeando con lo que parecían veinte metros de bufanda de lana gris.

La bufanda era como una pitón enroscada alrededor de su cuello, de su brazo, del portafolios. La estiró, la acomodó maldiciendo mientras atravesaba la pista de patinaje que estaba junto a un aparcamiento, atrás del Ayuntamiento de Deer Lake y del centro policial. Tomó el extremo de la bufanda y lo lanzó sobre su hombro, y entonces perdió el equilibrio. Realizó una especie de extraño paso de baile para no caer. Los tacones de las botas que había elegido

para tener la ilusión de un poco más de altura actuaron como cuchillas de patines. Bailó durante otros dos metros hacia el edificio, y luego cayó como un saco de patatas, golpeándose las nalgas. El dolor le recorrió la columna desde el coxis hasta el cerebro y allí sonó como una campana.

Megan permaneció allí sentada durante un momento, con los ojos cerrados, pero luego el frío comenzó a penetrar a través de sus pantalones de lana negros. Miró a su alrededor en busca de testigos. Afortunadamente no había ninguno. La tarde había sido aplastada por el peso de la oscuridad. Las cinco habían llegado y también habían pasado; la mayoría del personal de las oficinas ya se había retirado. Probablemente el jefe Holt también se había retirado, pero ella deseaba haberse presentado a la cita. Tres horas tarde, pero al menos haberse presentado.

—Odio el invierno —gruñó, recogió las piernas y se incorporó con poca gracia y confianza, resbalando, tropezando y finalmente apoyándose en un coche para mantenerse erguida—. Odio el invierno.

Ojalá estuviera en alguna parte al sur del invierno con nieve. No importaba que hubiera nacido y se hubiera criado en St. Paul. El amor por las temperaturas árticas no era parte de su genética. No tenía afinidad por las chaquetas. Los *jerseys* de lana le provocaban picazón.

Si no hubiera sido por su padre, ya habría partido hacía mucho tiempo hacia climas más amistosos. Habría aceptado el destino que le había ofrecido el FBI cuando estuvo en la academia de Quantico, Memphis. La gente de Memphis ni siquiera sabía lo que era el invierno. La nieve era todo un acontecimiento en Memphis. Probablemente sus termómetros ni siquiera tendrían números bajo el cero. Si escucharan las palabras *Alberta clipper*, probablemente pensarían que era el nombre de un barco, no un sistema de medición del tiempo que traía parámetros de viento helado

suficientes como congelar el tuétano de los huesos de los osos polares.

Me quedaré aquí por ti, Pop.

Como si a él le importara.

Los dientes del dolor de cabeza mordisqueaban un poco más.

El centro de Deer Lake era nuevo. Un elegante edificio de dos pisos con forma de V era testimonio de los crecientes impuestos que habían traído los profesionales que llegaban de las ciudades. El pueblo estaba dentro del área sur servida por el metro de la ciudad. Con el aumento del crimen y el congestionamiento en Minneapolis y St. Paul, aquéllos que podían y a los que no les importaba el viaje buscaban el encanto y la belleza de lugares como Deer Lake, Elk River, Northfield, Lakefield.

Las oficinas estaban ubicadas en la zona al sur del centro de la ciudad, el departamento de policía y la oficina del difunto Leo Kozlowski en el norte, con la cárcel de la ciudad en la primera planta. Había otros lugares que se utilizaban como cárceles del otro lado de la plaza del pueblo, en el antiguo tribunal y centro judicial, donde estaban las oficinas del alguacil y la cárcel del condado.

Una vez adentro del edificio, Megan se encaminó por el ancho corredor, ignorando el hermoso atrio con tragaluces y palmeras y pinturas con la historia de Deer Lake. Se miró en una vitrina empotrada en la pared y retrocedió un poco. Parecía como si recién hubiera bajado un saco de su cabeza. Esa mañana (parecía un mes atrás) se había arreglado la melena negra en una cola de caballo baja y la había sujetado con un pequeño lazo de cinta a cuadros. Prolija. Formal. Ahora algunos mechones le caían como finos hilos de seda en la frente y en las mejillas. Trató de echarlos hacia atrás con un gesto impaciente.

La oficina de recepción del ala policial estaba vacía. Pasó junto a ella hacia las puertas de seguridad que mantenían el Ayuntamiento de la ciudad libre de criminales y policías, y viceversa. Apretó el timbre y esperó, observando la habitación a través del vidrio a

prueba de balas. La habitación estaba limpia y brillante, paredes blancas, alfombra industrial gris que aún no tenía señales de uso. Una pequeña formación de escritorios de acero negros se alineaba en dos hileras. Casi todos los escritorios estaban cubiertos de pilas de legajos y papeles de trabajo, estaban llenos de tazas de café y fotografías enmarcadas. Sólo tres estaban ocupados por personas, uno por un corpulento policía uniformado que estaba hablando por teléfono, los otros dos por hombres de paisano, que comían bocadillos mientras acomodaban sus papeles de trabajo.

El uniformado colgó el auricular y se puso de pie, alcanzando una altura increíble, y miró con ojos somnolientos a Megan mientras se dirigía pesadamente hacia la puerta, desenvolviendo un Dentyne. Parecía tener treinta años y ser natural de Samoa. Su cabello era oscuro y lacio, su cuerpo tan macizo como el tronco de un roble, y probablemente igual de fuerte. Su tarjeta identificatoria decía Noga. Se metió la goma de mascar en la boca y apretó el botón del intercomunicador.

—¿Puedo ayudarla?

—Agente O'Malley, DCC —Megan sacó su identificación y la apoyó contra el cristal para que él la viese—. Tenía una cita con el jefe Holt.

El policía estudió la fotografía con moderado interés; parecía medio dormido.

—Pase —le indicó con un ademán—. La puerta está abierta.

Megan apretó los dientes y se prometió a sí misma no sonrojarse. No le importaba que la creyeran una tonta, especialmente al final de un día como éste o por un hombre que formaba parte de su sistema. Noga le abrió una de las puertas y ella entró y lo miró acerada.

—¿Esta área no debería ser de seguridad? —le preguntó con severidad.

Noga no parecía perturbado por el modo de Megan. Se encogió de hombros, un movimiento que parecía un terremoto en una

pequeña montaña.

—¿Contra qué? —Cuando ella lo miró fijamente, él esbozó una media sonrisa, y sus gruesos labios se elevaron hacia el lado derecho—. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

Megan comenzaba a sentir un calambre en el cuello por tener que mirarlo hacia arriba. Qué calamidad, tratar de hacerse la arrogante con alguien mucho más alto que una.

—¿Y usted?

—Desde hace bastante. Venga —le indicó el camino a través de las hileras de escritorios hacia un pasillo con oficinas privadas.

—Natalie aún anda por aquí. Nadie ve al jefe sin ver primero a Natalie. Ella maneja todo esto. La llamamos el Comandante —la observó con moderada curiosidad—. ¿Para qué está aquí? ¿De paso hasta que encuentren un reemplazo para Leo?

—Yo soy el reemplazo de Leo.

Noga arqueó una de sus espesas cejas, cambiando la expresión de desaliento por algo que parecía indigestión.

—¿No bromee?

—No bromeo.

—Mmmm…

—¿Tienen algún problema por tener que trabajar con una mujer? —Megan trató de controlar el tono de su voz. Pero estaba cansada y su temperamento estaba por salir a relucir. Sentía que estaba por perder el control.

Noga abrió los ojos, desmesuradamente, con expresión de inocencia.

—Yo no.

Entró en una oficina, golpeando los nudillos en la puerta abierta mientras lo hacía.

—¡Hey, Natalie! El tipo del Departamento…, bueno, la chica… —Noga miró abiertamente a Megan.

—Agente O'Malley —dijo Megan.

—… está aquí —terminó él.

—Bueno, ya era hora.

La ruda frase llegaba desde una oficina que se encontraba más alejada de ésta en la que ellos estaban. En el vidrio color mate se leía Mitchel Holt, Jefe de Policía, pero el que se acercó a la puerta con ojos negros y brillantes no era Mitchel Holt.

La infame Natalie no era más alta que Megan, pero tenía un cuerpo considerablemente más sustancial. Era bastante cuadrada, lo cual sugería una cierta inmovilidad, pero la cubría con un conjunto color púrpura que sugería más que buen gusto. Su piel era del color de la caoba lustrada, su rostro tan redondo como una calabaza y estaba coronado por una fina capa de rizos negros tupidos que le daban el aspecto de una oveja recién esquilada. Con una mano apoyada en la cadera y la otra en el marco de la puerta, miró a Megan de arriba a abajo con sus enormes gafas de montura roja.

—Niña, llegas tarde.

—Ya lo sé —respondió Megan con frialdad—. ¿El jefe Holt aún está aquí?

Natalie puso cara avinagrada.

—No, no está. ¿Crees que iba a *estar aquí* sentado esperándote?

—*Llamé* para decir que llegaría tarde.

—No hablaste conmigo.

—No sabía que era necesario.

Natalie bufó, y se alejó de la puerta para ir hasta su escritorio, donde agregó papeles a un legajo y lo colocó en un gabinete que se encontraba atrás de ella. Cada movimiento era rápido y preciso.

—*Tú eres* nueva. ¿Con quién hablaste? ¿Con Melody? Esa muchacha olvidaría su traste si no tuviera un hombre siempre con la mano encima para recordárselo.

Noga se hizo a un lado para no entorpecer el paso.

—Noogie, no trates de escabullirte —le advirtió Natalie, sin molestarse en mirarlo—. ¿Terminaste el informe que pidió Mitch?

Noga puso cara de dolor.

—Lo terminaré mañana. Tengo que hacer la patrulla.

—Tienes problemas, eso es lo que tienes —refunfuñó Natalie—. Ese informe debe estar en mi escritorio mañana al mediodía o te pondré la abrochadura eléctrica en el culo. ¿Me has oído?

—Fuerte y claro.

—Y no te olvides de pasar dos veces por lo de Dick Reid. Se fueron a Cozumel.

Megan suspiró y deseó haberse ido a Cozumel. Comenzó a sentir un suave golpeteo en el párpado derecho. Se lo frotó y pensó en la comida por primera vez desde el desayuno. Necesitaba comer algo o su dolor de cabeza aumentaría y no podría dejar la medicación.

—Si el jefe Holt ya se retiró, quisiera arreglar otra cita.

Natalie frunció los labios gruesos y luego miró cuidadosa y prolongadamente a Megan.

—Yo no dije que se hubiera *retirado*. Dije que no estaba aquí —precisó—. ¿Qué clase de policía eres tú? ¿No percibes los matices? —Emitió un sonido de disgusto y salió de la oficina—. Vamos, *agente* O'Malley. Ya estás aquí, así que debes conocerlo.

Megan marchó junto a la secretaria del jefe, cuidando de no dar un paso adelante de ella, sabiendo que la mujer la estaba probando.

—Así que estás aquí para ocupar el lugar de Leo.

—Creo que no podría ocupar el lugar de Leo —respondió Megan con rostro inexpresivo—. No como suficiente comida frita.

Un músculo se tensó en la comisura de la boca de Natalie. No era una sonrisa completa.

—Leo podría haberla dejado, eso es seguro. Ahora ellas lo han dejado a él. Le dije que controlara su colesterol y dejara de fumar esos malditos cigarros. Pero no me escuchó, así era él; todo un hombre. Busca *obtuso* en el diccionario; debería tener la fotografía de un hombre al lado. Sin embargo, a todo el mundo le agradaba Leo —agregó mientras volvía a mirar a Megan con severidad—. Era un gran muchacho. ¿Tú qué eres?

—Una gran policía.

—Ya veremos —resopló Natalie.

Cuando oyó la música por primera vez, Megan pensó que la estaba imaginando. El sonido era débil, la tonada era algo navideño. Nadie toca música de Navidad en enero. Todo el mundo lo hace a mediados de diciembre. Pero era cada vez más intensa a medida que avanzaban por el corredor.

—«Winter Wonderland». La policía y los bomberos voluntarios presentan un número en el Snowdaze y donan la recaudación para hacer caridad —explicó Natalie—. El ensayo dura hasta las siete.

El rugido de una risa masculina tapó la música. Natalie tiró de la puerta que indicaba Conferencias 3 y le indicó a Megan que entrara. Media docena de personas estaba ubicada en sillas de plástico y cromo, que estaban dispuestas en dos hileras desordenadas. Otra media docena estaba junto a las paredes. Todos tenían varios estados de histeria: risa, golpes en los muslos, inclinaciones, lágrimas. En el frente de la habitación un dúo vestido de Mutt y Jeff realizaba una pantomima con calzoncillos largos rojos, mientras un hombre con acento noruego cantaba: «Pica un poco aquí. Ráscate un poco allá. Caminando con mis calzoncillos de invierno…».

Megan observó abiertamente el espectáculo. El hombre de la derecha tenía el aspecto de un soldado norteamericano de infantería y usaba un gorro rojo. El de la izquierda era algo completamente diferente. Alto y delgado, se parecía a Harrison Ford, y su cuerpo era atlético. El calzoncillo le quedaba como una segunda piel, y mostraba sus atributos de manera inequívoca. Megan luchó para desviar su mirada hacia detalles de la anatomía que fueran menos provocativos, el pecho esculpido, las caderas estrechas, las piernas largas tan musculosas como las de un jinete. Obviamente el que había elegido la prenda para ridiculizarlo no tenía hormonas.

El tocado era otro asunto. El gorro de vikingo hecho con una calceta tenía cuernos amarillos de fieltro y trenzas largas de lana amarilla. Las trenzas saltaban al compás del baile. La expresión del hombre era de disgustada indignidad, pero le costaba mantenerla.

Cuando terminó la pantomima, los actores hicieron exageradas reverencias, riéndose tanto que no podían enderezarse. Harrison tenía una risa maravillosa. Cálida, tosca, masculina. «A ella no la afectaba», pensó Megan, y atribuyó la ola de calor que la recorrió a que estaba muy abrigada. Ella no tenía reacciones involuntarias ante los hombres. No se lo permitía. No era inteligente… menos aún cuando el hombre era un policía.

Harrison se irguió, y una gran mueca le encendió el rostro; un rostro interesante, vivaz, un poco rudo, alargado, no era exactamente buen mozo, pero completamente atractivo. Tenía una cicatriz de dos centímetros en el mentón. Su nariz era sólida, masculina, y quizá se la habían roto una o dos veces. Sus ojos eran oscuros y profundos, y aunque brillaban con buen humor, parecían tener cien años.

Megan vaciló y Natalie la empujó hacia adelante, y luego pasó junto a ella.

—¿No tiene nada de orgullo? —le preguntó a su jefe, tirando con fuerza de una de las trenzas amarillas. Natalie sacudió la cabeza, y le brillaron los ojos negros mientras trataba de ocultar una sonrisa.

Mitch Holt suspiró profundamente.

—Tú estás celosa porque me pidieron que desfilara en *Victoria's Secret* —le hizo una mueca a la mujer que administraba profesionalmente su vida. *Secretaria* era un título demasiado bajo para Natalie Bryant. Él la consideraba una ayudante administrativa y le había pedido al consejo de la ciudad que le pagara de acuerdo a ello, pero creía que el apodo le quedaba mejor. Ella era un comandante en zapatillas.

Natalie resopló imitando el relincho de un caballo.

—*Farmer's Almanac* sería mejor. Parece un rechazado de la fábrica de estropajos.

—No lastimes mi ego —le pidió pronunciando lentamente y mirándola torcido.

—Nunca lo hago. Tiene compañía. La *agente* O'Malley, del DCC —extendió la mano hacia la mujer que había entrado con ella—. Agente O' Malley, el jefe Holt.

Mitch se inclinó hacia adelante para ofrecerle la mano, y una de las trenzas se meció hacia adelante. Se sacó el gorro de la cabeza y se lo arrojó a su pareja de baile sin mirar.

—Mitch Holt. Lamento que me conozca sin mi uniforme.

—Me disculpo por haber llegado tan tarde —respondió Megan, adelantándose para estrecharle la mano.

La mano de Mitch envolvió la de Megan, grande, cálida y fuerte, y ella sintió una pequeña sacudida involuntaria que no pudo nombrar ni reconocer. Miró a Mitch Holt, esperando encontrar algo presumido en su expresión, pero en lugar de ello encontró confianza y un destello de inteligencia. La palabra *peligro* le vino a la mente, pero la descartó. Retiró la mano tratando de cortar el contacto. Él se la sostuvo un segundo, lo suficiente como para hacerle saber que harían las cosas a su manera. O por lo menos eso pensaba él. Negocios, como siempre…

—Tuve algunas complicaciones imprevistas al mudarme —le comentó—. Normalmente soy muy puntual.

Mitch asintió con la cabeza. *Apuesto a que lo es, agente O'Malley*. Se quedó mirándola fijo, buscando una reacción al contacto físico. La mirada de Megan era como hielo verde. Él casi podía sentir los escudos levantándose alrededor de Megan.

—No hay problema —le contestó y se pasó la mano por el grueso pelo, intentando acomodar el estrago que había provocado el gorro —. ¿Así que es el reemplazo de Leo? —subió una ceja y trató de imaginarla sin el pesado abrigo—. Dios sabe que va a ser más fácil mirarla.

La observación se estrelló como una piedra contra el acero, encendiendo los nervios desgastados de Megan.

—No obtuve el trabajo por mi aspecto, jefe —replicó mirándolo seriamente.

—Leo tampoco, gracias a Dios. Hay cosas con las que puedo vivir toda mi vida sin haberlas experimentado. Leo en ropa interior es una de ellas. Sin embargo, Leo era un gran muchacho. Conocía todos los mejores agujeros para pescar en cientos de kilómetros.

Megan nunca había sentido que ése fuera uno de los talentos cruciales que debía tener un agente, pero se guardó su opinión.

El ensayo había sido declarado oficialmente terminado. Los participantes desaparecieron por la puerta, mientras Natalie iba atrás como una pastora. Un par de hombres se despidieron de Mitch. Él levantó una mano para saludarlos, pero mantuvo su atención en la agente O'Malley.

Se preguntaba si ella sabía que la actuación como una muchacha dura era más intrigante que si hubiera actuado con desenvoltura. Se preguntaba qué habría atrás de los escudos. Una fibra que habría que tocar para saber qué se podía encontrar. Su naturaleza era trabajar con acertijos, una compulsión que iba bien con su profesión. Se quedó en silencio para ver cómo reaccionaba Megan.

Ella sostuvo su mirada y esperó, con la cabeza inclinada hacia un costado. Se acomodó unos mechones de pelo oscuro que se le habían soltado de la cola de caballo. El color le recordó a la Coca de cereza, casi negro con un tinte rojo. Exótico en esta tierra de suecos y noruegos. Sin tener en cuenta el mentón duro, parecía escapada de un convento. Su rostro tenía la seriedad reservada para las monjas novicias. Un óvalo pálido con tez blanca como la crema fresca y ojos verdes como el césped de Killarny. Linda. Joven. De pronto Mitch se sintió como de noventa y tres años.

—Bueno —comenzó Megan. Lo que necesitaba era terminar con esta conversación, retirarse, regresar al día siguiente cuando se sintiera más fuerte y él estuviera vestido con algo más que ropa interior—. Es tarde. Puedo volver mañana. Tendremos más tiempo. Usted tendrá el pantalón puesto…

Mitch hizo una mueca.

—¿Le incomoda esta situación, agente O'Malley?

Megan lo miró con ceño. Le tembló el párpado, y esto arruinó el efecto.

—No tengo la costumbre de tratar asuntos de trabajo con hombres en ropa interior, jefe Holt.

—Me encantaría quitármelo —le respondió rascándose el brazo—. Pica. Venga a mi oficina y me quitaré esta piel de salchicha.

Holt se encaminó hacia la puerta del salón de conferencias, extendiendo una mano como si fuera a ponerla sobre el hombro de Megan. Ella dio un paso hacia un costado. Estaba a punto de perder el control. Se sentía cansada y quisquillosa, sin ganas de enfrentar otro problema o insinuación.

—Soy agente del DCC, jefe —le comentó tratando de mantener el último resquicio de humor—. Serví dos años en la fuerza policial de St. Paul, siete años en la fuerza de Minneapolis, cinco de ellos como detective. Trabajé en narcóticos. Tengo un título en cumplimiento de leyes, y aprobé el curso para agentes de Quantico. Realmente no creo que los contribuyentes estén invirtiendo bien su dinero si vengo aquí como un juguete sexual.

—¿Juguete sexual? —Mitch se inclinó hacia atrás, con las cejas levantadas, sintiéndose atrapado entre la diversión y el insulto—. Quizá debería volver a formular mi sugerencia. Podría esperar en la oficina de Natalie mientras me cambio la ropa. Luego me agradaría escoltarla, de manera estrictamente formal, hasta uno de los restaurantes más elegantes de nuestro próspero pueblo, donde podemos compartir una comida —elevó las manos para evitar potenciales protestas—. Siéntase libre para pagar su consumición, agente O'Malley. Lejos de mi pensamiento está amenazar su sensibilidad femenina. Puede aceptar o rechazar esta oferta. No intentaré ninguna coerción, pero si disculpa mi sinceridad creo que le vendría bien un trozo de pan de carne.

»Además quiero que sepa que no tengo ningún problema con un agente que casualmente es mujer. Soy un tipo razonablemente culto de los noventa. Así que puede sacarse el látigo del hombro y

guardarlo en el portafolios, agente O'Malley. Créame, habrá muchos tipos alineados para golpear, pero yo no seré uno de ellos.

Megan sintió que se contraía con cada una de las frases. Deseaba fervientemente romper las leyes de la física para poder derretirse y desaparecer entre las fibras de la alfombra.

«Hora de irse, O'Malley» se dijo Megan. El párpado le latía violentamente. Se lo frotó, respiró profundo, y se tragó el poco orgullo que le quedaba.

—Lo lamento. Generalmente no saco conclusiones apresuradas. Lo único que puedo decir es que éste no ha sido uno de mis mejores días.

Dos años en St. Paul. Siete en Minneapolis. Detective. Narcóticos. Un legajo impresionante, especialmente para una mujer. Mitch sabía cuánto tenía que luchar una mujer para triunfar en este trabajo. La desventaja era para las mujeres, hombros musculosos junto a hombros musculosos, en forma de fraternidad tan antigua como la porquería. Sin embargo, había igualdad de oportunidades, y había que enseñárselo a la señorita O'Malley, y ella tenía que ser buena. Al parecer hoy le estaba costando mucho el esfuerzo.

Sus esfuerzos también le costarían a él, pensó Mitch irritado. Administraba un departamento y una vida que eran igualmente ordenados y tranquilos. Seguramente no necesitaba a ninguna mujer que los invadiera, agitando su sostén como una bandera, buscando problemas donde no tenía por qué haberlos.

—Si necesito un juguete sexual consultaré un catálogo de ventas por correo —le aclaró amenazante—. No mueva mi bote, agente O'Malley, no me agradan los alborotadores…; se vean bien en ropa interior o no.

Cuando se alejó de ella aspiró y frunció la nariz al sentir un olor extraño.

—Usa un perfume interesante. ¿Cheddar?

Megan se sonrojó.

—Pasé la mitad de la tarde buscando las llaves de mi piso en la fábrica de queso.

—Realmente tuvo un día duro. Le prescribo pan de carne —le indicó—. Quizás un vaso de vino. Definitivamente un trozo de torta de zanahoria… Dios mío, estoy hambriento —murmuró, pasándose una mano por el estómago, mientras se dirigía hacia la puerta.

Megan lo siguió dubitativa, tratando de decidir si cenar con él sería una oportunidad de comenzar fresca o un continuo ejercicio de combate conversacional. No estaba segura de tener un poco de resto, pero no permitiría que Mitch Holt lo notara. A pesar de su profesión e ilustración, Megan sabía que sería su colega y su adversario. Hacía tiempo que había aprendido a no mostrar debilidad ante ninguno de ellos.

3
Día 1
19:33 -6 °C

«Vestido tampoco tenía mal aspecto. Una observación ocasional», pensó Megan mientras Mitch colgaba los abrigos en el perchero en el Grandma's Attic. Se había puesto un pantalón negro pinzado, una camisa de paño color marfil y una corbata oscura con un diseño pequeño que ella no podía distinguir. Se había peinado el pelo… o por lo menos había tratado de hacerlo. Tenía pelo abundante y grueso, y desafiaba el corte a la moda que indicaba corto en los costados y largo en la parte superior. Tenía una raya a la izquierda y acostumbraba a peinarse hacia atrás con los dedos. No era un gesto de vanidad sino algo mecánico, como si estuviera acostumbrado a que el pelo le cayera sobre los ojos.

Megan también había realizado algunos arreglos, entrando en el baño para damas de la estación. Se cepilló rápidamente el pelo hacia atrás, se puso brillo en los labios. Trató de limpiar las manchas de abajo de los ojos, pero descubrió que eran naturales, las señales de la fatiga. Tenía el rostro blanco como tiza, pero no había nada que hacer al respecto. Nunca usaba mucho maquillaje y no llevaba nada con ella.

«No importa, —pensó mirando a su alrededor—. Ésta no era una cita, era una cena de trabajo. No había salido para impresionar a

Mitch Holt como mujer, sino como policía».

El restaurante estaba atestado y ruidoso, el aire estaba lleno de conversación y del aroma cálido y sabroso de la cocina casera. Las camareras con delantales de muselina y blusas de cuellos altos con mangas abuchonadas serpenteaban entre las mesas de madera con bandejas cargadas con la especialidad del día. Grandma's estaba ubicado en el sector rehabilitado de una antigua hilandería. Las paredes eran de ladrillos gastados por el tiempo, los suelos de madera con marcas y las vigas del techo estaban a la vista. En el costado del comedor principal que daba a la calle habían instalado una hilera de ventanas altas de dintel arqueado. Grandes helechos en tiestos de bronce colgaban de una vieja tubería que iba de pared a pared, paralela a las ventanas.

Antigüedades familiares decoraban cada lugar disponible, calderos de cobre, cafeteras de hierro esmaltado, teteras chinas, utensilios de cocina, mantequeras y moldes de madera para mantequilla, saleros y potes azules. Baúles de camarote habían sido estratégicamente situados en el comedor para que las camareras los utilizaran como trincheros. Además de estos elementos domésticos había una maravillosa colección de sombreros femeninos que tenía un siglo. Sombreros con alas anchas con pliegues de tela fina. Sombreros adornados con plumas de avestruz. Sombreros para conducir y sombreros de paseo con velos de encaje negro.

Megan observó todo deleitándose. Le encantaban las cosas antiguas. Disfrutaba buscando en los mercados de pulgas objetos que hubieran podido pertenecer a herencias, objetos que hubieran pasado de una generación de mujeres a otra. Su padre había quemado todas las cosas de Maureen O'Malley un mes después de que ella abandonó a su familia, cuando Megan tenía seis años.

La dueña saludó a Mitch por su nombre, miró con interés a Megan, y los condujo a un reservado que se encontraba en un sector más elevado del comedor, donde las cosas parecían menos

agitadas, y el nivel de ruido era menor por las altas paredes de los reservados.

—Es la locura acostumbrada —le comentó la mujer cálidamente a Mitch. Parecía tener unos cuarenta años y era atractiva, llevaba el pelo rubio cortado al estilo paje y recogido detrás de las orejas—. Y además todo el mundo está preparándose para el Snowdaze. Denise dijo que vendría el fin de semana.

Mitch aceptó el menú.

—¿Cómo le va en la escuela de diseño?

—Le encanta. Me pidió que te agradeciera nuevamente por haberla alentado a regresar. Está saliendo con un arquitecto, pero no es nada serio —agregó rápidamente, mirando a Megan con astuta especulación.

—Mmmm —murmuró Mitch entre dientes—. Darlene, ella es Megan O'Malley, nuestra nueva agente del DCC. Se va a hacer cargo del trabajo de Leo Kozlowski. Es su primera noche en el pueblo, y pensé que debía conocer Grandma's. Megan, Darlene Hallstrom.

—¡Oo… oh! —exclamó Darlene brindándole una sonrisa plástica y dándole un vistazo que registraba señales de matrimonio—. Qué bueno tener a alguien nuevo en el pueblo. ¿Su esposo también trabaja en Deer Lake?

—No estoy casada.

—Bueeno, ¿no es interesante? —Pronunció sus palabras a través de la sonrisa mientras le entregaba un menú—. A todos nos agradaba Leo. Que disfrute de la cena.

Mitch suspiró cuando Darlene se alejó, agitando la falda.

—¿Quién es Denise? —preguntó Megan.

—La hermana de Darlene. Su hermana *divorciada*. Darlene tenía ideas.

—¿De veras? ¿Qué tiene que decir su esposa sobre eso?

—¿Mi…?

Megan miró las manos que sostenían el menú. El anillo de oro en su mano izquierda brillaba bajo la luz suave. Él lo usaba por varias

razones: porque lo ayudaba a mantener alejadas a las merodeadoras, porque era habitual, porque cada vez que lo miraba aún sentía el dolor y la culpa. Ponía como excusa que era policía y los policías eran perversos por naturaleza y católicos por su culpa.

—Mi esposa está muerta —le respondió con un susurro frío y tenso, subiendo los escudos emocionales a su alrededor como rejas de hierro. Ya habían pasado casi dos años y las palabras aún tenían el sabor amargo de la goma de pegar de los sellos postales. No había mejorado nada al pronunciarlas—. No hablo sobre esto —le dijo categóricamente, trazando mentalmente una línea en la arena y empujándola a su sector.

Su orgullo y sentido de privacidad rehuían la compasión de virtuales extraños. Y abajo de esa nidada de cochinillos, hirviendo a fuego lento, y alimentándose de ella, estaba la ira, su constante compañera. Él la controlaba, la contenía, sin piedad, cruelmente. La clave era el control. El control era su fuerza, su salvación.

—Oh, lo lamento —murmuró Megan. Ella podía sentir la tensión de Mitch a través de la mesa. Tenía los hombros rígidos, la mandíbula en un ángulo que ninguna persona sana desafiaría. Megan sintió como si hubiera invadido un campo sagrado.

Apoyó los codos sobre la mesa y se frotó la cara con las manos.

«Estás metiendo la pata, O'Malley. Si hoy encontraras un montón de excremento, lo pisarías con ambos pies».

—Espero que no se esté refiriendo a la fábrica de queso —replicó Mitch fríamente. Se esforzó por sonreír—. Odiaría tener que enviar otra vez allí al inspector de sanidad.

Megan lo observó a través de los dedos.

—¿Otra vez?

—Sí, bueno, el año pasado hubo un pequeño incidente con una cola de rata y un ladrillo de Monterey Jack…

—¡Qué bárbaros!

—Les Metzler me asegura que fue algo que sucedió una sola vez, pero yo no sé… Personalmente, mi política es no comprar queso

donde el negocio de regalos también realiza taxidermia.

—No lo hacen —lo contradijo Megan.

—Sí lo hacen. No puedo creer que no haya visto el cartel que está afuera de la fábrica. Quesos finos Metzler Buckland y Taxidermia. Rollie, el hermano de Les hace la taxidermia. Cuando era niño lo golpearon en la cabeza con un rodillo y se convirtió en un obsesivo por las muertes en la carretera. No está muy bien —le comentó con un exagerado murmullo, y haciendo girar el dedo índice contra la sien. Se inclinó sobre la mesa, miró si había algún fisgón y murmuró—: Yo compro mi queso en Minneapolis.

Sus miradas se encontraron y Megan sintió algo que no deseaba ni necesitaba sentir. Bajó la mirada y estudió el diseño de la corbata: cientos de diminutos Mickey Mouse.

—Preciosa corbata.

Él miró hacia abajo como si hubiera olvidado lo que llevaba puesto. Todo el cinismo desapareció de su sonrisa. Los contornos rudos de su rostro se suavizaron mientras tocaba con sus dedos la tira de seda color vino de Borgofia.

—La eligió mi hija. Sus gustos sobrepasan un poco la escala GQ, pero sólo tiene cinco años.

Megan se mordió el labio para no suspirar. Él era el jefe de policía, un tipo bien macho, cuyo principal accesorio de moda probablemente era una Smith & Wesson de nueve milímetros, y dejaba que su hijita eligiera sus corbatas. Qué dulce.

—Conozco muchos policías que no tienen el sentido de la elegancia de alguien de cinco años —le contestó Megan—. Mi último compañero se vestía como un vendedor de coches usados. Tenía más pantalones de poliéster que Arnold Palmer.

Mitch se rió.

—En su sumario oral no mencionó la elegancia policial.

Ambos ordenaron pan de carne. Megan rechazó la sugerencia de una copa de vino, sabiendo que le agravaría el dolor de cabeza. Mitch pidió una botella de cerveza Moosehead, y comentó a la

camarera (una muchacha rubia de dieciocho o diecinueve años) que le habían quitado los tirantes del pantalón. La muchacha sonrió tímidamente y se retiró, sonrojada.

—Al parecer conoce a todos por aquí —comentó Megan—. ¿Éste es uno de esos pueblos con historias de buenos muchachos?

Mitch partió un bollo y el vapor salió de su interior.

—¿Yo? No. Soy un trasplantado. Dejé quince años de servicio en Miami.

—¡No puede ser! —Megan se tomó del borde de la mesa como si la noticia la hubiera golpeado—. ¿Se mudó aquí desde Miami? ¿Dejó Florida para vivir en esta tundra dejada de la mano de Dios?

Mitch arqueó una ceja.

—¿Debo suponer que no le agrada nuestro próspero Estado?

—Me gusta el verano… tres semanas completas de él —le respondió con un tono sarcástico—. El otoño es bello, siempre que no quede prematuramente sepultado bajo tres metros de nieve. Hasta ahí llega mi amor, a pesar del hecho de que soy nativa. En mi opinión, la vida es demasiado corta para que la mitad de ella sea invierno.

—¿Entonces por qué se queda? Con sus calificaciones probablemente podría elegir trabajos en un clima más cálido.

Él reconocía las defensas en el momento en que eran activadas. Eran un espejo de las de él: construidas para proteger, para apartar, para mantener alejados a los intrusos.

—Complicaciones familiares —fue todo lo que le contestó, desviando su atención hacia un bollo para la cena.

Tomó un trozo, y jugó con el pan entre los dedos. Mitch se preguntó. ¿Qué familia? ¿Qué clase de complicaciones la harían desviar la mirada? Otro hilo suelto por el cual preocuparse. Otra pieza del rompecabezas para definir y poner en su sitio.

Ella volvió a lanzar el balón de la conversación hacia el campo de Mitch.

—¿A qué se dedicaba en Miami?

—Homicidios. Tuve un nombramiento en el cuerpo de lucha contra bandas organizadas. Mis últimos dos años fueron en el escuadrón principal. Asesinatos de turistas, drogas; asuntos de altura.

—¿La vida por aquí no es un poco lenta para usted?

—Ya tuve suficiente excitación.

«Otra respuesta en pasado», pensó Megan, mirándolo a través de sus pestañas mientras él bebía un gran trago de cerveza. Otra razón para permanecer alejada de él en todos los aspectos menos en el profesional. No necesitaba el equipaje emocional de nadie más. Tenía suficiente del propio como para llenar un equipo completo de equipaje Samsonite. Pero la curiosidad picaba, la necesidad de resolver acertijos y descubrir secretos. Ella atribuía esta necesidad a su instinto de policía, y negaba que tuviera algo que ver con las cautelosas sombras en los ojos de Mitch o con algún deseo de consolar a un hombre dolorido. Si tenía cerebro en su cabeza no pensaría en Mitch Holt como hombre.

«Gran oportunidad, O'Malley», pensó mientras él bebía otro trago de Mooshead, sus ojos se entrecerraban, y le brillaban los labios húmedos. Bajo la suave luz del reservado su sombra parecía más oscura contra los planos inclinados de sus mejillas; la cicatriz del mentón se veía plateada y perversa.

—¿Y cómo terminó en el norte helado? —cortó otro trozo del bollo.

Mitch se encogió de hombros, como si hubiera sido algo fortuito y sin importancia, cuando en realidad no era cierto.

—El trabajo estaba disponible. Mis suegros viven aquí. Era una oportunidad para que mi hija estuviera más tiempo con sus abuelos.

Llegaron sus ensaladas junto con un miembro de la Moose Lodge, que quería recordar a Mitch que tenía que hablar en la comida del viernes. Mitch le presentó a Megan. El hombre de la Moose la miró y se rió entre dientes como diciendo «buena broma,

Match». Le estrechó la mano a Megan y le sonrió de manera condescendiente.

—¿Usted es la reemplazante de Leo? Bueno, es maravilloso.

Megan reprimió una respuesta cáustica, recordando que ella había pedido este trabajo.

El señor Moose se marchó y fue rápidamente reemplazado por uno de los organizadores del desfile de antorchas del Snowdaze, quien comentó los detalles del corte de calles que utilizarían. El ritual de la presentación fue casi una repetición del anterior.

—¿Ella es la reemplazante de Leo? Será más fácil mirarla que a Leo, ¿verdad?

Megan apretó los dientes. Mitch se contuvo diplomáticamente de hacer comentarios. Llegó el pan de carne y el hombre del desfile se retiró, guiñando un ojo a Megan mientras lo hacía.

Megan miró fijo su plato.

—Si algún otro me llama guapa lo morderé. ¿Es 1994 o caí en algún túnel del tiempo?

Mitch rió entre dientes.

—Ambos. Éste es un pequeño pueblo en Minnesota, agente O'Malley. Ya no está en la gran ciudad.

—Eso lo comprendo, pero éste es un pueblo estudiantil. Esperaba que las actitudes fueran más progresistas.

—Oh, lo son —le respondió poniéndole pimienta a una montaña de patatas al horno—. Ya no pedimos que las mujeres oculten el rostro ni que caminen tres pasos más atrás de los hombres.

—Muy divertido —Megan cortó su pan de carne, y el aroma de las hierbas y especias la indujo a bajar la cabeza para aspirarlo más de cerca.

—En serio, Deer Lake es muy progresista comparado con otros pueblos pequeños. Pero los hombres que conocerá en este trabajo son de la vieja escuela. Aún hay muchos tipos que piensan que la mujer debe quedarse en casa zurciendo calcetines, mientras ellos están jaraneando en alguna reunión del NRA. No podrá decirme que

no ha tenido que ganarse su participación en los departamentos en los que ha trabajado.

—Sí, así es, pero en la ciudad la amenaza de los juicios significa algo —respondió Megan—. Al parecer se adaptó a la vida del pueblo sin problemas. ¿Cuál es su secreto? Me refiero además de tener un pene.

—¡Caramba, querida, me halaga que lo haya notado! —replicó Mitch acentuando cada palabra.

Mala elección de las palabras, O'Malley.

—Era algo difícil de evitar teniendo en cuenta la ropa que llevaba puesta cuando nos conocimos.

—Me siento tan vulgar.

Ella cometió el error de mirarlo, y su mirada se quedó pegada a la de él como el hierro en un imán. Dios, qué mala suerte. Atracción. Un extraño fenómeno en la vida de Megan O'Malley. Naturalmente, llegaría cuando menos lo esperaba o menos lo necesitaba. Naturalmente, la encendería un hombre al que no podría tocar. El viejo Murphy y sus leyes de la ironía no tenían nada que hacer con ella.

Mitch Holt también la sintió. Química. Su mirada se deslizó hacia los labios de Megan.

—Creí que había dicho que no era uno de ellos —murmuró Megan, juntando todas sus defensas.

—¿Uno de quiénes?

—Los pistoleros, agitadores de banderas, ultraconservadores de Neanderthal que consideran cualquier cosa que lleve sostén como un juego limpio para su sello de encanto «soy-un-regalo-de-Dios-para-las-mujeres».

Mitch se acomodó hacia atrás en la silla y suspiró tratando de aliviar la tensión de sus hombros. Podría haber discutido, pero al parecer no tenía sentido en ese momento.

—Tiene razón —admitió de mala gana—. Por un momento me dejé llevar por la testosterona. Psicosis hormonal temporaria. En

realidad, soy lo suficientemente ilustrado como para fingir que no me atrae, si eso es lo que quiere.

—Muy bien. Eso es lo que quiero —Megan regresó a su comida y advirtió que su apetito se había ido al sur—. Porque ésa es mi primera regla: no salgo con policías.

—Una sabia política.

Era un asunto de supervivencia, pero Megan se guardó esa información para ella. No podía permitirse ser vulnerable en ningún aspecto. No en el trabajo policial. Las filas policiales estaban completamente dominadas por hombres que no la querían allí. Su sexo iba en su contra. Su tamaño iba en su contra. Si permitía que su sexualidad fuera utilizada en su contra quedaría afuera. Ése sería el fin de su carrera, y su carrera era todo lo que tenía.

—Sí, —Mitch recuperó su sentido del humor cuando pasó la locura—. Existe una cierta sabiduría en no permitir que la gente con la que uno trabaja lo vea a uno desnudo.

—La ropa interior estaba bien puesta —replicó Megan fríamente.

—Pero ahora yo estoy en desventaja —le señaló Mitch—. Usted me vio en calzoncillos. Sería justo que me retribuyera, entonces estaríamos iguales.

—Olvídelo, jefe. Tomaré todas las ventajas que pueda.

—Mmmm…

En el otro extremo de la habitación Mitch vio a uno de sus oficiales zigzagueando entre las mesas, tratando de no golpear a algún comensal en la cabeza con el arma que llevaba en la cadera. Avanzó mirando a Mitch.

—Hey, jefe, lamento interrumpir su cena —Lonnei Dietz colocó una silla en un extremo del reservado y se sentó a horcajadas—. Pensé que le gustaría escuchar las últimas novedades del accidente de Old Cedar Road.

—Soy la reemplazante de Leo —se presentó Megan, extendiendo la mano.

Dietz ignoró la mano. Sus cejas desaparecían abajo de la peluca estilo Moe Howard que le bajaba hasta la frente. Parecía cincuentón e intolerante, y era delgado excepto por su abdomen.

—Creí que todos los agentes eran hombres.

—Lo eran. Hasta que llegué yo —le contestó Megan dulcemente.

—¿Cuáles son las novedades? —preguntó Mitch comiendo un bocado de patatas.

Dietz dejó de mirar a Megan y pasó las hojas de un anotador que había sacado del bolsillo de la camisa.

—Dos muertos. Ethel Koontz murió en el Hennepin County Medical Centre, traumatismo masivo en la cabeza y en el pecho. Ida Bergen murió en el Deer Lake Community, ataque cardiaco mientras la llevaban para tratamiento de lesiones menores. La señora Marvel Steffen está en estado crítico, pero estable, también está en terapia intensiva. Clara Weghorn fue curada y dada de alta. Mike Chamberlain, el muchacho que perdió el control, ha resultado golpeado, pero se va a recuperar. Pat Stevens le tomó declaración y yo estuve en el lugar.

—¿Y?

—Y es como dijo el muchacho. El camino estaba bien hasta la curva que está en lo de Dave Lexvold. Hay una placa de hielo de tres metros que abarca ambos carriles del camino. Esto es muy extraño —comentó Dietz preocupado—. Creo que no hay razón para que haya hielo allí, ¿verdad? El tiempo se ha presentado bueno. Dios sabe que no ha hecho suficiente calor como para derretir nada que baje de la colina de Lexvold. Fui a echar una mirada. Ya sabe que Dave y Millicent se fueron a Corpus Christi a pasar el invierno, como siempre, así que no hay nadie en casa. Pero a mí me parece que alguien sacó una manguera hasta la carretera desde un grifo que está junto a la cochera.

Mitch dejó el tenedor y miró fijo a su subalterno.

—Eso es una locura. ¿Me estás diciendo que alguien arrojó agua al camino y formó la placa de hielo a propósito?

—Así parece. Niños jugando por ahí, supongo…

—Han muerto dos personas.

—Podría haber sido peor —señaló Dietz—. Esta noche hay una especie de recital de música en la universidad. Parece que mucha gente utiliza la entrada trasera en lugar de la del frente. Podríamos haber tenido una pila de coches allí.

—¿Preguntaron a los vecinos? —preguntó Megan.

Dietz la miró como si hubiera sido una fisgona del reservado de al lado.

—No hay ninguno cerca. Además, los Lexvold tienen abetos en el frente de la casa. Habría que estar allí mismo para ver si alguien anda merodeando.

—Bueno, Dios mío —murmuró Mitch disgustado—. Mañana le pediré a Natalie que redacte un pedido para los medios, para que se presente cualquiera que tenga información.

Megan intervino por segunda vez en la conversación.

—¿Había alguna señal de que forzaran la entrada?

Dietz la miró de soslayo, frunciendo el entrecejo.

—No, todo estaba bien cerrado —se volvió hacia su jefe mientras se levantaba de la silla—. Tenemos un grupo DOT revisando el lugar del hielo. Retiramos los vehículos, uno de Mike Finke y otro de Patterson. Esto es todo.

—Bien. Gracias, Loonei —Mitch observó cómo el oficial se alejaba entre las mesas, sintiendo que lo poco que había comido le había caído como una piedra—. ¿Qué demonios piensan los niños, tirando mierda de esa manera?

Megan consideró retórica la pregunta. Las ruedas de su cerebro giraron, observó las figuras de Mickey Mouse de la corbata de Mitch hasta que comenzaron a flotar frente a sus ojos.

La mirada de Mitch se dirigió hacia la entrada del restaurante donde aún seguía llegando gente desde el amplio vestíbulo de la antigua fábrica convertido en paseo. Media docena de personas del comité de la peregrinación del Snowdaze estaban esperando para

que las acomodaran. Se reunían aquí después del ensayo para beber un café con un trozo de pastel. Hannah Garrison entró y se abrió paso entre ellos empujándolos. Extraño.

Parecía molesta. Tenía el abrigo abierto y a medio poner. Su pelo rubio estaba desarreglado, y le caían mechones sobre el rostro mientras escrudiñaba el comedor con una mirada extraviada. Atravesó un mar de sillas y rostros, golpeando a la gente, y casi chocó con Darlene Hallstrom. La dueña extendió sonriente la mano para detenerla. Hannah la alejó y continuó su camino hacia la mesa en la que se encontraba John Olsen y su novia bebiendo café. Muy extraño.

Mitch continuó mirándola como un perdiguero, recogiendo la servilleta que tenía sobre las piernas. Arrugó el pesado paño verde y sin mirar lo puso sobre la mesa.

—¿Dónde está la manguera? —murmuró Megan. Levantó la mirada mientras Mitch comenzaba a ponerse de pie.

—Discúlpeme —musitó y salió del reservado.

No podía oír la conversación de la mesa de John Olsen. El ruido del restaurante ahogaba las palabras individuales. Pero podía ver la expresión del rostro de Hannah, los gestos exaltados de sus largas y delicadas manos. Podía ver el gesto de sorpresa de John y cómo negaba con la cabeza. Mitch bajó los escalones y se dirigió hacia la mesa. Sintió un puño de tensión en el abdomen.

Hannah era una de las primeras personas que había conocido cuando él y Jessie se mudaron a Deer Lake. En aquel entonces Hannah, su esposo Paul Kirkwood, y su hijo vivían en la calle de enfrente. Hannah, embarazada de su segunda hija, se detuvo camino al trabajo para darles la bienvenida al barrio con una fuente de pastelillos. Era una de las personas más capaces, íntegras que conocía. La gracia personificada en las situaciones más difíciles. Dirigía la sala de emergencias del Deer Lake Community Hospital con habilidad, se ofrecía como voluntaria para causas comunitarias,

y cuidaba de una casa con un esposo, un hijo y una criatura de pecho. Todo con una sonrisa deslumbrante y muy buen humor.

Pero hoy Hannah no parecía fría y serena. Parecía al borde de la histeria.

—¿Qué quieres decir con que no sabes? —preguntó en voz alta. Golpeó la mesa con el puño. La novia de John lanzó un chillido y saltó de su silla cuando su café se derramó sobre la mesa.

—¡Cálmese doctora Garrison! —le pidió John Olsen levantándose de su silla. Trató de tomar a Hannah del brazo, pero ella se alejó de él.

—¡Calmarme! —exclamó—. ¡No me calmaré!

Todos en el restaurante se habían detenido para observar. El aire estaba lleno de tensión.

—¿Hannah? —le dijo Mitch acercándose a su lado—. ¿Sucede algo malo?

Hannah giró al oír el sonido de su voz. El suelo parecía moverse bajo sus pies. El calor la agobiaba como una manta invisible, quemándole la piel, ahogándola. *¿Sucede algo malo?* Todo estaba mal. Podía sentir cien pares de ojos sobre ella. Sentía la oscuridad que bajaba desde las vigas y entraba por las altas ventanas en arco.

Estaba atrapada en una pesadilla. Bien despierta. Como ser enterrado vivo. Los pensamientos e impresiones volaban en su cerebro, eran demasiados e iban muy rápido.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—¿Hannah? —murmuró Mitch, deslizándole los dedos suavemente por el hombro. Se le acercó un poco más—. Querida, háblame. ¿Qué sucede?

Hannah lo miró fijamente; vio la preocupación en la mirada de Mitch. Él se le acercó más. *¿Qué le sucede?* Algo estalló en su interior, y las palabras salieron a borbotones.

—¡No puedo encontrar a mi hijo!

4
Día 1
20:26 -7°C

—¿Qué quieres decir con que no puedes encontrar a tu hijo? —le preguntó Mitch con calma.

Hannah se sentó en la silla del gerente, temblando descontrolada, y llorando. Mitch sacó un pañuelo limpio del bolsillo y se lo ofreció. Ella lo tomó automáticamente, sin intención de usarlo; lo arrugó en la mano como una hoja de papel.

—Quiero decir que no lo puedo encontrar —respondió acentuando cada palabra. No podía encontrar a Josh y al parecer nadie entendía lo que ella trataba de decir, como si las palabras que salían de su boca no tuvieran sentido—. Tienes que ayudarme. ¡Por favor, Mitch!

Hannah trató de ponerse de pie, pero Mitch hizo que se sentara nuevamente.

—Haré todo lo que pueda, Hannah. Pero tienes que calmarte…

—¡Calmarme! —exclamó aferrándose a los brazos de la silla—. ¡No lo puedo creer!

—Hannah…

—Dios mío, tú tienes una hija, deberías comprender. Entre todas las personas…

—¡Hannah! —le gritó con severidad. Ella vaciló y parpadeó—. Sabes que te ayudaré, pero tienes que calmarte y decirme todo lo que sepas desde el principio.

Megan observó la escena desde su sitio junto a la puerta. La oficina era un cubo claustrofóbico de paneles baratos y oscuros. Las paredes estaban decoradas con certificados de la cámara de comercio y de varios grupos cívicos dentro de sus marcos de plástico, colgados un poco inclinados. Nada de los armarios o el viejo escritorio de metal abollado sugería el éxito o encanto del restaurante. La mujer (Hannah) se hundió en la silla, entrecerrado los ojos, y con una mano sobre la boca, tratando de recomponerse.

Aun en el estado en que estaba, llorando, con el pelo desarreglado, era una mujer llamativamente atractiva. Alta, delgada, con rasgos para la tapa de una revista. Mitch se situó frente a ella, con la espalda contra el escritorio, inclinado hacia adelante, con su atención completamente concentrada en Hannah, esperando paciente, atento. Extendió la mano sin decir nada y se la ofreció. Ella la tomó y la apretó fuerte, como lo hace alguien que siente un gran dolor.

Megan lo observó con admiración y un poco de envidia. El trato con las víctimas nunca había sido su fuerte. Para ella llegar hasta alguien que sufría significaba tomar un poco de ese dolor para ella misma. Siempre consideró más inteligente y seguro mantener una cierta distancia emocional. Lo llamaba objetividad. Sin embargo, Mitch Holt no vaciló en comprometerse.

—Habíamos quedado en que iría a buscarlo al entrenamiento de *hockey* —comenzó Hannah en voz muy baja, como si estuviera a punto de confesar un pecado terrible—. Ya estaba por marcharme del hospital, pero tuvimos una emergencia y no pude salir a tiempo. Le pedí a alguien que llamara al patinódromo para decirle que llegaría un poco más tarde. Una de las pacientes tuvo un ataque cardiaco y…

Y perdí a la paciente y ahora perdí a mi hijo.

La sensación de fracaso y culpa la agobió y tuvo que detenerse hasta que pudiera volver a tolerarlas. Le apretó más la mano a Mitch. La sensación sólo aumentó y se intensificó hasta que arrojó las temidas palabras de la boca.

—Me olvidé. Me olvidé de que él me estaba esperando.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la larga falda de lana como gotas de lluvia. Se inclinó hacia adelante, replegándose como un feto mientras las emociones la desgarraban. Mitch se acercó y le acarició el pelo, tratando de consolarla. El policía que había en él permanecía tranquilo, esperando los hechos, pensando en las posibles explicaciones. Más profundo, el padre que había en él sintió un miedo instintivo.

—Cuando llegué al patinódromo él ya se había ido.

—Bueno, querida, probablemente Paul lo recogió…

—No. El miércoles es *mi* noche.

—¿Llamaste a Paul para comprobarlo?

—Lo intenté, pero no estaba en la oficina.

—Entonces probablemente Josh se fue con alguno de los otros muchachos. Probablemente está en la casa de algún amigo…

—No. Llamé a todos los que recordé. Le pregunté a la niñera Sue Bartz. Pensé que quizás estaría allí esperando que pasara a buscar a Lily, pero Sue no lo vio; y Lily aún estaba allí esperando a su madre, probablemente preguntándose por qué mamá se había ido sin ella. Llamé a casa por si había decidido regresar andando. Llamé a las otras madres de *hockey*. Regresé al patinódromo. Regresé al hospital. *No lo puedo encontrar*.

—¿Tiene una fotografía de su hijo? —le preguntó Megan.

—La fotografía de la escuela. No es la mejor… necesita un corte de pelo, pero no había tiempo. —Hannah apoyó su bolso sobre la falda. Le temblaban las manos mientras revolvía el bolso de cuero buscando la billetera—. Trajo el aviso a casa y yo escribí una nota, pero luego no tuve tiempo, y… me olvidé.

Susurró la última palabra mientras buscaba la fotografía de Josh.

Me olvidé.

Una excusa simple, inofensiva. Olvidó su fotografía. Olvidó su corte de pelo. Lo olvidó a él. Le temblaba tanto la mano que no podía sacar la fotografía de la billetera. Se la entregó a la mujer de pelo oscuro, advirtiendo que no sabía quién era.

—Disculpe —murmuró con amabilidad y una frágil sonrisa—. ¿Nos conocemos?

Mitch se volvió a sentar contra el borde del escritorio.

—Ella es la agente O'Malley del Departamento de Captura Criminal. Megan, ella es la doctora Hannah Garrison, jefa de la sala de emergencias del hospital de nuestra comunidad. Una de las mejores médicas que ha manejado un estetoscopio —agregó con una mueca—. Tenemos mucha suerte de tenerla.

Megan estudió la fotografía, con la mente en el trabajo y no en amabilidades sociales. Un muchachito de ocho o nueve años, vestido con uniforme de *boy scout* la miraba con una gran mueca en la que faltaban algunos dientes. Tenía muchas pecas en la nariz y las mejillas. El pelo era una mata revuelta de rizos castaños. Sus ojos celestes estaban llenos de vida y travesuras.

—¿Es un niño responsable? —le preguntó—. ¿La llama para avisarle que va a llegar tarde o para pedirle permiso para ir a la casa de algún amigo?

Hannah asintió con la cabeza.

—Josh es muy juicioso.

—¿Cómo fue vestido hoy a la escuela?

Hannah se frotó la frente con la mano, esforzándose para recordar la mañana. Las últimas horas parecían un sueño lejano y nebuloso. Lily llorando por la indignidad de ser confinada a su silla alta. Josh patinando en medias por la cocina. Había que firmar la autorización para una excursión al Museo de Ciencias. ¿La tarea habrá sido hecha? ¿Memorizó las palabras para deletrear? Una llamada del hospital. Las tostadas quemándose en el horno. Paul

yendo y viniendo rápidamente por la cocina, imitando a Josh y quejándose porque las camisas necesitaban de la plancha.

—Mmm… unos tejanos. Un jersey azul. Botas para nieve. Una chaqueta para esquiar azul brillante con franjas amarillas y verdes brillantes. Su gorro de vikingo… es amarillo con un parche aplicado. Paul no le dejaría usar uno color púrpura con esa chaqueta. Dice que parecería que Josh fuera vestido por un daltónico. No veo cuál sería el perjuicio, sólo tiene ocho años…

Megan le devolvió la fotografía y miró a Mitch.

—Yo avisaría de inmediato —su mente ya estaba pensando en las posibilidades y en los pasos que deberían dar de acuerdo con esas posibilidades—. Enviar un boletín a su gente, al departamento del alguacil, a la patrulla de caminos…

Hannah parecía agobiada.

—¿No pensará que…?

—No. —Mitch intercedió suavemente—. No, querida, por supuesto que no. Son sólo procedimientos de rutina. Enviaremos un boletín a todos los muchachos que están patrullando para que si ven a Josh lo recojan y lo lleven a casa. Discúlpanos un momento —le dijo levantando un dedo. Le dio la espalda a Hannah y miró furioso a Megan—. Tengo que darle a la agente O'Malley algunas instrucciones.

Tomó a Megan del hombro y la condujo sin ceremonias hasta el pasillo oscuro y angosto. Un hombre de cabeza redonda y chaqueta larga de lana los miró de mala manera y se tapó la oreja que tenía libre mientras trataba de mantener una conversación por el teléfono que se encontraba afuera del lavabo de hombres. Mitch bajó la horquilla del teléfono con dos dedos, cortando la conversación y recibiendo un indignado «¡Qué pasa!» del hombre.

—Discúlpenos —gruñó Mitch mostrándole su insignia—. Asunto policial.

Alejó al hombre del teléfono a empellones por el pasillo con un gesto que hubiera dispersado a los pequeños vendedores de drogas

y prostitutas de las principales calles de Miami. Luego miró con el mismo gesto a Megan.

—¿Qué demonios sucede con usted? —exclamó Megan, poniéndose a la ofensiva y sabiendo que era su mejor defensa.

—¿Qué demonios sucede conmigo? —replicó Mitch, manteniendo la voz baja—. Qué demonios sucede con usted… asustando a la pobre mujer…

—Tiene razones para estar asustada, jefe. Su hijo se ha perdido.

—Aún hay que establecer eso. Probablemente está jugando en la casa de un amigo.

—Ella dijo que llamó a los amigos.

—Sí, pero está aterrorizada. Probablemente olvidó buscar en algún lugar obvio.

—O alguien se llevó al niño.

Mitch frunció más el entrecejo y se esforzó para desestimar esa sugerencia.

—Esto es Deer Lake, O'Malley, no New York.

Megan arqueó las cejas.

—¿No tienen crímenes en Deer Lake? Tienen fuerza policial. Tienen cárcel. ¿O todo eso son adornos?

—Por supuesto que tenemos crímenes —gruñó Mitch—. Tenemos estudiantes que roban en los comercios y trabajadores de la fábrica de queso que se emborrachan el sábado a la noche y se pelean en el aparcamiento de la Legión Americana. No tenemos secuestro de niños, por el amor de Dios.

—Sí, bueno. Bienvenido a los noventa, jefe —le respondió con sarcasmo—. Puede suceder en cualquier lugar.

Mitch retrocedió medio paso y se puso las manos en la cintura. El presidente de la logia Hijos de Noruega pasó hacia el lavabo sonriendo y saludando con la cabeza a Mitch. Una vaharada de desodorante de ambientes extremadamente dulce salió de allí cuando se abrió la puerta. Mitch la cerró tal como haría con la boca de Megan por lo que estaba diciendo.

—La gente de St. Joseph tampoco creía que podría suceder allí —le explicó Megan tranquilamente—. Y mientras todos estaban consolándose con esa mentira, alguien se llevó a Jacob Wetterling.

El caso de St. Joseph había sucedido antes de que Mitch se mudara a Minnesota, pero aún estaba en los corazones y las mentes de la gente. Un niño había sido robado y nunca regresó. Esa clase de crimen era tan extraño en la zona que afectó a la gente como si se hubieran llevado a alguien de su propia familia. Deer Lake se encontraba a casi trescientos veinte kilómetros de St. Joseph, pero Mitch sabía que varios de sus hombres y el departamento del alguacil habían trabajado como voluntarios en el caso. Hablaban de él con parquedad, en un tono cuidadoso, como si temieran que al recordarlo pudieran regresar los demonios que habían cometido el crimen.

Megan tomó el auricular del teléfono, maldiciendo en voz baja.

—Estamos perdiendo tiempo.

—Yo lo haré. —Mitch le arrebató el auricular.

—Un poco rudo para las reglas de etiqueta sobre los teléfonos, ¿verdad? —comentó Megan con frialdad.

—Nuestro telefonista no la conoce —fue toda la disculpa que le ofreció—. ¿Doug? Mitch Holt. Escucha, necesito que envíes un boletín sobre el chico de Paul Kirkwood, Josh. Sí. Hannah fue a buscarlo a *hockey* pero él ya se había ido a alguna parte. Probablemente está en el sótano de alguien jugando Nintendo; ya sabes cómo es esto. Hannah está preocupada… Sí, eso es lo que mejor hacen las mujeres.

Megan entrecerró los ojos y se tocó la cabeza con la punta de un dedo. Mitch la ignoró.

—Avísales a los muchachos del condado también, por si lo ven. Tiene ocho años, un poco pequeño para su edad. Ojos celestes, pelo castaño rizado. Visto por última vez con una chaqueta para esquiar azul brillante con franjas amarillas y verdes, y un sombrero amarillo

con un aplique de vikingo. Y envía una patrulla al patinódromo. Diles que los veré allí.

Colgó el auricular cuando el líder de los Hijos de Noruega salía del lavabo y pasaba junto a ellos murmurando un saludo y mirando con curiosidad a Megan. Mitch gruñó algo que esperaba fuera reconocido como un saludo. Podía sentir la mirada dura de Megan, pesada, expectante, desaprobadora. Era nueva en este trabajo, ambiciosa, ansiosa por probarse a sí misma. Ella hubiera llamado a la caballería, pero la caballería aún no había sido autorizada.

La prioridad en un caso de persona extraviada era asegurarse de que la persona estaba realmente extraviada. Por eso la regla con los adultos era no considerarlos extraviados hasta que hubieran transcurrido veinticuatro horas. La regla no se aplicaba a los niños, pero aun así, había opciones que debían ser consideradas antes de llegar a la peor conclusión. Aun los niños más juiciosos hacen cosas estúpidas de vez en cuando. Josh podía haber regresado a casa con un amigo y haber perdido la noción del tiempo o estar castigando intencionalmente a su madre por haberse olvidado de él. Había muchas explicaciones más probables que el rapto.

¿Entonces por qué tenía un nudo en el estómago?

Sacó otra moneda del bolsillo del pantalón. Marcó de memoria el número de los Strauss y dio gracias a Dios cuando su hija contestó a la tercera llamada con un exuberante:

—¡Hola, habla Jessie!

—Hola, mi amor, habla papá —le dijo suavemente, bajando la cabeza para eludir la curiosidad de Megan.

—¿Vendrás a buscarme? Quiero que me leas un poco más de ese libro cuando vaya a acostarme.

—Lo lamento, no puedo, mi amor —murmuró—. Esta noche tengo que seguir siendo policía durante un largo rato. Tendrás que quedarte con la abuela y el abuelo.

En el otro extremo de la línea se produjo un pesado silencio. Mitch podía imaginar claramente la cara de disgusto de su hija, una

expresión que había heredado de su madre y perfeccionado imitando a su abuela. Una mirada elocuente que podía provocar sentimientos de culpa.

—No me gusta cuando eres policía —le respondió. Se preguntaba si sabía lo mucho que lo hería cuando le decía eso. Las palabras eran un puñal en una vieja herida que no cicatrizaría.

—Sé que no te gusta, pero tengo que tratar de encontrar a alguien que está perdido. ¿No te gustaría que fuera a buscarte si estuvieras perdida?

—Sí —admitió la niña de mala gana—. Pero tú eres mi papá.

—Mañana a la noche estaré en casa, querida, y leeremos algunas páginas extra. Te lo prometo.

—Será mejor que lo hagas, porque la abuela dice que ella también puede leer conmigo a Babar.

Mitch apretó la mandíbula.

—Lo prometo. Dame un beso de buenas noches y luego déjame hablar con el abuelo.

Jessie emitió un sonido fuerte y agudo en el auricular, y Mitch lo repitió, dándole la espalda a Megan para que no pudiera ver el color de sus mejillas.

Luego Jessie le pasó el auricular a su abuelo y Mitch realizó la explicación ritual, que no era una explicación: asunto policial, nada grave, pero había que investigar. Si les decía a sus suegros que tenía que investigar un posible secuestro, Joy Strauss enloquecería todo el pueblo por teléfono.

Jurgen no pidió detalles. Era un nativo de Minnesota y consideraba que era una descortesía pedir mayor información de la que el interlocutor deseaba dar. Además, la rutina no era extraña para él. El trabajo de Mitch requería una noche tarde de vez en cuando. El acuerdo era que Jessie se quedara con sus abuelos, que la cuidaban todos los días cuando salía de la escuela. La rutina era conveniente y brindaba estabilidad a Jessie. Mitch no estaba

precisamente enamorado de su suegra, pero confiaba en que ella cuidaría bien de su única nieta.

Le molestaba no poder estar con Jessie, abrazarla, leerle hasta que sus ojitos se cerraran. Su hija era el centro absoluto de su universo. Durante un segundo trató de imaginar cómo se sentiría si no pudiera encontrarla, y luego pensó en Hannah y en Josh.

—Aparecerá en cualquier momento —murmuró mientras colgaba el auricular.

Megan se tranquilizó. Durante un instante Mitch Holt pareció vulnerable, no rudo, intimidatorio. Durante un segundo fue un simple padre que enviaba besos por teléfono a su pequeña hija.

La palabra *peligroso* flotó otra vez en su cabeza y adquirió nuevas connotaciones.

Apartó este pensamiento y lo miró con expresión seria.

—Espero que tenga razón, jefe. Por el bien de todos.

5
Día 1
21:30 -7°C

Cuando Mitch llegó con su Explorer al Gordie Knuston Memorial Arena los últimos jugadores de *hockey* de la liga mayor iban saliendo lentamente de allí. Los jugadores de la liga, de cincuenta años o más, aún exhibían una sorprendente gracia sobre el hielo, como si dejaran la incómoda dureza de la edad en el vestuario cuando se ponían los mágicos patines. Se hablaban, se pasaban la pelota, anotaban puntos, se reían y maldecían. Pero cuando terminaba el juego, se sacaban los patines, y las realidades de la edad volvían a instalarse con saña. Bajaban muy despacio por la escalera, y los rostros se contraían en distintas clases de gestos.

Noogie los observó con una mueca, apoyado contra su patrullero detenido frente al edificio. Hizo un gesto con sus pulgares, y luego se rió cuando Al Jackson lo mandó al infierno.

—¿Por qué sigues jugando si luego quedas así, Al?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa? —replicó Al—. Oh, sí, lo había olvidado… tú jugabas al *rugby*; demasiados golpes en la cabeza.

—Por lo menos nosotros teníamos suficiente sentido como para usar cascos —le respondió Mitch.

—¿Quieres decir que no tienes excusa para la cara?

Noga refunfuñó y les indicó con la mano que se fueran.

—¿Qué sucede, Noogie? —le preguntó Bill Lennox, estirando la correa de su mochila—. ¿Atrapaste a Olie corriendo en su Zamboni?

Todos se rieron, pero sus miradas se dirigieron hacia Mitch y Megan que se acercaban por la acera.

—Buenas noches, Mitch —le dijo Jackson, levantando la punta de su bastón de *hockey*—. ¿Acaso hay una ola de crímenes en el patinódromo?

—Sí, hemos tenido otra queja de que tus tiros son mortales.

El grupo rugió una carcajada. Mitch los observó hasta que estuvieron bien alejados, y luego se volvió hacia su oficial.

—Oficial Noga, ella es la agente O'Malley…

—Nos conocemos —dijo Megan impaciente, golpeando un pie contra un montón de nieve de la acera con el doble propósito de descargar energía y de mantener la sensación en sus dedos.

Megan observó detenidamente la zona. El patinódromo se encontraba al final de una calle, bien atrás de las residencias. Ubicado en el límite sudeste de Deer Lake, estaba a nueve kilómetros de la autopista interestatal. Más allá de la isla que formaban las luces artificiales del área de aparcamiento, la noche estaba oscura, ominosa, desagradable. Del otro lado de una pared de enormes arbustos deshojados los predios del Park County se extendían a lo largo de un conjunto de viejos edificios vacíos y una gradería. Parecía abandonado y siniestro, como si las sombras estuvieran habitadas por oscuros espíritus que sólo podrían ser ahuyentados por las luces del carnaval y multitudes de personas. Aunque mirara en dirección al pueblo, Megan tenía la sensación de aislamiento.

—¿Es por el niño perdido? —preguntó Noga.

Mitch asintió con la cabeza.

—El hijo de Hannah Garrison. Josh. Ella tenía que venir a buscarlo aquí. Creo que echaremos un vistazo, hablaremos con Olie…

—Deberíamos enviar uniformados a recorrer la zona residencial —interrumpió Megan, y obtuvo una mirada con ojos entrecerrados de Mitch y con ojos de búho de Noga—. Averiguar si los vecinos han visto al niño o algo fuera de lo común. El predio de la feria es el mejor lugar para comenzar la búsqueda una vez que aseguremos la zona.

Mitch había tratado de detenerla con detalles sobre el cuidado de niños, sugiriéndole que permaneciera junto a Hannah y le ofreciera apoyo moral mientras esperaban alguna noticia de Josh. Megan le informó que el apoyo moral no formaba parte de su currículum, y le sugirió que llamaran a una amiga para que se quedara con Hannah y la ayudara a realizar otra ronda de llamadas telefónicas para buscar a Josh entre sus amigos. Al final Mitch llamó a Natalie, que vivía en el barrio de Hannah.

La miró seriamente, respiró y le habló a su oficial en un tono tan apacible que no se podía creer.

—Entra y busca a Olie. Estaré allí en un minuto.

—Bien. —Noga se retiró de inmediato, aliviado por estar afuera de la línea de fuego.

Megan rodeó su cuerpo con los brazos, preparándose para la escaramuza. Mitch la miró fijamente, con la mandíbula apretada, los ojos oscuros y profundos bajo las cejas bajas. Ella podía sentir la tensión que emanaba de él.

—Agente O'Malley —le dijo con una voz tan fría como el aire, y al mismo tiempo peligrosamente suave—, ¿de quién es esta investigación?

—Suya —le respondió sin vacilar—. Y usted la está llevando a cabo.

—Qué diplomática.

—No me pagan por ser diplomática —respondió sabiendo que lo había sido—. Me pagan por consultar, aconsejar e investigar. Le aconsejo que investigue, jefe, en lugar de pavonearse por ahí simulando que nada ha sucedido.

—No le pedí una consulta ni un consejo, señorita O'Malley —a Mitch no le agradaba esta situación. No le agradaban las posibilidades y lo que podrían significar para Deer Lake. Y por el momento sentía un intenso desagrado por Megan O'Malley sólo porque estaba ahí, presenciando todo, y cuestionando su autoridad y su ego—. Sabe, no era muy agradable mirar a Leo, pero él conocía su lugar. No metía la nariz hasta que yo no se lo pedía.

—Entonces él también andaba arrastrando el trasero —replicó Megan, negándose a retroceder. Si retrocedía ahora, Dios sabía que terminaría sentada en el departamento de policía controlando la cafetera. Ya no era una cuestión de campo, era cuestión de establecerse en la cima—. Si no llama unos uniformados para que pregunten a los vecinos, yo lo haré tan pronto como haya dado un vistazo.

Mitch sintió la tensión de los músculos de su mandíbula. Hizo una aspiración profunda y sacó una nube de vapor por la nariz. Megan mantuvo su lugar, con las manos apoyadas en la cintura y los músculos del cuello tensos por tener que mirarlo hacia arriba. Ya no sentía frío en los dedos pequeños de los pies, el calor atravesaba las finas suelas de sus botas.

Mitch apretó los dientes y eso agudizó el nudo que tenía en el estómago, mientras una voz interior le susurraba: *¿Y si ella tiene razón? ¿Si tú estuvieras equivocado, Holt? ¿Y si lo echas todo a perder?* La duda lo enfureció, y trasladó rápidamente esa furia a la mujer que tenía frente a él.

—Llamaré dos unidades más. Noga puede comenzar a revisar por aquí. Usted puede venir conmigo, agente O'Malley. No quiero que ande como una desenfrenada por mi pueblo, atemorizando a todos.

—Usted no tiene porqué mantenerme atada, jefe.

Mitch le sonrió de una manera desagradable.

—No, pero es una gran fantasía.

Avanzó por la acera hacia la escalera, negándose a darle la oportunidad de refutarlo. Ella lo siguió rápidamente, maldiciendo el

suelo resbaladizo en lugar de maldecir a Mitch Holt.

—Quizá deberíamos establecer algunas reglas de campo por aquí —le dijo ella, poniéndose a la par—. Decidir cuándo será ilustrado o cuándo será un burro. ¿Es un asunto de conveniencia o algo territorial? Me gustaría saberlo ahora, porque si esto se va a convertir en una batalla a ver quién mea más alto en la pared, voy a tener que aprender a levantar la pierna.

—¿No le enseñaron eso en la academia del FBI?

—No. Me enseñaron cómo someter a los machos agresivos levantándoles los huevos hasta las amígdalas.

—Debe ser divertido tener una cita con usted.

—Nunca lo sabrá.

Mitch abrió una de las puertas del patinódromo y la mantuvo abierta. Megan deliberadamente abrió otra a su lado.

—No espero un tratamiento especial —le comentó mientras entraba—. Espero un tratamiento de igual.

—Bien. —Mitch se quitó los guantes y los guardó en los bolsillos de su chaqueta—. Trate de pasar sobre mi cabeza y seré tan duro con usted como lo sería con cualquier otro. Si me enloquece lo suficiente la golpearé.

—Eso es agresión.

—Llame a un policía —le dijo por encima del hombro mientras abría una puerta y entraba a la pista.

Megan miró hacia arriba:

—Yo pedí esto, ¿verdad?

Olie Swain se ocupaba de diversos trabajos en el Gordie Knutson Memorial Arena desde hacía cinco años. Trabajaba desde las tres hasta las once, durante seis días a la semana, manteniendo los vestuarios en orden, barriendo la basura de las tribunas, renovando la superficie del hielo con la máquina Zamboni y realizando otros de lo más extraños. Su verdadero nombre no era Olie, pero el apodo se

le pegó y él no se esforzó por perderlo. Trataba de no mostrar su verdadero yo; ésa era una actitud que había desarrollado desde la infancia. El anonimato era una capa cómoda, en cambio la verdad era como una luz de neón que dirigía una atención no deseada hacia la desdichada historia de su vida.

Ocúpate de tus asuntos, Leslie. No seas orgulloso, Leslie. El orgullo y la arrogancia son los pecados del hombre.

Las palabras que habían sido repetidas en su infancia con puños de hierro y lenguas como cuchillos se habían anclado con fuerza en su cabeza. El misterio siempre había sido algo de lo que podía sentirse orgulloso. Era pequeño y feo, con una marca de nacimiento que cubría un cuarto de su cara como si fuera una mancha. Sus talentos eran pocos y no le interesaban a nadie. Sus experiencias eran la materia prima de la vergüenza y los secretos, y las guardaba para él. Siempre había justificado su ojo de cristal como el resultado de una caída de un árbol.

Su mente era lista, una cabeza para los libros y los estudios. Tenía una aptitud natural para las computadoras. Esto también lo guardaba para sí mismo, alimentándolo como un rasgo brillante en una existencia yerma.

A Olie no le agradaban los policías. Especialmente no le agradaban los hombres. Su tamaño, su fuerza, su agresiva sexualidad, todo esto desataba malos sentimientos en él, razón por la cual no tenía verdaderos amigos de su edad. Los amigos más cercanos que tenía eran los muchachos de *hockey*. Envidiaba su exuberancia y añoraba su inocencia. A ellos les agradaba porque podía patinar bien y hacer acrobacias. Algunos eran crueles en relación a su aspecto, pero la mayoría lo aceptaba, y eso era lo mejor que podía esperar Olie.

Se quedó en un rincón del reducido depósito que él había convertido en una oficina, con las terminaciones nerviosas punzándole como gusanos bajo su piel mientras la alta silueta del jefe Holt cubría la puerta.

—Hola, Olie —le dijo el jefe. Su sonrisa era fingida y cansada—. ¿Cómo va todo?

—Bien —replicó Olie rápidamente y tiró de la manga de la chaqueta de aviador que había comprado en una tienda de rezagos militares. Por dentro del grueso jersey de lana el sudor bajaba desde sus axilas, con un olor rancio.

Una mujer miró hacia adentro junto al brazo derecho del jefe. Ojos verdes brillantes en un rostro de duende, cabello oscuro peinado hacia atrás.

—Ella es la agente O'Malley. —Holt se movió un centímetro a la izquierda. La mujer lo miró a través de la estrecha abertura y luego miró la pequeña habitación—. Agente O'Malley, Olie Swain. Olie es el sereno.

Olie la saludó cortésmente con la cabeza. ¿Agente de qué?, se preguntó. *Ocúpate de tus asuntos, Leslie*. Buen consejo, sin importar de dónde provenía. A muy temprana edad había aprendido a canalizar su curiosidad hacia sus libros y sus fantasías y no hacia las personas.

—Sólo queremos formularle un par de preguntas, *Mr*. Swain, si le parece bien —le dijo Megan, aflojando su bufanda debido al calor de la habitación.

Observó todo acerca de Olie Swan en una sola mirada. Tenía la talla de un jinete de carreras, con rasgos chatos y ojos desproporcionados y demasiado redondos. El de la izquierda era de cristal y miraba hacia adelante mientras que el otro miraba hacia todos lados, como si la mirada rebotara en cada cosa que tocara. El ojo de cristal era castaño y un poco más claro que el natural, con un borde blanquecino. El blanco artificial estaba acentuado por la piel roja de la marca de nacimiento que le bajaba desde el cabello y atravesaba el cuadrante superior izquierdo de su cara. Tenía el pelo castaño y gris y levantado en la parte superior de la cabeza como las cerdas de un cepillo. Probablemente tenía unos treinta años, y no le agradaban los policías.

Por supuesto que ése era uno de los riesgos de la profesión. Hasta la gente más inocente se impacienta cuando la policía invade su territorio. Y por otra parte había algunos que resultaban ser algo más que meros impacientes. Megan se preguntó cuál descripción se aplicaría a Olie.

—Estamos tratando de encontrar a Josh Kirkwood —le explicó Mitch—. Juega en el equipo de John Olsen's Squirts. ¿Lo conoces?

Olie se encogió de hombros.

—Seguro.

No agregó nada más. No hizo preguntas. Bajó la mirada hacia sus guantes de lana y frotó su mano izquierda con la derecha. «Típico de Olie», pensó Mitch. El tipo no tenía roce social para hablar, nunca tenía mucho que decir, y nunca decía nada sin que se lo insinuaran. No existían leyes contra eso. Al parecer todo lo que quería en su vida era cumplir con su trabajo y que lo dejaran en paz con sus libros.

Desde su sitio en la puerta, Mitch podía ver a Olie y toda la habitación sin mover los ojos. Una vieja mesa verde para jugar a los naipes con el tablero rajado y una silla de respaldo alto salpicada con pintura ocupaban casi todo el lugar. Sobre la mesa y abajo de ella había pilas de libros de texto usados. Computación, psicología, literatura inglesa… toda una gama de libros.

—La mamá de Josh llegó tarde a buscarlo —continuó Mitch—. Cuando ella llegó aquí él se había marchado. ¿Viste si se fue con alguien?

—No. —Olie bajó la cabeza—. Yo estaba ocupado. Tenía que pasar la Zamboni antes del Figure Skating Club —su discurso era como taquigrafía hablada, desprovisto de lo esencial, sólo lo suficiente como para responder, no como para alentar una conversación. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo y esperó y transpiró un poco más.

—¿Atendió una llamada cerca de las cinco y cuarto o cinco y media, de alguien del hospital diciendo que la doctora Garrison

llegaría tarde? —le preguntó Megan.

—No.

—¿Sabe si alguien lo hizo?

—No.

Megan asintió con la cabeza y bajó el cierre de la chaqueta. La pequeña habitación estaba ubicada al lado de una caldera y al parecer el calor pasaba a través de las paredes. Era como estar en un sauna. Mitch se había sacado la chaqueta y se la había echado sobre los hombros. Olie mantenía las manos en los bolsillos de su abrigo. Giró el pie derecho sobre el costado de su zapatilla Nike y movió la pierna.

—¿Observaste si Josh volvió al edificio después de que los otros muchachos se fueron?

—No.

—¿No fuiste afuera, no viste coches extraños?

—No.

Mitch apretó los labios y suspiró por la nariz.

—Lo lamento —dijo Olie suavemente—. Ojalá pudiera ayudar. Buen muchacho. No le habrá pasado nada, ¿verdad?

—¿Cómo qué? —Megan no dejaba de mirar los ojos desproporcionados de Olie.

Él se volvió a encoger de hombros.

—El mundo es un lugar podrido.

—Probablemente se fue a casa con un compañero —comentó Mitch. Las palabras sonaron gastadas, las había pronunciado tantas veces durante las dos últimas horas. El intercomunicador colgaba silencioso de su cinturón. Seguía pensando que en cualquier momento sonaría y le dirían que Josh había sido encontrado comiendo *pizza* y mirando el juego de los Timberwolves en la casa de alguna familia del otro lado del pueblo. La espera le estaba carcomiendo los nervios como si tuviera termitas.

«Por otra parte, Megan parecía estar disfrutando de esto, pensó». La idea lo irritó.

—Señor Swain, ¿estuvo aquí toda la tarde? —le preguntó Megan.

—Ése es mi trabajo.

—¿Alguien lo puede verificar?

Una gota de sudor cayó desde la frente en el ojo sano de Olie. Pestañeó como un ciervo atrapado en la mira de un cazador.

—¿Por qué? Yo no hice nada.

Ella le sonrió. No lo convenció, pero no importaba.

—Es sólo rutina, señor Swain. ¿Vio usted…?

Mitch tomó el cinturón que colgaba en la espalda de la chaqueta de Megan y tiró de él suavemente. Ella giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—Gracias, Olie —le dijo ignorándola—. ¿Podrías llamarme si recuerdas algo que pueda ayudarnos?

—Seguro. Espero que lo resuelvan —dijo Olie.

La sensación de claustrofobia salió de su pecho cuando Holt y la mujer se alejaron de la puerta. Cuando los pasos se desvanecieron, Olie volvió a sentirse solo. Caminó por la habitación, recorriendo las paredes con las puntas de los dedos, marcando su territorio, borrando la intrusión de los extraños. Se sentó en la silla, y pasó la mano por sus libros, acariciándolos como si fueran mascotas queridas.

No le agradaban los policías. No le agradaban las preguntas. Sólo quería que lo dejaran tranquilo. *Ocúpate de tus asuntos, Leslie*. Olie deseaba que los demás siguieran ese consejo.

—No me gustó que me hiciera callar tirando de mi cinturón —dijo Megan, mientras caminaba junto a Mitch. Casi tenía que trotar para seguirlo. El eco de los pasos en el concreto se esparcía por todo el enorme edificio. Las luces se reflejaban sobre el espejo de suave hielo blanco. Las gradas que subían por las paredes estaban ocultas por silenciosas sombras, como un teatro frío y vacío.

—Discúlpeme —le contestó Mitch con ironía, retomando las hostilidades que habían dejado por un tiempo—. Estoy

acostumbrado a trabajar solo. Mis modales necesitan un poco de lustre.

—Esto no tiene nada que ver con modales. Tiene que ver con la cortesía profesional.

—¿Cortesía profesional? —Levantó las cejas—. Parece un concepto desconocido para usted, agente O'Malley. Creo que no lo reconocería aunque le tocara su apretado y pequeño trasero.

—Usted me interrumpió…

—¿Interrumpirla? La hubiera puesto fuera de allí.

—Menoscabó mi autoridad…

Algo caliente y rojo le quemaba los ojos a Mitch. Las llamas ardían fuera de su control por primera vez desde hacía mucho tiempo. Giró hacia Megan sin advertencia, la tomó de los hombros, y la colocó contra el panel transparente que se levantaba sobre los tableros de *hockey*.

—Éste es *mi* pueblo, agente O'Malley —gruñó con el rostro a un centímetro del de Megan—. Usted no tiene ninguna autoridad. Usted está aquí para ayudar cuando se lo requiera. Podrá tener muchos cursos, pero al parecer estaba en el lavabo cuando dieron la clase sobre ese tema.

Ella lo miró callada, con los ojos inmensos y verdes, y la boca suave y redonda, en forma de O. Quería asustarla, conmoverla. Lo había conseguido. Ella tenía el abrigo abierto, y con su visión periférica Mitch pudo ver el corazón palpitando bajo su jersey verde.

Fascinado por el movimiento, bajó la mirada. Con los hombros hacia atrás, los pechos se lanzaban hacia adelante llamando su atención. Eran como pequeños globos redondos, los pezones apenas se notaban bajo el jersey. El calor que sintió en su interior convirtió las llamas de indignación en algo menos civilizado, más primitivo. Su intención había sido establecer el dominio profesional, pero en el calor la motivación había cambiado, deslizándose de los rincones lógicos de su mente a una parte de él que no utilizaba la lógica.

Lentamente levantó la mirada hasta el pequeño mentón que se adelantaba desafiante. Más arriba hasta la boca que temblaba un poco, traicionando su aparente valentía. Hasta los ojos tan profundos y verdes como terciopelo, con pestañas cortas y gruesas, tan negras como la noche.

—Nunca tuve este tipo de problema con Leo —murmuró—. Pero nunca tuve ganas de besar a Leo.

Megan sabía que no debía permitírselo. Conocía de memoria todos los argumentos contra esto, los había repetido mentalmente una y otra vez como salmos para alejar a los espíritus demoníacos. *Es estúpido. Es peligroso. Es un mal negocio…* Y aunque recorrían su cerebro, estaba levantando el mentón, conteniendo el aliento…

Estiró las manos y lo empujó, pero sólo logró desconcentrar a Mitch. Él alejó la cabeza unos centímetros y pestañeó, mientras su mente se aclaraba lentamente. Había perdido el control. El pensamiento era como una campana que sonaba entre sus orejas. Él no perdió el control. *Contener la furia. Controlar la mente. Controlar las necesidades*. Le había costado dos largos años asimilar esos dictados, y en lo que tarda un suspiro Megan O'Malley lo puso al borde de romperlos. Se miraron fijamente, esperando, conteniendo la respiración en el frío de la pista oscura.

—Voy a hacer como si esto no hubiera sucedido —le anunció Megan sin la autoridad ni la virtuosa indignación que se había propuesto. El anuncio parecía una promesa que ella sabía que no podría mantener.

Mitch no dijo nada. El calor se convirtió abruptamente en una incandescencia. Le levantó las manos de sus hombros y retrocedió. Ella quiso usurpar su autoridad; luego robarle la cordura, luego fingir que nada había sucedido. Una parte de él se picó ante esa idea. Pero no era precisamente una parte inteligente de él.

No era inteligente desear a Megan O'Malley. Por lo tanto, no desearía a Megan O'Malley. Así de simple. Ella ni siquiera era su tipo. Las mujeres diminutas y ásperas nunca le habían movido nada. Le

gustaban las mujeres altas y elegantes, cálidas y dulces. Como había sido Allison. Nada que ver con este fardo mezcla de temperamento irlandés y atropello feminista.

—Sí —murmuró buceando profundo para encontrar más sarcasmo—. Buena jugada, O'Malley. Olvídelo. No quisiera verme involucrado en una exhibición de feminidad.

Las palabras hirieron, como él quería, pero el golpe no le dio satisfacción. Todo lo que sentía en su interior era culpa y un poco de arrepentimiento, que no deseaba examinar más profundamente.

Se abrió una de las puertas de entrada y el ruido rebotó en la quietud del lugar como una pelota de goma.

—¡Jefe! —gritó Noga—. ¡Jefe!

Mitch saltó, y el nudo que tenía en el estómago se duplicó, se triplicó, mientras corría por la parte de atrás de los tableros. *Por favor, Dios mío, déjalo que diga que encontraron a Josh. Y que esté vivo*. Pero aunque había formulado el deseo, un temor frío le corría por la piel y unos dedos huesudos le apretaban la garganta.

—¿Qué sucede? —preguntó Mitch al encontrarse con su oficial.

Noga lo miró; estaba pálido, con expresión de miedo.

—Será mejor que venga a ver.

—Por Dios… —murmuró Mitch desesperado—. ¿Es Josh?

—No. Venga.

Megan corrió tras ellos mientras salían del edificio. El frío la golpeó con una fuerza tangible. Se subió la cremallera de la chaqueta, sacó los guantes de los bolsillos y se los puso. Tenía la bufanda sobre un hombro, y flameaba a sus espaldas como una bandera, hasta que se le cayó al cruzar rápidamente el área de aparcamiento.

Mitch corrió sobre la nieve con huellas de pisadas. A mitad de camino, junto al límite más alejado, tres oficiales uniformados estaban juntos cerca de una hilera de enormes arbustos sin hojas.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué encontraron?

Ninguno de ellos habló. Cada uno miró al otro, mudo y pasmado.

—¡Bueno, joder! ¿Alguien va a decir algo?

Lonnie Dietz dio un paso al costado, y un rayo de luz artificial iluminó una mochila de nylon. Alguien había escrito en un costado, con letras mayúsculas: Josh Kirkwood.

Mitch se arrodilló en la nieve; la mochila adelante de él con todo el potencial de una bomba activada. Estaba a medias abierta y un trozo de papel salía por la abertura, meciéndose con la brisa. Tomó el borde del papel y lo sacó lentamente de la mochila.

—¿Qué es eso? —preguntó Megan sin aliento, arrodillándose junto a él—. ¿Una nota de rescate?

Mitch abrió el papel y lo leyó, rápidamente primero y luego otra vez lentamente, mientras se le enfriaba cada vez más la sangre con cada palabra:

un niño ha desaparecido
la ignorancia no es inocencia sino PECADO.

6
Día 1
21:22 -7°C

—Los niños hacen las cosas más absurdas —comentó Natalie. Estaba trabajando en la encimera de la cocina preparando unos bocadillos de pavita, mientras la cafetera silbaba y borboteaba—. Recuerdo que una vez Troy hizo una gracia como ésta. Tenía diez u once años. Decidió que iría puerta por puerta a vender suscripciones de diarios para ganar un bólido de carrera con control remoto. Estaba tan entusiasmado por ese premio que no podía pensar en algo tan trivial como llamarnos de la escuela para decirnos qué iba a hacer. *¿Llamar a mi madre? ¿Por qué la voy a llamar si la veo todos los días?*

Sacudió la cabeza disgustada y cortó en dos un bocadillo con un cuchillo para pan.

—Esto sucedió cuando vivíamos en las Cities y en Minneapolis comenzaba una gran actividad de las bandas. No puedes imaginar las cosas que pasaron por mi cabeza cuando Troy no había llegado a casa a las cinco y media.

Sí, puedo hacerlo.

Los mismos pensamientos giraban en la mente de Hannah en una espiral interminable, una letanía de horror. Caminaba de un lado a otro, estaba demasiado nerviosa como para sentarse. Ni siquiera

había podido cambiarse la ropa que había usado para trabajar. El grueso jersey tenía un tufillo a transpiración del esfuerzo y la tensión del trabajo con Ida Bergen. Las calzas negras le ajustaban en la cintura, y la larga falda de lana estaba arrugada. Se había sacado las botas en la puerta sólo por costumbre.

Recorría todo el largo de la cocina, con los brazos cruzados, en un intento simbólico de mantenerse íntegra, sin alejar la mirada del teléfono, que continuaba silencioso abajo de una cartilla con números telefónicos colgada en la pared. *Mamá está en el hospital. Papá está en la oficina. 911 para emergencias*. Todo escrito por Josh con coloridos rotuladores. Un proyecto hogareño para una semana segura. Volvió a sentir pánico.

—Como te contaba, yo estaba enloquecida —continuó Natalie, mientras servía el café. Agregó un poco de leche descremada a cada taza y las dejó sobre el bar, al lado de un plato con bocadillos—. Llamamos a la policía. James y yo salimos a buscarlo. Entonces casi lo atropellamos. Así fue como lo encontramos. Estaba dando vueltas por el barrio en su bicicleta en plena noche, tan obsesionado por ganar el maldito juguete que no se molestaba en cuidarse del tránsito.

Hannah miró a su amiga mientras el silencio se prolongaba y comprendió que ése era el momento en el que debía preguntar:

—¿Y qué hiciste?

—Me bajé del coche antes de que James lo aparcara, gritando a todo pulmón. Estábamos frente a una sinagoga. Grité tan fuerte que el rabino salió corriendo, y ¿qué vio? A una negra enloquecida gritando y sacudiendo a ese pobre niño como si fuera un muñeco de trapo. Así que volvió a entrar y llamó a la policía. Vinieron volando con las luces y las sirenas encendidas. Por supuesto que cuando llegaron yo ya estaba abrazando a ese muchachito, lloraba y exclamaba *¡Mi bebé! ¡Mi bebito!* —chillaba mirando el techo y agitando los brazos.

Hizo girar los ojos, frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Al recordarlo creo que probablemente no debimos castigar a Troy. El disgusto fue suficiente.

Hannah volvió a caminar como un tigre en su jaula. Miró fijo el teléfono como si quisiera que sonara. Natalie suspiró, sabiendo que ya había hecho todo lo que podía hacer. Natalie preparó más café y bocadillos, no porque alguien tuviera hambre, sino porque era algo normal. Habló incesantemente tratando de distraer a Hannah e intentando llenar el ominoso silencio. Fue hasta el extremo de la encimera, rodeó con un brazo los hombros de Hannah y la condujo hasta una banqueta.

—Siéntate y come algo, muchacha. Tu nivel de azúcar ya debe estar en números rojos. Es una maravilla que aún puedas estar de pie.

Hannah se sentó en el borde de la banqueta y miró el plato con bocadillos. Aunque no había probado nada desde el desayuno no tenía ganas de comer. Sabía que tenía que intentarlo, por su propio bien, y porque Natalie se había molestado en prepararlos. No quería herir los sentimientos de Natalie. No quería decepcionar a nadie.

Hoy realmente ya lo has hecho.

Perdió una paciente. Perdió a Josh.

En la sala de estar, donde el televisor mascullaba a solas, Lily se despertó y bajó del sofá. Se encaminó hacia la cocina, frotándose un ojo con el puño, y sosteniendo un dálmata de peluche con el otro brazo. Hannah sintió que se le estrujaba el corazón cuando vio a su hija. A los dieciocho meses, Lily aún era su pequeña, la personificación de la dulzura y la inocencia. Tenía los rizos rubios y los ojos celestes de su madre. No se parecía en nada a Paul, cosa que a él no le importaba. Después de todas las indignidades que Hannah había tenido que sufrir en el prolongado esfuerzo para concebir a Lily, él parecía considerar justo que la niña se pareciera a ella.

Al pensar en Paul, Hannah sólo reparaba más en el silencioso teléfono. Él no había llamado, a pesar de que le había dejado varios

frenéticos mensajes en el contestador.

—¿Mami? —dijo Lily estirando la mano libre, en un gesto silencioso para que la levantara.

Hannah consintió de inmediato, abrazó fuerte a su hija y apoyó la nariz contra el cuerpecillo con olor a talco y sueño. Quería a Lily lo más cerca posible, no la había perdido de vista desde que la había traído de la casa de la niñera.

—Hola, dulce bombón —murmuró Hannah, meciéndola hacia atrás y adelante, acariciando el tibio pijama de lana color púrpura—. Ya deberías estar durmiendo…

Lily desvió la observación con una seductora sonrisa con hoyuelos.

—¿Dónde está Josh?

La sonrisa de Hannah se petrificó. Sus brazos se apretaron inconscientemente.

—Josh no está aquí, cariño.

El pánico la golpeó como un ariete, destruyendo su última resistencia. Estaba cansada y aterrorizada. Deseaba que alguien la contuviera, que le dijera que todo iba a salir bien… y lo dijera en serio. Quería que su hijo regresara y que el temor se alejara. Apretó a Lily contra ella y cerró los ojos con fuerza ante la embestida de las lágrimas. Un tortuoso gemido le salió de la garganta dolorida. Lily, atemorizada e infeliz al verse abrazada con tanta fuerza también comenzó a llorar.

—Hannah, querida, por favor siéntate —le pidió Natalie—. Siéntate, te traeré algo para beber.

Afuera de la casa, el perro ladraba y un automóvil entraba por el sendero. Hannah frenó el resto de sus lágrimas, aunque Lily no realizó un intento similar. El suspenso era tan pesado como un humo en el aire. ¿Sería Josh el que llegaba a la puerta de la cocina? ¿O Mitch Holt con novedades en las que ni siquiera se atrevía a pensar?

—¿Por qué Gizmo no está en el patio de atrás, como debe ser?

Paul entró en la cocina, con un gesto petulante en los labios. No miró a Hannah, comenzó con su ritual nocturno como si nada estuviera sucediendo. Entró en la pequeña oficina junto a la cocina y dejó su portadocumentos sobre el escritorio, y colgó su abrigo. Hannah observó cómo desaparecía en la habitación su santuario en perfecto orden. La invadió la furia. Le importaba más colgar su abrigo perfectamente alineado con los otros —arreglados de izquierda a derecha, desde los más pesados a los más ligeros, de los menos formales a los más formales— que su hijo.

—¿Dónde está Josh? —preguntó Paul, regresando a la cocina, mientras se aflojaba el nudo de la corbata—. Ese perro es su responsabilidad.

—Josh no está aquí —le respondió Hannah lacónicamente—. Si te hubieras molestado en responder mis llamadas telefónicas lo sabrías hace horas.

Al escuchar el tono de su voz, Paul la miró con sus cautelosos ojos color avellana.

—¿Qué…?

—¿Dónde demonios estabas? —le preguntó, abrazando con más fuerza a Lily. La beba le golpeó el hombro con la mano sollozando—. ¡Estuve tratando de encontrarte!

—¡Por Dios, estaba trabajando! —replicó Paul, tratando de entrar en escena y que las cosas tuvieran sentido—. Tuve cosas más importantes que hacer que contestar el maldito teléfono.

—¿En serio? Tu hijo se ha perdido. ¿Tienes algún cliente más importante que Josh?

—¿Qué quieres decir con que se ha perdido?

Natalie se colocó entre ellos para rescatar a Lily. La beba se lanzó agradecida a sus brazos.

—Déjame que la acueste, mientras tú y Paul se sientan y discuten esto *tranquila y racionalmente* —les dijo con firmeza, mirando fijamente a Hannah.

—¿Perdido? —repitió Paul, con las manos apoyadas en la cintura de su pantalón oscuro—. ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

Natalie se volvió hacia él.

—Siéntate, Paul —le ordenó señalándole la mesa de la cocina. Él abrió muy grandes los ojos, frunció más el entrecejo, pero obedeció. Natalie se volvió hacia Hannah, con una expresión menos tensa—. Tú también siéntate. Explícate desde el principio. Volveré enseguida.

Se encaminó hacia la escalera que conducía a los dormitorios, arrullando a Lily. Hannah la observó mientras se iba, sintiéndose culpable por la forma en que Lily apoyaba la cabeza sobre el hombro de Natalie y balbuceaba llorosa:

—No, no, mami —sus grandes ojos celestes estaban llenos de acusación.

¡Por Dios! ¿Qué clase de madre soy? Se le puso la piel de gallina, como una lija, y se tapó la boca con la mano, pues temía que saliera de allí una respuesta que no deseaba oír.

—Hannah, ¿qué está sucediendo? Tienes un aspecto espantoso.

Se volvió hacia su esposo, preguntándose con amargura por qué la tensión parecía darle más carácter al aspecto de un hombre. Paul había pasado más de doce horas en el estudio contable del cual era socio con Steve Christianson, su antiguo compañero de escuela. Estaba cansado, las arrugas que tenía alrededor de los ojos y de la boca parecían un poco más profundas de lo acostumbrado, pero nada de eso disminuía su atractivo. Paul era unos centímetros más alto que ella, atlético, con el rostro delgado y un mentón importante. Su camisa estampada estaba ajada, pero con la corbata floja aún lucía mejor. Hannah se miró mientras se sentaba y se sintió como si fuera algo salido de las profundidades del cesto de la ropa sucia.

—Tuvimos una emergencia en el hospital —respondió suavemente mirando a su esposo—. Llegué tarde a buscar a Josh. Le pedí a Carol que avisara, pero cuando llegué ya se había ido. Busqué por todas partes, pero no lo pude encontrar. Ahora lo está buscando la policía.

El rostro de Paul se endureció. Se sentó con los hombros erguidos.

—¿*Olvidaste* a nuestro hijo? —le dijo con un tono cortante como una espada.

—No…

—Por Dios, ese maldito trabajo es más importante para ti…

—¡Soy médica! ¡Una mujer se estaba muriendo!

—¡Y ahora algún lunático se llevó a nuestro hijo!

—¡No lo sabes! —gritó Hannah, odiándolo por expresar sus propios temores.

—¿Entonces dónde está? —gritó Paul apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia el rostro de Hannah.

—¡No lo sé!

—¡Ya basta! —Gruñó Natalie, entrando en la cocina—. ¡Ya basta, los dos! —Los miró con ese ceño feroz que había asustado a más de un policía en Deer Lake—. Tienen arriba a su pequeña llorando porque sus padres están peleando. Éste no es momento para recriminaciones.

Paul la miró enojado, pero no dijo nada. Hannah comenzó a hablar, pero luego les dio la espalda cuando alguien llamó a la puerta. Corrió tropezándose hasta el vestíbulo y voló hasta la puerta, con el corazón latiéndole alocadamente en el pecho.

Mitch Holt estaba en la entrada, con el rostro adusto, y la mirada dolorida.

—No —murmuró Hannah—. ¡No!

Mitch entró y tomó su brazo.

—Querida, haremos todo lo que podamos para encontrarlo.

—No —volvió a murmurar, sacudiendo la cabeza, incapaz de detenerse a pesar del vértigo que sentía en su cabeza—. No. No me lo digas. Por favor, no me lo digas.

«Ningún entrenamiento podía preparar a un policía para esto», pensó Mitch. No existía protocolo para destrozar la vida de un padre. No había lugares comunes adecuados ni excusas suficientes. Nada

podía contener el dolor. Nada. No podía ser policía para esto, no podía desprenderse de sí mismo aunque esto hubiera aliviado su propio dolor. Primero era padre, segundo, amigo, y los recuerdos y la culpa le arrebataron cualquier reserva profesional que pudiera quedarle. Atrás de Hannah vio a Paul y a Natalie esperando en el pasillo, con los rostros conmovidos.

—No —murmuró Hannah, moviendo apenas los labios, con los ojos llenos de lágrimas y desesperación—. Por favor, Mitch.

—Josh ha sido secuestrado —le explicó; las palabras sonaron como un rumor bajo y ronco.

Hannah se contrajo como una muñeca rota. Mitch la abrazó con fuerza.

—Lo lamento, querida —murmuró—. Lo lamento mucho.

—Dios santo —murmuró Natalie. Pasó junto a ellos y cerró la puerta principal para evitar que entrara el aire helado, pero el frío que había entrado en la casa no tenía nada que ver con el clima. Calaba los huesos y no se podía quitar.

Paul se adelantó y retiró una de las manos que Mich tenía sobre el hombro de Hannah.

—Ella es mi esposa —la amargura del tono hizo que Mitch levantara la cabeza.

Paul llevó consigo a Hannah hacia la sala mientras Mitch dejaba caer los brazos. Pero Paul no hizo el menor esfuerzo por ofrecerle algún tipo de consuelo o apoyo. O quizá fuese que Hannah se alejó de él cuando lo intentó. De cualquier manera era extraño, pero ¿qué no había sido surrealista esta noche? No se secuestraban niños en Deer Lake. El DCC no tenía agentes femeninos. Mitch Holt nunca perdía el control.

Jesús, qué mentira.

La furia que se encendió en su interior lo salvó, por irónico que pueda parecer. Le ofreció algo en qué concentrarse, algo conocido a qué aferrarse. Respiró profundo, se recompuso. Se pasó la mano por el barbudo mentón y miró a su ayudante. Atrás de las gruesas gafas,

los ojos de Natalie estaban llenos de lágrimas. Parecía tan perdida como Hannah, que estaba bajo la arcada que daba a la sala, con la cara vuelta hacia la pared.

—Natalie —le dijo tocándole el hombro—. ¿Hay café preparado? A todos nos vendría bien.

Ella asintió con la cabeza y se retiró a la cocina, contenta por poder hacer algo.

Mitch llevó a Hannah y a Paul a la sala de estar.

—Tenemos que sentarnos a hablar.

—¿Hablar? —replicó Paul—. ¿Por qué demonios no está ahí afuera tratando de encontrar a mi hijo? ¡Por Dios, usted es el jefe de policía!

Mitch lo miró inmutable y le otorgó el beneficio de la duda.

—Todos los oficiales de los que dispongo están en este caso. Hemos llamado al departamento del alguacil, a la patrulla del estado, y el DCC está aquí. Estamos organizando grupos de búsqueda en el patinódromo. Vienen helicópteros con rayos infrarrojos que detectarán cualquier fuente de calor. Mientras tanto, estamos enviando la descripción de Josh a todas las comisarías de los alrededores y la están introduciendo en la base de datos del Centro Nacional de Información del Crimen. Aparecerá en todo el país registrado como un niño perdido. Yo estaría coordinando todo personalmente, pero primero tengo que hacerles algunas preguntas a los dos. Tienen que darnos algún punto de partida, algo con lo que podamos trabajar.

—¿Se supone que tenemos que conocer al loco que se llevó a nuestro hijo? ¡Por Dios! ¡Esto es increíble!

—Ya basta —exclamó Hannah.

Paul hizo una mueca de sorpresa.

—O quizá Hannah pueda aclararnos la situación. Ella fue la que dejó a Josh allí…

Hannah jadeó y se bamboleó como si la hubiera golpeado en el rostro.

Mitch golpeó fuerte a Paul Kirkwood con el dorso de la mano; éste cayó hacia atrás, sentado sobre un sillón.

—Ya basta, Paul —le ordenó—. No estás ayudando a nadie.

Paul se hundió en el sillón y frunció el entrecejo.

—Lo lamento —murmuró de mala gana, echándose pesadamente en uno de los brazos del sillón, con la cabeza apoyada en su mano —. Acabo de llegar a casa. No puedo creer que esto esté sucediendo.

—¿Cómo sabes que…? —Hannah no pudo terminar la frase. Se apoyó en uno de los extremos del sillón, mientras Mitch se sacaba el abrigo.

—Encontramos su mochila. Adentro había una nota.

—¿Qué clase de nota? —inquirió Paul—. ¿Pidiendo rescate o algo así? No somos ricos. Quiero decir, tenemos un buen pasar, pero nada extravagante. Y Hannah; bueno, sé que todos creen que los médicos ganan muy bien, pero no es lo mismo que si trabajara en la clínica Mayo…

Dejo el pensamiento sin terminar. Mitch lo miró frunciendo el entrecejo, pensando en lo desatento que había sido el comentario. Volvía a culpar a Hannah. Ella comenzó a llorar silenciosamente, las lágrimas rodaban por sus mejillas, y se tapó la boca con la mano.

—No era una nota pidiendo rescate, pero aclaraba que Josh había sido raptado —continuó Mitch. Las palabras estaban grabadas con ácido en su cerebro, un mensaje para producir temor que apuntaba a una mente retorcida. Deseaba poder hacerles conocer la frase confidencial, decirles que era crucial mantener la información en secreto, que ésta sólo la tendría la parte culpable, etcétera, etcétera, pero no podía. Ellos eran los padres de Josh y tenían derecho a saber—. Dice: «la ignorancia no es inocencia sino pecado».

Hannah sintió un escalofrío.

—¿Qué significa? ¿Qué…?

—Significa que está chiflado —declaró Paul. Se echó el pelo hacia atrás con los dedos una y otra vez—. Oh, Dios mío…

—¿No les sugiere nada? —preguntó Mitch. Ambos negaron con la cabeza, demasiado aturdidos como para pensar. Mitch suspiró lentamente—. Ahora necesitamos concentrarnos en buscar posibles sospechosos.

Natalie trajo el café, dejando una bandeja sobre el baúl de madera de cerezo, al lado de unos mandos a distancia que lucían sin sentido ahora, como si fueran juguetes abandonados. Le dio una taza a Mitch, tomó otra y se la dio a Hannah, dejando que Paul se sirviera solo, mientras ella pedía a su amiga que bebiera un sorbo. Paul no ignoró el desaire, y la miró duramente mientras se inclinaba hacia adelante para servirse más edulcorante.

—¿No pensará que alguien que conocemos haría esto? —preguntó Paul a Mitch.

—No —mintió Mitch. Las estadísticas pasaban por su mente como un noticioso en la pantalla de la televisión. La mayoría de los secuestros de niños no eran obra de desconocidos—. Pero quiero que ambos piensen. ¿Algún cliente o paciente ha tenido alguna queja con ustedes? ¿Han notado desconocidos en el barrio últimamente, algún coche extraño pasando lentamente? ¿Algo fuera de lo común?

Paul miró su café y suspiró.

—¿Cuándo vamos a notar merodeadores desconocidos? Yo estoy en la oficina todo el día, y los horarios de Hannah son peores que los míos ahora que es jefa de la sala de emergencias.

Hannah vaciló al sentir que otro pequeño dardo había dado en su blanco. Mitch pensó en preguntarles cuánto hacía que tenían problemas, pero contuvo su lengua. La tensa situación estaba haciendo aflorar todo el cruel ingenio de Paul.

—¿Josh comentó algo sobre algún merodeador que anduviera por la escuela o que se le hubiera acercado en la calle?

Hannah negó con la cabeza. Las manos le temblaban violentamente cuando apoyó la taza sobre la bandeja, y derramó un poco de café. Ignoró lo que había sucedido y se tomó las rodillas con las manos, mientras los sollozos atormentaban su cuerpo. Alguien había robado a su hijo. En un abrir y cerrar de ojos Josh había desaparecido de sus vidas; alguien sin rostro se lo había llevado a algún lugar desconocido, con algún propósito que ninguna madre desearía considerar. Hannah pensó si acaso tendría frío, si estaría asustado, si estaría pensando en ella y preguntándose por qué no había ido a buscarlo. Pensó si estaría vivo.

Paul se levantó del sillón y comenzó a caminar por la habitación. Tenía el rostro pálido y tenso.

—Aquí no suceden cosas así —murmuró—. Por eso nos mudamos de las Cities, para vivir en un pueblo pequeño donde pudiéramos criar a nuestros hijos sin tener que preocuparnos por algún depravado… —Golpeó el puño sobre la repisa de la chimenea—. ¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo pudo suceder esto?

—No tiene sentido tratar de razonarlo, no importa dónde sucede —le contestó Mitch—. Lo mejor que podemos hacer es concentrarnos en recuperar a Josh. Colocaremos un dispositivo de escucha en su teléfono por si reciben alguna llamada.

—¿Se supone que debemos quedarnos aquí sentados esperando? —preguntó Paul.

—Alguien tiene que estar en la casa por si suena el teléfono.

—Hannah se puede quedar junto al teléfono —propuso Paul a su esposa—. Yo quiero ayudar con la búsqueda.

«La ha propuesto sin consultarla ni considerar su estado mental», pensó Mitch, cada vez con menos paciencia.

—Tengo que hacer algo para ayudar.

—Sí, está bien —murmuró Mitch, mientras observaba a Natalie que se arrodillaba a los pies de Hannah y trataba de consolarla—. Paul, ¿por qué no salimos de la cocina y discutimos esto?

—¿Qué puedo llevar para la búsqueda? —preguntó, siguiendo a Mitch, con la mente completamente absorbida en la planificación de un curso de acción—. ¿Linternas? Tenemos un buen equipo para acampar…

—Muy bien —le dijo Mitch de manera lacónica. Miró a Paul Kirkwood a los ojos dándole un momento para que comprendiera que esa conversación no era sobre la búsqueda—. Paul, sé que ésta es una situación dura para cualquiera, pero ¿podría mostrar un poco de compasión con su esposa? Hannah necesita su apoyo.

Paul lo miró fijamente, incrédulo y ofendido.

—En este momento estoy un poco enfadado con ella. Dejó que raptaran a nuestro hijo.

—Josh es víctima de las circunstancias. También Hannah. Ella no podía prever que habría una emergencia en el hospital justamente en el momento que tenía que ir a buscar a Josh.

—¿No? —resopló de manera burlesca—. ¿Cuánto quiere apostar a que estaba saliendo tarde? Ella tiene horarios regulares, pero no los cumple. Se queda en el lugar esperando que suceda algo malo para tener una excusa para quedarse más tarde. Dios no permita que esté en casa, con nuestros hijos…

—Paul, no quiero saber nada sobre eso —replicó Mitch—. En este momento los problemas que usted y Hannah tengan en su matrimonio quedan de lado. ¿Me entiende? Ahora los dos tienen que estar muy juntos, por Josh, y no agredirse mutuamente. Si necesita descargar su furia con alguien, hágalo con Dios o conmigo o con las Cortes de clemencia. Hannah ya tiene suficiente en su conciencia como para que usted además la castigue.

Paul se alejó de él. Mitch tenía razón… él quería castigar a alguien. Hannah. Su muchacha rubia. Su novia trofeo. La mujer que no tenía ni idea de cómo hacerlo feliz. Estaba demasiado ocupada en el brillo de la adoración de los demás como para estar allí con su esposo y sus hijos. Todo esto era por culpa de Hannah.

—Traiga todo el equipo que tenga —dijo Mitch molesto—. Búsqueme en el patinódromo —fue hacia el vestíbulo—. También traiga alguna ropa de Josh —agregó rápidamente mirando a Hannah, que continuaba doblada en el sillón como un montón de miseria—. Necesitaremos algo suyo para que lo huelan los perros.

Natalie lo siguió hasta la entrada.

—Ese hombre necesita algo más que una conversación. Necesita una buena patada en el culo… donde tiene el cerebro.

—Eso es agresión, pero si tú quieres hacerlo, yo juraré en la Corte que no vi nada.

—No puedo creer a este tipo —gruñó Natalie—. Dejar a esa pobre muchacha allí sentada llorando. Lanzarle puñales desde el otro extremo de la habitación como si estuviera en un circo. ¡Dios todopoderoso!

—¿Sabías que tienen problemas?

Ella respondió con una de sus muecas.

—Hannah no habla de cosas personales. Podría vivir con el marqués de Sade y no diría una palabra contra él. De cualquier manera yo no soy la persona adecuada para preguntarle —admitió —. Siempre pensé que Paul era un presumido.

Mitch se masajeó el cuello buscando los puntos de tensión.

—Deberíamos aflojarle un poco la cuerda, Nat. Nadie está muy bien en una situación como ésta. Todo el mundo reacciona de manera diferente y no siempre de manera admirable.

—Me agradaría reaccionar sobre su cabeza —murmuró Natalie.

—¿Puedes quedarte con Hannah? ¿James está en casa con los niños?

Natalie asintió con la cabeza.

—Llamaré a algunos otros amigos. Podemos turnarnos aquí. Y llamaré a la brigada.

—Usa mi celular. De esa manera no ocuparás la línea aquí. Van a venir a intervenir el teléfono. Si sucede algo, estaré en el

contestador —la miró mientras se ponía el abrigo—. Usted vale su peso en oro, señora Bryant.

—Díselo al consejo del pueblo —se mofó, tratando de poner una nota de humor en esta pesadilla—. Pueden comenzar limpiando Fort Knox.

Mitch sacó el pequeño teléfono portátil del bolsillo de su abrigo y se lo entregó.

—Llama al sacerdote. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir.

7
Día 1
22:02 -8 °C

Desde lejos, la zona de aparcamiento del Gordie Knutson Memorial Arena parecía una reunión gigantesca de carromatos; los coches y camiones aparcados en hileras, hombres llevando estufas portátiles, sus voces resonando en la fría noche. Pero no había un clima de fiesta. La tensión, la ira y el temor se cernían como una nube tóxica.

Si había alguna esperanza de encontrar una prueba en el lugar ésta ya había desaparecido. Ése era el riesgo de trabajar en la escena del crimen con grupos numerosos. La atención a los pequeños detalles se perdía en la búsqueda de grandes pistas. La sensación de urgencia se autoalimentaba y crecía por momentos haciendo más difícil aún controlar a la multitud.

Control. Una palabra apreciada en el vocabulario de Megan. La habían dejado a cargo, pero hasta el momento no tenía control. Los hombres recurrían unos a otros buscando guía e instrucción. Buscaban a su jefe. Ni siquiera veían a Megan. Dos veces intentó levantar la voz sobre el alboroto. Nadie la escuchó, y ella recurrió a Noga.

Él la miró triste y se encogió de hombros.

—Quizá deberíamos esperar al jefe.

—Noga, un niño fue raptado. No tenemos tiempo para seguir con esta maldita orden machista de buscar a tientas.

Frunció el entrecejo y se dirigió hacia el baúl del Lumina y buscó un altavoz entre un montón de cosas sucias, luego fue hasta la parte delantera del vehículo y se subió al capot; los tacos de las botas lo marcaron como piedras de granizo.

—¡Escuchen! —gritó.

El eco retumbó en todo el lugar como si se hubiera apagado una luz, los hombres se quedaron en silencio y se volvieron para mirarla.

—Soy la agente O'Malley del DCC. El jefe Holt se fue para hablar con los padres del muchacho perdido. Durante su ausencia, yo los voy a organizar en equipos para hacer la búsqueda. Policías de Deer Lake: quiero tres equipos de dos personas cada uno que vayan casa por casa de esta manzana, preguntando si alguien vio algo entre las cinco y cuarto y las siete y cuarto. Por ahora no tenemos una fotografía del muchacho para darles, pero la última vez que lo vieron llevaba una chaqueta para esquiar azul brillante con franjas verdes y amarillas, y un gorro amarillo con un aplique de vikingo. Si alguien vio a Josh Kirkwood o vio algo extraño o sospechoso, queremos saberlo. El resto de los policías y muchachos del distrito divídanse…

—Yo dirigiré a mis hombres, si no le importa, señorita O'Malley.

La mirada de Megan cayó como un mazazo sobre la cabeza del alguacil del distrito de Park. Estaba allí, con las manos apoyadas en la cintura y una media sonrisa en sus labios casi inexistentes. Tenía casi cincuenta años, era alto y delgado, de rostro huesudo y nariz aguileña. Las luces del área de aparcamiento brillaban sobre su pelo negro peinado hacia atrás, al estilo Pat Riley. Su voz era más fuerte que la de ella, aun sin el altavoz.

—Quiero a mis agentes aquí. Haremos una búsqueda palmo a palmo… cada sendero, cada edificio. Si encuentran algo, llámenme. Art Globe llegará pronto con sus perros. En cuanto Mitch regrese con algo para que huelan se pondrán a trabajar. ¡Vamos!

Media docena de agentes partieron con sus linternas en la mano. Los policías de Deer Lake daban vueltas sin saber a quién debían enviar y adónde, o si tenían que obedecer las órdenes de una mujer a la que no conocían. Megan miró a Noga, y él les indicó que se pusieran en movimiento. Megan saltó del capot del Lumina y cayó frente al alguacil.

—Soy la agente O'Malley —le dijo extendiendo la mano.

Russ Steiger la miró de manera condescendiente, ignorando abiertamente su gesto de cortesía.

—¿Qué les pasó? ¿Se quedaron sin hombres en St. Paul?

—No —su sonrisa era tan cortante como una cimitarra—. Decidieron, con muy buen criterio, enviar a la persona más calificada en lugar de enviar al que la tuviera más larga.

El alguacil pestañeó como si lo hubiera golpeado con un mazo en la frente. DePalma la hubiera colgado de la cabeza si hubiera escuchado que le hablaba de esa manera a un alguacil de distrito. No importaba que ella conociera agentes que usaban un vocabulario que le podía chamuscar el pelo de las orejas a un marinero. Ésos eran alardes de vestuarios. A ella le habían impartido instrucciones precisas para que diera una buena impresión, que no ofendiera, que no avasallara. Pero sabía muy bien qué sucedería si mantenía la boca cerrada y se inclinaba ante los jefazos locales. Terminaría sentada en su oficina, rellenando formularios y cuidándose las uñas. No se necesitaba ser un genio en comportamiento humano para darse cuenta de que este jefazo en particular era una especie de alce gigante, y que una palmada en el hombro no llamaría su atención; él necesitaba un buen garrotazo en la nuca.

El alguacil bufó.

—Russ Steiger, alguacil del distrito Park. Leo era un tipo increíble.

—Sí, bueno. Ahora él está muerto y tenemos que hacer un trabajo —replicó cansada de escuchar los elogios a Leo—. Hagámoslo antes de que aparezca la prensa —le dio la espalda deliberadamente y luego se volvió calculando su movimiento—. Si

sus hombres encuentran algo en el lugar, alguacil, usted me llama. Estaré coordinando los esfuerzos en el puesto de comando.

Dejó escapar un profundo suspiro. La fatiga la presionaba como una piedra de molino. Ésta no era una circunstancia ideal para establecer una buena, relación con los muchachos locales. Tendría que estar a la ofensiva a cada segundo o quedaría aplastada abajo de unas botas número cuarenta y cinco, una distracción que no necesitaba. Cada vez que cerraba los ojos veía a Josh Kirkwood sonriéndole desde su fotografía de escolar. Veía a su madre, la elegante belleza de su rostro retorcida por la culpa y un terrible temor que Megan sólo podía imaginar.

El dolor le punzaba la parte superior del ojo derecho como una aguja de hielo. Tenía un mal presentimiento sobre esto. Rara vez los secuestros terminaban felizmente. El mensaje que habían encontrado en la mochila de Josh resonaba en su cabeza como una campana de condena: *La ignorancia no es inocencia sino PECADO*.

La nota estaba escrita a máquina lo cual sugería premeditación, y la idea del secuestro hablaba de una mente seriamente perturbada. Megan se preguntaba si estarían tratando con uno del pueblo o alguien que estaba de paso, algún conocido de comunidad o alguien que había andado por ahí lo suficiente como para conocer las rutinas del pueblo. O quizás el sujeto era alguien que recorría las autopistas interestatales y actuaba cuando se le presentaba la oportunidad de raptar a un niño, huyendo después. Quizá tenía la guantera llena de notas para aterrorizar los corazones de los que dejaba atrás. Las posibilidades eran varias, las probabilidades escalofriantes.

En cada instancia de su formación le enseñaban al policía que no debía involucrarse personalmente en el caso. Buen consejo, pero difícil de seguir cuando la víctima era un niño. A Megan se le estrujó el corazón al pensar en el terror que podía estar sufriendo el niño. Ella sabía lo que era ser pequeña, estar sola y temerosa y sentirse abandonada. Esos recuerdos de su infancia flotaban como el aceite sobre el agua en lo profundo de su alma.

Se oyó un grito a la derecha de Megan, y esto la volvió a la realidad justo a tiempo para ver un par de sabuesos que corrían hacia ella, con ojos brillantes y las largas lenguas rosadas colgando de sus bocas. A último momento, uno se desvió hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, luego de golpearle las piernas con sus grandes cuerpos musculosos y arrojarla al suelo.

—¡Maldición, van tras un conejo! —Un hombre que parecía uno de los duendes de Keebler, con un traje de caza para la nieve, miró disgustado a Megan, y luego le ofreció la mano—. Lo lamento, señorita.

—Agente O'Malley, DCC —le respondió ella automáticamente, mientras él la ayudaba a ponerse de pie.

—Art Globe. Disculpe, señorita, voy a buscar a Heckle y a Jeckle.

—¿Hekhle y Jeckle? —Miró cómo se alejaba corriendo tras los perros, mientras subía a la acera—. Jesús, María y José.

—Son lo mejor que tenemos por el momento —le dijo Mitch, que había estacionado su Explorer frente a la pista—. Ya llamé al club de voluntarios de búsqueda y rescate con perros, y a la unidad canina de Minneapolis. Traerán a los animales dentro de dos horas.

«Los desafíos del cumplimiento de la ley en el interior». Megan suspiró.

—El laboratorio móvil viene en camino y los helicópteros estarán aquí dentro de una hora. ¿Cómo están los padres?

Mitch sacudió la cabeza con una expresión desalentadora.

—Hannah está abatida, Paul está furioso. Ambos están asustados. Dejé a Natalie encargada en la casa para que atendiera a sus técnicos.

—Bien. Así será más fácil.

—Paul vendrá para ayudar en la búsqueda.

Megan entrecerró los ojos y suspiró.

—Lo sé, lo sé —murmuró Mitch—. Pero no pude detenerlo. Necesita sentir que está haciendo algo.

—Sí, bueno, si supiéramos dónde no buscar a Josh podríamos enviarlo allí —podía condolerse con la necesidad de un padre de hacer algo concreto en una situación como ésta, pero nadie quería que un padre encontrara el cuerpo de su hijo o que un ciudadano inexperto pasara por alto o destruyera alguna prueba de manera involuntaria.

—Lo enviaré a la retaguardia con los muchachos del condado. ¿Ya comenzaron?

—Oh, sí. Waytt Ealp y yo los echamos a correr —le respondió con sarcasmo.

—¿Así que conoció a Russ?

—Un tipo encantador. Si yo hubiera sido un pez me habría arrojado nuevamente al agua.

—No diga que no se lo advertí.

—Seguiré escuchando eso cuando esté dormida. Si es que puedo hacerlo. Al parecer va a ser una noche muy larga.

—Sí, y al parecer lo será aún más —gruñó Mitch, mientras se acercaba un vehículo del noticioso de TV 7—. Aquí viene la función secundaria. Debería haber una ley contra los civiles con antenas.

—¿La aplicaría contra los medios? Al parecer son humanoides.

La gente de la televisión se bajó del camión como las tropas al desembarcar en Normandía. Rápidamente los técnicos bajaron los equipos y tendieron cables eléctricos sobre la acera. La puerta del acompañante se abrió y bajó la estrella: una muchacha encantadora, con lentes de contacto demasiado celestes y el pelo rubio arreglado con *spray*, como si fuera un casco impermeable al clima. Llevaba una elegante chaqueta azul abierta sobre un jersey igualmente elegante, calzas azules adentro de unas botas altas de cuero. La ropa más moderna para reporteros que buscaban la miseria y la tragedia a finales del invierno.

—Mierda —exclamó Mitch entre dientes—. Paige Price.

No sentía un gran amor por los periodistas, y sabía que ésta era ambiciosa y despiadada cuando buscaba una historia. Haría

cualquier cosa por una primicia, por el mejor ángulo, por ganarle a la competencia.

—¡Jefe Holt! —La sonrisa del rostro de Paige Price era pequeña, apropiada, formal. El brillo de sus ojos no lo era—. ¿Podemos tener algunas declaraciones suyas sobre el secuestro?

—Si es necesario daremos una conferencia de prensa mañana a la mañana —le contestó de manera lacónica—. Ahora estamos muy ocupados.

—Por supuesto. Esto sólo tardará un momento —le dijo suavemente.

Se volvió hacia Megan, y sus ojos de reportera brillaban con astuta especulación, pero rápidamente recompuso su rostro para mostrar preocupación y solidaridad.

—¿Usted es la madre del niño?

—No, soy la agente O'Malley del Departamento de Captura Criminal.

—Usted debe de ser nueva —agudizando su especulación.

—Para el departamento, no. Para la zona de Deer Lake, sí. Éste es mi primer día aquí.

—¿En serio? Qué manera terrible de comenzar un nuevo trabajo. —Paige expresaba automáticamente las trivialidades, mientras escudriñaba los archivos de su mente buscando información—. No recuerdo agentes femeninas. ¿No es extraño?

—Se podría decir que sí —le respondió Megan—. Si me disculpa, señorita Price, tengo mucho trabajo. De todos modos, esta investigación es del jefe Holt —agregó lanzando la pelota al campo de Mitch, sin perder de vista la forma en que él la había mirado. Sin embargo, continuó atendiendo a la reportera porque sabía que no se le podía dar la espalda a una víbora venenosa—. Cualquier ayuda de los medios para lograr el regreso a salvo de Josh Kirkwood será muy apreciada.

Luego de esto, dejó a Mitch, y se dirigió a la relativa calidez de la pista para esperar la llegada de la unidad de investigación en la

escena del crimen. Se sintió aliviada de haber podido escapar de las garras bien cuidadas de Paige Price. El Departamento debía permanecer en un segundo plano de las investigaciones, dejando que la publicidad y el crédito recayeran sobre los hombros del jefe local o del alguacil, a donde pertenecían. El trabajo de la DCC era una ayuda a disposición de las autoridades locales, no el de una organización de estrellas buscando el papel principal. La policía le sentaba bien a Megan. Ella quería ser policía, no una celebridad. Se imaginó el ataque de las autoridades del Departamento si Paige Price la acorralaba para una exclusiva: *La primera agente del DCC resuelve sensacional secuestro de un niño*. Ella no quería que Paige Price ni ninguna otra persona la tomara como objeto de curiosidad o como una representante del feminismo. Todo lo que quería era hacer su trabajo.

Subió por la escalera de las gradas oscuras y se detuvo en un pasillo, a dos tercios del final, agradecida por el silencio. No duraría mucho. El laboratorio móvil llegaría para recoger cualquier prueba dolorosa o débil que tuvieran… la mochila, la nota. Ella enviaría a los técnicos a la casa de los Kirkwood para intervenir el teléfono. Luego trabajaría con Mitch para establecer un puesto de comando donde los investigadores pudieran comunicar cualquier hallazgo, donde hubiera una línea telefónica para recibir los avisos del público. Un millón de detalles revoloteaban en su cabeza, amenazando con abrumarla.

Ésta era la clase de responsabilidad que ella había pedido. Esto era lo más cercano al trabajo del FBI que había tenido su padre mientras vivió. *Cuidado con lo que deseas, O'Malley*.

Megan estaba completamente agotada, pero trató de imaginar qué habría hecho Neil O'Malley si a ella la hubieran secuestrado cuando era una niña. Fingir destrozo paternal y buscar una botella de Pabst en privado, alegrarse por haberse liberado de una hija que nunca quiso.

—Hay un millón de historias en la Ciudad Desnuda —musitó abstraída, aunque reaccionó rápidamente al ver movimiento en las sombras, cerca de los vestuarios. ¿Olie Swan? Sintió incomodidad al recordar su rostro feo y el olor a sudor rancio del pequeño cubículo al lado de la caldera—. Un millón de historias en la Ciudad Desnuda. ¿Cuál es la tuya, Olie?

Mitch se quedó bajo el resplandor de las lámparas portátiles de TV 7 y dio una versión sucinta del secuestro de Josh Kirkwood, asegurando a la audiencia del noticioso de las diez que estaban haciendo todo lo posible para encontrar al niño, y pidiéndole que colaboraran con cualquier información que pudieran tener.

Mucha gente de Deer Lake miraba KTVS Canal 7 de Minneapolis. Si alguien tenía información, Mitch quería pedírsela. No le agradaba darle la exclusiva a Paige Prince, pero no podía mezclar sus sentimientos personales en esto. Usaría a quien pudiera, cómo pudiera. Si se trataba de encontrar a Josh, trataría con el mismo diablo… o con la hermana del diablo.

Paige estaba junto a él, con una actitud seria e irresistible. La esencia de su perfume parecía intensificarse con el calor de las luces… era intenso y costoso. Sofocante. ¿O era su temperamento que se enardecía? Cuando Mitch terminó su declaración, ella tenía preparada una pregunta para evitar que se le escapara.

—Jefe Holt, usted llama a esto secuestro. ¿Eso quiere decir que tiene pruebas de que Josh Kirkwood fue secuestrado? Y si es así, ¿qué clase de pruebas?

—No puedo divulgar esa clase de información, señorita Price.

—¿Pero acaso es seguro afirmar que usted teme por la vida de Josh Kirkwood?

Mitch la miró con frialdad.

—Alguien se llevó a Josh Kirkwood. Cualquier persona racional se preocuparía por la seguridad de Josh. Estamos haciendo todo lo que

podemos para encontrarlo y llevarlo sin daño de regreso a su hogar.

—¿Es una esperanza realista teniendo en cuenta el resultado de casos tales como el secuestro de Wetterling o la desaparición de Erstad? ¿O los casos que en este momento tienen repercusión nacional, Polly Klass en California y Sara Wood en Nueva York? ¿Es verdad que con cada momento que pasa disminuyen las probabilidades del regreso a salvo del niño?

—Todos los casos son distintos, señorita Price —la maldijo mentalmente por tratar de sensacionalizar una situación que ya era terrible. Puta sin principios. Pero lo sabía de antemano, ¿verdad?—. No hay razón para atemorizar a la gente relacionando los casos entre sí o sus resultados con este incidente.

Paige no movió una pestaña ante la reprimenda. Ella se lanzó directamente a la yugular.

—¿Este caso tiene algún significado especial para usted, jefe Holt, considerando su propio…

Mitch no esperó que terminara la pregunta. Cortó la entrevista girando sobre sus talones y encaminándose hacia la pista, liberándose de la mano que trataba de retenerlo. La furia creció en su interior y silbaba como el vapor de una caldera. Atrás de él oyó a Paige que se disculpaba graciosamente, cerrando la nota con palabras conmovedoras:

—… primeros en la escena cuando uno de los grandes horrores de la ciudad golpea el corazón de este pequeño y tranquilo pueblo. Paige Price, TV 7.

—Y… ¡cortamos! —gritó alguien—. Eso es todo por el momento, muchachos.

Oyó que los técnicos se quejaban del frío, y luego el ruido de los tacos de unas botas que corrían atrás de él.

—¡Mitch, espere!

Mitch puso las manos en los bolsillos de su chaqueta y continuó subiendo por la escalera, echándole tan sólo un vistazo.

—¡Mitch!

—Bien montado, Paige —le dijo categóricamente—. Un toque de sensacionalismo, un toque de solidaridad, hacerles saber a los espectadores que ha sido el primer buitre en posarse. Muy profesional.

—Es mi trabajo —se las arregló para parecer apologética y orgullosa de sí misma.

—Sí, conozco todo al respecto.

—Aún sigue enfadado conmigo.

Mitch abrió la puerta con más fuerza de la necesaria y entró en el vestíbulo, que estaba apenas iluminado. Su furia aumentó al oír el falso tono de dolor en su voz. Ella tenía mucha práctica para jugar como víctima. Pero era él quien había sido despedazado en público por los fríos escalpelos metafóricos de la mente sagaz y la afilada lengua de Paige Prince.

Ella le había dicho que quería hacer una nota del nativo de Florida que se establecía en Minnesota, el policía de la gran ciudad adaptándose a la vida del pequeño pueblo.

Una inocente historia pública.

Lo que salió al aire fue una revelación comprometedora de su vida. Ella había exhumado insensiblemente el pasado que él había enterrado, y lo había propalado por todo el estado, una joya para su primer especial en el noticioso de TV 7. La trágica historia de Mitch Holt, soldado de la justicia, su vida destruida por un fortuito acto de violencia.

—Anota otro punto para la reportera investigadora —su sarcasmo fue muy duro. La sonrisa de sus labios era burlona y amarga—. Felicitaciones otra vez por discernir lo obvio.

La tensión era visible en la boca de Paige. Lo miró fijamente, con los ojos luminosos.

—Lo que informé era un asunto de interés público.

Estaba haciendo mi trabajo. Conocimiento público. El público tiene derecho a saber.

Las excusas palpitaban en su cabeza como martillos golpeando su sentido de la decencia. La presión alcanzó la línea roja y su control se partió como viejo metal quebradizo.

—¡No! —exclamó Mitch, avanzando un paso hacia ella.

Pagie retrocedió, con los ojos bien abiertos, mientras él avanzaba señalándola con un dedo como si fuera la lanza de la justicia.

—Lo que ha informado fue mi vida. Sin fundamento. Sin color. *Mi vida*. Quiero que mi vida *sea mía*. Si quisiera que todo el mundo en el estado de Minnesota conociera la historia de mi vida, escribiría una maldita autobiografía.

Ahora ella ya estaba contra la pared, con la parte superior de la cabeza abajo de la fotografía de Gordie Knutson estrechándole la mano a Wayne Gretzky. Ningún brillo profesional podía ocultar el hecho de que estaba temblando. Aun así, lo miraba en los ojos, leyendo todo, absorbiéndolo todo, y almacenándolo en su cerebro calculador.

Mitch advirtió que estaba buscando la manera de utilizarlo, de ganar algo, de agregar una sombra de «conocimiento personal» a su ángulo de la historia. Le disgustaba. Conocía mucho a los reporteros desde hacía años. Todos ellos eran una molestia, pero la mayoría de ellos jugaba con un conjunto de reglas que todo el mundo comprendía. Paige Price hacía caso omiso de las reglas con tanta indiferencia como la mayoría de la gente hacía caso omiso del límite de velocidad. Nada estaba fuera de los límites.

Reunió toda su pericia, y arrugó su boca perfecta en un arco de contrición.

—Lamento que la historia le haya molestado, Mitch —le dijo tranquilamente—. Ésa no era mi intención.

Mitch retrocedió, con el rostro contraído por el sabor del disgusto. Deseaba ponerle las manos alrededor de su adorable cuello y sacudirla como a una muñeca de trapo. Se imaginó golpeándole la cabeza contra la pared hasta que se cayera la

fotografía de Gordie, en un intento físico de extraerle un poco de decencia.

Pero no podía hacer eso y lo sabía.

Realizó un gran esfuerzo y guardó la furia en una pequeña habitación del pecho y cerró la puerta.

—Conozco su intención, señorita Price. Conmover más corazones y ganar la versión local de un Emmy. Espero que quede bien en su estante de trofeos. Podría sugerirle varios lugares más creativos para colocarlo, pero los dejo a su imaginación.

Pagie lo tomó de un brazo.

—Mitch, quiero que seamos amigos.

—Dios Santo. —Mitch se rió—. ¡No quisiera ver cómo trata a sus enemigos!

—Muy bien —admitió ella, con tono suave y mirada seria—. Tendría que haber sido más frontal contigo sobre los antecedentes de la historia. Ahora lo comprendo.

—Diez puntos en comprensión retrospectiva.

Ella ignoró su sarcasmo.

—¿Me daría una segunda oportunidad? Podríamos cenar. Sentarnos y aclarar las cosas… Cuando este caso termine, por supuesto.

—Por supuesto —contestó Mitch de manera despectiva—. Y mientras me pone esa promesa adelante como una zanahoria, se supone que yo le daré un poco de información sobre el caso, ¿verdad? ¿No es así como funciona? —Entrecerró los ojos con disgusto—. Ya cené una vez contigo, Paige. Una vez fue suficiente.

Ella pestañeó como si la hubiera herido. «Como si yo pudiera», pensó Mitch.

—Podría haber sido algo más que una cena —susurró, con una expresión más tierna, y acariciándole el brazo—. Aún podría serlo. Me agradas, Mitch. Sé que cometí un error. Déjame enmendarlo.

A ella no le pareció necesario señalar su propia atracción. Probablemente su ego le hacía creer que cualquier hombre que

sintiera algo bajo la cintura la desearía, sin importar los aspectos menos atractivos de su personalidad. Mitch negó con la cabeza.

—Sorprendente. Harías literalmente cualquier cosa, ¿verdad? —Le miró la mano, la sacó de su brazo y la dejó caer—. Francamente, señorita Price, antes la metería en una picadora de carne. Ahora, si me disculpa, tengo que encontrar a un niño robado. Aunque sea imposible que lo comprenda, para mí él es mucho más importante que usted.

8

—¿Una antigua novia? —preguntó Megan cuidadosamente mientras Mitch subía de prisa por la escalera.

Él miró automáticamente hacia la grada. Probablemente desde su ventajosa posición ella había observado toda la escena. Probablemente los camarógrafos y sonidistas de TV 7 que miraban desde afuera también la habían visto. Magnífico.

Se dejó caer en un asiento junto a ella.

—No durante toda esta vida.

—¿Qué sucedió? ¿Ella lo incendió en algún caso?

—Desmembrar sería la palabra —murmuró mirando hacia la pista de hielo que estaba abajo.

No quería hablar sobre la historia, no quería satisfacer la curiosidad de Megan O'Malley sobre su pasado. Fijó la vista en el lugar junto a los tableros donde la había acorralado tiempo antes. Parecía que había pasado un año y aún podía sentir el deseo de besarla, aún podía oler el aroma del queso que ella tenía en la chaqueta. Ojalá hubieran quedado suspendidos indefinidamente en aquel momento. Un pensamiento peligroso para un hombre que no estaba buscando una relación y una mujer que no salía con policías. Ya tendrían suficientes problemas para determinar quién estaba a cargo, como para agregarle sexo a la ecuación.

—Digamos que Paige Price debería sacarse su fotografía de promoción con un hacha en una mano y un cuchillo de carnicero en la otra —refunfuñó Mitch.

Con ropa interior de encaje negro y finos tacones. Megan se guardó los pensamientos para sí misma. Una observación maliciosa podía ser mal interpretada. *¿Y cómo la harías para que sea bien interpretada, O'Malley?* No le importaba responder esa pregunta. No le importaba pensar en cómo Paige Price, tan alta, elegante y modelo perfecta, la hacía sentir baja, corriente y desarreglada. El aspecto encantador no era un requisito previo para su trabajo. Y aquí todo lo que importaba era el trabajo.

—¿Dónde quiere establecer el puesto de comando? —le preguntó Megan.

—El antiguo cuartel de bomberos. Está en Oslo Street, a media manzana de la estación y a otra media del departamento del alguacil. Las cocheras se usan para los carruajes de los desfiles, pero hay un par de salones de reuniones que nos pueden servir y un dormitorio arriba. Ya llamé a la compañía de teléfonos, y la oficina de equipos de Becker está llevando máquinas de escribir y fax. CopyCats está trabajando con las octavillas.

—Bien. La información que tenemos hasta ahora ya está saliendo por la teletipo del Departamento. Me puse en contacto con el Centro Nacional de Niños Perdidos y Explotados. Van a enviar una persona de apoyo desde las Cities. También el de Minnesota. Serán de gran ayuda para distribuir los volantes tanto en lo regional como en lo nacional. También le ofrecerán ayuda a la familia.

Mitch pensó en Hannah sentada en el sillón, sola, y con el corazón dolorido.

—La necesitarán.

—Le pedí a Registros una lista de todos los abusadores de niños en un radio de ciento sesenta kilómetros, y una lista de todos los informes de intento de secuestros y situaciones sospechosas relacionadas con niños en el mismo radio.

—Eso es como construir un pajar para tratar de encontrar nuestra aguja —replicó Mitch malhumorado.

—Es un lugar para comenzar, jefe. Tenemos que comenzar por algún sitio.

—Sí. Si sólo supiéramos adónde vamos.

Permanecieron sentados en silencio durante un momento. Mitch se inclinó en su butaca, con los codos apoyados sobre las rodillas, y los hombros hacia adelante. Desde su llegada no se había producido ningún crimen en Deer Lake. Robos, peleas, disputas domésticas… ésos eran los crímenes de un pueblo pequeño. Las drogas eran un trabajo pesado, pero lo que tenían aquí no era nada comparado con lo que él había visto cada día en Florida.

Se había convertido en alguien complaciente, distendido. Había bajado la guardia. Una gran diferencia con las tareas de Miami. En aquel entonces era como un caballo de carreras: músculos y nervios tensos como las cuerdas de un violín, los instintos y reflejos como relámpagos, descargando adrenalina y cafeína. Todos los días se producía alguna crisis de magnitud, embotando su sensibilidad, hasta que el asesinato, la violencia, el robo y el secuestro llegaron a parecerle normales. Pero aquellos tiempos habían quedado atrás. Ahora se sentía torpe y lento.

—¿Trabajó en algún secuestro? —preguntó Mitch.

—Estuve en un par de búsquedas. Pero conozco el procedimiento —agregó Megan a la defensiva. Se irguió un poco en el asiento—. Es pura rutina. Si quiere que perdamos el tiempo comprobando…

—¡Sooo, Furia! —Mitch levantó la mano para detener la andanada—. Era una pregunta inocente. No estaba desestimando sus habilidades.

—Oh, lo lamento —se hundió en el asiento; el calor le subía por las mejillas.

Mitch no le dio trascendencia a la incomodidad de Megan, y volvió a mirar la pista de hielo.

—Yo estuve en cuatro.

—¿Encontraron a los niños? —Ojalá no lo hubiera preguntado. Su sexto sentido… su olfato de policía… se retorcía en su interior.

—Dos —una respuesta monosilábica, pero su rostro reflejaba tragedia, decepción y las lecciones de vida más duras que deben sufrir los policías con las familias de las víctimas una y otra vez.

—No todos terminan de esa manera —aseguró Megan poniéndose de pie—. Éste no. No lo permitiremos.

«No tenían mucho que decir sobre el asunto», pensó Mitch mientras se levantaba. Ésa era la terrible y cruda verdad. Podían organizar una gran búsqueda, podían utilizar todo el increíble poder del hombre, las herramientas más modernas que ofrecía la tecnología, pero aun así era una cuestión de suerte y misericordia. Alguien en el lugar adecuado, en el momento justo. El capricho de una mente y una conciencia retorcidas.

«Ella también lo sabía», pensó Mitch, pero no lo diría. Ella no se dejaría dominar por el miedo. Tenía la mandíbula apretada con obstinación, las cejas tensas sobre los ojos verdes. Mitch podía sentir la determinación que emanaba de su cuerpo y deseaba estar más cerca de ella para absorber un poco, ya que en ese momento lo único que sentía era cansancio y desilusión. No era una buena idea. Aun así, le pasó el pulgar por una mancha que tenía en la mejilla, sin duda producto de su encuentro con los sabuesos de Art Goble.

—Vamos a batir el cobre, O'Malley. Veamos si podemos cumplir esa promesa.

El laboratorio móvil y los técnicos de Operaciones Especiales llegaron casi al mismo tiempo que el helicóptero del DCC, que aterrizó en el área de aparcamiento. Mitch corrió a recibirlos. Megan condujo a los otros agentes a la pista para informarles.

—¿Qué tienes para nosotros, irlandesa?

Dave Larkin era técnico en el análisis de pruebas, de unos treinta años y un agradable aspecto de muchacho aficionado a la playa. Le encantaba su trabajo, aunque no los crímenes que lo hacían necesario, y siempre llegaba a la escena ansioso por comenzar a

buscar pruebas. Era un buen tipo y un buen policía, uno de los primeros amigos de Megan, cuando ella llegó al Departamento. Si no hubiera sido por su placa y su hilera de amistosas ex novias, habría aceptado alguna de las muchas invitaciones para salir con él.

—No mucho —admitió Megan—. Suponemos que el niño fue raptado en la acera, afuera del edificio, pero no tenemos testigos para verificarlo, por lo tanto no tenemos la verdadera escena del crimen. De cualquier modo, hubo un desfile de coches en el camino y el área de aparcamiento, así que estamos buscando allí. En cuanto a las pruebas, tenemos la mochila de Josh Kirkwood, que la dejamos donde la encontramos, y esta nota, que estaba en la mochila. — Megan le entregó a Dave una bolsa de plástico en la que se veía una nota. Él la leyó y frunció el entrecejo.

—Dios mío, un caso de un maniático.

—Cualquiera que rapta a un niño en la calle es un maniático, deje o no una nota —comentó Hank Welsh, un fotógrafo de Operaciones Especiales. Los demás asintieron con seriedad.

Dave continuó estudiando la nota, disgustado.

—Esto no es mucho, muchachita. Parece una impresión láser sobre papel común y corriente. Le haremos pruebas con ninidrina y láser de iones de argón, pero las probabilidades de obtener una impresión digital de esto… Es más probable que los Mets ganen el próximo campeonato mundial.

—Haz lo que puedas —le respondió Megan—. Ahora nuestras prioridades son intervenir el teléfono de los Kirkwood y montar rápidamente el puesto de comando. Ustedes muchachos de gráfica… sé que en este momento parece inútil, ya que no pudimos preservar la escena, pero me gustaría que fotografiaran y filmaran afuera. Más tarde será muy útil.

—Tú eres la jefa —respondió Hank sutilmente.

Megan lo miró seria. Welsh era fornido, de rostro rubicundo y marcado por una larga batalla con un acné de la adolescencia. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y no se lo

veía muy complacido de estar allí. Megan se preguntaba si era ella o el caso lo que le daba ese aspecto de un hombre con una animosidad crónica.

Los técnicos se encaminaron hacia las puertas, pero Dave Larkin se quedó un momento y apoyó una mano sobre el hombro de Megan.

—Los rumores dicen que Marty Wilhelm quería el trabajo de Leo —le comentó en voz baja—. ¿Lo conoces? Es un muchacho de Operaciones Especiales.

Megan negó con la cabeza.

—Marty está comprometido con la hija de Hank, etcétera, etcétera.

—Oh. Bueno.

—No te preocupes. Hank conoce su trabajo y lo hará bien —le sonrió—. Me alegro de que obtuvieras este destino. Lo mereces.

—En este momento no sé si eso es un cumplido o una maldición.

—Es un cumplido… y no te lo hago con el propósito de que salgas conmigo. Eso será una bonificación.

—Sueñas demasiado, Larkin.

Impermeable a los rechazos, Dave continuó como si ella no hubiera hablado.

—Yo no soy el único que está de tu parte, irlandesa. Mucha gente cree que es magnífico que lo hayas obtenido. Eres una pionera.

—No quiero ser una pionera; quiero ser policía. A veces pienso que la vida sería más fácil si tuviera un sexo neutro.

—Sí, ¿pero cómo decidiríamos quién lleva a quién en un baile?

—Nos turnaríamos —le contestó abriendo la puerta—. No tengo el deseo de pasar toda mi vida bailando hacia atrás.

Una vez fuera, la sonrisa de Dave desapareció.

—¿Cuántos muchachos te enviarán de la Regional para la investigación?

—Quizá quince.

—Tendrás por lo menos diez voluntarios más. Esta clase de cosa hace sonar muchas campanas. Si los niños no están seguros en las calles de un pueblo como éste… Y si no podemos atrapar a la escoria que hace estas cosas, ¿qué clase de policías somos?

«Policías desesperados. Policías asustados». Megan se guardó la respuesta y miró a su alrededor. Enfrente, todas las luces de las entradas de las casas estaban encendidas. Vio a un par de los policías de Mitch que iban de casa en casa. Del otro lado, los destellos de las linternas subían y bajaban como luciérnagas en la oscuridad. Arriba, el ruido de los rotores de los helicópteros rompía la calma de la noche. Y en algún lugar una persona sin rostro tenía el destino de Josh Kirkwood en sus manos.

La desesperación y el miedo apenas comenzaban a cubrir los sentimientos que inspiraban ese pensamiento.

Día 2
4:34 -11°C

Paul entró su Célica en el garaje, detuvo el motor y se quedó allí sentado, observando las bicicletas que él había colgado en la pared hasta que pasara el invierno. Dos bicicletas de montaña y otra nueva que Josh había recibido en su cumpleaños. La bicicleta del niño era negra, con vivos púrpura y amarillo. Las ruedas eran como grandes ojos que lo miraban fijo.

Josh. Josh. Josh.

A las cuatro de la mañana habían reunido al grupo de búsqueda, y le pidieron que a las ocho regresara al antiguo cuartel de bomberos. Helados hasta los huesos, agotados, descorazonados, los delegados, patrulleros y voluntarios habían regresado al área de aparcamiento del patinódromo.

Paul podía verse a sí mismo como si estuviera mirando una película: agitando los brazos furioso y con el rostro contraído mientras seguía a Mitch Holt.

—¿Qué demonios sucede? ¿Por qué no continúan? ¡Josh aún está ahí afuera!

—Paul, no podemos forzar a la gente más allá de la resistencia humana —la gente estaba junto al Explorer de Holt, y él trató de colocarse entre Paul y las personas que andaban por ahí—. Han estado aquí toda la noche. Todo el mundo está congelado y

cansado. Es mejor que nos detengamos ahora, descansemos y volvamos a empezar cuando podamos trabajar con la luz del día.

—¿Quiere dormir? —gritó Paul, incrédulo, deseando que lo oyera el mundo entero. Todas las cabezas giraron hacia ellos—. ¿Va a dejar a mi hijo por ahí con un loco para que la gente pueda ir a casa a dormir? ¡Esto es increíble!

Aquellas palabras llegaron a oídos de la gente de prensa que no había regresado a las cálidas habitaciones de los hoteles, y se acercaron como una nube de mosquitos que había olido sangre. Holt se puso furioso por la suerte de conferencia de prensa que eso ocasionó, pero a Paul no le importaba lo que podía agradar a Mitch Holt. Paul quería que su dolor y su desesperación estuvieran documentados para que todo el mundo pudiera verlos.

Ahora se sentía vacío. Le temblaban las manos sobre el volante forrado de cuero. El corazón le latía un poco más rápido y le parecía que se le subía a la garganta y no podía respirar. En algún lugar a la distancia, un helicóptero pasaba sobre los techos.

Josh. Josh. Josh.

Bajó rápidamente del coche, pasó junto a la capota de la camioneta de Hannah, subió los escalones y entró en la habitación desordenada. Las luces de la cocina estaban encendidas. Un extraño estaba sentado a la mesa, ojeando una revista y bebiendo café en un jarro grande del Festival del Renacimiento. Miró con atención a Paul cuando entró en la habitación quitándose el abrigo.

—Curt McCaskill, DCC —le mostró una identificación, conteniendo un bostezo.

Paul se inclinó sobre la mesa y la estudió, y luego miró al agente de manera sospechosa, como quien no creyera que el hombre en cuestión era quien le había dicho que era. McCaskill soportó el examen con paciencia. Tenía los ojos celestes y el pelo rojo. Llevaba puesto un jersey multicolor que se parecía a la pantalla de barras de colores de la televisión.

—¿Y usted es…? —le preguntó el agente a Paul.

—Paul Kirkwood. Vivo aquí. Ésa es mi mesa, el café que está tomando es mi café y es mi hijo el que sus colegas deberían estar buscando si no fueran tan holgazanes.

McCaskill frunció el entrecejo mientras rodeaba la mesa para estrechar la mano de Paul.

—Lamento lo de su hijo, señor Kirkwood. ¡Han suspendido la búsqueda sólo durante lo que queda de la noche!

Paul fue hasta el armario, sacó una taza y la llenó de café. Estaba amargo y fuerte; sintió que se acumulaba en su estómago como aceite usado de automóvil.

—Dejaron a mi hijo ahí afuera Dios sabe para qué —musitó Paul.

—A veces es mejor si pueden volver a empezar habiendo descansado —respondió McCaskill.

Paul miró el diseño del suelo de vinilo como si nunca lo hubiera visto.

—Y a veces llegan demasiado tarde.

El refrigerador comenzó a funcionar en el profundo silencio y la máquina de hacer hielo a rechinar.

Josh. Josh. Josh.

—Ah… estoy aquí para intervenir su teléfono —explicó McCaskill, evitando el tema de las búsquedas—. Todas las llamadas serán grabadas, en caso que el secuestrador pida un rescate. Y podremos rastrearlas.

Kirkwood no parecía tener ningún interés en la tecnología. Continuó mirando el suelo durante otro minuto y luego levantó la cabeza. Parecía un cacharro que necesitaba una reparación. Tenía los ojos enrojecidos, el rostro tenso, la piel pálida. Cuando apoyó la taza sobre la mesa le temblaban las manos. Pobre tipo.

—¿Por qué no se da una ducha caliente, señor Kirkwood? Luego descanse un poco. Yo lo llamaré si sucede algo.

Sin decir una palabra, Paul se volvió y fue hacia la sala de estar, donde había una lámpara encendida. Pasó junto al sofá y saltó cuando Karen Wright se sentó, pestañeando despeinada. Un

cubrecama rojo brillante cayó sobre su falda mientras ella se tomaba con una mano del respaldo del sofá para mirarlo. Se pasó la otra mano automáticamente por el fino pelo rubio ceniza, y éste volvió a su lugar como una cortina de seda, debido al corte clásico que apenas le llegaba a los delgados hombros.

—Hola, Paul —murmuró—. Natalie Bryant me llamó para que viniera a quedarme con Hannah. Lamento lo de Josh.

La miró fijo tratando de asimilar su repentina aparición en la sala.

—Todas las mujeres del barrio nos estamos turnando.

—Oh, bien —musitó Paul.

Ella frunció el entrecejo, sus labios de mujer formaban parte de un rostro oval de finos rasgos. Con el rabillo del ojo pudo ver a McCaskill que había vuelto a sentarse a la mesa de la cocina y retomado la lectura de una revista.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella—. Deberías ir a descansar.

—Sí —respondió Paul. Los latidos de su corazón eran irregulares y le daba vueltas la cabeza. *Josh. Josh. Josh*—. Ya voy.

Se volvió mientras le respondía, esforzándose por no salir corriendo de la habitación. Estaba sudando como un caballo, aunque le corrían temblores por el cuerpo. Se sacó el jersey y lo dejó caer en el pasillo. Sus dedos temblaban al desabotonar su camisa Pendleton. Los temblores avanzaban como los estremecimientos que preceden a un terremoto. El corazón se aceleró. Le latía la cabeza.

Josh. Josh. Josh.

Entró tropezando en el cuarto de baño, con la camisa sobre un hombro. Se arrodilló frente al inodoro, sintió náuseas y todo su cuerpo se convulsionó haciendo un esfuerzo para vomitar. En el tercer intento salió el café, pero no tenía nada más en el estómago. Apoyó la cabeza en el antebrazo y cerró los ojos. La imagen de su hijo latía tras sus párpados.

Josh. Josh. Josh.

—Oh, Dios mío, Josh —sollozó.

Las lágrimas brotaron calientes, escasas, comprimidas. Cuando terminó de llorar, se levantó y terminó de desvestirse, dobló la ropa con prolijidad y la colocó en el cesto, sobre media docena de toallas húmedas. Entró en la bañera temblando como una víctima paralizada y dejó que el agua caliente le quitara el frío de los huesos. El agua le golpeó la piel como si fuera granizo, llevándose el sudor y las lágrimas. Después de secarse y dejar la toalla, se puso la bata negra que estaba colgada atrás de la puerta y salió al pasillo. La puerta de la habitación de Lily estaba entreabierta y un rayo de luz del pasillo caía sobre la alfombra rosada. Más lejos, la puerta de la habitación de Josh estaba abierta.

Todo en la habitación indicaba *niño*. Un amigo de Hannah había pintado imágenes de diferentes deportes en todas las paredes. En la pared más importante había una lámina de Kirby Puckett, un beisbolista de los Twins. Entre las ventanas había un pequeño escritorio con libros y muñecos articulados. En otra de las paredes estaban las literas.

Hannah estaba sentada en la cama de abajo, apoyada sobre sus largas piernas, aferrando un dinosaurio. Observó a Paul mientras éste encendía una pequeña lámpara de la mesilla de noche. Deseaba que le sonriera y extendiera los brazos mientras le decía que habían encontrado a Josh sano y salvo, pero sabía que eso no sucedería. Paul se veía viejo y ojeroso, una visión anticipada de cómo se vería dentro de veinte años. Con el cabello mojado hacia atrás, los huesos de la cara le sobresalían indecentemente.

—Interrumpieron la búsqueda hasta mañana.

Hannah no dijo nada. No tenía la energía ni el corazón para preguntar si habían encontrado alguna pista. En todo caso Paul lo diría. Él sólo la miró. El silencio habló por sí mismo.

—¿Dormiste?

—No.

«Tenía el aspecto de no haber dormido», pensó Paul. El cabello estaba encrespado en toda su cabeza, y el maquillaje y la fatiga le

habían dejado marcas oscuras bajo los ojos. Se había cambiado la ropa y se había puesto una de las batas de Paul, una color azul que su madre había hecho para él hacía unos años. Paul se negó a usarla. Él había trabajado duro para poder tener algo mejor que lo que podía ofrecer el mercado de baratillo. Pero Hannah se negó a tirarla. La guardó en su armario y la usaba de vez en cuando. «Para fastidiarlo», pensó Paul, pero esta noche ignoró la cuestión.

Se la veía vulnerable. *Vulnerable* era una palabra que Paul casi no usaba para describir a su esposa. Hannah era una mujer de los años noventa: inteligente, capaz, fuerte, igual. Ella no lo necesitaba. Podía vivir tan bien con él como sin él. Era exactamente la clase de mujer con la que había soñado casarse. Una mujer de la que pudiera sentirse orgulloso. Una mujer que no fuera la sombra, la esclava o el felpudo de su esposo.

Cuidado con lo que deseas… La voz de su madre susurraba en su mente. La acalló con el mismo éxito conque siempre la había hecho callar a ella.

—Estuve sentada aquí —murmuró Hannah—. Quería sentirme cerca de él.

Le temblaba el mentón y cerró los ojos. Paul se sentó en el borde de la cama y le tocó la mano. Tenía los dedos fríos como hielo. Se los cubrió con los de él, pensando que siempre había sido fácil tocarla. Hubo una época en la que se deseaban locamente. Al parecer habían pasado muchos años.

—Acerca de… cuando me dijiste… —se interrumpió, suspiró y volvió a intentarlo—. Lamento haberte agredido. Quería culpar a alguien.

—Lo intenté —susurró casi para sí misma, con lágrimas en las pestañas—. Me esforcé tanto.

Para ser una buena esposa. Para ser una buena madre. Para ser una buena médica. Para ser una buena persona. Para ser todo para todos. Se esforzó tanto y la mayor parte del tiempo pensó que lo

había logrado. Pero debía de haber cometido algún error para tener que pagarlo de esta manera.

—Shhh… —Paul le sacó el dinosaurio de las manos y la abrazó, y dejó que llorara sobre su hombro. Le acarició la espalda y sintió deseos de una mayor intimidad—. Shhh…

Le besó el cabello y aspiró su aroma. Escuchó el suave sollozo, la sintió apretada a él y el deseo se esparció a través de él como si fuera humo. Ahora Hannah lo necesitaba. La supermujer. La doctora Garrison. Ella no necesitaba los ingresos, los amigos ni la posición social de Paul. Ni siquiera necesitaba su apellido. Él era superfluo en la vida de Hannah. Él era la sombra, un don nadie. Pero ahora ella lo necesitaba. Lo abrazó con fuerza.

—Vamos a la cama —susurró Paul.

Hannah dejó que la ayudara a levantarse de la cama de Josh para ir por el pasillo hasta su dormitorio. No protestó cuando él le sacó la bata y le besó el costado del cuello. Suspiró profundamente cuando le acarició los pechos. Se había sentido tan sola toda la noche. Emocionalmente abandonada. Exiliada. Necesitaba tanto sentirse amada, consolada, perdonada.

Ella giró la cabeza y le rozó la boca, invitándolo a besarla, presionando los pechos contra el cuerpo de él, arqueando la espalda mientras él bajaba la mano acariciándole la espalda. El deseo dejó de lado el miedo durante unos momentos. Suspendió el tiempo y ofreció un refugio. Hannah lo tomó con alegría, voracidad, desesperación. Llevó a Paul a la cama, deseando sentir su peso sobre ella. Se abrió a él mientras la penetraba, deseando sentirlo adentro de ella. Lo abrazó mientras él se arqueó una y otra vez, no deseando otra cosa que el contacto, la ilusión de intimidad. Y cuando todo acabó, cerró los ojos, apoyó la cabeza sobre su hombro, deseando que esta escena de intimidad pudiera durar. Pero no podía. Ni siquiera esta noche, cuando anhelaba aferrarse a algo con tanta desesperación.

¿Qué nos pasó, Paul?

Ella no sabía cómo preguntar. Aún no podía creer que la distancia y el resentimiento que había entre ellos fueran reales. Todo parecía un mal sueño. Habían sido tan felices. La pareja perfecta. La familia perfecta. La vida perfecta de la doctora Hannah Garrison. Ahora su matrimonio se estaba desmoronando como una construcción barata y su hijo había sido robado. *Robado… raptado. Dios, qué pesadilla*.

Cerró los ojos con más fuerza ante este pensamiento, el agotamiento ganando al fin la partida; entonces ella se deslizó desde esa pesadilla a una bendita oscuridad.

Paul supo el instante en que ella se durmió. Se aflojó la tensión del brazo que había apoyado sobre el pecho de Paul. Su respiración se hizo más profunda. Él estaba allí boca arriba, mirando el techo, sintiéndose atrapado en medio de un juego surrealista. Su hijo ya no estaba. Mañana a esta hora Josh Kirkwood sería una palabra familiar en todo el estado. Los periódicos pondrían su fotografía en todas las portadas, junto con la apasionada súplica que había formulado Paul a las cuatro de la mañana en el área de aparcamiento: *¡Por favor, encuentren a mi hijo!*

Josh. Josh. Josh.

Sus ojos ardían mientras miraba el cielo sin estrellas. Y el juego continuaría. Segundo acto. Su esposa yacía desnuda en sus brazos horas después de que su amante hiciera lo mismo. Arriba, las hélices de los helicópteros agitaban el aire de la noche.

5:43 -11°C

Mitch bajó de su camioneta y miró automáticamente hacia el callejón para ver si estaban allí los reporteros, espantado después del desborde, horas antes, en el área de aparcamiento del patinódromo. No permitiría que ninguno de ellos lo siguiera. *Sacar una fotografía del fracaso de un jefe de policía mientras arrastra su lamentable culo camino a casa. Dejar que los secuestradores se lleven a los niños de las calles de su pueblo. No puede sorprender a nadie. Fíjense qué sucedió en Miami*.

Lo llevaba sobre sus doloridos hombros como una capa pesada… la culpa, que lindaba con la furia, oscurecida por su carácter. Se arrojó lejos de sí con un violento movimiento del brazo, refunfuñando y menospreciándose.

Qué fracaso eres, Holt. Esto no es como en Miami. Guárdate la vieja furia bien adentro, donde debe estar, y renuévala para encontrar a Josh.

Más fácil decirlo que hacerlo. La furia, la sensación de impotencia, pérdida y traición eran ecos de su pasado. Y aunque, como todos los policías, sabía que no debía personalizar un caso, no podía dejar de pensar que este crimen había sido perpetrado contra él. Éste era su pueblo, su paraíso, el pequeño mundo seguro que podía controlar. Ésta era su gente, su responsabilidad. Él representaba seguridad para ellos, y ellos eran la prolongación de su familia.

Familia. La palabra lo acompañó mientras recorría el sendero hacia la puerta de atrás, con la nieve chirriando bajo sus pies, en la

helada quietud de la madrugada. Entró en la casa y se quitó las pesadas botas en la entrada trasera.

En la cocina, Scotch, el viejo perro labrador, era su único compañero cuando Jessie no estaba, abrió un ojo y lo miró sin levantar la cabeza de su acolchada cama perruna. A las doce, Scotch se había retirado de su trabajo de cuidador. Se pasaba el tiempo durmiendo o vagando por la casa, llevando en la boca todo lo que encontraba en su camino: un zapato, un guante, un almohadón del sofá, un libro. Una de las muñecas Minnie Mouse de Jessie estaba haciendo de almohada entre su cabeza y sus patas.

Mitch se la dejó. El viejo bribón la habría robado del dormitorio, pero también era probable que Jessie lo hubiera acostado con ella. Los Strauss vivían enfrente, y todos los días después de la escuela Jessie venía con su abuelo para sacar a Scotch y jugar con él. Ella adoraba al viejo perro. Scotch aguantaba con paciencia los juegos de disfraces y servicios de té, devolviéndole un amor incondicional.

Con estas imágenes que generaban tiernos sentimientos, Mitch atravesó la cocina en medias. La luz que estaba sobre la pileta emitía un tono ámbar y sombras sobre la habitación. La casa era de los años treinta: cómoda, de una planta y media, con suelos de madera dura, hogar en la sala, y un gran arce y robles en el patio. Una casa con estilo que estaba como reprimido por su falta de habilidad para la decoración.

Ése había sido el fuerte de Allison. Era una constructora de nidos, con un gran ojo para el estilo y amor por los pequeños detalles. Ella habría convertido esta cocina en un lugar de calidez y encanto, con cuadros y ristras de pimientos y antiguos frascos llenos de especias. Mitch la había dejado exactamente como estaba cuando se mudó: las paredes casi vacías, la cortina de la ventana que estaba sobre la pileta era algo dejado por los dueños anteriores. Las únicas cosas que Mitch había agregado eran dibujos que Jessie había hecho para él. Los había colocado con imanes en el refrigerador y pegado en la pared con cinta adhesiva. De alguna manera, las imágenes

brillantes, infantiles de la habitación sólo servían para destacar lo vacía y sola que estaba la casa.

Cuando observó los dibujos se sintió vacío. Solo. Dios, a veces la soledad dolía tanto que hubiera dado cualquier cosa por escapar de ella… incluyendo su vida. Habría muerto como pago, aunque vivir era un castigo más duro.

Pensamientos locos, irracionales, le habían dicho en el departamento de psiquiatría. Lógicamente, sabía que no era culpa suya. Lógicamente, sabía que no hubiera sido posible prevenir lo que sucedió. Pero la lógica no tenía nada que ver con sus sentimientos.

Se inclinó hacia atrás contra la pileta, entrecerró los ojos y vio a su hijo. Kyle tenía seis años. Brillante. Tranquilo. Quería una bicicleta para Navidad. Quería llevar a su papá a la escuela durante la semana de trabajo y se llenó de alegría cuando Mitch le contó que iba a ser policía.

—*Los policías ayudan a la gente y la protegen de los tipos malos*.

Un sonido ronco, torturado salió de la garganta de Mitch. Los sentimientos estaban liberados, las rejas se habían debilitado por la fatiga, los recuerdos y el miedo. Se tapó la boca con una mano y trató de detenerlos. Todo su cuerpo se conmocionó con el esfuerzo. Tenía que concentrarse. Tenía un trabajo que hacer. Su hija lo necesitaba. Las excusas iban surgiendo una tras otra. Tenía que negar esos sentimientos. Ignorarlos. Dejarlos de lado. Su pueblo lo necesitaba. Josh Kirkwood lo necesitaba.

Se esforzó para abrir los ojos. Observó el aterciopelado gris del amanecer por la ventana de la cocina, pero en su memoria aún podía ver a Kyle. Se nubló la visión, la imagen se dividió, el rostro del segundo cuerpo se superpuso con el de Josh.

Dios mío, por favor. No le hagas eso a él. No le hagas eso a sus padres. No me hagas eso a mí.

La vergüenza lo cubrió como agua fría.

Una luz se encendió en la cocina de los Strauss. Las seis de la mañana. Jurgen se había levantado. Hacía tres años que se había

jubilado de su trabajo en el ferrocarril, pero continuaba con su rutina como si aún estuviera yendo todos los días al patio de maniobras de la Great Northern. Levantarse a las seis, preparar el café. Conducir hasta la parada de Big Steer, en la interestatal, para recoger el *Star Tribune* porque no se podía confiar en los muchachos que repartían los periódicos. Regresar a casa para tomar el café con un cuenco de cereal mientras leía el periódico. Su momento de tranquilidad antes de que se levantara Joy y comenzara con su letanía diaria: un comentario falazmente suave sobre todo lo que estaba mal en el mundo, en el pueblo, en el barrio, en su casa, con su salud, y con su yerno.

Aunque Mitch quisiera evitar a sus suegros, la repentina necesidad de ver a Jessie fue más intensa. Verla, abrazarla, saber que estaba viva, sana y salva. Volvió a calzarse las botas y salió sin molestarse en atarlas.

Jurgen salió por la puerta de atrás de su prolija casa tipo Cape Cod, con su uniforme de tejanos y camisa de franela. Era un hombre fornido, de mediana estatura, con penetrantes ojos celestes al estilo Paul Newman y corte de pelo al estilo militar.

—¡Mitch! Estaba preparando el café. Pasa —le dijo con una mezcla de sorpresa y molestia al ver interrumpida su rutina—. ¿Alguna novedad sobre el muchacho Kirkwood? Es algo terrible…

—No —le respondió Mitch suavemente—. Nada aún.

Jurgen sacó el recipiente de la cafetera y colocó una cucharada de Folger. Demasiado, como siempre. Joy diría que estaba demasiado fuerte, como siempre, y luego lo bebería para poder comentar más tarde lo mal que le había caído.

—Siéntate. Se te ve terrible. ¿Qué te ha traído por aquí a esta hora?

Mitch ignoró las sillas arregladas prolijamente alrededor de la mesa.

—Vine a ver a Jessie.

—¿A Jess? ¡Son las seis de la mañana!

—Lo sé. Tengo poco tiempo —murmuró Mitch. Se fue hacia el comedor y subió por la escalera, dejando que Jurgen pensara lo que quisiera.

Jessie tenía el dormitorio en el que se había criado su madre. La misma cama, el mismo tocador, el mismo empapelado color marfil con rosas color malva. Jessie, siendo como era Jessie, le había agregado sus toques propios: pegatinas de la Sirenita y de la princesa Jazmín de *Aladino*. Joy la había reñido, pero los adhesivos no se despegaban fácilmente, así que habían quedado allí. Como ella pasaba tanto tiempo en esa habitación, los cajones estaban llenos con su ropa. En los estantes de los juguetes los lugares preferenciales los tenían los muñecos de Disney: Mickey y Minnie, el pato Donald y sus sobrinos, un reloj despertador roto con Pepe Grillo arriba tapándose los oídos con las manos.

El reloj había sido de Kyle. Al verlo Mitch siempre sentía una puñalada de dolor.

Entró en la habitación, cerró la puerta, y se apoyó contra ella. Su hija dormía en el centro de una cama de dos plazas, abrazada a su osito. Era la imagen de la niñez, durmiendo y soñando dulces sueños. Su largo pelo castaño estaba trenzado, y la gruesa trenza desaparecía bajo el cobertor. El cuello fruncido del camisón de franela le enmarcaba el rostro, y las pestañas oscuras se curvaban sobre sus mejillas. Su boquita regordeta formaba una O perfecta mientras respiraba profunda y regularmente.

No podía mirarla así, cuando parecía más vulnerable, más preciosa, sin sentir que la emoción le golpeara el abdomen con la fuerza de una mula. Ella era todo para él. Ella era la razón por la cual nunca había cedido a la desesperación de terminar con el dolor después de que le arrebataran a Allison y a Kyle. Su amor por ella era tan profundo, tan impetuoso, que a veces lo asustaba. Lo asustaba pensar qué haría si también la perdía a ella.

Levantó con cuidado las sábanas y el cobertor y se acomodó junto a ella, y apoyó la espalda contra el cabezal de roble. Jessie

abrió los ojos, lo miró y le sonrió somnolienta.

—Hola, papi —murmuró. Se movió y se acomodó con el oso en la falda de su padre.

Mitch le acomodó el cobertor abajo del mentón y le dio un beso en la cabeza.

—Hola, preciosa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Queriéndote, ¿está bien?

Ella asintió con la cabeza y escondió el rostro en el grueso jersey de lana que le cubría el pecho. Mitch la abrazó, sintió su respiración y aspiró profundamente su aroma de niña y de *Mr*. Bubble.

—¿Encontraron al niño perdido, papá? —le preguntó con tono adormecido.

—No, querida —le contestó con la garganta dolorida—. Aún no.

—No te preocupes, papá —le aseguró abrazándolo con fuerza—. Peter Pan lo llevará de regreso a casa.

www
Registro diario
Día 2

ACTO 1: Caos y pánico. Predecible y patético. Observamos, disfrutando por sus inútiles apremios. Ir rápidamente a ninguna parte. Aferrarse a la oscuridad. Encontrar sólo su propio miedo.

Pero ¿existe otro consuelo?

Al hombre le encanta... lo que desaparece;

¿Qué otra cosa se puede decir?

9
Día 2
7:30 -11°C

El antiguo cuartel de bomberos del centro de Deer Lake estaba lleno de oficiales de la policía, voluntarios, gente de los medios y vecinos que habían ido por temor y mórbida curiosidad. Mitch llegó bañado y afeitado; había tomado el café por el camino.

Había esperado encontrar el cuartel en un estado de caos, y se había preguntado de dónde sacaría paciencia para enfrentarse a él, sin embargo se encontró con un sentido del orden en esta locura. El puesto de comando se montó en una de las dos habitaciones comunitarias que se utilizaba como club y lugar de reuniones desde que el departamento de bomberos se había trasladado a Ramsey Drive. Los seis teléfonos ya estaban instalados en una larga fila de mesas. Dos de ellos ya estaban siendo atendidos. En la pared opuesta ya estaban las máquinas fotocopiadoras y de fax. En otra mesa larga, los voluntarios estaban apilando los volantes con la fotografía y los datos importantes de Josh que se habían preparado durante la noche.

Mitch se dirigió a la habitación donde estaban tomando café y comiendo rosquillas los que volvían o se incorporaban a la búsqueda. Esta habitación serviría como lugar de reunión y centro de operaciones para los medios. Las paredes estaban pintadas de

verde, un color de la liquidación de la ferretería de Hank de 1986. El matiz mohoso hacía juego con el olor a humedad del viejo linóleo y del polvo. Dos docenas de manos realizadas con papel para planos decoraban la pared que estaba atrás del podio, en el frente de la habitación, la promesa de las 4 H estaba garabateadas sobre ellas con trazos de color. Cada macabra obra maestra estaba firmada por el artista y marcada con su edad. La habitación ya estaba atestada de periodistas, fotógrafos y camarógrafos de diarios, radio y televisión de todo el estado. Un fotógrafo estaba a un metro de la pared realizando rebuscadas tomas de las manos. Un reportero de televisión estaba junto a otra pared, al lado del panel de nudos de los *boy scouts*, mirando seriamente la lente de una cámara de vídeo mientras desgranaba tópicos sobre Norman Rockwell y todas las familias norteamericanas.

El rango de aquéllos que venían a documentar la tragedia solo aumentaría mientras durara la búsqueda. Por lo menos durante la semana siguiente… si duraba tanto. Mientras continuara la búsqueda estarían constantemente al pie del cañón, buscando la noticia, la exclusiva, el ángulo único.

«Malditos parásitos», pensó Mitch mientras pasaba entre los reporteros, frunciendo el entrecejo y gruñendo ante las preguntas que le gritaban.

En el frente de la habitación, Megan estaba supervisando el comienzo de la conferencia de prensa, dirigiendo la ubicación del podio, de una pantalla, y un proyector. Se volvió hacia un reportero que se había acercado demasiado, con los labios tensos.

—Por sexagésima vez, *Mr*. Foster, la conferencia de prensa no comenzará hasta las nueve —le dijo de manera terminante—. Nuestra prioridad es encontrar a Josh Kirkwood. Si aún está en el vecindario, tenemos que organizar a esta gente y reanudar la búsqueda.

Henry Foster, periodista del *Star Tribune* desde la época de la linotipia, tenía cara de perro dogo, cabeza calva adornada con

manchas hepáticas y largos mechones de pelo gris peinados en forma horizontal. Sus gafas bifocales, sucias, con montura de asta, estaban calzadas abajo de unas cejas tan espesas que debían tener su propio código postal. Era un viejo caballo de guerra cuyas caderas se habían ensanchado durante los últimos años para dar una buena base de sustento a su abdomen que parecía una enorme pelota.

Megan podría haber pensado que había dormido sin quitarse su pantalón marrón y su camisa blanca barata, pero por conocimiento del pasado sabía que Henry siempre estaba desaliñado.

Las cejas le subían hasta la frente.

—¿Eso quiere decir que creen que el niño fue sacado de esta zona?

Dos de sus colegas lo oyeron y se acercaron, como ratas husmeando una prometedora migaja.

Megan los detuvo con una mirada que hubiera podido incinerar a un ser humano. Se volvió para mirar a Henry, que se encontraba tan cerca de ella que el aroma del Old Spice le irritó la nariz. Él no retrocedió. Continuó mirándola a los ojos esperando una respuesta.

«Sin duda estaba esperándola», pensó Megan. Foster tenía una antigüedad y unos antecedentes que habían llenado su oficina con premios, que según afirmaba utilizaba como pisapapeles o ceniceros. Los políticos se acobardaban ante la mención de su nombre. La pandilla del DCC maldecía el día en que él había nacido… Henry Foster había sido el que había destapado el asunto del acoso sexual en el Departamento el otoño anterior. Era el último hombre que Megan quería que le pisara los talones. La presión de este caso sería suficiente sin que las gafas de Henry Foster persiguieran cada uno de sus movimientos.

No muestres temor, O'Malley. Él puede oler el temor... aun con esa loción para después de afeitarse.

—Eso significa que el oficial Noga va a escoltarlo afuera de esta habitación si no sale del camino —le respondió sin vacilar.

Le dio la espalda a Foster y él bufó con la afrenta. Una de las periodistas que se había quedado en las sombras esperando una migaja murmuró: «maldita bruja». Megan se preguntó si se atreverían a hacer comentarios de desprecio atrás de la fornida espalda de Noga. Aferró la manga del oficial, y él la miró con los ojos enrojecidos y legañosos.

—Oficial Noga, ¿podría sacar a estas comadrejas de la prensa del camino antes de que les arranque las tráqueas y me las coma como desayuno?

Él miró a los reporteros con el entrecejo fruncido.

—Delo por hecho, señorita… agente.

—No quisiera ofender —murmuró Mitch ocupando el lugar que Noga había dejado vacante—, pero creo que hoy no se ha ganado ningún punto de *Miss* Simpatía.

—*Miss* Simpatía es un alfeñique —replicó Megan—. Además ninguno de nosotros está aquí para un desfile de belleza.

Mitch hizo una mueca.

—Confusión de géneros. No permita que los muchachos de *Pioneer Press* oigan eso.

—Creo que ellos ya tienen sus teorías.

—¿Durmió un poco?

La pregunta parecía fuera de lugar. A Mitch le parecía que ella había pasado por la misma rutina matinal mínima que él. Se había cambiado el pantalón por uno de abrigo y llevaba un jersey grueso de pescador irlandés sobre una camisa. Tenía el pelo negro limpio y cepillado hacia atrás y recogido en una cola de caballo. El maquillaje era escaso y no le cubría las manchas violetas que tenía bajo los ojos.

Ella lo miró a los ojos y le respondió:

—¿Quién necesita dormir cuando sólo se puede dar una ducha helada? Mi apartamento no tiene servicios. Me depilé las piernas con la luz de una linterna, di de comer a mis gatos y regresé aquí. ¿Y usted?

—Yo tengo un perro y agua caliente —le respondió rodeando el extremo de la mesa—. Y me dejo las piernas peludas, gracias. ¿Su gente averiguó algo?

—¿Además de diez páginas de degenerados conocidos? No.

Mitch sacudió la cabeza, y sintió náuseas al pensar que había tantos malditos desgraciados robando niños en los ciento ochenta kilómetros de su pueblo… y de su hija. El mundo se está convirtiendo en una letrina. Aun en la zona rural de Minnesota podía sentir que el estiércol se le pegaba en los zapatos. Era como si durante la noche alguien hubiera abierto las compuertas de las cloacas.

Miró a la multitud mientras pasaba por atrás del podio: algunos hombres de su oficina y del departamento del alguacil, bomberos voluntarios, ciudadanos preocupados, estudiantes del Harris College que estaban en el pueblo pasando las vacaciones de invierno. Lo que vio en sus rostros fue determinación y temor. Uno de los suyos había sido robado y estaban allí para hacerlo regresar. Mitch deseaba creer que lo harían, pero por experiencia deseaba que no realizaran su trabajo.

Aun así, subió y puso cara de jugador. Arengó a las tropas, impartió órdenes y habló como un líder. Entrecerró los ojos por el brillo de las luces de la televisión, y pensó que probablemente pareciera decidido en lugar de ciego.

Las cámaras comenzaron a filmar, sin esperar la conferencia de prensa, sin querer perder nada del drama. Los *flashes* de las cámaras de los fotógrafos de los periódicos resplandecían con intervalos irregulares cuando fotografiaban a los policías y la multitud. Los reporteros escribían con rapidez. En una de las sillas de la primera fila, Paige Price estaba sentada con sus largas piernas cruzadas y una libreta en la falda. Miraba a Mitch con una expresión seria, mientras su camarógrafo se arrodillaba frente a ella y le hacía un primer plano. Todo funcionaba debidamente.

En la pantalla de proyección apareció un mapa del Park County, con el área dividida en sectores por líneas rojas que Mitch y Russ Steiger habían trazado a las cinco de la mañana. Numeraron a los equipos de búsqueda y les asignaron sectores. Les dieron instrucciones técnicas tales como qué buscar, cuándo llamar la atención del jefe del equipo. Mitch pasó el micrófono a Steiger, quien agregó órdenes y detalles para los delegados del SO, los voluntarios y los miembros del club de vehículos para nieve, que buscarían en las zonas arboladas de las afueras del pueblo.

La fotografía de Josh se proyectó en la pantalla, mientras se entregaban volantes a todos los presentes, incluyendo a la gente de los medios. Todos se quedaron quietos. Las conversaciones y murmullos cesaron. El ruido de los papeles se desvaneció. El silencio era tan pesado como un yunque, el suave zumbido de las cámaras de vídeo parecía amplificarlo. Todos los ojos, todos los pensamientos, todas las oraciones, todos los latidos de los corazones estaban concentrados en la pantalla. Josh los miraba con su sonrisa resplandeciente, a la que le faltaban algunos dientes, con el pelo castaño rizado; con cada peca que era una marca de inocencia, un símbolo de la juventud como lo era el uniforme del club de exploradores que usaba con tanto orgullo. Los ojos le brillaban con entusiasmo por todo lo que la vida tenía para ofrecerle.

—Éste es Josh —dijo Mitch con calma—. Es un buen muchacho. Muchos de ustedes tienen niños como él. Amistoso, servicial, un buen estudiante. Un niñito feliz e inocente. Le gustan los deportes y jugar con su perro. Tiene una hermanita que se pregunta dónde estará. Sus padres son buena gente. La mayoría de ustedes conoce a su madre, la doctora Garrison. Muchos de ustedes conocen a su padre, Paul Kirkwood. Ellos quieren de vuelta a su hijo. Hagamos todo lo posible para que eso suceda.

Durante un momento todo quedó en silencio, luego Russ Steiger, con voz ronca, ordenó a sus hombres que salieran y los equipos de búsqueda comenzaron a dejar la habitación. Mitch deseaba ir con

ellos. La carga del rango se lo impedía. Su trabajo era tratar con la prensa y el alcalde y el consejo del pueblo. A menudo, la posición de jefe tenía menos que ver con el trabajo intrínseco de la policía en el que se había ido haciendo y más que ver con la política que nunca le había importado. Él era policía de corazón. Y uno muy bueno en otro tiempo.

Su mirada se dirigió involuntariamente hacia Paige Price. Ella lo advirtió con tanta rapidez como una trucha se traga una mosca, se puso graciosamente de pie y se dirigió hacia él, mientras sus colegas hacían notas y murmuraban en sus grabadores.

—Mitch —Paige llegó al podio y apagó hábilmente el micrófono. Su expresión era perfecta, la contrición era el toque correcto para el momento—. Sobre lo de anoche… No quisiera que hubiera malos entendidos entre nosotros.

—Estoy seguro de que no —le respondió Mitch con frialdad—. Evite que la lastimen.

Paige lo observó con esa mirada herida con la que había derretido más de una pared de resistencia masculina. Pero a Mitch Holt no le interesaba comprar, y ella lo llamó mentalmente hijo de puta. Con su exclusiva de la noche anterior había ganado el elogio del director del noticioso y del dueño del canal. Su agente tenía dos palabras para la primicia: muchos dólares. Si ella podía mantenerse a la delantera de esta historia significaría una gran cantidad de dinero y quizás una oferta de uno de los afiliados más grandes de la cadena. Ella aspiraba a Los Ángeles. Los Ángeles, tibio y soleado. No importaba dónde fuera, dejaría este refrigerador dejado de la mano de Dios. Pero Mitch Holt se interponía en su camino, un caballero mancillado y golpeado que sostenía ideales anticuados.

—Lamento que piense que es mi única motivación —murmuró—. No soy una carroñera, Mitch. Es verdad, quiero una historia de todo esto, como cualquier otro reportero de los que están aquí. Pero mi primera preocupación es este pobre niño.

Mitch no parpadeó.

—Guárdelo para la familia Nielsen.

Paige se mordió la punta de la lengua. Por el rabillo del ojo vio que Henry Forster del *Star Tribune* pasaba entre la gente para acercarse a ellos. Sintió que su mirada furiosa la quemaba. Forster detestaba que alguien de la televisión le quitara una primicia, pero más odiaba que se la quitara una mujer de la televisión. Pero antes de que Forster pudiera interrumpirlos, la agente O'Malley entró en escena.

—La conferencia de prensa comenzará enseguida, señorita Price —le dijo, alejando a Paige del podio—. ¿Por qué no toma una taza de café y una rosquilla?

La sugerencia fue acompañada por una sonrisa forjada en acero. Paige miró de arriba a abajo a Megan O'Malley, disfrutando la interrupción de esta mujer que venía a ayudar al hombre que la empequeñecía. Los miró a los dos especulando. Ninguno de los rostros demostraba nada, lo cual, según el pensamiento de Paige, demostraba mucho. Se marchó en dirección a la cafetera, con una mano levantada, en un falso gesto de rendición.

—Y que todo se te vaya a las caderas —murmuró Megan por lo bajo, regresando a su sitio en la mesa de entrada. Mitch la miró serio y ella frunció el entrecejo—. La falta de sueño no me permite ser caritativa.

Mitch levantó las cejas, acomodó sus papeles y probó el micrófono.

La conferencia de prensa brindó muy poca información. No tenían sospechosos. No tenían pistas, sólo la nota que había dejado el secuestrador y Mitch no divulgaría su contenido ya que esto podría comprometer la investigación. Su anuncio oficial fue que el Departamento de Policía de Deer Lake, junto con otras agencias estaban haciendo todo lo posible para encontrar a Josh y atrapar a su raptor.

Russ Steiger agregó que el departamento del alguacil trabajaría contra reloj. Él supervisaría personalmente la búsqueda en el

terreno, una declaración hecha con tono de engreimiento. Rudy Stovich, abogado del Park County pidió que se aplicara todo el peso de la ley. Megan comentó la línea acostumbrada del Departamento, ofreciendo apoyo, laboratorio y archivos a todos los requerimientos de los departamentos de policía y del alguacil.

Luego comenzó el frenesí. Los reporteros clamaban atención, formulando preguntas a los gritos, tratando de taparse unos a otros.

—¿Es verdad que están buscando a un degenerado conocido?

—¿Los padres harán declaraciones?

—¿Llamaron al FBI?

—Están al tanto de la situación —respondió Mitch, satisfaciendo el último fuego de artillería—. Ya tenemos a tres agencias trabajando en el caso. Tenemos todos los recursos del DDC a nuestra disposición. Por el momento no creemos que Josh haya sido sacado de la zona. Si la probabilidad de un vuelo interestatal crece, entonces llamaremos al FBI. Mientras tanto, creo que las agencias involucradas están muy bien equipadas para enfrentar la situación.

—¿Es común que los niños de ocho años queden sin supervisión en el patinódromo?

—¿Se han producido otros incidentes previos de vejación de niños en Deer Lake?

—¿Es verdad que la madre del niño simplemente olvidó pasar a buscarlo por el patinódromo?

A Mitch se le endureció el rostro de furia y respondió al reportero del *Pionner Press*:

—No hay nada *simple* en este caso. La doctora Garrison estaba tratando de salvar una vida en sala de emergencias. Ella no olvidó *simplemente* a su hijo y no hay que hacer que se sienta responsable del rapto.

—¿Qué hay de cierto en la declaración del padre acerca de que el administrador del patinódromo y el entrenador deberían ser declarados responsables? ¿Y usted, jefe Holt? —preguntó Paige—. ¿Se siente responsable?

Él la miró sin parpadear.

—De alguna manera, sí. Como jefe de policía, es mi responsabilidad mantener seguros a los ciudadanos de este pueblo.

—¿Es una filosofía estrictamente personal o sus sentimientos están relacionados con la culpa por su…

—Señorita Price —pronunció su nombre con los dientes cerrados —. Creo que anoche dejé perfectamente aclarado que este caso no debe ser relacionado con ningún otro. Estamos aquí para hablar sobre Josh Kirkwood y los esfuerzos para encontrar a Josh Kirkwood. Punto.

Megan observó el intercambio de palabras, con su atención concentrada en Mitch. Pensó que podía sentir la furia que vibraba alrededor de él. Algo en la postura defensiva de sus hombros, la línea tensa de los labios, la hizo sentir como si Paige Price lo hubiera golpeado en una zona baja. Megan se dijo a sí misma que sólo era su sentido de la justicia el que respondería, sólo la lealtad que sentiría hacia cualquier otro policía. Se puso de pie para alejar el fuego de él.

—En nombre del DCC quisiera enfatizar lo que el jefe Holt está diciendo. Es esencial que mantengamos la concentración en Josh Kirkwood. Es esencial que mantengamos la atención de sus lectores, oyentes y televidentes en Josh. Necesitamos que esté en los corazones y las mentes de todos aquéllos a los que podamos llegar. Les pedimos especialmente que su fotografía reciba la máxima exposición. Para ustedes, la gente de radio: den una descripción detallada de Josh y de lo que llevaba puesto. Si existe una probabilidad de que alguien lo haya visto, necesitamos hacer todo lo posible para asegurarnos de que esa gente reconozca a Josh como la víctima del rapto.

—Agente O'Malley, ¿es verdad que ayer fue su primer día de trabajo en Deer Lake?

Miró a Henry Forster con seriedad, y se maldijo a sí misma por haberle dado esa información a Paige Price la noche anterior.

—No veo qué tiene que ver eso con lo que acabo de decir.

Él se encogió de hombros sin disculparse.

—Eso también es noticia.

Una gran cantidad de cabezas asintieron demostrando su acuerdo. Para no ser eclipsada por su rival, Paige volvió a ponerse de pie.

—Señorita O'Malley, ¿podría decirnos cuántas mujeres tienen cargos de agentes en el DCC?

—Agente O'Malley —la corrigió con firmeza.

Esto era lo único que le faltaba, una puta con horas de vuelo nocturno metida en su caso. Ya podía imaginar la presión sanguínea de Bruce DePalma subiendo hasta el cielo. Respiró lentamente y se esforzó por encontrar una manera diplomática de decirle que dejara de joder.

—Hay una buena cantidad de agentes femeninas en el departamento.

—En trabajos de oficina. ¿Y en las calles?

Mitch alejó a Megan del micrófono.

—Si ninguno de ustedes tiene más preguntas relacionadas directamente con el secuestro de Josh Kirkwood, tendremos que terminar esto ahora. Estoy seguro de que todos comprenderán que tenemos muchos deberes más importantes que atender. Tenemos un niño perdido, y cada segundo que perdemos es importante. Gracias.

Apagó el micrófono y señaló con la cabeza una puerta lateral a Megan, por la cual podrían salir de la habitación sin tener que pasar entre la multitud. Megan se fue rápidamente, advirtiendo que Steiger y el abogado del condado se quedaban atrás para atraer cualquier resto de atención. Los reporteros corrieron adelante para obtener alguna declaración más, algún bocado más. Paige se ocupaba del alguacil, derrotando de esta manera a Forster. Miró a Steiger con sus ojos celestes falsos y una expresión de interés y admiración, y al alguacil se le hinchó el pecho.

—No pierde el tiempo tratando de obtener un premio consuelo —comentó Megan mientras Mitch abría la puerta.

—Mejor él que yo.

—Usted lo ha dicho.

Los dos suspiraron. Megan se apoyó contra la pared, buscando un momento de paz. Habían escapado a las cocheras que alguna vez habían albergado la flota completa de autobombas de Deer Lake, tres unidades. Todavía quedaba una, una verdadera antigüedad. Había dos vagones de heno que ocupaban la mayor parte del espacio, y que eran utilizados en los desfiles. El que se encontraba más cerca representaba una trucha gigante de fibra de vidrio saltando de un charco de celeste del mismo material. En los costados tenía alambre decorado con servilletas de papel blancas y azules para formar un festón decorativo. El letrero brillante que llevaba en la parte trasera invitaba a todos a divertirse los días de la trucha, el 6, 7 y 8 de mayo.

La creación del Club de la Trucha de Deer Lake era muy diferente de los carromatos profesionalmente diseñados del Carnaval de Invierno de St. Paul. Era ingenuo y cordial, y los miembros fundadores estaban enormemente orgullosos de ella.

Este pensamiento sorprendió a Megan, golpeando un punto vulnerable, recordándole la inocencia de los pueblos pequeños. Cosas que habían sido destrozadas en un acto inhumano.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO

La imagen de Josh flotaba en su memoria y la alejó antes de que pudiera desconcentrarla de su trabajo.

—Steiger no será un problema, ¿verdad? —preguntó Megan.

Mitch imitó la pose de ella, puso los hombros contra la pared y cruzó sus brazos. Parecía cansado y peligroso a pesar de que se había duchado y afeitado antes de regresar. Las líneas ásperas de su

rostro estaban marcadas como piedra. Miró hacia los costados entrecerrando los ojos.

—¿A qué se refiere?

—A ese altanero de mierda. No va a invadir nuestro territorio, ¿verdad? No necesitamos un cañón sin amarrar en un caso como éste.

Él sacudió un poco la cabeza y sacó un paquete de pastillas Maalox del bolsillo del pantalón.

—Russ no ocasionará problemas. Tiene que preocuparse por las próximas elecciones, eso es todo. Se ocupará de la prensa y yo lo voy a dejar complacido. Le agradezco a Dios todos los días que mi trabajo no dependa de una votación.

Pero sus riendas estaban sostenidas por el consejo del pueblo, y Mitch tenía la sensación de que debería responder a cada uno de sus miembros antes de que terminara el día.

Se apoyó sobre el hombro izquierdo y miró con seriedad a Megan.

—Yo pensé que usted era el cañón sin amarrar.

Sus ojos verdes parpadearon con inocencia y se tocó el pecho con la mano.

—¿Quién, yo? No. Sólo estoy cumpliendo con mi trabajo.

Mitch frunció el entrecejo.

—Sí. Y yo debería haberla escuchado. Quizá si hubiera actuado rápidamente como usted sugería…

—No —le ordenó Megan, extendiendo la mano como para apoyársela en el brazo.

El gesto estaba fuera de lugar y ella lo detuvo rápidamente. No era una persona que se dejara conmover fácilmente. Y aunque lo hubiera sido, el trabajo la habría curado. No podía permitirse insinuaciones que pudieran ser mal interpretadas. En este trabajo la imagen lo era todo para una mujer; su ventaja, su armadura, su orden de respeto. Aun así, no podía descartar la culpa del rostro de Mitch. En su mente podía escuchar la suave voz de Paige Price: *…*

sus sentimientos están resentidos por la culpa de su… ¿Qué?, se preguntaba, y se dijo a sí misma que no importaba. No podía permitir que un policía se sintiera culpable por creer que no había hecho lo que debió hacer, eso era todo.

—Ya era tarde antes de que lo supiéramos —le dijo—. Además, es su pueblo. Usted lo conoce mejor que yo. Reaccionó correctamente. Hizo lo mejor que pudo.

Habían bajado el tono de las voces. Se miraban a los ojos. Ella parecía tan seria, tan segura que lo que estaba diciendo era absolutamente cierto. El brillo de sus ojos verdes así lo indicaba, y tenían la determinación de hacérselo ver a él también. Mitch quería reírse, no con humor, sino con el cinismo de alguien que había estado en contacto con las ironías más retorcidas de la vida. Al parecer, Megan no había visto lo suficiente como para estar desalentada, no había fracasado lo suficiente como para dejar de confiar en sí misma. Creía que lo bueno era bueno y lo malo era malo, sin zonas grises intermedias. Alguna vez, él también lo había creído. Vivir bajo las reglas. Cumplir bien con el trabajo. Pelear en la pelea justa. Llegar a la meta y recibir las recompensas de un hombre recto.

Su boca se curvó en una triste parodia de una sonrisa. Una de las bromas más crueles de la vida, no había recompensas, sólo actos fortuitos de la bondad y la locura. Una verdad de la que había tratado de alejarse, pero lo había encontrado aquí, había encontrado su pueblo, había alcanzado a Josh Kirkwood y a sus padres.

Tocó la mejilla de Megan y sintió deseos de besarla. Hubiera sido agradable probar un poco de esa dulce certeza, creer que podía beberla; eso le curaría viejas heridas. Pero por el momento sentía que la estaba comprometiendo lo suficiente, así que trató de concentrarse con la sensación de su piel tibia en la palma de la mano.

—Lo mejor no fue suficiente. Otra vez.

Megan lo miró fijamente mientras él se alejaba, se pasó las puntas de los dedos por la mejilla, y su corazón latía un poco más rápido. Es sólo una muestra de apoyo a un oficial compañero. Nada personal. Los velos se habían corrido para mostrar las mentiras como lo que eran. En algún lugar los límites se habían borrado. Eso era algo peligroso para alguien que necesitaba mantener una visión clara del mundo y de su lugar en él.

—Que no vuelva a suceder, O'Malley —murmuró para sí Megan, negándose a aceptar su falta de esperanza, mientras se dirigía a la puerta.

La oficina del desaparecido Leo Koslowski se parecía a Leo tanto como la habitación se puede parecer a una persona. Cuadrada y sencilla, era un desastre de papeles arrugados y manchas de café, sazonados con el aroma de cigarros viejos.

—Jesús, María y José —murmuró Megan.

Entró lentamente en la habitación, frunciendo la nariz viendo el estado del lugar y el lucio que estaba colgado en la pared cubierto de polvo, con un cigarro en el costado de su boca. Un monumento a las habilidades de pesca de Leo y a los talentos taxidermistas de Rollie Metzler, pensó Megan.

Natalie arrugó todo el rostro con un gesto de disgusto cuando sacó la llave de la cerradura.

—Leo era un tipo genial —reiteró—. No sabía una mierda del orden, pero era un gran tipo.

Megan tocó con un lápiz una caja de rosquillas abandonada y pinchó un buñuelo que estaba camino a la petrificación. Lo arrojó en el cesto de los papeles. Sonó como un disparo en un barril de aceite.

—Qué bueno que no haya muerto aquí. Nadie lo habría notado.

—Iba a enviar a la gente de limpieza después de que Leo murió, pero no queríamos que nadie tocara nada antes de que fuera nombrado el nuevo agente —le explicó Natalie.

—Qué suerte la mía.

Megan sacó de su portadocumentos una placa de bronce con su nombre y la colocó en el frente del escritorio, marcando su territorio con el regalo que se había comprado para festejar su nuevo destino. Su nombre estaba grabado en el frente: Megan O'Malley. DCC. En la parte trasera tenía el lema No Pise Mierda, No Se Excuse.

Natalie miró ambos lados. Se rió con ganas.

—Estará muy bien, agente O'Malley.

—Si los olores no me matan primero —respondió Megan con frialdad.

Megan comenzó a entresacar los desechos del escritorio, apiló los papeles; tiró los envoltorios de los caramelos y suficientes tazas de café de plástico como para producir un agujero de ozono del tamaño de Iowa, dos ceniceros de vidrio llenos de colillas de cigarros y un Slim Jim a medio consumir. Desenterró el teléfono justo cuando comenzó a sonar.

Natalie dejó la llave en un centímetro libre del escritorio y se encaminó hacia la puerta, prometiéndole que enviaría a alguien de mantenimiento con una máquina limpiadora de ambientes. Megan la saludó con la mano y levantó el auricular.

—Agente O'Malley, DCC.

—La tinta de tu traslado aún no está seca y ya recibimos más de media docena de llamadas de los reporteros preguntando por ti.

Al escuchar la voz de DePalma cerró los ojos y pensó cosas terribles sobre los reporteros y lo que deberían hacer con sus credenciales de prensa plastificadas.

—El tema es el secuestro, Bruce —le contestó sentándose en el viejo sillón verde. El asiento había quedado en un estado lamentable debido al enorme trasero de Leo y estaba inclinado hacia la izquierda. El tapizado estaba suave en ambos lugares, roto en otros y salpicado por todas partes con manchas de dudoso origen que provocaron que Megan hiciera una mueca—. Estoy haciendo todo lo

que puedo para que los reporteros se concentren en el caso y no en mí.

—Será mejor que lo hagas. El superintendente no quiere un reflector sobre el departamento. No quiere que provoques titulares en los periódicos. ¿Está claro?

—Sí, señor —le respondió con resignación. El fantasma de su dolor de cabeza volvía para atraparla. Se frotó la frente con dos dedos.

—¿Cómo va la búsqueda?

—Nada aún. Estamos rezando para encontrar alguna pista. No creo que la nota nos lleve a ninguna parte.

—Es algo duro… el rapto de un niño —comentó DePalma, mezclando la preocupación profesional con algo personal. DePalma tenía tres hijos, uno un poco más grande que Josh. Megan había visto muchas veces la fotografía de su familia sobre el escritorio. Todos se parecían a Bruce, pobres niños, máscaras en miniatura de Nixon, con cuerpos delgaduchos de varias alturas—. Trabajé en el caso Wetterling —continuó—. Es muy duro para todos.

—Sí, así es.

—Haz todo lo que puedas y mantén la calma.

Las palabras de Mitch resonaban en su cabeza cuando colocó el auricular y se sentó en el castigado sillón de Leo: …*lo mejor no ha sido suficiente… otra vez*. No sabía a qué se había referido con eso de *otra vez*. Todo lo que se hiciera debía ser suficientemente bueno para Josh.

Recordó la frase de la nota. Encontró un lugar libre en el anotador entre las manchas de café y los números telefónicos de los restaurantes locales y escribió allí el mensaje: *la ignorancia no es inocencia sino PECADO*. ¿Ignorancia de qué? ¿De quién? La cita era de Robelt Browning. ¿Eso era significativo? Su mente barajaba posibilidades como si fueran naipes. Ignorancia, inocencia, pecado, poesía, literatura… libros. Se detuvo en ese naipe y surgió otra docena de preguntas. El cerebro le zumbaba. Tomó el teléfono y

marcó el número de la división archivos del DCC. Colocó el auricular entre el hombro y la oreja y buscó en el portadocumentos la lista de los delincuentes conocidos.

—Archivo. Habla Annette, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Annette, soy Megan O'Malley. ¿Puedes buscarme un tipo para ayer?

—Lo que sea para nuestra heroína. ¿Cuál es el nombre?

—Swain. Olie Swain.

La mañana fue un aluvión de llamadas telefónicas y citas improvisadas. Como era de prever, Mitch recibió las llamadas de los miembros del consejo del pueblo y la visita de Don Gillen, el alcalde, en su oficina, todos expresándole su horror y su fe ciega en la habilidad de Mitch, un jefe de policía que haría que todo terminara bien.

El Snowdaze comenzaría dentro de un día, y había muchas discusiones sobre si había que suspenderlo o postergarlo. Por un lado, parecía terrible continuar con los festejos. Por el otro, había consideraciones económicas, atenciones con las bandas de los colegios que llegarían a Deer Lake y con los turistas que ya habían reservado los hoteles. Si cancelaban el acontecimiento, ¿no se estarían rindiendo ante la violencia? Si continuaban, ¿se podría utilizar la ocasión para beneficio del caso, reuniendo voluntarios de refresco y realizando reuniones para mostrar apoyo y reunir dinero?

Después de veinte minutos con el alcalde, Mitch se lavó las manos sobre esas decisiones. Don era un buen hombre, capaz, preocupado. Mitch apreciaba sus problemas, pero estaba claro que él tenía que ocupar su tiempo en el caso.

Además de la desaparición de Josh había cuestiones de todos los días que no se podían dejar de lado: rondas en la cárcel, casos que debían ser revisados, papeleo para resolver, una investigación en marcha sobre una serie de robos, un boletín del departamento de

drogas regional, una llamada del administrador del Harris College acerca de un curso sobre criminología que Mitch iba a ayudar a dictar este semestre. Estas tareas eran habituales en la vida de un jefe de policía de un pueblo pequeño. Hoy cada una parecía una piedra de una avalancha, y todas se le venían encima al mismo tiempo.

Natalie entraba y salía de su oficina, aliviándolo tanto como podía de las tareas menores. Mitch oía que el teléfono sonaba de manera casi incesante y la bendecía silenciosamente porque le pasaba sólo las llamadas más importantes. A las doce y cuarto le llevó una bolsa con comida de Subway. A las dos y cuarto lo riñó por no haberla abierto.

—¿Cree que las calorías van a saltar de la bolsa y llegarán a su cuerpo a través del aire? —le preguntó, golpeando la bolsa con un lápiz—. Usted y mi Troy deberían estar juntos. Él cree que por estar en la misma habitación con su libro de álgebra se convertirá en un genio de las matemáticas. Podrían fundar un club: La Pandilla osmosis.

—Lo lamento, Nat —Mitch se frotó los ojos mientras observaba los informes de seis meses sobre merodeadores y fisgones, buscando algo que se pudiera relacionar con Hannah o con Paul o con Josh o con los niños en general—. No tuve ni dos segundos.

—Bueno, tómese dos ahora —le ordenó—. No podrá pasar el día sin comer algo.

—Sí, mamá.

—Y comparta un poco de esas patatas fritas con la agente O'Malley —agregó, mientras abría la puerta. Megan estaba esperando del otro lado—. Parece como si un viento fuerte se la fuera a llevar hasta Wisconsin.

—Traje lo mío, gracias —dijo Megan, mostrando un plátano.

Natalie dio vuelta los ojos.

—¿Un plátano entero? ¿Cómo lo va a terminar?

—Tendré suerte si lo puedo pelar y darle un mordisco —murmuró sentándose en la silla para visitantes. Puso un paquete de papel continuo sobre el escritorio y dejó allí el plátano.

—¿Otro poco de lectura ligera? —preguntó Mitch sacando un bocadillo de pavita de la bolsa de Subway. Le dio un gran mordisco y masticó de manera agresiva, mirando fijamente a Megan.

Ella centró la mirada en su boca y un calor la invadió, pero lo atribuyó a que estaba demasiado abrigada. Él comía como si no quisiera perder calorías, devorando el bocadillo a conciencia. Se ensució el mentón con un poco de mayonesa que tapó la cicatriz. Se limpió con impaciencia y se lamió el pulgar, una acción que pareció tener mucha influencia sobre el pulso de Megan. Disgustada consigo misma, apartó la mirada y observó la oficina. Limpia y prolija, estaba libre de pescados y trofeos de bolos. Y algo más curioso, no había ninguna pared dedicada a la egolatría de los títulos y condecoraciones. Un policía de la jerarquía y la antigüedad de Mitch ya tendría una caja llena de ellas. Sin embargo los únicos marcos que colgaban de las paredes contenían fotografías de una niña con largo pelo negro y un gran perro con una cuerda en la boca.

—Ya puede aterrizar, O'Malley —le dijo agitando una mano—. ¿Qué tiene ahí?

—Los delincuentes conocidos —le respondió—. Estuve tratando de relacionarlos con los incidentes más recientes en la vecindad y los informes de vehículos vistos o involucrados, con la esperanza de que algo cuadrara. Reduciendo las posibilidades, ahora si tuviéramos…

—¿Encontró algo?

—Aún no. También llamé a Archivos y pedí informes sobre su muchacho Olie Swain. No tienen nada sobre él. El tipo no tiene ni una infracción de tránsito.

Mitch comió otro trozo del bocadillo y lo tragó.

—¿Olie? Él es inofensivo.

—¿Son muy amigos? —le preguntó levantando los dedos cruzados.

—No, pero él está aquí desde antes que yo llegara, y nunca tuvimos una queja seria contra él —bajó el pavo con Coca Cola caliente e hizo una mueca. Megan se irguió en la silla.

—¿Quiere decir que han tenido quejas que no fueron serias?

Mitch se encogió de hombros.

—Una de las mamas de *hockey* se fastidió porque lo vio alrededor de los niños en el patinódromo, pero aquello no era nada. Quiero decir… demonios, su trabajo es en la pista. ¿Qué se supone que tiene que hacer… esconderse día y noche en su cueva?

—¿Ella alegó algo específico?

—Que Olie la impresionó.

—Oh… imagínese.

—También acusó al jefe de los Boy Scouts de lo mismo; me dijo que tenía que enviar a alguien a St. Elysius porque todos saben que los sacerdotes son homosexuales pederastas, y acusó a la maestra de segundo grado de su hijo de trastornar la mente de los niños leyéndoles los libros de Shell Silverstein en voz alta en clase y desplegando sus ilustraciones, que como cualquier cristiano puede ver son sucias y tienen símbolos fálicos.

—Oh —volvió a hundirse en la silla, disgustada, mortificada.

—Correcto. Los niños nunca se han quejado de Olie. Los entrenadores nunca se han quejado de Olie. ¿Qué le pasó con él?

—Me impresionó —le respondió tímidamente, frunciendo el entrecejo mientras pelaba el plátano. Comió un trozo y masticó, mientras se reorganizaba mentalmente. Olie Swain aún la impresionaba. Lamentablemente, eso no se podía considerar causa suficiente para arrestar a alguien y tomarle las huellas digitales—. Anoche parecía evasivo. Nervioso. Me dio la impresión de que no le agradan los policías.

—Olie es siempre nervioso y evasivo. Es parte de su encanto —le contestó Mitch, practicando algunas maniobras evasivas, revolviendo los papeles como excusa para no mirar cuando ella rodeaba con sus labios el extremo del plátano—. Además, yo también pedí una

investigación cuando la señora Favre se quejó. Olie está más limpio que un bebé.

—No tanto algunas partes de su anatomía —Megan frunció la nariz al recordar el olor rancio de su cuerpo—. ¿Cree que tenga algo que ver con la desaparición de Josh Kirkwood?

—Nunca tendría los huevos necesarios para robar un niño, así que le dije que se pusiera frente a mí, me mirara a los ojos y me dijera que no tenía nada que ver con el asunto.

—¿Lo miró a los ojos? ¿Con cuál, con el verdadero o el falso?

Mitch sacudió la cabeza mientras se inclinaba hacia adelante para oprimir el botón del intercomunicador.

—Christopher Priest quiere verlo, jefe —le anunció Natalie—. Dice que podría ayudar en la investigación.

—Hazlo pasar.

Mitch tiró en el cesto las sobras de su comida y se limpió las manos con una servilleta mientras salía de atrás del escritorio. Megan también se puso de pie y tiró lo que le quedaba del plátano. Le subió la adrenalina ante la posibilidad de tener una pista.

El hombre que entró en la oficina no tenía el aspecto de un salvador de nadie. Era pequeño, delgado, con una chaqueta azul y blanca enorme del Harris Colleee. Aun con la chaqueta, nadie lo hubiera confundido con un ganador. Christopher Priest tenía el aspecto pálido y frágil de un hombre cuyo deporte más peligroso era el ajedrez. Megan calculó que tendría unos treinta años, de un metro cincuenta y cinco de estatura, pelo castaño arratonado, ojos castaños y gafas demasiado grandes para su rostro. Inconfundible.

—Profesor —le dijo Mitch estrechándole la mano—. Ella es la agente O'Malley del DCC. Agente O'Malley, Christopher Priest, jefe del departamento de ciencias de la información del Harris.

Se estrecharon la mano: la de Megan fuerte, una mano que podría sostener sin temblar una Glock de 9 milímetros semiautomática; la de Priest, un saco de huesos que parecía

doblarse sobre sí misma. Megan tuvo que controlar su deseo de mirar hacia abajo para comprobar si lo había lastimado.

—Su apellido me suena conocido —dijo ella buscando información en su cerebro—. Hizo un trabajo sobre delincuencia juvenil, ¿no es cierto?

Priest sonrió, con una mezcla de timidez y orgullo.

—Mi derecho a la fama… el Vaquero de ciencia ficción.

—Es un magnífico programa —Mitch señaló a Priest una silla vacía, mientras él volvía a situarse atrás de su escritorio—. Debería estar orgulloso de él. Sacar a los muchachos del camino equivocado y darles una oportunidad de educarse y tener un futuro es más que plausible.

—Bueno, gracias, pero no puedo llevarme todo el crédito. Phil Pickard y Garrett Wright también dedicaron mucho tiempo a los niños —se acomodó en la silla, y la chaqueta demasiado grande se le subió hasta los lóbulos de las orejas, dándole el aspecto de una tortuga lista para meter la cabeza en su caparazón—. Me enteré de lo de Josh Kirkwood. Me siento muy mal por Hannah y Paul.

—¿Los conoce bien? —le preguntó Megan.

—De alguna manera somos vecinos. Su casa es la última de Lakeshore Drive, y la mía está atrás de la de ellos, por decirlo así, a un kilómetro al norte a través de Quarry Hills Park. Por supuesto, conozco a Hannah. Todo el mundo en el pueblo conoce a Hannah. Hemos estado en varios comités de caridad juntos. ¿Se sabe algo?

Mitch negó con la cabeza.

—Usted cree que podría ayudar…, ¿de qué manera?

—Oí decir que han instalado un puesto de comando. Eso sirve como centro para pistas e información, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, recuerdo que leí en los periódicos los informes durante la búsqueda de la niña de Inver Grove Heights. La policía habló sobre el volumen de la información que recibía y lo engorroso que

era su manejo. Algunos trabajos se repetían varias veces debido a la falta de comunicación, era una pérdida de tiempo.

—Es verdad —dijo Megan mientras hojeaba las páginas de los delincuentes conocidos.

—Me gustaría ofrecer una solución —agregó Priest—. Mi departamento cuenta con gran cantidad de ordenadores disponibles. Debido a las vacaciones de invierno ahora tengo pocos estudiantes, pero sé que aquéllos que se quedaron en el pueblo estarán más que contentos de poder ayudar. Podemos introducir todo lo que ustedes quieran en nuestras computadoras y ofrecerles la capacidad de enviar información, órdenes, lo que necesiten. También podemos registrar la fotografía de Josh y enviarla por todo Estados Unidos y Canadá por boletines electrónicos. Sería un buen proyecto para mis estudiantes y a ustedes les ahorraría muchos dolores de cabeza.

Mitch se reclinó hacia atrás en el sillón y lo hizo girar mientras pensaba. Una de las cosas que más echaba de menos de estar en la policía de una gran ciudad era el acceso al equipo. Las autoridades de Deer Lake habían visto la necesidad de un nuevo edificio para albergar la cárcel y el departamento de policía, pero tenían problemas para ver la necesidad de renovar el equipo informático. En la actualidad el departamento tenía media docena de aparatos de la edad de piedra. Natalie había llevado su computadora personal para realizar su trabajo.

—No lo sé —le contestó pasándose la mano por el pelo—. Los estudiantes tendrían acceso a información confidencial. No es personal que haya prestado juramento. Eso podría ser un problema.

—¿No podría convertirlos en delegados o algo así? —preguntó Priest.

—Quizá. Déjeme consultarlo con el abogado del condado y le contestaré.

El profesor asintió con la cabeza y se puso de pie.

—Llámeme. Traer el equipo no es problema; tenemos una furgoneta. Lo conectaremos enseguida.

—Gracias.

Volvieron a estrecharse las manos, y Priest se encaminó hacia la puerta. Vaciló con la mano en el tirador y sacudió la cabeza con tristeza.

—Ésta ha sido una mala semana. Mi madre siempre dice que los problemas vienen de a tres. Esperemos que se equivoque.

—Esperemos —murmuró Mitch mientras el profesor se retiraba y cerraba la puerta.

—Sería magnífico tener esos ordenadores —reflexionó Megan—. Sería mejor aún si pudiéramos poner una o dos pistas en ellos.

—Sí. Sólo he escuchado excusas durante todo el día —se quejó Mitch—. Ojalá pudiera estar ahí afuera. Sentado aquí me estoy volviendo viejo antes de tiempo.

—Entonces vamos —le dijo Megan de manera impulsiva. Se arrepintió de inmediato. Había mucho trabajo que hacer en la oficina, y no tenía sentido hacer pareja con un hombre que podía distraerla haciendo algo tan inocuo como masticar su almuerzo—. Quiero decir, creo que iré al puesto de comando y luego me uniré a alguno de los equipos durante un par de horas. Usted podría hacer eso. No necesariamente *conmigo*. En realidad, sería mejor si nos separamos.

Mitch observó cómo se sonrojaba. Su sentido del humor estaba en decadencia, pero esbozó una sonrisa. Era un alivio pensar en otra cosa que no fuera el caso durante un minuto. La fría y sosegada agente O'Malley ruborizándose parecía una buena diversión.

Mitch se puso de pie y salió de atrás del escritorio con las manos en los bolsillos del pantalón. Su mirada petrificó a Megan en la silla.

—Está ruborizada, agente O'Malley.

—No, sólo tengo calor —retrocedió mentalmente ante las inferencias—. Hace calor aquí.

Él se acercó un poco más.

—¿Tiene calor?

La miró a los ojos de manera astuta y rapaz. Era el momento adecuado de una rápida respuesta y de alejar el trasero del fuego. Pero no encontró respuesta, no salían palabras de su boca seca. Sus músculos se endurecieron, pero no se movió con la suficiente rapidez. Él leyó sus pensamientos y en un abrir y cerrar de ojos estaba inclinado sobre ella, con sus grandes manos apoyadas en los brazos de la silla, mientras ella retiraba las manos hacia atrás.

—¿Por qué tiene calor? —le susurró, olvidando su empeño por tratar de no desearla. Le agradaba un poco de excitación. Lo hacía sentirse vivo, la fatiga desaparecía, sentía expectación en lugar de temor—. ¿Tiene miedo de viajar en el mismo coche conmigo, agente O'Malley?

—No le tengo miedo —susurró Megan, aferrándose a su orgullo y empuñándolo como una espada. No le agradaba este insidioso deseo que entraba y salía de esta relación como si fuera humo. Esquivo e intangible, oscurecía las fronteras, alteraba las expectativas. No confiaba en él, no confiaba en ella cuando se le acercaba como una corriente en ebullición—. No le tengo miedo a nada.

Mitch observó cómo su determinación se endurecía en la profundidad de sus ojos verdes. Lo dejaba avanzar y luego lo obligaba a retroceder. «Estaba bien, —pensó Match—. Estaba bien para los dos. El momento equivocado, las personas equivocadas, el lugar equivocado. Ella era una resentida».

—No se subestime —murmuró Mitch, sintiéndose otra vez fastidiado, extinguida la chispa—. Todos le tenemos miedo a algo.

10
Día 2
17:16 -8 °C

A lo largo de las interminables horas del día, Hannah sintió una nueva afinidad con los familiares que aguardaban en la sala de espera del hospital, mientras un ser querido era operado. Sólo podía esperar y rezar. No había control. No había participación. No había energía para distraerse en tareas menores, nadie le permitiría atender tareas menores. Sólo podía esperar y oír el sonido espantoso de los rotores de los helicópteros que golpeaban el aire mientras iban y venían sobre el pueblo. Gigantescos buitres sobrevolando los techos, escudriñando el terreno con ojos electrónicos buscando alguna señal de su hijo… o de su cuerpo.

Su casa estaba llena de intrusos. Extraños del DCC, mirando su teléfono como si esperaran una visión. Amigos del barrio y de las afueras del pueblo, observándola como si hubieran apostado su dinero al momento exacto en que tendría un ataque de nervios. Se ocupaban de ella como una corte, negándole que se ocupara ni siquiera de las necesidades de Lily, mientras otra persona se ocupaba de la ropa o limpiaba la bañera. Cada hora cambiaban de tareas, y Hannah se preguntaba cuál sería la peor.

Ella sabía cuál detestaba más. Hubiera preferido limpiar la suciedad de los azulejos en lugar de estar sentada allí en la sala con

la cuidadora número dos, un hecho que demostraba lo desesperada que se sentía.

Paul atestiguaría rápidamente que ella no tenía afinidad con las tareas del hogar. Cumplía con ellas, pero no las disfrutaba. Había tareas que al parecer había que volver a realizar con el momento en que terminaba con ellas. Consumían un tiempo que podía pasar con sus hijos. Maldijo cada segundo que había pasado limpiando las alfombras en lugar de haber jugado con Josh. Maldijo a Paul por hacerla sentir culpable para que continuara con los ingratos trabajos. Tiempo atrás Hannah habría contratado a alguien para que realizara la limpieza y horneara galletas una vez por semana si no hubiera sido por Paul y sus acusaciones sobre su falta de hábitos domésticos.

En la casa de la madre de Paul siempre había olor a aceite de limón y a cera para lustrar muebles. Su madre siempre horneaba pan y galletas los sábados. Una vez ella le señaló que él detestaba a su madre, que nunca iba a visitarla, que se había casado con alguien totalmente opuesto a su madre y que no tenía derecho a quejarse.

—Por lo menos yo sabía que era mi madre. Por lo menos mi padre sabía que ella era una mujer…

—Tú también sabrías que yo soy una mujer si no estuviera tan agotada por tener que mantener arreglada esta casa…

—¿La casa? ¡Nunca estás en la casa! Estás en el hospital día y noche…

—¡Creo que salvar las vidas es un poco más importante que estar limpiando y haciendo galletas!

Era un milagro que recordara tan bien cada palabra de las discusiones… últimamente habían tenido tantas.

Se puso de pie suspirando y se dirigió hacia el ventanal que daba al lago. Deer Lake, con forma de brazo de hielo torcido, tenía trece kilómetros de largo por dos de ancho y media docena de pequeños dedos que penetraban en las orillas boscosas. Normalmente el

paisaje le brindaba una sensación de paz. Hoy la hacía sentir más sola e impaciente.

Los automóviles circulaban precariamente por la cuesta llena de nieve de Lakeshore Drive. Los reporteros acampaban como hienas esperando los restos de la cacería del león. Esperaban cualquier migaja de una noticia. Esperaban que saliera para arrojarse sobre ella y destrozarla con sus preguntas. Un patrullero verde y blanco estaba aparcado en la entrada, una guardia que había enviado Mitch. Que Dios lo bendijera. Dos kilómetros al norte, las cabañas de los pescadores salpicaban la zona de acceso público al lago como si fueran hongos multicolores. Hoy nadie había llegado a pescar. La luz del día estaba desapareciendo. Las luces parpadeaban adentro de las casas que bordeaban la costa. No había escuela. Debería haber niños en el hielo, en el extremo del lago que había sido despejado para esquiar. Esta noche no había niños. Por Josh.

Por mí.

Como si fueran pequeñas olas en una laguna, los efectos de lo sucedido alcanzaban las vidas de personas que ella ni siquiera conocía. Todos estaban pagando por su pecado. Parecía algo tan pequeño, el desliz de un momento, una equivocación perdonable. Pero nadie la perdonaría, y menos aún ella misma. Josh se había ido, y sobre ella caía este castigo: quedarse sin hacer nada, mientras los vecinos limpiaban su casa y un policía se sentaba en la mesa de su cocina a leer una novela de bolsillo.

—La espera es lo peor.

Hanna se volvió y observó a la mujer del grupo de niños perdidos. Otra compañía no deseada. No sabía qué era peor, si la lástima de los amigos o la de los desconocidos. Detestaba el aspecto de «yo estuve en tu lugar y logré salir como una mujer mejor» que tenía esta vecina. Se quedó junto a Hannah, con su aspecto de suburbio de alto nivel y su traje de cazador de punto con accesorios de bronce y el pelo color zanahoria cortado a la altura de los hombros.

—Yo pasé por esto hace dos años —le confesó la mujer—. Mi ex esposo robó a nuestro hijo.

—¿Temía por su vida? —le preguntó Hannah bruscamente.

La mujer frunció un poco el entrecejo.

—Bueno, no, pero…

—Entonces, lo lamento, pero creo que no puede saber cómo me siento.

Ignorando la expresión de conmoción de la mujer, Hannah pasó junto a ella rumbo a la cocina.

—¡Aun así fue un trauma! —exclamó la mujer con tono violento.

El policía levantó la mirada del libro, como si no quisiera tomar parte en esta escena. Hannah no lo culpó. Ella tampoco quería tomar parte.

—Necesito un poco de aire. Estaré afuera por si suena el teléfono —le explicó.

Sacó del armario un viejo abrigo negro que Paul usaba para hacer los trabajos sucios del fin de semana. Mientras tomaba los guantes del estante imaginó la escena que le haría Paul si llegaba a casa y la encontraba usando su abrigo.

—*Tú tienes tus abrigos*.

—¿Cuál es la diferencia? Tú no lo usabas ahora.

No trataría de explicarle que la hacía sentir más segura, protegida, que le encantaba usar algo de él. No tenía sentido… seguramente no tendría sentido para Paul… que pudiera obtener más consuelo de su ropa que de él. Nunca le explicaría que las ropas eran algo así como recuerdos de lo que alguna vez habían compartido, de lo que él había sido alguna vez. Eran las mortajas de los fantasmas, y ella se envolvía en ellas y sufría por todo lo que estaba muerto en su matrimonio.

Abrió la puerta de la cochera y se sorprendió al ver la figura oscura de un hombre con el puño levantado.

—¡Hannah!

—¡Oh, Dios mío! ¡Padre Tom! ¡Casi me da un ataque!

El sacerdote le sonrió avergonzado. Era joven, alto y de aspecto atlético. Su enfermera y amiga, Kathleen Casey, siempre bromeaba diciéndole que era demasiado buen mozo para haber dejado la reserva de solteros elegibles, una broma que siempre hacía ruborizar a Tom McCoy. Hannah no pensaba en él como alguien buen mozo. La palabra que le surgía cuando lo miraba era *amable*. Su rostro era amable, con ojos celestes amables. Ojos que ofrecían comprensión y perdón desde atrás de unas gafas con montura metálica.

Tom era el sacerdote de St. Elysius desde hacía dos años y era muy popular entre los feligreses más jóvenes. Los más conservadores pensaban que era demasiado no convencional para sus gustos. Albert Fletchel; el único diácono de St. Elysius se oponía abiertamente a lo que él llamaba «esta Nueva Era del Catolicismo», pero Albert también se oponía a que las mujeres usaran pantalones, y a menudo comentaba que *Vaticano II* era obra del anticristo. Albert siempre se burlaba de las homilías del padre Tom diciendo que eran su «acto de haraganería», pero Hannah las consideraba muy enriquecedoras. Tom McCoy era un hombre brillante, con un título en filosofía de Notre Dame y un corazón tan grande como su casa de Montana. En un día tan negro como éste, no podría haber encontrado un amigo mejor.

—Pensé que era mejor si venía por aquí —su cálida voz tenía un acento del oeste—. Hay mucha gente observando en la puerta principal.

—Sí, es el Día de Observen-a-Hannah Garrison —le contestó sin mucho humor—. Estaba tratando de escapar durante algunos minutos.

—¿Quiere que me vaya? —Bajó el escalón de la cochera mostrando su sinceridad, dándole la oportunidad de una respuesta honesta—. Si necesita estar a solas…

—No, no. No se vaya —Hannah entró en la cochera y oyó el ruido de la puerta que se cerraba—. Realmente tampoco quiero estar sola.

Ajustó su vista a la débil luz grisácea, observó el entorno cavernoso y se detuvo en la bicicleta de Josh. Colgada en la pared. Abandonada. Olvidada. Sintió un nudo en el diafragma. Había podido controlarse durante todo el día, mientras los observadores y los solidarios iban y venían. Pero al ver la bicicleta sucia se le hizo un agujero en el corazón y por allí comenzó a fluir el dolor.

—Quiero que vuelva mi hijo.

Se sentó en el escalón de hormigón, con las piernas muy juntas, mientras sus fuerzas iban desapareciendo. Si no hubiera sido por el padre Tom habría caído al suelo. Se quedó junto a Hannah un instante sosteniéndola. Le pasó un brazo sobre los hombros con mucha delicadeza. Ella apoyó el rostro sobre el hombro de Tom y lloró; sus lágrimas penetraron el grueso abrigo de lana del Padre.

—Quiero que regrese… ¿Por qué no puedo tenerlo aquí conmigo? ¿Por qué tenía que suceder esto? Es un niño. ¿Cómo puede Dios hacer esto? ¿Cómo puede Dios dejar que suceda esto?

Tom no dijo nada. Dejó que Hannah llorara, que formulara sus preguntas. Pensó que ella realmente no esperaba respuestas, lo cual estaba bien, porque él no tenía ninguna respuesta para ella. Él mismo se había hecho las mismas preguntas sobre un poder superior y en sus oídos aún retumbaba el silencio. No conocía a otra persona mejor que Hannah. Tan llena de gracia, tan preocupada, tan dedicada a sus hijos y a ayudar a los demás. En un mundo justo, las cosas malas no deberían sucederle a personas como Hannah o a niños inocentes como Josh. Pero el mundo no era un lugar justo. Era un lugar duro, lleno de crueldad, una verdad que siempre lo llevaba a preguntarle a Dios: *¿Si el mundo es un mundo injusto, entonces Dios es un dios injusto?* La culpa que acompañaba la pregunta era fría, y pesaba dentro de su corazón. La fe ciega no era su fuerte. La duda era su cruz.

No podía ofrecer respuestas a Hannah, sólo consuelo. No podía hacer desaparecer el dolor, sólo podía compartirlo. Así que se sentó en el duro escalón, la abrazó y la dejó llorar, con el corazón dolorido

por ella; también sus lágrimas rodaron sobre el pelo rubio de Hannah. Cuando ya había llorado lo suficiente, Tom sacó un pañuelo del bolsillo y lo puso en su mano.

—Lo lamento —susurró Hannah, levantando la cabeza de su hombro y alejándose un poco de él—. No iba a llorar delante de la gente. No me rompo para que otros tengan que recoger los pedazos.

—Nunca lo contaré —le prometió, acariciándole gentilmente la nuca—. Soy sacerdote, ¿recuerda?

Hannah trató de reírse, pero el sonido se negó a dejar su garganta. Miró el pañuelo, y frunció un poco el entrecejo.

—Está limpio —bromeó Tom y le apretó un poco los hombros—. Se lo aseguro.

Hannah se sonrió.

—Estaba mirando el monograma. ¿P?

—Un obsequio de Navidad de una feligresa. P por Padre.

La ingenuidad del gesto arrancó un par de lágrimas más de sus ojos. Se las secó y se limpió la nariz tan delicadamente como pudo. Permanecieron sentados en silencio durante un momento. Había caído la noche. La temperatura estaba bajando notablemente. La luz de seguridad del frente se había encendido automáticamente y brillaba en la oscuridad, alejando el peligro. Qué broma.

—Tiene derecho a desmoronarse, Hannah —le dijo Tom con suavidad—. Se supone que el resto de nosotros tenemos que levantarla y mantenerla entera. Así es como funciona.

«Él no ha comprendido, —pensó Hannah—. Levantar y sostener siempre habían sido sus trabajos. Ahora que ella estaba en pedazos, todos la miraban sin saber qué hacer».

—¿Hubo alguna novedad?

Hannah negó con la cabeza.

—Me siento tan inútil. Por lo menos Paul puede salir con los grupos de rescate. Todo lo que puedo hacer es esperar… y desesperar. Así debe de ser el infierno. No puedo imaginarme nada

peor que lo que ha pasado por mi mente durante las últimas veinticuatro horas.

Se levantó lentamente, bajó los escalones hacia la puerta que daba al patio trasero y miró hacia afuera por la ventana. Una débil luz amarillenta salía por la ventana de la cocina y manchaba la nieve. Gizmo estaba en un rectángulo color ámbar, una inmensa e inmóvil masa peluda. Más allá del perro, la sombra de hamaca permanecía quieta, negro sobre blanco, luego el patio se perdía en el bosque cerrado que había en el extremo norte del lago, dándole al barrio una sensación de reclusión.

—Hice mi residencia en el Centro Médico del Condado de Hennepin —comentó ella con tono monocorde—. Es una parte dura del pueblo. Vi cosas… las cosas que las personas pueden hacerse unas a otras… las cosas que pueden hacerle a un niño…

Las palabras se debilitaron. Miró hacia afuera por la ventana, pero Tom sabía que estaba viendo otro lugar, otra época. Tenía el rostro pálido y tenso. Se detuvo junto a ella y esperó, tranquila y pacientemente.

—… cosas atroces —murmuró. Aun con el abrigo tan pesado, Tom sabía que ella estaba respirando rápidamente, que estaba temblando—. Y pienso en Josh…

—No —le ordenó Tom.

Ella lo miró de costado y esperó. No había expectativa en sus ojos ni esperanza de que él pudiera decirle algo que hiciera brillar su perspectiva. Desde que era sacerdote muy pocas veces se había sentido tan impotente, tan mal equipado para dar algo que valiera la pena a alguien que estaba sufriendo. Ella lo miró y esperó, con los ojos grandes e insondables en la oscuridad, con el rostro adorable cubierto por las sombras.

—Eso no la ayudará —dijo Tom por fin—. Sólo se está torturando.

—Me lo merezco.

—No diga eso.

—¿Por qué no? Es verdad. Si hubiera ido a buscarlo, ahora estaría con nosotros.

—Usted estaba tratando de salvar una vida, Hannah.

—Se lo contó Kathleen, ¿verdad? —Él no respondió. No tenía que hacerlo; ella conocía demasiado bien a Kathleen—. ¿Le contó que anoche perdí por dos a cero? Ida Bergen murió y perdí a Josh.

—Ellos lo encontrarán. Tiene que creerlo, Hannah. Debe tener fe.

—Tenía fe en que esto nunca sucedería —contestó con amargura —. Ya no tengo fe.

No podía culparla. Acaso debía hacer que se retractara de esa afirmación. Podría afiliarla al antiguo club católico de la culpa, pero no tuvo corazón para hacerlo. En momentos como éste él tenía suficientes problemas para aferrarse a su propia fe. No era lo suficientemente hipócrita como para castigar a otro.

El fuego se apagó repentinamente en Hannah. Suspiró y se frotó el rostro con las manos.

—Lo lamento, Padre —susurró—. No debí…

—No se disculpe por lo que siente, Hannah. Tiene derecho a reaccionar.

—¿Y a desafiar a Dios? —Hizo una mueca con la boca, mientras le aparecía un nuevo brillo de lágrimas en los ojos.

—No se preocupe por Dios. Él puede tolerarlo.

Tom extendió la mano y con el pulgar le secó una lágrima en la mejilla.

Hannah advirtió que no usaba guantes. El pulgar estaba frío contra su mejilla. El padre Tom, tan distraído. Sistemáticamente olvidaba pequeñas cosas como ponerse guantes con una temperatura tan baja, comer y cortarse el pelo. Este rasgo despertaba las cualidades maternales de todas las mujeres de la iglesia de St. Elysius.

—Volvió a olvidarse de los guantes —le dijo Hannah, tomándole la mano para calentársela—. Terminará congelándose.

Tom negó con la cabeza.

—Tengo cosas más importantes en mi mente. Quería que supiera que vine por usted… por usted y por Josh.

—Gracias.

—Organicé una vigilia de oración por Josh. Hoy a las ocho. Estoy rezando para que no la necesitemos —agregó y le apretó con fuerza la mano.

—Yo también —murmuró Hannah. No podía decirle que tenía la sensación de que sus oraciones no iban a ninguna parte, que las súplicas sólo rebotaban adentro de su cabeza. Se quedó aferrada a su mano un segundo más, desesperada por absorber un poco de su fuerza y de su fe.

—¿Le gustaría quedarse a cenar? —le preguntó Hannah, recobrando sus modales, pero la necesidad y la honestidad fueron más fuertes que ellos—. Tengo la casa llena de mujeres que no saben qué hacer excepto observarme y agradecer que no están en mi lugar —le confió—. Sería agradable romper con eso por un rato. En el menú tenemos una variedad del milagro de los panes y los peces… el milagro de las latas de atún. Creo que no debe quedar ni una lata de atún en el pueblo.

—¿Ann Muller no le dio la receta que lleva cebolla frita por encima? —le preguntó con una mirada cómica y especulativa, mostrando algo más que lástima.

—Y una fuente de tostadas con crema de menta.

Él hizo una mueca y pasó el brazo sobre sus hombros, para conducirla hacia la puerta de la cocina.

—Entonces soy todo suyo, doctora Garrison.

17:28 -8 °C

Mitch recorrió solo el pasillo de la escuela primaria de Deer Lake. Inmune a sus bromas, Megan había ido con dos de sus oficiales a interrogar a los compañeros de *hockey* de Josh y al joven equipo de entrenadores. ¿Habían visto algo? ¿Les había dicho Josh que estaba preocupado por alguien? ¿Estaba Josh actuando de manera diferente? Las preguntas serían formuladas una y otra vez por este policía, por aquél, por el siguiente, todos ellos con la esperanza de hacerles recordar algo. Todos con la esperanza de encontrar alguna pequeña pieza de información que podría parecer insignificante en sí misma, pero que ajustaría perfectamente con otras para formar una pista. Esto podía parecer tedioso para la gente interrogada, y se acumulaban montañas de papeles, pero era necesario hacerlo.

Mitch había elegido reunirse con los maestros y otro personal de la escuela con el mismo propósito. Uno de sus hombres ya había interrogado a Sara Richman, la maestra de Josh. Mitch reunió a todo el personal en la cafetería y condujo la reunión como una sesión informal de preguntas y respuestas. Les explicó lo poco que sabían, trató de encauzar los rumores y les pidió cualquier información que tuvieran. ¿Alguien había estado merodeando por la escuela? ¿Alguno de los niños había informado sobre el acercamiento de algún extraño?

Mitch estudió los rostros en la habitación, los maestros, los cocineros, los porteros, el personal administrativo, preguntándose, como policía, si alguno de ellos podría haber hecho esto;

preguntándose como padre si alguna de las personas que estaba en contacto diario con su hija podía ser peligrosa para ella.

Después de casi dos horas, los dejó discutiendo sobre los planes para una asamblea sobre seguridad en toda la escuela y se encaminó por el pasillo hacia una puerta lateral. Su cabeza parecía una nuez en un cascanueces. Las preguntas se arremolinaban en su mente. Preguntas sin respuestas. Tenía que reunirse con su personal a las seis, para hablar con sus hombres sobre las informaciones que habían surgido durante el día y para sugerir ideas. Sin pistas ni sospechosos era difícil centrar la investigación.

Mientras caminaba, Mitch observó los pequeños armarios que lo hacían sentir un gigante, y los trabajos pegados sobre las paredes a la altura de su cadera. También miró de reojo las clases con escritorios bajos. Todo esto sólo lo hizo pensar dolorosamente en la vulnerabilidad de los niños.

Mitch pidió que miraran en el interior del armario de Josh. Uno de los técnicos en pruebas que trabajaba con Megan limpió el escritorio y el armario de Josh y sacó cuadernos y libros, y sólo dejó un yo-yo luminoso y un paquete de pastillas de goma. Los escombros de la niñez. Sólo pruebas de la normal inocencia de Josh.

Todos los días este pasillo se llenaba de niños como Josh, como su Jessie. Le disgustaba pensar en que todos ellos serían afectados por este crimen. Su inocencia se estropearía como una página en blanco con figuras obscenas.

Mitch no se subió el cierre del abrigo cuando salió, pero sacó los guantes del bolsillo y se los puso. El día se había convertido en noche. Las luces de seguridad brillaban contra las paredes de ladrillo de la escuela e iluminaban a intervalos el área de aparcamiento.

La escuela había sido construida en 1985 para educar a los niños de las nuevas familias de Deer Lake. Estaba situada en Ramsey Drive, en la parte más nueva del pueblo, a dos calles de la nueva estación de bomberos, lo que aseguraba la interrupción de las clases cada vez que un autobomba salía a cumplir con su deber. El

aparcamiento se extendía ante los ojos de Mitch, bordeado en ambos lados por densas hileras de abetos. El lugar de juegos tenía doce metros cuadrados y estaba al oeste. Todo muy bien pensado para que los padres retiraran a sus hijos… o para alguien que quisiera robar un niño.

Ahora Mitch veía riesgos, peligros potenciales, por todas partes, donde antes sólo había visto un pueblo limpio y tranquilo. Esto sólo servía para empeorar su humor. Sacó las llaves del bolsillo, y se encaminó hacia el Explorer.

La camioneta era la única en la segunda fila, fuera del alcance de la luz. Mitch colocó la llave en la cerradura de la puerta, con la mente en la reunión que seguía y en la noche que le esperaba. Quería terminar la reunión antes de las ocho, antes de que Joy le pusiera el pijama a Jessie. Esta noche quería a su hija con él en casa. Un pequeño oasis de normalidad antes de otro día de locura y frustración.

Cuando se movió para abrir la puerta, algo le llamó la atención, algo fuera de lugar, algo sobre el capot.

Al girarse, la reacción ya había comenzado: la descarga de adrenalina, la tensión de los nervios, los sentidos alertas. Cuando tomó el cuaderno con espiral el corazón le latía con rapidez.

Lo levantó con cautela, tomó un extremo del espiral con el índice y el pulgar izquierdos, y el otro con el índice derecho. La tapa era verde oscuro, decorada con la imagen de Snoopy. En la parte superior estaba escrito Josh Kirkwood 3 B.

Mitch maldijo. Le temblaban las manos cuando volvió a dejar el cuaderno sobre el capot. Entró en la camioneta y regresó con una linterna y un lápiz. Utilizó el lápiz para pasar las páginas del cuaderno.

Nada extraordinario, sólo garabatos de niño. Dibujos de coches de carrera, naves espaciales y héroes deportivos. Notas sobre niños de su clase. Un niño llamado Ethan que vomitó en música; *¡Le ensució todos los zapatos a Amy Masons!* Una niña llamada Kate

trató de besarlo en el armario: *¡Fantástico! ¡Fantástico! ¡Fantástico!* En una página había dibujado el logo de los Vikingos de Minnesota y una remera con el número doce y el nombre Kirkwood con mayúsculas.

Los sueños y secretos de una niña. Y pegado en la última página, el mensaje de un loco:

Tengo una pequeña pena,
he nacido de un pequeño PECADO.

11
Día 2
20:41 —9° C

Hannah miró el cuaderno, se puso pálida y cayó en la silla más cercana. Era de Josh, sin duda. Ella lo sabía bien. Él lo llamaba «cuaderno para pensar». Lo llevaba a todas partes… o por lo menos lo hacía.

—Lo había perdido —murmuró frotando los dedos sobre la bolsa de plástico destinada a las pruebas, deseando tocar el cuaderno. Algo de Josh. Algo que su secuestrador les había devuelto. Una mofa. Una cruel demostración de poder.

—¿Qué quiere decir con que lo había perdido? —le preguntó Mitch, arrodillándose junto a ella, tratando de que lo mirara a él en lugar de al cuaderno—. ¿Cuándo?

—El día antes del Día de Acción de Gracias. Estaba furioso. Le dije que lo habría dejado en la escuela. Pero juró que no. Revolvió toda la casa buscándolo.

Hannah recordaba todo eso muy bien. Paul había regresado a casa después de hacer deporte y explotado al ver el desorden. Su familia vendría al día siguiente. Quería que la casa estuviera perfecta, pasársela por la nariz a sus familiares para que vieran lo bien que lo había hecho. No había querido perder tiempo buscando un estúpido cuaderno que podía ser fácilmente reemplazado.

Hannah miraba ese «estúpido cuaderno» ahora y deseaba abrazarlo contra su pecho y mecerlo como si fuera Josh. Deseaba preguntarle a Paul qué sentía ahora en relación al «estúpido cuaderno» de Josh, pero Paul todavía no había regresado a casa. Pensó que habría ido directamente del grupo de búsqueda a la vigilia de oración… algo que ella no podría enfrentar. El padre Tom había comprendido. Ella sabía que eso era algo que Paul no haría.

—Estuvo disgustado durante varios días —murmuró Hannah—. Fue como perder un diario.

Megan intercambió miradas con Mitch.

—Sin embargo, debe de haberlo encontrado otra vez. Anoche lo tendría con él —comentó Megan.

Hannah negó con la cabeza, sin sacar la mirada del cuaderno que estaba en su regazo.

—Nunca volví a verlo. No creo que no me lo habría comentado si lo hubiera encontrado.

Lily espiaba desde un costado de la silla, sonriendo de manera traviesa a su madre, con sus grandes ojos celestes y sus despeinados rizos dorados. El cuaderno le llamó la atención y dio un grito de satisfacción, señalando con el dedo la figura de Snoopy en la tapa.

—¡Mamá, Josh! —exclamó. Se rió y trató de tomar el cuaderno.

Mitch levantó la bolsa de plástico tomándola por un extremo. Megan tomó la bolsa de la mano de Mitch.

—Se la daré a mis muchachos. Estará en el laboratorio mañana a primera hora.

Mitch se quedó para ofrecer palabras vacías de consuelo y esperanza. Hannah parecía aturdida. «Una bendición», pensó Mitch. La dejó sentada en un sillón con Lily en su regazo y un policía en la cocina.

Megan lo esperó en la Explorer. Ella había regresado de la escuela primaria en un patrullero con Joe Peters, el oficial que la había ayudado a interrogar a los jóvenes jugadores de *hockey*. Aún

tenían que regresar al centro del pueblo, donde ella había dejado su Lumila.

La búsqueda en los terrenos de la escuela había sido un ejercicio inútil y frustrante. El cuaderno había aparecido por arte de magia. El personal de la escuela estaba con Mitch… no había habido testigos. Habría sido muy fácil desplazarse junto al Explorer y dejar el cuaderno sobre la capota. El que lo hiciera ni siquiera habría tenido que bajarse del coche. Simple, diabólico.

La furia se le cuajó en el estómago como leche agria, mientras subía a la camioneta y cerraba la puerta con violencia.

—¡Hijo de puta! —exclamó golpeando una mano contra el volante—. No puedo creer que lo haya puesto sobre el capot. *¡Toma idiota, una pista!* ¡Maldito!

«Como arrojarle un guante», pensó, y el pensamiento lo descompuso. Convertía el crimen en un juego. *Atrápame si puedes*. Una mente que podía pensar de esa manera estaba podrida y chorreaba arrogancia. Estaba tan seguro de sí mismo que podía poner una prueba en sus manos y alejarse tranquilamente… que era exactamente lo que había hecho.

—Quiero a ese bastardo —gruñó Mitch haciendo girar la llave de arranque.

Megan no hizo caso a su carácter ni a su lenguaje. Ninguno de los dos era nuevo para ella. En la posición de Mitch ella estaría diciendo las mismas cosas. El secuestrador se había exhibido y lo había hecho sentir como un tonto. Era difícil no tomar eso como algo personal, pero lo personal no podía entrar en escena. Había demasiado potencial para distorsionar percepciones.

El cuaderno era la única pista que habían obtenido desde la noche anterior. Los equipos que buscaban en el terreno no habían encontrado nada. El grupo de voluntarios ya había terminado por ese día. Los equipos de la policía de Deer Lake, los muchachos del condado y los agentes de Megan en préstamo del distrito regional de St. Paul continuaban trabajando, revisando los edificios vacíos o

abandonados, los almacenes, los patios del ferrocarril; patrullando las calles y los caminos adyacentes en busca de algo remotamente sospechoso; siguiendo cualquier cosa prometedora que hubieran visto los muchachos del aire desde los helicópteros, saltando de lugar en lugar como participantes de una macabra cacería de algún animal comedor de carroña.

Los helicópteros del DCC y de la Patrulla del Estado continuarían durante toda la noche, revisando cada centímetro del County Park otra vez, turbando la paz de la noche invernal con sus rotores. Pero a menos que encontraran algo para continuar no vendrían al día siguiente. Habían cubierto una zona de trescientos cincuenta kilómetros cuadrados sin poder encontrar ninguna pista que permitiera saber en qué dirección continuar la búsqueda.

Los teléfonos del puesto de comando habían sonado durante todo el día, la mayoría de las llamadas eran de preocupados ciudadanos que deseaban saber si había habido algún progreso en la búsqueda o que querían expresar sus temores o ira por el secuestro. Nadie había visto nada. Nadie había visto a Josh. Era como si una mano invisible hubiera llegado de otra dimensión y se lo habría llevado fuera de la Tierra.

Y las agujas del reloj girando. Habían pasado veintiséis horas; la sensación de apremio y desesperación aumentaba con cada una de ellas. Veinticuatro era el número mágico. Si la persona perdida no era encontrada durante las primeras veinticuatro horas, las posibilidades en contra de hallar a la víctima aumentaban con cada minuto que pasaba.

La noche había caído como una cortina de acero. Estaba comenzando a levantarse viento, que barría la nieve del terreno uniformemente blanco. La temperatura continuaba bajando, apuntando a una noche con diez grados bajo cero. Frío, aunque las noches de enero podían ser más frías aún. Diez, veinte, treinta bajo cero. Un frío brutal. Un frío mortal. En la mente de todos ellos estaba el temor de que el secuestrador de Josh lo dejara vivo en

algún lugar, sólo para que muriera congelado antes de que alguien lo encontrara.

—Tenemos que revisar estas hojas —le dijo Megan mirando la pila de fotocopias que tenía sobre la falda, copias de cada página del «cuaderno de pensar» de Josh—. No creo que el secuestrador pueda haber dejado alguna pista verdaderamente importante, pero nunca se sabe.

Mitch se volvió hacia ella. En el brillo de las luces del tablero, su rostro inclinado estaba lleno de ángulos y planos sombreados, y sus ojos profundos no pestañeaban.

—¿Y qué hay de la gran pregunta? —preguntó Mitch—. ¿Dónde y cuándo obtuvo el cuaderno nuestro muchacho? Estuvo perdido casi dos meses. Si lo tuvo durante todo este tiempo, estamos ante un caso de delito con total premeditación.

—¿Y de dónde lo sacó? ¿Del armario de Josh? Eso podría implicar a un empleado de la escuela…

—Cualquiera puede entrar a esa escuela en cualquier momento del día. Los pasillos no tienen monitores. Los armarios no tienen cerraduras.

—Quizás a Josh se le cayó el cuaderno cuando iba a su casa —sugirió Megan—. Cualquiera que pasara caminando por la calle podría haberlo recogido. Cualquiera que entrara en la casa de los Kirkwood podría haberlo tomado.

Mitch no dijo nada mientras arrancaba el Explorer y lo encaminaba hacia Lake Shore, al este de la Novena Avenida. Recorrió mentalmente la lista de complicaciones creadas por el descubrimiento del cuaderno.

—Tendremos que averiguar si algún empleado salió de la reunión de esta noche, averiguar si despidieron a alguien durante los últimos seis meses, hacer una lista con todos los que han visitado la casa de Hannah y Paul desde mediados de noviembre, amigos, vecinos, personal de servicio…

La idea del hombre poderoso, el tedio, los papeles de trabajo… era todo desalentador. La ironía lo hacía ver todo rojo: que el secuestrador les diera una pista y al hacerlo construyera una parva de heno aún más grande para esconder la aguja.

—Necesito un poco de comida y una cama —comentó Mitch.

—Puedo ofrecerle lo primero —contestó Megan con cautela—. Tendrá que conseguir sólo la cama.

«No es que no deseara su compañía», pensó. No tenía nada que ver con la sensación de vacío que sentía cuando pensaba en sentarse sola en su apartamento esa noche. Había pasado la mayor parte de su vida sola. La soledad no era un gran problema.

La imagen de Josh flotaba en su mente como un espectro, mientras los números verde brillante del reloj del tablero marcaban el paso de otro minuto. La soledad era un gran problema. Como cualquier otro policía del caso, ella habría trabajado todo el día si así pudiera olvidar la comida y el descanso, pero el cuerpo necesitaba reabastecerse. Así que debía salir de las calles durante unas horas y acostarse en la cama mirando la oscuridad, pensando en Josh mientras el reloj continuaba su marcha. Y Mitch haría lo mismo.

—Podemos revisar estos papeles sin que nadie nos distraiga —le dijo Megan.

—¿Tiene todo lo necesario? —preguntó Mitch siguiendo la misma línea de pensamiento.

—Espero que sí, pero como nací un poco pesimista tuve la precaución de pedir una *pizza* por el teléfono celular mientras usted estaba hablando con Hannah.

Mitch levantó las cejas.

—¿Usando el equipo policial para asuntos personales, agente O'Malley? Estoy sorprendido.

—Consideré la necesidad de una *pizza* como una emergencia policial. Y espero que el muchacho que tiene que traerla también lo haga si sabe lo que le conviene.

—¿Dónde vive?

—En 867 Ivy Street. Lléveme hasta mi coche y le indicaré el camino.

—Es necesario que volvamos a la oficina; tenemos que enfrentar a los reporteros —le contestó Mitch—. Creo que no podré soportar una pregunta tonta más.

—Entonces creo que no le preguntaré si le gusta la de champiñones o prefiere la de *pepperoni*.

—Lo único que pido esta noche es que no esté viva y que no tenga pelo. Comeremos, revisaremos esos papeles. Con un poco de suerte cuando lleguemos a la oficina la gente de prensa se habrá ido.

Pasaron por la curva que llevaba al centro del pueblo. Mitch puso el intermitente al llegar a Ivy Street y detuvo el Explorer junto a la acera. La casa de dos plantas de la esquina era un antiguo y enorme edificio Victoriano que había sido dividido en apartamentos. La entrada estaba iluminada de un modo atractivo, la falta de luz natural ocultaba el hecho de que la casa necesitaba una capa de pintura. En la puerta principal aún había una corona de Navidad.

Subieron hasta la segunda planta por la vieja escalera que crujía y luego recorrieron el pasillo. Los sonidos de las voces y los televisores salían de los apartamentos. En el pasillo había una bicicleta con un cartel en los manubrios: Equipada para estallar. Ladrones, cuidado. Luego subieron por otra escalera y dejaron los vecinos atrás.

—Tengo toda la planta tercera para mí —le explicó Megan, sacando las llaves del bolsillo del abrigo—. Sólo cabe un apartamento.

—¿Por qué eligió esta casa en lugar de un apartamento en los complejos?

Se sacó la pregunta de encima con demasiada facilidad.

—Me gustan los edificios antiguos. Tienen carácter.

Una ola de calor los golpeó cuando Megan abrió la puerta. La luz ahuyentó la oscuridad cuando tocó el interruptor.

—¡Han llegado todos los servicios!

—Dios mío, aquí deben hacer veinticinco grados —declaró Mitch quitándose el abrigo y arrojándolo en el respaldo de una silla.

—Veintisiete —lo corrigió Megan y giró la perilla del termostato—. Creo que debe haber algo mal. Yo lo regulé a veintidós —miró de costado a Mitch mientras se sacaba el abrigo—. Tendría que gustarle esto, usted es de Florida.

—Ya me aclimaté. Tengo zapatos para la nieve. Voy a pescar en el hielo.

—Masoquista.

Megan apoyó la pila de papeles sobre la mesa y desapareció por el pasillo hacia lo que Mitch supuso que era un dormitorio. Se quedó en el medio de la sala y observó el apartamento tratando de buscar indicios sobre Megan O'Malley, mientras se subía las mangas de la camisa.

La cocina y la sala formaban un solo ambiente, dividido con una antigua mesa de roble rodeada de sillas que no hacían juego. Los armarios de la cocina estaban pintados de blanco y tenían el aspecto de haber sido salvados de la demolición de otra casa antigua. Las paredes estaban pintadas de color rosa pálido, y aunque sabía que Megan no había tenido tiempo para pintarlas, pensó que estaban muy bien. También pensó que si se lo decía ella lo negaría. El color era demasiado femenino. Ése era un aspecto que no mostraba al público. Pero él lo estaba viendo.

Los muebles de la sala eran todos antiguos y, por lo que podía ver, estaban muy bien mantenidos. Había cajas apiladas por todos lados. Libros, platos, cobertores, más libros. Al parecer sólo había desembalado lo esencial.

—Si quiere sentarse ponga las cajas en cualquier lugar —le gritó.

Salió del dormitorio subiéndose las mangas de una camisa de franela tres tallas más grande que el de ella. El grueso jersey y la camisa ya no estaban. Todavía llevaba las calzas negras, que se le ajustaban a las delgadas piernas como una segunda piel. Un par de

gatos se frotaban en sus tobillos tratando de llamarle la atención. El más grande era negro con el pecho blanco, patas blancas, cola arqueada y voz quejosa. El más pequeño era gris, y se acostó en la alfombra frente a ella ronroneando con fuerza.

—Cuidado con los gatos guardianes. Si lo confunden con una rebanada gigante de Little Friskies, es hombre muerto —se encaminó hacia la cocina y ellos la siguieron con las colas erguidas —. El negro es Friday —explicó mientras abría una lata de comida—. El gris es Gannon.

Mitch sonrió. Había puesto a sus gatos los nombres de los personajes de *Dragnet*. Nada suave ni delicado como Puff o Fluff. Nombres de policías.

—A mi hija le encantarían —le dijo. Miró el reloj y advirtió que por segunda noche consecutiva estaba ausente a la hora en que Jessie se acostaba—. Ya tenemos un perro y es suficiente vida animal para nuestra casa. Ha estado pidiendo a sus abuelos que le compren un gatito, pero su abuelo es alérgico —al menos ésa era la excusa de Joy. Echar la culpa a Jurgen. Mitch sospechaba que Joy era alérgica a cambiar las cajas sanitarias y a cepillar pelos de los muebles.

—Tiene suerte de que alguien la cuide —comentó Megan. Tiró la lata vacía en el cesto y se agachó para dejar el recipiente de plástico junto al refrigerador.

—Sí, creo que sí —respondió Mitch tomando la botella de Harp que ella le alcanzó—. Me gustaría que estuviera conmigo.

—¿En serio?

—Sí, en serio —respondió de manera defensiva, tratando de descifrar la expresión de sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Vulnerabilidad? ¿Cautela?—. ¿Por qué no? Después de todo, ella es mi hija.

Megan levantó un hombro, pero esquivó su mirada y bajó la vista a sus manos mientras abría su cerveza.

—Criar a una niña solo es una carga que muchos hombres no querrían.

—Hay muchos hombres que no deberían ser padres.

—Bueno… ésa es la cuestión.

Mitch sostuvo la cerveza en la mano observando atentamente a Megan mientras ella arrojaba la tapa en el cesto y bebía un sorbo. El repentino comentario tenía una espina de verdad, una antigua experiencia.

—Usted dijo que su padre era policía.

—Cuarenta y dos años con uniforme azul —se apoyó en la encimera, cruzando los tobillos y los brazos—. Obtuvo los galones de sargento y nunca llegó más alto. Nunca lo quiso. Como dice a quien quiera escucharlo, el verdadero trabajo del policía se realiza en las trincheras.

El toque de humor no fue suficiente para ocultar la amargura. Ella también la percibió. Mitch observó la cautela en sus ojos. Dejando la cerveza, ella se volvió y abrió un poco la ventana sobre la pileta, luego se quedó de espaldas mirando la nada. Mitch se acercó al extremo de la encimera, lo suficientemente cerca para verla y sentir su tensión.

—¿Tiene hermanos?

—Uno.

—¿Él también es policía?

—¿Mick? —se rió—. Por Dios, no. Es corredor de inversiones en Los Ángeles.

—¿Así que usted siguió los pasos de papá en su lugar?

«Él no sabía si eso era verdad», pensó Megan mientras miraba la noche, y el frío entraba por la ventana. Había comenzado a nevar suavemente, con finos copos que caían de las nubes, brillando como lentejuelas bajo las luces de la calle. Ella había pasado gran parte de su vida siguiendo a su padre como una sombra, desconocida, inadvertida. Que triste y estúpido ciclo de vida.

Por el rabillo del ojo podía ver a Mitch con la corbata floja, los dos primeros botones de la camisa abiertos, las mangas levantadas, los musculosos antebrazos descubiertos. La pose era distendida, sin

embargo había una cierta tensión en los hombros. Su expresión era pensativa, expectante, sus ojos oscuros la estudiaban, esperaban…

—Me gusta el trabajo. Es adecuado para mí.

«Es adecuado para la imagen que ella presenta al mundo», pensó Mitch. Dura, tenaz, profesional. Era adecuado para la imagen que trataba de presentarle a él. Tendría que haberla aceptado al pie de la letra. Ella ya era un problema por ser la primera mujer policía que el Departamento había enviado al distrito rural de Minnesota. No necesitaba mirar con más profundidad. No necesitaba comprenderla.

Aun así, se acercó a ella, lo suficiente como para sentir el campo eléctrico que se producía entre ellos, lo suficiente como para que ella entrecerrara los ojos en señal de sutil advertencia. Pero Megan no se alejó. No lo haría. Probablemente era un tonto al permitir que eso lo complaciera, pero al parecer no tenía nada que decir al respecto. Su respuesta hacia ella era elemental, instintiva. Ella era un desafío. Mitch quería romper esa dura fachada. Deseaba… y eso le sorprendió. No había deseado a otra mujer desde Allison. Había *necesitado* y sucumbido ante esa necesidad, pero no había *deseado*. Se sorprendió al desear ahora, al desearla.

—Sí, el trabajo le sienta bien —murmuró Mitch—. Es usted una galleta dura, O'Malley.

Megan levantó el mentón, sin sacarle los ojos de encima.

—No lo olvide, jefe.

Él estaba demasiado cerca. Otra vez. Tan cerca que podía verle la sombra de la barba incipiente en la tensa mandíbula. Tan cerca que una parte temeraria de ella deseaba levantar una mano y tocarlo… y tocar esa cicatriz en el mentón… y tocar la línea de su boca… Tan cerca que podía ver en la profundidad de sus ojos castaños que éstos habían visto muchas cosas y no todas buenas. El corazón se le aceleró un poco.

—Tenemos un caso para trabajar —le recordó Megan. Él levantó una mano y le colocó un dedo sobre la boca.

—Diez minutos —susurró, levantándole el mentón con el pulgar —. Nada del caso —se inclinó y con sus labios tocó los de ella—. Sólo esto.

Le separó los labios y deslizó su lengua entre ellos, dentro de ella, como si tuviera todos los derechos; entrando y saliendo lentamente, con un ritmo primario e inconfundible; carnal. Ella se dejó llevar por sus brazos y le respondió con ansias.

Mitch le deslizó las manos por la espalda y la abrazó con fuerza, apretándola contra su cuerpo. Durante este instante no hubo más que deseo entre ellos. Simple. Intenso. Ardiente. El cuerpo de Mitch estaba caliente, tenso; músculos y deseo, innegablemente masculino. Y ella se estaba derritiendo contra él.

La tomó de la cintura y la sentó fácilmente sobre la encimera. Ella separó las rodillas y rodeó con las suyas las piernas de él cuando se acercó más. Cuando volvió a besarla, Megan le acarició el pelo, y los músculos del cuello y los hombros. Él tomó su rostro con las manos y la besó con más fuerza. La hebilla cayó en la pileta y el cabello le cayó sobre los hombros como una cortina de ébano, que él acarició y peinó hacia atrás.

Aunque el aire frío de la noche entraba por la ventana, el calor que los rodeaba se había hecho más intenso. La espalda de su camisa estaba empapada por ese calor. El aliento de sus pulmones quemaba. Una gota de transpiración caía por el cuello de Megan. Él la secó con sus labios. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió los nudillos sobre el pecho mientras él le desabotonaba la camisa. Luego la franela cayó de sus hombros y la boca de él estaba sobre sus pechos.

Ella gimió cuando él tomó el pezón entre sus labios y lo acarició con la lengua. El deseo la devoraba. Y la golpeó de vuelta a la cordura.

Mitch lo advirtió en ese instante. Oyó su respiración agitada, sintió la rigidez de los músculos de su espalda entre sus manos. Y agradeció a Dios que ella tuviera un mejor sistema de alarma que él,

de no ser así antes de que pasaran cinco minutos la habría penetrado allí mismo sin esperar la comodidad de una cama ni ninguna otra consideración. La deseaba intensamente y por razones que no podía explicar. El deseo lo atravesaba, palpitando violentamente en su ingle.

Él levantó lentamente la cabeza y la miró a los ojos. Luego le cerró lentamente la camisa sobre los pequeños pechos y los dejó allí.

—¿Está segura de que no reconsiderará la oferta de una cama? —le preguntó con voz ronca.

—Estoy segura —susurró Megan.

Dejó que ella se deslizara de la encimera, pero la aprisionó entre sus piernas. Se inclinó, la besó suavemente en la frente y la acercó a él presionando su erección contra el vientre de Megan, haciéndole saber lo que quena, lo que ella le había hecho.

Megan tembló al sentirlo contra ella, al pensar en los dos desnudos en la habitación de al lado. Tembló por el dolor del deseo y por las consecuencias que ese deseo podía ocasionar. Él podía arruinarla, arruinar la carrera por la que había trabajado tan duro. Y aun sabiendo eso, lo deseaba. El viento frío entró por la ventana abierta tras ella y heló la transpiración de su piel.

—No es que no sea tentador —admitió con toda la frialdad que pudo, mientras unos nudillos golpeaban la puerta del apartamento y el olor a *pizza* llegaba hasta ellos—. Pero terminaron nuestros diez minutos.

21:16 —10° C

Paul se sentó en el sillón de ejecutivo atrás del escritorio. Más allá de la luz de la lámpara su oficina estaba a oscuras. El estudio contable de Christianson y Kirkwood alquilaba una planta en el Omni Complex, un renombrado edificio de dos plantas que también albergaba una inmobiliaria, una agencia de seguros y oficinas de abogados.

La idea laceraba a Paul como una cuchilla afilada.

Su familia estaba despedazada. Incluso la noche anterior, una vez más, había saltado en trozos. Por culpa de Hannah. La gran doctora Garrison, la salvadora de masas. La favorita del pueblo. El modelo de la condición femenina. Como era egoísta y valoraba más su trabajo que su matrimonio toda la estructura de su vida familiar se había roto. Por su culpa no deseaba volver cada día a casa. Por su culpa tenía un amorío. Por su culpa Josh ya no estaba.

Horas después de haber regresado de la búsqueda, aún tenía las manos y los pies helados. La adrenalina continuaba descargándose en todo su cuerpo e hizo que se levantara de la silla para caminar de un lado a otro. Las escenas se sucedían en su mente. Los voluntarios, cientos de ellos, avanzando por la nieve que les llegaba a las rodillas, al aire las nubes de vapor de sus alientos, galvanizados por la tensión. El ruido de los rotores de los helicópteros. Los ladridos de los perros de policía. El movimiento de las cámaras y los ruidos de los equipos de audio. El brillo de las luces. La urgencia de las preguntas de los reporteros.

—Señor Kirkwood, ¿puede hacernos algún comentario?

—Señor Kirkwood, ¿desea formular alguna declaración?

—Sólo quiero que regrese mi hijo. Haría cualquier cosa… Daría cualquier cosa para que mi hijo regrese.

Parecía irreal. Como si la vida se hubiera salido de sincronización. Como si esta existencia fuera una imagen reflejada de la realidad, llena de sombras y relieves agudos. Se sentía inquieto, incómodo. Él era un hombre que necesitaba orden, un orden absoluto. El orden se había ido al diablo.

—Paul, siéntate. Necesitas descansar.

La voz llegaba desde las sombras. Casi se había olvidado de ella. Lo había seguido después de la vigilia de oración, cuidándose de no entrar al edificio atrás de él. Ésa era una de las cosas que más le gustaban de ella: su sentido de la discreción, su sensibilidad ante sus necesidades. Trabajaba como secretaria a tiempo parcial en la oficina de Agricultura del Estado. No era una carrera, sólo un pequeño trabajo por un dinero para los pequeños gastos. Su esposo enseñaba en el Harris College. Él había perdido interés por ella y el deseo de formar una familia, totalmente inmerso en su trabajo del departamento de psicología. Su trabajo era importante. Su trabajo era esencial. Como el de Hannah.

Paul se sentó en el sillón con respaldo alto y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados sobre los muslos. Ella estuvo junto a él en un instante, apoyada sobre sus piernas y con las manos sobre sus hombros, masajeándole los músculos anudados.

—En el puesto de comando había voluntarios de todas partes —le comentó con suavidad. Ella siempre hablaba con suavidad, en esa forma en que él creía que debía hacerlo una mujer. Paul cerró los ojos y pensó en lo femenina que era y en lo tonto que era su esposo al dejarla de lado—. En mi mesa había una mujer de Pine City y dos de Monticello. Vinieron desde allí para ayudar con los volantes.

—¿Podemos dejar de hablar de esto? —pidió Paul de manera concisa.

Las imágenes se arremolinaban en su mente cada vez más rápido. Los voluntarios, los policías, los reporteros; volantes, boletines, informes policiales; luces, cámaras, acción. Cada vez más rápido. Fuera de control. Se apretó los ojos con los pulgares hasta que los colores le quemaron los párpados.

Volvió a ponerse de pie y se alejó de ella.

—Quizá deberías irte. Necesito estar solo.

—Sólo quiero ayudar, Paul —apoyó su cabeza contra la cadera. Le abrazó las piernas y le acarició los muslos—. Sólo quiero darte un consuelo —lo acarició con más firmeza—. Anoche tenía tantas ganas de estar contigo, de acostarme contigo y abrazarte.

Mientras tanto él había estado acostado desnudo con Hannah en la habitación del extremo del pasillo… Volvió a cerrar los ojos y se la imaginó acercándose a él, se imaginó haciéndole el amor en su propia cama mientras Hannah miraba desde un rincón. La vergüenza y el deseo se retorcieron en su interior, una mezcla amarga y potente, al tiempo que se volvía para mirarla y ella abría su pantalón.

Como siempre comenzó a buscar excusas. Se merecía esto. Tenía derecho a unos minutos de liberación. Cerró los ojos y se dejó llevar por el momento. Enredó las manos en su pelo rubio ceniza, mientras movía la cadera ajustando su ritmo al de ella. Se dejó llevar por el placer durante unos instantes. Luego llegó el repentino final y todo había terminado, y el sentimiento de justificación se convirtió en algo sucio.

No la acompañó hasta la puerta. No le dijo que la amaba. Dejó que supusiera que el dolor lo había atrapado otra vez, fue hasta la estrecha ventana detrás de su escritorio y miró hacia la zona de aparcamiento. Oyó que se cerraba la puerta de su oficina, luego la del pasillo. Automáticamente, miró el reloj para saber cuándo habrían pasado diez minutos y así poder salir.

Libre.

De alguna manera, esta noche no creía que iba a sentirse libre. En un rincón oscuro de su mente, donde se agitaban los temores primitivos, se preguntaba si volvería a sentirse libre. Observó a Karen Wright que subía a su Honda, tomaba por Omni Parkway y desaparecía en la oscuridad, mientras las luces traseras brillaban como un par de ojos demoníacos.

Se volvió lentamente y regresó a su escritorio, observando el contestador automático que recibía todas las llamadas de su línea personal. Sintió un sudor frío en todo el cuerpo. Las imágenes del día giraban locamente en su cabeza, haciéndolo sentir aturdido. Sintió un calambre en el estómago, el dedo le tembló cuando apretó la tecla de escucha de los mensajes. Las piernas se le aflojaron. Se sentó en el sillón, tomándose la cabeza con las manos, mientras el aparato decía:

«Papá, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá llegará tarde y quiero irme a casa».

12
Día 2
21:43 -10°C

Revisaron las cosas personales de Josh con la música de Phil Collins de fondo. Aquí estaban los dibujos y garabatos de Josh y, ciertamente, ésas no eran cosas hechas para que los extraños manosearan ni escudriñaran. Megan dejó que esto le resbalara como la lluvia sobre un cristal, y se concentró en algo que pudiera indicar infelicidad o temor o desagrado por un adulto.

Había dibujos detallados de coches de carreras y notas lamentándose por la tenacidad de una niña llamada Kate Murphy que se había propuesto que Josh fuera su novio. Le atraía su maestra. Brian Hiatt y Matt Connor eran sus mejores amigos… Los Tres Amigos. Había comentarios sobre *hockey* y una página con una caricatura de Olie Swain, que se podía reconocer por la mancha que llevaba de nacimiento. Junto al dibujo Josh había escrito: *Los niños molestan a Olie, pero es inútil. No puede cambiar su aspecto*.

Sabía que sus padres tenían problemas. Había un dibujo de su madre, con un estetoscopio colgando del cuello, que estaba mirando hacia un costado, y uno de su padre, con el rostro serio, mirando hacia el otro. Una gran nube negra pendía sobre sus cabezas y dejaba caer gotas de lluvia del tamaño de balas. Al pie de la página había escrito *Papá está loco. Mamá está triste. Yo me siento mal*.

Megan dio vuelta la página y se frotó la cara con las manos.

Mitch miró sin parpadear la nota que el secuestrador había pegado en la última página del cuaderno. Se parecía a la que había dejado en la mochila. Una copia láser en un papel de oficina barato.

Tengo una pequeña pena, he nacido de un pequeño
PECADO
la ignorancia no es inocencia sino PECADO.

PECADO. Ésta era la segunda referencia al pecado. Josh había sido monaguillo en St. Elysius. Él habría ido a su clase de religión el miércoles a la noche de no haber desaparecido. Alguien ya había interrogado a su profesor, preguntándole si había recibido alguna llamada diciendo que Josh llegaría tarde o faltaría, haciéndole todas las preguntas que se le habían hecho a los adultos que habitualmente estaban en contacto con Josh. Pero había otras personas relacionadas con la iglesia, algunos cientos de feligreses, por ejemplo. O podría ser que el secuestrador no tuviera nada que ver con St. Elysius; podía pertenecer a cualquiera de las ocho Iglesias de Deer Lake… o a ninguna.

La radiollamada de Mitch comenzó a sonar, entonces dejó una porción de *pizza* a medio comer sobre la caja de cartón mientras se ponía de pie. Sin prestar atención a la grasa de sus dedos, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó el teléfono portátil.

—Andy, ¿qué sucede? —preguntó mirando a Megan. Ella se levantó de la silla lentamente, como si algún movimiento repentino pudiera arruinar las probabilidades de una buena noticia.

—¡Tenemos un testigo! —La emoción del sargento retumbó en el aire—. Ella vive cerca del patinódromo. Cree que vio a Josh anoche. Dice que lo vio subir a un coche.

—Bueno, pero ¿por qué tardó tanto en llamar? —Gruñó Mitch—. ¿Por qué nadie habló con ella anoche?

—No lo sé, jefe. Viene para aquí. Pensé que también le gustaría estar.

—Llegaré enseguida —cortó mientras continuaba mirando a Megan—. Si hay un Dios en el cielo, tendremos un respiro.

21:45 -10°C

—Mitch, me siento tan mal por esto.

Las luces fluorescentes del salón de conferencias caían sobre Helen Black, dándole un aspecto fantasmagórico, apropiado a las circunstancias. Helen tenía cuarenta y tres años, era divorciada y estaba bien conservada, según sus palabras, por la tortura combinada de la gimnasia, Elizabeth Arden y SlimFast. Con una luz más adecuada era una mujer bastante atractiva, pero esta noche las arrugas de la tensión eran demasiado evidentes alrededor de sus ojos y de su boca; el rubio que había elegido en el salón de Rocco Altobelli sólo acentuaba su palidez.

Helen tenía un estudio fotográfico en la primera planta de un edificio rehabilitado del centro del pueblo. Había tomado la fotografía de Mitch y Jessie que estaba sobre el escritorio de su oficina. Tenía el talento de capturar la personalidad de los sujetos que le llevaban trabajo desde varios kilómetros a la redonda. Exitosa y sola, Helen era una de las muchas mujeres a la que los amigos de Mitch habían tratado de acercarle durante los últimos dos años.

—Estaba preparándome para ir a las Cities. Wes Riker, tu amigo, el de la galería de arte de Bumsville, me invitó a ver *Miss Saigon*. Estaba corriendo por la casa como una gallina sin cabeza, cuando miré por la ventana de adelante…

—¿Qué hora era? —le preguntó Megan, con un bolígrafo apoyado sobre un anotador.

Ella estaba sentada frente a Helen Black. Russ Steiger había puesto una silla de plástico a la izquierda de Megan y apoyaba una de sus pesadas botas de invierno sobre ella. La nieve y el barro se iban derritiendo y caían en la parte más profunda del asiento. Mitch estaba sentado junto a la testigo, con la silla inclinada para mirarle el rostro. Él también tenía un anotador y un lápiz, pero no los había levantado de la mesa. Su atención estaba concentrada en Helen Black.

—No podría decirlo con exactitud. Tiene que haber sido antes de la siete y más tarde de la hora en que vienen a buscar a los niños, no me habría llamado la atención. No pensé que fuera extraño. Sólo lo recuerdo porque pensé «aquí llega alguien que está atrasado como yo».

—¿Podría jurar que era el niño de los Kirkwood? —le preguntó Steiger.

Parecía más acongojada, frunció el entrecejo y se le marcó un surco en la frente.

—No, no estaba prestando tanta atención. Sé que tenía un gorro de lana de colorines. Sé que era el único niño que estaba en la calle —se le llenaron los ojos de lágrimas. Apretó un pañuelo descartable que tenía en el puño, pero no lo usó—. Si hubiera sabido… ¡Pobre niño! Y Hannah… debe de estar enloqueciendo…

Apoyó un puño contra su boca y le cayeron más lágrimas. Mitch le tomó la otra mano, que estaba apoyada sobre la mesa.

—Helen, no fue tu culpa…

—Si hubiera pensado… si hubiera prestado más atención… si hubiera llamado a alguien…

Steiger masticaba un mondadientes sin moverse. Miró a Megan y se detuvo en la hendidura entre los pechos. Megan le devolvió la mirada resistiendo el deseo de abotonarse la camisa hasta el cuello.

—Hubiera sido mejor haber oído esto hace veinticuatro horas —murmuró.

—¡Lo lamento tanto! —exclamó disculpándose con Mitch—. No lo pensé. Fui a Minneapolis a ver la obra y me quedé para hacer unas compras. Pasé todo el día en el Mall of America. No oí nada sobre Josh hasta que llegué a casa esta noche. ¡Dios mío, si hubiera sabido!

Mientras tapaba su cara con las manos y sollozaba, Mitch miró con severidad al alguacil.

—Helen —le dijo palmeándole el hombro—. No tenías razón para pensar que algo andaba mal. ¿Qué recuerdas sobre el vehículo?

Se limpió la nariz con el pañuelo desintegrado.

—Era una furgoneta. Eso es todo. Ya me conoces… no distingo un coche de otro.

—Bueno, ¿era grande? —le preguntó Steiger con impaciencia. Bajó el pie de la silla y se paseó como un *doberman* con la correa corta—. ¿Era una camioneta cerrada o una abierta? ¿Cómo era?

Helen negó con la cabeza.

Megan se tragó una sugerencia para que el alguacil se alejara e intentara lo que anatómicamente era imposible y dejara que Mitch y ella continuaran la entrevista.

—Intentémoslo de otra manera, señora Black. ¿Recuerda si la camioneta era clara u oscura?

—Mmmm… era clara. Color canela o quizá gris claro. Podría haber sido blanco sucio. La luz del aparcamiento distorsiona los colores.

—Muy bien —le dijo Megan anotando Color: claro—. ¿Tenía ventanillas… como una camioneta pequeña o una con puertas corredizas?

—No, no tenía ventanillas grandes. Quizá tenía ventanillas pequeñas en la parte trasera. No estoy segura.

—Está bien. Mucha gente no sabe si tiene ventanillas traseras en su propia camioneta, mucho menos en las de los demás.

Helen hizo un mohín.

—Mi ex era un loco por los coches —le confesó con una mirada de mujer a mujer—. Recordaba el día en que el odómetro de su cuatro por cuatro pasó los 100 000 kilómetros. No recordaba nuestro aniversario, pero recordaba con minutos y segundos cuánto hacía que había cambiado el aceite a su precioso Corvette. A mí lo único que me interesa de un vehículo es si es capaz de llevarme donde tengo que ir.

—Y si tiene calefacción —agregó Megan, obteniendo otra sonrisa llorosa.

Helen se echó hacia atrás unos mechones de pelo, visiblemente más tranquila.

—No era la clase de camioneta con la que me gustaría andar por el pueblo. Era como la de un plomero.

Steiger frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

—Sé exactamente a qué se refiere —dijo Megan y anotó camioneta cerrada—. ¿Un plomero descuidado o cuidadoso?

—Descuidado. Parecía muy vieja. Descuidada o quizás algo oxidada —vaciló durante un momento—. Plomero —murmuró—. Saben, no sabía por qué había dicho plomero, pero ahora que lo pienso se parecía a la camioneta de Dean Eberheardt. Vino a arreglarme la ducha y dejó barro por toda la casa. Recuerdo que lo observé cuando se iba y pensé «Dios mío, esa camioneta debe de ser una pocilga».

—¿Está diciendo que Dean Eberheardt es el secuestrador? —preguntó Steiger con incredulidad.

—¡No! —exclamó Helen horrorizada por la conclusión.

Megan apretó los dientes y miró a Mitch.

—Es una Ford Econoline, de principios de los ochenta —dijo Mitch ignorando al alguacil—. Dean estuvo con la pileta de mi cocina. Tuvimos que usar una botella entera de *Mr*. Clean para limpiar el suelo.

—¿Pariente suyo, alguacil? —murmuró Megan, mientras se ponía de pie con el anotador en la mano. Le indicó a Steiger que mirara la suciedad que había dejado sobre la silla.

—¿Observaste alguna otra cosa, Helen? —le preguntó Mitch—. ¿Algo que te haya llamado la atención o que recuerdes por alguna razón?

—La matrícula, por ejemplo —gruñó Steiger.

Helen lo miró con disgusto.

—Hubiera necesitado binoculares. No sé usted, alguacil, pero yo no los tengo a mano en la sala.

—Transmitiré esto de inmediato —le dijo Megan a Mitch—. Muchas gracias, señora Black. Ha sido una enorme ayuda.

Los ojos de Helen volvieron a inundarse de lágrimas.

—Ojalá hubiera podido ayudar antes. Espero que no sea demasiado tarde.

«Eso es lo que todo el mundo espera», pensó Megan mientras salía al pasillo y se encaminaba a su oficina. El boletín tenía que llegar al cuartel del DCC por teletipo. Desde allí la información saldría de inmediato a todas las agencias de Minnesota y a los estados cercanos.

—¿Qué va a poner en el boletín? —preguntó Steiger, caminando junto a ella—. ¿Alguien vio a un niño que subió a una camioneta que parecía la de un plomero?

—Es más de lo que teníamos hace una hora.

—Es mierda.

Megan se enfureció.

—¿Eso cree? Ya envié un boletín de los incidentes más recientes en los que estuvieron involucrados los posibles secuestradores conocidos en una zona de cien kilómetros. Si alguno de ellos conduce una camioneta descolorida y vieja, tenemos un sospechoso. ¿Ustedes qué tienen, alguacil?

Indigestión, si su expresión se ajustaba a la realidad. La miró con el entrecejo fruncido, el rostro surcado de líneas como un mapa de

rutas, la nariz tan aguileña que parecía una espada que le sobresalía del rostro delgado. Tomó el hombro de Megan y la detuvo. La iluminación de arriba de su cabeza hacía brillar el pelo negro y aceitoso.

—Se cree muy lista, ¿verdad?

—¿Es una pregunta retórica o desea ver mis diplomas?

—Puede usar esa boca tan lista en las Cities, pero no funcionará aquí, querida. Tenemos nuestros propios modos de hacer las cosas…

—Sí, observé su estilo en el salón de conferencias. Fastidiando hasta hacer llorar a una testigo que cooperaba. ¿Qué haría en otro caso similar… golpear con una porra de goma a los amigos de Josh?

Los ojos de Steiger ardían encolerizados, y levantó un dedo en señal de advertencia.

—Escuche…

—No. Usted escuche, alguacil —le dijo Megan, golpeándole el pecho con el dedo índice, y alejándolo así un paso hacia atrás—. Todos hemos estado trabajando contra reloj y estamos muy nerviosos, pero ésa no es excusa para la forma en que trató a Helen Black. Ella nos dio una pista, ahora usted quiere descartarla porque no deletrea el nombre del desgraciado en letras mayúsculas…

—Y usted va a resolver el caso con eso —replicó Steiger con desprecio.

—Trataré de hacerlo, y será mejor que usted también lo haga. Esta investigación es un esfuerzo cooperativo. Le sugiero que busque «cooperativo» en el diccionario, alguacil. Al parecer desconoce el concepto.

—Dentro de un mes estará fuera de aquí —gruñó Steiger.

—No cuente con eso. Hay mucha gente que apostó a que no conseguiría este trabajo. Les voy a hacer comer sus palabras. Me sentiría más que feliz si puedo agregar su nombre en la lista.

Se volvió para marcharse, sabiendo que Steiger se estaba convirtiendo en su enemigo. Pero aún se volvió hacia él otra vez para un último disparo.

—Y otra cosa, Steiger… Yo no soy su querida.

22:58 -10°C

La imagen desagradable de las facciones de Olie Swain flotaba en la mente de Mitch como un duende salido de un mal sueño, mientras salía del área de aparcamiento. Olie Swain conducía una camioneta Chevy 1983 golpeada y oxidada; que alguna vez había sido blanca. Olie, que era extraño para los patrones de todos. Olie, que tenía acceso a casi todos los niños del pueblo. Olie, acerca de quien Mitch había jurado que era inofensivo.

—Esto debe ser muy difícil para ti —le dijo Helen con suavidad.

Mitch la miró allí sentada en el asiento del acompañante, con su chaqueta de leopardo sintético. La chaqueta hacía juego con su sentido del humor, pero no había señales de ese humor en su expresión. Había compasión, algo que Mitch había visto lo suficiente como para toda su vida.

—Es duro para todos —le respondió—. Quizá podrías llamar a Hannah. Ella realmente está sufriendo. Se culpa a sí misma.

—Pobre niña —Helen llamaba «niño» a cualquiera que fuera un mes más joven que ella—. Las madres ya no pueden cometer errores. Una generación atrás todos creían que enderezarían a sus hijos. Ahora tienen que ser La Mujer Maravilla —su tono se endureció—. Supongo que Paul no sentirá la carga de la culpa.

—Él estaba trabajando. A Hannah le tocaba pasar a buscar a Josh.

—Mmmm. Paul se salvó por la gracia de Dios.

Mitch volvió a mirar a Helen. Ella tenía los labios tensos.

—Tú y Paul no se llevan bien, ¿verdad?

—Paul es un burro.

—¿Por alguna razón en particular?

Helen no respondió. Mitch lo dejó pasar.

—Helen, ¿podrías mirar algunas camionetas y decirme si alguna se parece a la que viste anoche? Para que pueda tener una descripción adecuada.

—Por supuesto.

Se dirigieron hasta un vendedor de coches usados del lado este del pueblo, donde las banderas y animales gigantes inflables atraían a la gente para que saliera de la autopista interestatal a comprar un automóvil diferente. En Dealin's Swede, Helen señaló una camioneta Dodge gris y dijo «como ésta, pero no igual». En el camino de regreso al pueblo, Mitch aminoró la marcha junto a varias furgonetas aparcadas, dándole la oportunidad de mirar una cierta cantidad de vehículos. Cuando llegaron a la calle donde vivía Helen, pasó por la casa y fue directamente a la zona de aparcamiento del patinódromo. Se detuvo a unos diez metros de la camioneta de Olie, sin decir nada.

Helen frunció el entrecejo. Se mordió el labio inferior. A Mitch se le hizo un nudo en el estómago.

—Muy parecida a ésta —le dijo lentamente.

—¿Pero no como ésta?

Ella giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro como si pudiera aflojar algún recuerdo.

—No lo creo. Algo es diferente… el color o el modelo… pero se le parece… no lo sé —Helen lo miró, sacudiendo la cabeza, con una expresión de justificación—. Lo lamento, Mitch. La vi sólo unos segundos. Ojalá pudiera decir que era exactamente como ésta, pero no puedo.

—Está bien —murmuró él, mientras conducía de regreso a la casa de Helen—. ¿Te has divertido en el cine? —le preguntó, mientras ella levantaba el bolso del suelo.

—Sí —respondió ella con una pequeña sonrisa—. Wes es simpático. Gracias por presentarnos. Eres un buen muchacho, Mitch.

—Ése soy yo… el último de los buenos muchachos.

El rótulo le pareció irónico. Sí, él era un gran tipo… desviaba el interés de las mujeres hacia sus amigos, y así no tenía que lidiar con ellas.

Esta noche no has eludido a Megan, ¿verdad, Holt?

El recuerdo del calor y la suavidad y el aliento frío por el aire de la noche volvió a su mente. El sabor de la dulzura. Era extraño que alguien con una lengua tan agria como la de ella, fuera tan dulce. Ella era la que había retrocedido. Si por él fuera habrían ido más allá del punto sin retorno.

—Tu sentido de la oportunidad apesta, Mitch —susurró mirando al sur. En la siguiente esquina giró al este y continuó por la calle que pasaba por atrás del patinódromo.

El caso les demandaba todas sus energías. Y él sería el que daría rodeos cuando Megan averiguara que Olie conducía una camioneta, y que él había ido a la casa de Olie sin ella. Ella ya tenía sospechas de Olie. Saltaría sobre esta conexión de la camioneta como una loba sobre un conejo… y arrastraría a Olie en el proceso. Mitch sabía que Olie se sentía incómodo aun con las mujeres más inofensivas. Mitch no podría soportar tener que encerrar a Olie si tenía algo que ver con la desaparición de Josh.

La casa de Olie era una cochera reformada en la última propiedad de la manzana. La casa principal de la parcela pertenecía a Osear Rudd, que coleccionaba Saabs y los aparcaba en cada lugar libre del patio y de la calle, violando tres ordenanzas del pueblo, y no le dejaba sitio a Olie para que aparcara su camioneta. Olie la dejaba en el aparcamiento del patinódromo e iba andando de un sitio a otro, atravesando la nieve, el barro… o lo que la estación del año le echara entre su casa y la pista.

Al igual que la casa principal, la cochera estaba cubierta con papel de asfalto imitando ladrillos. No engañaba a nadie. Una

chimenea salía por uno de los ángulos del techo y permitía la salida del humo de la cocina de leña, la única fuente de calor. Una luz brillaba a través de la única ventana lateral de la construcción. Mitch oyó el parloteo de un televisor mientras se acercaba a la puerta por el sendero. *Letterman*. Nunca hubiera pensado que Olie tenía sentido del humor. Golpeó y esperó. La televisión quedó muda. Volvió a golpear.

—Olie, soy el jefe Holt.

—¿Qué quiere?

—Sólo hablar. Tienes que contestar un par de preguntas.

La puerta se abrió y apareció el feo rostro de Olie.

—¿Preguntas sobre qué?

—Diferentes cosas. ¿Puedo pasar? Hace frío aquí afuera.

Olie dejó libre la puerta. No le gustaba que la gente viniera a este lugar. Éste era su refugio, como el viejo cobertizo en el que se escondía cuando era un niño. El cobertizo se encontraba en un lugar abandonado, cerca de su casa, en las afueras del pueblo, donde vivía la gente despreciable. El lugar daba a un parque del pueblo, pero los senderos estaban cubiertos de plantas y hierbas, y nadie se acercaba a él. Olie hacía como que el cobertizo era de él, su lugar para esconderse y evitar que lo golpearan y se refugiaba en él después de hacer algo malo. En el cobertizo se sentía seguro.

Él habrá transferido ese sentimiento de seguridad a este lugar. La cochera era pequeña y oscura. Una cueva. La había llenado con sus libros y las cosas que compraba en los negocios que vendían chatarra. No invitaba a pasar a nadie, pero no podía decirle que no al jefe de policía. Retrocedió hasta su escritorio improvisado y acarició la parte superior de la pantalla de su ordenador, como si fuera un gato.

Mitch tuvo que agacharse un poco para pasar por la puerta. Entró a los dominios de Olie con una mirada indiferente. Sólo había una habitación. Una habitación oscura, fría, con una alfombra azul sucia que cubría el suelo de hormigón. La cocina consistía en un

viejo refrigerador y una cocina eléctrica portátil color verde olivo. El baño era un rincón definido por un par de cortinas desiguales que colgaban de un alambre. Las cortinas dejaban ver una ducha de hojalata.

—Me gusta tu casa, Olie.

Olie no dijo nada. Tenía la misma chaqueta de aviador verde, el mismo jersey oscuro de lana, y los mismos mitones que llevaba la noche anterior. Mitch se preguntó si se cambiaría la ropa en todo el invierno. En ese sentido también pensó si alguna vez habría usado la ducha. El lugar olía a pies sucios.

Buscó un sitio donde sentarse, pero prefirió apoyarse contra un viejo sillón. Había libros por todos lados. Estantes y más estantes con libros. Pilas y más pilas de libros. Todos los muebles que había sólo parecían servir como un lugar más para apilar libros. Los sitios que no tenían libros estaban ocupados por computadoras. Mitch contó cinco.

—¿Dónde conseguiste todas las computadoras, Olie?

—En varios lugares. En las Cities, Los comercios las tiran porque son antiguas. No las robé.

—No pensé que lo hubieras hecho. Sólo trataba de conversar un poco, Olie —le dijo Mitch con una sonrisa—. ¿Los comercios las tiran? Eso es un buen negocio. ¿Cómo te arreglas con todo esto?

Olie se sentó en su silla, y con el ojo que tenía sano miraba la pantalla de la computadora y luego a Mitch y luego la pantalla… El ojo de vidrio continuó mirando a Mitch.

—El profesor Priest —extendió la mano para apretar una tecla—. Él me deja estar en algunas clases.

—Es un buen tipo.

Olie no hizo ningún comentario. Apretó otra tecla y la pantalla quedó en blanco.

—¿Y qué haces con todas estas máquinas?

—Nada importante.

Mitch volvió a sonreír y suspiró. Este Olie, un maestro de la conversación.

—Bueno, Olie, ¿trabajaste esta noche?

—Sí.

—¿Algo nuevo en la pista a las cinco y media?

—El club de esquí.

—Practicando para el gran *show* del domingo, supongo.

Olie lo tomó como una afirmación retórica.

—Quiero hacerte un par de preguntas sobre anoche —le dijo Mitch.

—No encontraron al niño.

Parecía una afirmación más que una pregunta. Mitch lo observó cuidadosamente, con una expresión impasible.

—Aún no, pero estamos trabajando realmente muy duro. Tenemos un par de pistas. ¿Pensaste en algo que pudiera ayudarnos?

Olie miró el teclado con su ojo sano. Sacó una hilacha de una de las teclas.

—Alguien cree que anoche vio subir a Josh a una camioneta. Una camioneta parecida a la tuya… vieja, color claro. No viste ninguna camioneta como ésa, ¿verdad?

—No.

—No le prestaste la camioneta a nadie, ¿verdad?

—No.

—¿Dejas las llaves en ella?

—No.

Mitch tomó un libro de la pila del asiento del sillón y miró la tapa. *Historia de los irlandeses*. Se preguntó si Olie sería irlandés o sólo curioso. Siempre consideró a Olie bastante misterioso.

Olie se puso de pie.

—No era mi camioneta.

—Pero tú estabas en la pista —replicó Mitch. Dejó el libro y se puso las manos en los bolsillos del abrigo—. Pasando la Zamboni,

¿verdad? Quizás alguien usó tu camioneta sin avisarte.

—No. No podrían.

—Bueno… —Mitch se alejó del sillón—. La gente hace cosas extrañas, Olie. Para estar seguros, tendríamos que echarle un vistazo por dentro. ¿Podrías mostrármela?

—No tiene una orden —Olie se arrepintió de inmediato de sus palabras.

La mirada de Mitch Holt se hizo penetrante, como si fuera a apuntar con un arma.

—¿Debería tener una, Olie? —Esa voz suave y sedosa le levantó los cabellos de la nuca a Olie.

—¡No sé nada! —exclamó Olie, golpeando una pila de libros que había sobre una mesa de televisor. Los libros cayeron al suelo y parecían ladrillos al golpear el suelo de hormigón—. ¡Yo no hice nada!

Mitch observó la reacción con cara de piedra, sin demostrar la tensión que sentía en su interior.

—Entonces no tienes nada que esconder.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Si Olie consentía en revisar el vehículo ahora y surgía algo, ¿descartaría más tarde un juez la prueba por no haber tenido una orden y haber obtenido el consentimiento por compulsión? Sin una identificación positiva del vehículo, Mitch no tenía una razón suficiente para obtener una orden, y dudaba de poder convencer a Olie de que firmara un consentimiento. Malditos tecnicismos. Lo que tenía era un niño perdido y la necesidad de encontrarlo que superaban ampliamente las necesidades de las Cortes.

Si Olie lo dejaba inspeccionar y veía algo en la camioneta, podía hacer que la remolcaran aduciendo que el aparcamiento nocturno no estaba técnicamente permitido en el área de aparcamiento del Gordie Knutson Memorial Arena. Al incautar el vehículo podrían inventariar su contenido, y si había algo sospechoso en el inventario podrían pedir una orden para retenerla como prueba de un delito.

Muy bien. Tenía un plan. Tenía las espaldas cubiertas. El siguiente movimiento era de Olie.

Olie lo miró, su pequeña boca parecía un nudo. La mancha de nacimiento que tenía en la frente se le había oscurecido, y el resto del rostro estaba más pálido. Le temblaban las manos cuando levantó un dedo y señaló a Mitch.

—No tengo nada que esconder.

El ojo que miraba desafiante a Mitch era el de vidrio; el otro desvió su mirada.

www
Registro diario
Día 2

No hacen más que dar vueltas.
¿Encontrarán a Josh? No lo creemos.

13
Día 3
5:51 - 9°C

Megan se quedó dormida y tuvo oscuros sueños sensuales con Harrison Ford. Mientras abría lentamente los ojos, los sentimientos se prolongaban… sensaciones prohibidas y una pesada sensación de placer; culpa y gratificción; el sabor del beso de Mitch Holt, la sensación de sus manos acariciándole el cuerpo, la sensación de su boca en los pechos…

Observó las grietas en el yeso del techo. La luz del amanecer entraba en la habitación a través de las finas cortinas, envolviendo todo en sombras grisáceas, como en un sueño. Se quedó bajo las sábanas y el cobertor que estaban enredados, el corazón le latía lentamente, su cuerpo estaba tibio. Sintió a Gannon acurrucado contra ella, acomodado en su lugar preferido: atrás de sus rodillas. Friday estaría en la cocina pidiendo el desayuno.

La mente de Megan vagó por territorios prohibidos, y se preguntó si Mitch habría soñado con su beso, se preguntó si las sensaciones lo envolverían como una nube pesada y sofocante mientras descansaba en su cama.

No era algo muy inteligente. Él debía ser sólo otro policía, alguien con quien ella trabajaba. Pero tenía la sensación de que no había nada simple acerca de Mitch Holt. La fachada de Hombre Rudo

escondía un interior complejo de furia, necesidad y dolor. Había visto esas cosas en los ojos de Mitch, las había probado en su beso, y los misterios escondidos la atraían. Podía resistirse al mero encanto sexual, pero a un misterio… Su mente estaba naturalmente preparada para resolver misterios.

Había un misterio más apremiante que resolver. Al recordarlo, Megan saltó de la cama y fue a la ducha. Dejó que el agua la golpeara para quitarse la sensación de adormecimiento. La cabeza le pesaba como un yunque. Sentía como si le hubiera crecido un abrigo de piel en los ojos. Cinco horas de sueño en dos días no eran suficientes. Podría haber dormido un día entero, pero no podía darse ese lujo, y no lo haría hasta que este caso terminara. Aun después tendría que cumplir con sus deberes. Todas las reuniones con los otros jefes y alguaciles habían sido suspendidas, pero el delito en esos condados y pueblos no se había detenido porque en Deer Lake se produjera uno mayor. Los malvivientes no mantenían un equilibrio de cortesía.

Friday saltó sobre el borde de la vieja bañera y metió la cabeza dentro de la cortina de baño. Tenía una expresión de disgusto en su rostro redondo y negro, sus ojos dorados miraban atentamente a Megan, mientras movía los bigotes blancos con fastidio porque las gotas de agua lo mojaban. Ronroneó quejándose mientras se mesaba los bigotes con la pata.

—Sí, sí, quieres el desayuno. Tú quieres, tú quieres…, ¿y qué hay con lo que yo quiero?

Cuando saltó del borde de la bañera dejó escapar un sonido que indicaba que no estaba interesado en sus necesidades. «Una típica actitud machista», pensó Megan, mientras cerraba el grifo y buscaba una toalla.

Después de vestirse, alimentó a los gatos y se comió una rosquilla. Sentada a la mesa, observó el deprimente desorden de la sala, las cajas sin deshacer o a medio desembalar. No quería pensar en la necesidad de construirse un nidito rodeada de las cosas que

había coleccionado, herencias y recuerdos de otras personas, la falsa sensación de pertenencia y familia que le había adjudicado a las cosas que había comprado en algunos encantes.

Su mente ordenó las tareas en una lista de prioridades, y la revisó una y otra vez tratando de eliminar cosas inútiles. La declaración de Helen Black pasaba por su mente como una cinta de vídeo, y se esforzó por ver algo, escuchar algo que pudiera disparar una idea. No había encontrado nada alentador en los informes que había revisado la noche anterior, su parte de los informes de incidentes recientes y delincuentes conocidos. Pero sus ojos habían claudicado antes de revisar todo. Quizás alguno de sus hombres habría tenido mejor suerte.

Lamió la mermelada de frutilla de sus dedos, tomó el teléfono portátil y marcó el número del puesto de comando.

—Agente Geit. ¿En qué puedo ayudarla?

—Jim, soy Megan. ¿Alguna novedad?

—Nada aún, pero la noticia de la camioneta está circulando por todos lados. Espero que las líneas directas se enciendan como árboles de Navidad dentro de una hora. Probablemente, una de cada tres personas en el estado conoce una camioneta como ésa.

—¿Y las listas? ¿Ha surgido algo?

—Casi, pero no tanto. Tenemos un par de intentos frustrados de robar niños en una camioneta marrón, en Anoka County; un pederasta convicto en New Prague que conduce una furgoneta amarilla…

—Vale la pena investigarlo. ¿Llamaron al jefe de New Prague?

—Aún no llegó, pero llamará en cuanto llegue.

—Bien. Gracias. Voy a ir a hablar con los padres. Llámame si surge algo.

Se secó el cabello y se lo cepilló hacia atrás y se lo recogió en una cola de caballo. El maquillaje se redujo a unos toques de rubor y un poco de rimmel en las pestañas. En el dormitorio revolvió la maleta buscando un pantalón color borgoña con estribos y un

abultado jersey negro. Los gatos se acomodaron sobre las cajas de la sala y observaron cómo se ponía el abrigo y la bufanda.

—Ustedes, muchachos, pueden desembalar las cajas y acomodar todo mientras estoy fuera.

Gannon se acomodó sobre sus patas y cerró los ojos. Fridax la miró y dijo «miau».

—Sí, es mejor así. De cualquier manera no tienen muy buen gusto.

El Lumina comenzó a gruñir, toser y rezongar. En algún lugar del sistema una correa comenzó a chillar como un cerdo cuando intentó poner en marcha la calefacción. El aire que salía era como una brisa del Ártico.

Para distraerse del hecho de que las puntas de los dedos se le estaban entumeciendo y el aire de la nariz se le estaba congelando dentro de la nariz, Megan observó el pueblo mientras circulaba por las calles arboladas de este a oeste. La parte más vieja de Deer Lake se parecía a Beaver Cleaver, cómodas casas familiares, perros que olían a los hombres de nieve construidos por los niños que iban a la escuela en las camionetas escolares. No vio niños caminando hacia la escuela. ¿Era el frío o Josh Kirkwood lo que los mantenía alejados de las calles?

El centro del pueblo parecía un estudio de televisión. La plaza en el centro con sus estatuas de hombres olvidados, los negocios con frentes de imitación de ladrillos, el palacio de justicia con piedra caliza del lugar. El cine-teatro con una marquesina de 1950, donde se anunciaba la proyección de *Filadelfia* a las 7 y a las 21:20, y el viejo Fontaine Hotel, un renovado esplendor Victoriano de cinco plantas.

Al norte y al oeste del centro del pueblo, en los viejos barrios aparecían *hippies* de los sesenta, casas en desnivel de los setenta, y luego los últimos desarrollos de la clase alta, costosas casas híbridas, en lotes de media hectárea o más. Casas seudotudor y seudogeorgianas, cajas con adornos, y casas rústicas de ejecutivos,

como la de los Kirkwood, flanqueadas de un paisaje con cedros, abedules y canto rodado arreglado de manera artificial. Los constructores habían trabajado mucho para que pareciera que las casas estaban allí desde hacía mucho tiempo. Lugares estratégicos, grandes árboles y senderos serpenteantes daban la impresión de reclusión.

La casa de los Kirkwood daba al lago, un espejo helado; aquí y allá se veían cabañas de pescadores. A la mañana temprano parecía desolado. Más allá de la ribera oeste, los edificios del Harris College aparecían como un montículo de setas oscuras entre los árboles sin hojas. Al sur del colegio estaba lo que alguna vez había sido un pueblo llamado Harrisburg. Durante el último siglo había competido con Deer Lake por el comercio y la población, pero Deer Lake había ganado el ferrocarril y el título de distrito cabecera. Harrisburg había declinado y eventualmente fue anexado, y ahora llevaba el sobrenombre de Dinkytown.

Megan aparcó, temblando un poco mientras el motor del Lumina se sacudía antes de quedarse en silencio. Quizá si resolvía este caso el Departamento le daría un coche mejor. Quizá si resolvía este caso habría un niñito jugando en el castillo de nieve a medio terminar del jardín del frente de los Kirkwood. Hannah Garrison salió a la puerta de entrada, ojerosa y delgada. Estaba vestida con ropa suelta y calzas, y aun así de ella surgía un aire de elegancia.

—Agente O'Malley —le dijo con los ojos bien abiertos adelantándose a las posibilidades que representaba la presencia de Megan en la puerta de su casa. Apretó el marco de la puerta con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos—. ¿Encontraron a Josh?

—No, lo lamento, pero podríamos tener una pista. Alguien habría visto a Josh subiendo a una camioneta el miércoles a la noche. ¿Puedo pasar? Me gustaría hablar con usted y con su esposo.

—Sí, por supuesto —Hannah dejó libre el paso—. Voy a llamar a Paul. Iba a salir nuevamente para reunirse con los grupos de

búsqueda.

Megan entró y cerró la puerta. Siguió a Hannah, lo suficientemente alejada como para ser discreta, para observar sin molestar.

En la sala el fuego crujía en la chimenea, encerrada en la habitación tras puertas de cristal para seguridad de la beba, que estaba dormitando sobre el lomo de un enorme perro de tela rellena. En el televisor del armario estaban emitiendo *Today*. Una mujer pequeña, con grandes ojos castaños y pelo rubio ceniza lo silenció con el mando a distancia, y miró a Megan con interés.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó con voz ronca—. Soy Karen Wright, una vecina. Estoy aquí para ayudar a Hannah.

Megan le sonrió a la ligera.

—No, gracias. Necesito hablar con la señora y el señor… con el señor Kirkwood y la doctora Garrison.

Karen hizo una mueca compasiva.

—Extraño, ¿verdad? La vida era más simple cuando estábamos menos liberadas.

Megan emitió un sonido evasivo y se encaminó hacia la cocina, donde Curt McCaskill se estaba sirviendo una taza de café mientras leía el *Star Tribune*. El agente miró hacia arriba con un exagerado gesto de sorpresa.

—Hey, O'Malley, estaba leyendo algo sobre ti. ¿Realmente has desmantelado un prostíbulo cuando eras suplente?

Megan ignoró la pregunta y miró el artículo que estaba desplegado sobre la mesa de la cocina: *Mujer policía lucha contra el crimen y la discriminación sexual*. El autor era Henry Forster.

—¡Oh, Jesús, María y José! ¡Cuando DePalma vea esto se pondrá furioso!

El artículo detallaba sus servicios y su lucha para obtener el trabajo en el Departamento. No había citas directas de ella, pero «fuentes del Departamento» habían hecho varias declaraciones muy duras sobre sus ambiciones. El artículo continuaba con el detalle del

hostigamiento sexual del otoño anterior, en el que ella no se había en absoluto visto involucrada, pero que había convertido la vida en el Departamento en algo muy desagradable para todos durante uno o dos meses. Se habían delineado líneas de batalla entre los sexos, y los resentimientos aún duraban. El artículo de Forster agitaría las cosas en aquel viejo avispero, pero nadie se enfadaría con Forster. Lo harían en cambio con ella.

Gruñó cuando terminó de leer.

—¿Quieres una taza de café? —le preguntó McCaskill.

—No, gracias. Necesito algo más consistente que la cafeína.

—Podría hacer una broma, pero no sería apropiado, teniendo en cuenta las circunstancias.

Megan se rió. Siempre le había agradado Curt. Él tenía sentido del humor, algo muy difícil de encontrar en este mundo.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tenemos una testigo que podría haber visto a Josh subiendo a una camioneta. Quiero hablar con los padres sobre eso. ¿Por aquí no sucedió nada?

La sonrisa desapareció. Curt negó con la cabeza y bajó el tono de su voz a un murmullo confidencial.

—Tengo que decírtelo, treinta y nueve horas y ni una palabra… si hasta ahora no hemos oído nada, es probable que ya no lo hagamos. Lo que tenemos aquí es un secuestro hecho por un degenerado, no es un secuestro para conseguir una recompensa.

Megan no respondió, pero igual sintió el peso de la verdad. El hecho de que no la hubiera verbalizado no significaba que fuera menos verdadera. Respiró profundo tratando de aferrarse a su determinación.

—¿Quieres descansar un poco? Estaré aquí media hora. Se levantó de la silla, tratando de aflojar la tensión de sus hombros.

—Gracias. Me vendrá bien un poco de aire fresco —le tocó el brazo cerca del hombro con el puño—. Lo estás haciendo bien… jovencita.

Ella lo estaba mirando cuando el sonido de las voces agudas que llegaban del otro lado de la puerta de la cocina le llamó la atención. La puerta se abrió y entró Hannah, abrazando su cuerpo para protegerlo del frío que entraba de la cochera. Tenía los labios apretados, y los ojos le brillaban por las lágrimas o la indignación. Paul entró irritado atrás de ella.

Megan sintió un instante de rechazo por Paul Kirkwood y se reprendió por ello. El pobre hombre había perdido a su hijo, tenía todo el derecho de comportarse de la manera que quisiera. Pero había una cierta arrogancia petulante en Paul Kirkwood que no le agradaba.

La miró con una expresión que era más un puchero que un gesto de desaprobación.

—¿Qué es eso de una camioneta?

—Una testigo cree que podría haber visto a Josh subiendo a una vieja camioneta, de color claro, el miércoles a la noche. Quisiera saber si alguno de los dos conoce a alguien con una camioneta que coincida con esa descripción o si han visto alguna recientemente por el barrio.

—¿Tienen el número de matrícula?

—No.

—¿El año y el modelo de la camioneta?

—No.

Paul negó con la cabeza, sin ocultar su impaciencia ante la incompetencia de Megan.

—Le dije a Mitch Holt que ninguno de los dos está aquí tanto tiempo como para observar a algún merodeador. Y si conociéramos a alguien tan enfermo como para robar a nuestro hijo, ¿no cree que lo hubiéramos dicho?

Megan trató de controlarse.

Hannah le sonrió con amargura.

—Paul tiene prisa —dijo con sarcasmo—. No pueden comenzar la búsqueda sin él. Dios no permita que lo retenga algo tan trivial como

una pista…

Paul la miró con disgusto.

—Alguien cree que *podría haber visto* a un niño que *podría ser* nuestro hijo subiendo a una furgoneta que apenas puede describir. Eso es sólo mierda, Hannah.

—Es más de lo que había hasta ahora —replicó Hannah—. ¿Qué han encontrado ustedes en la nieve? ¿Encontraron a Josh? ¿Encontraron algo?

—Por lo menos yo estoy haciendo algo.

En ese momento Paul podría haberla golpeado. Hannah retrocedió, con el mentón erguido y la boca temblándole mientras apretaba los labios para contener los sollozos que la inundaban.

—¿Eso significa que yo no lo hago? —murmuró—. No estoy en esta casa por propia elección. ¿Quieres quedarte aquí con Lily a esperar que suene el teléfono? Me alegraría cambiar de lugar contigo.

Paul se frotó el rostro con una mano.

—Eso no fue lo que quise decir —aclaró con suavidad, sabiendo que era exactamente lo que había querido decir. Había querido herirla. Ella tenía la culpa de todo esto. Si no hubiera sido por Hannah y su importante carrera… Hannah esto, Hannah aquello. Hannah, Hannah, Hannah…

Megan observó la discusión, incómoda por ser una espectadora de algo que debería haber sido privado.

—Señor Kirkwood —le dijo alejando su atención de la esposa, tratando de disipar la tensión entre ellos y concentrarlos en el asunto que tenían entre manos—. ¿Me está diciendo que no conoce a nadie que tenga una camioneta que se parezca a la descripción general: modelo ochenta, color claro? Negó con la cabeza abstraído.

—Si me acuerdo de alguien llamaré a Mitch.

—Hágalo —le respondió Megan ignorando el desaire. Eso no importaba en tanto se hiciera el trabajo.

Paul se volvió y se marchó, sin decir una palabra a su esposa. La tensión flotaba en el aire, mientras oyeron el coche que se alejaba por el sendero. Hannah cerró los ojos y los apretó con sus manos. Karen Wright entró abriendo grandes los ojos. «Bambi adelante de las luces largas de un coche, —pensó Megan—. Qué escena tan horrible para representar ante los vecinos».

—Sé que es duro para usted y para Paul —dijo tratando de animar a Hannah—. Y probablemente esta pista no signifique mucho, ya que es muy vaga. Comprendo que él se sienta más útil buscando físicamente a Josh…

—Estoy segura de que Paul se siente útil —replicó Hannah—. Tan segura de que nadie podría sentirse más inútil sentada aquí en la casa, con gente observándome continuamente.

Karen pestañeó con una expresión de dolor.

—Si no estoy ayudando será mejor que me vaya.

—Quizá sería mejor.

Hannah se arrepintió de sus palabras en el mismo instante en que salieron de su boca. Karen quería ayudar. Todos los que habían ido a su casa querían ayudar. La desaparición de Josh había afectado de alguna manera todas sus vidas. Sólo estaban tratando de cooperar. El problema era que no podían ayudarla a enfrentarlo. Ella podía manejar el servicio de urgencias del pueblo, podía manejar la tensión que significaba coordinar su carrera con su familia, pero no tenía herramientas para enfrentar esto. No podía manejarlo. Las manos bien intencionadas que se extendían hacia ella sólo parecían querer atraparla en esta pesadilla.

Karen tenía el abrigo en la mano y ya estaba a mitad del pasillo. Hannah respiró profundamente y fue tras ella, la necesidad de suavizar los malos sentimientos superó las necesidades más profundas.

Megan la observó mientras se iba, tratando de acomodar todas estas nuevas piezas del rompecabezas en su cabeza… la tensión entre Hannah y Paul se destacaba entre ellas. La situación estaba

actuando como una olla a presión. Megan pensó que hasta una buena relación se resentiría en estas circunstancias, pero ella habría esperado que el esposo y la esposa se consolaran mutuamente. Eso no estaba sucediendo aquí. La presión estaba destruyendo a Hannah y a Paul, y su relación se estaba resquebrajando como la cascara de un huevo. La página del cuaderno de Josh vino a su memoria: *Papá está loco. Mamá está triste. Yo me siento mal…*

Su instinto la llevó a culpar a Paul Kirkwood por completo. Él tenía un aura que dejaba un regusto amargo en la boca. Egoísmo, engreimiento… como su hermano Mick. Pero no era sólo esa similitud lo que le desagradaba. Ella había llegado para decirle que tenían una primera pista y él no se había tomado el tiempo para escucharla. Él quería estar afuera, en el campo, allí donde las cámaras de televisión reflejarían al padre sufriente en acción.

Un tirón en la pernera del pantalón volvió su mente al presente. Miró hacia abajo sorprendida y vio a Lily Kirkwood que la observaba con sus enormes ojos celestes y una tímida sonrisa.

—Hola —gorjeó Lily.

—Hola —Megan sonrió, sin saber qué hacer. No sabía nada sobre bebés. Ni sobre niños. Alguna vez había sido una niña, por supuesto, pero aquel no había sido un buen momento para ella. Siempre tímida, sintiéndose fuera de lugar, en medio del camino, no querida, la hija de una mujer que había sido un triste fracaso en la maternidad.

El desconocimiento sobre los niños siempre había hecho que Megan se preguntara cuánto habría heredado de la falta de habilidad de su madre. No porque le importara. Cuando miraba su futuro veía su carrera, no una familia. Eso era lo que quería. Eso era para lo que servía.

El corazón le brincó traicioneramente cuando la hermanita de Josh Kirkwood extendió sus brazos hacia ella. —Lily, upa.

—Lily, cariño, ven con mamá.

Hannah levantó a la beba y le dio un beso fuerte en la mejilla, la abrazó y luego se volvió hacia Megan.

—Lamento… —negó con la cabeza—. Lo lamento. Lo lamento. Las primeras palabras de todo el mundo en estos días.

—Lo lamento, mamá —murmuró Lily, apoyando la cabeza bajo el mentón de su madre.

—¿Por qué no tomamos un café? —ofreció Megan. La cafetera aún estaba sobre la mesa, junto con un juego de tazas limpias, esperando el interminable desfile de policías, amigos y vecinos.

—Me parece fantástico.

Hannah se sentó en la silla que McCaskill había dejado vacante, con su mejilla junto a la cabeza de Lily. Lily pasó el dedito sobre la D del jersey de su madre.

—¿Quiere comer algo? Tenemos todas las clases de confituras y rosquillas conocidas por el hombre —señaló varios platos y fuentes y cestas llenos de confituras—. Todo casero excepto el queso danés de Myrna Tolefsrud, que tiene ciática debido a la polca salvaje que con el señor Tolefsrud bailó en la logia de los Hijos de Noruega —repitió las historias que había aprendido de memoria—. De acuerdo con LaMae Gilquist, cuñada de Myrna, ella siempre ha sido una mala cocinera y perezosa para el zapateo.

Megan sonrió mientras elegía una bandeja con arrollados con canela cubiertos con crema y la llevaba a la mesa.

—Hay mucho que decir sobre la vida de un pueblo pequeño, ¿verdad?

—Habitualmente, sí —murmuró Hannah.

—El jefe Holt y yo estamos entusiasmados con la pista —Megan tomó un arrollado de la bandeja y lo puso sobre un plato de papel, y colocó el plato delante de Hannah, cubriendo el artículo del periódico que hablaba sobre ella.

Lily giró sobre la falda de su madre y atacó el arrollado con ambas manos, quitando las pasas de uva y apilándolas a un costado.

—Lo sé —respondió Hannah—. Estoy segura de que Paul también lo sabe. Es sólo que él… —¿Qué? Diez años de matrimonio y ahora era más extraño que nunca para ella. Ya no sabía qué o quién era Paul—. No nos encuentra en nuestro mejor momento.

—En este trabajo muy pocas veces encuentro a alguien en su mejor momento.

—A mí me pasa lo mismo —admitió Hannah rápidamente con ironía—. Estoy acostumbrada a estar del otro lado. Ahora soy la víctima. Esto podría parecer estúpido, pero no sé cómo comportarme. No sé qué se espera de mí.

Megan lamió la crema en su dedo sin dejar de mirar a Hannah.

—No, eso no es estúpido. Sé exactamente a qué se refiere.

—Siempre soy aquélla a la que recurre la gente. La fuerte. La que sabe cómo se hacen las cosas. Ahora no sé qué hacer. No sé cómo dejar que la gente se ocupe de mí. Y creo que ellos tampoco saben qué hacer. Vienen aquí sin que los llamen y se sientan, y me observan con el rabillo del ojo como si se dieran cuenta que soy humana y eso no les gustara.

—No se preocupe por ellos —contestó Megan—. No importa lo que piensen o lo que quieran. Concéntrese en soportar esto como pueda. Coma, necesita de todas sus fuerzas. Duerma. Recétese algo si lo necesita.

Obedientemente Hannah se puso un trozo de arrollado en la boca y lo masticó sin gustarlo. Lily la miró disgustada. Megan sacó otro de la bandeja, lo colocó en un plato y lo deslizó sobre la mesa. Sin preguntar. «Como una amiga, —pensó Hannah—. Qué momento extraño para hacerse de una amiga».

—Lo que necesito —dijo Hannah—, es hacer algo. Sé que tengo que estar aquí, pero debe de haber algo que yo pueda hacer.

Megan asintió con la cabeza.

—Muy bien. Los voluntarios del puesto de comando están ensobrando volantes para enviarlos a todo el país. Miles. Le enviaré algunos para que trabaje con ellos. Mientras tanto, ¿qué le parece si

pensamos en esta pista? ¿Conoce a alguien con una camioneta que concuerde vagamente con la descripción? ¿Ha visto alguna detenida en algún sitio que le haya parecido extraño? Cerca de la escuela o del hospital o del lago.

—No presto atención a los vehículos. La única camioneta que recuerdo es un viejo cacharro que Paul usaba en su época de cazador.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó Megan poniéndose alerta automáticamente.

Hannah se encogió de hombros.

—Hace cuatro o cinco años. Cuando nos mudamos de las Cities. Tenía una vieja furgoneta blanca para llevar a sus compañeros de cacería y a los perros, pero la vendió. La caza era demasiado perturbadora para Paul.

—¿Sabe a quién se la vendió? ¿Alguien conocido?

—No recuerdo. No me importaba.

Mitch había dirigido las preguntas del miércoles a la noche en la misma dirección. Y ella había descartado la posibilidad de que alguien que hubiera estado en su casa, compartido su comida, ganado su confianza, hubiera podido traicionarlos así. Pero aunque su corazón rechazaba la idea, su mente comenzó a buscar nombres, todos los que no le agradaban mucho, todos los del círculo de sus amistades.

—No podemos descartarlo —comentó Megan—. En este momento no podemos descartar nada.

Hannah apretó contra sí a la beba, ignorando sus dedos pegajosos y su cara llena de crema y canela. Miró sin ver la habitación, meciendo a Lily. Sus pensamientos estaban en Josh… dónde estaría, qué estaría pensando. Era suficientemente horroroso sufrir en las manos de un desconocido, pero sería terrible tener que sufrir en las manos de alguien que él conocía y en quien confiaba. Sucedía todo el tiempo. Lo leía en los periódicos, lo veía en la

televisión, había estado en el papel del que trata de arreglar ese daño en los niños de otras personas.

—Dios mío —susurró—. ¿En qué se está convirtiendo este mundo?

—Si supiéramos eso —murmuró Megan—, quizá podríamos detenerlo antes de que llegara a ese punto.

Permanecieron en silencio. Lily miraba toda la cocina, retorciéndose un poco y sacando la cabeza de abajo del mentón de su madre. Miró el hermoso rostro que siempre tenía todas las respuestas a sus preguntas y dijo:

—Mami, ¿dónde está Josh?

8:22 -11 °C

Megan encontró a Paul Kirkwood en el aparcamiento del Lyon State Park, siete kilómetros al oeste del pueblo. El principal grupo de rescate estaba reunido allí: oficiales del departamento del alguacil, oficiales de la unidad canina del Departamento de Policía de Minneapolis, con un trío de ovejeros alemanes, voluntarios de todos los estratos sociales, tanta gente que la zona de aparcamiento estaba llena y los coches ocupaban un kilómetro a cada lado en el camino principal. Cuatro camionetas de estaciones de televisión habían aparcado de cualquier manera, dejando bloqueados algunos coches. Las antenas parabólicas montadas sobre los techos transmitían señales a Minneapolis, St. Paul y Rochester.

Megan aparcó detrás de la camioneta de la KTTC y se encaminó hacia la multitud. Russ Steiger daba instrucciones gritando a todo pulmón, posando para las cámaras con los puños apoyados en la cadera y las piernas abiertas y los ojos ocultos tras gafas espejadas. Paul estaba a un metro y medio, con una expresión seria, el viento frío le despeinaba el pelo castaño. Megan se deslizó hasta él, esperando que la gente de los medios estuviera demasiado embelesada con el alguacil como para no advertir su presencia.

—Señor Kirkwood, ¿puedo hablar con usted? —le preguntó con tranquilidad, dando las espaldas a las cámaras. Paul frunció el entrecejo.

—¿Y ahora qué hay?

—Me gustaría hacerle un par de preguntas sobre la camioneta que utilizaba para ir de cacería.

—¿Qué sucede con ella?

—Para comenzar, ¿por qué no la mencionó esta mañana?

—La vendí hace años —respondió irritado—. ¿Qué puede tener que ver con Josh?

—Quizá nada, pero queremos investigar todas las pistas posibles.

Megan lo tomó de la manga de la camisa, lo condujo lejos de los oídos sintonizados como micrófonos y ansiosos de obtener cualquier información. Paul la siguió de mala gana fuera de la línea de las cámaras, hasta la parte trasera de un camión de servicio del parque.

—Hannah me dijo que la vendió hace varios años —le explicó Megan—. ¿Quién fue el comprador? ¿Vio o conoció a Josh en su casa?

—No lo sé —replicó Paul—. Fue hace muchos años. Puse un anuncio en un periódico y alguien se interesó.

—¿Tiene algún dato de esa persona?

—No, sólo que era un tipo. Pagó en efectivo, subió a la camioneta y se marchó. Era un cacharro; me alegré de poder deshacerme de ella.

—¿Y la documentación? ¿No fue con él para hacer el cambio de titularidad?

—Por supuesto, usted no es tan inocente, agente O'Malley.

—No —replicó Megan—. No soy inocente, pero usted no me parece la clase de hombre que se saltaría las reglas.

—Por Dios —se alejó y levantó los brazos en un gesto que invitaba al mundo a compartir su incredulidad—. ¡No puedo creerlo! —El tono alto de su voz llamó la atención de un grupo de personas que se encontraba reunido cerca de Steiger—. ¿Mi hijo fue secuestrado y usted tiene el coraje de venir aquí y tratarme como a un delincuente?

Megan vio que la gente se volvía en dirección a ellos. La tensión le apretó las cervicales. Lo último que necesitaba era atraer más a la

gente de prensa. DePalma revocaría su nombramiento y la enterraría en lo más profundo en el Departamento; ni siquiera podría encontrar el camino de salida a University Avenue.

—Señor Kirkwood, no estoy acusándolo de nada —utilizó el mismo tono bajo que emplearía con alguien a punto de saltar a un precipicio—. Le pido disculpas si le causé esa impresión.

—Le diré cuál es mi impresión —respondió Paul disgustado—. Mi impresión es que no sabe cómo encontrar a mi hijo, y está haciendo lo que puede para cubrirse el trasero. ¡Ésa es mi impresión!

Se alejó de ella, de las personas que se habían reunido para observar el número, de las cámaras y de los reporteros. Todos la observaron y la acorralaron.

—Agente O'Malley, ¿tiene algún comentario sobre las acusaciones del señor Kirkwood?

—Agente O'Malley, ¿el DCC considera sospechoso al señor Kirkwood?

—Agente O'Malley, ¿tiene algún comentario sobre el artículo del *Tribune*?

Megan apretó los dientes. Diplomacia. Perfil bajo, discreta diplomacia. Ésas eran las instrucciones de DePalma. Ésa era la política del Departamento. Ella había jurado que podía manejarlo. Se había prometido a sí misma que podría controlar su temperamento y tomar cualquier cosa que la prensa o alguna otra persona le arrojara. Respiró profundamente y enfrentó las cámaras sin pestañear.

—El señor Kirkwood está comprensiblemente perturbado. Mi único comentario es que el DCC está haciendo todo lo que puede cooperando con el Departamento de Policía de Deer Lake y la oficina del alguacil de Park County para encontrar a Josh Kirkwood y llevar a la justicia a su secuestrador.

Ignoró la descarga cerrada de preguntas y se encaminó de regreso a su coche.

—¿Dije que se quedaría aquí un mes, O'Malley? —dijo Steiger con una sonrisa desagradable, cuando Megan pasó junto a él—. Creo que he sido muy optimista.

14
9:19 -9°C

—¿Qué demonios estaba pensando? —Mitch cerró dando un portazo, y el calendario de 1993 de Leo saltó de su clavo y *Miss* Michigan terminó en el suelo.

Megan no se molestó en hacerse la tonta y se negaba a hacerse la humilde. Temperamental como era, saltó del decrépito sillón en el que se había sentado un momento antes.

—Estaba pensando en cumplir con mi trabajo.

—Siguiendo a Paul Kirkwood…

—Siguiendo todas las pistas posibles —lo corrigió saliendo de atrás del escritorio.

—¿Por qué diablos no me consultó primero?

—No tengo que consultarlo. Usted no es mi jefe.

—Por Dios, ¿no cree que el hombre ya está sufriendo bastante? —le preguntó inclinándose sobre ella, con los ojos llenos de furia.

Megan lo miró con el rostro erguido.

—¡Creo que está en un infierno, y estoy haciendo todo lo que puedo para sacarlo de él!

—¿Atormentándolo frente a la prensa?

—¡Eso es mentira! Él fue el que hizo una escena, no yo. Yo le estaba pidiendo información que tendría que haberme dado una hora antes. Información que podría ser pertinente con la

desaparición de su hijo. ¿No le parece un poco extraño que se enfadara conmigo por eso?

Mitch guardó su ira y su impulso y puso el rostro en blanco. Miró fijamente a Megan.

—¿Qué demonios significa eso? —le preguntó en voz tan baja como un murmullo—. ¿Está diciendo que Paul Kirkwood secuestró a su propio hijo?

—No.

Megan resopló y acomodó los mechones que se habían soltado de su cola de caballo. Control. Si él podía tenerlo, ella también. Además, tensa baja la adrenalina. Como en todos los grandes casos, disminuiría y fluiría siguiendo los vaivenes de la investigación. Se alejó de él y apoyó una cadera contra el escritorio mientras buscaba una pastilla de ergotamina en su portafolios. La sacó y la tragó con un poco de gaseosa para detener el dolor de cabeza que estaba clavando sus garras en la frente.

—Estoy diciendo que esta mañana fui a verlo con una pista y él me rechazó. Estoy diciendo que él cometió un pecado de omisión bastante peculiar al no decirme que había tenido y vendido una camioneta que coincide con la descripción general de la que estamos buscando, y cuando se lo pregunté se fue. ¿Todo esto no le parece un poco extraño, jefe?

—Usted no sabe bajo qué presión se encuentra.

—¿Y usted lo sabe?

—Sí —replicó Mitch con rudeza. Su tono reveló demasiado, mientras sus instintos le decían que no revelara nada.

Se reprochó mentalmente por el desatino táctico y se alejó. Caminó por la pequeña oficina, con las manos en la cintura, inquieto, impaciente.

Por primera vez advirtió los certificados y menciones de Leo que aún estaban colgados de su pared del ego, y Wally y Walleye conservados para toda la eternidad en una placa de nogal sobre el archivo. El pobre Leo no había dejado a nadie para que retirara los

recuerdos de su vida. El aroma maloliente de sus cigarros baratos aún estaba en el aire, escondido tras el perfume dulce del desodorante de ambientes. En la parte de adelante del escritorio estaba la única señal física de Megan, un letrero de bronce brillante: Agente Megan O'Malley. DCC.

Megan lo observó con cuidado, leyendo la línea de sus hombros cuadrados, el ángulo de su cabeza. Él deseaba echarla, pero ella estaba en su terreno. Deseaba irse, pero no lo haría. Megan ya sabía la respuesta antes de formular la pregunta.

—¿Podría aclararme eso, jefe?

—No estamos aquí para hablar sobre mí —respondió de manera terminante.

—¿No? —Megan avanzó hacia él, con las manos en las caderas, imitando inconscientemente la postura de Mitch. Se miraron a los ojos como un par de matones, y la tensión del ambiente era tan densa como el olor de los antiguos cigarros Dutch Master.

Mitch sostuvo la mirada; su rostro era una máscara rígida de planos tensos y ángulos ríspidos. Orgullo y furia, y algo parecido al pánico le comprimían el pecho. Deseaba librarse de ese pánico. Quería librarse de *ella*, sacarla de su camino, del territorio oscuro de su pasado. Quería huir como un lobo acorralado, pero prevaleció la necesidad de controlar esa furia. Así que permaneció allí con todos los músculos tan rígidos como la pared que había construido para protegerse.

—Está caminando sobre una capa de hielo muy delgada, O'Malley —le advirtió casi susurrando—. Le sugiero que retroceda.

—No lo haré si lo que está sucediendo aquí es que usted está proyectando sus sentimientos en Josh Kirkwood —le contestó Megan, avanzando otro paso sobre ese hielo tan delgado, sabiendo que si se rompía caería en la vorágine de la furia que había debajo de él—. Si eso es lo que está sucediendo, entonces tenemos que hablar al respecto. Una investigación no es el lugar para involucrarse de esa manera, y usted lo sabe.

Una investigación tampoco era el lugar para la clase de sentimientos que se agitaban en su interior. Megan quería romper el puño de hierro del control de Mitch. Quería que se confiara. Quería que confiara en ella, estar más cerca de él. Todo muy peligroso y seductor.

La temperatura entre ellos aumentaba grado a grado. Entonces él se volvió bruscamente, y rompió el hilo de la tensión.

Mientras Mitch trataba de controlar su respiración y su estado de ánimo vio una fotografía de Leo en la reunión anual de la Asociación de Oficiales de Park County: el rostro enrojecido, un delantal de cocinero manchado sobre su prominente abdomen y un gorro del que asomaba una cabeza de trucha de plástico de un lado y la cola del otro, una cerveza en la mano y el sempiterno cigarro entre los dientes. Leo estaba junto a un cerdo que se estaba haciendo en un asador.

La vida era mucho más simple cuando Leo andaba por ahí. Leo había sido un policía chapado a la antigua que no estaba interesado en las nuevas teorías de la criminología o de la psicología ni la dinámica del personal. Nunca había querido confesarse con Leo. No quería abrir la puerta del antiguo dolor ni mostrar cualquier señal de vulnerabilidad, especialmente aquí no, en el trabajo. Aquí más que en ningún otro lugar necesitaba mantener sus emociones encerradas en la pequeña caja de su pecho.

—Mire —dijo con un tono bajo—, creo que podría haber sido más diplomática, eso es todo. Si quiere investigar la camioneta de Paul, está bien. Hágalo a través del Registro de Automotores. Yo me ocuparé de los detalles.

—Ya llamé allí. Están investigando —respondió Megan, y sintió que le bajaba el nivel de adrenalina—. O mejor dicho están tratando de hacerlo. Tienen problemas con el ordenador central. Sólo quería que él me diera una explicación —confesó Megan—. Comprendo que la gente reacciona de manera diferente a esta clase de tensión, pero… tengo la sensación de que no quiere hablar conmigo… ni

mirarme a los ojos. Mi instinto me dice que guarda algo, y quiero saber qué es.

—Quizá no tenga nada que ver con Josh —replicó Mitch irritado —. Quizá no le agradan las mujeres policías. Quizás se sienta culpable porque esa noche no fue a buscar a Josh. Esa clase de culpa puede destruir a un hombre por dentro. Quizás usted se parezca a la muchacha que lo rechazó en el baile de graduación.

—¿Dónde estaba esa noche? —inquirió Megan, que no quería darse por vencida—. ¿Por qué no estaba allí?

—Estaba trabajando.

—Hannah lo llamó varias veces y él no tomó el teléfono.

—Estaba trabajando en el salón de conferencias al final del pasillo.

Megan lo miró con incredulidad.

—¿Y regresó a su oficina e ignoró la luz del contestador automático? ¿Quién hace eso? ¿Y quién puede corroborarlo?

—No lo sé —admitió Mitch—. Ésas son preguntas válidas, pero seré yo quien se las formule.

—¿Porque usted es el jefe? —le preguntó Megan sutilmente.

A Mitch se le endurecieron los músculos de la mandíbula. Una escultura de granito no podría haber sido más repulsiva.

—Le dije que no me moviera el bote, O'Malley. Éste es mi pueblo y mi investigación. Lo haremos a mi manera. Aquí hay sólo un perro estrella, y ése soy yo. ¿Está claro?

—¿Y supongo que yo debo ir pegada a sus talones y sentarme como una buena putita?

—Lo que dice corre por su cuenta. Este caso ya está dando a la prensa suficiente pasto tal como está. No necesito que Paul se dispare como un cohete delante de ellos.

—En eso estamos de acuerdo, yo tampoco necesito más horas en el aire; gracias de cualquier manera. DePalma ya me dejó tres mensajes para que lo llame por el artículo del *Star Tribune*.

—¿Y los ignoró? —se burló—. ¿Quién hace eso?

—No me llama para decirme que mi hijo está perdido. Me llama para clavarme los dientes en la garganta y sacudirme como a una rata muerta… algo que me gustaría que alguien hiciera con ese cabrón de Henry Forster, ahora que lo pienso.

—Quizá podríamos montarlo como un número para los medios —sugirió Natalie mientras entraba en la oficina. Su rostro tenía una expresión de total disgusto cuando miró a Mitch—. Me gusta esa ironía, ¿y a usted? Podríamos agregar a Paige Price en la lista de principales actores. Alguien le ha dado la primicia sobre las notas del secuestrador.

—No —replicó Mitch como si esto fuera suficiente. Sintió un nudo en el estómago cuando Natalie no se retractó de la información.

—TV 7 realizó un reportaje en vivo desde las escalinatas del Tribunal. Paige Price leyó al mundo los mensajes que ustedes encontraron. Dijo que las notas estaban hechas con impresión láser sobre papel barato.

—Mierda —Mitch se pasó una mano por la cara, cómo se sentiría Hannah al escuchar esas líneas por la televisión, y pensando en la furia de Paul. Imaginando a todos los tontos del estado deshaciéndose de sus impresoras láser. Imaginando cómo le apretaba el cuello a Paige Price—. Dios mío —se volvió hacia Natalie —. Llama a Hannah y dile que voy hacia allí; explícale por qué. Llama a Steiger. Dile que necesito cuanto antes a Paul y que lo excluya de la búsqueda con el menor escándalo posible.

Dio las órdenes como un general en el campo de batalla, como un hombre acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido sin cuestionamientos. «El perro estrella, —pensó Megan—. El lobo alfa».

Su ayudante asintió con la cabeza, mientras leía los mensajes que llevaba y les asignaba prioridades.

—Como sabe, el profesor Priest y sus alumnos se están instalando al lado del puesto de comando. Al parecer todos los voluntarios también se van a trasladar allí. Hay demasiados en el cuartel de bomberos.

—Vaya a controlar la organización —ordenó Mitch a Megan, mientras sonaba el teléfono.

Ella frunció el entrecejo mientras él salía.

—Jefecito hijo de puta.

El contestador automático tomó la llamada para grabar un mensaje de Bruce DePalma que gruñía la orden de que lo llamara *inmediatamente*. Megan dio un paso atrás y tomó su abrigo.

10:02 -8°C

—Con un explorador de imagen podemos crear una foto informatizada de alta calidad de Josh que puede transmitirse electrónicamente a todas las computadoras del país y éstas pueden imprimir más volantes —explicó Christopher Priest, elevando la voz para que lo oyeran a pesar del alboroto de las voces y el ruido de las sillas. En la parte de atrás estaban sintonizando una radio en una emisora local.

El alumno de la terminal era uno de los cinco que estaban trabajando sobre los teclados. Megan observó mientras la imagen de Josh aparecía en la pantalla a todo color. La sonrisa luminosa, el pelo rizado, el uniforme de *scout*… toda la imagen la golpeaba como un puño en el plexo solar cada vez que la veía. Parecía un niño tan feliz. Tenía tanta vida por delante.

Si pudieran encontrarlo. Y pronto. Sentía que los segundos se escapaban uno tras otro, y resistió la tentación de mirar su reloj.

Dejó de mirar la pantalla y observó el centro de voluntarios provisional. La habitación estaba siendo transformada ante sus propios ojos. Por las puertas abiertas entraban mesas y sillas y equipos de oficina, provocando una corriente de aire helado en todo el edificio. Los voluntarios ocupaban las mesas tan pronto como se apoyaban en el suelo, cubriendo todas las superficies disponibles con volantes, sobres, sellos, abrochaduras y cajas con bandas elásticas.

Llegaban de todos los estratos sociales, de todo el estado. Algunos hombres, muchas mujeres. De mediana edad, mayores,

jóvenes. Ya habían empapelado las grandes ventanas del frente con rótulos amarillos que decían «Perdido», y con láminas hechas por los compañeros de clase del tercer grado de Josh para que éste volviera a casa, como si el poder de la súplica colectiva fuera suficiente para que regresara. Casi todas las tiendas del pueblo tenían la misma decoración.

—También podemos comunicarnos con el Centro Nacional de Niños Perdidos y Explotados y con el Centro de Niños Perdidos de Minnesota —continuó el profesor. Llevaba un abrigo negro tan grande que parecía que iba a tragárselo—. Podemos conectarnos con gran cantidad de redes y fundaciones de niños perdidos de todo el país. Es sorprendente la cantidad que hay. Supongo que la palabra que debería usar es trágico. Parece que con cada niño que desaparece surge una fundación que lleva su nombre.

—Esperemos no necesitar una fundación Josh Kirkwood —murmuró Megan.

—Sí, esperemos —confirmó Priest con un suspiro. Alejó la mirada de la pantalla y miró a Megan a través de sus enormes gafas—. ¿Puedo ofrecerle una taza de café, agente O'Malley? ¿Té caliente? No nos faltan voluntarios ni comida.

—Me gustaría un té, gracias.

Megan lo siguió hasta una mesa larga que había en la parte trasera de la habitación, donde habían colocado todas las donaciones de comestibles, y aceptó la taza de humeante té. El calor pasó a través de sus guantes hasta sus dedos que estaban ateridos por el frío. Observó la habitación llena de voluntarios, gente que estaba dando su tiempo, su capacidad, su corazón y su dinero para traer de regreso a Josh a su casa. Ya se había establecido un fondo de dinero para recompensas, y las donaciones llegaban de todo el país, de personas, grupos cívicos, comercios. El último informe indicaba que habían reunido más de 50 000 dólares.

Una mesa de voluntarios dedicaba su tiempo a imprimir el último ofrecimiento de recompensa en resmas de volantes. Otra mesa

llenaba sobres, otra los clasificaba y los ponía en sacas postales para llevarlas al correo. Los volantes irían a organizaciones legales, organizaciones cívicas, comercios, escuelas, para ser distribuidos y colocados en ventanas, paneles de información, postes de la luz y limpiaparabrisas en todo el país.

Megan sabía muy bien que sus esfuerzos podían ser inútiles, que no importaba cuánta gente ayudara, esperara, rezara; el destino de Josh estaba en las manos de una persona retorcida. Aun así ayudaba saber que la gente se preocupaba.

—Ver a la comunidad tan unida me ayuda a renovar un poco mi fe en la humanidad —confesó Megan.

Priest observó la multitud, aunque su rostro ya no tenía la animación que mostraba mientras explicaba los alcances de las computadoras.

—Deer Lake es un hermoso pueblo, lleno de gente maravillosa. Todos conocen y quieren a Hannah. Ella da mucho a la comunidad.

—¿Y Paul? ¿Todo el mundo lo conoce y lo quiere a él también?

Priest se encogió de hombros.

—Todo el mundo va al médico, no tanta gente necesita de los contadores. Paul es menos visible. Pero, supongo que cualquiera es menos visible al lado de Hannah.

«Ahora Paul era el más visible de los dos», pensó Megan, sin prestar atención al rubor de las mejillas de Priest cuando mencionó el nombre de Hannah. Paul se mostraba ante las cámaras cada vez que tenía una oportunidad, mientras Hannah estaba sentenciada a arresto domiciliario.

—Creo que la gente se reúne así como una forma de defenderse.

Megan bebía el té y al mismo tiempo observaba al hombre que se había acercado. Era de la misma altura que el profesor, casi de un metro sesenta, y muy delgado. Allí terminaban los parecidos. El pelo del recién llegado era rubio y cortado a la moda. Sus rasgos eran atractivos. *Bellos* fue la palabra que le vino a la mente. Finamente esculpidos, casi afeminados, con grandes ojos oscuros que parecían

soñolientos. Tenía puesto un pantalón de lana gris, y un costoso abrigo de lana azul sobre un jersey oscuro.

—Una respuesta instintiva de una mentalidad de rebaño —dijo—. Fuerza y seguridad dadas por la cantidad. Unidos para alejar al predador. No podría decir que tenga mucha experiencia en esta clase de situación, pero la psicología es mi especialidad. Doctor Garrett Wright —le dijo ofreciendo su mano—. Enseño en Harris.

—Megan O'Malley, DCC.

—Diría que es un placer, pero no me parece lo apropiado —respondió hundiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

Megan asintió con la cabeza.

—¿Está aquí para ofrecer sus servicios, doctor? Podríamos aprovechar algunas ideas que tenga sobre la mentalidad de la persona que se llevó a Josh.

Wright frunció el entrecejo y se balanceó hacia atrás sobre los talones de los zapatos negros.

—En realidad vine a pedirle a Chris las llaves de sus ficheros. Tenemos alumnos que comparten proyectos de trabajo —se volvió hacia Priest—. Podrías darme la llave de tu oficina si mañana vas a lo de Gustavus Adolphus.

Priest dejó la taza de té y sacó de su bolsillo un aro lleno de llaves y se concentró en la tarea de separar las que necesitaba su colega.

—Ojalá pudiera ayudar —dijo Wright a Megan—. Hannah y Paul son vecinos míos. Detesto tener que ver que pasen por una situación como ésta. Mi esposa ha estado ayudando a Hannah. Creo que ella es la delegada de nuestro barrio —sacudió la cabeza—. Estudié el comportamiento socialmente desviado, pero no tengo conocimientos sobre criminología. Mi especialidad es la percepción y el aprendizaje. Sin embargo, supongo que es mejor que asuman que están tratando con un solitario, con un enfermo social. Si lo que informan en los noticiosos sobre las notas que dejó es verdad, tienen que buscar a

alguien decepcionado… decepciones de grandeza, decepciones relacionadas específicamente con la religión.

—Todo el mundo está haciendo mucha bulla por las notas —comentó Priest, sacando un par de pequeñas llaves plateadas. El abrigo volvió a cubrirle las orejas. Bebió un sorbo de té, y el vapor empañó sus gafas—. Muchos voluntarios vieron la nota de Paige Price en la televisión del cuartel. Tonterías dramáticas. ¿Qué piensa de eso, agente O'Malley?

—Mi trabajo no es especular —respondió Megan, felicitándose por ser una dama y no destrozar a Paige Price. Hubiera dado cualquier cosa por ponerle las manos encima a la reportera y a su informante—. Tengo que basarme en hechos.

—¿Desecha la intuición? —le preguntó Wright.

Megan lo miró con frialdad y levantando las cejas.

—¿Es una observación sexista, doctor Wright?

—En absoluto —respondió Priest por Wright—. Todos los oficiales de policía dicen ser pragmáticos. He leído mucho sobre «instinto interior». ¿No es eso la intuición?

—¿Le interesa el trabajo policial?

—Desde un punto de vista profesional. Cada vez son más las agencias que acceden a la era de la información y se necesitan nuevos y mejores programas. Cuando no estoy enseñando me gusta dedicarme a la programación. Es importante estar al tanto de los nuevos mercados. De hecho, usaremos algunos de mis programas aquí para procesar la información.

—Comprendo.

—¿Cuáles son sus instintos interiores sobre el caso? —preguntó Wright—. Escuché toda clase de historias desde fundamentalistas radicales hasta cultos satánicos. Usted debe tener una opinión al respecto.

—Por supuesto —tomó las últimas gotas del té y dejó la taza, sonriéndoles de costado—. Pero sé que no debo darlas en público.

Eso es algo más que debería saber sobre los policías… somos gente precavida.

Se acomodó la bufanda en el cuello.

—Gracias por mostrarme cómo se instalaban. Si necesitan algo pídanselo a Jim Geist, en la puerta de al lado. Gracias por su tiempo y su esfuerzo… y por el de sus estudiantes también.

—Es lo menos que podemos hacer —respondió Priest.

Megan encendió el motor del Lumina observando con un ojo si la seguía algún reportero extraviado. Mitch estaba tratando de apaciguar la noticia sobre la revelación de las notas. Los agentes del DCC que le habían sido asignados a Megan estaban siguiendo las pistas sobre camionetas. En Lyon State Park continuaba la búsqueda, pero ella no sería una verdadera ayuda allí, sin mencionar el trabajo que le daría a la prensa.

Lo que quedaba eran las actividades de Josh. Actividades que lo ponían en contacto con una cantidad de adultos de la comunidad, desde participar en torneos de fútbol de verano hasta actuar como monaguillo en St. Elysius. Mientras leía la lista se preguntó cuál de estas actividades comunes y corrientes de la niñez podía haber atraído la atención de alguien con intenciones de hacer daño a Josh. Todas ellas, por decirlo así. Los pederastas nunca parecen monstruos… a menudo todo lo contrario. ¿En quién confiar? Recordó que le habían enseñado a confiar y obedecer al mismo tipo de personas: los maestros, el sacerdote, la gente «buena». ¿Pero cómo se podían hacer esas distinciones? ¿Qué había que enseñar a los niños hoy en día? Al parecer ya no podían confiar en nadie. Ni siquiera en Deer Lake, donde todos conocían a todos y nadie encerraba sus perros durante la noche.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO

Alguien que conoce la comunidad, pensó. O alguien a mitad de camino de México a quien le agradaba la idea de plantear dolores de cabeza a larga distancia.

Tengo una pequeña pena, he nacido de un pequeño
PECADO

Pecado. Moralidad. Religión. Cualquiera desde fundamentalistas hasta aficionados cultos satánicos. O quizás un sacerdote católico llamado Tom McCoy.

11:18 -7°C

St. Elysius era un bastión de Roma en un pueblo invadido por luteranos. Como tal, era una iglesia de marcado estilo antiguo, una pequeña catedral de piedra caliza del lugar y agujas que subían hasta el cielo, ventanas con vitrales que describían la agonía y triunfo de Cristo. Estaba situada en la parte Dinkytown del lago, casi en el campo, como si los noruegos hubieran pensado que sería mejor mantener a los Papistas fuera del alcance de la vista.

Megan subió por la escalinata, mientras recordaba cosas de su infancia, sentimientos que le revolvían el estómago y humedecían las palmas de las manos. Ella y Mick habían ido a una escuela parroquial. Mick había participado en cuanto deporte había podido… para no tener que ocuparse de su hermanita después de la escuela, y porque le encantaba el atletismo. Y a Megan la dejaban al cuidado de Frances Clay, la deslavada mujer carente de toda alegría que limpiaba la iglesia. Había pasado horas interminables en la iglesia de San Patricio, sentada en un banco duro y frío mientras Frances limpiaba las imágenes de la Santa Madre.

Media docena de mujeres mayores estaban rezando el rosario cuando Megan llegó a la nave, mientras la que llevaba la voz cantante recitaba el Padrenuestro como si fuera un subastador. El interior de la iglesia era tan encantador como su exterior. Los muros estaban pintados de azul y decorados con intrincados estarcidos y un vivo dorado, blanco y rosa. Las llamas de docenas de cirios votivos proyectaban diseños de luz y sombra sobre las paredes.

En el altar; un hombre delgado, vestido de negro arreglaba los mantos y los candelabros. Megan lo vio y avanzó por el centro de la nave, conteniendo su necesidad de hacer la genuflexión. Cuando era una niña no había encontrado en la iglesia ni refugio ni solaz, y como adulta la ignoraba durante 363 días al año y sólo regresaba en Nochebuena y Pascua… por si acaso.

El sacerdote permaneció inmóvil mientras ella se acercaba, con una mirada tan negra y sombría como su ropa. Parecía de unos sesenta años. Los cabellos muy finos de color castaño de sus sienes estaban mechados con toques plateados. Se quedó con las manos separadas sobre la mesa, sin sonreír. Tenía el rostro tan sumido que parecía anoréxico. A Megan se le erizaron los cabellos de la nuca, y rezó una pequeña oración por los feligreses de St. Elysius por tener el valor de mirar a este hombre ceñudo todos los domingos. Parecía de la clase de los que piensan que la autoflagelación es una penitencia aceptable por dejar escapar una ventosidad en la iglesia.

Levantó su identificación mientras subía por los escalones.

—Agente O'Malley, DCC. Quisiera hablar con usted sobre Josh Kirkwood, Padre.

El hombre frunció el entrecejo.

—La policía ya estuvo aquí.

—Estoy haciendo el seguimiento de las entrevistas iniciales. Entiendo que Josh comenzó siendo monaguillo aquí en St. Elysius. Estamos tratando de conocer las rutinas de Josh, de hablar con cualquier adulto que haya advertido un cambio reciente en su comportamiento o que haya notado algo sobre alguien a quien temiera.

—«Dejad que los niños que sufren vengan a mí, y evitadles todo daño; porque a ellos pertenece el reino de los cielos».

El sacerdote entonó el versículo de Mateo con un tono tan dramático que las damas que estaban rezando el rosario se detuvieron en medio del Gloria. La de la voz cantante lo miró de manera desagradable.

—Hemos estado rezando por Josh —dijo bajando la voz—. No recuerdo que usted estuviera en el servicio de anoche —entrecerró un poco los ojos; sus palabras estaban teñidas de censura.

Megan se mordió la lengua para no pedir perdón. Cuatrocientas personas se habían reunido en la iglesia para rezar por Josh. Ella no podía creer que él hubiera memorizado cada rostro.

—No, no estaba entre los fieles de la iglesia. Estaba entre los policías, afuera, en el frío, buscando.

—Su destino está en las manos de Dios. Tenemos que tener fe en que Dios lo traerá de regreso a casa.

—Soy policía desde hace diez años, Padre. Confío en Dios en tanto pueda prescindir de él.

El sacerdote se alejó de ella horrorizado como si la cabeza le hubiera girado sobre los hombros. Megan esperaba que la señalara con un dedo y gritara «Hereje». Él aspiró profundamente, y las damas del rosario se quedaron observando en silencio.

Una música alegre y sintética de un juego electrónico rompió la tensión. Las cabezas se volvieron en dirección al santuario, por donde había salido un hombre de muy buen ver y de unos treinta años. Sus hombros cuadrados sometían a una dura prueba las costuras de un jersey de Notre Dame. Llevaba un arrugado pantalón de pana oscuro y botas de vaquero. La música terminó, y él cerró la mano en un puño y susurró:

—¡Sí! ¡Doce cincuenta y uno!

Megan pensó que probablemente fuera la espesa cualidad del silencio lo que había hecho levantar la cabeza del cura. Miró a la gente que estaba reunida y pestañeó detrás de sus gafas con montura dorada. Se le sonrojaron las mejillas, y giró el interruptor para apagar el juego.

—¿Interrumpo algo? —susurró, mirando un poco confundido a Megan.

—Agente O'Malley, DCC —dijo ella automáticamente—. Necesito unos minutos con el padre McCoy.

—Ah, bueno; yo soy el padre McCoy.

—Pero… —Megan miró al hombre anoréxico.

McCoy frunció el entrecejo.

—Albert, gracias por atender a la señora O'Malley en mi ausencia —tomó a Megan del brazo de manera delicada pero firme y la escoltó hacia el lugar del que él había salido, con la cabeza inclinada hacia ella—. Albert es muy devoto. En realidad, él le diría alegremente que está más calificado para mi trabajo que yo.

—Creo que no me diría nada alegremente —confesó Megan—. Creí que me bañaría con agua bendita para salvarme del infierno.

McCoy la condujo hasta una silla después de cerrar la puerta de su oficina.

—En otra época hubieran llamado a Albert Fletcher un entusiasta. En los noventa con la carencia de sacerdotes lo llamamos diácono.

—¿Eso es todo? —preguntó Megan señalándose la sien.

—Oh, sí. Tiene una maestría de Northwestern. Albert es un hombre muy inteligente —el padre Tom se sentó en la silla de respaldo alto que estaba atrás del escritorio, y la meció hacia atrás y adelante—. Socialmente, no es el alma de la fiesta. Perdió a su esposa hace tres años. Una misteriosa dolencia estomacal que nadie pudo identificar. Después de que ella murió, él se comprometió mucho con la Iglesia.

—Obsesionado.

McCoy la miró y se encogió de hombros.

—¿Cómo trazamos la línea entre devoción y obsesión? Albert trabaja bien, mantiene su casa y su patio inmaculados, pertenece a varios grupos cívicos. Tiene una vida y elige pasar aquí la mayor parte de ella.

Arrojó el *GameBoy* sobre el panel de papel secante y la miró avergonzado.

—Esto es lo que me mantiene cuerdo cuando el mundo se pone demasiado difícil de llevar —la sonrisa desapareció—. El tratamiento no está funcionando muy bien en estos días.

—Josh Kirkwood.

El sacerdote meneó la cabeza en gesto afirmativo.

—Mi corazón se rompe cada vez que pienso en él. Quién sabe por lo que estará pasando. Y Hannah… Esto la está matando. Se está destrozando tratando de encontrar una lógica en todo esto, pero no existe una explicación para cosas como éstas.

—Pensé que usted tendría todas las respuestas.

—¿Yo? No. El Señor trabaja de maneras misteriosas, pero yo no soy confidente de sus motivos. Sólo soy un pastor; mi trabajo es mantener junto al rebaño y llevarlo en la dirección correcta.

—Alguien se apartó del camino.

—¿Y usted cree que es alguien de St. Elysius?

—No necesariamente. Estoy hablando con todos los que tuvieron un contacto regular con Josh, buscando cualquier información que pudiera ser útil. Algo que Josh haya dicho, un cambio de actitud, algo. Hannah me contó que él había comenzado como acólito.

La mirada de los ojos celestes de McCoy era triste.

—El monaguillo y el sacerdote. ¿De eso se trata, agente O'Malley? —negó lentamente con la cabeza—. Siempre me sorprende cuando una víctima del estereotipo da vueltas por ahí y encasilla a otro.

—Sólo estoy haciendo mi trabajo, Padre —respondió Megan—. No debo sacar conclusiones, pero debo basarme en las pruebas que tenga, y seguir todas y cada una de las pistas. Lamento si eso le hace sentir discriminado, pero así son las cosas. Si eso lo hace sentir mejor, también hablaré con los maestros de Josh y sus entrenadores y el jefe de los *scouts*. Usted no es un sospechoso.

—¿No lo soy? Apuesto a que puedo encontrar mucha gente en este pueblo que ha decidido lo contrario —se levantó de la silla y caminó de un lado a otro con las manos en los bolsillos—. Supongo que no puedo culparlos. Quiero decir, los periódicos están llenos de eso, ¿verdad? Este sacerdote, aquel sacerdote, un cardenal. Es deplorable. Y la Iglesia lo encubre y finge que todo está bien,

continuando con la tradición de corrupción que nos ha marcado desde la época de Pedro.

—¿Está autorizado para decir esa clase de cosas? —preguntó Megan, sorprendida por su candidez.

Tom hizo una mueca picaresca.

—Soy un radical. Pregunte a Albert Fletcher. Él habló con el obispo en relación a mí.

Parecía muy complacido por ser el objeto de controversia. Megan no pudo evitar sonreír. Le gustaba Tom McCoy. Era joven y enérgico y no le importaba decir lo que pensaba, un contraste sorprendente con los sacerdotes con los que se había criado. Un contraste sorprendente con Albert Fletcher. Y se preguntó por qué un hombre tan encantador y atractivo como McCoy se había convertido en sacerdote.

Él leyó sus pensamientos muy fácilmente.

—Es un llamado —le dijo volviendo a sentarse en la silla—, no un premio consuelo para hombres que no pueden hacer otra cosa.

—Pero a veces llama a las personas equivocadas —respondió Megan, tratando de cambiar de tema.

El rostro aniñado de Tom parecía envejecer ante sus ojos.

—No —le respondió de manera inflexible—. Esas personas escuchan otra voz.

—¿La voz del demonio? ¿El demonio?

—Yo lo creo definitivamente. Usted también, ¿verdad, agente O'Malley?

Ella no respondió de inmediato. Demoró un minuto pensando en su crianza católica irlandesa. Había visto demasiadas cosas en las calles para creer otra cosa.

—Sí —le contestó con calma—. Y por lo que a mí respecta los predadores son tan demoníacos como el mismo diablo. Así que, ¿hay algo en lo que pueda pensar que me ayude a atrapar a ese mal parido para meterlo en la cárcel?

Tom no pestañeó al oírla hablar.

—No, ojalá pudiera hacerlo. Ayer tuvimos una vigilia de oración aquí. Me pasé la mayor parte del tiempo observando a la gente, pensando que quizás habría alguien a quien no había visto antes, pensando que quizás él vendría para ver la clase de estrago que ha provocado en esta comunidad. Pensando que quizá vería una señal… uno ojos rojos y brillantes, un número marcado en la frente… pero creo que eso sólo sucede en las películas.

—¿Y qué hay de Josh? ¿Observó algún cambio en su comportamiento?

—Bueno… —Se tomó un momento para elegir cuidadosamente las palabras—. Últimamente estaba más tranquilo. Creo que Hannah y Paul tienen algunos problemas. No porque alguno de ellos me lo haya dicho; es una sensación que tengo. Josh es un niño muy sensible. Los niños reciben mucho más de lo que creen los adultos. Pero no observé nada extraño. Él toma su entrenamiento como ayudante con mucha seriedad.

—¿Usted mismo entrena a los niños?

—Ahora también tenemos niñas. El esfuerzo de la Iglesia para unirse a la era de la igualdad. Por supuesto, nunca pensarán en las mujeres como posibles sacerdotes, pero… —Se reprimió para evitar otro comentario radical y miró a Megan avergonzado. Se acomodó las gafas sobre la nariz con la punta del dedo índice—. De cualquier modo, para responder a su pregunta, Albert Fletcher y yo trabajamos juntos con los niños. Hacemos una buena pareja, como el policía bueno y el malo. Albert les inculca las reglas, y luego yo les hago un guiño para indicarles que está bien que de vez en cuando se hagan los tontos siempre y cuando no ofendan a los invitados.

Megan sonrió ante la broma, pero su mente se había volcado a Albert Fletcher. Albert Fletcher, el fanático religioso, el hombre que había citado la Biblia para responder a sus preguntas. Se preguntó si podría citar a Robert Browning: *la ignorancia no es inocencia sino PECADO*.

—¿Sabe qué clase de vehículo conduce el señor Fletcher?

—Un Toyota marrón. Albert no es sospechoso, ¿verdad? —preguntó el sacerdote.

Megan se levantó de la silla, con una expresión sobria.

—En este momento, Padre, todos son *no* sospechosos. ¿Y usted qué coche tiene?

—Una camioneta Ford roja todo terreno. Alguien va a tener que romper el *statu quo*. Podría ser yo.

No pudo evitar una sonrisa. Si hubiera habido sacerdotes como Tom McCoy cuando ella creció, habría prestado más atención a la Iglesia en lugar de garabatear la parte de atrás del misal.

—Padre Tom, ¿puedo hablar con usted?

Megan se volvió hacia la puerta al oír la voz de Mitch. Entró en la oficina, con el abrigo abierto y el pelo despeinado. Parecía disgustado de ver a Megan en St. Elysius.

—Ah, agente O'Malley, ¿molestando al clero local?

—Sólo le pedía al Padre que me ayudara a rezar para pedir paciencia y poder enfrentar el territorialismo arrogante.

Al no tener una buena respuesta, resopló y pasó atención al sacerdote. Jugaba al golf con Tom McCoy cuando hacía buen tiempo, y él le agradaba. Siempre había rumores dando vueltas por el pueblo acerca de que el Padre tenía problemas con la diócesis por ser demasiado liberal, a lo que el Padre respondía con indiferencia, y Mitch respetaba.

—¿Usted también piensa que no soy un sospechoso?

—¿La agente O'Malley le hizo pensar otra cosa?

—El padre Tom y yo teníamos una conversación de rutina —dijo Megan con frialdad—. ¿Necesitaba su permiso para eso, Cujo?

—¿Hablaron sobre las notas?

—¿Qué notas? —preguntó el padre Tom—. ¿Ha habido algún pedido de rescate?

—Ojalá fuera tan simple —respondió Mitch—. Encontramos dos notas… Una en la mochila de Josh, otra en su cuaderno. Ambas hacen referencia al pecado.

—Y la relación natural es con la Iglesia —concluyó el sacerdote.

—Estoy buscando nombres de alguien de la Iglesia que le parezca mentalmente inestable, fanático… particularmente alguien relacionado con los Kirkwood.

—Nuestro vecino fanático es Albelt Fletcher, pero Albert no cometería un delito sin comunicárselo al Papa —respondió el padre Tom—. Y si necesita una coartada, esa noche estaba enseñando en la clase de Josh. Mentalmente inestable… tenemos algunos, pero me refiero a gente con problemas, no a monstruos psicóticos. Tampoco conozco a nadie que pueda relacionarse con Hannah y con Paul.

Mitch trató de asimilar lo mejor posible la decepción. Los casos como éste muy pocas veces se resolvían en un solo movimiento. Un policía tenía que soportar las contrariedades y las muertes con entereza; había muchas de ellas. Hoy ya había habido demasiadas. La búsqueda no los conducía a ninguna parte. Hannah y Paul se habían disgustado con la revelación de las notas en la televisión. Las entrevistas de los empleados de la escuela sólo arrojaron papeles. Tenía una filtración en su departamento, alguien que entregaba información, sus hombres estaban trabajando contra reloj y Megan O'Malley desafiaba su autoridad. La combinación le consumía los nervios como un virus voraz.

—Ya hablamos sobre el entrenamiento de Josh como monaguillo. Al parecer es otro camino a ninguna parte —dijo Megan.

—Entonces creo que podemos dejar que regrese a su trabajo, Padre. Llámeme si recuerda algo.

—Lo haré —respondió el padre Tom con expresión seria—. Y mientras tanto deberíamos rezar mucho.

Megan salió delante de Mitch por la puerta lateral de la iglesia y bajó por la escalinata hacia la acera. Había nieve amontonada entre la acera y la zona de aparcamiento, como pequeñas montañas, por

donde se habían abierto algunos senderos. Megan eligió el que estaba más cerca del Lumina.

—¿Qué esperaba, que me quedara todo el día sentada en mi oficina arreglándome las uñas? —preguntó sin molestarse en volverse para mirar a Mitch—. Eso tampoco me haría parecer a Leo, ¿verdad?

Se detuvo en la acera y se llevó la mano al mentón.

—Veamos. ¿Qué haría Leo? Ya sé. Iríamos al Blue Goose Saloon a tomar un par de cervezas. Luego nos quedaríamos allí eructando y tirándonos unos pedos mientras nos quejaríamos por la falta de pistas.

—Hey —gruñó Mitch—. Leo era un buen policía. No ofenda a Leo. Y nunca dije que usted no debía hacer su trabajo.

Mitch se encaminó hacia su camioneta sin esperar respuesta. Megan lo siguió echándose la bufanda hacia atrás.

—No, dijo que no lo debería hacer sin preguntarle primero. Así que en interés de la diplomacia, le pregunto adónde quiere que vaya ahora.

La risa de Mitch se oyó como un disparo en el aire helado. La miró sobre su hombro.

—Usted se lo está buscando, O'Malley.

—Hace años que oigo lo mismo.

—Creía que alguna vez lo comprendería.

—Lo dudo —contestó Megan, mientras pescaba las llaves en el bolsillo de su abrigo—. ¿Adónde va?

—Oh, creo que me detendré en el Club de Odio a las Mujeres y luego iré a jugar a los bolos con los muchachos del Moose Lodge —abrió la puerta de su coche—. Nosotros los muchachos somos así.

Megan bajó la cabeza.

—Voy a cazar al animal que se llevó a Josh Kirkwood. Usted, agente O'Malley, manténgase fuera de mi camino.

15
Día 3
16:55 -5°C

Cuando Megan regresó al centro de comando ya estaba oscureciendo. Había pasado la tarde entrevistando personalmente la lista de adultos con los que Josh tenía contacto regular, mostrando simpatía y sin obtener respuestas a las preguntas que parecían cada vez más largas con cada minuto que pasaba.

Sara Richman, la maestra de Josh, tenía dos hijos. Además de que ya había sido interrogada dos veces, aún no podía hablar ni pensar en lo que había sucedido sin ponerse a llorar. Rob Phillips, el jefe de los *scouts*, era notario, un hombre que había sido confinado a una silla de ruedas desde hacía tres años, y por el resto de su vida, por un conductor borracho. Phillips se había tomado licencia en el trabajo para ayudar en el centro de voluntarios.

La gente estaba saliendo del cuartel de bomberos, algunos para regresar a casa con sus familias, otro para buscar la cena y regresar. Megan entró a buscar a Jim Geist y encontró a Dave Larkin en su lugar, donde algunos de sus agentes y varios de los hombres de Mitch estaban contestando los teléfonos directos. Parecía que los teléfonos sonaban constantemente. Los policías entraban y salían del lugar, trayendo volantes y comida, sacando notas garabateadas y enviando mensajes por fax.

Larkin tenía puesta una camisa blanca y azul que acentuaba su bronceado de playa. Tenía el auricular entre el hombro y la oreja y escribía con furia en un anotador. Levantó la vista e hizo girar los ojos.

—No, lo lamento, señor DePalma, no he visto a la agente O'Malley. Estuvo todo el día afuera trabajando sobre las pistas. Sí, señor, comprendo que es importante. Me ocuparé de que reciba el mensaje —hizo una mueca a Megan—. ¿Que lo llame a su casa? Comprendo. Sí, señor.

Colgó el auricular, se puso un dedo en la oreja y lo hizo girar.

—Irlandesa, me debes una grande.

Megan se sentó en la silla que había junto a él y apoyó un codo sobre la mesa.

—Te prometo cualquier cosa que no se relacione con sexo.

—Demonios —gruñó—. Si hubiera sabido eso te habría pasado esa llamada.

—Eres muy buen compañero. DePalma es la última persona con la que querría hablar.

—Parecía que quería asar a una agente.

—A los que tendría que asar es a los reporteros. Si alguien quiere hacer pinchos con Henry Forster y Paige Price yo prepararé la ensalada de patatas. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Jim regresó al hotel?

—Sí. Estoy aquí por mi propia voluntad —contestó con una sonrisita—. Te dije que tendrías voluntarios.

—Y te lo agradezco. ¿Alguna novedad del laboratorio sobre las notas?

—Nada que no haya salido por televisión. Aceleramos la reacción del test de ninidrina con calor y humidificación y lo pasamos por la luz ultravioleta. Si había alguna huella digital se hubiera puesto púrpura y fluorescente bajo la iluminación. No obtuvimos nada. Lo lamento.

Megan suspiró.

—Sí, bueno, no pensé que tendríamos esa suerte. No estamos tratando con un idiota. Sea quien sea, conoce suficiente como para usar guantes. ¿Qué hay sobre la camioneta?

—Diría que una de cada tres personas del estado conoce a alguien misterioso que conduce una camioneta color claro —colocó las notas de Geist delante de él y las hojeó—. Antes que nada, el jefe de New Prague investigó al tipo de la camioneta amarilla. La camioneta tiene pintado un mural con una puesta de sol en el desierto con aerosol, y el tipo juega los miércoles a la noche en una liga de bolos. Esta semana ganó dos veces.

—Qué suerte —murmuró Megan sin entusiasmo—. ¿Apareció algo más?

—Jim organizó los grupos geográficamente. Esta tarde se reunió con el jefe Holt. Revisaron juntos la lista de llamadas locales, descartaron algunas, y luego Jim envió a un tipo con uno de los hombres de Holt a verificar el resto.

—Déjame ver esa lista.

Larkin se la entregó y se reclinó en la silla, con los brazos cruzados atrás de la cabeza.

—Después que terminemos con esto, ¿vamos a esquiar un fin de semana a Montana? Conozco a un tipo que tiene un amigo que es dueño de un apartamento en Whitefish.

Megan revisó los nombres y las direcciones de las personas de Park County cuyos vecinos los habían denunciado.

—No esquío.

—Magnífico. Podremos pasar horas en la bañera llena de agua caliente.

—Quizá deberías ponerte un poco bajo la ducha fría —sugirió Megan.

El nombre la golpeó como la bocina de un tren. Se irguió en la silla mientras contaba el número de llamadas que habían llegado sobre esta camioneta en particular y miraba la gruesa línea roja que la señalaba.

—¿Qué demonios es esto?

Larkin se inclinó hacia adelante y observó la lista.

—Holt dijo que ya lo había chequeado.

—Ese hijo de puta —se quejó Megan, poniéndose de pie. Sintió que la presión sanguínea estaba llegando al límite. Le latía en las orejas. Quitó la silla del camino de una patada, y el ruido que hizo contra la mesa interrumpió el balido de los teléfonos y los murmullos de las conversaciones y atrajo todas las miradas en su dirección.

—¿A dónde vas? —gritó Larkin, mientras ella se alejaba.

—¡A patear a alguien en el culo!

—Creo que esto descarta ir a cenar afuera y una noche de sexo salvaje.

17:01 -5°C

Mitch se sentó en su oficina, iluminada sólo por la luna ámbar de la lámpara que brillaba sobre los informes y declaraciones esparcidos sobre el escritorio. Había enviado a Natalie a casa para que ayudara a sus dos hijos adolescentes a prepararse para el desfile de antorchas. Valerie tocaba la flauta en la banda de la escuela. Troy estaba entrenando en su curso de guarda vidas. El consejo del pueblo había votado por continuar con las actividades del Snowdaze, pero cada acontecimiento estaría signado por el rapto de Josh. La muestra de unidad comunitaria sería tremenda y trágica.

El día había golpeado mental y físicamente a Mitch. La presión constante, la sensación de urgencia, habían destrozado sus nervios y su paciencia. Había interrogado personalmente a gran parte del personal de la escuela primaria y recorrido nuevamente el terreno tratando de encontrar algo, cualquier cosa que se relacionara con la identidad de la persona que había dejado el cuaderno de Josh sobre el capot de su coche. Todo con los reporteros siguiéndolo como mosquitos. Todo para nada. La zona de aparcamiento era de fácil acceso y nadie había visto nada. Dejar la prueba había sido algo tan simple como detenerse un segundo junto al Explorer y bajar la ventanilla. Simple, diabólico, enfurecedor. Se sentía como un zoquete, como si estuviera participando de un juego pensado para un tonto.

De alguna manera, tendría que manejar el tiempo para llevar a su hija al desfile. Su suegra lo había llamado para sugerirle que ella

y Jurgen llevaran a Jessie, diciéndole que después de todo Jessie se iba a quedar con ellos durante el fin de semana. Además, le había dicho que Jessie podría incomodarse si se quedaba con él ahora, con todo ese trabajo terrible y la policía entrando en las aulas de la escuela y asustando a los niños.

Mitch había perdido la paciencia. Joy siempre le hacía perder la paciencia, pero esta vez había llegado muy lejos.

—¿Me está diciendo que mi hija se va a asustar de mí?

—¡No! Sólo decía que…

—Sólo decía, ¿qué?, Joy.

—Bueno, que el niño Kirkwood fue raptado de la calle.

—Créame, Joy, si alguien trata de llevarse a Jessie de la calle mientras estoy allí, le volaré la cabeza.

—Bueno, no tienes que hablarme en ese tono…

—Me pongo un poco nervioso cuando sugiere que mi hija no está segura conmigo, Joy.

—¡Nunca dije eso!

Pero lo había pensado. Lo pensaba todo el tiempo y llevaba esos pensamientos bajo su piel como si fueran gusanos venenosos. Había confiado en él con su hija, y su hija estaba muerta. Había confiado en él con su nieto, y su nieto estaba muerto. Había culpado por completo a Mitch y guardaba esa acusación en su interior, aunque nunca dijera una sola palabra fuera de lugar, y había dejado que esa acusación creciera y se convirtiera en un tumor maligno.

Él lo sabía porque había hecho lo mismo.

Se pasó la mano por la cara. Una parte de él deseaba irse a dormir hasta que la pesadilla terminara, pero de cualquier manera la pesadilla estaba allí. Despierto, era el caso. Dormido, soñaba que se ahogaba en un mar de sangre.

—¿No podías pasar a recoger esas cosas cuando regresabas a casa?

—Allison, estuve trabajando dieciocho horas, tengo tres horas para llegar a casa, comer, ducharme y afeitarme antes de ir a la

Corte. Lo último que quisiera sería detenerme en el maldito 7 de la calle Eleven. ¿No puedes ir tú cuando vas al club?

—Odio esa tienda camino al parque. Es un barrio peligroso.

—Por el amor de Dios, sólo tardarás cinco minutos. Es de día. Esos lugares son peligrosos sólo de noche cuando nadie anda por allí.

—No puedo creer que estemos discutiendo esto otra vez. ¿Por qué nos quedamos aquí? Cada día es peor. Me siento como una prisionera en mi propia casa…

—Por Dios, no empieces otra vez con eso. ¿Podemos esperar hasta que duerma trece o catorce horas antes de volver a tener esta pelea?

—Está bien. Pero quiero tener una verdadera conversación sobre todo esto, Mitch. Lo digo en serio. No quiero vivir de esta manera.

Mientras las últimas palabras de su esposa retumbaban en su mente, hizo girar el anillo de oro que tenía en el dedo.

No había justicia. Ni lógica. No era justo que Hannah Garrison perdiera a su hijo en manos de un fantasma sin rostro cuya única explicación era una cruel burla. La broma estaba en la gente que creía que la vida podía tener sentido.

Y mientras Mitch robaba estos minutos realizando el inútil ejercicio de autocastigarse y agitar un puño ante un mundo injusto, el reloj avanzaba, y cada segundo aumentaba su desesperación.

Necesitaba aclarar su mente, concentrarse. Se aferró con fuerza a los brazos de la silla y trató de respirar profunda y tranquilamente como le habían enseñado en el Departamento de Miami. Concentrar la mente en un solo pensamiento y respirar lenta y profundamente. Muy a menudo, Mitch se había concentrado en la idea de patearle el trasero al psicólogo.

—¡Si ya regresó me verá!

La voz era inconfundible, no era otra que la de Megan. Inconfundiblemente furiosa. Seguida por las pisadas de Noga.

—Pero señorita O… agente, dijo que no quería que lo molestaran.

—¿Molestarlo? ¿Qué le parece descuartizarlo?

Entró antes de que Mitch pudiera hacer otra cosa que ponerse de pie. Ella se detuvo en el medio de la habitación, con las manos apoyadas en las caderas y el abrigo echado hacia atrás. La bufanda larga que al parecer nunca podía controlar le colgaba desde el hombro y llegaba casi hasta el suelo.

Noga apareció atrás de ella.

—Lo lamento, jefe, no pude detenerla.

Noga había podido detener a los hombres de la defensa de la Primera División del colegio, pero no había podido detener a Megan O'Malley. De alguna manera tenía sentido para Mitch. Indicó al patrullero que se retirara.

—Es mi turno, jefe —dijo Megan cuando se cerró la puerta de la oficina—. ¿Por qué no me informaron que Olie Swain tiene una camioneta ochenta y tres blanca? ¿Por qué no me informaron que usted habló con Olie Swain anoche?

—No tengo por qué responderle, agente O'Malley —contestó utilizando las mismas palabras de Megan—. Usted no es mi jefe.

—No, usted no responde a nadie, ¿verdad? Usted es Matt Dillon y estamos en Dodge City. Su pueblo. Su gente. Su investigación. Bueno, todos caerán sobre su cabeza cuando el cuerpo de Josh aparezca en un basurero y se descubra que Olie hizo el trabajo.

Megan sintió que se ponía en tensión después de recibir ese golpe. Bien. Necesitaba que lo golpearan en la cabeza… figurativa aunque no literalmente.

—Por lo menos Steiger es más frontal. Supe que era un desgraciado en el momento en que lo vi. Usted coopera cuando le conviene, y cuando no, levanta sus juguetes y me dice que me vaya a mi casa.

—Muy bien —replicó Mitch con un tono cortante y engañosamente suave—. Vaya a casa. Estoy trabajando con escasos recursos aquí, agente O'Malley. No estoy de humor para escucharla quejarse de que no juego limpio.

—¿Que no está de humor… —repitió Megan, ahogándose de furia. Durante un momento se imaginó arrojándose sobre él. Quería sacudirlo hasta que le temblaran los dientes. En lugar de eso, lo miró sin pestañear—. A pesar de su humor —continuó diciéndole con firmeza—, creo que sería mejor que aclaráramos algunas cosas. Ésta es una investigación, y yo formo parte de esta investigación. Por lo tanto tengo derecho a saber cuando alguien que considero sospechoso tiene una camioneta que se parece a la descripta por la testigo.

—De eso no surgió nada —replicó Mitch—. Helen Black no pudo identificar la camioneta. Olie tiene una coartada…

—Que no ha sido comprobada en absoluto…

—No había nada adentro de la camioneta…

—¿Miró adentro de la camioneta sin una orden? —exclamó Megan con incredulidad—. Dios, de todas las cosas estúpidas…

—Tenía su consentimiento verbal…

—¡Lo cual no significa una mierda!

—Si hubiera visto algo podría haber remolcado la camioneta al depósito por infracción de las ordenanzas de aparcamiento y habríamos conseguido una orden. No vi nada que pudiera relacionar a Olie o a la camioneta con la desaparición de Josh.

—¿Pudo ver las huellas digitales, Superman?

El sarcasmo de Megan lo hería de una forma que ella no podía comprender. La ira era su respuesta automática contra el dolor.

—No podríamos haber obtenido una orden para trabajar en la camioneta, agente O'Malley. No hay forma de tomar huellas o aspirar fibras o rociarla con luminol para encontrar rastros de sangre. No tenemos nada contra Olie Swain.

—El hecho es que usted sabe que considero al hombre como un sospechoso. Tendría que haber sido notificada… si no anoche, por lo menos esta mañana.

—No se me ocurrió —Mitch sabía muy bien que tendría que habérselo dicho. Él sabía que ella lo descubriría. Lo había herido

mucho con la frase de Matt Dillon. Él quería el control del juego y de los jugadores. De una forma que ella no podría comprender, Deer Lake era su pueblo, su paraíso. Detestaba que le señalaran que su sensación de control era sólo una ilusión.

—Estamos trabajando juntos en esta investigación, jefe —advirtió Megan—. No estoy aquí para decorar un escaparate; vine para hacer un trabajo y no me agrada que me dejen afuera del juego.

Ésa era la razón de gran parte de su enfado: había sido excluida. Todos supieron sobre Olie y su camioneta antes que ella. El antiguo sistema de los muchachos había funcionado como siempre y la había dejado sintiéndose como una tonta, una expulsada. No era la primera vez ni sería la última, pero eso no significaba que debiera aceptarlo.

Mitch se alejó lentamente de ella y se volvió. La lámpara del escritorio zumbaba suavemente. Los sonidos de los teléfonos de la otra habitación apenas penetraban por las paredes, los rumores distantes sólo aumentaban la sensación de aislamiento.

—Está bien —admitió Mitch—. Tendría que habérselo comunicado y no lo hice. Ahora lo sabe.

Era lo más parecido a una disculpa que le daría. Megan sabía muy bien cómo aprovechar las pequeñas victorias. Liberó un poco de su propia tensión y miró la oficina como si la viera por primera vez desde que había entrado.

—¿Por qué estaba sentado aquí en la oscuridad?

—Estaba… protestando contra el destino —murmuró—. Prefiero hacerlo en privado, si no le importa.

—No sirve de mucho, ¿verdad?

Una afirmación de los hechos. Una confesión de mala muerte. Mitch oyó la empatía. «Se parecían mucho, —pensó él—. Aunque pareciera extraño. Como policías habían pasado por la misma máquina trituradora, habían visto demasiado, se habían preocupado mucho. Ella tenía aún su sentido de justicia, no estaba tan venido a menos como el de él». Esa verdad lo hizo sentir viejo y golpeado.

Miró hacia afuera por la ventana que había atrás del escritorio. La noche estaba tan negra como tinta, fría, desapacible.

—No puede culparse, Mitch —dijo Megan, acercándose sin advertir que habían pasado de un cuadrante de la relación a otro. No lo había llamado jefe.

—Seguro que puedo. Por muchas cosas.

Megan se acercó más, acortando la distancia entre ellos, y lo miró a los ojos. Estaban muy cerca de la lámpara, tan cerca que podía ver las profundas marcas del cansancio y los viejos recuerdos en el rostro de Mitch. Él desvió la mirada y frunció el entrecejo, la cicatriz del mentón le brillaba bajo la pálida luz.

—¿Por qué? ¿Por su esposa?

—No quiero hablar de eso —se volvió hacia ella, con una expresión ruda—. En realidad no quiero hablar.

La acercó a él e inclinó la cabeza sintiendo el pelo frío y oscuro en el rostro. Tenía aroma a jazmín.

—Esto es lo que quiero de ti —le levantó el mentón y la besó.

El calor del beso era muy intenso. El beso era impetuoso, salvaje, puro sexo descarnado que exigía una respuesta ardiente, elemental. Megan también lo besó temblando de pasión. Sintió deseos de abandonar su control y dejarse llevar por esta ola de emociones. Se concentró en la tibia esencia masculina. El contraste entre sus talles y sus fuerzas, la sensación de los músculos de su espalda, la erótica sensación de su lengua tocando la de ella.

Un débil gemido escapó de la garganta de Megan, y él respondió de inmediato. La abrazó con más fuerza contra él con un brazo, mientras la otra mano buscaba su pecho. Megan tembló cuando sintió el pulgar de él sobre el pezón, a través de la tela.

—Te deseo a ti —le besó la mejilla, las cejas—. Quisiera estar adentro de ti ahora.

Megan tembló ante las imágenes que evocaban esas palabras, ante las sensaciones que erizaban sus terminaciones nerviosas. Lo sentía contra su abdomen, listo para cumplir con su afirmación. Y

ella lo deseaba. Dios, cómo lo deseaba… Quería sentir toda la potencia del deseo liberado, saber qué se sentía al levantar por completo el control que ordenaba su vida.

Pero estaban en la oficina de Mitch. Él era el jefe de policía y ella una agente del DCC. Se verían en esta oficina, organizarían el trabajo en esta oficina. ¿Y qué sucedería cuando el ardor entre los dos terminara y aún tuvieran que ir a esa oficina cada día?

—Yo… no podemos —murmuró Megan, sin aliento, su cuerpo ardiendo con la urgencia de decir sí.

—Por supuesto que podemos —alzó su mentón y la obligó a mirarlo. Su mirada era ardiente, llena de pasión y determinación. Eso era lo que él quería; sumergirse en ella y en alguna clase de olvido blanco y tibio, donde no hubiera culpa ni carga.

—Esto es sólo sexo —apretó la mano con la que rodeaba su espalda y la abrazó con más fuerza—. No usaremos insignias. ¿O quizás es eso lo que te preocupa?

Empujando con sus manos el pecho de Mitch, Megan trató sin éxito de alejarse de él.

—Te dije que no tenía miedo de ti.

—¿Pero tienes miedo de ser mujer conmigo?

Ella no respondió. «No podía, —pensó Match—. Si decía que sí, admitiría una vulnerabilidad. Si decía que no, se comprometía a acostarse con él. Era demasiado cautelosa como para acorralarse así. Y menos sin una buena razón». Mitch pensó que no sería el primer policía que pretendía conquistarla en sus diez años de trabajo. Recordó cómo había sido en Miami, apostaban en el vestuario quién sería el primero en anotarse un tanto con la nueva falda del escuadrón. Y sabía lo que significaba cuando sucedía. La mujer perdía el respeto que había tenido de sus compañeros oficiales. El respeto era todo para Megan. El trabajo era todo para Megan. Se necesitaría algo más que simple deseo para hacerla cruzar esa línea, y Mitch se recordó a sí mismo que no quería dar más.

Le permitió alejarse lentamente y a regañadientes.

—Probablemente sea lo mejor —murmuró mientras se volvía para tomar el abrigo del perchero.

Megan permaneció atrás, incrédula, mientras lo observaba cómo se ponía el pesado abrigo. Él podía besarla de esa manera y luego alejarse como si nada hubiera sucedido. Sintió ganas de patearlo, pero no lo hizo. Y se tragó las malas palabras que le quemaban la punta de la lengua. Él le había hecho una propuesta, ella la había rechazado. Así de simple.

—¿A dónde vas?

—Prometí a Jessie que la llevaría a McDonald's y al desfile de antorchas.

—Oh.

Mitch la miró mientras se arreglaba el cinturón del abrigo. Se le había soltado la hebilla y ahora el pelo le caía sobre los hombros como la crin de un caballo salvaje. Tenía los ojos bien abiertos y ellos mostraban más de lo que ella les hubiera permitido. Tenía el aspecto de una niña a la que nunca habían sacado a bailar en la escuela.

—¿Quieres un Big Mac y un helado? —le preguntó sorprendiéndose él mismo.

Megan entrecerró los ojos, con un gesto de sospecha.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Por favor, O'Malley, es MacDonald's, no Lutece. ¿Vienes o no?

—Eres tan gracioso que no puedo resistirme, pero no me gustaría entrometerme.

Mitch sonrió con su rencor.

—Oh, di la verdad. Ibas de camino a la iglesia Grace Lutheran para la cena anual del *lutefisk*.

Megan arrugó la nariz.

—No, aunque viva cien años. Prometí no comer nada raro. Además, creo que el *lutefisk* es una de esas comidas que la gente se

acostumbró a comer porque no había otra cosa, y se convirtió en una tradición por error.

—Sí, no sé por qué los escandinavos son tan hoscos. Si tuviera que comer bacalao hervido aliñado con una solución de lejía, yo también tendría aspecto de Max von Sydow.

Compartieron una risa que los hizo regresar al departamento amigos de su relación.

—¿Un Big Mac? —insistió Mitch levantando las cejas. Ella también quería. Pero realmente tenía que regresar a su oficina… a llamar a DePalma. Una noche formidable.

—Vamos —le dijo—. Yo jugaré por las patatas fritas. ¿Qué dices, O'Malley?

—Está bien, vamos, Diamond Jim —se arrolló la bufanda en el cuello—. Tú gana las patatas, yo ganaré los Tums.

16
Día 3
18:10 -5°C

Jessie tenía sus dudas sobre aceptar una invitada extra en la cena. Cuando se sentaron en sus lugares para esperar que Mitch trajera la bandeja, estudió detenidamente a Megan. Ella no dijo nada y utilizó el tiempo para observar a la hija de Mitch. Jessie Holt era una niñita encantadora, con grandes ojos castaños y nariz pequeña. Tenía el pelo castaño largo peinado hacia atrás y trenzado cuidadosamente sobre la espalda. Dos broches de la princesa Jazmín habían sido agregados en sitios, y ángulos extraños que sugerían el toque personal de Jessie.

—¿Eres la novia de mi papá? —le preguntó directamente, no pareciendo muy contenta con esa perspectiva.

—Tu papá y yo trabajamos juntos —respondió Megan, eludiendo el tema.

—¿Tú también eres policía?

—Sí, por supuesto que lo soy.

Jessie se acomodó en su silla, cruzó los brazos y caviló sobre esto. Tenía puesta una camiseta blanca con diminutos corazones de colores y un jersey de punto con los colores del parchís. En la pechera tenía aplicada la imagen de una niña pecosa con trenzas. Jessie tomó una de las trenzas y tocó su nariz con ella.

—Nunca vi a una mujer policía.

—No somos muchas —confesó Megan, apoyando los codos en la mesa—. Mi papá también era policía. ¿Crees que serás policía cuando seas mayor?

Jessie negó con la cabeza.

—Voy a ser veterinaria. Y una princesa.

Megan contuvo la risa.

—Eso suena muy bueno. ¿Qué hace una veterinaria?

—Ayuda a los animales cuando se enferman y los hace sentir mejor.

—Ése es un buen trabajo. A mí también me gustan los animales. Tengo dos gatos.

Jessi abrió grandes los ojos.

—¿En serio? Yo tengo un gato de juguete que se llama Whiskers. Mi abuela dice que no puedo tener uno verdadero por la alergia de mi abuelo.

—Qué pena…

—Pero tengo un perro —agregó la niña, y se inclinó hacia adelante. Apoyó las manos sobre la mesa imitando la pose de Megan —. Se llama Scotch… como bombón escocés. Es mayor que yo, pero es mi perro. Eso dice papá.

—Lo que papá dice va —dijo Mitch, apoyando la pesada bandeja sobre la mesa.

—¿Adónde va? —Jessie hizo una mueca y tocó el abdomen de su padre mientras él se sentaba. Luego levantó la cabeza y lo miró de arriba abajo—. ¡Va a Timbuktu!

Mitch puso cara de tonto, la abrazó y le hizo cosquillas. Era obvio que habían repetido este número muchas veces.

Megan se sintió fuera de lugar. Mitch quería estar con su hija, y la había invitado sólo por cortesía. Se reprochó el haber aceptado y por permitir que la invadieran antiguos recuerdos. Era una mujer grande y tenía cosas mejores que hacer con su tiempo que sentir lástima por ella misma por tener una familia *disfuncional*.

—Hey, O'Malley, ¿estás bien?

—¿Qué? —Miró a Mitch y se sintió incómoda al verlo preocupado —. Sí —respondió y miró la hamburguesa envuelta que tenía frente a ella. El olor a cebolla frita flotaba en el aire y la tentaba—. Sólo estaba… pensando en el caso. Tendría que haber ido a revisar los interrogatorios que los muchachos hicieron al personal del hospital. Quizá no vaya al desfile.

—Cálmate un poco —le dijo Mitch—. Comprendo que el reloj no se detiene, pero no puedes trabajar veinticuatro horas por día. Si sigues así te agotarás física y mentalmente, y luego no servirás para nada.

Megan se encogió de hombros.

—Hoy sólo trabajé diez horas. Puedo hacer un poco más y aún me quedará resto —puso su mejor rostro inexpresivo—. Pienso mejor de noche. No hay tantas distracciones.

Mitch frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Jessie bebió un sorbo de leche.

—Papá, ¿crees que en el desfile estarán esos hombres vestidos como pedazos de queso como la última vez? Eran divertidos.

—Probablemente, cariño —respondió mirando a Megan. Jessie comenzó a contar los detalles del desfile de antorchas del año anterior. Y Megan, contenta por la distracción, se concentró en la niñita, sabiendo que para cuando finalizara la historia la comida ya habría terminado y podría marcharse. Mitch merecía estar a solas con su hija, y Megan quería retirarse de este terreno desconocido a una de las cosas que sabía que podía hacer bien: su trabajo.

20:19 -6°C

Megan condujo por las calles desiertas de Deer Lake maldiciendo la calefacción del coche. Era una época del año rídicula para un desfile, y sin embargo parecía que allí había ido todo el mundo. Megan se preguntó cuántos de los integrantes de las bandas de las escuelas que ejecutaban instrumentos con la boca terminarían con los labios congelados.

La historia de Jessie sobre el desfile del año anterior la hizo sonreír. Se imaginó las carrozas que había visto en las cocheras del cuartel de bomberos, los payasos y los patinadores disfrazados de trozos de queso deslizándose y cayendo por las calles unos sobre otros, mientras la gente que colmaría las aceras se reía entusiasmada.

¿Cuánta risa habría esta noche? Esta noche en la que todos estarían pensando en un niño raptado, cuando todos los que desfilaban llevarían un mono amarillo y todas las carrozas llevarían carteles diciendo: Devuelvan a Josh a casa.

Megan deseaba de todo corazón que pudieran devolver a Josh a su casa. Tenían tan poco para continuar. Las pistas sólo habían conducido a callejones sin salida y falsas esperanzas. La mente de Megan continuaba apuntando en dirección a Olie Swain. Era lo más cercano a un sospechoso que tenían. Mitch tenía que haber pensado lo mismo o no se habría arriesgado a revisar la camioneta de Olie.

Volvió a pensar en que tendría que haberle contado sobre la camioneta. Y sobre él. Ella podría haber levantado el auricular y

averiguado sobre el pasado de Mitch con un par de llamadas. Si lo hubiera querido, podría haber llamado a TV 7 y pedido una copia del trabajo que Paige Price había hecho sobre él. Podría haber llamado a alguien de Miami o revisado la historia en los archivos del *Miami Herald*. Pero no haría ninguna de estas cosas. Tenía que surgir del propio Mitch, y la razón para eso la asustaba demasiado. En su interior, donde la lógica no significaba nada, deseaba que él confiara en ella.

Eres demasiado estúpida para las palabras, O'Malley.

Él quería acostarse con ella, no entregarle su corazón. Ella quería ir con él. Su tercer día en el trabajo y quería tener sexo con el jefe de policía.

Eres demasiado estúpida para vivir, O'Malley.

Deseo. Química. Atracción animal. Las emociones exaltadas de una situación volátil. Necesidades físicas ignoradas durante demasiado tiempo. Las excusas rebotaban en su mente, todas verdaderas, ninguna de ellas la verdad absoluta. No buscaría el corazón de la verdad. Tenía mucho miedo de lo que podría encontrar. Una necesidad que nunca había sido satisfecha. Un anhelo que había estado siempre con ella. Sueños tontos.

En su vida no había lugar para una relación, especialmente con Mitch Holt, con todas las complicaciones que eso le traería. Ni siquiera podía creer que estuviera fantaseando con la idea. Las fantasías sobre un amor y una familia y niñitos de pelo oscuro siempre habían sido relegadas para las horas más oscuras y solitarias de la noche, donde podían ser descartadas como sueños cuando llegaban la luz del día y la realidad. La confundía el hecho de que surgieran ahora, cuando no tenía ni el tiempo ni la energía para enfrentarlas. Su concentración tenía que estar en el caso.

Con una simple determinación que la había guiado siempre en su carrera, apuntó su mente en esa dirección y condujo hacia el patinódromo. Permaneció sentada en la zona de aparcamiento durante un largo rato, observando la camioneta de Olie,

interrogándose, con una ansiedad dando vueltas en su interior. Una corazonada, algo que se estaba formando, fuera de su alcance, como una comezón que no podía rascar. Y en su mente casi podía oír la voz de Josh que leía la oración del cuaderno: *Los niños molestan a Olie, pero no tiene sentido. Él no puede evitar su aspecto*.

En el interior del edificio se oía música: Mariah Carey cantaba *Héroe*. Los asientos estaban vacíos y oscuros. Las luces brillaban sobre el hielo, donde un solo patinador realizaba una práctica, moviéndose y saltando al compás de la encantadora canción. Megan se encaminó hacia el lugar que ocupaban los equipos y se sentó en un asiento de la primera fila.

La patinadora era una mujer joven, rubia, pequeña aunque atlética, con calzas negras, traje de esquiar color púrpura y jersey suelto color marfil. Estaba concentrada en la música, los movimientos de sus pies y de sus brazos. Cada movimiento era mantenido con perfección hasta enlazar con el siguiente. Sus saltos eran graciosos, poderosos, con caídas tan suaves que parecían desafiar las leyes de la física. La música se hacía más intensa y luego más suave. La patinadora terminó inclinando la espalda hacia atrás, como una bailarina de una caja musical.

Megan aplaudió, atrayendo la atención de la joven en su dirección por primera vez. Ella sonrió y saludó con la mano agradeciendo el aplauso, luego se acercó patinando con las manos sobre las caderas.

—Me ha gustado muchísimo —le dijo Megan.

La joven se encogió de hombros, pues apenas podía respirar.

—Aún necesita ensayo, pero gracias. ¿Podría alcanzarme esa botella de agua?

Megan tomó una botella plástica con agua mineral y se la alcanzó.

—Soy Megan O'Malley del Departamento de Captura Criminal.

—Ciji Swensen —tomó una toalla de la baranda, se secó los labios y la frente y miró con sus ojos celestes a Megan—. Leí algo sobre usted en el periódico. ¿Está aquí por el secuestro? Me siento tan mal por la doctora Garrison.

—¿Conoce a Josh?

—Claro. Conozco a casi todos los del pueblo que puedan ponerse un par de patines. Soy instructora del Figure Skating Club.

—¿Trabajando tiempo extra?

—Practicando. El club presenta un pequeño *show* todos los años en Snowdaze. Éste es uno de mis números. Sabía que esta noche todos estarían en el desfile así que pensé en aprovechar la pista para mí sola. Es algo especial… para Josh. El club decidió entregar los beneficios de la exhibición al centro de voluntarios.

—Eso es muy generoso.

—Sí, bueno, tenemos que hacer algo. Me enferma pensar que un pervertido se llevara a Josh de aquí afuera del patinódromo. Por lo que sé, yo podría haber estado aquí cuando eso sucedía.

—¿Estaba aquí esa noche?

Ciji asintió con la cabeza mientras bebía un poco más de agua.

—Tenía una clase a las siete.

Una voz masculina gritó en la oscuridad desde un extremo de la pista.

—¿Quieres la música otra vez, Ciji?

—No, gracias, Olie —le respondió—. Estoy descansando.

Megan miró con atención y vio la silueta de la cabeza y los hombros de Olie que se movía en las sombras.

—¿Vio a Olie esa noche?

—Sí, claro —la joven se encogió de hombros—. Olie siempre está aquí por alguna parte.

—¿Arregla el hielo antes de su clase?

Ella asintió con la cabeza.

—Arregló el hielo después del entrenamiento de los Squirts.

—¿A qué hora fue eso?

—Cinco y cuarto, cinco y media —Ciji frunció el entrecejo con preocupación—. Mire, sé que hay gente en el pueblo que quiere culpar a Olie, pero él no es una mala persona. Quiero decir que realmente es muy dulce. Nunca lo vi comportarse de manera incorrecta con los niños.

—¿Volvió a verlo más tarde esa noche?

—Sí, claro. Volvió a arreglar el hielo a las ocho, antes de la clase de *hockey* de los mayores.

Lo cual dejaba unas horas en blanco en las que podía haber hecho cualquier cosa, incluyendo raptar a Josh Kirkwood.

Ciji dejó el agua junto a los tableros y envolvió sus manos con la toalla.

—Usted no cree que él lo haya hecho, ¿verdad?

—Estamos tratando de establecer una cronología de los acontecimientos del miércoles a la noche —le explicó Megan, sin confirmar ni negar—. Es importante que sepamos dónde estuvo cada persona. ¿Hasta qué hora estuvo usted aquí?

—Ocho y cuarto. Siempre me quedo hasta que los mayores hagan calentamiento —sonrió un poco—. Les gusta coquetear. Son encantadores.

—¿Vio algo o a alguien extraño?

La sonrisa desapareció.

—No, como le dije ya al oficial que me interrogó ayer…; ojalá pudiera decir otra cosa. Ojalá pudiera ser una heroína para ayudar a Josh, pero no vi nada.

—Gracias de cualquier manera —dijo Megan—. La dejaré que regrese al trabajo. Fue un placer conocerla.

—Claro —Ciji dejó la toalla sobre la baranda y se fue patinando graciosamente hacia el centro de la pista—. ¡Espero que pueda ir a la fiesta el domingo!

—Trataré —gritó Megan, mientras salía del asiento hacia el final del patinódromo.

Olie la vio venir. La mujer policía que lo miraba sin parpadear. No quería hablar con ella. No quería hablar con nadie. Sabía lo que la gente estaba diciendo… que su camioneta se parecía a la que estaba buscando la policía. Bueno, Mitch Holt ya había revisado su camioneta por adentro y no había encontrado nada. Así que podían ahorcarse todos aquéllos que lo miraban de reojo y decían cosas sobre él a sus espaldas. De todos modos, no le importaba lo que pensaran. Todo lo que quería era que lo dejaran tranquilo. Tomó su botella de litro de Coca Cola y su libro sobre teorías del caos y se encaminó hacia la puerta de los vestuarios.

—Señor Swain, ¿puedo hablar con usted?

—Hable con el jefe —refunfuñó—. No tengo nada más que decir.

¡Cuida tus modales, Leslie! No seas rudo, Leslie. Nunca te vuelvas cuando te estoy hablando, Leslie.

Pestañeó oyendo la estridente, voz dentro de su cabeza.

—Sólo tardaremos un minuto.

Si se iba a su oficina, ella lo seguiría. No quería eso. No le agradaba que nadie fuera allí. No podía respirar cuando otras personas entraban en su territorio.

—Sólo tengo un par de preguntas para usted —dijo Megan poniéndose a su lado.

Podía olerlo a un metro y medio. El olor a cebolla de una mala higiene y una abundante actividad de las glándulas sudoríparas salía de él como una colonia en mal estado. Llevaba el mismo jersey y la misma chaqueta que vestía la primera noche. Se quedó mirándola, con un libro apretado contra el pecho, el ojo de vidrio fijo en ella y el sano mirando por todos los alrededores.

—Señor Swain, sé que arregló el hielo la noche en que Josh desapareció. Tan pronto había terminado el entrenamiento de su equipo, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—¿Y luego otra vez antes de que jugara el equipo de los mayores?

Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Podría decirme dónde estuvo mientras tanto?

—Por ahí —vaciló oyendo su propia beligerancia.

No me hables en ese tono, Leslie. Desearás no haberlo hecho, señor Smartmouth. Te haré desear no haberlo hecho.

La mujer policía lo estaba mirando a los ojos. Quería que se marchara. Tenía ganas de golpearla en la cara para que dejara de mirarlo y volver a golpearla mientras le gritara que lo dejara en paz. Pero no podía hacer esas cosas, y el saber que no podía lo hacía sentir débil e impotente. Un enano. Un error de la naturaleza. Apretó con fuerza la botella de Coca-Cola y frunció tanto el entrecejo que su pequeña boca tomó la forma de una herradura.

—¿Alguien puede confirmarlo? —preguntó Megan y observó la mano derecha de Olie que llevaba el mismo guante de lana. Cuando apretó la botella hasta que la hizo crujir, los medios dedos de los guantes dejaron al descubierto sus nudillos; Megan observó finas líneas azules en cada dedo. El corazón se le aceleró.

—No hice nada —dijo Olie disgustado.

—Yo no dije que lo hubiera hecho, señor Swain —replicó Megan con calma—. Pero su camioneta se parece mucho a la que describió nuestro testigo. Si usted no la conducía, quizás alguien lo hacía. ¿Tiene algún amigo al que podría habérsela prestado? Puede decírmelo, no tendrá ningún problema.

—No —replicó Olie meciéndose hacia atrás y hacia adelante sobre los costados de las zapatillas, y apretando rítmicamente la botella de Coca-Cola.

—Y usted afirma que estuvo aquí toda la tarde, ¿pero no tiene a nadie que pueda confirmarlo?

—¡Yo no hice nada! —gritó Olie—. ¡Déjeme en paz! —Tiró la botella en el cubo de basura junto a la puerta, luego se volvió y corrió por el pasillo oscuro.

—No sé si yo podré hacer eso, señor Swain —murmuró Megan. Contuvo el aliento, se inclinó sobre el recipiente y sacó la botella tomándola del pico.

20:43 -6°C

El desfile de antorchas incluía las tradiciones acostumbradas del Snowdaze: El Rey Escarcha y la Reina de las Nieves, con ropa interior térmica bajo el traje; el equipo de pescadores Happy Hookers, haciendo girar las cañas como bastones de un desfile; los Shriners, embebidos en aguardiente y serpenteando de manera imprecisa con sus pequeños carros para la nieve. Había trineos tirados por caballos y perros que arrastraban trineos, y un rebaño de rotarios vestidos como abominables hombres de las nieves. Pero como Mitch había sospechado, la atmósfera no era de ninguna manera festiva. Los espectadores que se alineaban en las calles estaban demasiado conscientes de los carteles que mostraban a Josh y de las cámaras de televisión que habían venido a captar la desesperación de un pueblo en sus cintas de vídeo. Cuando el contingente del centro de voluntarios desfiló en silencio y con velas encendidas, se oyó a gente que estaba llorando. Jessie se aferró a Mitch durante todo el tiempo, y se quedó muy quieta, hasta que apoyó la cabeza sobre el hombro de su padre y le pidió que la llevara de vuelta a casa.

Mitch le besó la punta de la nariz y la abrazó.

—Claro, cariño, iremos a ver si la abuela nos prepara un poco de chocolate caliente para calentarnos las narices y los dedos. ¿Está bien?

La risita que no esperaba que se materializara lo hizo. Asintió apenas con la cabeza y rodeó con más fuerza su cuello.

—Mitch, ¿nos puede hacer alguna declaración?

Mitch se volvió y vio a Paige Price. Sólo atinó a alejarla de la multitud.

—Por el amor de Dios, Paige, ¿nunca se da por vencida? ¿No tiene límites?

Paige lo miró con una expresión de dolor, aunque sabía que él no le creería. Si García obtenía buenas tomas, luego podrían utilizarlas buscando la edición más conveniente. El camarógrafo retrocedió con ella mientras filmaba.

—Esto no está fuera de los límites, jefe Holt.

—No, creo que ni siquiera se puede comparar con difundir una prueba clave. Usted ha tenido un día muy ocupado, señora Price —respondió con sarcasmo. Por el rabillo del ojo veía que la gente empezaba a observarlos, distrayendo su atención de los giros de los duendecillos de Debbie Dutton, que bailaban con sus trajes de nieve y giraban al compás de la música de «Winter Wonderland».

—No veo la manera en que esa información sobre las notas podría comprometer el caso —respondió Paige.

—Se lo diré mañana, cuando reciba ciento cincuenta notas impresas en papel barato adjudicándose el secuestro. Quizás usted y el camarógrafo podrían ir a confirmar ciento cincuenta llamadas para verificar a esos chiflados en lugar de ayudar a los grupos de rescate o a los pocos oficiales que quedarán para seguir las verdaderas pistas.

Jessie levantó la cabeza, le temblaba el labio inferior.

—Papi, no seas malo —se quejó con los ojos húmedos.

—Todo está bien, cariño —susurró Mitch—. No estoy enfadado contigo; se trata de esta dama —apoyó la cabeza de Jessie sobre su hombro e hizo retroceder a Paige hasta la fachada de ladrillos de la librería Fine Line—. ¿Cuál es su fuente, Paige?

—Usted sabe que no puedo divulgar esa información.

—Oh, eso es perfecto —replicó Mitch con un gesto de desprecio —. ¿Sus fuentes son sacrosantas, pero difundir la información

confidencial de la policía es juego limpio? Aquí hay algo que no cuadra, Paige.

Sin darle oportunidad para refutar esa afirmación, dio unos pasos hacia la derecha. La cabeza de Jessie casi golpeó contra la lente de la cámara. Apartó la cámara con violencia y acercó su cara a la del camarógrafo:

—¡Saque esa maldita cosa de mi rostro o se la pondré de sombrero!

Jessie comenzó a llorar. Mitch trató de calmarla y al mismo tiempo miró en los ojos a Paige.

—Descubriré quién filtró esa información. Le patearé el culo en mitad de la semana que viene —le dijo con los dientes apretados.

Paige no respondió y fingió estar tranquila, aunque en su interior estaba temblando al ver la furia en el rostro de Mitch Holt. Mientras Holt se alejaba con su hija en los brazos, García sostuvo la cámara como si fuera un niño de pecho y se inclinó hacia Paige.

—Mierda, qué carácter tiene ese tipo… Recuérdame no resistir un posible arresto mientras estemos por aquí.

21:05 -7°C

Joy Strauss expresó su desaprobación mientras colgaba el abrigo de Jessie en el armario.

—Esto era precisamente lo que yo temía —murmuró lo suficientemente alto como para que Mitch la oyera.

Mitch observó la nuca de su suegra, sin ánimo para responder a los picotazos de Joy. Era una mujer delgada, graciosa que, de no ser por la acritud de su lengua, habría sido atractiva. Tenía el pelo castaño y canoso, y lo usaba largo hasta los hombros en un corte que no tenía edad. Se vestía como una matrona y usaba su pesimismo como si fuera un collar de perlas.

—Este secuestro la ha aterrorizado —continuó. Meneó la cabeza mientras cerraba la puerta del armario—. Es asombroso que aún pueda dormir. Maníacos sueltos, robando niños de las calles.

Mitch abrazó más fuerte a Jessie y miró a Joy con una expresión de advertencia.

—Es sólo un incidente, Joy, no una epidemia. Jessie está cansada, ¿verdad, cariño?

Jessie asintió con la cabeza.

—Bueno, ven con la abuela, Jessie. Subiremos e iremos a la cama —dijo Joy extendiendo los brazos.

—Yo la llevaré —replicó Mitch.

La niña se encaminó hacia la sala, chasqueando la lengua. En la sala se oía el *Washington Week* en la televisión, y Jurgen estaba leyendo un libro.

Mitch llevó a Jessie a su dormitorio y la ayudó a ponerse el camisón. Le contó todo sobre las actividades del Snowdaze del fin de semana y le aseguró que allí se divertiría con sus abuelos. El abuelo quizá la llevara a ver las esculturas de hielo en el parque o los bolos humanos. Quizá podrían ir a correr en trineos. La abuela tenía entradas para la exhibición de patinaje sobre hielo. ¿No sería divertido?

Jessie no estaba muy conversadora. Se lavó la cara, se cepilló los dientes y se metió en la cama que Mitch había abierto para ella. Él se sentó junto a ella y le acarició el pelo con ternura.

—Di tus oraciones, cariño —dijo, dándole un beso en la frente.

Jessie levantó su cara para mirarlo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Papi, tengo miedo.

—¿Miedo de qué, cariño? —Mitch contuvo el aliento.

—Miedo de que me lleve alguien.

Se acomodó en la falda de Mitch. Él la abrazó con fuerza.

—Nadie te va a llevar, cariño.

—¡Pp… pero aa… alguien se ll… llevó a Josh! L… la a… abuela dice que s… sucede t… todos los d… días…

—Aquí no —le respondió Mitch mientras la mecía—. Nadie te va a llevar, cariño. ¿Recuerdas todo lo que hablamos sobre las cosas que debes hacer para que no te pase nada? ¿Recuerdas lo que hablamos sobre los extraños y cómo tienes que correr cuando tengas miedo a alguien?

—P… pero se ll… llevaron a Josh, y… él… es un n… niño grande. ¡Yo soy pequeña!

A Mitch se le destrozó el corazón. Apretó la cabeza de Jessie contra su pecho y la meció con más fuerza, parpadeando rápidamente ante el calor que le punzaba los ojos.

—Nadie te va a llevar, bebé. No dejaré que eso suceda.

La mantendría a salvo. ¿Como había hecho con su hermano? El pensamiento era como un cuchillo en el pecho. Un estilete que

llegaba muy profundo, atravesando carne, huesos y alma. Se mordió el labio hasta que sintió el sabor de la sangre, cerró con fuerza los ojos hasta que le quemaron. Abrazó a su hija: sabía que era la única que le quedaba porque no había sido capaz de mantener a salvo a su hermano. Y sabía que no importaba lo mucho que se esforzara, lo mucho que creyera que se lo merecía; tampoco había garantías de poder mantener a salvo a Jessie.

«Seas quien seas, maldito seas. Maldito por haberte llevado a Josh, por robar la inocencia de este pueblo. Si tengo la oportunidad te enviaré personalmente al infierno».

Meció a Jessie y le susurró al oído hasta que dejó de llorar y se durmió. Luego la arropó y se quedó allí sentado, contemplándola, queriéndola tanto que su amor se transformó en un dolor físico. Permaneció allí sentado, sin darse cuenta de que el tiempo iba pasando. Oyó que Jurgen y Joy habían subido, y que Joy se detenía en la puerta de Jessie. Él no abrió, ella finalmente se marchó y apagó la luz del pasillo.

Cuando dejó a Jessie y salió de la habitación ya hacía bastante que la casa estaba en silencio. Había dejado encendida la luz de la mesilla de noche por si la niña se despertaba inquieta. Deseaba poder llevársela a casa, pero hacía un mes que Joy le había pedido este fin de semana con Jessie. También estaba el caso. Había dejado órdenes precisas para que lo llamaran en el momento en que se produjera algo relacionado con Josh. No quería molestar más a Jessie permitiendo que la despertara su intercomunicador.

El reloj del tablero del Explorer indicaba trece minutos pasando la medianoche. El barrio estaba tranquilo y oscuro.

Los bares del centro aún estarían abiertos, pero no deseaba ruido. La parada de camiones Big Steer de la interestatal estaba abierta toda la noche, pero no deseaba las preguntas ni la charla que su llegada provocaría entre los dueños y los ayudantes. Del otro lado del callejón su casa estaba vacía, pero no podía soportar la idea de estar solo.

Pensó en Megan y casi se rió de él mismo. Entre todas las mujeres…

Desde la muerte de Allison había soportado un interminable desfile de damas disponibles. Mujeres agradables, mujeres gentiles, mujeres que hubieran hecho cualquier cosa por complacerlo, y mujeres que hubieran hecho cualquier cosa para conquistar su corazón. Las había rechazado a todas y las había enviado a buscar hombres que valieran más que él. No había permitido que lo acompañaran ni que lo compadecieran. Cuando la necesidad física ya no podía ser ignorada, iba a las Cities y encontraba alivio sin ningún compromiso. Las citas de una sola noche se habían convertido en otra parte del ciclo de su vida.

Nunca había pensado que ése era un sentido muy patético para una vida. Era lo que quería y para lo que estaba preparado. Era seguro e indoloro. Y vacío… y solitario… y esta noche no quería sufrirlo.

Sin pensarlo más encendió el motor y fue hacia Ivy Streer.

17
Día 4
0:24 -8 °C

Megan soñaba con un mundo cubierto de polvo para tomar huellas digitales. Un polvo que invadía todo como una niebla y que hacía daño en los pulmones cuando intentaba respirar, como si tuviera un elefante sobre el pecho. Todo estaba cubierto de huellas digitales. Flotaban en el espacio como cenizas en el viento. Se despertó sobresaltada con Friday sobre el pecho, que la miraba con los ojos brillantes en la oscuridad.

—¡Dios, pesas una tonelada! ¡Vete! —exclamó Megan y trató de sentarse.

El gato saltó a una caja con libros, la miró de manera desagradable y luego levantó la pata trasera para rascarse.

Megan lo ignoró y trató de ignorar la desorientación de despertarse en lo que era esencialmente un lugar extraño. Tenía que desembalar sus cosas pronto y convertir este apartamento en un hogar, pensó mientras se ajustaba el cinturón de la vieja bata de franela azul. No podía soportar la sensación de transitoriedad. La provisionalidad podría describir muy bien su estado en Deer Lake si a DePalma se le quemaban los fusibles.

Si podía encontrar una pista en el caso, disiparía un poco el calor, dirigiría la atención de la prensa hacia algún tema más importante

que el de la primera agente de policía del estado.

Más importante aún, si podía obtener una pista podrían encontrar a Josh y traerlo de vuelta a casa.

Megan había utilizado su propio equipo de identificaciones para levantar las huellas digitales de Olie Swan de la botella de Coca-Cola, las había pasado a tarjetas y enviado por fax a la división Archivos en el cuartel, para que las pasaran por la red MAFIN. El sistema informatizado buscaría unas huellas iguales en su banco de datos. Si las encontraban sería notificada de inmediato. También había enviado las huellas al Centro Nacional de Información del Crimen del cuartel general del FBI, en Washington, D. C., para que las verificaran en su propio sistema informatizado de identificación de huellas digitales. Comenzarían la búsqueda en el medio oeste y la extenderían a todo el país.

Alguien en alguna parte conocería a Olie Swain. Alguien en alguna parte lo había enviado a prisión.

Por su mente volvieron a pasar las finas líneas azules de sus dedos. Un tosco trabajo de tatuaje. De la clase que los convictos se hacen unos a otros en la cárcel. No lo había observado lo suficiente como para jurarlo, pero parecía así. Tenía olor a convicto en más de un aspecto.

El golpe en la puerta fue como el choque de otro mundo contra su esfera de silencio. Megan se puso de pie y automáticamente tomó el arma de la mesilla de noche. Se deslizó hasta la puerta y se apoyó contra la pared que estaba al lado. El golpe volvió a sonar. Esperó conteniendo el aire en los pulmones.

—Megan, soy yo, Mitch.

Exhaló el aire y luego abrió la puerta.

—¿Ibas a lo de Leo después de la medianoche? —preguntó ella mientras abría la puerta.

—No —respondió él con suavidad.

Mitch entró, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los hombros encogidos por el frío que había dejado afuera. Su mirada

se deslizó hacia la pistola nueve milímetros negra que Megan dejaba sobre la mesa de la cocina, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Pasaba por aquí —murmuró—. Vi tu luz.

Megan no sabía si contarle o no sobre las huellas digitales de Olie Swain. Ella se había enfadado con él por haberle ocultado información, pero no quería hablar sobre el tema ahora. Además, quizá no surgía nada de todo eso. Por otra parte, él no tenía aspecto de querer hablar de trabajo. Parecía exhausto y perdido. Caminó entre las cajas hasta la ventana que daba a Ivy Street y se quedó allí contemplando la noche.

Ella siguió el camino que él había recorrido y acarició a Gannon cuando pasó junto a la caja que le servía de cama. El gato gris levantó la cabeza, miró a Mitch y emitió un ronroneo de satisfacción.

—¿Por qué te fuiste esta noche? —le preguntó mientras apoyaba un hombro contra el marco de la ventana.

—Necesitabas estar con Jessie. No quería entrometerme… —no terminó la frase—. ¿Cómo estuvo el desfile?

—Triste. Todos están intentando lo mejor… porque quieren que se note la diferencia, porque están asustados. Parece como si quisieran salvarse y no se dieran cuenta… —La miró con los ojos enrojecidos, la tensión marcada como cuchilladas en su rostro—. No soy salvador de nadie. Soy sólo un policía, y estoy cansado —se volvió hacia la ventana y cerró los ojos—. Estoy cansado.

Cansado del dolor. Cansado de la responsabilidad. Cansado del pánico en las tripas, de no tener poderes especiales para solucionar todas las equivocaciones, por no ser Superman, sólo un Clark Kent con ilusiones de grandeza. Se volvió hacia Megan y permitió que ella leyera todo en su rostro.

La Megan del pelo peinado hacia atrás y ropa neutral, la de las reglas y las regulaciones, no era esta mujer que estaba delante de él ahora. El cabello le caía suelto sobre los hombros. Era más baja al no tener nada en los pies excepto unos calcetines de lana.

Sumergida en una bata vieja, parecía diminuta y delicada. San Juan sin su armadura. Estaba allí esperando, en silencio, paciente.

—No me parezco a un héroe —murmuró Mitch—. Ellos deben saberlo.

—Estás haciendo todo lo que puedes. Todos lo estamos haciendo.

Lo mejor no es suficiente. Otra vez. Megan recordó las palabras que él le había dicho el día anterior en las cocheras del antiguo cuartel de bomberos.

Mitch volvió a mirar hacia afuera por la ventana.

—Sigo pensando que debería haber impedido que esto sucediera, que debí haber previsto que eso iba a suceder, haber hecho algo al respecto —apretó los labios con amargura—. Un tema recurrente en mi vida.

Megan no preguntó. No le suplicaría ni obtendría la información a la fuerza. Él se lo contaría cuando lo necesitara o quisiera, o se quedarían allí durante toda la noche sin decir nada.

—Yo tenía un hijo —dijo por fin—. Kyle. Tenía seis años.

A Megan se le cortó la respiración.

—Ellos estaban en el lugar equivocado, en el momento equivocado —meneó la cabeza al considerar la ironía—. ¿Por qué siempre decimos eso? Ellos no estaban en el lugar equivocado. Mi hijo y mi esposa fueron a comprar pan y leche. El drogadicto con la escopeta recortada estaba en el lugar equivocado. Pero yo los envié allí, así que, ¿eso en qué me convierte?

«En víctima», pensó Megan, aunque sabía que lo que estaba en la mente de Mitch era «culpable». Ninguna Corte lo condenaría, pero él se había condenado a sí mismo y dosificaría el castigo durante el resto de su vida. Qué mundo loco en el que un buen hombre tenía que pagar una y otra vez por algo tan pequeño como una o dos palabras, algo tan simple como una decisión sobre quién iría a un comercio, mientras que un asesino no sentiría remordimiento ni dolor por las vidas que había destrozado.

—Los despedazó, como si no hubieran sido nada.

Aún podía verlos, tirados en el suelo, ensangrentados, sin vida. Sus cuerpos retorcidos, los ojos con expresión desorbitada, mirando la nada. Allison con una mano extendida hacia su hijo. Kyle, lejos de su alcance, el uniforme de béisbol demasiado grande teñido con su sangre, y con un paquete de naipes de béisbol apretado en una mano. Esa pequeña vida cercenada, desperdiciada, descartada como una lata vacía.

—Escuché la llamada por la radio. Antes de ver el coche de Allison en el aparcamiento yo ya lo sabía. Ya lo sabía.

Y comenzaron las recriminaciones, como sucedía en ese mismo momento. Implacables. Brutales. Ineludibles. Y empezaron las preguntas, como sucedía en ese mismo momento, mientras la furia se acumulaba atrás de ellas. Él trabajaba tan duro por un poco más de justicia. Seguía las reglas. Tenía principios. Era un hombre bueno, un buen policía, un hombre derecho. Tendría que haber sido recompensado, y en lugar de ello le habían destrozado lo más precioso de su vida.

—Ciento sesenta y nueve dólares —dijo mirando hacia afuera—. Eso fue lo que obtuvo el maldito. Eso era lo que valían sus vidas para él.

Mitch cerró los ojos y una sola lágrima rodó por su mejilla. Era un hombre orgulloso, duro, pero el dolor y la confusión lo habían desarmado. Era un policía. Creía en lo bueno y lo malo, negro y blanco, pero su mundo se había convertido en un lugar confuso de humo y espejos. Megan podía sentirlo en su voz… la desesperación de un hombre tratando de darle un sentido a aquello que no lo tenía.

Debe de haber sido intolerable haber amado a una compañera, haber tenido un niño, haberlo amado y alimentado esperanzas por él, y haber perdido a los dos. «Mejor haber amado y perdido», afirmaba el dicho, pero Megan no estaba de acuerdo. Mejor no haber amado que tener el corazón arrancado de raíz.

—Pienso en Hannah y en Paul —murmuró Mitch—. No le deseo este dolor a nadie.

Megan sintió necesidad de consolarlo; deslizó sus brazos por dentro del abrigo abierto de Mitch y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Lo encontraremos. Lo haremos.

Queriendo absorber su certeza, Mitch la envolvió con los brazos y la abrazó con fuerza. No pensó en la regla de Megan en relación a los policías. Ahora no eran policías. Apartó todo de su mente, excepto la verdad básica; él era un hombre y ella una mujer, y la atracción entre ellos ardiente y apremiante, los invitaba a olvidarse del resto del mundo. No tenía intenciones de resistirse a esa tentación. Esta noche eso era todo lo que quería: ser un hombre sin pasado ni mañana, con una mujer a quien poder abrazar.

Le acarició el pelo, y los negros mechones se deslizaron entre sus dedos. Bajó la cabeza y la besó suavemente, ahogando cualquier protesta que hubiera podido haber. La sensación de su cuerpo entre los brazos le regeneró las fuerzas. El deseo alejó la fatiga y el beso fue cada vez más intenso, más ardiente. Megan respondió a su vez; sus dedos apretaron la espalda del hombre. No encontraba las palabras para negarse. Todo lo que podía encontrar en su interior era deseo. Él la inclinó hacia atrás y le besó el costado del cuello. Luego la levantó en sus brazos.

Cruzó la habitación con largos pasos, y en su camino tropezó con algunas cajas y envió a un gato a buscar un lugar más seguro. No dejó de mirarla a los ojos. Tenía una expresión intensa, determinada, como si pensara que al parpadear o desviar la mirada se rompería el hechizo. En el dormitorio la depositó en el medio de la cama y retrocedió para quitarse el abrigo, sin dejar de mirarla. Se quitó el jersey y la camiseta por la cabeza y los arrojó a un costado.

Megan se sentó sobre las rodillas y disfrutó observándolo. La sombra de la barba le oscurecía la mandíbula y acentuaba los planos y ángulos de su rostro. Tenía el cuerpo de un guerrero tras haber participado en varias batallas. Equilibrado, delgado, rígido y

musculoso. Un negro vello serpenteaba por su pecho y abdomen y desaparecía dentro de sus tejanos.

Siempre mirándolo, Megan desató el cinturón de su bata y dejó que se le deslizara sobre los hombros. No existía lo bueno. No existía lo malo. No existían las reglas. No existían las palabras. Sólo existía una increíble sensación de expectativa y almas que se fundían y sufrían.

Mitch le acarició los hombros y los brazos con la yema de los dedos. Recorrió la curva de la cintura y la cadera. Ella tenía la piel del color de la crema, suave como la seda. La besó lenta y sensualmente probando la profundidad de su boca, mientras exploraba su cuerpo. Quería devorarla, absorber el solaz de la tibieza dentro de su cuerpo… mejor aún, sumergirse en el de ella. Perderse. Sentir que el nudo de soledad y dolor se deshacía y se fundía en el calor de la unión.

Se recostaron en la cama, uno sobre el otro, con las piernas entrelazadas. Megan se arqueó complacida al sentir la rigidez del cuerpo de Mitch, el calor de su piel, el roce de su pecho contra los pezones. Se dejó llevar por la sensación… tocándolo, probándolo, respirando la tibieza de su aroma masculino. Se dejó llevar por él, le cedió la iniciativa. Rindiéndose… La palabra le produjo un temblor, pero cuando él besó sus pechos el pensamiento se fue lejos.

Ella enredó sus manos en el pelo de Mitch, le acarició los hombros, intentó acariciarle la parte trasera de la pierna con el empeine de su pie y se asombró al comprobar que él aún no se había quitado el pantalón. Se movió un poco debajo de él y encontró el botón. Mitch la dejó hacer; se apoyó sobre las rodillas mientras ella bajaba la cremallera sobre su erección.

Las manos de Megan temblaban mientras iba quitándole el pantalón y la ropa interior. Todo su cuerpo temblaba por la urgencia de sentirse penetrada. AI sentir la mano de Megan rodeando el centro mismo de su virilidad, Mitch cerró los ojos y gimió.

—Ven aquí —susurró acariciándola.

Megan lo hizo, recibió complacida sus besos y presionó su cuerpo contra él. Le abrazó el cuello y dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras él le besaba el cuello. Sus grandes manos le tomaron las nalgas, la levantaron y la apretaron contra su abdomen. Ella puso la mano entre los cuerpos y lo guió.

Su aliento se convirtió en un lento silbido cuando la penetró. Cerró su cuerpo alrededor de él, a punto del estallido. Él volvió a levantarla y se deslizó dentro de ella centímetro a centímetro. La anticipación era como un muelle tenso adentro de su cuerpo, cada vez más tenso, que golpeaba por liberarse. Comenzó a moverse al mismo ritmo que él, apretando sus hombros, con la cabeza hacia atrás. Cada vez más rápido, hasta quedarse sin aliento, hasta que el calor se convirtió en una capa brillante de sudor sobre su piel, hasta que la anticipación se convirtió en una explosión de sensaciones.

Se abrazaron uno al otro con fuerza hasta que volvieron a la tierra, mientras los latidos de los corazones se calmaban, mientras el mundo real volvía a tomar forma alrededor de ellos. El calor de la pasión había declinado y la noche de enero los enfriaba.

Gannon saltó sobre la cama y se acomodó atrás de las rodillas de Megan. Como si Mitch no existiera. Megan apenas podía recordar la última vez que había tenido un hombre en su cama. Sus relaciones se podían contar con los dedos de una mano. Todas ellas tristes fracasos. No salía con policías, pero nadie comprendía a los policías más que otros policías, por lo tanto… Y más allá de esa excusa había razones más profundas, temores casi ancestrales, demonios que la habían perseguido como sombras durante toda su vida. El miedo a que nadie la amara, a que no fuera querible, marcada por los pecados de su madre. Temores que no tenían lógica. Temores que existían en los rincones más oscuros de su corazón como setas venenosas. Era tonto pensar en esos temores ahora. Mitch Holt no la amaba, la había necesitado. Se habían necesitado mutuamente para escapar de la soledad de la noche, para escapar de un caso horrible. No era amor. Se parecía más a un favor entre amigos. Visto de esa

manera, la belleza de su acto amoroso se desvanecía, el placer de estar allí uno junto al otro perdía su calidez.

Ni siquiera es soltero, pensó Megan, observando el anillo que llevaba en la mano izquierda. Había roto todas sus reglas por un hombre casado. *Sabes muy bien cómo elegirlos, Megan*.

Aun así no se arrepentía de lo que acababan de compartir. Como tampoco podía controlarse por querer algo más. Como tampoco podía evitar que ese deseo la asustara tremendamente.

Mitch sintió que ella temblaba debajo de él, y la cubrió con las mantas. Se sentía muy bien entre sus brazos. Se acomodó junto a él como la pieza de un rompecabezas. Cómoda. El momento había sido increíble. El sólo pensar en ello hacía que Mitch deseara volver a comenzar.

Esperó la puñalada de la culpa, esa daga que se clavaba en su corazón después de cada encuentro sexual desde la muerte de Allison. Pero no llegó. Había encontrado un oasis por una noche. El amanecer llegaría muy pronto y volverían a convertirse en policías, y regresarían a la pesadilla de tratar de encontrar a un secuestrador, sin pistas válidas, sin sospechosos ni motivos verdaderos excepto los de un loco. Pero hasta el amanecer tenían toda la noche.

Mitch se puso de costado y se apoyó sobre un brazo para poder mirar a Megan. Ella también lo miró, con una expresión un poco cautelosa, un poco desafiante.

—Si éste es el momento en el que hablarás del gran error que hemos cometido, puedes ahorrarte el discurso —dijo Megan.

—¿Acaso ya sabes que ha sido un error? —preguntó él con cuidado.

Error era una palabra pequeña, demasiado inocente. Ésta era la clase de paso en falso que podía terminar con una carrera. Comprometerse demasiado con Mitch Holt podía dejarla sin nada y con el corazón roto, y ya había tenido suficiente de todo eso.

—¿Estás diciendo que te arrepientes de haber hecho el amor conmigo?

Ella lo miró a los ojos, vio su rostro castigado, sus ojos que parecían tan viejos como el tiempo. Pensó en todos los sentimientos que tendría guardados en su interior… la furia, el dolor, las dudas… que él permitía que afloraran sólo en algunos momentos. Pensó en su ternura, en su pasión, en el amor que le daba a su hija. Lo sensato hubiera sido haber dicho que sí, pero la mejor defensa era una buena ofensiva. No veía un futuro para ellos. No tenía sentido prolongar lo inevitable. Podía terminarlo ahora y salir con el orgullo golpeado pero intacto, pero…

—No —susurró—. Sólo creo que no debemos convertir esto en un hábito.

Megan bajó las piernas de la cama y tomó la bata. Mitch se estiró y le tomó una manga antes de que pudiera ponérsela. Ella lo miró con cautela.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Ésa no es una respuesta para nadie que tenga más de siete años.

—La respuesta estaba implícita —respondió Megan—. No tendrías que haber preguntado.

Ella tiró, y Mitch soltó la manga. Se alejó poniéndose la bata y atando con fuerza el cinturón. Fue hasta el vestidor y tocó con los dedos las pocas cosas que había desembalado. La pequeña estatuilla china de yeso de un gato que había sido un regalo de graduación de Frances Clay, la mujer que limpiaba la iglesia y que la cuidó cuando era una niña. El alhajero que había comprado en una tienda de segunda mano con su propio dinero cuando cumplió doce años. Durante algún tiempo había fingido que se lo había regalado su madre, cuando en realidad nadie le había dado nada.

—Estamos trabajando juntos. No deberíamos dormir juntos —dijo Megan con tirantez.

Lo observó por el espejo y vio que se destapaba y se levantaba de la cama. El deseo que sintió al verlo la atemorizó. La atemorizaba

que su cuerpo respondiera de manera tan inmediata al de Mitch, que pudiera desearlo con tanta fuerza, que lo necesitara tanto. Necesidad. Dios, no podía permitirse necesitarlo.

Sus miradas se encontraron en el espejo. La expresión de Mitch era dura, predatoria.

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo —aclaró en voz baja.

Ella se volvió lentamente y aflojó el cinturón de la bata. Respiró profundamente cuando él deslizó las manos dentro de la bata; la abrió y expuso su cuerpo a su mirada y sus caricias. Le tomó los pechos y le rozó los pezones con los pulgares, y ella volvió a contener la respiración. La satisfacción y la excitación brillaban en la mirada de Mitch. Sus manos bajaron por los costados de ella y se detuvieron en las caderas. Bajó la cabeza y acercó la boca a la de ella:

—¿Y quién habló de dormir?

www
Registro diario
Día 4

Tomen una familia perfecta. Destrócenla. Nosotros recogeremos los pedazos. Nosotros tenemos el poder. Tan simple como nada. Como tirar del pasador en este pequeño y estúpido lugar. Como hacer sonar la campana de los perros de Pavlov.

La policía se muerde la cola. Buscan pruebas que no encontrarán. Esperan señales de arriba. Se jactan y amenazan pero no lograrán nada con eso. Nosotros observamos riéndonos. Los voluntarios rezan y se ponen lazos en el pecho y pegan carteles pensando que quizá logren algo. Estos idiotas. Sólo nosotros podemos lograr algo. Nosotros tenemos todas las cartas.

El juego se está poniendo aburrido. Es tiempo de apostar.

18
Día 4
5:42 -11°C

Hannah se sentó en el borde de la ventana y observó los árboles, hasta hacía poco sólo sombras, transformándose en formas vagas. El negro de la noche se estaba desvaneciendo, sombra tras sombra. Otra noche había terminado. El comienzo de un nuevo día sin Josh. No sabía cómo iba a sobrellevarlo.

Las líneas de las notas daban vueltas en su cabeza. Las palabras le recorrían la piel como dedos huesudos. *La ignorancia no es inocencia sino PECADO. Tengo una pequeña pena he nacido de un pequeño PECADO*. Un miedo frío le recorrió el cuerpo y tembló deseando que alguien se lo sacara.

Paul estaba extendido boca abajo, con los brazos abiertos, en el medio de la cama, apropiándose de todo el edredón. Harmah se preguntó si él cumpliría la misma rutina de cada día cuando se despertara para enfrentar el día. Se preguntó qué les había sucedido a los dos. Cerró los ojos, y los vio a ambos en botes separados en el mar, que se separaban más y más con cada golpe de las olas. Con su mente se acercó hacia él, pero él estaba de espaldas y no se volvió.

La soledad la oprimía como un puño en el pecho, destrozándole los pulmones, destrozándole el corazón.

Dios mío, no tengo la suficiente fuerza como para enfrentar esto sola…

Se tapó la boca con la mano para contener el grito de impotencia y carencia, y sufrió por dentro al pensar que ni siquiera podría compartir esto con su esposo, con el padre de sus hijos.

Las cosas eran muy diferentes cuando Josh era un bebé. Paul era diferente. Estaba orgulloso de ella. Ella nunca había dudado de su amor. Buscaba con entusiasmo las oportunidades que le daba la vida, ansioso por darle a su familia las cosas que no había podido tener por haberse criado en un barrio pobre, donde era necesario estirar los sueldos continuamente. Cuidaba a Josh y aprovechaba las oportunidades para ser el padre amoroso que él no había tenido. Consideraba a su esposa como una igual, una compañera, alguien a quien amar y respetar.

Ahora Hannah lo miraba y veía a un hombre egoísta, amargo, celoso de su éxito, resentido por su propio anonimato. Un hombre consumido por la compulsión de adquirir cosas, y frustrado porque esas cosas no le aportaban la felicidad esperada. Se preguntaba en qué se había convertido el hombre con el que se había casado, se preguntaba si lo habría perdido como había perdido a Josh.

¡Oh Dios no quise pensar eso! No creo que se haya ido. No lo creeré.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO.

Soledad, miedo, culpa, se lanzaban sobre ella. El pánico le cerraba la garganta. Se esforzó por ponerse de pie y caminó por el rectángulo de luz tenue que entraba por la ventana y caía sobre la alfombra, se esforzó por pensar, planificar, obligar a su mente a cambiar de rumbo. Estaba temblando como un borracho. Necesitó de cada molécula de sus fuerzas para no caer al suelo. Apretó los dientes, luchó para no doblarse.

Un pie delante del otro, delante del otro, delante del otro… Camina, camina, camina, gira. Camina, camina, camina, gira…

Se paseó en ropa interior y calcetines de lana, con las piernas y los brazos desnudos. El frío parecía atravesarle la piel y los músculos

hasta llegarle a los huesos. Parecía entrar por la ventana como la luz de la luna.

Tanto frío... ¿Tendrá frío Josh? Solo y con frío. Un frío de hielo. Un frío pétreo.

—¿Qué estás haciendo?

Hannah se sobresaltó al oír la voz de Paul. Tenía las manos como hielo. Podía ver las huellas de sus palmas sobre la ventana donde la transpiración había empañado el vidrio.

—No podía dormir.

Paul se sentó sobre la cama, con el edredón sobre las piernas. Parecía delgado y canoso bajo la pálida luz de la habitación, más viejo, duro, con arrugas de enfado y decepción alrededor de los ojos y la boca. Suspiró mientras encendía la luz de la mesilla de noche y miraba el reloj.

—Hoy tengo que hacer algo —anunció Hannah, tan sorprendida como él. Las palabras retumbaban en su mente y se endurecían con resolución. Quería, necesitaba, recuperar algo de sí misma. Estaba acostumbrada a entrar en acción al enfrentar una crisis. Por lo menos, la acción brindaba la ilusión de control—. Necesito salir de esta casa. Si me tengo que estar aquí sentada otro día más, me volveré loca.

—No puedes irte —contestó Paul. Apartó las mantas y se levantó, abotonándose el pantalón pijama rayado. Tomó la bata de los pies de la cama y pasó los brazos por las mangas—. Tienes que estar aquí por si hay alguna llamada.

—Tú puedes contestar el teléfono tan bien como yo.

—Pero yo tengo que salir con el grupo de búsqueda…

—No, Paul. *Yo* voy a salir. Él se rió con amargura.

—¿Qué crees que vas a hacer? ¿Crees que vas a salvar el día? La doctora Garrison al rescate. ¿Su esposo no puede encontrar a su hijo, pero su esposa lo hará?

—¡Por Dios, Paul! ¿Por qué todo tiene que ver contigo? Estoy tan cansada de este acto de celos tuyo, que podría gritar. Lamento si me

sientes inadecuada…

—Nunca dije que te sienta inadecuada —replicó con una mirada de furia—. Me refiero a que crees que nadie puede hacer las cosas tan bien como tú.

—Eso es absurdo —se volvió y le dio la espalda. Sacó ropa de los cajones del tocador y la apiló sobre el alhajero, sin importarle los frascos de perfume que iban cayendo—. Estuviste los dos últimos días afuera buscando a Josh. ¿Por qué no puedes ver que yo también necesito esa oportunidad? ¿Porqué…?

El resto de la pregunta quedó sepultado bajo la angustia que la invadió.

—Siempre compartíamos todo —susurró, mirándolo por el espejo —. Éramos compañeros. Aunque esto es horrible habríamos compartido la carga. Por favor, Paul, ¿qué nos sucede?

Hannah oyó que él suspiraba, pero no se volvió para ver su mirada en el espejo, pues temía ver impaciencia en su rostro en lugar de arrepentimiento.

—Lo lamento —murmuró Paul, acercándose a ella—. Siento que estoy perdiendo la cabeza. Me siento inútil. Ya sabes cómo me afecta esto. Necesito sentirme útil.

—¡Yo también! —Se volvió para mirarlo, con una expresión que suplicaba comprensión. Lo miró a los ojos, tratando de encontrar al hombre con el que se había casado, al hombre que había amado—. Yo también lo necesito. ¿Es que no puedes verlo?

¿O no te importa? La pregunta flotó sobre ellos, mientras el momento era cada vez más tenso. Hannah pensó en una docena de posibilidades: la resolución del distanciamiento entre ellos, el regreso del Paul que ella conocía, la abrupta terminación de la pesadilla cuando se despertaba repentinamente, la luz congelándose en su mirada cuando le decía que no le importaba, la grieta helada que los separaba profundizándose como un gran cañón…

Él desvió la mirada cuando Lily se puso a llorar en la habitación en el extremo del corredor.

—Sí… continúa —le dijo con suavidad—. Me quedaré un momento con Lily.

—Preguntará dónde está Josh —murmuró Hannah—. Ya hace tres días…

Se pasó una mano por el pelo al sentir que los miedos volvían a invadirla.

—Dios, las cosas que pasan por mi mente… ¿Estará preguntando por nosotros, tendrá frío, estará lastimado? —Las peores preguntas quedaron atascadas en su garganta, ahogándola. Temía formularlas, y sin embargo, necesitaba hacerlo—. Paul, ¿y si está…?

—¡No! —La abrazó, sin mirarla, observando la puerta, como si al mirarla sus temores se fueran a convertir en realidad—. No quiero pensar en eso —murmuró.

Él estaba temblando. Ella le apoyó una mano sobre el corazón y sintió sus latidos acelerados.

La ignorancia no es inocencia, sino PECADO.

—Ve a ducharte —murmuró él—. Yo levantaré a Lily.

11:20 -6°C

—¡Compre una oportunidad! ¡Done un dólar! ¡Ayude a traer a Josh a casa! —La voz de Al Jackson resonaba a través del parque desde la mesa de la Senior Hockey League. Había encontrado un ritmo y lo mantenía, repitiendo el canto con la regularidad de un metrónomo.

Hannah sintió que se le revolvía el estómago. Miró todo el parque, y vio una versión surrealista del Snowdaze. Puestos de madera con vivos de colores bordeaban y cruzaban el parque. Atrás de ellos, los calentadores portátiles largaban nubes de vapor en el aire frío. La multitud se había reunido con trajes invernales para participar de los juegos y observar a los escultores trabajando en el hielo. Pero además de las causas conocidas, uniformes nuevos para la orquesta y computadoras para la biblioteca pública, y fondos para el proyecto de embellecimiento veraniego para la Legión Auxiliar, cada puesto estaba recogiendo dinero para encontrar a Josh.

Gestos nobles. Una generosidad abrumadora. Una conmovedora muestra de apoyo y de amor. Hannah repitió estas frases una y otra vez, pero no podía quitarse la reacción a nivel visceral: que había escapado de una pesadilla y se había metido en otra. Aparecía algo demasiado kafkiano al observar a la gente que se deslizaba por la ladera de la colina desde el Palacio de Justicia hasta un puesto con bolos gigantes, sabiendo que todos habían colaborado con un dólar para ayudar a recuperar a su hijo. Se descomponía al pensar que este festival se había convertido en tantos actos de desesperación, y

que ella era la reina del día, el centro de atención, la estrella principal.

La habían conducido hasta el puesto del centro de voluntarios para exhibirla como una curiosidad. *¡Vean a la madre dolorida entregando volantes! ¡Vean a la mujer culpable prendiendo lazos amarillos en las ropas de los fieles!*

Hannah sentía las miradas de los reporteros sobre ella. En el momento en que la vieron comenzó un interminable alud de preguntas: preguntas sobre sus sentimientos, preguntas sobre la culpa y las sospechas, pedidos de entrevistas exclusivas. Finalmente les entregó una declaración e hizo un pedido por el regreso de Josh, pero no estaban satisfechos. Como un grupo de perros hambrientos al que le habían arrojado unos pocos trozos de carne, la seguían y la observaban, esperando más. No podía moverse ni hablar ni limpiarse la nariz sin sentir que las lentes de sus cámaras la miraban.

Las caras de algunos famosos de la televisión le eran familiares. Muy pocas veces tenía tiempo de sentarse a ver los noticiosos, pero a las seis y a las diez siempre los tenía como sonido de fondo, sin importar dónde estuviera. Los habitantes de Minnesota no se perdían sus noticiosos, era parte de una habitual broma folklórica. Aparte de los acontecimientos en las Cities, no sucedía nada de mucha importancia en el estado, pero cuando terminaba el día todos insistían en que los pocos hechos que se habían producido estaban relacionados con ellos.

Hannah sabía el nombre de varios de los reporteros de Twin Citys. Varios de los canales habían montado puestos para ayudar a recaudar dinero para la causa. En el extremo de la fila de puestos del centro de voluntarios, el hombre del tiempo del canal 11 estaba ofreciendo su cara como blanco para que le arrojaran pasteles de crema. El *Star Tribune* se había asociado con la policía para tomar las huellas digitales y fotografías de los niños por una donación de un dólar por niño, una precaución de seguridad en la que la mayoría de los padres de Deer Lake nunca había pensado.

Gestos nobles. Una generosidad abrumadora. Una conmovedora muestra de apoyo y amor.

Un drama macabro, y ella estaba en el centro.

Es tu culpa, Hannah. Querías hacer algo, hacerte cargo de algo, como siempre lo haces.

Pero no tenía la fuerza necesaria para asumir el liderazgo de la situación. Se sentía vacía, agotada. Una sensación de desvanecimiento se apoderó de su cabeza, y se apoyó sobre un puesto.

—¿Doctora Garrison, se siente bien?

—Creo que se va a desmayar.

—¿Llamamos a un médico?

—Ella es médica.

—Bueno, pero no puede tratarse a sí misma.

—Eso dicen los abogados…

—¿Qué hay con los abogados?

Hannah oía trozos de conversación como si llegaran desde el extremo más lejano de un túnel. El mundo tambaleaba bajo sus pies.

—Disculpen, señoras. Creo que la doctora Garrison necesita un pequeño descanso. ¿No es cierto, Hannah?

Sintió que una mano fuerte la tomaba del brazo con delicadeza y trató de abrir los ojos. El padre Tom apareció ante ella. Le llamó la atención la expresión de preocupación que tenía en su cara.

—Necesita un poco de tranquilidad.

—Sí.

Apenas había pronunciado la palabra volvió a sentir que se movía el suelo bajo sus pies. El Padre la atrajo hacia sí y la condujo al centro de voluntarios. Hannah se esforzó por mover los pies. Los reporteros, camarógrafos y fotógrafos se acercaron cerrándoles la ruta de escape.

—Por favor, muchachos, tengan un poco de decencia. ¿No ven que ya tuvo suficiente para un día? —les pidió el padre Tom.

Al parecer no querían despertar la ira del Señor y se apartaron del camino, pero Hannah oyó el click de las cámaras hasta que llegaron a la acera.

—¿Cómo se siente? —le preguntó el padre Tom—. ¿Cree que podrá cruzar la calle?

Hannah asintió con la cabeza, aunque no estaba segura de poder hacerlo. Por una cuestión de autoconservación se tomó de la cintura del padre con un brazo y se apoyó contra él, agradecida por su fortaleza.

—Eso es, sosténgase, Hannah. No dejaré que se caiga.

La llevó al centro de voluntarios, donde todo el mundo ignoró los teléfonos que sonaban y los cursores que parpadeaban en las pantallas de las computadoras para observar qué pasaba. Hannah tenía la cabeza baja, sintiéndose incómoda de que la vieran en ese estado y más que incómoda de que la vieran abrazada al sacerdote del pueblo. Pero el padre Tom ignoró el esfuerzo de Hannah por separarse de él. Con una expresión de determinación la condujo hacia lo que alguna vez había sido un almacén, y dónde ahora habían colocado mesas y sillas para tomar café.

La ayudó a sentarse en una silla, y alejó a los curiosos y preocupados observadores, con excepción de Christopher Priest que traía café y azúcar. El profesor dejó sobre la mesa un plato descartable con bizcochos. Tom aceptó la taza de café y la puso en las manos de Hannah.

—Beba —le ordenó—. Parece una escultura de hielo. Tengo la camioneta afuera. Voy a calentarla, y luego la llevaré a su casa.

Hannah se lo agradeció tratando de sonreír. Abandonó el esfuerzo al ver la compasión en los ojos del Padre. Compasión, no lástima. Un ofrecimiento de la fuerza de su amistad. Le acarició la mejilla abstraído, como si hiciera esas cosas todos los días, pero Hannah sintió un pequeño hormigueo. Se acomodó en la silla, castigándose mentalmente por esa reacción. Él era el padre Tom,

sacerdote, confesor, antiguo vaquero, pastor del rebaño de St. Elysius.

—Otra vez olvidó sus guantes —murmuró Hannah.

Él los sacó del bolsillo y se los mostró y luego se dirigió hacia la puerta trasera. Hannah se concentró en la taza de café que tenía entre las manos, para poner su mente en algo tangible. Bebió un poco y se sorprendió al sentir que lo habían preparado algo ligero, como a ella le agradaba.

—Recordé que le pone leche —le dijo el profesor, con un destello de orgullo en sus ojos—. Usted se sentó frente a mí el año pasado en la cena de la cámara de comercio.

—¿Y recordó que le pongo leche? —le preguntó Hannah con una pequeña sonrisa.

El profesor se sentó en el borde de otra mesa, con las manos en los bolsillos de su chaqueta negra.

—Tengo memoria para las trivialidades. No he tenido oportunidad de decirle cuánto siento lo que le sucedió a Josh.

—Gracias —murmuró Hannah, mirando hacia otro lado. Qué extraño ritual, los modales de las condolencias. Parecía tan inútil que la gente considerara importante disculparse por algo en lo que no tenía participación; y parecía tan civilizado agradecérselo. Éste era otro aspecto de su papel de víctima con el que no podía reconciliarse.

Hannah sentía la mirada del profesor, fija, atenta, que la estudiaba como estudiaba todo lo que tenía vida y respiraba y no se podía enchufar, como si comprendiera mejor a las máquinas.

—Creo que no lo estoy manejando muy bien —le confesó Hannah.

—¿Cómo cree que debería manejarlo?

—No lo sé. Mejor. De otro modo.

El profesor colocó la cabeza hacia un costado como el androide Data de la serie *Star Trek: The Next Generation*. Uno de los programas preferidos de Josh. El recuerdo la punzó como una aguja.

—Es curioso que la gente haya llegado a un punto en el que cree que debería estar pre-programada para cualquier cosa que pueda sucederle en la vida. La reacción espontánea es una regla de la naturaleza; la gente no puede controlar sus respuestas como no puede controlar los acontecimientos casuales que las originan. Y sin embargo, lo intenta. No debería disculparse, Hannah. Sólo deje que su espíritu reaccione.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios mientras bebía otro sorbo de café.

—Más fácil de decir que de hacer. Me siento como si estuviera en una obra de teatro y no tuviera el guión.

El profesor apretó los labios y emitió un sonido de consideración. Hannah imaginó el cerebro del profesor funcionando como una computadora mientras procesaba la información.

—Tengo que agradecérselo mientras tenga la oportunidad —le dijo Hannah mientras miraba por la puerta abierta hacia un antiguo salón de exhibición, donde gente a la que no conocía observaba pantallas de ordenadores y llenaba sobres con volantes—. Realmente apreciamos el tiempo y el talento que usted y sus alumnos están aportando. Todo el mundo ha tratado de ser útil.

Las mejillas del profesor se ruborizaron un poco cuando respondió a su gratitud.

—Es lo menos que podemos hacer.

Se abrió la puerta trasera y el padre Tom hizo una dramática entrada en medio de una ráfaga de viento, con los cristales de sus gafas empañados.

—Vamos, doctora. Si nos damos prisa aún podemos eludir a esos reporteros.

El Padre le puso una bufanda larga que había sido tejida con todos los colores del arco iris, y una gorra de béisbol con las palabras El escuadrón de Dios impresas en letras blancas.

—¿Qué es esto? —le preguntó Hannah.

Él sacó del bolsillo unas gafas con una enorme nariz y un bigote de plástico. Abrió las patillas y le colocó las gafas, y sonrió al ver el efecto.

—Su disfraz.

12:04 -6°C

—No soy buen cocinero, pero puedo calentar muy bien las sobras.

—Huele muy bien —dijo Hannah con poco entusiasmo cuando él puso el plato de barro frente a ella: gruesos trozos de carne y patatas, rodajas de zanahorias de vivo color, guisantes tan verdes como los primeros brotes de la primavera, todo regado con una salsa espesa. Era una pena que no tuviera ganas de comer.

—Ni siquiera piense en dejarlo —advirtió el padre Tom, y se sentó en una silla frente a ella—. Lo comerá sola o yo se lo daré como a un niño. Necesita comer, Hannah. Casi se desmaya.

Hannah levantó el tenedor a regañadientes, y pinchó una rodaja de zanahoria. Cuando se la llevó a la boca le temblaba la mano. Tom la observó atentamente mientras ella masticaba y tragaba. Destapó una botella de cerveza y la empujó sobre la mesa hacia ella.

—Mejora el apetito —le explicó con un guiño—. Como diría un verdadero irlandés, ¿verdad?

Hannah se rió suavemente. Probó un trozo de carne y lo tragó ayudándose con un sorbo de cerveza. Estaban sentados en la cocina de la rectoría; una gran casa victoriana antigua que ocupaba el terreno en los fondos de St. Elysius. En otra época, cuando el clero era más abundante, la casa había sido utilizada como hogar y hotel de sacerdotes y eclesiásticos. Durante los años cincuenta había sido utilizada como casa para sacerdotes alcohólicos. Ahora albergaba sólo al padre Tom. Él había clausurado toda la planta alta para conservar el calor. La cocina era soleada, con antiguas alacenas con

puertas acristaladas, y empapelado amarillo con motivos de teteras. La pequeña mesa estaba a un lado para no interrumpir el paso de la gente… aunque no había nadie. Sólo estaban ellos dos en la casa.

—Gracias por rescatarme —murmuró Hannah, bajando la vista.

Tom cortó un trozo de pan casero y se lo entregó. Ella se sentía avergonzada porque había tenido que rescatarla; él podía verlo claramente, como se había sentido avergonzada por haber llorado en su hombro. Era demasiado valiente para demostrarlo. Le dolió pensar en ella tratando de pasar por esta prueba como la Hannah Garrison que todos conocían y querían en Deer Lake: tranquila, estoica, confidente, lo suficientemente inteligente como para resolver los problemas de todos. La tranquilidad se había roto, la confianza había sido destruida, todo de un solo golpe. Ella estaba perdida, y él no veía ninguna señal de Paul ayudándola a remar.

¿Qué clase de hombre podía ser tan ciego que al mirar a Hannah no viera una joya?

—Sé que todos están tratando de ayudar —dijo ella con un tono suave, tenso—. Son tan maravillosos, es sólo que… están equivocados.

Levantó la cabeza y lo miró, el dolor y la confusión se reflejaban en sus ojos celestes. Tenía el pelo despeinado bajo la gorra. Los mechones rubios le caían sobre la frente. Parecía un ángel después de una larga caída desde su nube.

—Están equivocados —susurró—. Es como si estuviéramos en un tren que saltó de las vías y nadie puede detenerlo. Yo quiero que se detenga.

—Creo no podemos, Hannah —confesó él con tristeza—. Sólo podemos agarrarnos bien mientras dure el viaje.

Extendió la mano por encima de la mesa y se la ofreció en silencio. Por buenas razones, por razones justas y por otras razones que no mencionaría ni siquiera en la parte más profunda de su mente. Razones que ella nunca sabría, y probablemente nunca llegaría a sospechar. ¿Así que dónde estaba el peligro? Esa pregunta

abriría las compuertas a otras cien para las cuales no tendría respuestas, así que la silenció. Lo único que importaba en ese momento era consolar a Hannah, darle alguna señal para que ella supiera que no estaba sola.

Una lágrima asomó entre sus pestañas. Deslizó lentamente la mano por la mesa y tomó la del padre Tom. Sus palmas encajaban a la perfección. Cerraron los dedos automáticamente. Hannah se sorprendió ante la tibieza del contacto y los sentimientos que esto le provocó.

—Si pudiera cambiaría las cosas, Hannah —le comentó—. Si pudiera producir un milagro, lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

Hannah pensó que debía agradecérselo, pero las palabras no se formaban en su boca. Al parecer no podía hacer otra cosa que mantenerse aferrada a él y absorber la fuerza y la convicción que le ofrecía. Y no podía evitar sentir la ironía de que el hombre que deseaba compartir la carga y ayudarla a pasar esta prueba no fuera su esposo sino su sacerdote.

Hannah sintió la intrusión segundos antes de que Albert Fletcher hiciera un sonido con su garganta. Una sensación de contrariedad tiñó el momento como una capa de hollín sobre su piel. Miró hacia la puerta del sótano maldiciéndose a sí misma y a Fletcher, mientras retiraba la mano de la del padre Tom. ¿Cuánto hacía que Fletcher estaba ahí? Él no tenía por qué espiarlos ni fruncir el entrecejo como si los hubiera encontrado haciendo algo malo. Ella tampoco tenía por qué sentirse culpable… sin embargo se sentía.

—Hey, Albert —dijo Tom retirando la mano que había ofrecido a Hannah y poniéndola contra el pecho—. Casi nos da un ataque cardiaco. ¿Qué demonios estabas haciendo ahí abajo?

El diácono lo miró con una expresión sombría. Estaba vestido con su habitual traje negro, un hábito surgido quizás a causa del luto por su esposa, o de su obsesión por la Iglesia. Traía una caja de gran tamaño en los brazos, una caja con manchas de humedad y una capa blanca de moho.

—Estoy arreglando el sótano.

—¿Volviendo a la mazmorra? —Tom tembló para demostrar disgusto—. Esas cosas están allí desde la Resurrección. ¿Para qué las quieres?

—Es historia. Merecen ser conservadas —el diácono miró con seriedad a Hannah—. Lamento si interrumpí algo.

Tom alejó la silla de la mesa y se puso de pie, tratando de controlar su malhumor. Dios sería su juez. A pesar de todas las poses piadosas de Fletcher, él no era Dios ni un sustituto razonable.

—La doctora Garrison necesitaba un refugio. Por lo que sé, nuestra tarea es ofrecer refugio y consuelo.

—Por supuesto, Padre —murmuró—. Si me disculpan…

Saludó con la cabeza a Hannah y salió por la puerta de atrás, dejando una tensión que flotaba en el aire. Hannah eludió la mirada de Tom y se levantó de la mesa. Tomó su abrigo del respaldo de la silla.

—Tengo que ir a casa —le dijo con calma—. Paul estará preocupado.

Tom suspiró y se acomodó las gafas.

—No terminó su comida.

—Comeré cuando llegue a casa. Se lo prometo. Tengo mucho para elegir, las cacerolas se multiplican en progresión geométrica — subió el cierre del abrigo, se esforzó para superar la culpa y la incomodidad y lo miró a los ojos—. Gracias, por la comida… por el apoyo… por todo.

Tom iba a decirle que no era nada, pero sí lo era. Era algo más complicado de lo que ninguno de los dos necesitaba, y algo tan simple que no necesitaría explicación ni disculpa. Él se puso la chaqueta y sacó las llaves del bolsillo.

—Vamos, doctora; la llevaré a su casa.

Dejaron la camioneta en el centro del pueblo para no alertar a los periodistas. Hannah no lo invitó a entrar. No quería que se le arruinara aún más el día teniendo que escuchar a Paul en sus ataques a Tom. Pero una pesada sensación de soledad la invadió mientras pisaba los escalones de la entrada y entraba en la sala. En la cocina había un hombre del DCC sentado bebiendo una Mountain Dew y leyendo *Guns amp; Ammo*. La saludó con la cabeza. En el televisor de la sala de estar había un programa sobre una competencia de esquí que nadie miraba. Un suave murmullo de voces llegaba desde la habitación de Lily.

—¿Paul, estás en casa?

Hannah abrió la puerta y se detuvo. Karen Wright estaba junto a la cama con Lily sobre una cadera. Karen sonreía a la beba, le tocaba el mentón y la abrazaba con fuerza. Paul estaba junto a ella. Levantó la mirada y al ver a Hannah retrocedió, con el rostro en blanco.

Insensible a la repentina incomodidad que se produjo en la habitación, Lily levantó una mano y saludó a Hannah.

—¡Hola, mami!

—Hola, cariño —respondió ella, mirando hacia atrás de su hija—. Karen, no esperaba verte hoy aquí. ¿La brigada del barrio se está quedando sin reclutas?

Las mejillas de Karen tomaron un vivo rubor.

—Oh, bueno, yo… tampoco lo tenía planeado, es que Garrett tenía algo que hacer en alguna parte, así que estaba sola, y pensé que…

—Por favor, Hannah —gruñó Paul—. La gente está tratando de ser solidaria. ¿Tienes que despreciarla?

—¡No he hecho eso!

Él ignoró la protesta de Hannah.

—¿Salvaste al mundo mientras estuviste afuera?

Su sarcasmo dolía. El teléfono sonó en el corredor.

—Creo que iré a cambiarme la ropa.

Cuando salió al corredor, el agente del DCC llamó su atención.

—Doctora Garrison, por favor atienda la llamada en la sala de estar.

—¿Una llamada?

El teléfono volvió a sonar y ella corrió a la sala de estar sin mucha esperanza. Probablemente era otro reportero. Paige Price había ido tras ella para realizarle una entrevista en profundidad. Vampiro sin corazón. ¿Esta gente no comprendía lo que era estar herido, estar preocupado? ¿No comprendía que su curiosidad morbosa sólo empeoraba las cosas?

—Hannah Garrison.

La estática de una mala conexión crujía en la línea. Entonces oyó una voz tan suave que tuvo que esforzarse para escucharla.

—*¿Mamá? Quiero ir a casa*.

19
Día 4
21:55 -10°C

Rastrearon el origen de la llamada en una cabina telefónica junto a la lavandería Suds Your Duds, a ciento veinte kilómetros, en el pequeño y tranquilo pueblo de St. Peter, domicilio del Gustavus Adolphus College y del instituto para enfermos mentales más seguro del estado. El teléfono, con el auricular colgando, estaba en el extremo del edificio, una pequeña y triste construcción de los años sesenta cuando el ladrillo visto y los toldos metálicos eran considerados de buen gusto. En el centro comercial también había una tienda de reparación de electrodomésticos, que estaba cerrada los sábados a la tarde, una tienda de comestibles vietnamita en la que el inglés no era ni siquiera el segundo idioma y el Beauty Salón, donde a la gente le calentaban la cabeza y le teñían el pelo de azul.

Ninguno de los patrones de la tienda de alimentos quería saber nada con la policía. Todos los clientes del salón de belleza querían entrar en acción. Desafortunadamente, ninguno había visto nada. Además de estar situado en el extremo opuesto del paseo, la combinación del calor de los secadores de pelo y del vapor de las piletas de lavado empañaba los cristales de las ventanas del frente. En la lavandería dos estudiantes y tres madres de pequeños con la cara sucia respondieron a todas las preguntas. Pero no había

ventanas que dieran hacia esa parte del edificio y no tenían necesidad de salir de allí para hablar por teléfono ya que había dos en la misma tienda.

Nadie había visto a Josh. Nadie había visto una camioneta de color claro. La ola de esperanza cayó y se deshizo en otra frustración para los policías.

—Podría haber sido un engaño —dijo Mitch—. Algunos niños jugando. Hannah ha dicho que no podría jurar que era la voz de Josh.

Mitch se sentó frente a Megan en la mesa imitación madera en la habitación del motel Super 8. Los restos de la comida china comprada, casi sin tocar, continuaban apilados sobre la mesa. El olor del brócoli y la carne casi tapaba el añejo olor acre de humo de cigarrillos que impregnaba todo en la habitación. En la mesilla de noche que estaba cerca de la cama, brillaba un radio-reloj barato que marcaba casi las 10 de la noche. Michael Bolton cantaba una canción lamentándose por la muerte de un amor.

Megan separó con el tenedor un trozo de pollo con almendras sobre el plato descartable.

—Yo diría que me cuesta creer que alguien pueda ser tan cruel, pero eso sonaría estúpido, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Mitch con tranquilidad—. ¿Es tonto desear pequeñas gracias? El delito es una cosa, esperar que la gente común y corriente sea decente entre ella, es otra. Si no podemos esperar eso…

—Se me eriza la piel cuando pienso que la llamada vino de aquí —admitió Megan—. Sigo pensando en algunas de las personas de ese hospital estatal y se me pone la piel de gallina. Psicópatas sexuales, delincuentes enfermos…

—Pero están en el hospital —replicó Mitch—. No afuera. El alguacil del condado lo verificó con la administración. No tenían informes sobre la desaparición de ninguno. No le habían entregado pases diarios a nadie de quien tendrían que estar preocupados. Es

sólo una coincidencia que la llamada llegara desde aquí y que el hospital esté aquí. De una cosa estamos seguros —continuó Mitch—, Olie Swain no hizo la llamada. Más de cincuenta personas pueden jurar que estaba en el patinódromo cuando recibimos la llamada.

—Eso no quiere decir que no esté involucrado —acotó Megan con obstinación—. Quiere decir que podría ser que no estuviera solo en esto. Hemos considerado esa opción; que él estaba en la pista en el momento del secuestro y que alguna otra persona conducía su camioneta.

—Helen no identificó la camioneta —recordó Mitch.

—Helen está confundida y disgustada, y no podría distinguir un Ford de un Volkswagen si el destino del país dependiera de ello.

El calefactor lanzaba aire caliente y seco, y aventaba el aroma de humo añejo.

—Podría haber sido una grabación —comentó Megan. Habían estado lo suficiente en el terreno como para haber construido un foso. Especularon, esperaron y profirieron amenazas durante toda la tarde y parte de la noche, mientras la policía de St. Peter realizaba una redada por las calles y los muchachos del laboratorio móvil del DCC pasaban el peine fino por la cabina telefónica. Y aun así sentían necesidad de roer el mismo hueso una vez más para tratar de sacar algo de él.

Volvieron a llamar a los helicópteros. El área de búsqueda original se amplió para incluir zonas de los condados de Nicollet, Le Sueur y Blue Earth. Equipos de búsqueda de la policía del condado y municipal y voluntarios locales comenzaron una nueva búsqueda en el terreno. Colocaron volantes con la fotografía de Josh en todos los sitios posibles; en cada comercio, en cada poste de luz, en cada restaurante y cada bar.

El periodismo había estado por ahí registrando todo para los noticiosos de la noche. La desesperación por una nueva pista. La esperanza inútil que iluminaba los rostros de todos los policías y ponía ribetes a cada pregunta que formulaban. Una nueva pista

hacía surgir una nueva embestida, como la velocidad en el caudal sanguíneo. Provocaba expectativas que surgían de las profundidades de la desesperanza. Profundizaba el frío, amplificaba el tic tac del reloj que marcaba las horas que habían pasado mientras un niño faltaba del seno de su familia. Y al final los dejaba perdidos, debatiéndose e interrogándose.

—Hannah dijo que la comunicación sonaba muy mal. McCaskill me dijo que podría haber sido una grabación —agregó Megan—. Los muchachos del laboratorio de sonido nos lo dirán. Son los mejores.

—Y si era una grabación, la pregunta es: ¿por qué? —murmuró Mitch.

Ambos sabían la respuesta. Ninguno de los dos la diría. Si el secuestrador había utilizado una grabación de la voz de Josh era probable que fuera porque no podía utilizar al mismo Josh. Mitch tomó un paquete de pastillas Maalox del bolsillo de la camisa y sacó tres.

—¿Para qué llamar y no pedir un rescate? —preguntó Megan.

La amenaza de una migraña se había instalado detrás de su ojo derecho como una brasa caliente, desafiando el Cafergot que ella había tomado media hora antes. Necesitaba algo más fuerte, pero algo más fuerte la adormecería, y necesitaba pensar. Se frotó la frente y observó el desorden de su plato hasta que se convirtió en un mosaico de colores terrosos.

—Si el que llamó fue el secuestrador y todo lo que hizo fue pasar una grabación de Josh pidiendo volver a su casa… se trata de una burla. Es pura crueldad. Y es personal. Está atormentando a Hannah y a Paul. Parece algo personal.

—O es una cuestión de poder. Parte de un juego… como dejar ese cuaderno sobre el capot de mi coche. Es la clase de tipo que le saca las alas y las patas a las moscas y cree que es divertido —Mitch se encogió de hombros.

—Un juego —susurró Megan. No quería pensar que ésa era la mentalidad de la persona con la que estaban tratando, porque si así

lo era, las cosas seguramente empeorarían—. ¿Por qué alguien quería atormentar a Hannah y a Paul? Parecen no tener un solo enemigo en el mundo.

—¿Y eso qué importa? —replicó Mitch, cansado de tener que evitar el tono amargo de su voz—. ¿Crees que las cosas malas no les suceden a la gente buena?

—No me refería a eso.

Megan pensó en tocarle la mano. Un gesto simple que no era propio de ella. Ella nunca extendía su mano. Si lo hacía, podrían rechazarla. Era más inteligente mantener los sentimientos escondidos a una buena profundidad. La noche anterior había bajado la guardia, pero la noche anterior había terminado. El nuevo día traía una nueva promesa: nada de policías, nada de jefes de policía.

—Deberíamos parar por esta noche…

Mitch la observó mientras se ponía de pie y recogía los platos sucios y las bandejas de plástico. La mujer que había ardido en sus brazos la noche anterior se había transformado al amanecer. Toda la pasión, toda la ternura, se habían escondido adentro de esta mujer de pelo peinado hacia atrás y boca sin sonrisa. Esta mujer de pantalón suelto de pana y amplio jersey, que escondían su femineidad como un culposo secreto.

La observó mientras dejaba los desperdicios en un recipiente del tamaño de una caja de zapatos, con movimientos tensos y rápidos, expresando con su cuerpo que no le agradaba que la escudriñara. Era la primera mujer con la que se había acostado en los dos últimos años que no se había aferrado a él cuando todo había terminado. Casi sonrió pensando en esa paradoja. Durante los dos últimos años había eludido las atenciones de las mujeres que deseaban más de él de lo que les podía dar. Megan no quería nada de él, y en ese momento sentía deseos de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor. Un curioso enigma, pero por primera vez no tenía deseos de escarbar en ese misterio.

—… y creo que si esta noche no sucede nada —continuó ella—, mañana iré a St. Paul. Podría pasar a ver a mi padre y acercarme hasta el Departamento para hablar con los muchachos de sonido. A Ken Kutsatsu le agrada trabajar los domingos. Si está quizá pueda convencerlo de que escuche nuestra grabación. Y podría ver si averiguaron algo sobre el cuaderno, aunque no tengo muchas esperanzas. Creo que también iré a ver a Jayne Millard… ella realiza los perfiles de los sospechosos. Quizás ella nos pueda dar alguna pista.

—Mencionaste a tu padre —Mitch se levantó y se movió lentamente hacia los costados para aliviar la tensión de su espalda —. Nunca mencionas a tu madre. ¿Vive?

Pregunta equivocada. El rostro de Megan se cerró definitivamente.

—No lo sé. Se fue cuando yo tenía seis años y no he vuelto a verla.

—No quise inmiscuirme, es sólo que… —Mitch frunció el entrecejo.

¿Sólo qué? *Quería saber más sobre ti. Quería saber qué te hace vibrar. Quería acercarme a ti hasta un nivel en el que no tuviera que pensar*. Aunque se repetía eso, otra parte de su mente estaba ocupada tratando de encajar esta nueva pieza en el rompecabezas de Megan O'Malley. Podía imaginársela muy fácilmente: pequeña y solitaria, demasiado seria, tratando de no llamar la atención, una niñita con grandes ojos verdes y largo pelo negro, siguiendo a su papá policía. De la misma manera en que lo hacía Jessie.

—Tú y tu padre deben ser muy unidos.

Ella sonrió. No con una cálida sonrisa de orgullo y afecto; una sonrisa frágil para una broma de mal gusto.

—Es tarde. Paremos.

Él la tomó del brazo cuando pasó junto a él.

—Lamento si dije algo malo.

—No lo has hecho —mintió, sabiendo que la verdad sería demasiado complicada para tratarla en ese momento—. Estoy cansada, eso es todo —y agregó con tono frío—: Creo que su habitación está enfrente, jefe.

Megan trató de alejarse, pero Mitch se lo impidió, enfadado con ella por tratar de deshacerse de él, contrariado con él mismo por haber tratado de quebrar sus defensas. Si hubiera sido sensato habría tomado esa noche de sexo y de placer y habría dejado el resto. No necesitaba el dolor de cabeza de una relación, especialmente ahora. Y no necesitaba una mujer belicosa.

Pero no la dejó alejarse.

—Sé dónde está mi habitación —murmuró—. Mejor me quedo aquí.

—Mejor no.

—¿Lo dices en serio o es una actuación?

—No es ninguna actuación —respondió implorando que él no viera la mentira a través del desafío.

—No puedes fingir que no hemos cruzado la línea, Megan —le dijo con suavidad.

—Quizá sería mejor si lo hiciéramos.

—¿Por qué? ¿De qué tienes tanto miedo?

La respuesta surgió rápidamente, pero ella se negó a dársela. Era demasiado buena protegiéndose a sí misma como para cometer ese error.

Esta vez, cuando ella retrocedió él la dejó ir.

—Mira… —Megan miró hacia abajo y frotó una mancha de salsa en su jersey—. Eso sólo complica las cosas, eso es todo. Quiero decir… no puedo ser eficiente en mi trabajo si tú no me respetas…

—Yo respeto tu autoridad en el trabajo…

Pasó por atrás de la mesa, con las manos en las caderas, poniendo distancia y muebles entre ellos.

—¿De veras? Tienes una forma muy divertida de demostrarlo.

—No te trato de manera diferente de la que trato a cualquiera de mis hombres —respondió acechándola.

—¿Le pediste a Noogie que se acostara contigo? Ése es un… estilo de vida bastante audaz para un policía de un pueblo pequeño.

—Maldición, no seas petulante —gruñó Mitch, girando alrededor de la mesa—. Sabes a qué me refiero.

Megan se alejó de él.

—Por supuesto que lo sé. Como sé que si tengo una aventura contigo, cuando termine, habrá resentimiento y mi reputación estará dañada…

—Estás haciendo conjeturas bastante feas sobre mi carácter.

Ella se detuvo y mantuvo su posición, mirándolo a los ojos, dura e implacable porque así era como había sobrevivido.

—No puedo evitar hacerlas.

—¿Y por qué? —le preguntó torciendo la boca con mofa—. ¿El trabajo es tan importante para ti que no confías en nadie, que das tu vida por él? Dios mío, ¿qué clase de vida es ésa?

—Es todo lo que tengo.

Se arrepintió de sus palabras en el instante en que las pronunció. Se mordió la lengua, pero era demasiado tarde. Ya habían salido, y flotaban en el aire para que Mitch Holt las absorbiera y digiriera. Sintió como si hubiera roto un trozo de su alma y se lo hubiera arrojado, y sabía que no volvería a recuperarlo.

Dios, qué estúpida. ¿Cómo pudiste ser tan descuidada, Malley?

Desanimada por su desatino, le dio la espalda esperando que tendría el buen tino de irse. No quería su lástima ni ser ridiculizada. Quería que se fuera. Quería hacer girar otra vez el mundo y comenzar esta semana otra vez. El dolor le atravesó la cabeza como el filo de un hacha, con la fuerza suficiente como para arrancar lágrimas de sus ojos. Lo último que haría sería llorar frente a él. Respiró profundo para detener la necesidad de llorar y endureció sus músculos contra el dolor.

Mitch miró su nuca, la rigidez de sus hombros. Se maldijo por haber reñido con ella. El trabajo aportaba sus propios elementos para construir muros de aislamiento. Él lo sabía. Él tenía sus propias murallas y había visto cómo otros policías las habían construido, ladrillo a ladrillo. Comprendía la protección que aseguraban. Él más que ninguno debía haberlo sabido, pero no quería paredes entre él y Megan. Quería aquello que habían encontrado la noche anterior… pasión… el consuelo de abrazarse mutuamente.

Cuando le apoyó las manos sobre los hombros ella mostró más tensión aún. Se acercó más, bajó la cabeza cerca de la de ella, tan cerca que podía oler el suave perfume de su piel. La fragancia era tan suave, tan delicada, parecía casi imaginada, como si ella hubiera puesto sólo lo suficiente para saberlo ella misma, como si fuera sólo para ése yo interior que guardaba con tanto cuidado… la Megan delicada, la Megan femenina, la Megan a la que le gustaban las paredes rosas, las sábanas floreadas y las estatuillas de gatos.

Deslizó las manos por sus hombros y la abrazó. Ella se quedó tiesa como un poste, implacable, inflexible, renuente a entregar un trozo más de su orgullo.

—El trabajo es el trabajo —murmuró Mitch, besándole el costado del cuello—. Lo que sucede con nosotros en la cama no tiene nada que ver con eso. Es una mala noche, un mal caso, un mal motel… ¿por qué al menos no podemos tener esto? ¿Mmmm? ¿Por qué no podemos darnos un poco de placer? —Acariciándole el vientre, las puntas de sus dedos despertaron su pasión.

—Vete —pidió Megan. No quería su ternura. Podía luchar contra cualquier otra cosa, pero no tenía defensas frente a su ternura. Que Dios la ayudara, no podía defenderse contra algo que había deseado toda su vida.

—Vete —le dijo con voz temblorosa.

—No —respondió Mitch, recorriendo el lóbulo de su oreja con la punta de la lengua.

—¡Vete! ¡Vete! —dijo, haciendo uso del enfado para salvarse.

—No —la acercó tanto a él como para que no pudiera lastimarlo ni escapar de él—. Ahora no. Así no.

—Maldito —murmuró contra su pecho, con la voz quebrada, las lágrimas luchando para derramarse y ahogándola la frustración. Luchó y trató de patearlo, pero su corazón le dictaba lo contrario.

Mitch levantó su mentón, de manera que ella no pudo evitar mirarlo.

—Mírame a los ojos y dime que no quieres esto —dijo de manera sombría, mientras aumentaba su deseo.

Megan lo miró sin parpadear, disgustada por la forma en que su cuerpo respondía a las caricias de Mitch.

—No quiero esto —dijo desafiante.

Un fuego color ámbar invadió su mirada.

—Mentirosa —replicó, y la dejó ir.

Megan se quedó al pie de la cama durante un rato después de que la puerta se cerró, sabiendo que lo que él había dicho era verdad.

Día 5
12:11 -8 °C

—Mick dice que ganará cien mil este año.

—Bien por Mick.

¿Y acaso le has preguntado a tu querido hijo por qué nunca te envía una moneda cuando sabe que comes frijoles y salchichas dos veces por semana porque la paga de tu pensión no se estira, y tu hija, que paga la mitad de tus facturas, es policía y le pagan una mierda en comparación con un experto asesor de inversiones de Los Angeles?

Megan no hizo la pregunta. Sabía que no debía hacerla. Habían tenido esa discusión más de una vez. Eso no aliviaba su resentimiento. Sólo hacía que la presión sanguínea de Neil subiera más de lo debido. Sin embargo, no dejaba de sorprenderla que al niño al que su padre adoraba y del que tanto se jactaba, le importara tan poco, mientras que ella, el recuerdo no deseado de la infiel Maureen, la niña que podría haber crecido sola en un callejón, era la que siempre estaba relegada, atada a los recuerdos que odiaba, por un hombre que nunca la había querido.

Como si pudiera alejar su mente de los recuerdos, miró la diminuta cocina, con paredes color turquesa y la cortina a cuadros tiesa por los años y la suciedad. Detestaba esta habitación con sus armarios blancos, diminutos, baratos y el enorme fregadero manchado. Detestaba el olor a manteca de cerdo y a cigarrillos, detestaba el linóleo gris y la mesa y las sillas con patas cromadas

donde se sentaba su padre. Era un lugar sórdido, sin vida ni calidez, muy parecido a su padre.

No porque Neil O'Malley fuera desagradable. Tenía rasgos finos, alguna vez había sido guapo, y sus ojos habían sido celestes y brillantes. Pero el tiempo y la amargura le habían robado el brillo como le habían robado el color del pelo y el vigor de su cuerpo. El hombre que ella recordaba como un pequeño bloque de músculos con uniforme azul de policía se había contraído y encorvado. Cuando se llevó la bebida a los labios su mano derecha tembló.

Megan revolvió la salsa de la olla que estaba en la vieja cocina de gas. Guiso de cordero. Lo mismo que hacía todos los domingos cuando lo visitaba, no porque le gustara, sino porque Neil se quejaría de cualquier otra cosa que le preparara. Que Dios no permitiera que ella hiciera algo que le desagradara. Nunca en su vida había hecho algo que le agradara.

—¿Has hablado con Mick últimamente? —preguntó Megan.

Por supuesto que no. Mick no llama, aunque sabe lo que significaría para ti. No lo visitaba desde las finales de baloncesto de la NCAA, y él había podido obtener una entrada de un cliente rico de Los Angeles.

—Oh, no —Neil descartó su pregunta como si hubiera sido una nube de gas letal—. Él está ocupado. Casi administra esa compañía para la que trabaja. Probablemente lo haría si no fuera por esos malditos judíos…

—¿Quieres más cerveza, papá? —No tenía deseos de volver a escuchar por millonésima vez su diatriba antisemítica o contra los negros o contra los ingleses.

Levantó la botella de cerveza sin alcohol e hizo una mueca.

—Por Dios, no. Esto tiene gusto a mierda. ¿Por qué no me trajiste algo decente para beber?

—Porque tu médico no quiere que bebas.

—Que se deje de joder. Es un maldito fascista. Ni siquiera es norteamericano —sacó un cigarrillo del paquete de Kent que estaba

sobre la mesa y la señaló con él—. Ése es el problema con este país. Dejan entrar a demasiados malditos extranjeros.

—¿Y de dónde vino tu padre? —No pudo evitar el sarcasmo. Si se guardaba todo moriría de algo parecido a una intoxicación urémica.

—No te hagas la lista conmigo —advirtió Neil—. Mi padre era irlandés y estaba muy orgulloso de serlo. Se habría quedado en Connemara si no hubiera sido por los malditos ingleses.

Encendió el cigarrillo, aspiró profundamente y comenzó a toser. Megan sacudió la cabeza disgustada. Sus arterias estaban en peor estado que las tuberías de setenta años de la casa, obstruidas por más de sesenta años de grasa, colesterol, alquitrán y nicotina. Era una verdadera maravilla que una gota de sangre llegara a su cerebro, lo cual, según suponía Megan, podía explicar muchas cosas. Ya había sufrido un pequeño ataque, y el médico había advertido que otro más grave era inminente si Neil no cambiaba su estilo de vida. El médico podría haber ahorrado su tiempo con ese discurso sobre no fumar. A pesar de las señales de advertencia de enfermedad pulmonar, Neil continuaba con su hábito como si creyera que la congestión y la falta de aire fueran algo meramente incidental.

—Tampoco deberías fumar —gruñó Megan, levantando la olla de la cocina y llevándola a la mesa.

—Y tú, jovencita, deberías ocuparte de tus asuntos.

—Ojalá no tuviera que hacerlo.

Observó el plato de guiso que ella misma había preparado y lo alejó. Detestaba el cordero. Su padre masticaba vigorosamente y ensopaba trozos de pan con la salsa.

—¿Te enteraste del caso en el que estoy trabajando, papá? ¿El secuestro del niño de Deer Lake?

—El mundo está lleno de pervertidos.

—Es un caso muy difícil. Casi no hay pistas. Hemos estado trabajando prácticamente las veinticuatro horas… mis muchachos del Departamento, los del alguacil, los de policía. El jefe es un ex

detective de la policía de Miami. Hasta tenemos un equipo de expertos en informática del Harris College.

—Cacharros inútiles —gruñó pinchando otro trozo de cordero—. No pueden compararse con el antiguo trabajo policial. Trabajo en la calle… así se resuelve un caso. Y no con grupo de estudiantes ni con detectives aficionados.

—Soy la agente encargada del asunto, ¿sabes? —ella continuó con tenacidad—. Salió un artículo en el *Tribune*. Debes de haberlo leído.

Bien por ti, cariño. Estoy tan orgulloso de ti… Sí. Neil miró su plato, escupió un trozo de cartílago y negó con la cabeza.

—Prensa barata. Yo compro el *Pioneer Press*. Siempre lo hice.

—Por Dios, ¿te morirías si alguna vez me dijeras algo agradable? —replicó Megan sabiendo que no valía la pena el esfuerzo—. ¿Sería tan duro para ti? Me conformaría con cualquier cosa… «felicitaciones», «buen guiso», «bonitos zapatos», Hasta un «mmmm» bastaría —dijo con sarcasmo—. Cualquier cosa para dejar de preguntarme por qué diablos me molesto en venir aquí. ¿Crees que podrías hacerlo aunque fuera una vez, papá?

La cara de Neil tomó un color terroso muy poco saludable. Sacudió el tenedor y arrojó algunas manchas sobre la mesa.

—Cuida esa boca, muchachita. Te pareces a…

Lo interrumpió con una violenta sacudida de la mano.

—¡No te atrevas! ¡No me parezco a ella! ¡Ella tuvo el buen tino de abandonarte hace veintiséis años!

La boca de su padre se endureció en un nudo mientras miraba su plato.

Con los ojos llenos de lágrimas, Megan separó la silla de la mesa y se acercó a la ventana para mirar el patio de la señora Gritman, en el que su viejo perro había llenado la nieve con pequeños montones de mierda. El barrio era triste y sórdido, como todo en esta casa era triste y sórdido. Deseaba no tener que regresar aquí, pero no podía.

Porque él era su padre, su responsabilidad. No podía abandonar su deber para con él como él lo había hecho con ella.

Sin pedirla, sin quererla, una imagen de Mitch Holt apareció en su mente. Mitch y Jessie, bromeando y divirtiéndose en el McDonnald.

Se limpió la nariz con el revés de la mano. No dijo nada mientras sacaba su abrigo del perchero al lado de la puerta trasera, dándole la oportunidad a Neil para que se redimiera. No lo hizo. Nunca lo haría.

—No te olvides de tomar tus medicamentos. Regresaré cuando pueda… por lo que te importa.

20
Día 6
7:00 -27°C; Sensación térmica: -48°C

El lunes amaneció con un frente de aire del Ártico que hizo descender la temperatura a veintisiete grados bajo cero. El viento que soplaba del noroeste producía una sensación térmica de cuarenta y ocho grados bajo cero. El ánimo de Megan había descendido con la misma correlación. Estaba acostada en su habitación del Sheraton, temiendo su encuentro con DePalma, escuchando el placer de los locutores de los programas musicales al decir a sus oyentes de Twin Cides que la piel expuesta se podía congelar en sesenta segundos.

El domingo había sido todo un fracaso. Las pruebas preliminares de la grabación telefónica aún no habían terminado. En el cuaderno no se habían encontrado huellas digitales utilizables. La cena con Jayne Millard, la agente que trabajaba con perfiles de sospechosos, sólo le había brindado conmiseración por tener tan poco para continuar y felicitaciones por haber roto la campana de cristal que había mantenido a las mujeres fuera del campo.

Estaba acostada en la cama, observando su imagen en el espejo sobre el tocador, pensando sobre la forma en que algunas personas la consideraban una heroína y otras una perturbadora. Se sintió curiosamente fuera del asunto, como si la Megan O'Malley que esa

gente observaba no fuera más que un holograma. No quería ser su campeona ni su demonio. Quería hacer su trabajo. Quería encontrar a Josh.

Como había tomado relajantes musculares para la fatiga se sentía muy bien, y fue a ducharse. Se vistió para su encuentro con DePalma con la muda que había traído: unos pantalones negros estrechos y un jersey negro de cuello alto que destacaba su palidez y los círculos negros que tenía debajo de los ojos. Pensó que parecía una zombi o una refugiada, pero no había esperanza de mejorar su aspecto.

Fantaseó con un nombramiento del FBI en Tampa mientras subía el cierre de su abrigo, se ponía orejeras, y se envolvía la cabeza y el cuello con la bufanda. Florida brillaba en su mente como un milagro distante, que desapareció en cuanto salió afuera y el viento la golpeó como un ladrillo en la frente. Más de una docena de coches tenían los capots abiertos en la zona de aparcamiento, en señal de rendición a las tierras del norte, esperando que llegaran servicios de auxilio para recargar sus baterías. Dos minutos después, Megan levantó el capot del Lumina y regresó al hotel murmurando contra el clima:

—Detesto el invierno.

9:00 -27°C; Sensación térmica: -48°C

DePalma se paseaba detrás de su escritorio, con las manos en las caderas y la cabeza baja.

—Nunca hemos recibido tantas llamadas de la prensa —le dijo sacudiendo la cabeza.

—Soy una curiosidad —señaló Megan. Ella estaba del otro lado del escritorio. Él no la había invitado a que se sentara. Mala señal—. Se olvidan del verdadero objetivo. Deberían concentrarse en Josh.

—Tú lo pones difícil para que te ignoren interrogando al padre delante de ellos.

—Sólo le hice algunas preguntas. Él se enfadó; eso es todo…

—¿Eso es todo? Megan, el hombre perdió a su hijo… —dijo DePalma con incredulidad.

—¡Él me ocultó información deliberadamente! El hombre oculta algo. ¿Qué se supone que tenía que hacer… actuar como una dama y cerrar la boca o actuar como una policía y hacer mi trabajo?

—¡Uno no hace esa clase de trabajo con la prensa encima, y tú lo sabes muy bien!

Megan cerró la boca. No tenía sentido discutir. Había denunciado a Paul Kirkwood. Ella quería decir que Paul Kirkwood la habría engañado, pero la vida no funcionaba de esa manera. Tendría que haber previsto el problema que ocasionaría, pero se dejó llevar por su carácter. Un buen agente no hacía eso.

—Sí, señor —murmuró.

DePalma suspiró mientras se sentaba en el sillón de respaldo alto.

—Te guste o no tenemos una gran lupa sobre ti y sobre este caso, agente O'Malley. Cuida tus pasos y cuida tu boca. Eres una buena policía, pero nadie te acusó nunca de ser demasiado diplomática.

—Sí, señor.

—Y por el amor de Dios, no menciones el asunto del acoso sexual del otoño pasado. El inspector a cargo me llamó la atención…

—Eso es injusto —replicó Megan—. Yo no mencioné el tema. No tiene nada que ver conmigo. Fue Henry Forster el que abrió esa lata de gusanos…

DePalma descartó la protesta.

—No importa. Todos estamos bajo escrutinio. Si no puedes manejar la presión sobre tu carácter, no tendré otra opción; tendré que sacarte del caso.

Se mantuvo en silencio durante un momento mientras se ponía unas gafas para mirar la primera hoja de una montaña de papeles prolijamente apilados junto al secante sin manchas. Megan respiró profundo antes de pedir permiso para retirarse, y él la miró suavizando su expresión.

—¿Tienen algo?

—Piezas de rompecabezas. Nada que cierre todavía.

DePalma miró la fotografía de sus hijos.

—Haz que cierre. Resuelve ese caso, Megan.

11:13 -28°C; Sensación térmica: -44°C

La amenaza del ultimátum de DePalma pesaba sobre Megan cuando salió por una pequeña puerta que casi no se usaba. La prensa esperaba en los teléfonos por alguna migaja de información, pero ella no tenía nada para darles. Deseaba hacerse invisible para la gente de la prensa, pero sabía que la única desaparición con éxito hasta ahora era la de Josh Kirkwood, y su trabajo era hacerlo reaparecer.

El olor de tabaco y desodorante de ambientes la golpeó como un estacazo cuando entró en su oficina. Anotó mentalmente que tenía que comprar un dispositivo para filtrar el aire.

La luz de los mensajes del contestador automático parpadeaba pidiendo atención. Oprimió el botón y se quitó la bufanda de la cabeza. Paige Price quería una entrevista.

—Cuando los cerdos vuelen —murmuró Megan, quitándose las orejeras.

Henry Forster quería un comentario sobre la grabación telefónica.

—Sí, te daré un comentario, saco de mierda con gafas —gruñó quitándose el abrigo.

—Agente O'Malley, habla Stuart Fielding del NCIC. Por favor llámeme al ASAR Tengo algo sobre sus huellas digitales.

Las huellas de Olie Swain.

—Jesús, María, y José —murmuró, mientras se le aceleraba el corazón.

Arrojó el abrigo en dirección al perchero mientras se sentaba en el sillón roto y alzaba el auricular del teléfono. Le temblaba todo el cuerpo. Marcó el número del cuartel central del FBI en Washington. Hasta la voz le temblaba cuando habló con la recepcionista. Finalmente, Stuart Fielding atendió la llamada.

—Lamento haber tardado tanto, pero no podíamos encontrar una relación con el nombre o con las huellas en tu región geográfica. Tuvimos que extender los alcances de la búsqueda varias veces. Finalmente encontramos algo en el estado de Washington. ¿Tomas nota?

—No puedes imaginar cómo esperaba esto. Dispara.

—De acuerdo con el AFIS y el banco de datos de antecedentes criminales, tu tipo es Leslie Olin Sewek. Nacido el 31 de octubre de 1956. Cumplió cinco años de una condena de diez en la cárcel de Walla Walla, y salió en libertad bajo palabra el día de su cumpleaños, en 1989.

—¿Por qué entró? —Megan contuvo el aliento.

—Fue condenado por dos cargos de abusos deshonestos con niños. Te enviaré por fax su historia de antecedentes.

Megan agradeció a Fielding y colgó el auricular casi sin darse cuenta. Sus ojos ardían mientras observaba las notas que había tomado.

Olie Swain: Leslie Olin Sewek.

5 de 10-Walla Walla.

Abusos deshonestos con niños.

Olie Swain tenía una camioneta de color claro.

Olie Swain tenía acceso a Josh.

Olie Swain era un pederasta convicto.

—Te tengo, hijo de puta.

Después de recibir el fax salió rápidamente de su oficina y fue hacia el corredor, saludó con la mano a oficinistas, secretarias y ciudadanos que habían llegado por razones desconocidas. Las cabezas giraban mientras ella iba pasando rumbo a la oficina de

Mitch. Natalie se volvió de los archivos, sorprendida al ver que alguien se atrevía a invadir su fortaleza de esa manera.

—Tengo que ver al jefe.

—Está con el alguacil…

Megan ni siquiera aminoró la marcha. Entró en la oficina con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas. Se dirigió al escritorio de Mitch, sin mirar a Russ Steiger, arrojó frente a él las hojas de fax con los antecedentes de Olie, y golpeó una mano junto a ellas.

—Tu inofensivo Señor Swain es un pederasta convicto del estado de Washington.

Mitch la miró sorprendido, con un cosquilleo en el estómago.

—¿Qué?

—Leslie Olin Sewek, alias Lonnie O. Swain, alias Olie Swain, fue sentenciado a cumplir una pena en una cárcel del estado en 1984 por forzar sexualmente a un niño de nueve años.

—Jesús, no.

Mitch se sentó erguido en el sillón. De Olie Swain sólo sabía que era un extraño hombrecito que trabajaba en el patinódromo. Y aun así se sentía responsable. Éste era su pueblo. Su trabajo era proteger a la gente de Deer Lake. Y todo este tiempo un predador de niños había estado viviendo bajo sus narices y él no había sospechado nada. Un pederasta había trabajado cerca de los niños, y él lo había permitido.

—¿Cómo demonios obtuviste esas huellas?

Megan tuvo la delicadeza de parecer avergonzada, mientras desconocía olímpicamente a Steiger.

—Se presentó una oportunidad —respondió con un embuste—. Tuve que tratarlo como a un no sospechoso, pero al final lo tenemos.

—No podemos detenerlo para nuestro caso sobre la base de este informe —continuó Megan—, pero en el estado de Washington hay un auto de prisión por violación de palabra. Ya llamé al juez Witt para pedir una orden de registro para la casa y el vehículo. La hoja

de antecedentes, además de la descripción de la testigo de la camioneta y la posibilidad que tuvo Olie de llevarse a Josh justifican una orden de registro.

Se paseó frente al escritorio concentrada en su plan.

—Pero estaba pensando que tendríamos que detenernos.

—¿Para qué? —demandó Steiger poniéndose de pie—. Entremos y demos vuelta la jaula de mierda de ese desgraciado.

—¿Entremos? —exclamó Megan despectivamente—. Olie Swain vive adentro de los límites de Deer Lake. Éste es un asunto policial; fuera de su jurisdicción, alguacil.

—Olvide eso —replicó Steiger—. Ésta es una investigación multijurisdiccional. Estoy aquí para atrapar a ese maldito…

—Bueno, entonces, ¿qué tal si *nosotros* probamos que él lo hizo? —lo interrumpió Megan—. Podemos poner una vigilancia y ver si nos guía hasta Josh. Sabemos que Josh no está en su casa. Debe tenerlo escondido en algún lugar. Y luego está la pregunta sobre si actuó solo o no. Sabemos que no hizo la llamada de St. Peter, y tampoco dejó el cuaderno sobre el coche de Mitch. Podría llevarnos a la persona que lo hizo.

Steiger la miró como si les hubiera propuesto que se pusieran pantallas de lámparas sobre las cabezas y bailaran una contradanza.

—¿Cómo demonios vamos a realizar una vigilancia en un lugar de este tamaño? Yo tomo un aperitivo a las siete y todo el mundo en Deer Lake lo sabe cinco minutos después.

—Eso probablemente no tiene nada que ver con el tamaño del pueblo —le contestó Megan con toda la intención.

—La casa que está frente a la de Olie está vacía —comentó Mitch mientras se ponía de pie para caminar—. Arlan y Ramona Neiderhauser pasan el invierno en Brownsville, Texas. Puedo conseguir que entremos.

—¿Y qué sucede cuando Olie salga de allí? —preguntó Steiger—. No hay forma de seguir a alguien en Deer Lake sin que se dé cuenta.

—Haremos la vigilancia de noche. Usaremos automóviles particulares. Nos quedaremos bastante lejos, con las luces apagadas. Si nos descubre, estamos perdidos, pero si no lo hace quizá nos guíe hasta Josh.

—Es un gusano. Yo digo que si lo detenemos nos dirá lo que queremos —afirmó Steiger.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Mitch—. ¿Y si tiene un cómplice? Detenemos a Olie, el compañero se asusta, y Josh muere.

Mitch oprimió el botón del intercomunicador.

—¿Natalie? ¿Podrías llamar a Arlan Neiderhauser? —Se volvió hacia el alguacil—. Tenemos que arriesgarnos, Russ. Si no funciona, aún tenemos las órdenes.

—Una maldita pérdida de tiempo, eso es lo que es —gruñó Steiger.

—Es un riesgo para recuperar a Josh vivo y atrapar a sus secuestradores con las manos en la masa —Mitch miró su reloj e hizo algunos cálculos—. Olie está en su trabajo desde las tres hasta las once. Pondré un hombre afuera ahora, por las dudas. Reunamos a nuestros equipos y encontrémonos en la sala de operaciones a las ocho.

Steiger salió de la habitación refunfuñando. Megan resopló cuando él cerró la puerta con un golpe.

—Está que trina.

—Que le den por saco.

Mitch se olvidó de Steiger y salió de atrás de su escritorio.

—Buen trabajo policial, agente O'Malley. Hace dos años que estoy en el pueblo y no sospeché nunca de Olie Swain; tú hace cinco días que estás y has sabido que es un abusador de niños. Demonios, casi le firmo un cheque. —Megan frunció el entrecejo al escuchar la autorecriminación.

—Tenía una licencia de conducir válida con un nombre falso. Tú hiciste tu trabajo. Yo sólo avancé un paso más… y no esperaba ver a Olie el viernes a la noche y observar un tatuaje en sus nudillos. Tuve

la corazonada de que se lo habían hecho en la cárcel. Resultó. Tuve suerte.

—La suerte no tiene nada que ver con esto —murmuró Mitch—. Eres una buena policía.

El sentimiento no era muy íntimo, pero Megan igual se sintió complacida. El hecho de que él lo dijera casi de mala gana; que no le agradara que lo sobrepasaran, hacía que el elogio fuera más dulce.

—Gracias, jefe.

Mitch advirtió su incomodidad. El hecho de que ella tratara de ocultar su orgullo tras la indiferencia lo conmovió.

—¿Por qué no me dijiste que tenías sus huellas? —le preguntó.

Megan se encogió de hombros, sin mirarlo a los ojos.

—No se dio la oportunidad —contestó, utilizando la misma frase que él había empleado sobre la camioneta de Olie—. Estaba siguiendo una corazonada. No sabía si iba a aparecer algo —tomó el pisapapeles de vidrio del escritorio y lo frotó entre sus manos como una bola de nieve—. Técnicamente, supongo que pasé sobre ti. ¿Eso quiere decir que tienes que golpearme?

Mitch se sentó en el borde del escritorio.

—No puedo ser tan desgraciado, ya que la corazonada resultó. Eso no significa que tenga que estar feliz.

Megan dejó el pisapapeles sobre el escritorio.

—La felicidad no tiene nada que ver con este caso, jefe.

No hablaban desde el domingo a la mañana cuando ella lo había llamado para decirle que el laboratorio aún no tenía nada. Ninguno de los dos había dicho una palabra sobre el sábado a la noche. Se veía en la forma en que él la miraba… recuerdos de deseo y ardor. Megan lo podía sentir bajo su piel. Una complicación innecesaria, pero no había vuelta atrás, y sabía que no lo habría cambiado aunque hubiera tenido la posibilidad.

—¿Cómo te fue con DePalma?

Megan extendió los brazos a los costados del cuerpo.

—Aún tengo todos mis miembros.

—¿Y el trabajo?

Megan lo miró seria.

—Por el momento. Digamos que si esto sale bien, Josh no será el único que se salvará. Así que será mejor que regrese al trabajo. Creo que iré al hospital a hablar con la recepcionista que llamó al patinódromo la noche en que Josh desapareció. Voy a ver si puede identificar la voz del hombre con el que habló. Si puede identificar la voz de Olie entonces sabremos que él recibió la llamada y sabía que Hannah llegaría tarde. Eso le daba más tranquilidad.

—Bien. Iré a ver a las autoridades para ver si pueden darnos algo para continuar. Y llamaré al procurador del condado para informarle sobre la situación.

—Magnífico.

—Megan —pronunció su nombre por hacerlo, y se arrepintió de haberlo hecho. El trabajo era el trabajo, eso era lo que él había dicho. Lo que había sucedido entre ellos en la cama no entraba en él, y Mitch tampoco lo hubiera querido—. Me alegro de que DePalma no te haya hecho daño.

—Nada dañado, sólo mi orgullo —murmuró Megan—. Ya me voy, jefe. Te veré más tarde.

13:07 -24 °C; Sensación térmica: -44 °C

—Lo lamento. No pude… aaaatchís —Carol Hiatt se limpió la nariz con un puñado de pañuelos descartables y cerró los ojos durante un momento agotada por el virus que había atacado al personal del hospital.

—Salud —dijo Megan.

La recepcionista se limpió ruidosamente y arrojó los pañuelos en un cesto para papeles.

—Lo peor es este microbio —confió con voz ronca. El virus le había revuelto el pelo oscuro sobre su rostro ovalado. Tenía la nariz enrojecida. Estornudó y se quejó—. No debería estar aquí, pero el resto del personal está más enfermo que yo.

Megan asintió con la cabeza, tratando de mostrar consideración. Detrás de ella, un bebé y un niño que recién comenzaba a caminar lloraban formando un dúo discordante, y un tercer niño ejecutaba una pieza atonal en un xilofón Fisher-Price.

—Lo lamento —volvió a decir Carol—. El viernes expliqué todo al otro oficial. Sé que realicé la llamada, pero esa noche aquí todo era un gran revuelo. No puedo decirle quién respondió la llamada en el patinódromo.

—¿No se identificó?

—No conozco a ningún hombre que se identifique por teléfono. Todos comienzan a hablar como si uno tuviera que saber quiénes son, como si creyeran que uno está sentado esperando que llamen —respondió disgustada. Tomó otro pañuelo y se limpió la nariz.

Megan subrayó con una gruesa línea negra la palabra recepcionista.

—¿Cree que lo recordaría si escucha su voz?

—Ojalá pudiera decirle que sí —respondió Carol. Tomó otro puñado de pañuelos de la caja junto al teléfono cuando los ojos se le llenaron de lágrimas y la angustia endureció sus facciones—. Pienso en Hannah. Ella es la mejor persona que conozco. Y pensar que alguien puede llevarse a un pequeño y hacerle sabe Dios qué…

Carol Hiatt levantó el rostro marcado por la angustia.

—Lo lamento, tengo un hijo pequeño… Brian. Es muy amigo de Josh. Juegan en el mismo equipo de *hockey*. Esa noche estaba en el patinódromo. Podría haber sido él… Es tan triste…

Megan tocó el hombro de la mujer.

—Está bien —le dijo con suavidad—. Sé que ayudaría si pudiera. No se preocupe.

—*Por favor*, encuentren a Josh —susurró la mujer.

Su súplica impactó a Megan como las voces de todas las personas de Deer Lake. Todos estaban heridos, todos estaban sorprendidos. Dejaban las luces de las entradas encendidas durante toda la noche con carteles que decían Luces encendidas por Josh. Porque no era sólo Josh el que había sido robado, era parte de la inocencia y la credulidad de su pequeño pueblo.

Leslie Olin Sewek tenía que dar cuenta de muchas cosas.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —respondió Megan.

Mientras se alejaba del escritorio vio una flecha en la pared que señalaba el camino hacia la cafetería. La siguió. Quizá la cafeína le quitara el dolor de cabeza.

La cafetería no era otra cosa que una habitación con mesas y sillas y una hilera de máquinas expendedoras. Un par de muchachos de mantenimiento estaban sentados en una mesa del rincón, jugando con unos dados y bebiendo café. Ni siquiera levantaron las miradas cuando ella entró.

Megan introdujo dos monedas en la ranura de la máquina y oprimió el botón de Montain Dew. Christopher Priest entró cuando la lata salía de la máquina. Su jersey negro colgaba del pecho sumido y en los antebrazos. Sus manos finas y huesudas parecían más largas aún.

—Agente O'Malley —le brillaron los ojos cubiertos por los grandes cristales de sus gafas. Elevó las comisuras de su boca ancha y de labios muy finos—. ¿Qué la trae por aquí? Espero que no sea ese virus que anda por ahí.

—No. Estoy bien. ¿Y usted, profesor?

—Tengo un alumno aquí —colocó las monedas en la máquina expendedora de café y ordenó una taza con crema y azúcar.

Megan destapó su Mountain Dew, sacó un Cafergot del bolso y lo tragó con un gran sorbo, mientras observaba abstraída la atención a los detalles y el esmero con los que Priest retiraba la taza de café y la llevaba hasta una mesa. Secó el borde de la taza con una servilleta de papel, que plegó con prolijidad y colocó a la izquierda de la taza.

—Oh, sí —respondió Megan, sentándose a la izquierda del profesor—. El muchacho que sufrió el accidente de tránsito la misma noche que Josh fue raptado.

—Sí —bebió un sorbo de café, mirando hacia adelante, mientras el vapor le empañaba las gafas—. Precisamente.

—¿Cómo está?

—No muy bien. Al parecer tiene algunas complicaciones. Quizá tengan que trasladarlo a otro hospital más grande en las Cities.

—Qué lástima…

—Mmmm… —Miró un póster colorido que había en el otro extremo de la habitación—. Mike estaba haciendo un trabajo para mí —lo dijo en un tono tan bajo que parecía que estaba hablando consigo mismo—. Para el proyecto sobre percepción y aprendizaje.

—El que mencionó el doctor Wright el otro día.

—Sí. Mike insiste en que el camino estaba completamente libre de hielo y de pronto chocó en esa curva —bebió otro sorbo de café, se secó los labios con la servilleta—. La vida es divertida, ¿verdad?

—Sí, es un gran alboroto donde yo estoy.

Él no captó el sarcasmo. Su curiosidad parecía totalmente analítica; la pregunta que hizo la hizo para todo el mundo.

—¿Es el destino o el azar? ¿Qué llevó a Mike Chamberlain a esa esquina en ese momento? ¿Qué colocó a Josh Kirkwood solo en esa acera esa noche? ¿Qué nos trajo a usted y a mí a este lugar al mismo tiempo?

—Parecen preguntas del departamento de filosofía.

—No necesariamente. La ciencia de la computación se ocupa de la lógica, las causas y los efectos, los patrones de pensamiento.

—Bueno, profesor —dijo Megan mientras terminaba su bebida y arrojaba la lata en el cajón para reciclar—, si usted y su computadora encuentran una explicación lógica para la mierda que sucede en este mundo, me gustaría ser la primera en saberlo.

21
21:00 -33°C; Sensación térmica: -51°C

La casa de Arlan y Ramona Neiderhauser tenía un fuerte olor a naftalina. El olor penetró en la nariz de Mitch y le llegó hasta los senos nasales. Sentado en una silla de respaldo alto que había sacado del comedor, observaba con los binoculares la choza oscura de Olie, a través de la ventana del dormitorio. Las luces estaban encendidas en la casa de Osear Rudd, y la iluminación se esparcía sobre los Saab aparcados en el patio.

Megan estaba a un costado de la ventana, con un hombro apoyado contra la pared, espiando desde atrás de la ventana. Ambos llevaban puestos sus abrigos, para estar preparados para salir corriendo y protegerse del aire helado. Los Neiderhauser habían dejado encendido el termostato para que las tuberías no se congelaran. Afuera la temperatura estaba descendiendo, amenazando con romper el récord de mínima desde hacía treinta años. El frío era tan intenso que empezaban a formarse cristales de hielo en el aire, creando un fenómeno llamado niebla helada, una niebla fina y misteriosa, suspendida sobre el terreno como el efecto especial de una película de terror.

A pesar del frío, Steiger había optado por quedarse en la calle, en un automóvil particular. Personal del DCC, de la policía y del departamento del alguacil fue situado en lugares estratégicos del pueblo de manera que pudieran seguir a Olie a cualquier lugar que

fuera. El laboratorio móvil esperaba en el antiguo cuartel de bomberos, listo para salir a realizar el registro.

—Por Dios, detesto este clima —dijo Megan, con un tono muy bajo como el que parecían requerir los dormitorios oscuros—. ¿Sabes si esta noche hará más calor en el Polo Norte que aquí?

—¿Quieres mudarte al Polo Norte?

—Quiero mudarme a la isla de Gran Caimán.

—La música de los tambores de acero te llevaría al suicidio antes de un mes.

—Por lo menos moriría caliente.

—¿Sabes que Olie tiene cinco computadoras allí?

—¿Dónde consiguió el dinero para cinco computadoras?

—Me dijo que eran descartes de empresas que estaban renovando sus equipos. El guardia de Walla Walla me comentó que Olie tiene un alto nivel de inteligencia. Siempre está estudiando algo.

—Chicos, por ejemplo.

—Sí, pero el oficial de custodia de Olie parecía sorprendido cuando le conté lo que estaba sucediendo aquí. No creía que Olie fuera violento.

—El poder puede ser una forma de coerción. La violencia tiene muchos grados.

—Sí, bueno, leí el informe de este tipo. Me pareció que muestra las señales clásicas de escalada, espiar por las ventanas, luego exponerse, luego disfrutar, luego el rapto. ¿Qué dicen los muchachos de Washington sobre el seguimiento de su libertad bajo palabra?

Mitch se encogió de hombros.

—Olie no es el primer convicto que la viola.

Megan miró su reloj. Las nueve. Olie no llegaría del patinódromo hasta las once, pero tenían que estar allí por las dudas. Observó el pequeño dormitorio desordenado y se detuvo en la cama, donde habían dejado sus radios. Transmisores portátiles, policías con armas bajo el brazo y binoculares… Si esto no era lo más emocionante que

había visto esta habitación, Arlan y Ramona hacían una pareja divertida.

Sonó el teléfono celular de Mitch. Dejó los binoculares y lo abrió.

—Aquí Holt.

—¿Papi?

La voz temblorosa llevó a Mitch de una tensión a otra.

—Jessie, cariño, ¿qué haces levantada a esta hora?

—¿Ve… vendrás a… a bu… bus… carme es… esta noche?

A Mitch se le rompió el corazón. Jessie. Se había olvidado de ella. Hubo que realizar llamadas, y una reunión con el fiscal del condado. Tuvo que organizar su equipo y establecer los puestos de vigilancia. Y en el medio de todo esto, se olvidó de su hija.

—Lo lamento, cariño —murmuró—. No, esta noche no puedo. Tendrás que quedarte con los abuelos. Realmente es muy importante que trabaje esta noche.

—¡S… siempre di… dices e… eso! —agregó Jessie sollozando—. No me gu… gusta cuando eres policía.

—Por favor, no digas eso, cariño —¿la súplica había sonado tan quejumbrosa para los oídos de Megan como para los de él? Detestaba no cumplir con Jessie. Y lo detestaba más aún cuando ella maldecía su trabajo, porque eso le traía recuerdos de Allison y las discusiones que mantenían, las súplicas que ella había hecho y que habían caído en oídos sordos. El sentimiento de culpa le hizo un nudo en la garganta—. Te prometo que pronto pasaremos una noche juntos, cariño. Esto es muy importante. Estoy tratando de encontrar a Josh para que pueda estar con su mamá y su papá. Sabes, hace casi una semana que no los ve.

Se produjo un silencio mientras Jessie pensaba en esto.

—Los debe echar de menos —dijo con suavidad—. Debe estar triste. Yo también te extraño, papi —parecía mayor de cinco años, demasiado desilusionada para ser una niñita.

—Yo también te extraño, nena —susurró Mitch.

Joy apareció en la línea, su voz era como una afeitadora en el oído de Mitch.

—Lamento que te hayamos molestado, Mitch —le dijo con más rencor que arrepentimiento—. Jessie estaba tan inquieta que no podíamos tranquilizarla. Le dije que no podría contar contigo…

—Mira, Joy… —Mitch se esforzó para controlar su temperamento —. Estoy muy ocupado y debo dejar libre esta línea. Lamento haberme olvidado de llamarte. Espero que no sea un inconveniente que Jessie se quede esta noche. En otro momento discutiremos si Jessie puede contar conmigo o no.

Cortó la comunicación antes de que ella pudiera responderle. Se la imaginó paseándose frente a la ventana del frente… *me pregunto dónde estará tu papá… por qué no habrá llamado…* y poniendo a Jessie en contra de él. ¿Por qué habrá venido a este lugar después de que mataron a Allison y a Kyle?

Para castigarse de por vida.

Megan permaneció en silencio apoyada en la pared, observándolo. Ese momento tendría que haber sido privado, pero ella no podía ignorar su dolor.

—Mi padre trabajaba tiempo extra, así no tenía que pasar tiempo conmigo —dijo Megan—. Nunca me dijo que me extrañara.

Mitch levantó la vista y la miró. La luz de la luna entraba a través de la cortina de encaje y le iluminaba el rostro. La vulnerabilidad que ella guardaba tan celosamente con su orgullo era algo que todavía no le había dado.

—Jessie es muy afortunada al tenerte.

La voz de Noga apareció por el intercomunicador y el momento se rompió como un trozo de cristal.

—¿Jefe? Va a salir por la puerta del costado en dirección a ustedes. Fuera.

Mitch tomó la radio.

—Roger. Noogie. Todas las unidades, viene andando camino a casa. Estén preparados.

Megan se agazapó en la ventana. Era imposible ver el sendero que Olie había hecho una y otra vez entre el patinódromo y la cochera que había convertido en su casa, pero para entrar tenía que pasar por el costado del edificio. Miró fijamente la esquina del pequeño edificio con techo asfaltado, hasta que le ardieron los ojos y le dolieron los pulmones de tanto aguantar la respiración. Finalmente, Olie Swain apareció con una bolsa colgando en su mano izquierda. Jugó con las llaves, se le cayeron en la acera, se agachó para recogerlas. Cuando se irguió, la camioneta del noticioso de TV7 apareció en la calle.

—¡No! —gritó Megan, poniéndose de pie.

—¡Mierda! —Mitch tiró su silla mientras tomaba el intercomunicador y se dirigía a la escalera.

Salieron por la puerta principal hacia el amargo frío de la noche, uno tras otro. Mitch corrió adelante, con el intercomunicador pegado a la cara.

—¡Nos delataron! —gritó—. ¡Y será mejor que el hijo de puta que informó a la prensa se coma su arma antes de que yo le ponga las manos encima!

Olie se quedó helado, horrorizado. La bolsa con los libros se le resbaló de los dedos y cayó a sus pies con un sonido apagado. La puerta lateral de la camioneta se abrió como la panza del caballo de Troya, y de allí salió una multitud. Un hombre con una gran cámara de vídeo sobre el hombro. Otro con una luz blanca brillante en el extremo de una pértiga. El grupo estaba encabezado por una mujer que él había visto la semana anterior en el noticioso y por los alrededores del patinódromo. Probablemente era hermosa, pensó, pero acosado como estaba, le parecía la peor de sus pesadillas.

Te encontraron, Leslie. Creíste que te podrías esconder, pero te encontraron. Eres tan estúpido, Leslie.

Un sudor frío le corrió por el cuerpo como si fuera lluvia.

La mujer le puso un micrófono en el rostro. La luz de la pértiga lo encegueció. Las preguntas se le vinieron encima como una ráfaga de

balas.

—Señor Swain, ¿tiene algún comentario sobre el secuestro de Josh Kirkwood? ¿Es verdad que usted estuvo preso en Washington por vejación de un niño? ¿Está cooperando con la policía en esta investigación? ¿El jefe de policía estaba enterado de su historia de crímenes contra niños?

Lo saben. Lo saben. Lo saben. La voz resonaba en su cabeza, fuerte, cada vez más fuerte. Hasta que se convirtió en un grito. Hasta que pensó que se le iba a partir el cráneo y le iba a saltar el cerebro.

Mitch Holt llegó corriendo y empujó con el hombro al camarógrafo, que cayó al suelo. La cámara se estrelló contra el costado de la casa y cayó sobre un montículo de nieve.

Olie no pudo contener su vejiga, y la orina caliente le mojó el pantalón, y se congeló casi de inmediato en la tela. Se volvió y comenzó a correr hacia ninguna parte, como se lo dictaba su instinto. Las hierbas secas salían de la nieve como dedos que salieran del infierno. El aire helado le cortaba los pulmones, como si fueran miles de cuchillos en cada inhalación. Agitaba los brazos como un nadador, tratando de avanzar. El mundo saltaba a su alrededor, una confusión de estrellas, cielo, nieve y árboles desnudos. Sólo escuchaba la voz de su mente y el latido de su pulso en las orejas.

Lo saben. Lo saben. Lo saben.

Luego algo lo golpeó fuerte en la espalda y cayó con un grito estrangulado.

Mitch apoyó una rodilla sobre la espalda de Olie. Tomó las esposas de su cinturón y puso una en la mano derecha de Olie.

—Leslie Olin Sewek —le dijo con un resuello entrecortado—. Está detenido. Tiene derecho a permanecer callado. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en la Corte. Tiene derecho a un abogado. Si no tiene medios, el estado le proporcionará uno sin cargo.

Le torció el brazo izquierdo y se lo colocó en la espalda, con la fuerza suficiente como para hacerlo gritar y le colocó la otra esposa.

—¿Comprendió lo que le dije?

Mitch tosió por el dolor del frío en los pulmones, se puso de pie y ayudó a Olie para que él también lo hiciera.

—Yo no fui —sollozó Olie. Las lágrimas le caían por el rostro. La sangre le salía de un corte en el labio y se le congelaba en el mentón—. Yo no hice nada.

Mitch lo volvió hacia él y se inclinó sobre su feo rostro.

—Has hecho suficiente, Olie, pero si le hiciste algo a Josh Kirkwood desearás no haber nacido.

Olie agachó la cabeza y sollozó. Mucha gente se había reunido atrás de su casa, en el borde del terreno desocupado… policías, gente de la televisión. Todos sabían. Sabían todo sobre él. Conocían su pasado y arruinarían su futuro con él.

Desearás no haber nacido, Leslie.

Lo que ninguno de ellos sabía era que él ya había deseado eso durante todos los días de su vida.

Steiger llegó en un Crown Victoria, con una señal luminosa azul adherida con un imán al techo. Los policías y el personal de TV7 se dispersaron cuando el coche llegó a la casa de Olie, y casi le rompe los paragolpes a dos de los viejos Saab de Osear Rudd. Steiger se bajó dando órdenes a los gritos.

—¡Súbanlo al automóvil! Lo llevaré al centro —miró con rudeza a la gente que estaba reunida, sin advertir que la cámara de vídeo no estaba—. Atrás, señores. Esto es asunto de la policía.

Paige se adelantó con el micrófono en la mano. Si tenían audio podían armar una nota con las fotografías que tenían en el archivo y argumentar dificultades técnicas en las tomas de vídeo. Ella ya tenía la primicia, eso era lo que realmente importaba.

—Alguacil, ¿usted cree que éste es el hombre que secuestró a Josh Kirkwood?

—Interrogaremos al señor Swain en relación a este caso y también por los cargos pendientes en el estado de Washington. Eso es todo lo que puedo decir por el momento.

—¿Cómo identificaron a este sospechoso?

—Un buen trabajo policial a la vieja usanza.

Mitch llevó a Olie hasta el asiento del acompañante del Crown Victoria y se lo entregó a Noga.

—Súbelo a tu coche.

Noogie miró a su jefe, luego a Steiger, y otra vez a su jefe.

—Pero, jefe…

—Súbelo a ese maldito cacharro y llévalo a la estación —le ordenó Mitch—. Si Steiger te molesta, dispárale.

Noga levantó las cejas.

—Sí, señor.

—Te seguiré hasta el centro —le dijo Megan al patrullero. Tomó a Mitch del brazo—. Buen trabajo, jefe. Lo has atrapado.

—¿Sí? —respondió mientras miraba a Paige que se encontraba del otro lado del coche—. Bueno; todavía no has visto nada.

Megan no respondió y se volvió hacia Noga. El patrullero agarró de la nuca a Olie y lo condujo hacia la calle donde estaban detenidos los patrulleros verdiblancos, con las luces haciendo destellos como en un desfile de carnaval. Steiger, al ver a Noga y a Olie, dejó a Paige y se dirigió hacia su ex prisionero.

—¡Hey, Noga! ¡Súbelo en este automóvil!

—Está bien, alguacil —le respondió Noogie—. Nosotros podemos llevarlo. Gracias, de todos modos.

Los vecinos estaban mirando por las ventanas de sus casas. Osear Rudd salió por la puerta de su cocina, con un pantalón con tirantes rojos y zapatos de vestir sin medias. Tenía el pecho y el enorme abdomen cubierto con una camiseta térmica. Tenía más vello blanco en las orejas que pelo en la cabeza.

—¡Eh! —le gritó a Steiger—. ¡Saque su coche del jardín! ¡Y no toque mis Saab! ¡Son piezas de colección!

Mitch ignoró el pequeño circo y se encaminó directamente hacia Paige. Ella extendió el brazo con el micrófono por delante como si fuera una cruz para defenderse de los vampiros.

—Jefe Holt, ¿tiene algún comentario?

Él le quitó el micrófono de la mano y lo arrojó a un montón de nieve que había a unos metros, luego bajó el cierre de su abrigo.

—¿Eso es todo, señora Price? ¿No hay micrófonos en su cuerpo? ¿Ni un grabador en el sujetador? —Gruñó.

—N… no —respondió Paige tropezando mientras retrocedía.

Él continuó mirándola a los ojos y siguiéndola paso a paso. El camarógrafo intentó acercarse para rescatarla.

—Oye, amigo, es un valioso equipo el que has roto hace un momento. Tendrás suerte si el canal no te demanda.

Mitch se volvió hacia él.

—¿Que yo tendré suerte? Así es, yo tendré suerte —se inclinó hacia él hasta que estaban nariz con nariz—. Déjame que te diga algo, amigo. No me importa tu maldita cámara. Tú y la zorra ésta han interferido en una investigación policial. Eso es un delito, hijo. Y si Josh Kirkwood muere porque ustedes nos malograron esto, serán cómplices de asesinato.

Se volvió hacia Paige.

—¿Te gustaría informar sobre eso? —extendió una mano en dirección a ella e hizo una imitación de un maestro de ceremonias—. En vivo desde el correccional de mujeres de Shakopee… ¡Paaaiiige Price!

Paige estaba temblando de miedo y de furia. Lo detestaba por atemorizarla y lo detestaba por hacerla sentir responsable.

—Sólo estoy haciendo mi trabajo —le dijo defendiéndose—. Yo no convertí a Leslie Sewek en un violador de niños. Yo no secuestré a Josh Kirkwood, y no seré responsable por nada de lo que le suceda.

Mitch sacudió la cabeza disgustado y amenazante. Le dolían los pulmones por haber respirado tanto aire helado mientras perseguía

a Olie. Las manos sin guantes comenzaron a dolerle repentinamente, pero no realizó ningún movimiento para buscarlos en sus bolsillos ni para subir el cierre de su abrigo. Se sentía aturdido por la oportunidad perdida. Olie podría haberlos guiado hasta Josh. La mujer que tenía adelante de él había destrozado esa posibilidad, y ni siquiera tenía la delicadeza de disculparse.

—No lo entiendes, ¿verdad, Paige? —murmuró Mitch—. No se trata de ti. Tú no eres nadie. Tú no eres nada. Tu trabajo, tus mediciones de audiencia, tu canal… son todo una mierda. Se trata de un niño que debería estar en casa escuchando un cuento para dormirse. Se trata de una madre a quien le han arrebatado su hijo y de un padre que ha perdido a su hijo. Es la vida real… y podría ser una verdadera muerte gracias a ti.

Se volvió y se encaminó hacia el único patrullero verde y blanco que lo estaba esperando con el motor encendido y sacando nubes blancas por el tubo de escape. Paige lo observó mientras se retiraba y sintió remordimiento de conciencia por primera vez desde hacía mucho tiempo. Pensó que los había erradicado hacía años, extirpado como un lunar desagradable de un mentón perfecto. Una conciencia era un peso excesivo. Aunque sabía que había colegas que la llevaban sin quejarse, Paige siempre supo que era más fácil llegar a la cima sin ella. Ahora…

Se sacudió esa sensación y se volvió hacia García.

—¿Has grabado todo esto? —le preguntó Paige.

El camarógrafo sacó un manetófono en miniatura del bolsillo interior de su abrigo y lo apagó.

Paige miró la esfera de su reloj.

—Vamos. Si me doy prisa, aún puedo hacer una nota para las diez.

22:27 -34°C; Sensación térmica: -52°C

—¿Quiere que un abogado esté presente en este interrogatorio, señor Sewek?

Olie vaciló ante el nombre como si fuera una mano que venía del pasado para golpearlo. La voz de su mente gritaba *¡Leslie! ¡Leslie! ¡Leslie!*, como una grabación repetida. No levantó la mirada hacia la mujer policía que estaba sentada frente a él. Podía sentir sus ojos sobre él, ardiendo y acusándolo. Los sentía como ácido sobre su piel.

—¿Señor Sewek? ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

—Yo no fui —musitó Olie.

Cuando miró sus manos sobre la mesa se le nubló la vista. Tiró de los extremos de los guantes sin dedos tapando con cuidado los recuerdos de su estadía en Walla Walla. Aún sentía el peso del motociclista que se sentó sobre su pecho mientras un hombre llamado Agujas grababa las letras en sus dedos. Aún oía las risas desagradables cuando les pedía que se detuvieran. El tatuaje fue lo más suave que le hicieron durante sus cinco años allí. Ni una sola vez habían respondido a sus súplicas con misericordia, sólo con sadismo.

—… hay una orden de detención contra usted por violación de palabra…

Ellos podían enviarlo de regreso. La sola idea lo hacía agonizar.

—Sabemos lo que hiciste a ese niño en Washington, Olie —le dijo Mitch Holt. Se paseaba de aquí para allá atrás de la mujer, con las

manos en las caderas—. Lo que queremos saber es qué le hiciste a Josh Kirkwood.

—Nada.

—Vamos, Olie, no nos mientas. Tienes el antecedente, se dio la oportunidad, tienes la camioneta…

—¡No fui yo! —gritó Olie levantando la cabeza para mirar a Mitch Holt.

Los policías nunca le creían. Siempre lo consideraban una basura. Una caca de perro. Un bicho feo, aplastado y baboso. Olie vio en el rostro de Mitch Holt la misma combinación de incredulidad y disgusto que ya había visto muchas veces antes. Y aunque la había visto una y otra vez a lo largo de su vida miserable, aún se le rompía algo en su interior.

Nunca había querido lastimar a nadie.

Le temblaron los labios y sintió que un extraño quejido le subía por la garganta, y apretó los dientes para no llorar. Se pasó una mano por el pelo, por la mancha de nacimiento y por el ojo de vidrio. Sentía como si su cuerpo ardiera adentro de las pesadas ropas de invierno. El pantalón y el calzoncillo largo le colgaban donde los había mojado. El olor a orina le quemaba la nariz.

—¿Has tenido un cómplice?

—¿Josh está bien?

—Tu cooperación será tenida en cuenta cuando se realice el procesamiento.

—¿Está a salvo?

—¿Lo has violado?

—¿Está vivo?

Las preguntas le llegaban como una ráfaga implacable de disparos. Y entre cada una de ellas, la voz gritaba *¡Contéstame, Leslie! ¡Contéstame! ¡Contéstame!*

—¡Ya basta! —gritó Olie, y se tapó los oídos con las manos. ¡Ya basta! ¡Ya basta!

Mitch golpeó el puño sobre la mesa y se inclinó sobre ella.

—¿No te gusta esto, eh, Olie? ¿Quieres que no te hagamos más preguntas? ¿Cómo crees que se sienten los padres de Josh? Hace una semana que no ven a su hijo. No saben si está vivo o muerto. ¿Puedes imaginarte cómo sufren? ¿No crees que ellos también quieren que esto termine?

Olie no respondió. Miró fijamente la tapa de la mesa imitación nogal, con la cabeza y los hombros temblando. Mitch contuvo el deseo de tomarlo del cuello y sacudirlo hasta que le saltaran los ojos.

—Señor Sewek —dijo Megan, con un tono tan frío como el mármol—, usted es consciente de que mientras hablamos un equipo de expertos en escena del crimen está realizando una búsqueda en su casa y en su vehículo.

—Van a acusarte de secuestro, Olie —le advirtió Mitch—. Y si no encontramos vivo a Josh… si no lo encontramos… te acusarán de asesinato. No volverás a ver la luz del día.

—Sólo puede mejorar su situación cooperando, señor Sewek.

Olie apoyó la cabeza en sus manos.

—Yo no lo violé.

Se oyó un golpe en la puerta y Dave Larkin asomó la cabeza. Su sonrisa de muchachito de la playa había desaparecido.

—¿Agente O'Malley?

Su formalidad era casi tan alarmante como su expresión dulce. Megan se puso de pie y salió al estrecho corredor con luces fluorescentes. Los teléfonos sonaban de manera incesante en la oficina que estaba al final del corredor, donde el nivel de actividad no tenía en cuenta la hora. Paige Price hubiera echado a la competencia, pero todos querían un trozo de la acción antes de los noticiosos de las diez.

—¿Habla? —preguntó Larkin.

—No. ¿Qué sucede en la casa?

—Ese lugar es increíble. No creerías todas las porquerías que tiene acumuladas allí. Debe de tener mil libros y cinco o seis

computadoras…

—¿Alguna impresora láser?

—De matriz de puntos. Pero encontramos algo que sabía que querrías ver de inmediato.

Buscó en el bolsillo interior de su abrigo y sacó una bolsa de plástico con fotografías. Megan sintió que palidecía cuando las sacaba y miraba una a una. No había forma de saber cuándo o dónde las había tomado. Ella no podía identificar a ninguno de los sujetos… todos ellos chicos desvistiéndose.

Las manos de Megan temblaban mientras volvía a poner las fotos en la bolsa.

—Estaban en una carpeta debajo del colchón —dijo Larkin—. Muéstrenselas y vean qué dice.

Megan asintió con la cabeza y se volvió hacia la puerta.

—¡Hey, irlandesa!

Ella lo miró por encima del hombro.

—Clávale bien el culo.

Cuando Megan volvió a entrar en la habitación, Olie todavía tenía la cabeza apoyada en las manos. Mitch la miró expectante. Sin decir una palabra ella echó sobre la mesa la bolsa con fotografías.

Olie espió entre sus dedos y sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué diablos puede decir ahora por usted, señor Sewek?

Olie cerró con fuerza los ojos y susurró:

—Quiero un abogado.

Steiger tenía un asiento en la primera fila del interrogatorio. El problema era que él quería estar *en* el interrogatorio, no del otro lado del espejo doble. Holt y O'Malley lo habían excluido. No era su caso. Estaba bien que hubiera pasado una semana patrullando en la nieve, congelándose los huevos por la causa, pero no lo querían en el salón de interrogatorios.

Holt, el Experto Detective de Miami, se llevaría toda la gloria… que en parte se la debía a esa putita del DCC. La primera agente femenina. Basura. Ella sólo era una maniobra publicitaria, el Departamento tratando de sacarse de encima a los defensores de los derechos de igualdad. Holt la trataba como si fuera una verdadera policía, pero probablemente se estaba acostando con ella fuera de las horas de trabajo. Steiger sonrió al pensar cómo se desparramaría la mierda si esa clase de noticia llegaba a los medios.

Apoyó las botas sobre el borde de la ventana y miró su reloj. Las doce y cuarto. El interrogatorio era inútil. Swain o Sewek, o como cuernos se llamara el desgraciado, no tenía nada que decir con abogado o sin él. Ken Carey, el defensor de oficio, le aconsejó innecesariamente que mantuviera la boca cerrada. Finalmente, Holt levantó las manos y pidió que se detuviera el interrogatorio. Olie sería detenido bajo los cargos de tenencia de pornografía infantil, sospecha de secuestro y violación de palabra en el estado de Washington. Llamaron a Noga para que llevara a Olie a una celda. La habitación estaba vacía, se apagaron las luces, fin del espectáculo.

Steiger se puso de pie y se estiró y encendió las luces de su teatro. Se preguntó si habría quedado algún reportero afuera en el frío, esperando una palabra de alguien importante.

Se abrió la puerta, y Holt entró y la cerró tranquilamente.

—Creí que iba a cantar —le dijo Steiger—. Creí que las fotografías lo sacudirían. ¿Cómo eran? No pude verlas desde aquí. ¿Eran sólo niños desnudos o había escenas de sexo?

—Sí; ése sería un detalle jugoso para Paige, ¿verdad? ¿Qué te daría ella por un bocado como ése, Russ?

—No sé de qué demonios estás hablando —Steiger tomó el abrigo que había dejado sobre, el respaldo de una silla.

—Leslie Olin Sewek —contestó Mitch—. Sólo tres personas sabíamos ese nombre. Sólo uno de nosotros se lo dio a Paige.

—Bueno, en todo caso no fui yo.

—¿Te importaría mirarme a los ojos cuando dices eso?

—¿Me estás diciendo mentiroso? —El alguacil no esperó una respuesta—. No tengo por qué escuchar estas cosas —se quejó, y se encaminó hacia la puerta.

Mitch lo tomó del hombro.

—Tú no estabas de acuerdo con la vigilancia, así que llamaste a Paige y le diste la primicia —sacudió la cabeza, con una amarga expresión de disgusto—. Por Dios, eres peor que ella. Tú juraste defender la ley, no violarla. Se supone que debes proteger y servir a la gente de este condado, no venderla al mejor postor.

La furia era cada vez más intensa, latía en sus venas.

—Has arriesgado la investigación, has arriesgado a Josh…

Steiger se rió sonoramente.

—No creerás que está vivo. El niño está muerto y…

El niño está muerto.

En ese instante Mitch vio la tienda de comestibles, los cuerpos, la sangre, las cartas de béisbol en la mano de su hijo. Oyó las voces de los paramédicos.

—*Hey; Estefan, pongámoslos en las bolsas* y *llevémoslos al centro*.

—*¿Qué prisa hay? El niño está muerto*.

En un abrir y cerrar de ojos las paredes se destrozaron. La furia brotó. Enceguecida, descontrolada, ardiente. Su visión era roja. Mitch bajó un hombro y lo apoyó en el esternón del alguacil y lo empujó hacia atrás como si fuera una topadora. Steiger se quedó sin respiración cuando su espalda dio contra la pared.

—¡Su nombre es Kyle! —gritó Mitch en la cara a Steiger. El sonido de su propia voz retumbó en sus oídos… la furia, el volumen, el nombre. *Kyle… oh, cielos*.

La debilidad lo hizo retroceder un paso. Sacudió la cabeza, como si el recuerdo lo hubiera golpeado físicamente. Steiger lo observaba, esperando, en guardia.

—Josh —dijo Mitch con tranquilidad—. Su nombre es Josh, y será mejor que creas que está vivo, porque todos tenemos esperanzas de que así sea.

22
Día 7
Temperatura máxima estimada: -31 °C
Sensaciones térmicas: -51 °C -56 °C

La noticia de la detención de Olie Swain y su vida secreta se esparcieron por Deer Lake como el viento del noroeste. Con la ayuda de todos los canales de televisión, las emisoras de radio y los principales periódicos del estado, no había persona del pueblo que no estuviera sacudiendo la cabeza y se lamentara por los hechos durante el desayuno. Las historias enfatizaban el pasado de Olie y su huida de Washington, y los años que pasó escondido en Deer Lake. Mucho se aprovechó de su habilidad de camaleón para esconder su verdadero yo y vivir una vida exteriormente tranquila. Y mayor fue el impacto y el horror de los ciudadanos al descubrir que no sólo habían tenido un monstruo viviendo entre ellos, sino que lo habían dejado acercarse a sus hijos.

Mitch y el abogado del condado dieron una conferencia de prensa en un vano intento de impedir la chismografía. A la tarde, ya circulaban historias por todo el pueblo sobre Olie abusando de los niños en la sala de la caldera del patinódromo, exhibiéndose ante los niños en los parques de la ciudad y espiando a la gente por las ventanas durante la noche. Había rumores sobre las cosas horribles que habían descubierto en su casa y en su camioneta, y rumores de

que Josh Kirkwood había sido encontrado vivo, medio muerto, muerto, decapitado, mutilado, canibalizado.

Al anochecer la mayoría de la gente del pueblo había entrado en un frenesí de verdad y de ficción. Lo único que los detenía para no ir a la cárcel de la ciudad a reclamar la cabeza de Leslie Olin Sewek era una aversión generalizada a dar espectáculos y una sensación térmica de -53 °C.

El frío brutal casi había paralizado el estado. El gobernador había ordenado el cierre de todas las escuelas y oficinas estatales. En Deer Lake, como en la mayoría de los pueblos del estado, todas las funciones, reuniones y encuentros de los que se podía prescindir fueron cancelados debido a las condiciones peligrosas. Aun así, un grupo de unas cien personas fue al centro de voluntarios, donde Paige Price y un equipo del noticioso TV7 estaba realizando un informe especial en vivo sobre el caso.

19:00 -33 °C; Sensación térmica: -52 °C

—Esta noche no tenemos ningún policía, nadie del departamento del alguacil —porque Mitch Holt había prohibido a su gente que hablara con ella, y Steiger pensó que era mejor mantenerse alejado uno o dos días—. Esta noche hablamos con los ciudadanos de Deer Lake, el pequeño pueblo conmovido por el secuestro de Josh Kirkwood, de ocho años, y por el descubrimiento de un monstruo en sus entrañas.

Se desplazó entre el escritorio de una computadora y una larga mesa llena de volantes amarillos. Las personas que estaban sentadas frente a la mesa del Centro de Voluntarios Josh Kirkwood la observaron. Tenía puesto un estrecho pantalón negro y un jersey en distintos tonos de morado, lo que destacaba sus ojos celestes. Una vestimenta que era lo suficientemente elegante como para mostrar respeto, y al mismo tiempo informal como para parecer una más entre ellos. Tenía el pelo rubio cuidadosamente arreglado y se había hecho un maquillaje discreto.

—Esta noche escucharemos a la gente de Deer Lake, a los voluntarios que han entregado su tiempo, su dinero, sus corazones para encontrar a Josh Kirkwood y llevar a su secuestrador a la justicia. Hablaremos con un psicólogo para saber cómo ha golpeado este delito a la comunidad y a las mentes de los hombres que raptan niños. Y hablaremos con Paul Kirkwood, padre de Josh, para conocer su reacción ante la detención de Leslie Olin Sewek.

19:04 -33 °C; Sensación térmica: -52 °C

—¿No es suficiente haber malogrado la vigilancia? —comentó Megan disgustada cuando se interrumpió el programa para transmitir un anuncio sobre la lotería que mostraba un oso hibernando—. Cuando Paige y sus cohortes terminen no quedará un jurado imparcial en el estado.

Estaban mirando la transmisión en un pequeño televisor a color que había en la oficina de Ellen North, ayudante del fiscal del condado. Mitch estaba sentado de espaldas al televisor, pues se negaba a mirar a Paige en su momento de gloria. Ellen había pedido que vieran el programa. Su jefe, Rudy Stovich, era el que había dicho a la prensa que continuarían con el caso hasta sus últimas consecuencias, pero la mayor parte de esa tarea recaería sobre los hombros de Ellen.

Stovich era más político que fiscal. Para Mitch no era más que un tonto fanfarrón en la sala del tribunal, algo que podía hacer en una zona rural, donde no había muchos delitos ni muchos abogados para elegir. Los buenos se iban a Twin Cities, donde había más acción, más dinero y más salas de audiencias. La gente de Park County tenía suerte contando con Ellen North.

Ella estaba sentada en su escritorio, comiendo un bocadillo de pavo. Su pelo rubio estaba prolijamente recogido hacia atrás con una horquilla de carey. Tenía treinta y cinco años, había sido trasladada de los tribunales de Hennepin County y tenía la reputación de ser una abogada dura. Cansada de tanto trabajo, de la

burocracia y del creciente sentido de inutilidad mientras aumentaban los índices de delincuencia en las Cities, decidió buscar la relativa paz y sensatez de Deer Lake.

—Pueden apostar a que Sewek pedirá cambio de tribunal —les dijo limpiándose los dedos con una servilleta de papel—. Y lo conseguirá… ya que no tenemos pruebas suficientes para acusarlo. ¿Surgió algo del registro? ¿Pertenencias de Josh? ¿Algo en la camioneta… cabellos, fibras, sangre?

—Rociaron el interior de la camioneta con luminol y encontraron algunas manchas de sangre en la alfombra de la parte trasera —respondió Megan—. Pero en este momento no sabemos si la sangre es humana, menos aún si es de Josh Kirkwood. La determinación de las pruebas tardará un par de días. No encontramos nada en la casa que pueda relacionar a Olie directamente con este delito.

—Las primeras informaciones que tenemos sobre las fotografías es que tienen más de cinco años. Fueron tomadas con una cámara Kodak instantánea, y Kodak dejó de fabricar película para ellas debido al veredicto de un juicio que le entabló Polaroid. Así que probablemente Olie las trajera cuando se mudó aquí. Hasta ahora nadie encontró nada en sus libros. Nadie ha podido entrar a los archivos de sus computadoras; tiene toda clase de contraseñas en los programas para evitarlo.

—Y no habla —Ellen miró a Mitch—. ¿Su testigo puede identificar la camioneta?

Mitch negó con la cabeza.

—En absoluto.

—O sea que no tenemos nada —bebió un poco de agua carbónica con sabor a frambuesa y sacudió la cabeza—. Tenemos que esperar que los muchachos del laboratorio encuentren algo pronto. El público podrá estar preparado para condenarlo, pero nosotros no tenemos lo suficiente, ni siquiera para acusarlo. A menos que Paige Price sea el juez, no tenemos nada.

Cuando oyó el nombre de Paige, Mitch frunció el entrecejo.

—¿Podemos presentar cargos por obstrucción por lo que hizo anoche?

Ellen hizo un gesto que desalentó la idea.

—Se intentó una o dos veces en los últimos años, pero sería casi imposible utilizarlo en este caso. Tendríamos que probar que se hizo daño a Josh como consecuencia de la interferencia. La gente de los medios se puede amparar en la Primera Enmienda y salir del asunto casi sin problemas. Si usted puede probar confabulación entre Paige y Steiger tenemos algo, pero eso será casi imposible a menos que alguno de los dos fuera lo suficientemente estúpido como para grabar la conversación o mantenerla adelante de testigos.

—Así que no tenemos nada —concluyó Mitch. La injusticia lo devoraba.

—Y Paige Price tiene la primicia de la semana. Otra vez.

19:16 -33 °C; Sensación térmica: -52 °C

Paige se sentó junto a una mujer corpulenta, con los labios sin pintar y el pelo castaño aplastado por un gorro.

—Señora Favre, usted me contó que tenía sospechas sobre el hombre que conocía como Olie Swain desde hacía años. ¿Cómo se sintió cuando surgió esta información sobre su expediente anterior?

—Estaba furiosa —contestó la mujer en voz alta, tomando el micrófono y acercándolo como para devorarlo—. Realmente furiosa. Le dije a la policía que él tenía algo raro. Más de una vez mi hijo volvió de *hockey* y me contó que Olie era muy misterioso y actuaba extrañamente con los chicos. Y la policía no hizo nada. Hablé personalmente con Mitch Holt y él no hizo nada. No quiso escucharme y ahora mire lo que sucedió. Me descompone.

Paige tomó el micrófono y se volvió para enfrentar la cámara.

—La policía de Deer Lake negó tener conocimiento de la vida pasada de Olie Swain como el pederasta Leslie Olin Sewek. El personal encargado del Gordie Knutson Memorial Arena también negó conocer el pasado de Swain. No habían investigado los antecedentes de Olie Swain para contratarlo como encargado de mantenimiento en el patinódromo, donde los niños de Deer Lake jugaban al *hockey* y practicaban patinaje artístico.

Se puso de pie y se alejó de la mesa, y pasó junto a un escritorio donde un estudiante del Harris College estaba sentado ante una terminal a color que mostraba la imagen de Josh. La cámara enfocó

la pantalla de la computadora, luego se alejó y volvió a enfocar a Paige.

—Es importante aclarar que Leslie Olin Sewek no ha sido formalmente acusado por el secuestro de Josh Kirkwood. Está detenido en la cárcel comunitaria de Deer Lake por violación de palabra en el estado de Washington. Hasta esta noche la única prueba que implicaría a Sewek en este delito es un paquete de fotografías de niños sexualmente explícitas. Fotografías que según se supone trajo consigo cuando vino a Minnesota después de salir de una cárcel correccional del estado de Washington.

»Las autoridades del condado de Columbia, Washington, conocen muy bien a Leslie Sewek. Como sucede con la mayoría de los violadores de niños, los antecedentes de Leslie Sewek son frondosos y comienzan cuando era un niño. Esta noche aquí con nosotros está el doctor Garrett Wright, encargado del departamento de psicología del Harris College, para hablarnos sobre la mente de un secuestrador de niños.

Paige se sentó en la silla que estaba junto a Wright y lo miró con seriedad.

—Doctor Wright, ¿qué nos puede decir del patrón de comportamiento de hombres como Leslie Sewek?

Garrett Wright no parecía convencido de que ésa fuera una buena idea.

—Antes que nada, señora Paige, quiero aclarar que el comportamiento criminal no es mi especialidad. Sin embargo, he estudiado comportamientos anormales, y si puedo arrojar un poco de luz a la situación y ayudar a que la gente la comprenda, lo haré.

—Usted es residente de Deer Lake, ¿verdad, doctor?

—Sí. En realidad, Hannah y Paul son mis vecinos. Al igual que la mayoría del pueblo, mi esposa y yo estamos ansiosos por ayudar como podamos. El apoyo y el compromiso de la comunidad son muy importantes para todo.

Paige escuchaba con un solo oído, impaciente por llegar al meollo, a las preguntas que mantendrían a los televidentes pegados a sus asientos. Wright podía ser visualmente interesante, casi tan atractivo como ella, podía parecer muy erudito con su camisa abotonada y la chaqueta azul, pero el tema del apoyo comunitario no era lo que tenía en mente al presionarlo para que apareciera en su programa. Casi podía oír los bostezos del público.

Peor aún, se imaginaba a la gente del canal bostezando. Cuando la noticia del pasado de Leslie Sewek llegó a las emisoras, las cadenas de radio y televisión y los periódicos se amontonaron para enviar gente a Deer Lake. El caso de Josh Kirkwood atraía a los noticiosos de la televisión. Y si Paige podía obtener una primicia, era seguro que se catapultaría hacia cosas más grandes y mejores.

—Obviamente —continuó Garrett Wright—, ayuda a la víctima, pero también nos ayuda a nosotros mismos a sentir que estamos tomando medidas contra lo que es esencialmente una amenaza para nuestra comunidad: el delito.

—Y sobre el delito —aprovechó Paige—. Detrás de todos los hombres que se convierten en abusadores de niños, como Leslie Sewek, hay una historia bastante consistente, ¿verdad, doctor?

—Sí, así parece. Los pederastas suelen surgir de situaciones hogareñas abusivas y tienen necesidades de cariño insatisfechas.

—¿Está diciendo que deberíamos tener lástima de alguien como Leslie Sewek? —preguntó Paige con absoluta indignidad. Interiormente sonrió, a pesar de que la multitud que tenía atrás refunfuñó enojada.

Garrett Wright levantó la mano para detener la refutación.

—Yo sólo estoy describiendo los hechos, señora Price. Éstos son los antecedentes comunes entre los vejadores de niños; no es una excusa para quebrantar lis leyes de la sociedad. Tampoco estoy diciendo que éstos sean los antecedentes de Leslie Sewek. No sé nada sobre el hombre. Y como usted señaló, aún no sabemos si Leslie Sewek quebrantó alguna ley aquí. No podemos afirmar que el

hombre que secuestró a Josh Kirkwood sea un pederasta. Podríamos estar tratando con una clase de mente muy diferente, y francamente, una mucho más peligrosa que el entre comillas pederasta promedio —la cámara tomó su expresión de profunda preocupación.

La sonrisa interior de Paige se agrandó.

—¿Como por ejemplo, doctor Wright?

La desaprobación de Garrett Wright era casi tangible. La miró con frialdad.

—Usted está jugando un juego peligroso, señora Price. Yo no vine aquí para jugar a «Nombre un psicópata». Esa clase de conjetura de mi parte no sería apropiada, sin mencionar lo horrible…

—Yo no quise sugerir una cosa así —lo interrumpió Paige, mientras su sonrisa interior se resquebrajaba. *Maldición*—. Quizá podría ampliar para nosotros el concepto de, entre comillas, el pederasta promedio.

Wright se relajó un poco.

—A menudo los pederastas se relacionan mejor con los niños que con los adultos, y en la mayoría de los casos buscan controlar al niño más que dañarlo —continuó antes de que Paige pudiera interrumpirlo con otra pregunta explosiva—. Pueden creer que realmente quieren a los niños y a menudo buscan un trabajo que los ponga en contacto con ellos.

—Lo cual nos lleva directamente de regreso a Deer Lake y al caso de Leslie Olin Sewek —comentó Paige, mientras abandonaba a Garrett Wright como invitado especial—. Con la sombra del secuestro de Josh Kirkwood sobre este pueblo, el descubrimiento de un predador de niños convicto en el patinódromo del que desapareció Josh, ha conmovido a los ciudadanos de esta tranquila comunidad. Ciertamente nadie en Deer Lake tiene más derecho a sentir furia que Paul Kirkwood, padre de Josh Kirkwood.

Paul se sentó en una de las dos sillas de director de cine que había en el frente de la sala. Tenía el pelo castaño perfectamente

peinado, el nudo de su corbata de seda impecablemente centrado sobre el cuello de un jersey de lana azul que llevaba sobre una inmaculada camisa. La cámara le tomó las bolsas oscuras que tenía bajo los ojos, y que intensificaban su expresión de ira. Un gran rostro para la televisión.

Paige se sentó en la otra silla de director.

—Paul —dijo con suavidad, tocándole el brazo—. Nuestros corazones están con usted y con su esposa, la doctora Hannah Garrison. Comprendo que Hannah esté demasiado dolorida como para estar con nosotros esta noche.

Paul frunció el entrecejo. Hannah se había negado a ir al centro a pesar de sus quejas por no poder ayudar en la búsqueda. La idea de este programa le parecía repulsiva, mercenaria e inútil para encontrar a Josh.

Los periódicos del domingo estaban llenos de fotografías de su desfallecimiento en el centro de voluntarios y del momento en que el padre Tom McCoy la ayudaba a retirarse. La mostraban como una heroína, valiente e intrépida, tratando de ser fuerte ante la terrible adversidad. La valiente y compasiva doctora Garrison, que había ayudado a tanta gente. No mencionaban en absoluto el hecho de que toda esta situación era culpa de ella, de que su carrera había destruido su matrimonio, su familia, y había llevado a su esposo a los brazos de otra mujer. En lugar de ello dijeron que Josh había sido secuestrado mientras la doctora Garrison estaba luchando para salvar la vida de una víctima de un accidente, convirtiéndola en objeto de admiración y lástima.

—Ella está en casa con nuestra hija.

Paige miró directamente a la cámara.

—Doctora Garrison, nuestras oraciones están con usted.

19:30 -33 °C; Sensación térmica: -52 °C

La televisión estaba encendida en la sala de estar. Hannah podía oírla, pero no podía distinguir lo que cada uno decía. No quería hacerlo. Detestaba la entrevista que estaba realizando.

TV 7, detestaba que sus vecinos y amigos estuvieran mirándola, detestaba que estuvieran interrogando a personas que ni siquiera conocía acerca de lo que sentían sobre un acto terrible que estaba destrozando su vida. Detestaba que Paul hubiera estado de acuerdo en participar de él. El hecho de que hubiera descartado sus sentimientos con tanta insensibilidad era otra prueba de la distancia que se ahondaba cada vez más entre ellos.

En otro momento él habría considerado el programa tan intrusivo como ella. Esta noche había estado una hora en el baño vistiéndose y preparándose. La idea de que ya no lo conocía le daba vueltas en la cabeza a intervalos regulares.

Permaneció de pie en el medio de la habitación de Josh porque estaba demasiado confundida como para sentarse. Olie Swain había sido arrestado, pero no acusado. No había declaraciones oficiales sobre una confesión o pistas sobre el destino de Josh. Nada. Silencio. Se sentía al borde de un precipicio, tenso cada músculo, esperando el momento de caer a un lado u otro. La expectativa había ido aumentando y aumentando, hasta sintió que iba a explotar por la presión. Pero no había explosión, no había alivio.

Se paseó por la habitación, con los brazos alrededor de su cuerpo. Aun con el grueso jersey de cuello cisne se sentía delgada.

Estaba perdiendo peso y, como médica, sabía que eso no era bueno. La parte práctica, profesional, inteligente de ella le decía que comiera, durmiera, que hiciera un poco de ejercicio, pero esa parte parecía estar desconectada del resto. Las emociones mandaban. Emociones erráticas, irracionales.

Trató de pensar en lo que había sido, en cómo había sido ella cuando era la equilibrada y racional jefa de la Sala de Emergencias. Fría bajo el fuego. Una referencia. La persona a la que todos buscaban en un momento de crisis. Trató de recordar la tarde anterior al secuestro de Josh. Los pacientes a los que había atendido. La gente a la que le había ofrecido consuelo y explicaciones. La precisión del equipo que ella había dirigido para tratar de salvar la vida de Ida Bergen.

Había pasado una semana. Parecía toda una vida.

Desde la sala se oían chillidos de alegría; Lily había conseguido que el agente del DCC jugara con ella. Hannah cerró la puerta del dormitorio. Aquí, en la habitación de Josh, no quería oír nada excepto el silencio que esperaba su voz. Aspiró el olor de sus lápices y sintió como si uno le hubiera atravesado el corazón. Sobre el pequeño escritorio estaba el álbum de fotografías que había traído uno de los primeros días, como si tener una fotografía de Josh pudiera ayudar a su regreso. Miró las fotografías, y cada una de ellas le trajo un recuerdo.

Los tres en la playa de la costa de Carolina en el verano que fueron a visitar a sus padres. El año anterior al nacimiento de Lily. Josh sobre los hombros de su padre, con las manos sobre la frente de Paul, y el gorro de béisbol de Paul en su cabeza. Josh junto a un castillo de arena con una camiseta blanca y pantalones amplios, con los brazos extendidos y una ancha sonrisa que mostraba los huecos que habían dejado los dientes de leche. Tenía los rizos revueltos por el viento. El mar era un manto azul enmarcado con encaje blanco.

Los tres en un muelle. Todos riéndose. Hannah tenía un vestido de verano azul y blanco. La falda larga daba vueltas alrededor de

sus piernas como la capa de un matador. Josh estaba sobre un pilote. Paul lo estaba abrazando fuerte con un brazo desde atrás, y con el otro abrazaba a Hannah. Todos juntos. Una familia. Tan unida, tan feliz. Tan distante de lo que era ahora.

La última fotografía de la página era de ella con Josh. En una barca de vela, al atardecer. Él dormía sobre su falda, abrazado a ella. Hannah tenía los ojos cerrados y estaba inclinada sobre él. El pelo le caía sobre el hombro. Ella lo protegía mientras el mar iba y venía y el viento llenaba las velas. Seguro y amado.

Podía cerrar los ojos y sentir el peso de Josh entre sus brazos. Su cuerpecito tibio contra el de ella. Su pelo con olor a agua salada. Sus pestañas curvadas contra las mejillas, muy largas y espesas. Y podía sentir su amor por él que crecía en su pecho. Su niñito. Una hermosa personita concebida y criada con amor. Y podía sentir, como lo había hecho en aquel momento, la esperanza que había depositado en él, todos los sueños que había alimentado.

Sueños perfectos. Sueños maravillosos.

Sueños que habían sido robados. Josh no estaba. Sus brazos estaban vacíos. Todo lo que le quedaba eran fotografías y recuerdos.

Un golpe suave sonó en la puerta y la sorprendió. Se volvió y vio que una voluntaria del grupo de niños perdidos asomaba la cabeza en la habitación. Otra extraña de otro pueblo a la que no conocía.

—Le traje un poco de chocolate caliente —dijo la mujer suavemente, como excusa para entrar a la habitación.

Hannah estimó que tendría unos cuarenta años; estatura mediana, caderas curvilíneas y nada de busto. Tenía rizado el pelo castaño, y algunos mechones le caían sobre las gafas sin montura. Terry y algo más. Los nombres le entraban por un oído y salían por el otro. Hannah no se esforzaba por recordarlos. Ellos venían a ofrecerle apoyo, consuelo y amistad, pero ella no quería tener nada en común con ellos. No tenía deseos de unirse a su club.

—Su esposo está en la televisión —le dijo Terry Quienfuera mientras apoyaba la taza con chocolate sobre la mesilla de noche—.

Pensé que querría saberlo.

Hannah negó con la cabeza. Terry no hizo ningún comentario. Se quedó apoyada contra la pared, junto a la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón de pana. Esperando. Hannah volvió a decirse a sí misma que no quería intimar con esta mujer, pero la advertencia no pudo penetrar la necesidad de llenar el silencio.

—Me pidieron que fuera —le dijo mirando por la ventana la oscura y fría noche—. No quiero tener nada que ver con eso. No voy a exhibir ante una audiencia todo lo que yo siento.

La mujer no la juzgó. No dijo nada, como si de alguna manera supiera que había más. Las palabras salieron como un secreto culposo.

—La gente me espera a mí también. Lo sé. Esperan que esté en las vigilias de oración y en la televisión. Pero no quiero mostrarme débil ante ellos, y sé que no puedo ser fuerte. No puedo ser lo que esperan que sea. Ahora no —y el sentimiento de culpa por todo eso era otro peso más que se agregaba a la carga que la estaba destruyendo.

—Eso está bien —respondió Terry—. No se preocupe por lo que los demás quieren de usted. No tiene que ir a la televisión si no le parece bien. Cada uno hace lo que tiene que hacer para superar esta pesadilla. Quizás a su esposo lo ayude ir a la televisión.

—No lo sé.

Otra vez el silencio.

—No nos estamos comunicando muy bien en estos días.

—Es duro. Hagan lo mejor que puedan. Aférrense a los trozos de su relación y más tarde preocúpense por ponerlos juntos. Lo importante ahora es superar esto.

Hannah miró el álbum de fotografías que estaba sobre el escritorio, las imágenes sonrientes de su hijo. Hubiera hecho cualquier cosa, dado cualquier cosa para recuperarlo sano y salvo. Pensó en Olie Swain sentado en la celda de una cárcel, pensó en los secretos que él aún no había revelado, y volvió a invadirla una

intolerable sensación de expectativa. ¿Qué sabía él? ¿Qué diría? Y cuando confesara sus secretos, ¿terminaría todo?

—Es el no saber —susurró, y se tapó los ojos con las manos para contener las lágrimas, pero no pudo evitarlas—. ¡Dios, no soporto la incertidumbre! ¡No puedo soportarla!

Se apoyó contra la pared sollozando y la golpeó una y otra vez con el puño, sin hacer caso al dolor. Y cuando terminó la descarga de adrenalina, se quedó allí contra el mural cuidadosamente pintado de niños jugando al béisbol, y lloró. No se movió cuando sintió que una mano le tocaba el hombro.

—Lo sé —murmuró Terry—. Mi hijo fue secuestrado cuando tenía doce años, cuando regresaba a casa del cine. En aquel momento vivíamos en Idaho, en un pueblo muy parecido a éste, un lugar tranquilo y seguro. Aunque resultó no ser tan seguro. Creí que la incertidumbre me iba a matar. Y hubo momentos en los que deseé que así fuera —le confesó.

Apartó con dulzura a Hannah de la pared y la condujo hasta las camas marineras, donde se sentaron una junto a la otra. Hannah se secó la cara con la manga del jersey, y trató de recomponerse, incómoda por haberse desmoronado frente a esta extraña. Pero Terry actuaba como si ésta fuera una situación muy normal, como si no se hubiera dado cuenta del estallido.

—Cumpliría dieciséis este año —le dijo—. Estaría aprendiendo a conducir, saliendo con chicas, jugando al baloncesto en el equipo de la escuela. Pero el hombre que se lo llevó se lo llevó para siempre. Encontraron su cuerpo en un terreno, como si fuera un poco más de basura —su voz se endureció, y se quedó en silencio un momento, esperando que cediera el dolor.

»Después que lo encontraron tuvimos… alivio. Por lo menos todo había terminado. Pero cuando aún no lo sabíamos al menos teníamos la esperanza de que estaría vivo y de que podríamos recuperarlo —se volvió hacia Hannah, con los ojos brillantes por las

lágrimas que no caerían—. Aférrese a esa esperanza con ambas manos, Hannah. Es mejor que nada.

Ella ya pasó por esto, pensó Hannah. *Ella sabe lo que siento, lo que pienso, lo que temo*. El vínculo estaba ahí. No importaba que ella no lo quisiera; estaba ahí. Compartían una pesadilla, y esta mujer le estaba ofreciendo el conocimiento que había adquirido en la prueba. No importaba que Hannah no quisiera unirse a este club; ya era socia.

Extendió la mano y tomó la mano de Terry Quienfuera y la apretó con fuerza.

19:42 -33°C; Sensación térmica: -52°C

—… y estoy furioso porque ese animal pervertido no sólo estaba fuera de su jaula sino que le permitieron trabajar en el mismo edificio en el que estaba mi hijo y los hijos e hijas de todos los de esta comunidad.

Los aplausos de la gente del centro de voluntarios hicieron que Paul Kirkwood se detuviera. Estaba mirando directamente a la cámara, con la cabeza erguida, el mentón hacia adelante, la mirada brillante. La mirada parecía atravesar la pantalla del televisor y viajar a través de los barrotes de la celda directamente al pecho de Olie. Él conocía esa mirada, el tono de la voz. *Me das asco. No eres más que un pequeño monstruo. Fruto del demonio, eso es lo que eres. ¡Te golpearé hasta sacar algo bueno de ti!* Y la otra voz chillona en armonía: *¡Te lo dije, Leslie! Eres un inútil. No llores o te daremos algo que te hará llorar con razón!*

Se acurrucó en un rincón de su litera como un animal asustado, mientras las voces vociferaban. Estaba encerrado en una celda para él solo en la cárcel de la ciudad, un lugar lujoso para lo que eran las cárceles. Casi vacía. Las paredes eran blancas, El suelo gris encerado. Sólo el vago olor de la orina se mezclaba con el de los limpiasuelos con esencia de pino. No se permitía fumar.

En la celda de al lado estaba el orgulloso dueño de un pequeño televisor portátil. Un duro personaje llamado Boog Newton que estaba cumpliendo tres meses por beber cada día y conducir su todo terreno en un estado de estupor. En su última escapada se había

estrellado contra el escaparate de la librería de Loon's Cali. Como el único residente semipermanente tenía algunas dispensas.

Boog estaba sentado en su litera con los codos apoyados sobre las rodillas, tocándose la nariz, absorto por el apasionado sermón sobre las fallas del sistema y las injusticias contra la gente decente.

—… estoy asqueado de poner los noticiosos y tener que escuchar que secuestraron a otro niño o lo asesinaron o lo raptaron. Tenemos que hacer algo. ¡Tenemos que detener esta locura!

La entrevista se interrumpió para dar paso a algunos anuncios en medio de una ola de aplausos. Boog se puso de pie y se acercó a los barrotes que separaban ambas celdas. Tenía el rostro marcado por el acné y la boca torcida con un gesto de desprecio.

—Tú, burro de mierda, están hablando de ti —le dijo inclinándose contra los barrotes.

Olie se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro, con la cabeza baja, contando los pasos para no oír al hombre. No le gustaban los hombres. Nunca le habían gustado los hombres. Los hombres sólo habían querido hacerle daño.

—¿Sabes lo que haría contigo si fuera juez? Te pondría un saco en esa horrible cabeza, le daría al padre del niño una barra de acero y los encerraría juntos en una habitación. Lo dejaría que te golpeara hasta que se cansara. Que te aplastara la cabeza. Que te hiciera un nuevo culo con la barra.

Olie seguía caminando, con las manos en los bolsillos, respirando cada vez más aprisa.

—¿Sabes qué creo que deberían hacer con monstruos como tú? Creo que deberían cortártela y metértela por el culo. No. Deberían ponerte en una celda con un motorista de ciento treinta kilos y dejar que él te la pusiera toda la noche, durante todas las noches del resto de tu vida. Para que sepas cómo es.

Olie ya lo sabía. Sabía qué les hacían en la cárcel a los abusadores de niños. Recordaba cada espantoso momento, cada dolor, el miedo aterrador. Sabía lo que era ser torturado. El sudor

brotó de todos sus poros, al pensar que todo podía volver a suceder. Si lo dejaban allí o lo enviaban de regreso a Washington, todo volvería a suceder.

—Eh, estás enfermo, ¿lo sabes, verdad? Eso es de un enfermo; tocar a los pequeños y toda esa mierda. ¿Qué le hiciste al niño Kirkwood? ¿Lo mataste? Deberían liquidarte…

—¡Yo no fui! —gritó Olie, su cara encendida. Su ojo sano daba vueltas y vueltas. Se arrojó contra los barrotes y golpeó los dedos de Boog.

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui!

Boog retrocedió tropezando y sacudiendo los dedos.

—¡Eh, estás loco! ¡Estás completamente loco!

El carcelero llegó corriendo desde el final del corredor.

Olie se sentó sollozando en el suelo como una marioneta a la que le habían cortado las cuerdas.

—Yo no fui.

23
Día 7
20:37 -35 °C; Sensación térmica: -53 °C

—La abuela dice que encerraste al tipo malo en la cárcel, y ahora se podrá respirar tranquilo —dijo Jessie, mientras trataba de atar una larga cinta al cuello de Scotch.

El viejo perro sufría la indignidad con bondad, gruñendo un poco y mirando a Mitch, que estaba sentado en el sillón revisando las fotocopias del cuaderno de Josh, buscando alguna mención sobre Olie además de la que había en la primera página: *Los niños se burlan de Olie, pero es inútil. No puede evitar el aspecto que tiene*. El piso de la sala estaba lleno de muñecas Barbie y sus accesorios. La televisión estaba sintonizada en un noticioso. Mientras Jane Panley leía las noticias, se veían imágenes del último terremoto en Latinoamérica, y luego la cara de alguien involucrado en un escándalo se vio durante unos segundos.

Jessie miró a Mitch desde el suelo.

—¿Por qué dice eso la abuela?

Las primeras respuestas que le vinieron a la mente no eran muy agradables para Joy Strauss. Mitch se mordió la lengua y contó hasta diez.

—Ella se refería a que ahora se siente más segura —le respondió, pasando la hoja con naves espaciales cuidadosamente dibujadas y

poniéndola boca abajo con las otras sobre la mesa.

Y significaba que Joy tenía una nueva aguja para torturarlo.

—No puedo creer que alguien como él pueda caminar por las calles de Deer Lake.

—No llevaba ningún cartel, Joy. No tenía una gran P de perverso marcada en la frente. ¿Cómo iba a saberlo?

—Bueno, Alice Marshton dice que los departamentos de policía tienen redes que siguen por todas partes el rastro de esta clase de personas. Alice lee muchas historias de misterio y dice…

—Esto es la vida real, Joy, no una novela de Agatha Christie.

—No tienes por qué ser tan agrio. Sólo te estaba contando lo que dice Alice.

Sólo estaba diciendo lo que decía la mayoría de la gente del pueblo: que lo culpaban por la desaparición de Josh Kirkwood. Él comprendía que sentían la necesidad de culpar a alguien. Señalar con el dedo a una persona verdadera atemoriza menos que creer que no tenían defensa contra lo que había sucedido. Pero eso no aliviaba en nada el abuso. Natalie había recibido llamadas telefónicas de gente airada durante todo el día; el contestador telefónico automático de su casa estaba lleno de mensajes de ciudadanos encolerizados.

Mitch dejó que la máquina recibiera toda la furia. No quería jugar al niñito azotado esta noche. Quería un momento de tranquilidad con Jessie, aunque tuviera que dividirse entre su hija y la pila de papeles que había traído a casa. Joy se había quejado porque sacaría a Jessie en una noche tan fría, e insistió en que pescaría un virus. Mitch le recordó que sólo iban a cruzar el callejón y le dijo que hacía demasiado frío para los gérmenes, conteniéndose para no darle otra inútil explicación sobre cómo se diseminan los virus. Como él no había trabajado en la cocina del hospital como su amiga Ione, Joy no confiaba en los conocimientos médicos de Mitch.

Cuando terminó con el lazo, Jessie tomó un cepillo y comenzó a cepillar el lomo de Scotch. El perro dejó oír un gruñido de placer y

rodó hacia un costado, ofreciendo su panza para el mismo tratamiento.

—La abuela dice que el hombre hace cosas malas a los niños y que sólo Dios sabe —dijo Jessie—. Pero si sólo Dios lo sabe, ¿cómo lo sabe la abuela?

—Ella no lo sabe. Ella sólo cree que lo sabe. Nadie ha probado que el hombre hiciera algo —Mitch se sintió asombrado y un poco avergonzado por defender a Olie Swain para ponerse en contra de su suegra.

Dio vuelta otra hoja, una que estaba llena de pensamientos de Josh sobre ser capitán de su equipo de *hockey*. *Realmente hace mucho frío. Estoy muy orgulloso, pero mi mamá dice que no debo fanfarronear. Sólo hacer un buen trabajo. A nadie le gusta un fanfarrón*. La siguiente expresaba su desagrado por tener que concurrir a la clase de religión utilizando caras feas, dedos pulgares hacia abajo, un Dios con barba larga y aureola y una cara de diablo con el entrecejo fruncido.

—Entonces ¿por qué ese hombre está en la cárcel?

—Jessie… —dijo apretando los dientes. Se inclinó hacia adelante para acariciar la cabeza de su hija—. Hijita, papá está muy cansado para hablar de su trabajo. ¿Podemos hablar de otra cosa?

La culpa lo invadió de inmediato. Siempre había tratado de ser honesto con Jessie. Él creía que eludir las preguntas de un niño provocaba más problemas de los que solucionaba, pero esta noche no tenía energía para dar respuestas. Ahora que Olie estaba tras las rejas, la tensión y las largas horas se estaban vengando. Y la preocupación por el bienestar de Josh se había intensificado con el descubrimiento de las manchas de sangre en la camioneta. Sólo cabía esperar los resultados del laboratorio. Desafortunadamente, la idea de Mitch sobre cambiar de tema no era lo que Jessie tenía en mente.

Una hoja con dibujos de Josh le llamó la atención, y dejando a Scotch se inclinó sobre la mesa para mirar.

—¿Quién te hizo esos dibujos? ¿Puedo colorearlos?

—No, cariño, esto es una prueba. ¿Por qué no me haces un dibujo de tus libros para colorear?

Jessie ignoró la sugerencia. Tomó una de las hojas que Mitch había dejado sobre la mesa y la estudió.

—¿Encontraste a Josh?

Mitch suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Aún no, cariño.

—Debe estar triste —agregó tranquilamente, y dejó el dibujo con cuidado sobre la mesa. Era el dibujo de un niño con pecas y un gran perro lanudo. *Yo y Gizmo*.

—Ven aquí, cariño —susurró Mitch, abriendo los brazos para acompañar la invitación. Jessie subió a la falda de su padre. Mitch la abrazó—. ¿Aún tienes miedo de que alguien te lleve?

—Un poco —murmuró contra el pecho de su padre.

Él quería decirle que no se preocupara, que no permitiría que nada le sucediera, que nada malo le sucedería si seguía todas las reglas. Pero no podía hacerle esas promesas y detestaba esa sensación de impotencia y falta de adecuación que le daba la realidad. Él deseaba que el mundo fuera un lugar donde las niñitas sólo tuvieran que preocuparse de jugar con sus muñecas y de ponerles lazos de raso a sus perros, pero ése no era el caso. Ni siquiera en Deer Lake.

Meció lentamente a su hija.

—Sabes, hija, no tienes que preocuparte. Preocuparme es mi trabajo.

Jessie inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—¿Y la abuela? Ella siempre se preocupa por todo.

—Sí, bueno, la abuela tiene su propio mundo. Pero cuando se trate de tú y yo, yo me preocuparé por todo, ¿está bien?

—Está bien —respondió tratando de sonreír.

Mitch extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Mira. Rompe tus preocupaciones como si fueran un trozo de papel y dámelas.

Jessie se rió e hizo una pantomima rompiendo sus preocupaciones como un trozo de papel. Dejó la bola invisible en la mano de Mitch. Él cerró el puño y lo metió en el bolsillo superior de su camisa de algodón. Scotch observó el procedimiento con la cabeza inclinada y las orejas levantadas.

Sonó el timbre de la puerta y el perro tembló sobre sus patas, ladró y meneó la cola.

—Ésa debe de ser Megan —dijo Mitch levantando a Jessie en sus brazos.

Jessie puso el labio inferior hacia adelante.

—¿Por qué viene ella? Dijiste que podía quedarme levantada hasta tarde porque mañana no hay escuela y nos divertiríamos mucho.

—Nos hemos divertido mucho, ¿no es verdad? —le dijo Mitch—. Pero tú no te puedes quedar levantada hasta tan tarde como yo, así que ¿quién me hará compañía cuando tú te acuestes?

—Scotch.

Mitch gruñó y le hizo cosquillas y luego la subió sobre su hombro. Abrió la puerta con una sonrisa y fue hacia la sala diciendo:

—¡Bienvenida al refrigerador!

La renuencia de Megan quedó vencida por la sensación térmica de cincuenta y tantos grados bajo cero. Entró en la casa, cerró la puerta y de inmediato se sintió como una intrusa. Mitch estaba dando una vuelta por la sala con Jessie sobre sus hombros, mientras un gran perro amarillo los seguía con una muñeca Barbie en la boca. Nadie parecía advertir su presencia allí, arropada hasta la nariz y con un cuarto de helado de chocolate en sus manos. Se preguntó si se darían cuenta si se iba a su casa.

Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso, Mitch se detuvo delante de ella, y la miró sin parpadear para que se quedara en su lugar. Le bajó la bufanda de la cara con un dedo.

—Quítate el abrigo y quédate un rato, O'Malley —le dijo con suavidad.

Ella le sonrió mientras se quitaba la bufanda y la colgaba en el perchero de madera. Miró a la pequeña que estaba sobre sus hombros.

—Hola, Jessie, ¿cómo estás?

—Mañana no voy al parvulario porque hace un frío que congela. Eso es lo que dice mi abuelo.

—Eso es mucho frío —acordó Megan.

—Así que puedo quedarme levantada hasta tarde y divertirme —explicó Jessie con un tono cauteloso, como si eso fuera demasiado abrumador para Megan.

—Sí, podrás quedarte levantada para comer un poco del helado que nos trajo Megan. ¿No es un gesto hermoso de su parte?

—Me gustan más los caramelos.

—Jessie… —Mitch la miró con seriedad mientras la bajaba.

En el otro extremo de la habitación sonó el teléfono, y el contestador automático tomó la llamada.

—¿Mitch? Mitch, ¿me oyes? —El tono de la mujer era casi frenético—. Soy Joy. Veo tus luces encendidas —se alejó del auricular y habló con su esposo—. Jurgen, no contesta. Quizá deberías ir a ver qué sucede. Podrían haberse intoxicado con monóxido de carbono.

Mitch sonrió y suspiró.

—Será mejor que conteste —dijo y miró a su hija—. Jessie, por favor lleva a Megan a la cocina y ayúdala a sacar unos cuencos para el helado.

Resignándose ante su destino, Jessie se encaminó hacia la cocina. Megan la siguió obediente. El perro pasó junto a las dos, y la muñeca que tenía en la boca llevaba un brazo levantado como si fuera saludando.

—Éste es mi perro, se llama Scotch —dijo Jessie—. Yo le puse ese lazo. Ya sé atar los cordones y lazos y otras cosas. Kimberly

Johnson, la de mi clase, no sabe atar nada. Tiene que usar zapatos con velero y también se mete el dedo en la nariz.

—¡Qué asco!

—Y se los come —continuó Jessie, mientras sacaba las cucharas para helado de un cajón lleno de espátulas y cucharas de plástico—. Y es mala. Una vez mordió a mi amiga Ashley y se quedó en un rincón durante todo el recreo, y no le dieron ninguna golosina del cumpleaños de Kevin Neilsen en la merienda. Y dijo que no le importaba porque no eran verdaderos Tootsie Rolls, y que eran caca de gato —miró a Megan—. Y no era verdad.

—Parece una consumidora inflexible.

Jessie se encogió de hombros y descartó el tema. Arrastró una silla y se subió para sacar los cuencos de la alacena. Megan abrió el envase y repartió el helado.

—Puedo comer dos porciones —dijo Jessie, asomándose por encima de la mesa de la cocina—. Papi puede comer casi diez. Scotch no puede comer nada porque está muy gordo.

Megan recorrió la cocina con la mirada, y observó las obras de arte hechas con rotuladores y dedos que decoraban las paredes y el refrigerador. Sintió el golpe en un rincón vulnerable de su corazón… por su inocencia, su desenvuelto entusiasmo y su atención a los detalles. Y el hecho de que Mitch los exhibiera con tanto orgullo. Casi podía imaginárselo: el duro policía tratando de pegar por tercera vez con cinta adhesiva en la parte derecha sobre la pared la última obra de arte de su hija. No pudo evitar comparar esta cocina con la de Butler Street, en St. Paul, con olor a grasa, cigarrillos y amargos recuerdos. Una caja de cartón abajo de la cama había servido como baúl de los tesoros de las cosas de las que ella, y sólo ella, se sentía orgullosa.

—Eres una gran artista —le dijo a Jessie—. ¿Hiciste todos estos dibujos para que tu papá los guarde de recuerdo?

Jessie se acercó a uno que estaba pegado a la altura de sus ojos.

—Éste es mi papi, ésta soy yo y éste es Scotch —le explicó. Mitch estaba dibujado con un arreglo abstracto de figuras geométricas, como un hombre formado por bloques. En el pecho tenía una insignia grande como un plato. Scotch era del tamaño de un *pony Shetland* con dientes grandes como los de un oso. Una larga lengua rosa le caía fuera de la boca.

—Yo tenía una mamá —dijo Jessie cuando regresó a la mesa y apoyó los brazos sobre ella—. Pero se fue al cielo.

No se trataba de otra cosa que el relato de unos hechos, pero tocó una fibra de Megan. Se sentó en una silla y se inclinó sobre la mesa, con la mirada fija en la bonita hija de ojos oscuros de Mitch, con sus horquillas y su jersey color púrpura.

—Lo sé —contestó tranquilamente—. Eso es duro. Yo también perdí a mi mamá cuando era pequeña.

Jessie abrió un poco más grandes los ojos cuando descubrió que tenían un aspecto en común.

—¿Se fue al cielo?

—No, sólo se fue —respondió Megan.

—¿Porque eras desobediente? —preguntó Jessie tímidamente.

—A veces yo pensaba eso —admitió Megan—. Pero creo que no quería más a mi papá, y no quería ser mamá, y se fue.

Se produjo un momento de silencio. La nevera zumbaba. La hija de Mitch la observaba con sombríos ojos castaños.

—Eso es como el divorcio —dijo Jessie—. La mamá y el papá de mi amiga Janet se divorciaron, pero él aún quiere ser su papá los sábados. Es duro ser una niñita.

—A veces —contestó Megan, sorprendida con ella misma.

Nunca había hablado de su pasado, nunca, con nadie. Ya había pasado, hacía mucho tiempo, ya no importaba. Sin embargo, aquí estaba charlando de corazón a corazón con una niñita de cinco años y estaba… bien, lo cual la asustaba mucho. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pensando?

Has estado trabajando demasiado duro, O'Malley.

Mitch se quedó en el comedor con los pies clavados en el suelo. Su intención no había sido escuchar atrás de la puerta, sólo había querido ir a ver cómo se estaban llevando Megan y Jessie. Jessie cuidaba mucho de él y era muy celosa del tiempo que compartían. Quería ver si ella estaba comportándose aunque él no estuviera a su lado para recordarle los modales. No pensaba oír una confesión de Megan sobre su pasado.

Recordó la forma en que Megan había hablado de su madre. Desafiante. Resentida. La mujer que estaba charlando con su hija entre raciones de helado de chocolate no era ninguna de esas cosas. Era una mujer que alguna vez había sido una niña preocupada por haber hecho algo que podría haber alejado a la madre de su lado. La verdad lo enterneció. Maldición. Había decidido que podría manejar la pasión que se daba entre ellos. Podía comprenderla, controlarla hasta cierto punto. Pero no había pactado acerca de nada más. No quería nada más profundo.

Tranquilo, Holt. Se trata sólo de sexo, no es matrimonio. Ella está casada con la insignia. Qué afortunado.

Se apoyó contra el marco de la puerta y esbozó una sonrisa dolorosa.

—Joy quería que supiera que el canal cuatro va a emitir una nota especial sobre Deer Lake y nuestros «problemas» en el noticioso de las diez. Van a hablar sobre medidas de seguridad. Quizá piense que yo podría aprender algo.

Megan se mordió el labio para no sonreír.

—Sí —gruñó, y tomó un cuenco y se sirvió una pequeña montaña de helado—. El marinero Shelby podría saber algo sobre el cumplimiento de la ley que yo no aprendí en quince años de trabajo.

—Ella sólo trata de ayudar —comentó Megan.

—Ojalá.

Comieron helado y jugaron una emocionante rueda de Candy Land, Mitch y Megan postergaron sus planes de trabajar hasta la hora que Jessie se fuera a la cama. Jessie luchó valientemente para

mantenerse despierta hasta que llegara el noticioso, y protestó cuando Mitch declaró que ya era hora de que fuera a acostarse. Cansada y malhumorada, lloró un poco cuando su papá la llevó al dormitorio, pero se quedó dormida casi en el mismo momento que apoyó la cabeza sobre la almohada.

Cuando Mitch bajó, una inquieta Megan estaba recorriendo la sala. Scotch estaba en el medio de la habitación con la panza hacia arriba, esperando que se la rascara y moviendo la cola cada vez que ella pasaba junto a él.

—Tienes una hermosa casa —le dijo, apoyando una cadera contra un sillón.

—Gracias.

Mitch observó la habitación como lo hubiera hecho un extraño. Las paredes eran como sábanas blancas que caían sobre una alfombra del color de la harina de avena. Suave y sin vida, rescatada de una tristeza total gracias a los ladrillos de la chimenea y las librerías con puertas de cristal. Los muebles eran rezagos que él mismo había reunido. No había querido guardar nada de lo que había compartido con Allison. Esas cosas evocaban recuerdos dolorosos. Los había reemplazado por objetos sin interés y de colores neutros que no evocaban nada. La única indulgencia había sido las sillas de cuero color caramelo.

—Creo que tendría que colgar cuadros o alguna otra cosa —comentó Mitch—. No soy muy bueno para esas cosas.

Megan se contuvo para no ofrecerle su ayuda para la decoración. La idea era demasiado doméstica. Doméstica y presuntuosa. Como si quisiera reclamar derechos. Tendrían lo que tenían hasta que se terminara. Primero eran colegas, segundo amantes. Había mucha distancia entre eso y elegir diseños de papeles para las paredes.

—¿Jessie está dormida?

—Como una piedra. Estaba destrozada, pobre niña.

Mitch se acercó a la chimenea y puso otro trozo de leña. Atizó los rescoldos, y se quedó allí, con una mano apoyada sobre la repisa de

la chimenea, observando las llamas.

—Su abuela, la reina del miedo, ha estado asustándola con el secuestro de Josh. Y Dios sabe que no he podido prestarle mucha atención desde que comenzó todo esto.

—Has estado un poco ocupado.

—La historia de mi vida.

—Bueno, tenemos a Olie…

—Pero no tenemos a Josh.

—Quizás obtengamos algo del laboratorio que pueda ser usado en su contra.

Mitch no quería pensar en las manchas de sangre encontradas en la camioneta. Lo que más temía de este caso era pensar en tener que decirles a Hannah y a Paul que su hijo estaba muerto. No quería que conocieran ese dolor, y a decir verdad, no quería revivirlo. Y no quería pensar que les había fallado a Hannah y a Paul como les había fallado a Allison y a Kyle. La cadena continuaba y se enroscaba, como un lazo interminable, como la rueda de la jaula de un hámster.

—¿Hablaste con Hannah acerca de tomarle muestras de sangre a ella y a Paul?

Mitch se alejó de la chimenea. En el otro extremo de la habitación, Scotch estaba mirando *Letterman*.

—Lo haré mañana.

—El laboratorio las necesita para realizar las comparaciones.

—Lo sé. Lo haré.

—Si no quieres…

—Dije que lo haré —se volvió con las manos levantadas en un gesto de rendición.

—Bien —Megan imitó su gesto, alejándose de él. Observó la pila de papeles que había sobre la mesa. Declaraciones de gente relacionada con el patinódromo, declaraciones de vecinos del patinódromo, declaraciones de vecinos de Olie, hojas de papel de

fax con información facilitada por las autoridades del estado de Washington. Y entre todo eso, el cuaderno de Josh.

—¿Encontraste alguna referencia más sobre Olie? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta, pues había revisado sus copias más de una docena de veces. Estaban llenas de dibujos de criaturas, sólo uno de Olie, y junto al dibujo la nota que le partió el corazón al pensar que Olie había traicionado a Josh. *Los niños molestan a Olie, pero eso es malo. Él no puede evitar el aspecto que tiene*.

—No. Revisé estas declaraciones hasta que mi cerebro quedó disléxico, y no veo nada que podamos darle al fiscal. Nada más que sospechas y conjeturas y bajezas. Algunos de los vecinos de Olie deberían recibir una lección de caridad.

Podían aprender una o dos cosas de Josh. La ironía era demasiado amarga.

—No me gusta nada —dijo Mitch paseándose por la habitación con las manos en los bolsillos, la cabeza baja, el entrecejo fruncido —. Si el secuestrador tomó el cuaderno de Josh hace dos meses y planeó todo esto como un maestro… no parece obra de Olie. Parece… siniestro. Olie es patético, no siniestro.

—O su compañero es siniestro —acotó Megan.

—Ésa es otra cosa que no cierra. Olie es un solitario. Siempre lo ha sido. ¿De pronto tiene un compañero? —negó con la cabeza.

—Es un violador convicto, con los medios necesarios y una camioneta con manchas de sangre en la alfombra —argumentó Megan—. Si tienes un sospechoso mejor, me gustaría saberlo.

—No lo tengo —admitió Mitch—. No estoy diciendo que sea inocente. Estoy diciendo que no cierra.

—¿Qué parte de este caso cierra? Todo el asunto tiene el olor a podrido de un matadero en un día de calor. Su casa estaba llena de equipos de computación…

—Pero no estaba la impresora…

—Tengo a un par de muchachos investigando tiendas con impresoras que ofrecen el servicio de impresión láser; todo lo que

hay que hacer es llevar un disquete.

—Por Dios, ¿crees que entró en Insty Print e imprimió una pila de notas psicóticas?

Megan se encogió de hombros.

—Parece disparatado, pero verificaré cualquier posibilidad.

Mitch no dijo nada. Volvió a detenerse frente a la chimenea a observar las llamas, pensando y repensando las preguntas, los hechos y las hipótesis.

Megan lo observó. Sus dudas irritaban puntos ya sensibles.

—¿Qué es lo que objetas, a Olie o el hecho de que yo lo haya atrapado?

—No seas zorra. Ya te felicité, agente O'Malley. Me sentiría mejor si pudiéramos encontrar una prueba más contundente… o mejor aún, si nos hubiera entregado a Josh.

—Bueno —dijo Megan suspirando profundamente—, ya somos dos.

El teléfono volvió a sonar, y otra vez respondió el contestador automático. Mitch lo miró desde el otro extremo de la habitación.

—Somos quince mil en este pueblo… catorce mil novecientos noventa y ocho han llamado aquí esta noche.

Mitch se encaminó hacia el sofá y se detuvo cuando llegó junto a Megan. Ella lo miró con esa expresión de «¿qué crees que estás haciendo?» que hubiera hecho retroceder al macho más agresivo. A Mitch no lo asustaba. Era parte del juego, como la conversación ruda, como la ropa de hombre. A él no lo amedrentaba una actuación.

—¿Qué te parece si dejamos esto por esta noche? —sugirió Mitch —. No sé tú, pero yo tengo el cerebro como una berenjena frita. Seamos sólo personas durante un rato.

Megan desvió la mirada, suspiró y metió las manos en los bolsillos de sus tejanos.

—Bueno, sí, está bien —eso era como terminar con la conversación, ya que ella no tenía nada de qué hablar excepto del

trabajo. *Ahora es cuando demuestras tus sorprendentes habilidades sociales, O'Malley: Eres una persona tan educada*.

Mitch vio que sus hombros se desplomaban, y se miraba las medias de lana. Era tan segura de sí misma como policía, tan insegura como mujer. Todo lo masculino en ella quería confirmar su femineidad.

—Ven aquí —la llevó hasta el sofá y se sentaron sobre los almohadones—. Tenemos que hacer algo insensato.

Megan se esforzó inútilmente para ponerse de pie, pero no pudo soltarse ya que él la sostenía de la cintura.

—Dormir es insensato. Creo que iré a casa a dormir un poco.

Mitch ignoró su lógica, y le levantó la trenza para besarle la nuca.

—Hagámoslo —le pidió con un tono bajo y sedoso— como cuando estábamos en la escuela secundaria. Ya sabes, como cuando volvíamos de un partido de baloncesto y nuestros padres estaban dormidos y lo hacíamos en el sofá, esperando que nadie nos pescara.

Megan se puso un poco tensa.

—No tenía muchas citas en la escuela secundaria.

No tenías ninguna cita en la escuela secundaria, era más adecuado. Era terriblemente tímida con los muchachos, se avergonzaba de la pequeñez de sus pechos y de la sangre que corría por sus venas. No quería ser la hija de su madre, no quería darle a su padre más razones para desagradarle de las que ya tenía. Había un muchacho en su clase de inglés, serio y estudioso como ella. Atractivo a pesar de sus gruesas gafas. Se habían besado un par de veces, se habían toqueteado un poco. Luego él se puso lentes de contacto, y comenzó a ser perseguido por las muchachas más populares y Megan quedó olvidada.

Mitch volvió a besarle el cuello y de allí pasó al lóbulo de la oreja.

—Ah, entonces déjame que te enseñe. Aprende de un maestro.

Se inclinó hacia atrás sin soltarla y apagó la luz, dejando la habitación iluminada sólo por el fuego de la chimenea y la televisión.

La giró para que lo mirara y la besó suavemente en la boca.

—Ves, la idea es —murmuró entre besos— que tú finjas que no me dejarás hacer nada, aunque ambos sabemos que lo que realmente queremos es desnudarnos y hacer el amor.

Megan sonrió suavemente y se volvió un poco cuando él trató de acariciarle los pechos.

—¿Y siempre has tenido suerte?

—No puedo besar y hablar. Quizás esta noche tenga suerte.

—No lo creo —se alejó hacia el extremo opuesto del sofá—. Arruinarás mi reputación.

No se permitió pensar en la verdad de esa afirmación. Ambos necesitaban este momento juntos, lejos del peso del caso. Tiempo para ser personas en lugar de policías. Tiempo para sentir algo agradable, algo que afirmara la vida.

Mitch la siguió, avanzando con las rodillas sobre los almohadones. Tenía una expresión perversa.

—Oh, vamos, Megan —susurró pasándole el dedo por la nariz y la boca—. Sólo un beso, eso es todo. Te lo prometo.

Megan sonrió, sorprendida por la forma en que su cuerpo estaba respondiendo al juego. El corazón le latía muy de prisa. Su piel estaba tibia y le cosquilleaba. Tonta. Ya se habían acostado juntos. Había pocos secretos físicos entre ellos. Aun así estaba excitada.

Sus labios se acercaron tentativamente, experimentalmente, como si esta experiencia fuera nueva para ellos. Nada de prisas. Algo para saborear. Los alientos que se entremezclaban. Las bocas que se tocaban suavemente. El leve aumento de la presión. El ángulo que se inclinaba algunos grados. Él la tomó de los hombros y la acercó hacia él. El beso se hizo más apretado. La punta de la lengua de Mitch recorrió la comisura de los labios pidiendo paso. Megan abrió la boca y gimió cuando él la exploró.

Megan tomó su mano cuando él la levantó, pero no lo detuvo cuando la apoyó sobre su pecho. Sus dedos la acariciaron suavemente, y ella gimió cuando aumentó la presión. Él encontró el

pezón y lo acarició con el pulgar a través de la ropa. Luego los botones se abrieron uno a uno.

—Dios mío, qué hermosa eres —le susurró tocándola con reverencia.

Megan se sumergió en un mar de sensaciones… hasta que sintió la mano de Mitch en el botón de sus tejanos. Y volvieron a jugar a la protesta y la persuasión.

El botón se abrió. El cierre bajó. Ella levantó las caderas. Él bajó la prenda, esperando encontrar unas bragas de raso. Lo que encontró fue seda negra que continuaba y continuaba… ni un céntimo de piel. La miró con el entrecejo fruncido.

—Calzas largas —susurró Megan incómoda—. Están rebajadas treinta por ciento.

Mitch se rió con malicia, bajando la seda negra.

—Sí, bueno, aquí está más tibio. Especialmente aquí —le dijo, deslizando los dedos entre sus piernas—. Especialmente aquí —agregó, deslizando los dedos en lo profundo de su intimidad.

—Oh… Mitch —exclamó Megan acercándolo a ella.

Quería sentirlo más cerca, quería que él perdiera el control y encontrar juntos el placer. No ser observada en su vulnerabilidad.

—Confía en mí —le susurró.

Confía en mí. La confianza no era algo que ella brindara fácilmente. Había buenas razones para no confiar. Razones lógicas, prácticas. Pero no se sentía lógica ni práctica. Cuando la tocaba se sentía una mujer, no una policía. La atemorizaba dejar esa identidad, pero allí estaba Mitch, susurrando, pidiendo… *Confía en mí…* tocando su parte más femenina… acariciando… amando… *Confía en mí…*

Megan cerró los ojos, contuvo el aliento. Se acostó mientras liberaba los últimos vestigios de represión. Abrumada por la sensación, la pasión y el deseo. Sus caderas se movían rítmicamente con los movimientos de su mano. Comenzó a jadear. La excitación explotó en su interior, tibia, embriagadora.

—Me encanta ver tu orgasmo —murmuró Mitch—. Te concentras tanto.

Megan sintió que se ruborizaba, y trató de distraer su atención colocándose sobre él.

—Llegó tu turno, jefe.

La sonrisa de Megan era resplandeciente, malévola y traviesa. Le desabotonó la camisa lentamente. Le acarició los músculos y el oscuro vello del pecho con sus pequeñas manos. Mitch la observaba atentamente, complacido, mientras el deseo lo invadía y se retorcía en su interior como una enredadera. Contuvo el aliento cuando ella bajó la cabeza y apretó una tetilla entre sus labios. La sensación de su boca, su lengua, sus dientes, alimentaban el fuego que por momentos se intensificaba en su miembro.

—Megan…

Ella le tapó la boca con un dedo.

—Shhh… Déjame hacer esto por ti, Mitch.

Descendió besándole el vientre. Besos ardientes, prolongados, con la boca abierta. Besos que seguían el descenso de sus tejanos.

—Megan…

—Shh… Confía en mí.

Mitch gimió cuando ella lo tomó dentro del sedoso calor de su boca. El pensamiento y el control desaparecieron, sólo quedaba una intensa sensación, casi no podía respirar. Sensaciones… las caricias de su lengua, de sus labios, de su mano, el suave roce de sus dientes. Sensaciones… un fuego cada vez más intenso, corriendo hacia una explosión.

La tomó en sus brazos, la hizo girar hasta tenerla debajo de él, y la penetró, llenándola en un empuje poderoso. Estaba caliente y apretada alrededor de él, tan mojada como su boca. Lo apretó con sus muslos. Ella hundió los dedos en los músculos de su espalda. Él entró y salió más rápido, más fuerte, llegando, inundando. Ella lo estrujó, y susurró su nombre cuando el orgasmo la transportó arrebatada y él llegó en un cálido torrente.

Sensaciones… confianza, excitación, un vínculo que iba más allá de lo físico. Sensaciones que él no conocía, que no se había permitido en estos dos últimos años de citas de una sola noche.

No quería pensar ni hablar ni considerar las complicaciones. Sólo quería cubrir sus cuerpos que se enfriaban y atrapar el calor en un capullo y mantenerlo alrededor de ellos.

Pero las dudas aún estaban allí, ineludibles como fantasmas. Barajó las excusas y las racionalizaciones como si estuviera jugando a los naipes. Esto era sólo sexo. Una aventura y nada más. No estaba preparado para más. Ella no quería más. A él le gustaba su vida como era: simple, ordenada, controlable. No quería comprometerse a hacerse responsable de otra persona.

No porque Megan necesitara que alguien se hiciera responsable de ella. No porque fuera a permitirlo. Por favor, era la mujer más independiente que conocía. En el exterior… En el interior era una niñita abandonada, una mujer insegura de su encanto y precavida con todo el mundo.

Le acarició el cabello con ternura y la besó en la frente. Megan se puso de costado, acomodándose entre Mitch y el respaldo del sofá. Apoyó la mano sobre su pecho, sobre su corazón, deseando tener acceso a lo que había en su interior. Un deseo inútil… un hecho que quedó de manifiesto cuando él le cubrió la mano con la de él, y la alianza de oro brilló con la tenue luz del fuego.

El dolor era intenso, sorprendente y tonto. Él no estaba dispuesto a abandonar su pasado. Ése no era asunto de ella. Ella no le había pedido un futuro. No lo haría. Ella no había pedido esta aventura; sólo había sucedido. Él se sintió atraído por ella, no encantado por ella. Nunca había encantado a nadie que ella supiera. Tenía mejores cosas que hacer con su tiempo.

—Tengo que irme —susurró—. Es tarde.

—Cinco minutos más —le pidió abrazándola con fuerza—. Sólo quiero abrazarte. Cinco minutos más.

Tendría que haber dicho que no. Pero entonces tendría que haber dicho que no a todo.

Cinco minutos más…

Día 8
3:00 -37°C; sensación térmica: -56°C

El teléfono sonó y despertó a Megan. Desorientado, su cerebro trató de poner las cosas en su lugar. Mitch. La casa de Mitch. El perro de Mitch acostado en la alfombra de la sala observando un anuncio en la televisión sobre un producto para el pelo.

Mitch se sentó y se pasó una mano por la cara. El teléfono volvió a sonar, y el contestador automático ejecutó su canción habitual. Después del tono hubo un prolongado silencio y luego unas palabras que susurraban:

—Ignorancia ciega y desnuda. Ignorancia ciega y desnuda. Ignorancia…

Mitch tomó el auricular.

—¿Quién es?

Silencio. Luego se cortó la comunicación.

—Maldito chiflado —murmuró sin convicción, y luego se volvió hacia Megan.

Sus dedos luchaban para abotonar la blusa.

—Sí. Un chiflado.

—En realidad no dijo nada.

—Y Olie Swain está en la cárcel.

—Es verdad.

¿Entonces por qué ambos estaban preocupados? Mitch tenía un nudo en el estómago que generalmente sentía después de una

pesadilla. Le picaba la nuca. Respuestas instintivas que trataba de alejar mediante la racionalización.

Cuando el teléfono volvió a sonar, saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Megan le tocó el hombro.

—Deja que conteste la máquina.

—Sí, lo sé.

La voz que apareció en la línea estaba sin aliento por el pánico, y las palabras chocaban unas con otras entrecortadas cuando salían de la boca del que llamaba.

—Jefe, habla Dennis Harding… El sargento Harding. Necesitamos que venga a la cárcel enseguida. Algo ha sucedido… Cristo, es horrible…

Mitch tomó el auricular.

—Harding, soy yo. ¿Qué sucede?

—Es Olie Swain. Oh, Dios mío. Ha muerto.

www
Registro Diario
Día 8

Ignorancia ciega y desnuda provoca juicios alborotados, desvergonzados.

Los policías son tontos. Tropiezan con una babosa y lo llaman villano, y la desesperación acomete ciegamente para contener su ignorancia.

Y la médica no es una diosa. Sólo otra mujer inútil.

La ilusión del poder se ha ido.

Nosotros somos reyes.

24
Día 8
3:17 -37°C; Sensación térmica: -56°C

El cuerpo de Olie Swain, alias Leslie Sewek, yacía sobre el suelo cerca de la pared trasera de la celda, un pellejo vació, sin vida. La sangre había corrido sobre el suelo, espesa y oscura como aceite. El hedor de la muerte violenta era intenso, un olor rancio que invadía la nariz y penetraba la garganta. Sangre y vómitos. El olor intenso de los vómitos de los testigos que no estaban acostumbrados al horror.

Sólo una consumada obstinación y una voluntad de hierro mantendrían el contenido del estómago de Megan en su sitio. Siempre le molestaba el olor; al resto se había acostumbrado hacía mucho tiempo. El rostro de Mitch era indescifrable, inexpresivo. Megan pensó que él había visto cosas peores. Había sido detective en una ciudad notoria por las guerras de la droga y los violentos delitos callejeros. Había visto a su esposa y su hijo muertos. Nada podía ser peor que eso.

—¡Vamos! ¡Quiero salir de aquí! —exclamó Boog Newton, con un tono tenso por el miedo que trataba de ocultar inútilmente con su actitud agresiva—. No tengo que estar al lado de ningún tipo muerto. Es cruel e innecesario.

Mitch lo miró con expresión asesina.

—Cállate.

Boog Newton fue hasta el otro extremo de su litera y se sentó con los pies apoyados sobre el delgado colchón. Rodeó sus rodillas con un brazo huesudo, mientras se mecía nerviosamente. Con la otra mano se tocó el costado de la cara.

Mitch miró por última vez a Olie.

Ignorancia ciega y desnuda... Ignorancia ciega y desnuda... Ignorancia ciega y desnuda... Ciega... Ciega... Ciega...

—¿Qué hacemos? —preguntó Harding. Se quedó del otro lado de la celda, con las manos aferradas a los barrotes, y el rostro del color de la tierra.

—Llama al médico forense —le ordenó Mitch, saliendo de la celda —. Trae a alguien con una cámara. Lo fotografiaremos según las reglas de escena del delito.

—Pero, jefe, nadie podría…

—¡Hazlo! —le gritó.

Harding retrocedió, enredándose con sus pies, luego se volvió y salió del área de celdas. Mitch entró en la celda de Boog Newton. Los pequeños ojos de Boog iban de Mitch a Megan, de Olie a Mitch.

—¿Qué pasó, Boog? —preguntó Mitch con tono suave mientras avanzaba hacia la litera.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Boog, sacándose el dedo de la nariz—. Estaba oscuro. No vi nada.

—¿El hombre de la celda de al lado de la tuya se mata y tú no sabes nada? Debes tener un sueño muy profundo.

Boog se rascó nerviosamente una lastimadura que tenía en el mentón, mirando el televisor apagado. Tenía la palidez de la parafina, y la piel brillante, con esa clase de transpiración que acompaña las náuseas.

—Quizás hizo algunos ruidos. Yo no sabía lo que estaba haciendo. Es un pervertido. Yo no quería saber qué estaba haciendo. Pensé que estaba vomitando o algo así.

—¡Se estaba matando, Einstein! —explotó Mitch, mirando a Boog desde arriba como un dios vengador o el mismo demonio—.

¡Nuestra única pista en este maldito caso y está muerto!

—Jesucristo, no es mi culpa —se quejó Boog, cubriéndose la cabeza con los brazos, agachándose como un perro castigado.

—No, nadie tiene nunca la culpa de nada —rezongó Mitch—. ¡Estoy harto de esa excusa!

La furia lo envolvió como una tormenta, nublándole la visión y el juicio. No intentó detenerla. Pateó con fuerza la pata de la cama de Boog, una y otra vez; el sonido metálico de la bota contra el metal retumbaba en las paredes.

—Maldición. Maldición. ¡Maldición!

—¡Mitch! —exclamó Megan y entró en la celda. Cuando ella lo tomó del brazo él se volvió con una expresión violenta—. Mitch, cálmate. Tenemos trabajo que hacer.

Miró a Boog Newton hecho una bola en su litera, que lo observaba con los ojos atemorizados. *Lo has perdido, Holt. Lo has perdido*.

Lo había perdido por una buena *razón*. Desvió la mirada hacia la celda de al lado, donde Olie Swain estaba tirado en un charco de sangre. Su única pista. Su único sospechoso. Él podría haberlos conducido a Josh, pero Paige lo había arruinado todo. Podrían haber hecho un trato y les habría entregado a Josh o quizás a su cómplice, pero ya no habría tratos. Todo lo que sabía había desaparecido.

Mitch se dijo a sí mismo que nada de esto habría pasado en los viejos tiempos, cuando su instinto era como el filo de una navaja. Había perdido el control. Durante los dos últimos años, con toda intención, había dejado que su instinto se enmoheciera. Se había adormecido pensando que aquí no lo necesitaría. Un jefe no necesitaba instinto; necesitaba diplomacia. Nunca sucedía nada en Deer Lake. Nada…

La luz fluorescente brillaba sobre Olie Swain, sobre la oscura mancha de nacimiento y la piel blanca, sobre la cuenca vacía donde antes estaba su ojo de vidrio. Un fragmento del ojo estaba en el charco de sangre, cerca de su mano izquierda, un afilado trozo de

iris y pupila negra mirando hacia el techo. Había roto la esfera de cristal y usado uno de los trozos para cortarse las venas en las muñecas, dejando correr su sangre sobre el suelo de la cárcel de Deer Lake. En la pared que estaba sobre su cuerpo, escritas con sangre, estaban las palabras yo no.

4:32 -36 °C; Sensación térmica: -53 °C

El médico forense era un hombre calvo, con forma de pera, llamado Stuart Oglethorpe, director de la Casa Funeraria Oglethorpe. Tenía unos cincuenta años y usaba gafas oscuras de gruesa montura. Su expresión era tan seria que hacía pensar a Mitch que nunca se sacaba el olor a líquido para embalsamar de la nariz. Examinó rápidamente el cuerpo de Olie, tocándolo cautelosamente con sus manos enguantadas, quejándose por la cuenca vacía y el charco de sangre.

Todo el mundo sabía que la única razón por la cual Stuart Oglethorpe había aceptado el trabajo de médico forense era porque así podía tener el primer contacto con los cuerpos. Si el cuerpo ya estaba en su sala para embalsamar, probablemente la dolorida familia lo dejara allí y comprara un ataúd y ordenara un servicio fúnebre. Entonces Stuart pasaba el pedido de flores a su primo Wilmer de la florería Blooming Bud.

Nadie iba a pedir flores para Olie Swain. A menos que algún pariente lejano de Washington lo reclamara, sería enterrado a costa del estado. Ni ataúd Cadillac ni adornos especiales ni servicio fúnebre. A Stuart lo habían sacado de su cama tibia para que saliera de su casa con una temperatura de treinta y cinco grados bajo cero sin la esperanza de grandes ganancias. Stuart no era un hombre feliz.

—Bueno, se mató. Cualquier tonto puede verlo.

—Sí, pero necesitamos su firma en el informe, Stuart —dijo Mitch —. Y hay que transportarlo a Hennepin County para una autopsia.

—¿Autopsia? ¿Para qué? —preguntó Stuart. Una vez que apoyaran el cuerpo en la tabla del Hennepin County Medical Center no tendría esperanzas de recuperarlo. Park County se los entregaría a los hermanos Qvaam, en Tatonka.

—Es un procedimiento de rutina cuando un prisionero se quita la vida, señor Oglethorpe —explicó Megan—. Así no hay lugar para dudas o especulaciones sobre las circunstancias de la muerte.

—¿Quién es ella? —preguntó Oglethorpe mirándola con el entrecejo fruncido.

—Agente O'Malley, del DCC.

Stuart hizo un ruido como respuesta.

—Encantado, estoy segura —murmuró Megan en voz baja. Se volvió hacia los hombres que estaban preparando a Olie para meterlo en saco y quitarlo de allí—. Cuidado con la sangre, muchachos. A él le tocó estar en la parte más baja del tótem de la prisión durante cinco años; seguramente es portador de sida.

—Oh, por Dios —gruñó Harding—. Y pensé que esto no podía empeorar.

Megan lo miró de costado.

—Bienvenido al club.

10:00 -32°C; Sensación térmica: -48°C

A las diez menos cuarto la sala de prensa del antiguo cuartel de bomberos estaba llena de gente.

Sin duda los niños perdidos y los predadores de niños eran los temas del día. Pero Megan consideraba la intensa cobertura como un medio para crear un pánico injustificable acerca de que los delitos de esta naturaleza estaban aumentando de manera epidémica. De acuerdo con las estadísticas del Centro Nacional de Niños Extraviados y Explotados, el índice de extraños secuestros de niños se mantenía constante año tras año, sin que aún fuera una estadística para tomar a la ligera, pero de todas maneras no era una epidemia. Todas las semanas mataban a muchos más niños con armas de fuego.

Observó a la gente de la televisión y los reporteros que luchaban por obtener buenas posiciones. El orden de precedencia había cambiado dramáticamente, ya que la prensa local había sido empujada hacia atrás por la prensa de las Cities y de las cadenas nacionales. Los espacios que quedaban vacíos en la parte trasera de la habitación fueron ocupados por la gente del centro de voluntarios. Megan vio a la disgustada señora Favre del programa especial de Paige Price. Casi escondido atrás de ella estaba Christopher Priest. A Rob Phillips le había dado un lugar especial debido a su silla de ruedas.

Mitch subió al podio a las diez en punto. Se había duchado y afeitado, y llevaba un traje marrón oscuro, una conservadora camisa

blanca y una corbata muy seria. El color que el viento había puesto en sus mejillas estaba oculto tras las gafas de sol.

—Aproximadamente a las tres de la mañana, Leslie Olin Sewek, alias Olie Swain fue encontrado muerto en su celda debido a las heridas que se había autoinfligido —anunció sin preámbulo.

La conmoción que se esparció entre la multitud tuvo el efecto de una estampida. Se produjeron ruidos entrecortados y exclamaciones. Los *flashes* de las cámaras se disparaban a increíble velocidad. Luego comenzaron las preguntas en un vendaval que rivalizaba con el que soplaba afuera.

—¿Cómo saben que las heridas fueron autoinfligidas?

—¿Estaban vigilándolo?

—¿Qué clase de arma utilizó?

—¿Dejó alguna nota admitiendo su culpa en el secuestro?

—¿Dio algún indicio sobre el paradero de Josh?

—El señor Sewek no estaba considerado como un suicida —continuó Mitch—. No exhibía señales que nos hicieran pensar que era un peligro para sí mismo. No estoy en condiciones de revelar los detalles exactos de su muerte, sólo puedo decir que no tuvo acceso a nada que se pueda considerar un arma convencional. Su cuerpo fue trasladado al Centro Médico de Hennepin para una autopsia de rutina. Confiamos en que los hallazgos médicos confirmarán los de mi oficina y los del médico forense.

—¿Dejó alguna nota, jefe? —preguntó un reportero de 20/20.Mitch pensó en las dos palabras que estaban escritas en la pared que se encontraba sobre el cuerpo de Olie yo no.

—No dejó ninguna nota que explicara sus acciones o el estado de su mente. No dejó ningún mensaje sobre Josh.

—¿Han establecido que realmente era el secuestrador?

—Aún estamos esperando el informe del laboratorio del DCC.

—¿Y cuándo llegará?

Mitch invitó a Megan a subir al podio. Se había vestido de manera conservadora, con un pantalón negro, jersey y chaqueta

corta de lana. El único adorno era un antiguo camafeo en la solapa. Miró a la multitud con un frío profesionalismo.

—Se ha dado prioridad a las pruebas que se puedan extraer de la camioneta del señor Sewek. Hoy espero recibir alguna información acerca de ellas.

—¿Qué clase de pruebas?

—¿Qué encontraron? ¿Sangre?

—¿Ropa?

—Sería prematuro que revelara la naturaleza de las pruebas sin haber elaborado los hallazgos o su pertinencia para este caso.

Paige Price, que había podido situarse detrás de la gente de *48 Horas*, se puso de pie con un bolígrafo y un anotador en la mano, como si realmente hubiera tomado notas.

—Agente O'Malley, ¿puede decirnos dónde estaba usted cuando recibió la noticia de la muerte de Leslie Sewek?

Megan sintió que un dedo frío le recorría la espalda. Apretó las manos sobre el podio.

—No veo la relevancia de esa pregunta, señora Price —respondió con frialdad, y desvió su atención hacia un reportero del *NBC Nightly New*.

—Agente O'Malley… —comenzó a decir el reportero.

—Creo que su respuesta podría ser relevante para la gente de Deer Lake —interrumpió Paige con un perfecto tono dramático.

Ya había logrado la atención de los otros reporteros, la gente de la cadena nacional y los de los programas asociados, gente que podía oler una noticia como los tiburones huelen la sangre en el agua. Podía ver los engranajes girando en sus mentes: *¿Cómo sabe algo que nosotros no sabemos?* La expectativa era tan deliciosa como chocolate en la lengua. Dios bendiga a Russ Steiger.

—¿No es verdad que cuando se produjo la llamada a las tres de la mañana anunciando la muerte de Leslie Sewek usted estaba en la casa del jefe Holt?

La reacción de la multitud sonó como un enjambre de abejas. Megan tenía los dedos blancos, y las rodillas como gelatina. No se atrevió a mirar a Mitch ni a pedir su ayuda. Estaba sola, como siempre lo había estado. Dios, si DePalma se enterara de esto… Cuando DePalma se enterara de esto…

Miró sin pestañear a Paige. Puta mercenaria. Señorita Rubia Ambiciosa, buscando cualquier escoria que la diferenciara del resto. La idea enfureció a Megan. Había trabajado muy duro para llegar adonde había llegado. Demasiado duro para que Paige Price aplastara sus sueños con sus tacones de punta.

—Señora Price, ¿no cree que ya ha dañado lo suficiente esta investigación como para tratar de desviar hacia su persona el tema de esta conferencia de prensa acerca del destino de Josh Kirkwood?

—No estoy desviando el tema hacia mí, agente O'Malley. Lo estoy desviando hacia usted.

—No es así, no es como yo lo veo —la desafió Megan—. Lo que veo es que usted está tratando de desviar la atención hacia alguna incongruencia imaginaria de la que sólo usted tiene conocimiento. Quizá crea que con esto obtendrá un buen trabajo en *Hará Copy*, pero a mí eso me tiene sin cuidado —volvió a ignorar a la reportera. ¿Alguien tiene alguna otra pregunta *pertinente* en relación a este caso?

—¿Por qué no responde mi pregunta, agente O'Malley? —presionó Paige—. ¿A qué le tiene miedo?

Megan se volvió furiosa hacia su adversaria.

—Tengo miedo de perder el control, señora Price, porque su pregunta no sólo es irrelevante; sucede además que la respuesta no es de su incumbencia.

Se arrepintió de sus palabras en el momento mismo en que salían de su boca. Había admitido su culpa. No importaba que lo que había dicho fuera verdad, que no le incumbía a nadie. Había dado suficiente respuesta como para despertar las imaginaciones. Dios, qué pesadilla. Sentía como si hubiera caído en un hoyo lleno de brea

y estuviera hundiéndose cada vez más a medida que luchaba por salir. Ahora ya no había un modo elegante de salir. No podía decir la verdad y dudaba de que alguno fuera a creer una versión inventada. *Estábamos discutiendo el caso y nos quedamos dormidos. Honesta*. Se sentía como una adolescente que volvía a casa después del horario que se le había indicado. La asociación casi la hizo reír cuando recordó las palabras de Mitch de la noche anterior: *Hagámoslo. Como cuando estábamos en el colegio secundario…*

Paige puso cara de Honrada Defensora de la Primera Enmienda, y por dentro pensó en retorcerle el cuello a García si no obtenía un buen plano de esto.

—A las tres de la mañana, mientras el principal sospechoso de un caso de secuestro de un niño aún sin resolver se estaba suicidando, usted estaba en la casa del jefe Holt con las luces apagadas. Si su prioridad no es este caso, el público tiene derecho a saberlo, agente O'Malley.

—No, señora Price —replicó Megan, con un tono tembloroso por la furia—. El público tiene derecho a saber que yo y los demás policías de este caso hemos estado trabajando contra reloj para encontrar a Josh, para obtener una buena pista sobre la basura que lo raptó. Tiene derecho a saber que nadie sabía lo que había hecho Olie Swain antes de venir aquí, que lo que le sucedió a Josh fue un hecho aislado de una violencia sin sentido y no la primera señal de la descomposición social. Tienen derecho a saber que su trabajo depende de las mediciones de audiencia, y las mediciones dependen del sensacionalismo y la explotación. No tienen derecho a seguirme después de que pasé dieciocho horas en el trabajo. No tienen derecho a saber cuál es el sabor de helado que prefiero o cuál es la marca de tampones que uso.

»¿Soy clara, señora Price? ¿O necesitamos discutir cómo averiguó usted sobre la vigilancia en la casa de Olie la noche pasada? Quizás usted, con su mente abierta y patriótica, pueda ver que el público tiene derecho a saber cómo ocurrió que usted y su equipo

interfirieron con una investigación y malograron nuestras probabilidades de encontrar a Josh esa noche.

El ímpetu de Paige desapareció. Ella sintió que se iba. Sintió que la celosa admiración de sus colegas se congelaba como un hierro candente en la nieve. Sintió las miradas de los voluntarios en su espalda, sintió su furia. Perdería su confianza lo cual significaba que perdería fuentes potenciales de información. Peor aún, perdería televidentes, lo cual significaba que perdería ventajas en sus negociaciones contractuales. Se sentó mirando a Megan O'Malley con odio.

—DePalma me va a despellejar viva y hará un juego para su escritorio con mi piel —murmuró Megan. Se paseaba a lo largo de un antiguo camión de bomberos temblando, no por el frío de las antiguas cocheras, sino por la discusión.

La conferencia de prensa había terminado, pero el problema recién había comenzado. La cerilla recién había tocado la mecha y la mecha llegaba hasta la dinamita, que la haría volar de Deer Lake.

—Maldición, sabía que algo así sucedería. ¡Lo sabía!

—Megan, tú no hiciste nada malo —le dijo Mitch. Se sentó sobre el estribo del viejo camión y se le enfriaron los testículos. Pero estaba demasiado agotado como para prestar atención en ello—. Te lo dijiste a ti misma allí adentro. Lo planteaste muy claramente.

Megan lo miró con incredulidad.

—¿Y crees que eso va a importar? ¿Crees que ese grupo de chacales que está por ahí va a decir: «Oh, sí, ella tiene razón, no es asunto nuestro con quién se acuesta»? ¿En qué camión de nabos te caíste?

—Estoy diciendo que aquí hay cosas más importantes en qué centrarse. Para ellos y para ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que me importa más mi carrera que encontrar a Josh?

Mitch se puso de pie.

—No te escucho vociferar acerca de que nuestro único sospechoso está muerto. Uno no le da importancia, pero alguien se aprovecha y termina con la vida tal como la conocemos.

Megan desvió la mirada y se pasó una mano por la frente, murmurando para sí misma.

—Debí haberlo imaginado. Un hombre es siempre un hombre.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no lo entiendes —replicó Megan, y se volvió hacia él. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos por la furia y los puños apretados con los nudillos blancos a los costados del cuerpo —. Mi autoridad e integridad han sido comprometidas. Una vez que esto se difunda, se sospechará de mi credibilidad, y mi eficiencia en el trabajo sufrirá. Siempre que aún tenga trabajo. Al Vaticano le gusta más la publicidad escandalosa que al DCC —las imágenes del rostro enfurecido de DePalma flotaban en su cabeza—. ¿Sabes cómo obtuve este trabajo, Mitch? —le preguntó—. Obtuve este destino trabajando dos veces más duro y tres veces mejor que cualquier hombre de la fuerza policial. Luché con dientes y uñas, porque creo en lo que hacemos.

»No hay nada que quiera más que encontrar a Josh Kirkwood. Daría todo lo que soy, todo lo que tengo, cada gramo de mi voluntad y mi determinación para encontrar a Josh y cortarle la cabeza a su secuestrador. Y ahora probablemente me nieguen esa satisfacción y esta investigación, porque fui una estúpida, porque violé mi regla cardinal y me acosté con un policía.

—¿Estúpida? —dijo Mitch con un tono mortecino. ¿Eso es lo que piensas de nosotros?

—*¿Qué nosotros?* —preguntó Megan con brusquedad. Le habría gustado pensar que tenían algo especial, pero no tenía fe en que eso fuera verdad. El amor no surgía así de rápido. El amor no le sucedía así a ella. La vida le había enseñado esa lección hacía mucho tiempo.

—No hay ningún *nosotros* —le dijo con amargura—. Nos fuimos a la cama y punto. Tú nunca me hiciste ninguna promesa. ¡Dios mío, ni siquiera te molestaste en quitarte la alianza cuando te acostaste conmigo!

De inmediato Mitch se miró la mano izquierda y la gruesa alianza de oro que usaba habitualmente. La usaba para autocastigarse. La usaba para protegerse de las mujeres que pudieran querer más de lo que él estaba dispuesto a darles. Y funcionaba como un talismán, ¿verdad?

Megan estaba allí frente a él, con las piernas separadas, los hombros erguidos, lista para lanzar un golpe… físico o metafórico. Tan dura por fuera, tan sola por dentro. Tenía algo más que hacer que aclarar sus prioridades: el trabajo, el trabajo, y luego el trabajo. Pero en su mirada aún había dolor detrás del orgullo que mantenía erguido su mentón. Él la había obligado a violar sus reglas, a entregar su sexo sin ofrecerle nada, y ahora ella tendría que pagar el precio.

¿En qué te convierte eso, Holt? Rey de la mierda.

Mitch suspiró profundamente.

—Megan, lo la…

—No lo digas —no quería escuchar la palabra, ya era suficiente verla escrita en su rostro—. Ambos tendríamos que haberlo sabido —se dijo a sí misma que no era Mitch el que la hacía sufrir, que era la injusticia de una doble vara de medir que la castigaría por haber intentado tener una vida privada—. Tú no tendrías que preocuparte, por supuesto —le sonrió de manera desagradable—. Todo el mundo sabe que los muchachos serán siempre los muchachos. Y estoy acostumbrada a enfrentar mi vida profesional con un hacha sobre mi cabeza. Así que esto no es nada nuevo.

—Megan…

Extendió la mano para tocarle la mejilla y ella la rechazó.

—Maldito, Mitch Holt, no te atrevas a tenerme lástima —le dijo entre dientes. No tenía defensa contra la ternura. Se alejó de él, su

boca apretada en actitud intransigente—. Soy una muchacha grande, puedo cuidarme sola. Lo he estado haciendo durante toda mi vida. ¿Por qué dejaría de hacerlo ahora?

Pasó junto a él con la cabeza erguida, preguntándose si habría alguna posibilidad de sacar su abrigo de la sala de conferencias sin que la vieran.

—¿A dónde vas?

Megan se detuvo a un paso de la puerta, pero no se volvió. No necesitaba un hombre en su vida. No necesitaba a nadie. Ser una buena policía… eso era lo que realmente siempre había querido. Ignoró todas esas palabras.

—Voy a trabajar —contestó—. Mientras aún tenga el trabajo.

25
Día 8
13:42 -31°C; Sensación térmica: -45°C

Olie Swain no tenía socios conocidos. No tenía amigos. Él era, como les gustaba decir en los noticiosos de la noche, un solitario. Hacía su trabajo y era reservado. De acuerdo con las etiquetas en el interior de las tapas, compraba la mayor parte de sus libros en The Pack Rat, un negocio de segunda mano que quedaba cerca del Harris College.

El comercio estaba vacío, excepto el empleado, que hubiera quedado perfecto vendiendo collares de cuentas en la parte trasera de una camioneta Volkswagen, con una obra de arte psicodélica. Alto y delgado como una vara, tenía el cabello rubio amarillento peinado al medio y recogido atrás en una cola de caballo. Lo que se consideraba una barba se parecía más a la fina madeja de cabellos sueltos que Megan limpiaba periódicamente de sus cepillos. Tenía puesta una camiseta desteñida, con una arrugada camisa abierta sobre ella. El pantalón suelto le colgaba de las delgadas caderas, y se mantenía en su lugar con una cuerda para colgar la ropa. Su nombre era Todd Childs, era psicólogo en Harris y había pasado un poco de su tiempo libre trabajando en el centro de voluntarios.

Megan recorrió la tienda con la mirada mientras hablaban sobre el caso. El comercio estaba en la planta baja de un antiguo edificio

donde antes había habido una lechería, y estaba atestado de cosas, libros y ropa pasados de moda, objetos «decorativos», insignias y adornos militares y otros recuerdos de Harris. Atrás del mostrador, una antigua estufa eléctrica gruñía tratando de subir un poco la temperatura en el lugar.

Todd tocó la delgada montura de sus gafas con el dedo índice.

—La observación es la clave del conocimiento —comentó lentamente. Apoyó los codos sobre el mostrador y se inclinó hacia adelante para mirar a Megan en los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y de su ropa salía olor a marihuana—. Por ejemplo, yo diría que usted está muy tensa.

—Es parte de la profesión —contestó Megan.

—Sí… —asintió lentamente con la cabeza—. Buscar justicia en un mundo injusto. Tratar de tapar un agujero en la represa con goma de mascar. La mayoría de los policías son monstruos controlados. Eso no es un insulto; sólo una observación.

—¿Y qué observó en Olie?

—Él era misterioso. Nunca quería hablar con nadie. Venía, compraba libros, y se iba —Todd se inclinó hacia atrás y aspiró medio Marlboro Light 100—. Estuvimos en la misma clase un par de veces —agregó en una nube de humo—. Nunca hablaba con los demás alumnos. Nunca.

—¿Estaba cursando en Harris?

—Sólo como oyente. No creo que pudiera acceder a una enseñanza sistematizada. Era bueno para las computadoras. Creo que se sentía más cómodo con las máquinas que con las personas. Algunos tipos son así. No me impresionó como un tipo al que le gustara fastidiar la cabeza de la gente. Por esas notas y la llamada telefónica y todo lo demás —sacudió la cabeza, aspiró y exhaló el humo del cigarrillo por la nariz—. No me parece, a menos que tuviera un severo trastorno de personalidad, y eso es muy improbable.

—Creo que tenía una vida secreta —respondió Megan poniéndose los guantes.

Todd la miró con una expresión soñadora.

—¿Y no la tenemos todos? ¿No es lo que hace todo el mundo, construir paredes de protección alrededor de nuestro yo interior?

—Creo que sí —contestó Megan y se puso las orejeras—. Pero la mayoría de nosotros no tiene un yo interior que viola niños —tomó la tarjeta de identificación que había apoyado sobre el mostrador—. Si recuerda algo que pudiera ayudarnos, llámeme.

—Por supuesto.

—Ah, Todd —lo miró mientras arrojaba la punta de la bufanda sobre uno de sus hombros—. No fume hierba en el trabajo. Nunca se sabe cuándo puede venir un policía.

Desde The Pack Rat, Megan fue hasta la pequeña casa turquesa que estaba al lado y que había sido convertida en un lugar para tomar café, llamado «La hoja y la semilla». La diminuta entrada estaba llena de bicicletas cubiertas de nieve, que al parecer estaban esperando la finalización del invierno. Cuando hubo entrado, se sentó en una diminuta mesa blanca que había cerca de la ventana del frente y pidió leche y una pasta de chocolate a una muchacha que estaba vestida como Morticia Addams. Los otros clientes que había en el lugar estaban sentados en el viejo mostrador de madera situado en lo que probablemente había sido un comedor, leyendo el periódico y conversando tranquilamente. Desde atrás del mostrador se oía una emisora de radio alternativa que estaba irradiando música *rock*, y llenando el vacío con *Steady On*, de Shawn Colvin.

Las paredes del bar eran blanco tiza y tenían fotografías en blanco y negro con marcos negros. Las ventanas no tenían cortinas, y dejaban entrar la brillante y fría luz del sol. Megan no se quitó las gafas oscuras, para evitar el contacto visual y bloquear la luz. Bebió

la leche y mordió distraída un trozo de la pasta mientras observaba su anotador.

Tenía que encontrar un hilo que uniera los trozos de información, pero al parecer no había ninguno. Todo lo que tenía eran teorías. Olie había actuado solo. Olie tenía un cómplice. ¿Quién? Él no tenía amigos. Olie tenía computadoras a las que nadie podía acceder, pero la nota que habían encontrado en la mochila de Josh y en la parte de atrás del cuaderno eran de una impresora láser y él no tenía una de ese tipo. Olie tenía fotografías de muchachitos desnudos, pero eran viejas, de su vida en otro lugar.

De alguien de quien sabía tanto, sabía muy poco.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO.
Tengo una pequeña pena, he nacido de un pequeño PECADO.
Ignorancia ciega y desnuda… ignorancia ciega y desnuda…

Juegos mentales. Mitch había dicho que Olie no parecía del tipo de los que hacen juegos mentales. Cuando la llamada llegó a la casa de Mitch, Olie estaba en un charco de sangre.

Ignorancia ciega y desnuda.

Megan había buscado la cita en *Barlett*. Era de *Idilios del Rey*; de Tennyson. *La ignorancia ciega y desnuda lleva a juicios alborotadores y desvergonzados*.

¿Sería acaso la forma en que alguien trataba de decirles que tenían al hombre equivocado? ¿O era el compañero de Olie que en el momento en que los llamó para atormentarlos no sabía que su cómplice se estaba cortando las muñecas con un trozo de su ojo de vidrio?

Las teorías formaban un torbellino en su mente y le hacían doler la cabeza. Y en otra celdilla estaban los temores por lo que podría

sucederle a su carrera si alguien decidía montar algún problema por su relación con Mitch. A lo sumo se desprestigiaría ante los hombres con los que trabajaba. O peor, perdería su rango y terminaría como guardia de seguridad en un centro comercial. No. Peor sería no terminar este caso, pensó mientras miraba una fotografía de Josh.

Le sonreía lleno de vida, de entusiasmo, con sus ojos brillantes e inocentes. Durante un segundo bajó la guardia y pensó cómo estaría él, qué estaría pensando, cómo estaría de asustado… suponiendo que estuviera vivo. Tenía que pensar que lo estaba. La esperanza hacía que todos continuaran.

Y atrás de todos estos pensamientos estaba la aguda conciencia de cada segundo que pasaba.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, Josh —murmuró—. Resiste, explorador.

Volvió a guardar la fotografía en el cuaderno y trató de concentrarse en las notas que había escrito. *Olie… computadoras. Olie… oyente en los cursos… Harris College. ¿Profesores?*

Christopher Priest era jefe de departamento. Quizás él tendría una idea sobre qué tenía guardado Olie en sus máquinas. Quizá tendría una idea de cómo acceder a ellas.

Pagó su consumición y volvió a salir al intenso frío, con la carpeta y el anotador contra su pecho como si pudieran protegerla del frío. El Lumina se puso en marcha refunfuñando y el ventilador de la calefacción zumbó como un enjambre de abejas durante todo el camino de regreso a la estación de policía.

Lo único bueno del intenso frío era que desalentaba a la prensa y no se arremolineaba en las puertas de la estación. Después de que los sacaran de los corredores de los tribunales, se reunían en la entrada principal del edificio City Center o se quedaban en sus vehículos en la zona de aparcamiento con los motores en marcha. Megan entró rápidamente por la parte trasera del edificio.

Cuando entró en su oficina, la luz del contestador automático estaba encendida, pero la llamada era de Dave Larkin, no de

DePalma. Esperó que el silencio se debiera a que la mierda de la conferencia de prensa aún no había llegado al Departamento. Pensó en golpear primero, llamar a DePalma y darle su versión sobre lo que había sucedido: ella y Mitch habían estado discutiendo el caso; exhaustos por tantas horas de trabajo se quedaron dormidos frente a la chimenea; luego se produjo la llamada…

Llamadas. Plural. *Ignorancia ciega y desnuda*. La voz daba vueltas en su cabeza mientras colgaba el abrigo. Susurrante. Baja. Misteriosa. En su mente vio el mensaje escrito con sangre sobre la pared blanca de la celda de Olie: yo no. ¿Y si él era inocente? ¿Y si habían perdido todo este tiempo persiguiendo un señuelo, mientras el verdadero secuestrador los observaba y se reía?

Las preguntas daban vueltas y vueltas en su cabeza. Tenía que ordenar metódicamente sus pensamientos, uno a uno. Habían seguido las pistas. Olie tenía antecedentes, tuvo la oportunidad. Su camioneta coincidía con la descripción de la testigo. Su camioneta tenía vestigios de sangre en la alfombra.

—Larkin —murmuró.

Levantó el auricular, marcó el número y rezó para que él estuviera en su escritorio. Larkin respondió a la sexta llamada.

—Dave, habla Megan. ¿Qué tienes para mí?

—Mis condolencias por la muerte del sospechoso. Caramba, irlandesa, qué mala suerte.

—Sí, si no fuera por la mala suerte, no tendríamos nada de suerte. ¿Has oído algo nuevo por ahí?

—¿Sobre qué?

—Nada. No importa. ¿Conseguiste los informes sobre la sangre?

—Sí. Fui personalmente a recogerlos. Pensé que podría devolvértelos más rápido que ellos.

—Gracias. Eres un amigo, Dave. ¿Qué encontraron?

—No es humana.

Megan soltó el aliento que estaba conteniendo.

—Dios, no sé si debería estar aliviada o decepcionada.

—Lo sé, lo lamento. Ojalá pudiera darte algo para continuar, pero esta sangre no lo tiene. Probablemente era de algún pobre ciervo y hace años que estaba allí. En la casa del tipo no había rifles ni cualquier otra arma de caza. Te enviaré el informe por fax, y te llamaré en cuanto tenga algo sobre las pruebas.

—Gracias, Dave. Te lo agradezco mucho.

—De nada. Y levanta el mentón, irlandesa. Cuando resuelvas esto, cenarás conmigo.

Megan no se molestó en decirle que cenaría solo. Nada de policías. Nunca más.

Se preguntó qué sucedería con la camaradería que tenía con Dave Larkin cuando la historia de Paige Price llegara al Departamento. Ella había controlado las proposiciones amorosas de Dave apoyándose en su regla de no salir con policías. A él le gustaba bromear sobre el tema, pero siempre había respetado las fronteras. ¿Cómo se sentiría cuando supiera que se había acostado con Mitch? ¿Trataría de comprender o su ego se inflaría entre ellos como una bolsa de aire?

Se volvió a maldecir por centésima vez. Se había comprometido demasiado, ¿y para qué? Unas horas de intimidad con un hombre al que apenas conocía.

Otras razones invadieron su mente. Excusas y deseos a medio formar. La atracción física era más intensa de lo que jamás había conocido; no sabía cómo controlarla. Él había sido persistente, persuasivo. Megan había sentido una conexión con él que había despertado el deseo por cosas que nunca había tenido… intimidad, compañerismo… amor.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Era lo suficientemente fuerte como para romper la barrera de testosterona y convertirse en detective de Minneapolis. Era lo suficientemente fuerte como para luchar por su derecho a esta designación en el DCC. Había derrotado a personajes tan malos que ningún policía había querido enfrentarlos. Y todo eso había quedado olvidado en un abrir y cerrar

de ojos por un poco de ternura y la oportunidad de sentir que ella le importaba como mujer a un hombre.

Oyó la máquina de fax que estaba atrás de ella. Megan se volvió en el sillón giratorio, esperando ver el informe del laboratorio sobre las manchas de sangre. Pero en lugar de eso, la hoja traía información sobre la camioneta de Olie. Utilizando los números de identificación del fabricante del vehículo habían rastreado la historia de la camioneta en el estado de Minnesota desde el primer hasta el último dueño. De acuerdo con el informe, el título había sido transferido a Lonnie O. Swain en septiembre de 1991. El cambio de propietario anterior se había producido en abril de 1989. El propietario afortunado: Paul Kirkwood.

A Megan se le puso la piel de gallina. La camioneta sobre la que Paul Kirkwood no había querido hablarle era la camioneta de Olie Swain.

14:14

—Los miembros del consejo están realmente disgustados, Mitch. No pueden comprender cómo pudo suceder una cosa así. ¿Cómo podía tener un cuchillo? Tú no les das cuchillos a esa clase de tipos con sus cenas, ¿verdad?

Mitch miraba fijamente al alcalde Don Guien, tratando de tener paciencia a pesar del cansancio y la acidez estomacal.

—No tenía un cuchillo, Don. No tenía ninguna clase de arma. Rompió su ojo de vidrio y se cortó las muñecas con uno de los trozos, y si puedes encontrar a alguien del consejo del pueblo que podía haber previsto que eso iba a suceder, con gusto le colocaré mi insignia en el pecho y me retiraré de la fuerza oficial.

—Por Dios —murmuró Gillen horrorizado. Además de su cargo de Alcalde, tenía un cargo administrativo en las Escuelas Comunitarias de Deer Lake. Aunque tenía cerca de cincuenta años, se vestía muy a la moda, y las corbatas deslumbrantes y los tirantes de los pantalones eran su marca de fábrica—. Caramba, Mitch, eso es asqueroso.

—Te pediría que no se lo dijeras a nadie más que a los miembros del consejo.

—Sí, por supuesto —Gillen sacudió la cabeza mientras se ponía de pie—. ¿Entonces crees que ya está casi resuelto? —preguntó esperanzado—. ¿Que Olie lo hizo y se mató porque se sentía culpable o no podía enfrentar el regresar a la cárcel?

—Honestamente, no lo sé, Don —respondió Mitch poniéndose de pie—. No lo sé.

Gillen comenzó a decir algo, pero se detuvo cuando un golpe fuerte sonó en la puerta. Megan asomó la cabeza en la oficina sin esperar una invitación.

—Discúlpeme, jefe. Lamento interrumpir, pero tengo algo aquí que es extremadamente urgente. Necesito hablar con usted de inmediato.

Entró, con un papel en la mano, y el rostro tenso y pálido salvo el brillo de sus ojos. El instinto de Mitch se encendió como un radar. Ella tenía algo concreto. Podía sentirlo.

—Sí, pase, agente O'Malley —dijo saliendo de detrás de su escritorio—. ¿Conoce al alcalde Don Gillen?

Megan saludó al Alcalde asintiendo rápidamente con la cabeza, advirtiendo la mirada cautelosa que Gillen le dirigió a Mitch. Al parecer los comentarios sobre ellos dos estaban dando vueltas por el pueblo, pero por el momento no le importaban en absoluto.

—Por favor manténme al tanto, Mitch —pidió Gillen—. Haré lo que pueda con el consejo.

—Gracias, Don.

Gillen se fue y cerró la puerta tras él. Megan esperó diez segundos completos; el corazón le latía aceleradamente en el pecho, le costaba respirar como si hubiera venido corriendo desde su oficina. Mitch permaneció frente a su escritorio, con las manos en las caderas y una expresión inescrutable, cuidadosa.

—El viernes pasado pedí un informe sobre la camioneta que tenía Paul Kirkwood… la que convenientemente se había borrado de su mente —comenzó a decir Megan—. Las computadoras no funcionaban. No me respondieron; perdieron mi pedido. Mientras tanto, pedimos informes sobre la camioneta de Olie Swain, cuyos resultados tengo en la mano. Tres oportunidades para adivinar a quién se la compró.

—No me digas que a Paul —respondió Mitch nervioso.

Megan le entregó el fax como si fuera un diploma.

—Entréguenle un cigarro al hombre. Adivinó en el primer intento.

Mitch abrió la hoja y la miró fijo.

—No puedo creer que no recordara que había vendido la camioneta a Olie.

—Hay unas cuantas cosas que me cuesta creer sobre Kirkwood. Está en el centro de voluntarios. Lo llamé y le pedí que viniera a charlar un poco. Pensé que te gustaría estar presente.

Paul vendió su camioneta a Olie y trató de ocultarlo incluso antes de que Olie fuera oficialmente considerado un sospechoso. Las inferencias eran demasiado feas. Mitch no quería ni siquiera considerarlas, mucho menos conversarlas con Paul. Pero tenía la prueba en la mano, tan condenatoria como un arma recién disparada.

—Creo que sería mejor si yo hablara con él —murmuró Mitch.

—Ya creías eso la semana pasada —respondió Megan con tirantez—. No recuerdo que lo hayas hecho.

Mitch levantó la cabeza y la miró.

—Hubo otras cosas que aparecieron como más importantes. ¿Estás insinuando que eludí hablar con él de manera deliberada?

—No estoy insinuando nada —le respondió con el rostro imperturbable—. Todo lo que estoy diciendo es que no sucedió. Ahora lo llamé para que venga aquí y hacerle todas las preguntas que sean necesarias.

Se produjo un momento de silencio entre ellos, parecían dos combatientes midiéndose en el campo de batalla. Mitch sintió como si ella hubiera marcado una línea en la alfombra con el pie. Y sintió una vaga sensación de pérdida.

Cruzó la línea sabiendo que Megan nunca lo haría. Y tampoco retrocedería. Mantenía su posición desafiante, con el mentón erguido, la mirada fija.

—Megan —le dijo levantando la mano para acariciarle la mejilla.

Ella miró hacia otro lado.

—No hagas esto más difícil de lo que debe ser —murmuró ella—. Por favor.

—No tenemos que ser enemigos.

—No lo somos —insistió Megan.

Se esforzó para dar un paso al costado. La ternura siempre era su ruina. Eso tenía que terminar para poder salvar algo de esta situación.

—Mira —dijo con un suspiro—. Me siento acorralada y acusada. No te estoy culpando por lo que sucedió. No estoy siendo una buena deportista, eso es todo.

—Si quieres hablaré con DePalma, le diré que no sucedió nada. De todos modos no es asunto suyo.

Ella sonrió con tristeza.

—Gracias, pero no solucionaría nada. A él no le va a interesar si sucedió o no algo entre nosotros si ya han decidido que me he convertido en un problema de relaciones públicas. Si eso sucede me llamarán al cuartel central y me relevarán del cargo, y la razón oficial será que no estoy realizando progresos en el caso, aunque todo el mundo comprenderá que habrá sido por mi falta de prudencia.

—Pero eres una gran policía —le dijo Mitch devolviéndole el fax —. La prudencia nunca envía a un delincuente a la cárcel.

Megan se encogió de hombros, tratando de que el elogio no la afectara demasiado.

—Toma —le dijo entregándole el segundo fax.

—¿Qué es esto?

—Los análisis de la sangre en la camioneta. No es humana.

—Gracias a Dios… creo.

—Sí.

Natalie llamó por el intercomunicador.

—Jefe, Paul Kirkwood vino a verlo.

—Debe haber confundido mi pedido —comentó Megan levantando las cejas con ironía.

Mitch se acercó al escritorio y oprimió el botón.

—Hazlo pasar, Natalie.

Paul entró como un vendaval en la oficina, listo para recitar una diatriba sobre «esa zorra del DCC», pero se detuvo de inmediato cuando vio a Megan O'Malley. Ella estaba junto al escritorio de Mitch, con los brazos cruzados sobre el pecho. Él ya conocía la expresión de Megan desde su infancia en el viejo barrio de St. Paul: un toque de desafío, una pizca de carácter, una vigorosa dosis de rudeza. Si hubieran sido niños ella le estaría diciendo que le iba a patear el culo por toda la calle.

Paul se recompuso y dirigió su mirada hacia Holt, que estaba sentado detrás del escritorio, con las mangas de la camisa levantadas y los codos apoyados sobre un anotador.

—Creía que estaba solo —dijo Paul.

—Cualquier cosa que tenga que decir sobre el caso puede decirla frente a la agente O'Malley —respondió Mitch—. Quítese el abrigo y siéntese, Paul.

Paul ignoró el ofrecimiento y comenzó a pasearse adelante del escritorio.

—Sí, ya he oído que los dos andan así —levantó dos dedos entrelazados—. Es bueno saber que al menos están logrando algo en su tiempo libre.

—Creo que usted tiene cosas más importantes en qué pensar aquí en lugar de dedicarse a los chismes ociosos, señor Kirkwood —le señaló Megan—. Su falta de memoria, por ejemplo.

—¿Mi qué? —«¿Qué sabrían?, ¿qué podrían saber?», pensó Paul.

—Paul, siéntese —volvió a sugerirle Mitch—. Necesitamos aclarar algo sobre la camioneta que usted tenía.

—¿Otra vez eso? —Agitó las manos contra los costados del cuerpo—. No puedo creerlo. Mataron al único sospechoso que teníamos…

—Olie se suicidó —Mitch lo corrigió con tranquilidad.

—Si no le haríamos a él estas preguntas —agregó Megan.

Paul se detuvo y la miró de hito en hito. Parecía un poco más delgado, con la nariz más prominente, los ojos más hundidos, pero en lugar de parecer destrozado, parecía más energizado, como si extrajera fuerzas de la tensión de la situación. Megan no pudo evitar pensar en Hannah, que cada día se parecía más a una prisionera de campo de exterminio.

—¿Qué significa eso? —preguntó Paul.

—Paul, ¿por qué no nos dijo que había vendido su camioneta a Olie Swain? —preguntó Mitch con un tono que parecía casual.

Incrédulo, Paul se volvió rápidamente para mirarlo.

—¡No lo hice! Dije que no recordaba quién la había comprado, pero no fue *él*. Por Dios, estoy seguro de que lo habría recordado si hubiera sido *él*.

—Qué gracioso —murmuró Megan—, eso es lo mismo que yo dije: «Creo que si la hubiera vendido a Olie lo recordaría…».

—¡No lo hice!

Mitch tomó el fax y se lo tendió.

—Eso no es lo que dice el Registro de Vehículos Automotores, Paul.

—¡Me importa una mierda lo que diga el Registro de Vehículos Automotores! ¡No vendí esa camioneta a Olie Swain! —comenzó a caminar nuevamente sin poder controlar su agitación—. ¿Y qué importancia tendría eso, en todo caso? Eso sucedió hace cuatro o cinco años…

—En septiembre de 1991 —acotó Megan.

—Por supuesto que no tendría ninguna importancia —contestó Mitch—. Lo que importa es que al parecer nos mintió usted, Paul. *Eso* importa mucho.

Paul golpeó los puños sobre el escritorio, y una vena le sobresalió del cuello.

—¡No les mentí! ¿Cómo se atreve a acusarme? Mi hijo aún está perdido…

—Y estamos examinando cada pista, cada fragmento de cualquier cosa que pueda parecer una prueba, Paul —contestó Mitch con tranquilidad—. Estamos cumpliendo con nuestro trabajo.

—¿Y qué estaban haciendo anoche cuando su único sospechoso se estaba cortando las venas? —replicó Paul, con el rostro enrojecido.

Mitch se puso de pie lentamente, con una expresión pétrea. Fue hasta el otro lado del escritorio, tomó del hombro a Paul y lo ayudó a sentarse.

—Siéntese, Paul.

Mitch se inclinó sobre el escritorio y se sentó en el borde.

—Vamos a aclarar algunas cosas, Paul. Primero que nada, estamos haciendo todo lo que podemos para recuperar a Josh. *Nadie* está exento de una investigación. ¿Comprende lo que estoy diciendo, Paul? Nadie. Ésa es la regla. Ésa es la forma en que se realiza este trabajo. No se deja ninguna piedra sin levantar. Si eso lastima sus sentimientos, lo lamento, pero debe comprender que todo lo que hacemos, lo hacemos por Josh.

—No estamos diciendo que usted sea un sospechoso, señor Kirkwood —intervino Megan—. Hicimos una investigación de rutina sobre el vehículo de Olie Swain. Créame cuando le digo que lo último que esperaba era ver su nombre como último propietario antes de Olie.

—Si puede dejar de lado sus emociones durante un minuto, Paul, imagine lo que pensamos sobre todo esto —continuó Mitch—. Nos dijo que no recordaba quién había comprado la camioneta, y luego aparece en manos del hombre que se sospecha que secuestró a su hijo. Debería usted estar contento de que lo conozca, Paul —se inclinó hacia adelante y le señaló el rostro con un dedo—, porque si fuera otro policía, estaríamos manteniendo esta conversación en el juzgado con un abogado presente.

Paul se movió en la silla, con un mal gesto, como si fuera un estudiante petulante tratando de parecer duro en la oficina del

rector.

—No vendí la camioneta a Olie Swain —la voz le temblaba un poco—. El tipo que me la compró debe haberla vendido sin haber hecho el cambio de propietario.

Mitch volvió a sentarse suspirando y tomó el fax del RVA.

—¿Recuerda qué época del año era cuando la vendió?

—No lo sé. En la primavera. Creo que abril o mayo.

—La titularidad se cambió en septiembre —aclaró Mitch, entregando el documento a Megan. Ella miró a Mitch con una expresión que no pasó inadvertida para Paul.

—Pregúntenle a Hannah —propuso Paul con un tono beligerante —. Hannah recuerda todo.

—¿No tiene ningún papel de la venta en su rendición de impuestos? —preguntó Megan—. Usted es contador y…

—Probablemente. Ya tendría que haberlo revisado, pero estuve muy ocupado con la búsqueda, y francamente, no entiendo qué importancia tiene esto en todo el asunto.

—Búsquelo —le sugirió Mitch, otra vez el muchacho bueno—. Podría atar la punta suelta.

—Bien —Paul cruzó las piernas y giró el cuerpo de manera que su mirada quedó alejada de Mitch y de Megan.

Megan pasó por detrás de él y se puso directamente frente a su línea de visión.

—Señor Kirkwood, aún tengo un par de preguntas sobre la noche en que desapareció Josh.

—Estaba trabajando —respondió Paul frotándose la frente.

—En la sala de conferencias de su oficina —terminó Megan—. ¿Y no controló el contestador automático en ningún momento?

—No —respondió mientras la voz de Josh resonaba en su cabeza: *Papá, ¿puedes venir a buscarme a* hockey*? Mamá tarda y quiero ir a casa*. Sintió un estremecimiento en su interior—. No hasta… después…

—¿Después de qué?

Papá, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá tarda y quiero ir a casa.

Paul bajó la cabeza y se tapó los ojos con la mano.

—El día siguiente.

—¿Aún tiene la grabación?

Papá, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá tarda y quiero ir a casa.

—Ah… no —mintió—. No pude guardarla. No pude oír…

Papá, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá tarda y quiero ir a casa.

Paul se encogió de hombros.

—Sólo quiero que regrese —susurró entre lágrimas—. Sólo quiero que regrese.

Megan respiró profundamente mientras Mitch la miraba con una expresión de advertencia.

—Lamento tener que someterlo a esto, señor Kirkwood —le dijo Megan con calma—. No me agrada.

Mitch ofreció a Paul una caja de pañuelos descartables y una palmada en el hombro.

—Sé que es el infierno, Paul. No preguntaríamos si no tuviéramos que hacerlo.

—¿Jefe? —La voz de Natalie apareció por el intercomunicador—. Noogie está en la línea uno y creo que querrá oír lo que tiene que decirle.

Mitch volvió a ir hacia el otro lado del escritorio, levantó el auricular y oprimió el botón de la luz que estaba titilando.

—Noogie, ¿qué sucede?

—Estoy en St. Elysius, jefe. Creo que será mejor que venga. Oí una llamada por radio para el departamento del alguacil. Una mujer de la bahía de Ryan informó que su perro encontró la chaqueta de un niño. Creen que podría ser de Josh Kirkwood.

26
Día 8
15:07 -32°C; Sensación térmica: -42°C

La bahía de Ryan era el nombre grandioso de lo que en realidad era un gran paraje inundado en una zona pantanosa al oeste de Dinkytown, batida por los vientos y desierta en invierno. El lugar había sido anexado a la municipalidad de Deer Lake en los años setenta, pero allí no había cloacas ni agua y los residentes de la bahía se consideraban independientes del pueblo, lo cual explicaba por qué Ruth Cooper había llamado al departamento del alguacil cuando su perro apareció con una chaqueta de niño en la boca. El mismo Steiger estaba en el sitio con el cuello de su abrigo levantado y un gran gorro de piel de cazador que le calentaba la cabeza grasienta. Al parecer era la atracción en lo que ya era un circo de los medios de comunicación.

—Todo para preservar la escena —murmuró Megan mientras Mitch colocaba el Explorer junto a la camioneta de la televisión KSTP.

Gente de los noticiosos, curiosos, personal del alguacil y perros sueltos pisoteaban la nieve mientras daban vueltas y vueltas. Mitch apagó el motor y se volvió hacia Paul que estaba en el asiento de atrás, pero Paul ya se había bajado e iba hacia el centro de la tormenta. Los reporteros se encaminaron hacia él. Las cámaras apuntaron en dirección a él. Mitch se bajó y lo siguió, con la

esperanza inútil de poder detener la situación en la que el propio Paul Kirkwood se había metido.

Steiger tenía la chaqueta de colores brillantes como si fuera un trofeo. Paul se arrojó sobre el alguacil, tomó la chaqueta e hizo tambalear a Steiger. Se arrodilló en la nieve, apretó la chaqueta con las manos y se tapó el rostro con ella sollozando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Josh! ¡Josh! ¡Oh, Dios! ¡No!

Mitch se abrió camino entre los hombres de la prensa que se habían apiñado. Cuando llegó al centro del círculo, se volvió hacia ellos gritando.

—¡Fuera de aquí! —Tapó la lente de una de las cámaras que estaban tomando a Paul—. Por Dios, ¿no tienen un poco de compasión? ¡Fuera de aquí!

Atrás de él podía oír el desagradable sonido del llanto de Paul Kirkwood. No había experiencia humana que se pudiera comparar con el sufrimiento de un padre. Era la separación de un alma viviente, tan agobiante que iba más allá de los adjetivos conocidos. No era algo que la gente tuviera que ver en sus casas a las seis de la tarde.

El padre McCoy estaba arrodillado junto a Paul, con una mano sobre su hombro, con la cabeza baja tratando de que el viento no se llevara sus palabras de consuelo. Steiger estaba a dos metros de ellos, disgustado, sin saber qué hacer; los asuntos espirituales estaban más allá de él.

Mitch le sonrió de costado.

—Gracias por avisar a mi oficina, Russ.

Steiger escupió en la nieve.

—¡Retrocedan! —gritó Megan, exhibiendo su identificación, mientras Noogie y otros dos oficiales hacían retroceder a la gente hacia Oíd Cedar Road—. Están sobre la posible escena de un delito. Tenemos que pedirles que retrocedan.

—¡Déjeme en paz! —gritó Paul repentinamente. Empujó al padre Tom cuando se puso de pie, y lo hizo caer en la nieve—. ¡No quiero

nada de usted! ¡Aléjese de mí!

—Calma, Paul —Mitch lo tomó del brazo y lo llevó hacia el pantano, lejos de las atentas miradas de los hombres de la prensa—. Vamos, tenemos que tomarnos un minuto para pensar qué significa esto.

—Él está muerto —Paul sostuvo la chaqueta frente a él y la miró como si su hijo se hubiera desvanecido de su interior—. Está muerto. Está muerto…

Mitch bajó la chaqueta.

—No lo sabemos. Tenemos esta chaqueta, no a él. La descripción de esta chaqueta está en cada poster y en cada informe sobre Josh. El secuestrador ha sido lo suficientemente listo como para deshacerse de ella.

Paul comenzó a llorar otra vez sin razón.

—Está muerto. Está muerto. Está muerto.

—¡Houston! —gritó Mitch llamando a uno de los oficiales que estaba tratando de controlar a la gente.

El corpulento y barbado policía se acercó bamboleándose, mientras la nieve chillaba bajo sus pesadas botas árticas. La humedad de su aliento se había congelado en su barba. Lo que era visible de su rostro estaba rojo por el frío y el viento.

—Necesito que lleves al señor Kirkwood a su casa —le dijo Mitch —. Explícale a la doctora Garrison lo que sucedió y quédate con ellos hasta que yo llegue allí.

—Muy bien —Houston apoyó un robusto brazo sobre los hombros de Paul—. Vamos, señor Kirkwood. Lo llevaré a casa. Hace mucho frío para estar aquí.

Antes de que dieran un solo paso, Mitch tomó la chaqueta de Josh y trató de quitarla de la mano de Paul.

—Vamos, Paul. Ahora esto es una prueba, tenemos que enviarla al laboratorio.

Paul la soltó a regañadientes. Se alejó con Houston, con las manos cubriendo su rostro.

—Está sufriendo mucho —dijo el padre Tom, quitándose la nieve del abrigo.

—¿Está usted bien, Padre? —le preguntó Megan.

Las gafas del Padre habían quedado torcidas; él las enderezó y las colocó debajo de las orejeras del gorro de cazador.

—Sí, estoy bien. Debí haberlo sabido. Paul no es uno de mis mejores fanáticos. Pero cuando Noogie vino hasta St. Elysius para usar el teléfono y nos dijo lo que estaba sucediendo, sentí que mi deber era estar aquí.

—¿Les dijo? —Mitch miró hacia la iglesia, cuyas agujas se venían por sobre los árboles sin hojas.

—Albert y yo estábamos arreglando algunas cuentas de la iglesia —respondió el sacerdote—. Si está preocupado por la discreción, creo que el gato ya está fuera del saco.

Mitch no dijo nada. Observó atentamente toda la zona. La «bahía» estaba congelada y llena de montones de nieve. Un desierto blanco con dunas que cambiaban de lugar con el aliento gélido del viento. Durante los meses cálidos seguramente era un paraíso para los mosquitos, pero aun así la gente había elegido el lugar para construir sus casas en sus orillas. La media docena de casas que había en el lado noroeste de la bahía iban desde cabañas invernales hasta construcciones en cedro con elaborados adornos. Estaban ubicadas en predios grandes, cómodos, con árboles de hojas perennes y dura madera.

Hacia el oeste, más allá de los matorrales, el horizonte se veía blanco por la nieve que llevaba el viento. El cielo estaba matizado con brillantes pinceladas color fucsia y naranja por la puesta del sol. En la orilla sudeste no había casas, sólo un enorme matorral y árboles jóvenes y finos que parecían gigantes mondadientes. Las casas más cercanas estaban hacia el sur, detrás de St. Elysius, cajas pequeñas y cuidadas, con halos de humo que salían de sus chimeneas.

Mitch completó el círculo girando hacia Old Cedar Road, bordeado de coches, camionetas, y gente que golpeaba sus pies en el suelo para que no se les entumecieran. Albert Fletcher estaba al final de la línea, una figura alta, con sombrío abrigo negro y una capucha negra atada alrededor de su delgado rostro.

—¿Vinieron los dos con Noogie? —preguntó Megan.

—Yo sí —el padre Tom levantó las cejas cuando vio al diácono—. Albert debe de haber venido solo. No pensé que quisiera venir. Me dijo que no se sentía muy bien, que creía que estaba por resfriarse…

—Al parecer se siente mejor —dijo Megan, dándole la espalda al viento.

—Mmmm… Será mejor que me vaya. Estoy seguro de que Paul no se alegrará de verme, pero Hannah necesitará un hombro para llorar.

El sacerdote se alejó caminando con dificultad entre la nieve, subió la barranca hacia donde estaba Albert Fletcher. Los dos hombres se fueron juntos.

Mitch volvió su atención hacia la pequeña chaqueta que tenía en la mano y al nombre que estaba escrito en el cuello, con tinta indeleble. Se la entregó a Megan para que la inspeccionara y ella la tomó suspirando profundamente.

—Esto no deja lugar a dudas, ¿verdad?

Steiger se acercó con una mujer que traía un gran perro negro, atado con una correa. El perro bailoteaba junto a ella, sin poder contener su excitación.

—Mitch, ella es Ruth Cooper. Su perro encontró la chaqueta.

Mitch asintió con la cabeza.

—Señora Cooper.

Megan miró al alguacil, y luego se presentó sola.

—Señora Cooper, soy la agente O'Malley del DCC.

—Oh, sí, ¿cómo está usted? Caleb, siéntate —dijo la mujer, tirando de la correa.

Caleb tenía el cuerpo musculoso de un perro joven, y se contorsionaba y temblaba desde la cabeza hasta la punta de la cola, mientras miraba confiado a su dueña. Ruth Cooper era una mujer baja y regordeta, de unos sesenta años, que llevaba un gorro de lana color crema y una chaqueta crema y malva. Su nariz mostraba los efectos de una prolongada exposición al intenso frío tomando la coloración roja propia de los cazadores de ciervos en el otoño. Se balanceaba adelante y atrás sobre sus botas para la nieve mientras contaba su historia.

—Estaba caminando con Caleb —comenzó, mientras el perro movía la cola entusiasmado al oír su nombre—. Puede salir sin su correa, pero no confiamos mucho en él, así que Stan o yo salimos con él… aun con este clima. Y ahora Stan no puede salir porque tiene esa gripe terrible que anda por aquí. Le dije que este otoño se vacunara, pero es tan obstinado. Bueno, estábamos caminando por la bahía, y como a Caleb le gusta ir a asustar los pájaros en los matorrales, corrió y regresó con esto —tornó una manga de la chaqueta de Josh y la levantó—. Lo supe de inmediato. El pobrecito…

—Señora Cooper —le dijo Mitch—. ¿Saca a Caleb a caminar por aquí todos los días?

—Oh, sí, él necesita salir, y a Stan y a mí no nos importan las jaurías… con un perro grande como Caleb. Salimos todos los días. Aquélla es nuestra casa… la Cape Cod marrón. ¿Les gustaría venir a tomar una taza de café? Hace mucho frío aquí.

—Quizá dentro de unos minutos, Señora Cooper —respondió Mitch—. Lamento tener que retenerla aquí con este frío, pero necesitaríamos conocer exactamente el lugar donde Caleb encontró la chaqueta.

Ruth y Caleb los guiaron, con Steiger a su lado.

Noogie iba al lado de Mitch, hablando en voz baja.

—Jefe, estuve aquí el viernes con el equipo de búsqueda. Revisamos todo este lugar y no encontramos más que un papel de

caramelo. También teníamos un perro de Búsqueda y Rescate. Esa chaqueta no estaba aquí.

Mitch frunció el entrecejo.

—¿Cuándo fue la última vez que trajo a Caleb a esta zona, señora Cooper?

—Estuvimos en esta misma zona ayer a la tarde —se detuvo en el borde del pantano y señaló.

—¿Vio a alguien por aquí entre ayer y hoy a la tarde? —le preguntó Megan, bajando el cierre de uno de los bolsillos de la chaqueta para revisar el contenido: una pelota de papel, un envoltorio de goma de mascar.

—Veo gente por aquí de vez en cuando. Tenemos este hermoso sendero para vehículos de nieve, caminantes o esquiadores. Algunas de estas personas están locas. Salen para realizar sus deportes con cualquier clima. Esta mañana temprano había un hombre aquí. Yo estaba en la cocina calentando agua para el té de Stan y miré por la ventana y lo vi caminando por el sendero.

—¿Lo vio bien? —le preguntó Mitch.

—Vino hasta la casa. Había perdido a su perro. Quería saber si lo habíamos visto. Una gran cosa peluda… el perro, no el hombre. Le dije que no y me pidió si podíamos estar atentos. Le dije que sí. Me encantan los perros. Seguramente yo también lo buscaría si se me hubiera perdido con este frío terrible —Caleb movía la cola y se agachaba a sus pies.

—Mis hombres ya revisaron esta zona —comunicó Steiger a Mitch, que tenía las manos en los bolsillos del abrigo y el aspecto de un tótem helado—. Aquí no hay nada más que ver. Yo diría que aceptáramos la invitación de Ruth para ir a tomar ese café.

—Quiero dar un vistazo —contestó Mitch y se encaminó hacia la orilla.

—Dijo que era el perro de su hijo —continuó Ruth—. El nombre del perro era algo extraño. ¿Grimsby? ¿Gatsby? Gizmo. Eso es; Gizmo.

Mitch se sintió aterrorizado. Se detuvo a mitad de camino de la orilla. Gizmo. En su mente vio el dibujo del cuaderno de Josh: un niño y su perro. Un mestizo peludo llamado Gizmo.

—Mitch.

El tono de Megan hizo que volviera la cabeza en dirección a ella. Ella tenía los ojos bien abiertos, estaba pálida como la nieve. En la mano tenía una tira de papel. El viento la hacía volar como una cinta.

Regresó y tomó la punta con los dedos. Comprendió que aún no sabía lo que era el frío hasta que leyó las palabras, y la sangre le corrió como agua helada por las venas.

Mi espectro está conmigo noche y día;
protege mi camino como una bestia salvaje;
mi emanación muy dentro de mí
llora incesantemente por mi PECADO.

16:55 -32°C; Sensación térmica: -42°C

—¿Qué demonios significa eso? —Steiger caminaba alrededor de la mesa, con las manos apoyadas en las caderas.

Megan estaba sentada a la mesa, con los pies apoyados en el asiento de una silla y los codos sobre las rodillas. Éste era el salón de conferencias donde, hacía una semana, había visto por primera vez a Mitch, bailando en calzoncillos largos rojos. Ahora estaba apoyado contra la pared, frente a ella, con los brazos cruzados y expresión dura. Tenía el rostro marcado por la tensión y ensombrecido por la fatiga.

La habitación también había cambiado. Ahora lo llamaban el salón de guerra. El tablero para boletines estaba cubierto con un mapa de Park County y uno de los estados de Minnesota, con alfileres rojas que marcaban las zonas de búsqueda. En la larga pared había una hoja de registro de un metro de ancho por cuatro de largo. Todo lo que había sucedido desde la desaparición de Josh estaba anotado allí, con aclaraciones y acotaciones que salían de la línea roja central, y estaban escritas con tinta roja, azul y negra. Mitch había escrito el último verso manuscrito sobre el tablero para mensajes.

Ahora considerarían todas las ideas que surgieran. Lejos del ruido y la actividad del puesto de comando. En el salón de guerra no había teléfonos, ni voluntarios yendo y viniendo, ni hombres de prensa husmeando en todos los sitios. En esta habitación podían sentarse a observar el último mensaje y a oír el tictac del reloj mientras

trataban de descifrar su significado. Lo único que sabían con certeza era que la cita era de *Mi espectro*, de William Blake.

—Podría estar diciéndonos que tiene una personalidad dividida —comentó Megan, obteniendo un resoplido del alguacil—. O un cómplice.

—Olie Swain —agregó él—. Era culpable como el pecado. Ya vieron las fotografías que tenía…

—Eran viejas —replicó Mitch—. Su informe estaba limpio aquí…

El alguacil hizo girar sus ojos cuando se cruzaron mientras se paseaban de aquí para allá.

—Las mañas no se pierden. ¿Crees que vivió aquí todo este tiempo sin molestar a ningún niño?

—No ha habido ninguna denuncia…

—Gran cosa. La mierda como ésa lo hace sin que nadie se entere. Los niños son codiciosos. Olie le ofrece diez dólares a un pequeño por tocarlo un poco, quizás el niño cree que no es gran cosa, toma el dinero y mantiene la boca cerrada. Y Olie ya lo hizo.

—Luego jura por su sangre que no fue él —señaló Megan, más para atormentar a Steiger que porque lo creyera.

—¿Y usted se dejaría engañar por eso? —Sacudió la cabeza con un gesto malicioso en la boca—. Bueno, creo que todos sabemos cómo son los detectives.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Gruñó Mitch.

—Significa que es un cretino —acotó Megan suavemente. Volvió al tema de la discusión antes de que Steiger pudiera responderle—. Podría estar diciéndonos que se siente culpable por lo que ha hecho, pero no lo creo. No ha hecho nada que demuestre arrepentimiento; todo lo que ha hecho es mofarse de nosotros. Creo que nos está observando, riéndose, mientras nosotros corremos.

—Malditos juegos mentales —murmuró Mitch.

Juegos mentales de una mente tan retorcida como un sacacorchos. Tan retorcida como para dejar una prueba, y luego ir

tranquilamente hasta una casa y conversar con la mujer que estaba adentro; dejando pistas y luego alejándose.

—Estoy de acuerdo. Sabemos que Olie no tuvo nada que ver con la llamada del sábado a la tarde desde St. Peter. Él no dejó el cuaderno. No pudo haber dejado la chaqueta. La llamada de anoche tampoco fue de Olie.

—¿Qué llamada? —demandó Steiger.

Megan lo ignoró.

—Puede haber sido un maniático, pero encaja demasiado bien.

El alguacil se puso adelante de ella, con una expresión tan seria como una máscara avinagrada.

—¿Qué llamada?

—Anoche recibí una llamada —respondió Mitch señalando el tablero de mensajes—. El que llamó repitió lo mismo una y otra vez: «ignorancia ciega y desnuda». Lo consigné como un maniático.

—¿Ciega y desnuda? —repitió Steiger—. Quizás alguien estaba espiando en tu ventana.

—Y quizá tú deberías mantener tu mente en el caso y guardarte tus comentarios, Russ.

Megan se puso de pie cuando comenzó a sonar su intercomunicador.

—Tengo que hacer una llamada —anunció a Mitch con su mejor rostro imperturbable—. Jefe, ¿ya está listo para ir a charlar con los Kirkwood?

Mitch asintió con la cabeza. No le agradaba la expresión de tirantez del rostro de Megan. La llamada podría ser DePalma. Por más que le decía a ella que estaba exagerando, no podía evitar sentirse tenso. No quería que la sacaran del caso. No quería que la castigaran por algo en lo que él había tenido tanta participación como ella… más quizá, si uno lo pensaba mejor. Megan tenía su regla contra los policías; había sido él quien la había obligado a violarla.

—En cinco minutos —le respondió—. Pasaré por tu oficina.

La observó mientras se iba, olvidándose durante un momento de la presencia de Steiger. Un momento fue todo lo que necesitó el alguacil.

—Y, ¿qué tal se porta? —preguntó Steiger, jactándose desde el otro extremo de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, y una sonrisa afectada en sus labios—. No parece haber jodido mucho, pero quizá pueda hacer cosas mejores con esa boca que hablar mal de la gente.

La respuesta de Mitch fue pura reacción instintiva. Le lanzó un puñetazo con la mano derecha que dio a Steiger directamente en la nariz. El ruido a hueso roto resonó por toda la habitación como un disparo. Steiger sintió que todo le daba vueltas, y cayó sobre una rodilla, mientras la sangre se escurría entre los dedos de la mano con la que se tapaba la cara.

—¡Dios mío! ¡Me has roto la nariz! —exclamó. La sangre roja y espesa corría entre sus dedos y caía sobre la alfombra.

Mitch sacudió la mano para aliviar el dolor del golpe, y se inclinó furioso sobre Steiger.

—Te lo mereces, Russ. Por poner a Paige Price en contra de Megan, por filtrar información y por ser un hijo de puta hora tras hora, día tras día. ¡Qué más da una piojosa nariz rota por todo eso!

»Permíteme que te dé un consejo, Russ —continuó Mitch señalándolo con un dedo para enfatizar sus palabras—. Si esta noche en el noticioso de las diez escucho a Paige recitando a William Blake, voy a ir a esa lata en la que vives, te pondré un revólver en el culo y te volaré los sesos. ¿Entiendes lo que te digo, Russ?

—Vete al carajo —replicó Steiger, buscando un pañuelo en el bolsillo.

—Bien dicho, alguacil —le dijo Mitch mientras se erguía y se encaminaba hacia la puerta—. Un maestro de la articulación, como siempre. Lástima que no seas la mitad de bueno como policía.

—Ella cambió los hechos —dijo Megan por teléfono. Tenía los codos apoyados sobre el escritorio y la cabeza apoyada sobre una mano—. ¿Qué estoy diciendo? ¡Ella ni siquiera conocía los hechos! Bruce…

—No me llames Bruce cuando estoy cabreado contigo —replicó DePalma.

—Sí, señor —contestó con un suspiro. Sentía como si unas manos invisibles estuvieran clavándole agujas en los ojos—. Inventó la historia…

—¿No estabas en la casa del jefe Holt a las tres de la mañana?

—Hay una explicación muy simple e inocente… la cual, debo agregar, Paige Price no se molestó en preguntarme antes de saltar sobre mí en la conferencia de prensa.

—¿Entonces estás diciendo que esto fue un malentendido que fue exagerado?

—Sí.

—Eso se ha convertido en un tema recurrente en su vida, agente O'Malley —el tono era muy duro—. Ya tuvimos esta discusión sobre el tema del sexo. Lo último que necesita este Departamento es otro escándalo sexual.

—Sí, señor.

—¿Tienes idea de la locura que se desataría aquí? Finalmente le dimos el cargo a una mujer y lo primero que hace es seducir al jefe de policía.

—Yo no seduje… —Casi salta de la silla.

—No estoy diciendo que lo hicieras, pero eso no significa que la prensa será tan amable. ¿Qué fue lo que sucedió?

Megan tragó y cruzó los dedos.

—El jefe Holt y yo estábamos discutiendo el caso…

—¿En la oscuridad?

—Tenía la chimenea y el televisor encendidos. Con eso se veía bien.

—Continúa.

—Como ya sabe hemos estado trabajando mucho, y estábamos agotados. Simplemente nos quedamos dormidos.

Durante el prolongado silencio que siguió a sus palabras, Megan sintió que las gotas de sudor le salían de la frente como si fueran balas. No era mentirosa por naturaleza, y detestaba la necesidad de tener que serlo en ese momento. Lo que hacía fuera de las horas de trabajo no debería importarle a nadie. Si hubiera sido un hombre nadie se hubiera molestado en seguirla. Si hubiera sido un hombre, pensó con amargura, probablemente hubieran esperado que sedujera a alguien.

Seducido. La palabra le dejó un gusto amargo en la boca. Parecía tan barata. Sin tener en cuenta en qué había ido a parar su relación con Mitch, no quería pensar en lo que habían compartido en esos términos.

—Mi hija de dieciséis años inventa mejores historias que ésa —contestó DePalma por fin.

—Es la verdad —*parte de ella, al menos*.

DePalma suspiró con tanta fuerza que parecía un ventarrón en el teléfono.

—Megan, tú me agradas. Eres una buena policía. Quiero que este trabajo te resulte, pero estás poniendo al Departamento en una posición insostenible. Te nombramos la primera mujer en este trabajo, y nos acusan de tendenciosos. Cada vez que te vuelves metes el pie en algo nuevo… peleas con Kirkwood, te acuestas con Holt…

—Le dije que…

—Ahorra tus energías. No importa si lo has hecho o no. La gente creerá lo que quiera.

—Incluso usted.

—Y ahora tú único sospechoso aparece muerto en la cárcel…

—¿También me está acusando de haberlo matado?

—Parece poco prolijo.

—Dios no permita que el delito sea algo prolijo…

—Esas clases de acotaciones son las que te meten en problemas, Megan. Tienes que aprender a sujetar esa lengua irlandesa que tienes antes de que te meta en problemas.

Esto quería decir que aún no había sido destituida. Le hubiera gustado respirar aliviada, pero sabía muy bien que aún estaba en peligro. Un paso en falso y se terminaba todo.

—No quiero llegar a eso, Megan. Sólo Dios sabe en qué lío nos meteríamos si tenemos que retirarte. Pero ya tenemos un lío, así que no pienses que no puede suceder.

—Sí, señor.

—¿En qué punto del caso estamos?

En una cueva oscura con un chiflado. Se guardó ese pensamiento y le explicó sin adornos ni falsas esperanzas en qué posición se encontraban. En el trabajo policial no tenía sentido prometer más de lo que se podía entregar.

DePalma hacía preguntas cada tanto.

—¿Esta mujer Cooper puede identificar al hombre que fue a su casa?

—No está segura. Estaba muy abrigado por el frío. Ahora está con los dibujantes.

—¿Había sangre en la chaqueta?

—Yo no vi. Está en el laboratorio.

—¿Qué piensas sobre la nota? ¿Crees que está diciendo que mató al niño?

—No lo sé.

—¿Has considerado la posibilidad de que el cómplice de Swain pudiera ser alguien de su pasado en Washington?

—De acuerdo con todo lo que sabemos sobre él, Swain era un solitario —respondió Megan—. Lo más cercano a un amigo que tenía era el primo cuya identidad había tomado, y lo más agradable que dijo sobre Olie fue que era un aborto. Por supuesto que yo también me enfadaría si mi primo me roba la licencia de conducir, asume mi

identidad en otro estado y luego comete un delito atroz que provoca la atención nacional.

DePalma ignoró su sarcasmo.

—Quizá necesitas un poco de ayuda —le sugirió.

Megan sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

—¿Qué quiere decir?

—No estás llegando a ninguna parte. Quizá necesitas a alguien con una nueva perspectiva.

—Puedo manejar el caso, Bruce.

—Por supuesto que puedes. Solamente creo que cuando las cosas están atascadas alguien que recién llega puede ver algo que esté suelto.

Como yo, pensó Megan con amargura. El plan del juego estaba dolorosamente claro. DePalma enviaría a otro agente para que le usurpara la autoridad, y cuando las riendas hubieran cambiado de manos, la llevarían de vuelta tranquilamente al Departamento. Sin desorden, sin alboroto, todo limpio y ordenado, como le gustaban las cosas a la oficialidad.

—Creo que sería un error —se esforzó para dar una apariencia de frialdad—. Cualquiera que venga en frío tendría que familiarizarse con las declaraciones, volver a entrevistar a los testigos, conocer a la familia… y francamente no necesitan más trastornos en sus vidas.

—Lo tendré en cuenta. Mientras tanto, Megan, necesitas que suceda algo bueno. ¿Comprendes lo que digo?

—Perfectamente.

Se despidieron, y Megan colgó el auricular con un gesto feo.

—Y no me llames Megan cuando estoy enfadada contigo —se burló.

—Sí, señora —dijo Mitch mientras asomaba la cabeza por la puerta.

Megan lo miró demasiado cansada, y demasiado preocupada como para tratar de sonreír.

—No estoy enfadada contigo.

Entró en la oficina con el abrigo sobre los hombros.

—¿Qué te pasó en la mano?

—Sentí necesidad de golpear algo.

—¿Cómo qué… una pared de ladrillos?

—La cara de Steiger.

Megan levantó las cejas sorprendida.

—Maldición, jefe, hubiera pagado para ver eso.

Mitch se encogió de hombros.

—Mejor sin testigos. Steiger estaba filtrando información confidencial a Paige Price. Le expresé mi descontento.

La furia por esta injusticia le hizo latir más fuerte las sienes.

—¿Estaba exprimiendo a Steiger para conseguir información y tuvo agallas para ponerse de pie en la conferencia de prensa y señalarme con el dedo? Me gustaría golpear algo a mí también.

—Ponle un dedo encima y te sacará algo más que el trabajo —advirtió Mitch, pasando un dedo por la placa de bronce. La levantó y leyó la inscripción de atrás: No levantes mierda, No busques excusas —. ¿Qué tenía que decir DePalma?

—¿Qué dijo o qué quiso decir? Oficialmente, no harán comentarios sobre rumores acerca de una agente. Expresarán su plena confianza en los términos más indiferentes. Oficialmente, podrían enviar a otro agente para que «me ayude con la investigación». Si eso sucediera, el que llegue terminaría mi trabajo y yo iría a parar a un escritorio del Departamento a ocuparme del papeleo de robos menores.

Mitch la siguió hasta el perchero con el entrecejo fruncido.

—Ojalá me dejaras hablar con él.

Megan negó con la cabeza.

—No quiero que pelees mis batallas.

—Eso se llama ayudar a un amigo, Megan.

Ella se volvió e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Otra vez estaba demasiado cerca, tratando de intimidarla, demostrándole que era más grande y fuerte que ella, que podía dominarla… o

protegerla. Una parte de ella consideró tentadora la idea, pero no iba a ceder a esa tentación.

—Se llama dar falsa información, y eso ya lo hice yo —le respondió—. No dejaré que mientas por mí, y eso es todo.

Su respuesta no permitía disconformidad. Mitch no dijo nada mientras observó cómo se ponía el monstruoso abrigo. Tan obstinada. Tan independiente. Quería que se apoyara en él, pensó sorprendido. Quería ayudarla. Quería defender su honor. Conceptos anticuados, y ella no era una mujer anticuada. Conceptos que implicaban compromiso… algo que ambos proclamaban que no querían.

—Ya lo solucionaremos —murmuró Mitch, sin saber muy bien a qué aspecto de todo este lío se refería.

¿Qué «solucionaremos»?, sintió ganas de preguntar Megan. ¿La situación laboral? ¿La situación personal? Eligió la primera, sabiendo que allí era donde debía concentrarse, sabiendo que el maldito reloj no se detendría.

—Sólo podemos hacerlo con una cosa —dijo con expresión adusta—. Encontrando a Josh.

27
Día 8
17:39 -32 °C; sensación térmica: -42 °C

Hannah estaba mirando el lago por la ventana. Los últimos rayos del sol salían desde un punto en el horizonte como líneas rojas que se irradiaban desde una herida. Era increíble cómo un color tan cálido podía indicar un cielo tan frío. Mientras estaba allí sintió cómo el frío penetraba a través del cristal, cómo penetraba en su cuerpo. Deseaba que la entumeciera, pero sólo la hizo temblar.

Del otro lado del lago se veían los destellos de las luces de los helicópteros que habían sido llamados otra vez. Podía ver uno a la distancia, como un buitre sobrevolando Dinkytown. Recordó el ruido de sus rotores y cómo se quedaba despierta escuchándolos mientras iban y venían sobre el pueblo. Más allá de Dinkytown, hacia el horizonte en llamas, estaba la bahía de Ryan. Allí un perro había descubierto la chaqueta de Josh, tirada como un trozo de basura.

Podía ver la chaqueta en su mente: azul brillante con un poco de verde y amarillo. Conocía el talle y la marca de fábrica. Conocía los bolsillos donde él guardaba sus tesoros, y los pañuelos y los guantes. Conocía el olor y la textura, y todos esos recuerdos intangibles revoloteaban en su mente. La segunda señal de Josh en una semana, y ni siquiera le habían permitido que la viera o la

tocara. La chaqueta fue llevada a St. Paul para estudiarla y analizarla.

—Me hubiera gustado tocarla —dijo con tranquilidad. Trató de imaginarla en sus manos, apoyándola en su rostro, frotándola contra su mejilla.

—Lo lamento, Hannah —respondió Megan con gentileza—. Creímos que era importante llevarla al laboratorio lo más a prisa posible.

—Por supuesto, comprendo —murmuró. Pero no era cierto, aunque un ángulo lógico y práctico de su mente hubiera respondido afirmativamente.

—¿Tomarán huellas dactilares en ella? —preguntó Paul.

Estaba sentado junto a la chimenea, con un pantalón negro y un grueso jersey gris, con el logo de la Universidad de Minnesota. Aún tenía el pelo húmedo por la ducha que se había dado para calentarse. Lily estaba sentada en su falda, tratando inútilmente de que le prestara atención a su Barney relleno.

Megan y Mitch intercambiaron miradas.

—No —respondió Mitch—. Es virtualmente imposible obtener huellas del nylon.

—¿Entonces qué?

—¿Realmente quieres que te respondan? —Acotó Hannah con brusquedad—. ¿Qué crees que van a buscar, Paul? Sangre. Sangre y semen o cualquier otro vestigio asqueroso de lo que ese animal puede haberle hecho a Josh. ¿No es así, agente O'Malley?

Megan no dijo nada. La pregunta era retórica. Hannah no necesitaba ni quería una respuesta. Se quedó de espaldas a la ventana, mientras el terror la consumía.

—La mujer cuyo perro encontró la chaqueta podría haber visto al hombre que la tiró —comentó Mitch—. En realidad, podría haber conversado con él.

—¿Podría? —preguntó Hannah confundida.

Mitch les contó la historia de Ruth Cooper y el hombre que había ido a su casa después de que ella lo viera por la ventana de la cocina. Cuando dijo el nombre del perro, Hannah palideció y se tomó de la mecedora para no caerse.

Paul se levantó lentamente y dejó a Lily en el suelo. Ella fue hasta donde estaba Mitch y le ofreció su dinosaurio. El padre Tom se puso de pie, la tomó en sus brazos y le hizo cosquillas mientras la llevaba hasta el dormitorio en la planta alta.

—Así que ella puede identificar a ese hombre —dijo Paul.

—Está trabajando con un dibujante —explicó Megan—. No es tan fácil como nos gustaría que fuera. El hombre estaba muy abrigado. Pero ella cree que podría reconocerlo si volviera a verlo.

—¿Podría, quizá? —Paul tomó un atizador y movió las leñas en la chimenea.

—Es mejor que nada.

—¡Eso es prácticamente nada! —Se volvió con el atizador en la mano, y una expresión de furia y amargura en su cara—. ¡No tienen nada! ¡Mi hijo está tirado muerto en algún lugar y ustedes no tienen nada! ¡Ni siquiera pudieron mantener vivo al único sospechoso que tenían!

—¡Ya está bien! —exclamó Hannah.

Él no le prestó atención, pues por el momento su furia estaba dirigida a Mitch y a Megan.

—Estaban demasiado ocupados en la cama como para preocuparse por mi hijo…

—¡Paul, por el amor de Dios!

—¿Qué sucede, Hannah? —preguntó, apretando el atizador—. ¿Ofendí tu sensibilidad?

—Ofendiste la de todos.

—No me importa. Ellos follan y mi hijo tiene que pagar el precio…

—Él también es mi hijo…

—¿En serio? ¿Es por eso que lo dejaste en la calle para que lo secuestraran y lo mataran? —gritó agitando peligrosamente el atizador que golpeó contra la pared y cayó al suelo.

Hannah casi no podía respirar para responderle. Si la hubiera atravesado con el atizador no la habría ofendido tanto.

—¡Maldito desgraciado! —le contestó con tono tembloroso.

—¡Paul! —Gruñó Mitch, tomándolo con fuerza de un hombro—. Vamos a su estudio —dijo con los dientes apretados.

Paul se alejó de él haciendo una mueca.

—¿Para que pueda aleccionarme sobre cómo debería apoyar a mi esposa? No lo creo. No tengo interés en nada de lo que usted pueda decirme.

—Malvado —Mitch volvió a tomarlo del hombro y lo condujo en dirección a su oficina.

Hannah no los miró cuando se iban. Trató de controlarse, cruzó hacia el otro extremo de la habitación, levantó el atizador y lo dejó en su sitio. Le temblaban terriblemente las manos, casi no podía recordar cómo mantenerlas firmes para sostener un bisturí.

—Bueno —dijo secándose las manos en el pantalón—, eso fue muy feo.

—Hannah… —comenzó a decir Megan.

—Lo peor es que es verdad. Es mi culpa.

—No. Se le hizo tarde. Eso no tendría que haberle costado la pérdida de Josh.

—Pero fue así.

—Por culpa del hombre que decidió llevárselo. Usted no tenía control sobre esa decisión.

—No —murmuró—. Y ahora no tengo control sobre nada. Por aquel instante, mi vida se está destrozando. Si hubiera salido del hospital antes de que Kathleen me llamara, Josh estaría hoy aquí. A esta hora iría a buscarlo a *hockey*. Josh se estaría quejando por tener que ir a la Clase de religión a las siete. Un momento. Sólo un momento. Un abrir y cerrar de ojos —chasqueó los dedos

observando el fuego—. Ese momento y ese accidente automovilístico nunca deberían haber sucedido, y a mí no habría sido necesario que me llamaran al servicio de emergencia, y Josh no se habría quedado solo, y no estaríamos aquí ahora sintiéndonos incómodas porque mi esposo me culpa…

Dejó que los pensamientos fueran muriendo. El tiempo no tenía marcha atrás, sólo hacia adelante y hacia la incertidumbre.

Se sentó en una silla, con las piernas recogidas. Se oían los sonidos apagados de voces airadas desde la puerta cerrada del estudio de Paul.

Hannah pasó la uña sobre una mancha seca de pintura que tenía en la rodilla del pantalón.

—Me gustaría poder regresar al momento en que Paul cambió. Él era muy diferente. Éramos muy felices —comentó Hannah.

Megan no sabía qué responder. Siempre había sido bastante inútil para compartir confidencias con otras mujeres. Su falta de habilidad para las relaciones no le permitía dar sabios consejos. Cambió el tema hacia el punto que sí conocía.

—¿Cuándo comenzó a notar un cambio en él?

—Oh, no lo sé —Hannah se encogió de hombros—. Fue tan sutil. Supongo que hace años, en pequeñas cosas. Uno o dos años después de que nos mudamos a esta casa.

Después de que ella empezara su trabajo en el hospital y su integración en la comunidad. Mudarse a este lugar había sido idea de Paul, y a menudo se preguntaba qué se había imaginado que encontraría. Se preguntaba si se habría imaginado que se convertiría en lo que ella había llegado a ser en esta comunidad: alguien conocido, apreciado y respetado. En sus primeros tiempos juntos, él le había confesado que quería ser alguien, algo más que un ratón de biblioteca, hijo de una familia de clase media. ¿Habrá pensado que aquí se convertiría en alguien diferente, en alguien sociable, una cualidad que no estaba dentro de él? Detestaba pensar que serían

los celos aquello que los había separado y envenenado el amor que habían compartido.

Parecía una emoción inútil, algo que no pertenecía a dos personas que habían prometido respetarse y apoyarse.

—¿Y usted lo nota más lejano últimamente?

—Se siente agraviado por el tiempo que paso en el hospital desde que me ascendieron a jefa del servicio de emergencias.

—¿Y cómo son sus horarios? Él estaba trabajando aquella noche.

—Es época de vencimiento de impuestos. Pasaría varias noches afuera.

—¿Normalmente ignora su marido el contestador automático cuando usted lo llama a la oficina a la noche?

Hannah se sentó más derecha, entrecerró un poco los ojos, sintió algo tenso en su pecho.

—¿Por qué me hace estas preguntas?

Megan la miró con una convincente expresión de timidez.

—Soy policía, es lo único que sé hacer.

—¿No pensará que Paul tiene algo que ver con esto?

—No, por supuesto que no. Es sólo rutina —mintió Megan—. Necesitamos saber dónde estaban todos… antes de que los abogados se ocupen del caso. Son fanáticos de los detalles. Si la Madre Teresa estuviera aquí necesitaría una coartada. Cuando atrapemos a este tipo, su abogado probablemente tratará de culpar a otro. Tratará de probar que su cliente estaba en otro lado a las seis de mañana. Si es lo suficientemente asqueroso preguntará dónde estaban usted y Paul hoy a las seis de la mañana.

Hannah pestañeó, con el rostro cuidadosamente en blanco.

—No sé dónde estaba Paul. Cuando me desperté ya se había ido. Dijo que salió solo, recorrió el pueblo mirando, observando… Estoy segura de que eso fue lo que hizo —dijo como tratando de convencerse a sí misma tanto como a Megan.

—Estoy segura de que tiene razón —concordó Megan. Estaba archivando todos los detalles de esta escena en su memoria… los

hechos. El tono de voz de Hannah, su expresión, la tensión que la rodeaba como electricidad estática—. No quise decir otra cosa. Sólo quiero que comprenda cómo funciona esto, por qué tenemos que hacer algunas de las preguntas. Lo que realmente quería preguntarle era si ha recordado algunos nombres… gente que pudiera tener algún resentimiento contra usted o contra Paul. Un paciente insatisfecho, algún cliente disgustado; esa clase de personas.

—Ya han entrevistado a todos los que conocemos —respondió Hannah—. Honestamente, no puedo pensar en algún paciente que pudiera llegar tan lejos. La mayoría de los casos que vemos en un hospital pequeño como el nuestro son fácilmente curables o instantáneamente mortales. La mayoría de los casos críticos, víctimas de accidentes o cosas por el estilo se envían directamente a Twin Cides. Los pacientes con enfermedades serias también se desvían a hospitales más grandes.

—Pero usted debe perder algunos aquí.

—Algunos —torció la boca ante el triste recuerdo—. Recuerdo que cuando trabajaba en las Cities solíamos llamar a los pequeños hospitales rurales como los de Deer Lake «lugares de empaquetar y etiquetar». Hacemos todo lo que podemos, pero no tenemos el equipo ni el personal de un hospital más grande. Aquí la gente comprende eso.

—Quizá —murmuró Megan, tomando nota mentalmente de todo y pensando en acercarse al Hospital Comunitario de Deer Lake para interrogar personalmente al personal.

—En cuanto a los clientes de Paul, todos los años hay algunos que protestan por lo que tienen que desembolsar en impuestos, pero eso no es su culpa.

—¿Alguna gran quiebra catastrófica, gente enviada a la cárcel o ese tipo de cosas?

—No —Hannah se levantó de la silla; la impaciencia no le permitía estar quieta más de cinco minutos, a pesar de la fatiga—.

Voy a preparar un poco de té. ¿Le gustaría beber una taza? Hace tanto frío…

Y Josh estaba en algún lugar afuera sin su abrigo.

Afuera ya había caído la noche, negra y fría como un yunque.

—¿Cree que puede estar vivo? —susurró mirando la oscuridad del exterior, allí donde Josh había desaparecido hacía ocho largos días.

Megan se puso de pie para acercarse a Hannah. Hacía poco más de una semana, cualquiera en el pueblo había dicho que Hannah lo tenía todo: una carrera, una familia, una casa en el lago. La mitad del pueblo la consideraba la representación de la mujer moderna. Ahora era sólo una mujer, destruida y vulnerable, aferrándose a una esperanza tan endeble como un cabello.

—Él está vivo hasta que alguien me pruebe que no lo está —contestó Megan—. Eso es lo que yo creo. Eso es lo que usted también necesita creer.

La puerta de la oficina de Paul se abrió. Él salió y se fue de la casa saliendo por la puerta que conducía a la cochera. Mitch salió del estudio, ceñudo y dando señales de fatiga.

—No sé cómo llegar hasta él —murmuró mientras entraba en la sala de estar.

—Yo tampoco —confesó Hannah—. ¿Deberíamos ir a un grupo de apoyo?

Mitch esbozó media sonrisa para tratar de mejorar el humor de Hannah. Tomó sus manos y las apretó. Ella tenía los dedos tan fríos como la muerte.

—Lo lamento, Hannah. Lamento todo esto. Ojalá pudiera hacer algo más.

—Sé que ustedes están haciendo todo lo que pueden. No es de ustedes la culpa.

—Tampoco es suya —le dio un abrazo—. Piense en eso, querida.

Hannah los acompañó hasta la puerta y los observó mientras salían a la noche gélida. Cuando regresó a la sala de estar se detuvo

un momento y escuchó el silencio. Su «vigilante», como ella llamaba al agente asignado a su casa había salido a cenar cuando llegaron Megan y Mitch y aún no había regresado. Había pedido y conseguido una suspensión del equipo de compañía enviado por los vecinos y por la organización de niños perdidos. La casa estaba tranquila, la tensión había desaparecido.

Se preguntó dónde estaría Paul, se preguntó cuánto tiempo de tranquilidad tendría hasta que él regresara y se reanudaran las hostilidades. Se preguntó cuánto tardarían en cicatrizar las heridas que había entre ellos. Una semana, un mes, un año. Se preguntó si recuperarían a Josh antes de que eso sucediera. Se preguntó si realmente quería que cicatrizaran.

En su mente vio la chaqueta colgando entre las malezas de la bahía de Ryan.

Cuando el temor y la culpa empezaron otro ciclo en su interior, subió por la escalera hasta la habitación de Lily.

Ella le daría consuelo y amor, incondicionales, sin juicios ni preguntas.

El sonido de una voz baja y suave adentro de la habitación hizo que se detuviera en el pasillo. La puerta estaba entreabierta, una luz tenue salía de ella y caía sobre la alfombra como un rayo de luna. Miró hacia adentro y vio al padre Tom sentado en la vieja mecedora de mimbre blanca, con Lily en su falda, y los brazos alrededor de ella para sostener el libro de cuentos que estaba leyendo.

Cualquier extraño hubiera pensado que eran padre e hija. Tom con su jersey y su arrugado pantalón de pana, la luz de la lámpara dibujaba una estrella en la montura dorada de sus gafas. Lily con un pijama color púrpura, las mejillas rosadas, sus grandes ojos entrecerrados; somnolienta y contenta, escuchando las aventuras del osito Winnie-Pu y sus amigos.

Hannah sintió algo en su interior, algo que no se atrevía a nombrar, algo que se relacionaba con la decepción y la vergüenza.

Entró en la habitación antes de que el sentimiento la hiciera retroceder. Tom era un amigo y ella necesitaba un amigo, eso era todo… sin complicaciones, nada que engendrara arrepentimiento. Él terminó el cuento y cerró el libro, y ambos miraron expectantes a la niña.

—Hola, mamá —le dijo Lily dulcemente, inclinando la cabeza y moviendo la mano.

—Hola, Lily. Ya se fueron todos —se inclinó para alzar a su hija. Lily se acurrucó en los brazos de su madre y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Paul también? —preguntó Tom levantando las cejas. Se puso de pie e hizo un gesto como para arreglar las arrugas de su pantalón.

—No sé dónde fue —Hannah se volvió, pues no quería ver la lástima en la mirada de Tom, estaba cansada de la conmiseración de la gente.

—He oído la disputa —dijo él suavemente—. Estoy seguro de que no lo dijo en serio. Está descontrolado. Por supuesto que eso no da derecho a lastimar a nadie, lo sé…

Hannah negó con la cabeza.

—No importa.

—Sí, importa —insistió Tom—. Debería entender que esto no ha sido por su culpa, y si no es así, al menos perdonarla.

—¿Por qué debería perdonarme Paul cuando no puedo perdonarme yo misma?

—Hannah…

—Es verdad —dijo, caminando impaciente por el agradable dormitorio con paredes color rosa y detalles de Beatrix Potter—. Reviví mil veces aquella noche. Si hubiera hecho esto. Si no hubiera hecho aquello. Siempre llego a la misma conclusión: soy la madre de Josh. Él confiaba en mí y yo lo defraudé. No sé si alguien me perdonaría por ese pecado.

—Dios la perdona.

La afirmación fue tan cándida y sencilla que conmovió a Hannah como si fuera una niña. Se volvió hacia él, deseando que pudiera responder a sus preguntas, sabiendo que no podía.

—Entonces, ¿por qué continúa castigándome de esta manera? —le preguntó, mientras el dolor aumentaba en su alma—. ¿Qué hice para merecer esto? ¿Qué hizo Josh o Paul? No lo comprendo.

—No lo sé —respondió Tom un poco ronco.

Él no lo comprendía mejor que ella, y ése era su pecado, por lo menos así lo suponía, uno entre muchos… no creer que Dios supiera más. ¿Cómo podía ser esto lo mejor para alguien? ¿Por qué Hannah tenía que sufrir cuando le había dado tanto a tanta gente? No podía comprenderlo ni aceptarlo ni evitar sentirse furioso con Dios, a quien le había entregado su vida. Se sentía traicionado, como Hannah se sentía traicionada. Y se sentía culpable por ello, y contrariado por la culpa, y rebelde por las limitaciones que le imponía su situación, y atemorizado por lo que esto podía llevarlo a hacer. Las emociones formaban una espiral cada vez más profunda.

—¡Duele mucho! —dijo Hannah con un suspiro. Cerró con fuerza los ojos y abrazó a Lily meciéndola adelante y atrás.

Tom la abrazó sin vacilar. Ella estaba sufriendo; él la consolaría. Si más tarde había que pagar las consecuencias, las pagaría. Apoyó la cabeza de Hannah sobre su hombro y se la acarició, tratando de calmarla.

—Sé que duele, querida. Ojalá pudiera hacer algo para detenerlo. Haría cualquier cosa para ayudarla. Daría cualquier cosa para que todo esto terminara.

Hannah lloró en el hombro de Tom. Ella tomó el consuelo que él le ofrecía. Era tan agradable sentirse protegida. Él era fuerte y cálido. Tierno. Sentía lo mismo que ella. Quería liberarla del dolor. Todas las cosas que su esposo debería ser y no era.

Hannah lo tomó de la cintura con una mano y lo apretó con fuerza mientras surgía otra catarata de lágrimas… no por Josh, sino por ella misma y por el tejido roto de una vida que alguna vez había

parecido perfecta. Un sueño, hecho pedazos, robado. Se preguntó si alguna vez había sido real.

Tom murmuraba en su oído. Rozó su pelo, su mejilla, con tanto cuidado como si ella fuera lana de azúcar. Sus labios la rozaron en la sien. Ella levantó la cara y sintió la tibieza del aliento de Tom. Abrió los ojos y vio el reflejo de sus propias emociones… necesidad, anhelo, dolor, culpa.

El momento se dilató entre ellos debatiéndose ambos entre lo que querían y quiénes eran, entre lo que estaba bien y lo que debía ser. La revelación y el temor los dejó sin respiración.

Lily fue la que rompió el encanto. Protestó al sentirse atrapada entre los adultos, golpeó el hombro de su mamá y le dijo:

—¡Abajo, mamá!

Tom se alejó, y Hannah bajó la mirada.

—Es hora de ir a la cama, Lily —dijo ella con suavidad, volviéndose para acomodar a su hija en la cuna.

—No —Lily frunció el entrecejo.

—Sí.

—¿Dónde está Josh? —inquirió apoyándose en la baranda—. Quiero a Josh.

—Yo también, cariño —Hannah le acarició el cabello dorado y se inclinó para besarle la frente.

Tom se acercó al extremo de la cuna y se asió a los barrotes con ambas manos, advirtiendo que hubiera preferido tener a Hannah entre sus brazos. No podía admitir que había sido un error. En lugar de eso, cambió de tema.

—¿Puedo hacer una sugerencia? Conceda una entrevista.

Hannah lo miró desconcertada.

—¿Qué?

—Sé que todos están pidiendo una exclusiva con usted, y sé que no quiere hacerlo, pero creo que sería bueno para usted. Elija el programa de mayor audiencia, y adelante. Dígale a todo el país, lo que me dijo a mí… cómo se siente, lo difícil que es convivir con la

culpa, lo que cree que hizo mal, qué cambiaría si pudiera recuperar aquella noche.

—Creí que la confesión era sacrosanta.

—Si quiere piense en ello como en una penitencia. El centro de la cuestión es que quizás al hacer esto podría lograr que alguien lo piense dos veces. No puede recuperar esa noche, pero podría ayudar a que alguien no tenga que pasar por este infierno.

Hannah miró a su hija, que ya estaba de costado en medio de las sábanas con dibujos del *Conejo Peter*. Daría su propia vida para proteger a esta preciosa pequeñita. Ése era el vínculo entre madre e hija. Si podía ayudar a otra madre, salvar a otro niño, ¿serviría como pago por lo errores que había cometido?

—Lo pensaré —miró al padre Tom, su rostro atractivo, sus bondadosos ojos celestes. Su corazón latió un poco más deprisa—. Gracias. Yo…

Las palabras no se formaban, y quizás era lo mejor. Era mejor que él no conociera sus sentimientos; sólo dificultaría más las cosas, y ella no quería perder su amistad.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza y se alejó de la cuna, luego se puso las manos en los bolsillos.

—Debo irme, y usted debería descansar.

—Lo intentaré.

—¿Prometido? —le preguntó, levantando las cejas, mientras ella lo acompañaba hasta la puerta del dormitorio.

—Prometo intentarlo.

—Quédese aquí con Lily, yo puedo salir solo. Ya sabe dónde encontrarme si me necesita.

Ella asintió con la cabeza, y él se volvió antes de decir algo de lo que ambos podrían arrepentirse. Ella no tenía que conocer la profundidad de sus sentimientos; sólo que él se preocupaba y estaba allí por ella. El resto no importaba.

Afuera, hacía tanto frío que parecía que cualquier cosa que uno tocara se quebraría. Como un corazón. Descartó la analogía como algo temerario, y trató de concentrarse en algo más cercano a su condición, mientras trataba de poner en marcha su camioneta. Los párrafos del Padrenuestro rondaban por su cabeza. *No nos dejes caer en la tentación… líbranos del mal…*

—Estoy enamorado de Hannah Garrison —murmuró—. Un loco le robó su hijo.

Miró a través del parabrisas. El cielo estaba negro y plateado por la luz de la luna. Un mar de estrellas a lo lejos. Tuvo una sensación de abandono.

—Alguien allí arriba no está cumpliendo con su trabajo.

18:24 -33°C; Sensación térmica: -45°C

A Paul le dolían los pulmones por el frío. Le dolían los pies de caminar sobre la nieve espesa, y sentía los dedos de los pies como si se los hubieran golpeado uno a uno con un martillo. La única parte de su cuerpo que estaba tibia era el carbón encendido de la furia que llevaba adentro de su pecho. Pasó por encima de una rama caída y se apoyó contra el tronco de un cedro, en el límite del bosque que se extendía detrás de las casas de Lakeside. Hacia el este y el norte estaba Quarry Hills Park, arbolado y agradable. Una de sus insignias de honor, una de sus merecidas recompensas, vivir con un lago enfrente de su casa, y un parque detrás de ella. Una de las señales que indicaban que había logrado algo por sí mismo.

Y Mitch Holt y Megan O'Malley querían tratarlo como si fuera un delincuente. ¿Cómo podían mirarlo como si fuera un sospechoso cuando había participado en el esfuerzo para recuperar a Josh? Había salido con los equipos de rescate, concedido entrevistas en la televisión. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Todo esto era culpa de esa putita del DCC. Ella era la que insistía tanto con esa maldita camioneta. Ella era la que trataba de encontrar agujeros en sus explicaciones de por qué no había controlado los mensajes aquella noche y no había llamado a Hannah. La pobre Hannah, a la que le importaba tanto ella misma. La pobre Hannah, la madre que perdió a su hijo.

Los pinchazos en sus dedos hicieron que Paul volviera su atención al presente. Había pasado por el bosque porque el frente

de su casa estaba lleno de automóviles y camionetas de reporteros. Tenía mucho que decirles, pero no en ese momento. Ahora tenía otras necesidades. Necesidad de estar con una verdadera mujer, alguien que lo comprendiera e hiciera todo por complacerlo.

Cruzó el patio trasero de los Wright y entró por la puerta de la cochera. El Saab de Garrett no estaba. El Honda de Karen estaba solo, como la mayoría de las tardes. Garrett Wright estaba casado con su trabajo, no con su esposa. El hogar era el lugar al que iba a ducharse y cambiarse de ropa. Karen ocupaba un lugar ornamental en su vida, alguien que lo acompañaba a las cenas de la facultad. Cualquier otro interés que hubiera tenido en ella como mujer se había consumido. Por lo que Karen decía, rara vez hacían el amor, y cuando lo hacían, se trataba más de un deber que de un deseo por parte de Garrett.

No tenían hijos. Karen no podía concebir por los medios acostumbrados, y Garrett no estaba dispuesto a realizar la interminable maratón de pruebas y procedimientos de un proceso asistido de concepción *in vitro*. Para él no era importante tener hijos. Karen había hablado de adopción, pero el proceso también era engorroso, y no estaba segura de poder enfrentarlo sola. Y así seguían, los dos juntos, con la cascara de un matrimonio en el que Garrett parecía perfectamente cómodo, y en el cual Karen continuaba porque no tenía la valentía suficiente para liberarse.

Paul siempre había pensado en Garrett Wright como en algo abstracto. Aunque eran vecinos, apenas se conocían. Para Paul, Garrett vivía en un universo alternativo. Era una figura sombría que se sumergía en sus pruebas de psicología y sus investigaciones en Harris, y entregaba su tiempo libre a un grupo de delincuentes juveniles llamados los *Sci-Fi Cowboys*. Él y Garrett Wright existían en dos planos diferentes que se cortaban en un mismo lugar… Karen.

Utilizando la llave que estaba siempre debajo de una vieja lata de café llena de clavos sobre el banco de carpintero, entró en el

lavadero. Se sacó las botas y se sacudió la nieve de las perneras del pantalón.

—¿Garrett?

Karen abrió la puerta que daba a la cocina, y abrió muy grandes sus ojos cuando lo vio. Estaba sin zapatos, con una toalla a cuadros verdes en la mano y unas calzas color púrpura. Un jersey de cuello en V color marfil llegaba hasta sus rodillas. Llevaba suelto el pelo rubio cenizo, con el flequillo suave sobre sus ojos de gama. Pequeña, suave, y femenina, llena de preocupación y consuelo para él. Sintió las primeras sensaciones del deseo.

—¿Estabas esperándolo? —preguntó Paul.

—No. Regresó al trabajo. Creí que se había olvidado algo —se arregló un mechón de pelo detrás de la oreja y se pasó los dedos por el flequillo—. Pensé que esta noche estarías con Hannah. Me enteré de lo de la chaqueta. Lo lamento tanto, Paul.

Paul se sacó el viejo abrigo negro y lo arrojó sobre la secadora de ropa, sin dejar de mirarla.

—No quiero hablar sobre eso.

—Está bien.

Tomó la toalla y con ella rodeó el cuello de Karen, atrayéndola hacia él.

—Estoy harto. Estoy harto de las preguntas y las acusaciones, y de la espera, y de que todos se ocupen de Hannah diciendo «La pobre y valiente Hannah». Todo es por su culpa. Y esa putita trata de culparme.

—¿Hannah te culpa? —preguntó Karen sorprendida. Tenía que echarse hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—La agente O'Malley. Está demasiado ocupada follando con Holt y no le queda tiempo para cumplir con su trabajo.

—¿Quién podría culparte?

Papa, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá no llega, y quiero ir a casa.

—No lo sé —susurró, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas —. No ha sido por mi culpa.

—Por supuesto que no.

—No ha sido por mi culpa —murmuró cerrando los ojos y dejando caer la cabeza. Tiró más de la toalla—. No ha sido por mi culpa.

Karen se acercó más a él para evitar el dolor. Deslizó sus pequeñas manos por dentro del jersey y le acarició la espalda.

—No ha sido por tu culpa, cariño.

Papa, ¿puedes venir a buscarme a hockey? Mamá no llega, y quiero ir a casa.

La voz rondaba en su mente. Le traía imágenes de la tarde en que O'Malley lo había interrogado: *… ¿nunca controla su contestador automático?* La chaqueta en sus manos… *Está muerto. Está muerto. Está muerto*.

Sus dedos se aflojaron y la toalla cayó al suelo.

—… no ha sido por mi culpa —sollozó temblando.

Karen le presionó los labios con un dedo.

—Shhh. Ven conmigo.

Lo llevó hasta la cocina, y luego por el corredor oscuro hasta el dormitorio de huéspedes. Nunca hacían el amor en la cama que compartía con Garrett. Casi nunca se encontraban allí en la casa; el riesgo de que los descubrieran era demasiado grande. Pero no intentó detenerla cuando ella lo desvistió como a un niño, y no realizó ningún movimiento para detenerla cuando ella se desvistió. Esto era por lo que había venido, pero no realizó ningún avance. No había sido por su culpa. Él merecía que lo consolaran.

Se acostó sobre las sábanas color de melocotón y dejó que ella lo excitara con sus labios, sus manos y todo su cuerpo.

Lo besó, lo acarició, pasó sus pechos por los sitios más sensibles, abrió sus piernas y lo hizo entrar dentro de sí. Se movió lentamente sobre él, murmurándole, acariciándole el pecho, atizando el fuego de la necesidad física.

Paul la tomó de los hombros, la acercó a él y la puso debajo de él. Él se merecía esto. Lo necesitaba. Descargar su cuerpo y la furia que lo consumía… furia contra Hannah, contra O'Malley, contra las injusticias que se habían acumulado en su vida. Dejó que todo eso saliera mientras entraba y salía del cuerpo de la esposa de otro hombre. Más profundo, más intenso, hasta que las acometidas eran más castigo que deseo.

Y luego todo acabó. La fuerza había desaparecido. El poder ya no estaba. Cayó al costado de Karen y se quedó mirando el techo, abstraído de su presencia, abstraído de sus lágrimas, abstraído del tiempo que estaba pasando. Abstraído de todo menos de la insidiosa debilidad que lo estaba invadiendo.

—Ojalá pudieras quedarte —susurró Karen.

—No puedo.

—Lo sé, pero me gustaría que así fuera —levantó la cabeza y lo miró—. Ojalá pudiera darte todo el amor y el apoyo que necesitas. Ojalá pudiera darte un hijo.

—Karen…

—Lo haría —insistió poniéndose la mano sobre el corazón—. Yo tendría tu bebé, Paul. Pienso en eso todo el tiempo. Lo pienso cuando estoy en tu casa, cuando tengo a Lily en los brazos. Me imagino que es mía., nuestra. Pienso en eso cada vez que estamos juntos. Yo tendría tu bebé, Paul. Haría cualquier cosa por ti.

«Ésta era otra de las crueles ironías de su vida», pensó mientras la observaba cuando ella inclinó la cabeza y le besó el pecho. Tenía la esposa que siempre pensó que quería, la independiente y capaz doctora Garrison, y ahora prefería la clase de mujer que siempre había detestado, Karen, nacida para servir, subyugar sus propias necesidades a las de él, dispuesta a hacer cualquier cosa para complacerlo.

Miró el reloj de la mesilla de noche y suspiró.

—Debo irme.

Se lavó en el baño de huéspedes mientras ella cambiaba las sábanas. Como siempre, no debían quedar pruebas del tiempo compartido, tampoco olor a sexo en las sábanas. Se vistieron en silencio y regresaron a la cocina por el oscuro corredor. En la cocina había una luz sobre el fregadero.

—He sabido que mañana iban a retomar la búsqueda —le dijo Karen—. ¿Tú también irás?

Paul tomó un vaso del secador junto al fregadero y lo llenó.

—Creo que sí —respondió mirando su reflejo en la ventana.

Bebió un sorbo de agua y volcó el resto. Dejó el vaso vacío en el secador, se secó la boca con la toalla de cuadros verdes, la dobló y la dejó sobre la encimera.

Desde donde estaban oyeron el ruido de la puerta de la cochera que se abría volvía a cerrarse. A Paul se le crisparon los nervios; lo invadió la culpa. Se abrió la puerta de la cocina, y Garrett Wright entró guardando sus guantes en los bolsillos del abrigo de lana azul.

—¡Paul! —exclamó abriendo grandes sus ojos negros—. Esto es todo una sorpresa.

Dejó el portadocumentos sobre la mesa de roble de la cocina y se desabotonó el abrigo. Karen se acercó a él y le dio un desapasionado beso en la mejilla. Formaban una bonita pareja, ambos rubios, de ojos oscuros y rasgos cuidadosamente dibujados. La clase de pareja que podría haber pasado por hermano y hermana.

—Pasé para pedirle a Karen si mañana podría realizar algunos trabajos extra en el centro de voluntarios —dijo Paul—. Vamos a retomar la búsqueda, a pesar del frío.

—Sí, lo oí. No vi tu coche adelante.

—Vine andando.

Garrett levantó ambas cejas al unísono.

—Es una noche fría para caminar.

—Pensé que me despejaría la cabeza.

—Sí, bueno —continuó Garrett tratando de demostrar preocupación—, en estos días tendrás muchas cosas en la mente. ¿Cómo lo estás llevando?

—Lo voy llevando —contestó Paul, tratando de no parecer descortés. En las pocas ocasiones en las que había conversado con Garrett Wright se había sentido como un insecto en un microscopio. Como si fuera un candidato potencial para el psicoanálisis, como si Wright estuviera analizando sus palabras y sus gestos, sus expresiones o la falta de ellas.

—Sé que estuviste participando activamente en le búsqueda —comentó Garrett quitándose el abrigo. Karen, la esposa deferente, lo tomó y lo colgó en el armario del corredor—. Ésa es una manera saludable de sobrellevar la situación, aunque haya muchas frustraciones. ¿Cómo está Hannah?

—Tan bien como puede —contestó Paul con tirantez.

—No la vi en los informativos… excepto en el periódico del domingo. Se desmayó, ¿verdad? —Garrett sacudió la cabeza. Frunció el entrecejo y puso las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro —. La pérdida de un hijo es una tensión terrible para los padres.

—Lo sé perfectamente —respondió Paul con rudeza.

Garrett hizo un gesto de comprensión, y abrió muy grandes los ojos en una expresión de arrepentimiento.

—Lo lamento, no quise ser arrogante. Paul. Sólo quería decirte que si alguno de los dos necesita hablar con alguien, puedo recomendarles a un amigo en Edina. Se especializa en terapia familiar.

—Tengo mejores cosas que hacer —replicó Paul, con el mentón rígido.

—Por favor, no te ofendas, Paul —Wright extendió la mano hacia él—. Sólo quiero ayudar.

—Si quieres ayudar, entonces ve a la bahía de Ryan mañana por la mañana. Ésa es la clase de ayuda que necesitamos, no un costoso

erudito en Edina —se volvió hacia Karen—. Te veré mañana en el centro.

Karen asintió con la cabeza.

—Allí estaré.

Karen se quedó muy quieta, conteniendo el aliento hasta que escuchó que la puerta de la cochera se abría y se cerraba.

—Eso no fue muy amable de tu parte, Garrett —Karen reprendió a su esposo.

—¿En serio? Creo que fue extremadamente generoso de mi parte.

Garrett fue hasta el fregadero, y pasó un dedo por el vaso mojado que estaba en el secador. Tomó la toalla de cuadros verdes que estaba prolijamente doblada, secó el vaso y volvió a doblar la toalla.

—Deberías tener más cuidado dónde dejas las cosas —dijo, mostrándole la toalla.

La toalla que Paul le había quitado.

La toalla con la cual la había acercado a él, apretando la tela entre sus manos.

La toalla que había dejado caer al suelo en el lavadero.

Karen no dijo nada. Garrett dejó la toalla sobre la encimera y se fue.

28
Día 8
21:03 -34 °C; Sensación térmica: -48 °C

Mitch observó el tablero de la sala de guerra hasta que los mensajes del secuestrador comenzaron a girar ante sus ojos. Con los codos apoyados sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre las manos y se frotó los ojos para sacar de ellos el cansancio. Un esfuerzo inútil. La fatiga era muy profunda. Lo castigaba de manera implacable, un garrote frío y oscuro que lo golpeaba una y otra vez, hasta hacerlo perder la lógica, la objetividad. Acicateaba su temperamento, lo hacía sentir malo y peligroso. Rompía la dura capa protectora del control y dejaba salir la culpa y la incertidumbre como un gas tóxico.

Culpa. Había visto la expresión de Hannah cuando Paul lanzó su acusación sobre ella con la misma violencia con la que había golpeado el atizador contra la pared. Un ataque de ira, pero subyacente a ella; la culpa. Ella se culpaba tanto como la culpaba Paul. Mitch sabía cómo era eso… el autocastigo constante e inútil, el dolor que se convierte en algo tan familiar que de una manera perversa uno no quiere abandonarlo.

—Tendrías que ponerte algo en esos nudillos —dijo Megan con tranquilidad—. Sólo Dios sabe qué clase de piojos puede haber en los fluidos corporales de Steiger. Voy al hospital, ¿quieres que te lleve?

Mitch se quitó las manos de la cara y las golpeó sobre la mesa. No sabía cuánto tiempo hacía que Megan estaba allí, apoyada contra el marco de la puerta mientras él luchaba contra sus demonios interiores. Ella entró en el salón de conferencias con los ojos a medias cerrados, y frotándose la nuca para aliviar la tensión.

—Estoy bien —le contestó mirándose la mano con la que había roto la nariz de Steiger—. Ya me vacuné contra el tétano.

—Yo estaba pensando en la rabia o la fiebre añosa —replicó Megan apoyando una cadera sobre el escritorio, frente a él.

—¿Por qué vas a ir al hospital?

—En busca de sospechosos. Ya sé que ya interrogamos a todos por allí, pero quiero profundizar un poco más. Hannah cree que ninguno de sus pacientes podría haber secuestrado a Josh, pero creo que vale la pena volver a constatarlo. Quizás ella no se dé cuenta de alguna animosidad contra ella, pero estoy segura de que el personal me dará uno o dos nombres. Todo el mundo es detestado por alguien.

—Cínica.

—Realista —corrigió Megan—. He estado lo suficiente en este trabajo como para saber que la gente es egoísta, amarga y vengativa, y un poco chiflada.

—Y luego está nuestro tipo —Mitch se puso de pie mirando el tablero con los mensajes. Observó cada línea—. Perverso.

Perversidad. Lo que todos temían desde un principio. Un secuestro por un rescate hablaba de codicia, con la codicia se podía tratar, a la codicia se la podía engañar. La enfermedad mental era peligrosa e impredecible, pero generalmente a los psicópatas se los descubría en algún momento. La perversidad era fría y calculadora. El perverso jugaba juegos con reglas desconocidas y órdenes escondidas. El perverso dejaba pruebas, y luego iba tranquilamente a la casa de una vecina y le pedía ayuda para encontrar al perro de su víctima.

El dibujo del visitante de Ruth Cooper estaba pinchado en el tablero de corcho de los comunicados. Un hombre de edad no determinada, con un rostro enjuto, casi desprovisto de facciones. Los ojos estaban ocultos atrás de unas gafas para sol deportivas de alta tecnología. El cabello podía ser de cualquier color, pues estaba cubierto por un gorro negro. Ni siquiera se le veían las orejas. La capucha del abrigo oscuro formaba un túnel alrededor del rostro, que le daba el aspecto de un espectro de otra dimensión.

—No es exactamente una fotografía, ¿verdad? —comentó Megan descorazonada.

—No, pero por lo menos la señora Cooper cree que podrá identificarlo si vuelve a verlo. Cree que recordaría la voz.

La furia renació en su interior al pensar en la petulancia, el desprecio, la crueldad del acto que había llevado a cabo este hombre para hacer ostentación de su poder y su mente astuta. Mitch apretó los puños a los costados del cuerpo.

—Arrogante hijo de puta —murmuró—. En algún momento cometerás un error. Y te lo haré pagar caro.

—Si tenemos suerte, su socio podría conducirnos hasta él —dijo Megan, bajándose del escritorio—. Hice los arreglos para que Christopher Priest revise las computadoras de Olie para entrar a sus archivos. Olie estaba participando como oyente de los cursos de informática en Harris. Creo que si alguien puede burlar sus contraseñas ése es Priest. Mientras tanto, todavía nos queda Paul…

Antes de que Mitch pudiera reaccionar, Megan se apresuró y continuó.

—No se puede negar su conexión con la camioneta —señalando los puntos uno a uno con sus dedos—. No se puede negar que trató de ocultárnosla. Su coartada de la noche en que desapareció Josh tiene más agujeros que un tamiz de dos dólares. Nadie sabe dónde estaba él hoy a las seis de la mañana mientras Ruth Cooper se encontraba con nuestro hombre misterioso. Le dijo al agente de

guardia que iba a buscar a Josh. La hora parece un poco coincidente, ¿no crees?

—¿Cuál es su motivo? —demandó Mitch—. ¿Por qué le haría algo a su propio hijo?

—Sucede —insistió Megan—. Tú sabes que sucede. ¿Recuerdas el caso de Iron Range del año pasado? Lo que ese hombre le hizo a su hija fue atroz, y se presentaba todos los días en la búsqueda, hacía pedidos por los medios, hipotecó por segunda vez su casa para reunir dinero para el rescate. Si sucedió allí también puede suceder aquí. Esto no es Utopía, jefe —continuó Megan, mientras se le iba terminando la paciencia al ver la resistencia de Mitch ante la situación—. Es un pueblo como cualquier otro pueblo. La gente es como la gente de cualquier otro lugar… algunos son buenos y otros son malos. Hasta el Paraíso tenía una serpiente. Enfréntalo.

La miró con una expresión oscura y peligrosa.

—¿Crees que no lo estoy enfrentando? —Su tono era suave, pero incisivo.

—Creo que no quieres enfrentarlo.

—Bueno, sabemos que tú sí, ¿verdad? —replicó burlándose—. Todo lo que quieres es sacar tus nalgas del fuego y obtener una bonita estrella dorada en tu hoja de servicios. Aunque tengas que destrozar algunas personas en el camino. El fin justifica los medios.

—Puedes guardarte ese discurso para Paige Price —replicó Megan, poniéndose las manos en la cintura—. Sabes muy bien que quiero recuperar a Josh. No me ataques por decirte la verdad. Creo que es demasiado fácil para ti ponerte en el lugar de Paul Kirkwood y eso podría costarnos caro.

Mitch no estaba de humor para discutir sobre su conciencia o sus instintos policiales. Cansado y frustrado, se defendió atacándola.

—En otras palabras, agente O'Malley, debería olvidar que este hombre perdió a su hijo e ir directamente a su yugular. Debería ordenar mis prioridades, como tú. ¡El trabajo primero. El trabajo, el trabajo, el maldito trabajo! —le gritó en la cara.

—El trabajo es lo que me mueve —contestó Megan, con una mirada llena de orgullo—. Si no te gusta, lo lamento.

—Es lo que te mueve porque no te permites otra cosa —gruñó Mitch—. Dios no permita que te quites la insignia y te conviertas en mujer. No sabrías qué hacer.

Megan retrocedió ya que el golpe le llegó casi con fuerza física. Ella se había quitado la insignia. Había sido una mujer. Y lo había hecho para él. Al parecer, no había hecho un buen trabajo.

—Oh, y en ese caso, ¿tú me darías mucho más? —respondió con un tono sarcástico—. ¿Qué me darías, jefe? ¿Un revolcón en el sofá? Sí, eso sí que vale la pena para que destruya mi carrera.

—No recuerdo que te quejaras cuando tenías las piernas abiertas —le recordó con un tono despectivo.

—Oh, no —admitió Megan sin vacilar, controlando su dolor—. Fue magnífico mientras duró. Ahora ya terminó. Supongo que será un gran alivio para ti. Esas relaciones que duran más de tres o cuatro días deben significar un obstáculo en tu martirio.

—¡No! —gritó Mitch, levantando una mano en señal de advertencia. Su mano izquierda. La mano en la que tenía la alianza de boda. El metal atrapó la luz y brilló negando la mentira que aún no había salido de su boca.

Mitch se volvió y respiró profundamente. Dios santo, ¿cómo habían llegado a esto? ¿Qué le importaba a él lo que Megan O'Malley permitía o dejaba de permitir en su vida? Habían tenido sexo. Gran cosa. No quería nada más de ella, y sus razones no tenían nada que ver con la penitencia por los pecados pasados. Ésta era la razón por la cual no quería nada más de Megan O'Malley. Era obstinada, porfiada, lo provocaba y todo lo discutía con él. No podía controlarse a sí mismo cuando estaba cerca de ella, y tampoco podía controlarla a ella.

Megan dejó de lado las emociones y las encerró en el lugar de donde habían salido. Ésta era la razón por la cual no podía dejarse engañar por Mitch Holt. Él había confirmado la regla que la había

obligado a romper: nada de policías. Ahora que todo había terminado entre ellos, todo lo que le había entregado, cada aspecto de su privacidad que habían compartido, sería usado en su contra. Ahora sólo quedaba esta incomodidad entre ellos. Cada vez que tuvieran que estar juntos en una habitación, cada vez que tuvieran que trabajar juntos.

El trabajo debería haber sido lo único en lo que ella debía haberse concentrado. *Tendrías que haberlo sabido. ¿Qué te hizo pensar que podías obtener algo más?* Tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta, y puso su mente otra vez en su lugar.

—Tenemos que obtener las huellas digitales de Paul —le dijo—. Era el dueño de esa camioneta; aún podría tener una llave. Si las huellas todavía están allí, después de todo este tiempo, tendrá que dar una explicación. Tráelo aquí, jefe, o yo lo haré.

Mitch se maravilló al ver con la facilidad que ella se metía en su piel de policía e ignoraba la discusión emocional que habían tenido. Casi podía sentir el frío de las paredes que ella había levantado para alejarlo, para protegerse y proteger los sentimientos en los que él había clavado sus garras. Lo fastidiaba que ella tuviera esa clase de control en tanto él se sentía furioso, quería gritarle y sacudirla. Lo irritaba sentir un poco de pena y remordimiento, que él pudiera sentir algo cuando ella parecía haber desconectado sus sentimientos.

—No trates de mandarme, O'Malley —le advirtió.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Decirle a la prensa que me viste desnuda? —se alejó de él con la cabeza erguida—. Haz tu trabajo, jefe, o yo lo haré por ti.

Mitch no dijo nada mientras ella salía del salón de guerra y cerraba la puerta. Se paseó por la habitación tratando de recuperar el control, tratando de concentrarse en lo que debía.

Malhumorado, se volvió hacia el tablero para mensajes. No podía imaginar a Paul escribiendo esas retorcidas misivas. Sabía que a veces los padres enloquecían y cometían pecados que nunca se

podrían purgar. Entonces pensó en Kyle y en lo que había sentido al ver a su hijo muerto, en lo que significaba vivir cada día pensando en qué edad tendría y en qué estaría haciendo si viviera. Pensó en cómo le dolía cada vez que veía niños jugando al fútbol, yendo y viniendo en sus bicicletas por las calles seguidos de sus perros. No podía aceptar la idea de dañar premeditadamente a un niño, ya que él aún sufría mucho porque le habían robado el suyo.

Creo que para ti es demasiado fácil ponerte en el lugar de Paul Kirkwood, eso podría costarnos muy caro.

¿Fácil? No. *Fácil* no era la palabra correcta.

Regresó a la mesa, donde estaba el cuaderno de Josh. Necesitaba un sospechoso. Alguien que conociera a los Kirkwood, que conociera la zona, que conociera a Josh.

Una vez más revisó las hojas con garabatos y juegos del ahorcado, su orgullo por haberse convertido en suplente del capitán del equipo de *hockey*, su tristeza por los problemas de sus padres. *Papá está loco. Mamá está triste. Yo me siento mal…* Los problemas maritales no convertían a Paul Kirkwood en un monstruo que pudiera robar a su propio hijo y dejar notas sobre pecado e ignorancia.

Pecado.

Mitch pasó otra hoja y observó atentamente los dibujos. La interpretación que Josh hacía de Dios y el demonio, sus opiniones sobre la clase de religión… rostros de locura y dedos hacia abajo. *Pecado*. En su mente volvió a ver a Albert Fletcher, el diácono de St. Elysius, al borde de Old Cedar Road con la capucha del abrigo negro enmarcándole el rostro delgado.

21:57 -34 °C; Sensación térmica: -48 °C

—En un mundo perfecto, Hannah sería candidata a la santificación —sentenció Kathleen Casey. Estaba sentada en uno de los sillones de la sala de espera, con los pies apoyados sobre una mesa baja. Llevaba puesto un equipo quirúrgico verde con un guardapolvo blanco y un extremo del estetoscopio en el bolsillo del pecho, y estaba mordisqueando una tapa de plástico, mientras miraba sin ver el televisor que estaba en el otro extremo de la habitación—. Si éste fuera un mundo perfecto, claro.

Megan se sumergió más en lo que alguna vez había sido un sillón de cuero muy muelle. Ahora le quedaba poco relleno. Eran las únicas personas en la sala. Más allá de la puerta, el pequeño hospital estaba tranquilo. Alguna ocasional campanilla de teléfono. El ocasional altavoz. Una llamada lejana de los hospitales de la ciudad con sus códigos y crisis. Megan pensó en buscar una cama vacía y tenderse en ella. Quizás una buena dosis de Demerol y luego ocho a diez horas de olvido. Se frotó la frente y suspiró.

—¿Qué piensan sus compañeros de ella? —le preguntó, y subrayó la palabra *compañeros* en su libreta.

—Como les dije a los nueve policías anteriores, ella es el sueño de una enfermera. Cuando estamos trabajando juntas me pellizco a cada rato —sus pequeños ojos brillantes le mostraron años de una experiencia variada—. Dieciséis años en la profesión. Le he mostrado los dientes a más de un residente y jefe de personal que juraban

que no tenían *complejo* de ser Dios porque *eran* Dios. Si esos tipos están en el cielo, prefiero ir al infierno con tal de no volver a verlos.

—¿Cómo se lleva con los otros médicos?

—Magnífico… con excepción de nuestro Chad Everett. El doctor Craig Lomax. Se puso furioso cuando Hannah fue nombrada jefa del Servicio de Emergencias. De alguna manera no se había dado cuenta de que es un médico piojoso.

—¿Cuánto se enfadó?

—Lo suficiente como para castigarnos a todos con su malhumor. Lo suficiente como para desafiar la autoridad de Hannah —bebió un sorbo de su Pepsi sin cafeína, y volvió a ponerse la tapa entre los dientes y la mordió—. Si me está preguntando si es lo suficientemente desgraciado como para llevarse a Josh, la respuesta es no. Él es detestable, pero no demente. Además, esa noche estaba de servicio.

—¿Qué hay sobre los pacientes? —le preguntó Megan—. ¿Alguien que se le ocurra que no haya salido bien de un caso? Alguien que pudiera culparla.

Kathleen se pasó la mano por la mata de rojo pelo mientras pensaba.

—Esto no es como en la ciudad. La gente de los pueblos pequeños no hace una demanda por mala praxis. Confían en sus médicos, y tienen suficiente sentido común como para saber que no todo sale bien siempre, y no siempre puede culparse a alguien.

—¿Y qué hay sobre los familiares de aquellos pacientes que no sobreviven? Quizás algún padre que perdió a su hijo —insistió Megan.

—Déjeme ver… Los Muller perdieron un bebé el otoño pasado. Hannah trabajó con él, pero no había nada que hacer.

—¿Se enfadaron?

—No con Hannah. Ella hizo más de lo que podía —pensó un poco más, recorriendo una lista mental y descartando nombres—. No puedo pensar en alguien que podría hacer esta clase de cosa.

Hannah es una médica excelente. Puede tranquilizar a la gente con más eficacia que un puñado de Valium. Y conoce las limitaciones de nuestro hospital. No vacila en enviar a un paciente a un lugar mejor equipado si cree que es necesario —levantó los pies de la mesa y los puso detrás de ella, sobre el sofá. Retomó la tapa de plástico y la usó como mondadientes—. Recuerdo la vez en que llevó personalmente a Doris Fletcher a la Clínica Mayo para que se realizara unos estudios porque su esposo no quería llevarla.

—¿Fletcher? —Megan se irguió en el sillón—. ¿Alguna relación con Albert Fletcher?

Kathleen puso los ojos en blanco.

—El Diácono de la Condena de Deer Lake. El mundo se va al infierno en un trineo. Las mujeres son la raíz de todos los males. Arpillera y cenizas como la afirmación de moda. ¿*Ese* Albert Fletcher? Sí. Pobre Doris, tuvo la desgracia de casarse con él antes de que él se convirtiera en un fanático.

—¿Y no quería llevarla al hospital para los estudios? —preguntó Megan con incredulidad.

—Creía que debían esperar que el Señor la curara. Mientras tanto, el Señor estaba en el cielo levantando las manos y diciéndole: «Te he dado la Clínica Mayo. ¿Qué más quieres?». Pobre Doris.

—¿Cómo reaccionó Fletcher con la doctora Garrison por haber llevado a su esposa a realizar los estudios contra su voluntad?

—Estaba disgustado. Albert no cree en las mujeres que hacemos valer nuestros derechos. Cree que las mujeres aún tenemos que pagar por el pecado de Eva.

—¿De qué murió su esposa? —preguntó Megan.

—Todo su sistema gastrointestinal se volvió loco, y luego le fallaron los riñones —le explicó—. Fue muy triste. Nadie llegó a un diagnóstico concreto. Yo dije que Albert le estaba dando arsénico, pero nadie escucha a las enfermeras.

Al ver que Megan no se reía, Kathleen la miró sin parpadear.

—Estaba bromeando. Lo del arsénico. Fue una broma.

—¿Él podría haberla matado?

La enfermera abrió muy grandes los ojos y subió las cejas.

—¿El diácono romper un mandamiento? El cielo se oscurecería y la tierra temblaría.

—¿Hubo una autopsia?

Kathleen hizo girar una y otra vez la tapa de plástico entre sus manos.

—No —respondió con suavidad—. La Clínica Mayo presionó para que se hiciera. No tenían información sobre esa enfermedad. Pero Albert se opuso por razones religiosas.

Megan observó sus notas. Mensajes sobre pecado. Una venganza personal. Si Fletcher había sido capaz de envenenar a su esposa y salvarse, aún podría querer castigar a Hannah por haber interferido. Si estuviera lo suficientemente loco. La noche en que desapareció Josh él estaba enseñando en su clase de religión, pero si estaban buscando lunáticos, entonces todas las coartadas eran irrelevantes.

—No creerá que él se llevó a Josh, ¿verdad? —preguntó Kathleen con un tono suave—. Me gustaría creer que lo hizo Olie y que se está asando en el infierno.

Megan se levantó del sillón.

—Me imagino que se está asando, pero creo que probablemente le está guardando un lugar a alguien. Mi trabajo es averiguar a quién.

La pregunta que le rondaba por la cabeza mientras conducía de regreso al pueblo era si ese fin de semana seguiría teniendo o no su trabajo.

Maldijo la política del Departamento. Había venido aquí para hacer un trabajo, simple y sencillo. Pero no había simple y sencillo en la situación en la que habían sido involucrados… ella, Mitch, Hannah, Paul, todos en Deer Lake, todos los que no pertenecían a la comunidad y habían venido a ayudar. Un acto de maldad había cambiado todas sus vidas. El secuestro de Josh había puesto en movimiento una cadena de acciones y reacciones. Sus vidas habían

sido sacadas de quicio y ahora dependían del próximo movimiento de un loco.

Se preguntó si el loco lo sabría, fuera quien fuera. Mientras miraba hacia afuera por el parabrisas pensó si él estaría pensando en su próximo movimiento y en cómo afectaría a los jugadores involuntarios de su juego enfermizo.

Poder. De eso se trataba todo esto. El poder de jugar a ser Dios. El poder de someter a la gente hasta que pidiera misericordia. La necesidad de demostrar que era más listo que todos los demás.

—Es fácil ganar el juego cuando uno es el único que conoce las reglas —murmuró Megan—. Danos una pista, maldito loco. Sólo una pista. Luego veremos qué es cada cosa.

Pronto. Tenía que suceder pronto. Sentía que el tiempo se le escapaba de las manos. El ultimátum de DePalma pendía sobre su cabeza como un yunque… *haz que suceda algo bueno*.

Giró en Simley Street, una calle al oeste de St. Elysius, apagó las luces de posición, y dejó que el Lumina continuara su inercia media manzana más antes de acercarlo al borde de la acera. No había vida en Simley Street a las diez de la noche. Los residentes de las cuidadas casas estaban pegados a los informativos… con la notable excepción de Albert Fletcher. No había luz en la sala del 606 de Simley. No había luces en ninguna de las ventanas de la casa de una planta y media.

¿Dónde podía estar un diácono católico de sesenta años, a las diez y cuarto de la noche del miércoles? ¿Con alguna viuda ardiente? Megan hizo una mueca ante la imagen.

Cruzó la calle y se dirigió hacia la casa con paso resuelto, como si tuviera un sólido motivo para estar allí. El truco para encajar con algún lugar al que uno no pertenecía. Se encaminó hacia el sendero que entraba en el 606 y se dirigió hacia el costado de la cochera, para ocultarse por si algún vecino miraba por su ventana.

La nieve crujía bajo sus botas como papel celofán. Hasta la tela del abrigo estaba dura por el frío. Cada movimiento que realizaba

sonaba como si alguien estuviera arrugando papel. Se maldijo a sí misma por estar en este frío tan intenso, mientras revolvía el interior del bolsillo buscando su pequeña linterna. Los guantes no permitían tareas que requirieran destreza… razón por la cual los robos siempre disminuían durante las épocas de intenso frío.

La puerta lateral de la cochera estaba cerrada con llave. Tapó la linterna con una mano y alumbró la ventana para mirar hacia adentro, conteniendo el aliento para no empañar el vidrio. El único coche en la cochera era un sedán de marca indefinida cubierto con una lona, como un viejo sofá tapado con un cobertor. El lugar estaba inmaculado. No había ni una mancha de grasa en el suelo.

Se volvió y se encaminó hacia la escalera de la entrada trasera. Quería mirar por las ventanas, pero todas las cortinas estaban echadas. Aun las ventanas del sótano estaban cubiertas. La parte baja de la casa estaba cubierta con un plástico grueso, sostenido con nieve como aislamiento.

Megan se arrodilló debajo de una ventana de la planta baja y comenzó a sacar la nieve con la mano. Se sacó un guante, buscó un cortaplumas en el bolsillo del abrigo, y lo usó para aflojar el montante que sostenía el plástico. Corrió el plástico y alumbró el sótano. Lo que pudo ver estaba tan limpio como un salón de baile. No había pilas de latas viejas de pintura ni de periódicos. No había cajas con ropa usada. Ni calabozos. Ni una cámara de horrores. Ni un niño pequeño.

Medio decepcionada, medio aliviada, Megan se sentó y apagó la linterna. Al mismo tiempo vio que las luces de cruce de un vehículo estaban entrando por el sendero.

—¡Mierda!

Guardó la linterna y el cortapluma en el bolsillo, lastimándose la palma con el filo durante el proceso. Ahogó las ganas de gritar, y utilizó la mano sana para volver a poner la nieve contra la ventana. La puerta de la cochera comenzó a elevarse automáticamente. Acomodó la nieve lo mejor que pudo, aplastándola con ambas

manos. Su mirada estaba fija en la cochera. Fletcher entró sin verla, pero si salía por el costado e iba hacia la puerta trasera, estaba frita.

El motor del automóvil rugió y luego se detuvo. Megan se agachó, bajó corriendo por la escalera de atrás, saltó el declive y se escabulló por la parte trasera de la casa, y dio de bruces contra un hombre.

Su grito fue sofocado por una gran mano enguantada. Un brazo la tomó con fuerza, y la apretó contra el cuerpo del hombre. Él giró y la situó entre su cuerpo y el muro de la casa. Megan le pegó con un pie en el tobillo, Mitch gruñó por el dolor, pero sólo se inclinó más sobre ella.

—¡Quédate quieta! —le ordenó con un susurro desagradable.

Un susurro familiar.

Megan miró dentro de la capucha. Aun en la oscuridad era imposible no reconocer el rostro de Mitch. Él le quitó la mano de la boca.

Megan no dijo una palabra, pero luchó sin hacer ruido para poder respirar. El aire frío le golpeaba los pulmones como si fueran puños, y se puso una mano en la boca a modo de filtro. La puerta del coche de Fletcher se cerró. Sus pisadas arrastraban la nieve contra la puerta trasera. Había muchas posibilidades de que subiera por los escalones, y entrara en su casa como lo había hecho millones de veces, sin advertir nada fuera de lo común, algo así como una pisada en la nieve donde antes no había ninguna. Las personas eran criaturas de hábitos y rutinas, en general muy poco observadoras, a menos que sintieran que debían estar en guardia.

Él vaciló. Megan se lo imaginó en el lugar donde ella había sacado la nieve de bajo la ventana del sótano. *Vamos, Albert. Muévete. Muévete. Por favor*. Él avanzó lentamente. Subió los escalones sin prisa. Megan contuvo el aliento. ¿Estaba dudando? ¿Estaría observando el declive del lado sur? ¿Podía descubrir las pisadas en las sombras?

Ruido de llaves. El giro de la cerradura. La pesada puerta que se cerraba, y la puerta cancel que retumbaba al golpear contra el marco.

Megan suspiró. La adrenalina aumentó y la hizo temblar. Miró a Mitch y susurró.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

—¿Crees que podríamos mantener esta discusión en algún sitio bajo techo? —murmuró Megan—. Me estoy congelando.

22:55 -34 °C; Sensación térmica: -48 °C

No había mucha animación en el Blue Goose Saloon, un bar con poca iluminación para evitar que los clientes vieran los agujeros de polillas que tenían los animales disecados que decoraban las paredes. La cantinera, una mujer corpulenta, con rizos castaños que daban a su cabeza el aspecto de una gorra, estaba detrás de la barra, fumando un cigarrillo y secando copas de cerveza con una toalla manchada. Estaba mirando una reposición de *Cheers* en un televisor portátil, con sus ojillos negros enclavados en su rostro como pasas de uva en un pastel. El único cliente del bar era un hombre mayor con la dentadura en mal estado, que estaba bebiendo ginebra y mantenía una animada conversación consigo mismo sobre el estado lamentable de la política en Minnesota desde que Hubert Humphrey se había ido.

Mitch había elegido el último reservado antes de la sala de apuestas, y se sentó de manera que pudiera ver la entrada y la ventana del frente que daba a la calle. Viejas costumbres. Pidió café y una copa de Jack Daniel's. El Jack se lo terminó de un trago. Bebió el café mientras Megan le contaba su conversación con Kathleen Casey, la misteriosa muerte de Doris Fletcher, y la enemistad de su esposo hacia Hannah Garrison por su interferencia.

Megan volcó su *whisky* en el café y agregó algo de crema. La bebida estaba caliente y era potente; la entibió por dentro y dejó de temblar. Se miró la mano bajo la luz tenue. El cortapluma le había provocado un breve corte que ahora estaba decorado con sangre

seca y pelusas del guante. Necesitaría un pequeño parche aséptico y nada más.

—¿Por qué esperar tres años para vengarse? —preguntó Mitch.

—No lo sé. Quizás el plan necesitaba todo ese tiempo para fermentar… o para agudizar su mente.

—Estaba dando clase en St. Elysius la noche en que Josh desapareció.

—Aquí entra el cómplice.

En el televisor, Cliff Claven realizaba una danza maníaca mientras alguien le aplicaba golpes de electricidad. El cigarrillo de la cantinera se balanceaba sobre su labio mientras se reía con malicia. Megan sintió otro temblor y bebió un gran sorbo de su café.

—Tú también fuiste a lo de Fletcher, jefe —le señaló—. ¿Por qué juegas al abogado del diablo conmigo?

—Porque me gusta.

—Dejando de lado tu tendencia maliciosa, debo suponer que tuviste una buena razón para ir allí.

—Sólo husmeaba. Fletcher está obsesionado con la iglesia. Tres de las notas mencionan el pecado. A Josh no le gustaba su clase de religión.

—¿Quién podría culparlo con un profesor como Fletcher? —dijo Megan estremeciéndose—. Albert Fletcher le hubiera dado escalofríos a Vincent Price.

—Revisé la declaración que hizo a Noogie la noche que desapareció Josh —respondió Mitch. Eligió un cacahuete de la cesta sobre la mesa, lo cascó con una mano y se puso el contenido en la boca—. No hay nada sospechoso en ella.

En lo superficial no había nada en Albert Fletcher que hubiera llamado la atención. Era un profesional retirado, un miembro respetado de la comunidad. La mayoría de la gente no consideraría su perfil como el de un secuestrador de niños, pero había varias piezas que encajaban. Los deberes de Fletcher en la iglesia lo ponían en contacto con los niños. Su autoridad en St. Elysius se traducía en

confianza ante los ojos de los niños y también de los adultos. Él no sería el primero en abusar de esa confianza.

—¿Conocía a Olie?

—No creo que frecuentaran los mismos círculos, pero lo verificaremos. Hablaré personalmente con él mañana —hubiera querido llevar a Fletcher a la estación de policía esa misma noche, pero así no se hacían las cosas. No podía ir tras el hombre sólo con una corazonada y los rumores de tres años atrás. Nadie lo había relacionado con Josh, más que por su posición en la iglesia. Nadie había informado de nada sospechoso en la casa de Fletcher. Mitch había asignado a un hombre para que vigilara la residencia durante la noche.

Sacó su cartera y puso algunos billetes sobre la mesa. Megan hizo lo mismo. La cantinera salió de atrás de la barra para recoger su dinero, mientras ellos se encaminaban hacia la puerta.

—Vuelvan, muchachos —les dijo, con un tono que parecía Louis Armstrong resfriado.

Cuando salieron a la calle, el frío casi le cortó la respiración a Megan. Ni siquiera la calidez del *whisky* en su abdomen podía evitar que le temblaran los dientes.

—Jesús, María y José —exclamó buscando las llaves de su coche en el bolsillo—. Si no fuera por Josh, creo que querría que me despidieran. Los humanos no nacimos para vivir así.

—Endurécete o morirás, O'Malley —replicó Mitch sin compasión.

—Si me endurezco un poco más, las balas rebotarán en mí —contestó mientras se ponía al volante del Lumina.

Comenzó con el ritual de obligar al automóvil a arrancar, mientras miraba a Mitch que subía al Explorer. Las calles de Deer Lake estaban desiertas, el Blue Goose era el único lugar abierto. Al ver que Mitch se alejaba sintió un vacío interior, como si fuera el único ser humano que quedaba en el planeta.

Había cosas peores que quedarse sola. Pero mientras estaba allí sentada sola en la noche fría y oscura, con un niño perdido y su

futuro pendiendo de un hilo, le resultaba difícil pensar cuáles podían ser.

www
Registro diario
Día 8

Hoy encontraron la chaqueta. No saben qué pensar. No saben qué camino tomar. Podemos oler su pánico. Saborearlo. Nos hacen reír. Son tan predecibles como ratas en un laberinto. No saben qué camino tomar, así que se atacan unos a otros y se aferran a cualquier cosa, buscando alguna pista, se merecen cualquier cosa que les depare el destino. La ira de Dios. La ira de los colegas, de los vecinos, de los extraños. La ira se derrama sobre las cabezas de los culpables y de los tontos.

¿Deberíamos darles algo y ver adónde los conduce? Todos los argumentos han sido planteados, mucho más allá del momento presente. ¿Si les diéramos A los guiaría hasta B? Si los guiaría hasta C, ¿después qué? ¿A, D o E? No podemos sorprendernos. Hemos planeado todas las contingencias, todas las posibilidades. Finalmente, somos invencibles, y ellos lo sabrán. El juego es nuestro. El sufrimiento es de ellos. Víctimas merecidas de un crimen perfecto.

29
Día 9
8:00 -30°C; Sensación térmica: -46°C

La búsqueda se reanudó con la luz grisácea de una mañana sin sol. El gobernador había solicitado equipos para bajas temperaturas a la Guardia Nacional, y las dotaciones de un par de camiones militares estaban en el callejón trasero del antiguo cuartel de bomberos para entregar guantes y máscaras térmicas a cualquier voluntario que los necesitara.

Con el descubrimiento de la chaqueta de Josh, había aumentado el nivel del pánico en el pueblo. Más voluntarios que nunca se apiñaban en la estrecha habitación del cuartel de bomberos, ansiosos, desesperados por ayudar. Se habían congregado en el punto de partida de la búsqueda con el fervor del populacho que avanzaba sobre las puertas del doctor Frankestein. Estaban furiosos y aterrorizados, y cansados de esperar. Querían recuperar su pueblo y sus vidas, y querían creer que la sola determinación podría ganar el día.

Mitch se sentó en su Explorer y observó cómo se dispersaban los equipos de búsqueda y los perros. La mayoría de los casos tenía un ritmo que aumentaba cuando las cosas progresaban, aparecían indicios, se seguían las pistas y aumentaban las pruebas. Éste no tenía un ritmo, y la única sensación que él tenía era mala. Cuanto

más se adentraban en este laberinto, más perdidos y desorientados se encontraban.

Quizás había dos secuestradores. Quizás Olie había sido uno de ellos. Quizá no. Quizá Paul estaba involucrado, ¿pero cómo y por qué? Quizás Albert Fletcher era un sospechoso. Quizás era un loco. ¿Había conocido a Olie o era el cómplice de alguien a quien ni siquiera habían considerado? ¿Realmente había un cómplice?

Un robusto sargento del escuadrón K-9 de Minneapolis dirigía a su ovejero alemán hacia un matorral de espadañas. El perro saltó sobre la banquina, agitando la cola, con el hocico en la nieve. Oficiales uniformados sacaban a las hordas de voluntarios del camino del perro. El corazón de Mitch dio un brinco. El perro parecía haber olfateado algo. Trotó hacia el sur, lejos de las casas, hacia Mili Road, el cual llevaba al pueblo hacia el este y al campo hacia el oeste. Se detuvo allí, mirando hacia el pueblo, mirando hacia el campo, donde estaban las secas plantas de maíz sin cosechar, hilera tras hilera, como testimonio del otoño lluvioso y el temprano invierno.

El rastro había desaparecido. Como todas las otras esperanzas que habían surgido, ésta también había sido arrebatada. Mitch puso en marcha la camioneta y se dirigió hacia la casa de Albert Fletcher, que estaba a menos de un kilómetro.

A la luz del día, la casa de Fletcher era un cubo que no decía nada, de una planta y media, pintada de gris. No tenía ningún recuerdo de Navidad decorando la puerta ni los aleros. Al parecer a Albert no le agradaban las exhibiciones deslumbrantes. Mitch recordó que había oído algo sobre una discusión en St. Elysius acerca de las decoraciones para el Adviento. Las damas de la sociedad estaban de acuerdo con que se hiciera, el diácono estaba en contra. Mitch no había prestado mucha atención. Él pasaba los domingos a la mañana junto a su hija y sus suegros en la Cruz de Cristo Luterana, donde realizaba cálculos matemáticos mentales durante los sermones, como un acto de rebelión.

Tocó el timbre y esperó el sonido de las pisadas. No hubo ninguno. Tampoco salía luz por las ventanas. Volvió a tocar el timbre y golpeó los pies contra el suelo para quitarse el frío. Las orejeras le sostenían la cabeza como si estuviera atornillada. La capucha del abrigo retenía el flujo de calor corporal para que no saliera por la parte superior de su cabeza.

Nadie llegó para abrir la puerta. Albert era el único residente conocido de la casa. La señora Fletcher había muerto, y el diácono nunca estuvo sentimentalmente ligado a nadie. A pesar de que había tenido una exitosa carrera como controlador de Buck Land Cheese y al parecer tenía un buen pasar, era evidente que las damas no lo consideraban un buen partido.

El hecho que ya no estuviera Doris seguramente tenía algo que ver con esto, pensó Mitch mientras iba hacia la cochera. Por lo que él sabía nadie había sospechado de Albert en el momento de la enfermedad y la posterior muerte de su esposa.

Por lo que alcanzaba a ver desde la ventana la cochera estaba inmaculada. Las puertas estaban cerradas con llave. El único automóvil de la residencia estaba cubierto con una lona. Parecía como si no lo hubieran tocado ni movido desde hacía años. Las herramientas del jardín estaban cuidadosamente alineadas contra la pared. Sobre el banco de carpintero había destornilladores, martillos, llaves de tuerca, tenazas…

Mitch se dirigió hacia la parte trasera de la casa para verificar la ventana del sótano.

Se puso nervioso al recordar que Megan casi había sido atrapada mientras husmeaba la noche pasada. ¿Y si Fletcher era un loco? ¿Y si la hubiera encontrado sola?

Mitch observó el grueso plástico que oscurecía las ventanas del sótano.

Las grapas habían sido reemplazadas.

Mitch encontró al padre Tom en la iglesia, arrodillado con dos docenas de mujeres, rezando el rosario. Una pared de velas votivas saturaba el aire con el olor a vainilla de la cera derretida. Sobre la pared que estaba junto a las hileras de velas, las clases de catecismo habían pegado láminas hechas a mano. Mensajes cuidadosamente dibujados con rotuladores de color: *Jesús, por favor mantén a salvo a Josh. Señor, por favor, trae a Josh de vuelta a casa*. Dibujos en lápiz de ángeles, niños y policías.

Todas las miradas apuntaban hacia Mitch cuando se detuvo junto al banco del sacerdote. Todos miraban a Mitch esperando alguna novedad que él no podía darles. El padre Tom se puso de pie y dejó el banco. La encargada de las oraciones guió al resto con su tono monocorde.

—Dios te salve, María, llena de gracia. El Señor es contigo…

—¿Alguna novedad? —susurró el padre Tom, con un tono tenso. Respiró profundamente cuando Mitch negó con la cabeza.

—Necesito hacerle un par de preguntas.

—Vamos a mi oficina.

El padre Tom le indicó el camino, haciendo una rápida genuflexión al pie del altar antes de irse. En la oficina ofreció una silla a Mitch y cerró la puerta. Mitch nunca lo había visto con un aspecto tan clerical, con el cuello blanco debajo del jersey negro. Las huellas del peine indicaban que había tratado de dominar su pelo rizado, aunque algunos mechones se erguían desafiantes en la coronilla como si fueran espigas de trigo. El Papa lo miraba desde un cuadro que había en la pared que estaba detrás de él, con un aspecto más escéptico que benevolente, como si el cuello blanco no lo engañara.

—¿Qué se festeja? —preguntó Mitch señalándose la garganta—. ¿Viene el Obispo?

Tom McCoy lo miró avergonzado.

—Uno de esos pequeños tratos que hacemos con Dios. Yo trataré de ser mejor sacerdote si Él nos devuelve a Josh.

Mitch sintió algún otro motivo subyacente, pero no presionó. Conocía lo suficiente al padre Tom como para jugar al golf con él, no lo suficiente como para actuar como confesor de un hombre que estaba unos cuantos peldaños por encima de él en la escala espiritual.

—Desafortunadamente, no creo que Dios lo secuestrara —respondió Mitch—. ¿Cómo quedó Hannah anoche?

El sacerdote frunció el entrecejo mirando el escritorio.

—Hace lo que puede. Se siente impotente; eso es algo desconocido para ella.

—Paul no está ayudando mucho.

Al padre Tom se le endureció la mandíbula.

—No, no lo está haciendo —respondió de manera cortante. Respiró profundamente, levantó la cabeza y miró sobre el hombro izquierdo de Mitch—. Le he sugerido que acepte una entrevista con alguno de los periódicos. Creo que podría ayudarla el hecho de relatar su historia de manera que beneficie a otras madres, que ayude a evitar que esta clase de cosas le sucedan a otra gente. Eso es algo con lo que está más familiarizada… ayudar a los demás.

—Quizá —murmuró Mitch, pensando en su propio rol de ayudante/protector, y en cómo se había alejado de eso después de su crisis.

—¿Dijo que tenía algunas preguntas?

—¿Albert Fletcher anda por aquí?

El padre Tom levantó las cejas. Se tocó el mentón y se sentó en su silla giratoria.

—En este momento no. Creo que está en la rectoría. ¿Por qué?

Mitch lo miró con su mejor rostro inexpresivo de detective.

—Necesito hablar con él sobre un par de cosas.

—¿Es sobre Josh?

—¿Por qué me pregunta eso?

El padre Tom se sonrió, aunque su sonrisa no expresaba diversión.

—Creo que ya hemos tenido esta pequeña conversación. Albert tenía a Josh en su clase de religión. ¿Eso no lo convierte automáticamente en sospechoso?

Mitch dejó de lado el tono defensivo.

—Fletcher estaba dictando clase la noche en que Josh desapareció. ¿Por qué? ¿Cree que podría haberlo hecho?

—Albert es el hombre más devoto que conozco —respondió Tom —. Estoy seguro de que piensa que estoy signado por la perdición porque tengo televisión por cable instalada en la rectoría. No —negó con la cabeza—. Albert nunca infringiría la ley… secular o la sagrada.

—¿Cuánto hace que lo conoce?

—Más o menos tres años.

—¿Tuvo contacto con él durante la enfermedad de su esposa?

—No. Creo que ella murió en enero del noventa y uno. Yo llegué aquí en marzo de ese año. Tengo la impresión de que debe de haber sido muy compañero de ella, por la forma en que se volcó a la iglesia para buscar consuelo después de su muerte. Por la forma en que se entregó debe de haber tenido un gran vacío que llenar.

O ya estaba de tal manera enamorado de la iglesia que quería sacar del camino a Doris para poder dedicarse a su obsesión con todo fervor. Mitch se guardó esa hipótesis para él mismo.

—Tenía una forma extraña de demostrar su cariño por ella. Al parecer todos sabían que no quería que ella realizara un tratamiento para su enfermedad. Decía que quería curarla con oraciones, y no se sintió muy complacido cuando Hannah intervino.

—Mitch, no estará sugiriendo… —dijo el padre Tom frunciendo el entrecejo.

—No estoy sugiriendo nada —respondió Mitch, levantándose de la silla—. Estoy pescando. Tiraré muchos peces al agua antes de encontrar algo bueno para la sartén. Gracias por su tiempo, Padre.

Se encaminó hacia la puerta, y luego se detuvo.

—¿Fletcher hubiera sido un buen sacerdote?

—No —contestó el padre Tom sin vacilar—. En este trabajo es necesario mucho más que memorizar las Escrituras y el dogma de la iglesia.

—¿Qué le falta?

El sacerdote pensó durante un momento antes de responder.

—Compasión.

Mitch nunca había sido un fanático de las antiguas casas victorianas, con su carpintería oscura y sus habitaciones cavernosas. La rectoría de St. Elysius no era una excepción. Era tan grande como para hospedar a todo el equipo de fútbol de la universidad de Notre Dame, cuya fotografía estaba colgada en una de las paredes.

Recorrió las habitaciones de la planta baja llamando a Albert Fletcher y no recibió respuesta. En la cocina había olor a café y tostadas. Sobre la mesa había una caja de copos azucarados de cereal, y junto a ella una taza mediana con café. El *Star Tribune* estaba abierto en una historia sobre la situación de las víctimas del temblor de Los Angeles, y los embustes que estaban empleando algunos falsos clérigos que pedían donaciones en efectivo para los desamparados.

—¿Señor Fletcher? —llamó Mitch.

La puerta del sótano se abrió y Albert Fletcher emergió de la oscuridad. Delgado y pálido, tenía el aspecto de haber estado cautivo allí abajo. La camisa negra le colgaba de los hombros, que eran tan delgados y huesudos que parecían una percha de alambre. Los ojos negros que miraron a Mitch brillaban como si tuviera fiebre, pero eran opacos, ocultaban la fuente del brillo. Estaban enclavados en un rostro largo y sobrio, con la blanca piel tensa sobre huesos prominentes, mientras su boca era una línea recta y rígida, al parecer incapaz de curvarse hacia arriba. Mitch trató de superponer

este rostro sobre el dibujo sin rasgos del visitante de Ruth Cooper. Quizá. Con una capucha… con gafas para sol.

—¿El señor Fletcher? —Mitch extendió la mano—. Mitch Holt, jefe de policía. ¿Cómo está usted?

Fletcher se volvió para cerrar la puerta del sótano, ignorando la amabilidad, como si ésta fuera en contra de sus creencias personales.

—Necesito hacerle un par de preguntas —continuó Mitch, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ya hablé con varios policías.

—Continuar con las entrevistas es un procedimiento de rutina —explicó Mitch—. Surgen nuevas preguntas. La gente recuerda cosas después de que se fue el primer policía. No queremos perder nada.

Se apoyó contra la encimera y cruzó los tobillos.

—Puede sentarse si desea estar más cómodo.

Al parecer la comodidad también era un pecado. Fletcher no realizó ningún movimiento para buscar una silla. Cruzó sus manos largas y huesudas delante de él, mostrando la prueba de su excursión al sótano. El diácono se sintió incómodo por sus manos sucias, y frunció el entrecejo.

—Estuve con algunos artefactos de la iglesia en el depósito. Hace mucho tiempo que están allí.

Mitch sonrió con falsedad mientras se erguía.

—Debe de haber un sótano importante debajo de una casa tan grande y antigua como ésta. ¿Le importaría si hecho un vistazo? Estas antiguas casas victorianas me fascinan.

Fletcher vaciló un segundo antes de abrir la puerta. Luego bajó una vez más a las entrañas de la rectoría de St. Elysius. Mitch lo siguió e hizo una mueca cuando lo golpeó el olor a humedad.

El sótano era exactamente como él lo esperaba, una cueva de ladrillos viejos y cemento agrietado. Las vigas tenían festones de telas de arañas. Las bombillas de luz irradiaban una luz inadecuada. La cámara que estaba bajo de la cocina tenía el calentador de agua,

la caldera, la caja con los circuitos eléctricos y un antiguo refrigerador. En la sección siguiente había cosas viejas, bicicletas, sillas plegables estropeadas, una pila de mesas plegables, hileras de marcos de ventanas pintados de verde, un escuadrón de carretillas oxidadas con equipos de *croquet*, un bosque de cañas de pescar de bambú.

La habitación hacia donde iba guiado por Fletcher estaba llena de estatuas de la época en que las imágenes de la iglesia venían completas, incluyendo el pelo humano, y todos los miembros de la Sagrada Familia tenían un sorprendente aspecto anglosajón. Las desencajadas reliquias miraban desde la oscuridad, con sus miembros y caras rotos y agrietados. Un viejo altar y una pila bautismal daban testimonio del ascenso y descenso de la popularidad del revestimiento de madera. En una tubería expuesta había un soporte donde se mostraba la moda de la vestimenta clerical a través de los años, y se veía el efecto de la humedad sobre los trajes colgados en sus perchas. Tres de las habitaciones del lugar tenían estantes que ocupaban toda la pared. Los estantes y todas las superficies planas disponibles estaban llenas de cajas con viejos documentos de la iglesia y enrolladas fotografías. Los libros deteriorados exhalaban un dulzón aroma a viejo.

Albert Fletcher parecía extrañamente en su casa entre los desechos olvidados de los fieles de generaciones pasadas.

—Estuve confeccionando un inventario —le explicó, y moviendo los viejos libros y documentos para preservarlos.

—¿Eso además de sus deberes como diácono y maestro? —preguntó Mitch arqueando las cejas—. Sé que usted era instructor de la clase de religión de Josh Kirkwood, y también encargado de los niños monaguillos. Es muy generoso con su tiempo.

—Mi vida pertenece a la iglesia —Fletcher volvió a cruzar las manos, como si quisiera estar preparado para arrodillarse para rezar en cualquier momento. Todo lo demás es secundario.

—Eso es admirable —murmuró Mitch—. Señor Fletcher, me gustaría saber si como instructor de Josh Kirkwood observó algún cambio en su conducta en las últimas semanas antes de su desaparición.

Fletcher parpadeó, el brillo se oscureció, como una luz que se había apagado en su interior.

—No —respondió afinando los labios como un guión.

—¿Estaba demasiado tranquilo, o le mencionó algún problema, o a alguien que estuviera molestándolo?

—Los niños vienen a mí como instructor, jefe Holt. Van al padre McCoy para confesarse.

Mitch asintió con la cabeza. Fingió interés, y tocó un cáliz manchado y pasó el dedo por un viejo plato de bronce de colección.

—Bueno, ¿tiene alguna observación personal sobre Josh? ¿Cree que es un niño bueno, un perturbador, qué piensa?

—Generalmente se comporta bien —respondió Fletcher de mala gana—. Aunque en estos días los niños no parecen tener muy claro los conceptos de respeto y disciplina.

—Él es hijo de la doctora Garrison —Mitch pasó el dedo por el frente de la pila bautismal donde decía donado en memoria de Norman Parrerson, 1962—. Conoce a la doctora Garrison, ¿verdad?

—Sé quién es.

—¿No era la médica de su esposa? —preguntó Mitch observando la reacción de Fletcher.

—Doris la veía de vez en cuando —respondió entrecerrando un poco los ojos.

—Tengo entendido que una vez la doctora Garrison llevó a su esposa a la Clínica Mayo para que le realizaran unos estudios. Más allá del cumplimiento de su deber, ¿no cree?

Fletcher no respondió. Mitch podía sentir la furia que salía de su cuerpo rígido.

—La doctora Garrison es una mujer notable —continuó—. Ha dedicado su vida a salvar otras vidas y a ayudar a la gente. Es una

tragedia que alguien tan bueno tenga que pasar por algo como esto.

—Nosotros no debemos cuestionar a Dios.

—Estamos buscando a un loco, señor Fletcher. Me resulta imposible pensar que él está haciendo un trabajo en nombre de Dios.

Albert Fletcher no hizo ningún comentario. Ni siquiera se molestó en mostrar simpatía ni decir las perogrulladas que la gente que no estaba afectada por una tragedia expresaba por un sentido de decencia. Se quedó rígido delante de una estatua de María, la Santa Madre que, con una mano sobre su cabeza, no sabía si bendecirlo o darle un golpe de karate. Mitch hubiera apostado a lo último. Por ser un hombre tan devoto, Albert Fletcher parecía carecer de las virtudes cristianas más corrientes. El padre Tom había comentado que le faltaba caridad. Mitch se preguntó si también le faltaría un alma.

—Es terrible lo que sucedió con Olie Swain, ¿no es verdad? —dijo Mitch—. Si no se hubiera matado podría habernos ayudado a terminar con esta pesadilla. ¿Conocía a Olie?

—No.

—Bueno, supongo que tenemos que esperar que encuentre paz en el otro mundo.

—El suicidio es un pecado mortal —informó Fletcher piadosamente, mientras se le ponían blancos los nudillos por la tensión con la que tenía apretadas las manos—. Envió su propia alma al infierno.

—Esperemos que lo merezca. Gracias por la excursión. Ha sido… muy ilustrativa.

Mitch dejó el sótano en dirección a la escalera. Fletcher lo siguió como la sombra de la condena. Mitch se volvió hacia él, con una mano apoyada sobre el pasamano de la escalera.

—Una última cosa. Anoche recibimos un aviso de un merodeador en su barrio. Quisiera saber si vio algo sospechoso.

—No —respondió Fletcher categóricamente—. Estuve afuera hasta después de las diez, y cuando llegué a casa me fui directamente a la cama.

—¿Después de las diez? —Mitch forzó una sonrisa conspiradora —. Bastante tarde para una noche tan fría. ¿Visitó a alguien especial?

—A la Santa Madre —contestó Fletcher con rostro inexpresivo—. Estuve rezando.

Mientras regresaba a la camioneta, Mitch se preguntó por qué la conversación con Fletcher lo había dejado asqueado en lugar de tranquilizarlo.

11:00 -28°C; Sensación térmica: -43°C

La ignorancia no es inocencia sino PECADO.
Tengo una pequeña pena, he nacido de un pequeño PECADO.
Mis más profundos efluvios sollozan incesantemente por mi PECADO.

Los mensajes ardían en la mente de Megan, mientras se paseaba de un lado a otro junto a la línea horaria que Mitch había pegado en la pared del salón de guerra. En el extremo de la habitación se encontraban los mensajes de las notas originales, copiados con tinta roja en un tablero blanco. Rojo intenso. Rojo sangre.

Observó la línea buscando una clave, buscando algo que se les hubiera pasado por alto las primeras cien veces que la miraron. Buscando algo que pudiera sugerirles un nombre. Estaba allí en alguna parte. Quería creer que estaban cerca, que no llegaban a ver algo que necesitaban ver, algo que estaba a la vuelta de la esquina, burlándose de ellos, esperando que encontraran la pieza clave de información que abriría todas las puertas y los llevaría hasta Josh.

Ignorancia y pecado. Las palabras sugerían sentimientos de superioridad y devoción. Albert Fletcher tenía rencor hacia Hannah. Un rencor de tres años. *La venganza es un plato que se sirve mejor frío*. Esto no estaba entre las citas del tablero para mensajes, pero se ajustaba muy bien.

También estaba Paul Kirkwood con su carácter violento y sus secretos. No les había dicho nada sobre la camioneta. ¿Qué más estaría ocultando? Jugaba al mártir para las cámaras de televisión, y luego descargaba su furia y su desprecio en su esposa. ¿Podría haber secuestrado a su propio hijo? ¿Por qué? ¿Qué podría haberlo llevado a hacer una cosa así? Para llevarse a Josh y luego realizar un elaborado número del padre sufriente se necesitaría un alma tan negra y fría como el carbón. Pero Megan sabía que sucedía. Lo había leído en los informes sobre otros casos, casos con detalles que la habían hecho descomponer, en los que los padres habían dañado a sus hijos de las maneras más horribles, y luego cubrían sus huellas con sufrimiento.

Kirkwood vendría hoy para que le tomaran las huellas digitales para poder compararlas con las que habían encontrado en la camioneta. A Megan se le revolvía el estómago pensando en la escena que haría. Si elegía jugar al inocente perseguido para la prensa, el calor del furor que provocaría sería suficiente para derretir insignias y freír carreras… principalmente la de ella.

Ignorancia y pecado. Las palabras latían en su mente. Volvió a recorrer la línea horaria, desde el primer día, leyó las anotaciones, los detalles más significativos en rojo, los acontecimientos periféricos en azul. El descubrimiento de la chaqueta. El suicidio de Olie. El arresto y el interrogatorio de Olie. La llamada telefónica a Hannah. El descubrimiento de la mochila. El primer informe de la desaparición de Josh.

Se quedó en un extremo de la línea. Día uno. Punto de partida.

17:30 — *Josh sale del patinódromo después del entrenamiento de* hockey.

17:45 — El hospital llama al patinódromo para informar que Hannah llegará tarde.

17:45 — Beth Hiatt recoge a Brian Hiatt en el patinódromo. Brian es el último que ve a Josh.

18:00-19:00 — Durante este lapso Helen Black ve a un niño que sube a una camioneta color claro frente al patinódromo.

19:00 — Josh no va a la clase de religión de A. Fletcher en St. Elysius.

19:00 — Hannah llama a Paul al trabajo. Nadie responde. Deja un mensaje.

19:45 — Hannah informa sobre la desaparición de Josh.

20:30 — Interrogatorio a Olie Swain en el patinódromo: no recibió la llamada del hospital que explicaba que Hannah llegaría tarde.

20:45 — *Se encuentra la mochila de Josh en los campos del patinódromo con una nota*: un niño desaparece, la ignorancia no es inocencia sino pecado.

Habían reducido el delito a un horario. Lo que no tenían era el itinerario del delincuente. ¿A qué hora, qué día había decidido secuestrar a Josh Kirkwood? ¿Qué había hecho ese día? ¿A quién vio, con quién habló? ¿Quién podría haberlo detenido? ¿Si el hombre que estaba antes que él en la tienda hubiera decidido comprar cincuenta números de la lotería y ocupar la línea durante otros diez minutos, hoy Josh estaría aún con ellos?

La medición del tiempo es todo.

Y la ignorancia no es inocencia sino PECADO.

La tensión apretó las sienes de Megan como un par de pinzas de hielo. Cada vez más fuerte.

—Lo veré —murmuró—, lo descubriré y te encerraré.

Un golpe seco precedió la aparición de Natalie. Entró en la habitación con una pila de carpetas y papeles bajo el brazo izquierdo y una taza de café en la mano derecha. Tras la gran montura roja de sus gafas, sus ojos oscuros se veían cansados y enrojecidos, recordándole a Megan que no era ella la única que estaba sin dormir en este caso.

—Muchacha, necesitas un café —dijo Natalie—, apoyando la taza sobre la mesa.

Megan la levantó y olió el aroma como si estuviera oliendo sales.

—Si pudiera lo tomaría por vía intravenosa. Gracias, Nat.

Natalie movió la mano para responder a la gratitud de Megan, y un colorido trío de brazaletes de madera sonó al unísono en su brazo. Sobre el pecho tenía un collar que hacía juego. Parecía un anuncio de modas para mujeres con tallas grandes, con una elegante túnica color café y una falda ajustada al tono, larga hasta la mitad de la pierna. Megan se sintió como la fotografía del antes. Se había entre dormido al alba, luego se quedó dormida y se puso la primera ropa que encontró cuando saltó de la cama: un pantalón de pana con arrugas diagonales por haber sido arrojado descuidadamente sobre el respaldo de una silla y un jersey verde que Ganon había usado como cama.

—Por la forma en que ha sonado mi teléfono hoy me imaginé que necesitarías todos los amigos que pudieras tener —dijo Natalie, sentándose en una de las sillas de cromo y plástico—. Los de la televisión me han ofrecido muchos billetes de los grandes si les entrego pruebas de que tú y el jefe estuvisteis haciendo porquerías en su oficina.

Megan cerró los ojos, gruñó y se sentó en la silla de al lado.

—Les dije que le entregaran su sucio dinero al centro de voluntarios. Lo que sucede con las personas detrás de sus puertas cerradas no es asunto mío ni de ellos tampoco.

—Amén.

—Personalmente, me gustaría que Mitch encontrara a alguien que pudiera hacerlo feliz. Dios sabe que todos hemos estado tratando de encontrar a esa alguien desde que se mudó aquí. El pobre hombre ha tenido más citas a ciegas que Stevie Wonder.

Natalie resopló y Megan se sonrió.

—Aprecio tu apoyo —le dijo Megan—, pero creo que yo no soy esa alguien. La mitad del tiempo nos estamos peleando.

—Y la otra mitad están haciendo algo juntos. A mí me parece que eso es amor —comentó con tanta naturalidad como si estuviera

diagnosticando un simple resfrío.

Megan no quería pensar que la situación era tan transparente. No era tan simple. Amar a alguien nunca era algo simple. Ellos también tenían que amarlo a una.

—Bueno, viendo cómo están las cosas en este caso, no estaré aquí el tiempo suficiente como para deshacer mis maletas.

Natalie negó con la cabeza.

—Rezaré a Dios, luego le haré una promesa, y luego volveré a rezarle. Quiero un milagro y lo quiero ahora —dijo Natalie y golpeó un puño contra la mesa.

—Yo quisiera una pista —admitió Megan—. ¿Ya llegó Mitch?

—No, pero el profesor Priest vino a verte. ¿Lo hago pasar?

Megan observó el salón de guerra con la línea horaria y los mensajes, y el pizarrón con nombres, motivos y signos de pregunta. No era un lugar para llevar a un ciudadano, pero la urgencia era intensa. Quizá lo que necesitaban era alguien con un cerebro de computadora como Christopher Priest que analizara con frialdad todo este enredo. Alguien que llegara con frialdad… como un nuevo agente.

—No —respondió, alejando el pensamiento y poniéndose de pie —. Lo veré en mi oficina. Gracias, Natalie.

—Cualquier cosa por la causa. Y todavía no saques a Mitch de tu carnet de baile, muchacha. Él es un hombre bueno… y tú eres buena —el brillo de su mirada traicionó la admisión que había hecho de mala gana—. Lo lograrás.

El profesor escuchó atentamente mientras Megan le explicaba la situación acerca de las trampas de las computadoras de Olie. Se había quitado el abrigo negro y apareció un jersey de lana azul que quizás había colocado inadvertidamente en la secadora de ropa. Las mangas se habían encogido y dejaban ver dos tercios de la camisa blanca que llevaba debajo.

Megan sentía un poco de frustración al pensar que el caso se podría resolver no por el esforzado trabajo policial sino por un experto en computación. Pero la cuestión era resolverlo, y Megan recuperaría a Josh como pudiera. Si tenía que recurrir a videntes o espiritistas, pagaría la bola de cristal de su propio bolsillo.

—Entiendo que Olie concurría como oyente a los cursos de computación de Harris —comentó Megan—. Esperamos que usted pueda pasar por las trampas que él puso. Si podemos averiguar qué información guarda en esas computadoras, podríamos encontrar un indicio que lo involucre en el secuestro de Josh.

—Estaré encantado de ayudar en la forma en que pueda, agente O'Malley —respondió el profesor, levantando las cejas con preocupación—. Debo decir que me costó creer que Olie estuviera involucrado. Nunca dio ninguna señal… quiero decir, trabajaba bien en clase, nunca molestó a nadie… nunca me hubiera imaginado…

—Sí, bueno, John Wayne Gacy se vestía como payaso y visitaba niños enfermos en los hospitales.

—¿Quién sabe qué esconde el demonio en los corazones de los hombres? —comentó el profesor, murmurando las palabras casi para sí mismo.

—Si lo supiéramos sólo con la mirada, las cárceles estarían atestadas y las calles seguras —respondió Megan—. ¿Tiene idea de qué estaba haciendo Olie con todas esas máquinas?

—Le gustaba arreglarlas. Reparar los teclados, aumentar las memorias, luego crear sus propios programas para ejecutar varias funciones. Cuando fue a verme para asistir a las clases tenía un antiguo modelo Tandy. Sólo servía para procesar palabras. Le dije dónde podía conseguir una máquina mejor por poco dinero o por nada. Creo que convirtió eso en su afición.

—Si tenemos suerte su afición podría llevarnos hasta Josh. Incluso podríamos averiguar si tenía un cómplice, pero primero tenemos que entrar en sus computadoras.

—Como le dije, ayudaré de la manera en que pueda, agente O'Malley —reiteró Priest poniéndose de pie y estirándose el jersey que se le había subido hasta la cintura—. No puedo prometer nada, pero haré todo lo que pueda.

—Gracias, profesor. Le daremos una habitación aquí. Un experto del DCC trabajará con usted. Ése es el procedimiento de rutina cuando llamamos a alguien de afuera.

—Comprendo. No tengo problemas con eso.

—Bien.

Megan extendió la mano para despedirlo, pero el contacto no llegó a concretarse. Mitch abrió la puerta de la oficina de Megan y se asomó.

—Viene Paul —anunció con un tono duro como una roca—. Y trae un cortejo.

30
Día 9
11:57 -28 °C; Sensación térmica: -43 °C

El circo se instaló en la entrada del City Center. Un cuadrilátero formado por las luces y las cámaras de la televisión. Un público de gente conmovida y airada del centro de voluntarios, reporteros de los medios escritos y de las distintas emisoras, con los ojos brillantes por los celos. Como maestra de ceremonias: Paige Price, con chaqueta roja sobre un corto vestido negro.

La principal atracción del circo de City Center era Paul Kirkwood. Se había quedado lívido cuando Mitch le informó en la bahía que debía presentarse para que le tomaran las huellas digitales. Aún estaba lívido. Todo esto era culpa de esa mala pécora de O'Malley. Por Dios que se lo haría pagar. Por lo que a Paul concernía, Mitch y ella lo pagarían… por la humillación, por la sospecha. Él tendría que haber sido objeto de compasión. En lugar de eso le tomarían las huellas digitales. Puso su mejor expresión de mártir y dio una perfecta imagen de alguien indignado y ultrajado. Había pensado en ir primero a su casa para ducharse y cambiarse de ropa, pero Paige le señaló que el impacto sería mayor si se presentaba directamente de la búsqueda con sus tejanos y su pesado jersey. Tenía el cabello aplastado por el gorro y la nariz roja por el frío.

Un técnico de TV 7 realizó una prueba de luz en el rostro de Paige. Otra persona se acercó a ella con un espejo para que pudiera retocarse el maquillaje. Paige asintió con la cabeza para avisar que estaba preparada. La cuenta regresiva se oyó desde atrás del cuadrilátero de luces.

—Tres… dos… uno… en el aire.

—Soy Paige Price en directo desde el City Center de Deer Lake, con Paul Kirkwood, cuyo hijo Josh fue secuestrado en las afueras de un patinódromo, hace ocho días, aquí en Deer Lake. Mientras continúa la búsqueda de Josh y de su secuestrador, las autoridades policiales que trabajan en el caso repentinamente han concentrado su atención en el padre de Josh. Hoy, el jefe de policía de Deer Lake, Michael Holt, ordenó a Paul Kirkwood presentarse para tomarle sus huellas digitales —se volvió hacia Paul, con el micrófono en la mano, y una expresión de gravedad—. Señor Kirkwood, ¿podría darnos su opinión acerca de este último requerimiento?

—Es un ultraje —respondió Paul, con la voz temblorosa por la furia—. El DCC y la policía han fallado en este caso desde el principio. El único sospechoso que tenían se suicidó mientras estaba bajo su custodia. Están desesperados por demostrar que progresan cuando en realidad sólo se aferran a la última esperanza. Pero volcar su atención hacia mí es absolutamente desmedido.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, que brillaban como diamantes bajo las luces.

—Josh es mi hijo. Lo amo. Nunca haría nada para dañarlo. Hacíamos todo juntos. Campamentos, deportes. A veces iba a mi oficina y yo le daba una calculadora y jugaba a que eee… ra como yyy… o.

Paige se volvió hacia la cámara para que Paul pudiera recomponerse u ofrecer un espectáculo de sí mismo, dado el caso que él quisiera representar ese papel. Permitió que rodaran una única lágrima cayendo por la mejilla, sus enormes ojos celestes parecían dos lagos resplandecientes.

—Ciertamente esto es algo inesperado, y si pudiera escribir un editorial, diría que es el giro más insensible dado por la investigación que lleva a cabo el DCC por la desaparición de Josh Kirkwood. Desde los primeros momentos terribles de esta investigación, hemos visto a Paul Kirkwood en el frente de la búsqueda para encontrar a su hijo.

Se volvió hacia Paul, que estaba tratando de tener un aspecto noble y afligido al mismo tiempo.

—Señor Kirkwood, ¿tiene alguna explicación del interés que puedan tener en usted como sospechoso?

Paul negó con la cabeza con tristeza, molesto.

—Una vez fui dueño de la camioneta que pertenecía a Olie Swain. Hace años. La agente O'Malley ha decidido que esos años transcurridos no significan nada.

—¿La agente Megan O'Malley del DCC?

—Sí.

—¿Y el jefe Holt comparte su teoría de que usted está involucrado en el secuestro de Josh por esta vaga conexión pasada con la camioneta?

—No lo comprendo. Hice todo lo que podía para ayudar en la investigación. Cómo pueden volverse contra mí así… no lo comprendo. Conozco a Mitch Holt desde que se mudó aquí. No puedo creer que él piense que estoy involucrado.

Mitch y Megan y el sargento Noga estaban entre los últimos de la multitud, en la entrada del centro policial, sin que nadie advirtiera sus presencias debido a la lucha por ganar posiciones. Pero cuando mencionaron el nombre de Mitch, una persona se volvió y luego otra, y lo miraron fijamente. Luego una cámara lo enfocó y le acercaron un micrófono.

—Jefe Holt, ¿tiene algún comentario sobre la situación de Paul Kirkwood?

Antes de que Mitch pudiera pensar en una obscenidad que no podría verbalizar, todos los medios se volvieron hacia ellos formulándole preguntas y dejando con un palmo de narices a Paige

Price. Mitch no intentó responder ni aplacarlos. Con una expresión de ferocidad, pasó entre ellos mirando a Paul. Megan lo siguió. Noogie fue tras ella, protegiendo la retaguardia.

A Paige se le encendió el rostro. No podía haber escrito un argumento mejor. Se adelantó a Paul para interceptar a Mitch.

—Jefe Holt, ¿tiene algo que decir sobre esta aparente falta de compasión por un padre afligido?

Tenía ganas de golpear al afligido Paul por haber provocado este circo. La compasión no tenía nada que ver con el sufrimiento de Paul, pero sí con su mezquina venganza. Mitch miró a Paige y luego vio sobre el hombro de ella al alcalde y a media docena del consejo del pueblo en la entrada del centro policial.

—Como le expliqué al señor Kirkwood esta mañana, este procedimiento es necesario para identificar todas las huellas encontradas en la camioneta. Una vez fue dueño de ese vehículo, por lo tanto, vamos a tomarle las impresiones digitales para poder compararlas. El señor Kirkwood no está detenido ni bajo sospecha.

Se volvió hacia Paul con una expresión de furia.

—Si viene conmigo, Paul, terminaremos con esto en unos minutos con el menor escándalo posible.

La expresión de Paul era la más adecuada para un enfurruñado niño de diez años. Noogie se volvió para despejar el camino hacia la estación de policía. Las preguntas que gritaban los reporteros se repetían y amplificaban, llenando la nave con un infierno de sonidos.

Megan no fue lo suficientemente rápida como para unirse al grupo, y Paige la interceptó airada por haber perdido su exclusiva.

—Agente O'Malley, ¿qué tiene que decir sobre el rol del DCC en este drama? —le preguntó, con un destello de venganza en los ojos —. ¿Considera a Paul Kirkwood como un sospechoso?

Megan frunció el entrecejo cuando un reflector le iluminó el rostro.

—Sin comentarios.

—¿Es verdad que usted es responsable por haber concentrado la atención sobre Paul Kirkwood?

A Megan le dolió el estómago al pensar que DePalma estuviera viendo esto, mientras le subía la presión sanguínea con cada segundo que pasaba.

—Encontramos una conexión entre el señor Kirkwood y la camioneta que pertenecía a Olie Swain —respondió Megan midiendo cuidadosamente sus palabras—. Lo que estamos haciendo ahora es simplemente un procedimiento de rutina y de ninguna manera es una acusación ni una persecución al señor Kirkwood. Simplemente estamos cumpliendo con nuestro trabajo.

Paige se acercó un poco más. Entrecerró un poco los ojos con un brillo malicioso, aunque probablemente los espectadores lo confundirían con un agudo instinto periodístico.

—¿Su trabajo consiste en desviar la atención de las legítimas pistas para concentrarla en el padre de Josh?

—Estamos siguiendo todas las pistas, señora Price.

—¿Cuando dice «nosotros» se refiere a usted y al jefe Holt con el que usted estuvo vinculada…

—Cuando digo «nosotros» me refiero a todas las agencias involucradas…

—¿Y esta atención hacia Paul Kirkwood no es un desquite por las críticas que él realizó sobre su manejo del caso?

—Estoy en el DCC, no en la Gestapo —replicó Megan.

—El señor Kirkwood ha criticado abiertamente su conducta…

—¿Mi conducta?

A Megan se le enrojeció la visión. ¿Cómo se atrevía Paige Price a prostituirse para obtener información confidencial, y luego señalaba con un dedo piadoso a otras personas?

—Estamos haciendo todo lo que podemos para encontrar a Josh. Quizá podía preguntarle al alguacil Steiger los detalles la próxima vez que vaya a la cama con él.

Paige retrocedió un paso, con el rostro tan rojo como su chaqueta. Megan le sonrió como diciéndole *te di, puta*, y se volvió para abrirse camino entre la multitud.

Ignoró las manos que querían detenerla. Las preguntas que le gritaban parecían balbuceos cacofónicos. No tenía nada que decir a ninguno de ellos. Estos parásitos habían hecho poco por la recuperación de Josh o para el esfuerzo para capturar al predador que se lo había llevado. En lo que a ella concernía no eran más que carroñeros, que se interponían y empañaban el foco del caso con sus interminables tormentas de controversias prefabricadas.

«Que se alimenten unos de otros», pensó Megan, entrando con decisión en la estación de policía. Su mirada estaba dirigida al frente, su mente iba más allá, hasta el salón de registros, donde se estaban tomando las impresiones digitales a Paul Kirkwood.

21:23 -30°C; Sensación térmica: -45°C

La reacción que provocó el teatro montado por Paul fue inmediata y sorprendente. Los teléfonos del departamento de policía sonaron durante toda la tarde. Sin embargo, Paul se habría desalentado si hubiera sabido que no todas las llamadas expresaban su disconformidad con «este vergonzoso giro de los acontecimientos», como lo había llamado uno de sus partidarios. Mientras que había algunas demostraciones de simpatía a favor de Paul, había otros que no estaban de acuerdo con él. Mientras tanto, los rumores sobre su inminente detención tomaban fuerza rápidamente.

En el frente más partidario de Paul, los ciudadanos furiosos llamaron a los miembros del consejo, los miembros del consejo llamaron al alcalde, y el alcalde llamó a Mitch en persona. Mitch, aún furioso con Paul, no se disculpó. Le pagaban para hacer su trabajo y lo hacía. Si la gente quería controlar a quien caía bajo sospecha, tendría que buscar a otro que llevara la estrella.

En ese momento no parecía una mala idea, pensó Mitch.

Para alejarse de los teléfonos que no cesaban de sonar, Mitch se sentó en el salón de guerra, pero los recuerdos del caso le gritaban desde las paredes y las mesas llenas de copias e informes, y desde las declaraciones y carpetas llenas de esperanzas que habían terminado en callejones sin salida. El reloj de la pared marcaba los segundos de manera implacable: 21:23.

Había pasado las últimas cuatro horas comprobando personalmente la posibilidad de que alguien hubiera visto a Josh en

el pequeño pueblo de Jourdan, a ciento treinta kilómetros de allí. Otro callejón sin salida. Regresó a un escritorio lleno de declaraciones de ciudadanos que señalaban con sus dedos a los vecinos, a los policías, los maestros, al padre Tom, a Paul. Volvió para atender un teléfono que no dejaba de sonar con llamadas de más gente que realizaba acusaciones.

Éste era un caso horrible lleno de posibilidades horribles, de las cuales la más horrible era que Paul estuviera realmente involucrado.

La lógica hacía ver que Paul no había sido capaz de hablar de las circunstancias del caso sin dejar a su paso el regusto metálico de la mentira. La lógica les indicaba que debían tomar las impresiones digitales de Paul, y Paul había protestado demasiado por eso.

La lógica también señalaba a Albert Fletcher. El hombre le erizaba los cabellos de la nuca a Mitch. El diácono no le agradaba; sentía un nudo en el estómago cuando pensaba en Fletcher. Podría haber apostado su insignia a que Fletcher era culpable de algo. El problema era que no sabía de qué y no podía probar nada. Hasta el momento lo más sospechoso que habían informado sus hombres sobre el diácono era un viaje a una tintorería de Tatonka, aunque en Deer Lake había dos. No era exactamente un arma recién disparada.

Mitch miró el pizarrón. Los círculos de tiza entrelazaban nombres y preguntas… nubes dispersas de varias sesiones para aportar ideas. Sospechas y conjeturas. Hipótesis sobre las mentes y motivaciones más oscuras de Deer Lake. Su paraíso. Su purgatorio. Sentía como si hubiera estado viviendo en una nube de amabilidad durante los dos últimos años, abstraído de los abscesos que había bajo la superficie plácida del pueblo. Voluntariamente ciego. Bloqueando premeditadamente sus instintos de policía.

Estaba resentido con Megan porque lo había seguido a todas partes, empujándolo a ver cosas que él no quería ver, a considerar cosas que no quería considerar. Pero tuvo razón al hacerlo. Quizás había venido aquí para esconderse a lamer sus heridas, pero no

podía esconderse de esto. No podía contemplar Deer Lake y ver un paraíso. Tenía que pensar como un policía.

Miró el pizarrón, el círculo blanco grueso alrededor del nombre de Albert Fletcher.

Fletcher estaba dictando clase a la hora del secuestro. Si estaba involucrado, necesariamente debía tener un cómplice. No se había establecido ninguna conexión entre él y Olie Swain.

No había ninguna conexión consistente entre Olie y el delito. La camioneta de Olie coincidía casi a la perfección con la que había visto Helen Black la noche del secuestro, pero el laboratorio no encontró nada útil en la camioneta que Olie había comprado a Paul…

El tablero de mensajes se burlaba de él.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO
Tengo una pequeña pena; he nacido de un pequeño PECADO
Mis más profundos efluvios sollozan incesantemente por mi PECADO.

—Dame algo para seguir, hijo de puta —murmuró Mitch—. Entonces sabremos quién es el ignorante.

—Creo que quizá ya nos ha dado algo pero nosotros no lo vemos.

Megan había entrado; y tenía un aspecto terrible. Su día había sido igual al de él. Posiblemente peor. Tenía el aspecto de necesitar a alguien en quien apoyarse, pero seguramente no aceptaría un ofrecimiento de él.

—¿Sabes algo de DePalma? —preguntó Mitch después que ella se sentó cerca de él.

Megan negó con la cabeza.

—Me gustaría pensar que si no hay noticias eso es una buena noticia, pero no soy tan inocente. Además de señalar con el dedo a

Paul, revelé la vida secreta de Paige como la de una mujerzuela mercenaria de la televisión. Seguramente voy a recibir noticias. Ninguna obra buena queda sin castigo.

—Como diplomática, eres una buena policía de la calle.

—Gracias —pasó el pulgar por la mesa—. Al parecer hay varias personas en el pueblo que quieren creer que Paul podría haberlo hecho.

—Ellos quieren creer que alguien lo hizo —respondió Mitch—. Preferirían creer que lo hizo uno de los suyos antes que un perverso desconocido. Preferirían creer que fue Paul, porque entonces el perverso estaría contenido en una bella y prolija familia. Entonces podrían pensar que están a salvo porque la manzana podrida estaría en el barril de otro.

—Eso o que realmente creen que él lo hizo.

Mitch suspiró. Aunque Megan se sentía muy presionada, sabía que la presión era aún peor para él. Él tenía una familia y unos amigos que habían tomado partido en el caso, esperando que él atara todo con un bonito lazo amarillo como los que los residentes de Deer Lake habían atado en los troncos de los árboles y en los postes de luz como muestra de esperanza. Él tenía el pasado que ella le había arrojado en la cara la noche anterior.

—Veremos qué tiene que decir el laboratorio de sus huellas —murmuró Mitch observando otra vez la línea horaria que estaba pegada sobre la pared.

—La falta de huellas en la camioneta no lo va a absolver —recordó Megan—. La lógica indica que podría haber usado guantes.

—La lógica indica —repitió Mitch. La lógica indicaba muchas cosas. Al parecer poca gente la escuchaba… incluyéndolo a él. La lógica indicaba que se alejara de Megan, sin embargo, no hacía ningún esfuerzo para hacerlo—. La lógica se marchó hace rato. Deberíamos hacer lo mismo. ¿Qué te parece una *pizza*?

La camaradería de su ofrecimiento la sorprendió. Mitch hizo una mueca por la forma cautelosa en que lo miraba.

—¿Tregua? Es tarde. Ha sido otro día terrible.

—¿Tengo que sacarme la insignia? —preguntó ella con tono frío.

—Está bien, anoche me porté como un tonto —admitió deslizándose hacia la silla que los separaba—. Este caso ha arruinado mis nervios. Ambos dijimos algunas cosas que no habríamos dicho si el mundo fuera un lugar sano. Pediré que pongan el doble de mozarela.

—¿Vernos después de hora? —Megan abrió exageradamente los ojos—. ¿Qué pensaría el público?

—Que le den morcilla —gruñó Mitch—. De cualquier manera, si no resolvemos este caso nos pondrán en la calle.

—No —le contestó—. Sobrevivirías al fracaso; la gente por fin lo perdona todo. Pero que el cielo te ayude si el tipo malo resulta ser alguien que realmente les agrada. Esa clase de verdad los indigna siempre.

Megan observó la puerta que parecía estar a un kilómetro. La idea de un apartamento frío lleno de cajas no resultaba muy atractiva.

—Vamos, Megan —pidió Mitch—. Es sólo una *pizza*.

La tentación atrapó con sus tentáculos a Megan e intentaba arrastrarla. Era sólo una *pizza*. Y luego sería sólo una caricia, sólo un beso, sólo una noche, sólo sexo.

—Gracias de cualquier manera —murmuró ella—. Creo que iré a casa y me acostaré un rato.

Pero se quedó allí. Deseando.

—Megan…

Pronunció su nombre en voz baja, con un tono suave e íntimo que hizo vibrar una cuerda de deseo dentro de ella. Su mirada fija la atrapó y la mantuvo en su lugar, mientras Mitch se ponía de pie. Luego ya estaba en sus brazos.

Error. Debilidad. Las palabras la acuchillaban, pero sus labios se abrieron y se encontraron con los de él. Bajó los párpados y el calor los envolvió. El beso fue prolongado, aunque impaciente; gentil y

urgente; agresivo y consolador. Ella quería tocarlo, sentir que la necesitaba, imaginar que era una clase de necesidad que trascendía lo físico. Pero no era así.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Megan mientras lo empujaba hacia atrás, aunque el reclamo no tuvo la fuerza que ella esperaba.

—Haciendo que cambies de idea —respondió Mitch—. Si tengo suerte.

Megan se apartó de sus brazos. Apretó las manos y se llevó las puntas de los dedos a la boca como si estuviera rezando. Trató de concentrarse en la alfombra gris, pero su mirada volvió hacia Mitch, que ahora estaba frente a ella con las manos en la cintura, y una pierna separada, no para disimular su erección sino para invitarla a que la observara. El aura del macho peligroso brillaba a su alrededor —ruda, impaciente, grande y masculina—, como si el día hubiera borrado el brillo de los modales y la civilización.

—No —susurró Megan, aunque en su interior todo protestaba por la negativa—. Mi trabajo pende de un hilo.

—Y la gente con el hacha lo va a cortar sin importar lo que hagamos.

—Oh, gracias por el voto de confianza —replicó ella, con un tono sarcástico y herido.

—No tiene nada que ver con lo que quiera o lo que piense, con lo que tú quieras o sientas. Harán lo que sea mejor para ellos. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Si van a castigarme, ¿es por ser culpable de algo? —le preguntó con amargura.

Él se encogió de hombros como diciendo «¿Por qué no?» con el rostro duro, impasible.

—No lo creo —comentó Megan suavemente. Aunque era una tontería querer amarlo, ella no podía pensar en amarlo como un acto de despecho o un premio consuelo.

Se volvió lentamente y se encaminó hacia la puerta, conteniendo el aliento para no mencionar una esperanza vana. Mitch no dijo

nada. Megan levantó el mentón y lo miró por última vez mientras aferraba el tirador de la puerta.

—No me acostaré contigo porque sea conveniente. Tengo defectos, pero la falta de dignidad no es uno de ellos.

Día 10
1:02 -31°C; Sensación térmica: -40°C

Hannah se sentó en un sillón de orejas, en un rincón de su dormitorio. Estaba desvelada. Otra vez. En las nueve largas noches que habían pasado desde la desaparición de Josh, había olvidado cómo era dormir profunda y tranquilamente.

Se había prescripto Valium, pero no había ido a comprarlo. Quizá no quería la compasión del farmacéutico o quizás era un testimonio de una debilidad que no quería exhibir. Quizá no quería… no merecía… el alivio del sueño. O quizá temía ceder a la presión y la desesperación, y sucumbir a la tentación de tomar de más.

A Paul le habían pedido que se presentara para tomarle las impresiones digitales.

Había regresado de la estación de policía ultrajado; su temperamento fuera de control. Hannah había visto el informe en vivo de TV 7, y por momentos se fue sintiendo sorprendida, enfadada, descompuesta y atemorizada. Sorprendida porque no había tenido advertencias; Paul no le había dicho nada. Enfadada porque él fuera tan desconsiderado. Descompuesta por las implicaciones que acechaban en su mente. Atemorizada porque no podía quitarlas de allí.

Observó la cama vacía, mientras en el teatro de su mente revivió la escena. Se vio en la sala de estar, con los brazos cruzados, la mandíbula apretada, mirando fijamente a Paul cuando entró como

un huracán. Vio al agente de guardia en la cocina recibiendo otra de las llamadas que se habían producido sin cesar desde la emisión de TV 7. Amigos y familiares que expresaban su preocupación, ofrecían su apoyo, buscaban más secretos. Veía la boca de Paul que se movía y comprendió que no lo oía por el rugido de la sangre en sus oídos.

—… esa pequeña ramera —vociferó, mientras se quitaba el abrigo. Lo tiró en un sillón y se quitó las pesadas botas, las que tendría que haber dejado en la puerta. Los cordones estaban cubiertos de nieve que se derretía y caía sobre la alfombra como gotas de transpiración—. La única parte de su trabajo que puede manejar es joder con Mitch Holt.

Hannah ignoró el comentario.

—Me gustaría hablar contigo en privado.

Paul la miró sin parpadear, perturbado porque había interrumpido su diatriba.

—Supongo que ella te cae bien —la acusó—. Ustedes las mujeres progresistas deben estar juntas.

—Ni siquiera sé de quién estás hablando —replicó Hannah.

—Gracias por prestar atención, Hannah —le dijo con un gesto de desprecio—. Es muy agradable tener el apoyo de mi esposa.

—Si quieres mi apoyo, tendrías que considerar hacerme saber qué está sucediendo —su mirada se deslizó hacia el agente que estaba leyendo en la mesa, y luego otra vez hacia Paul, quien parecía ignorar al tercer partícipe. El teléfono volvió a sonar, y el sonido penetró en su cerebro como una espada—. Te pidieron que te presentaras para tomarte las huellas dactilares y no te molestaste en decírmelo. ¿Cómo crees que me sentí?

—*¿Tú?* —dijo Paul con incredulidad—. ¿Cómo crees que me sentí *yo*?

—Estoy segura de que no lo sabría, ya que no lo hablaste conmigo. Fue una suerte que viera ese programa en el City Center. ¿Pensaste que era más importante tener a Paige Price de tu lado que a mí?

—Yo no debería tenerte de mi lado. Tú deberías estar de mi lado —el agente lo miró cuando levantó la voz.

—Si quieres continuar con esta conversación —le dijo Hannah—, estaré en nuestra habitación.

Ella se fue y subió por la escalera. Sintió como si estuvieran viviendo en una pecera; no necesitaba público para la desintegración de su matrimonio.

Paul la tomó de un brazo desde atrás y la detuvo.

—¡No te alejes de mí! Ya estoy cansado de tu actitud.

—¿Mi actitud? A mí no me tomaron las impresiones digitales hoy.

—¿Crees que yo quería eso?

Hannah lo miró intensamente, miró la mano con la que apretaba su brazo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, el rostro enrojecido por la furia. No conocía a este hombre, no confiaba en él, no sabía qué pensar de él.

Alejó el brazo y se frotó el lugar dolorido.

—No sé qué pensar —le contestó temblando.

—Por Dios, Hannah, no pensarás que tuve algo que ver con esto.

La culpa surgió junto con el agotamiento. No era que ella creyera que había tenido algo que ver, era que no estaba segura de que él no hubiera tenido nada que ver. ¿Cómo podía pensar que Paul haría daño a su hijo, se llevaría a su hijo, la haría pasar por este infierno? ¿Cómo podía pensarlo? ¿Qué clase de esposa era? ¿Qué clase de persona?

—No —le contestó en voz baja—. Es sólo que no sé qué pensar, Paul. Siempre compartíamos todo. Ahora no podemos ni siquiera hablar sin arrancarnos los ojos. No puedes imaginarte lo que sentí al verte en la televisión, al escuchar eso sobre la camioneta y las huellas digitales. Todo era como una escena de una comedia barata. ¿Por qué no me has dicho nada?

Paul eludió la mirada dolorida mirando el dormitorio vacío de Lily. Karen Wright se había ofrecido para cuidar a la niña durante la

tarde. Hannah había quedado muy aturdida después de haber visto a Paul protestando en la televisión.

—No había tiempo —le explicó—. Yo estaba en la búsqueda, y Mitch Holt vino y…

Estaba mintiendo. El pensamiento fue instantáneo. Hannah se sintió avergonzada por pensarlo, pero no podía evitarlo. Lo llevaba escrito en el rostro.

—Y me pregunto por qué no confié en ti —Paul negó con la cabeza—. Me voy.

—Paul…

—Estaré en mi oficina —replicó y se volvió—. Quizá quieras alertar a la policía así pueden poner vigilancia.

Él no había regresado. No había llamado. Ella no trató de telefonearle temiendo que no respondiera. De la misma forma en que no respondió la noche en que Josh desapareció.

Un temblor la sacudió y se acurrucó más en el sofá, tomándose las rodillas con las manos. No quería las dudas y las preguntas que le roían la mente como la carcoma. No quería pensar en la entrevista que tendría esta noche con Katie Couric. Todo lo que quería era cerrar los ojos y que todo terminara.

En lugar de eso, cerró los ojos y vio a Josh.

Estaba vivo. Sin expresión. En un lugar gris y vacío. No hablaba. No parecía reconocerla ni mirarla. Simplemente estaba allí, mientras ella lo observaba lentamente. Tenía un golpe en la mejilla derecha. Llevaba puesto un pijama que ella nunca había visto. Aunque no podía ver a través de las mangas, sabía que tenía un vendaje en el brazo izquierdo, a la altura del codo. Tenía la mente llena de la misma niebla gris que lo rodeaba, con la excepción de un pensamiento: *Mamá*.

El corazón de Hannah se descontroló. Quería tocarlo, pero no podía separar los brazos de los costados de su cuerpo. Trató de llamarlo, pero no salió ningún sonido de su boca. Quería que la mirara, pero él miraba a través de ella, como si ella no estuviera allí.

La frustración aumentó cada vez más en su interior, como el vapor en una caldera, hasta que gritó y gritó y gritó.

Saltó de la silla, abrió los ojos, el corazón le latía aceleradamente. Tenía el camisón y las calzas empapados con el sudor. Pensó que había dormido unos minutos. El reloj de la mesilla de noche de Paul le indicó que había dormido más de una hora. Eran las dos y cuarenta.

La cama aún estaba vacía.

Sonó el teléfono y al tomar el auricular tiró la base al suelo.

—¿Paul? ¿Paul?

El silencio le respondió, pesado y oscuro.

Se sentó en el suelo, y se apoyó en la cama.

—¿Paul? —insistió.

La voz surgió baja, misteriosa, un susurro como el viento.

—Una mentira es el cabo que les viene bien a todas. Una mentira es el mango que les viene bien a todas. Una mentira es el cabo que les viene bien a todas.

31
Día 10
5:47 -30°C; sensación térmica: -40°C

El pecado tiene muchas herramientas, pero la mentira es el cabo que les viene bien a todas, Oliver Wendell Holmes.

Lo encontraron.

Habían visto la frase en un viejo libro de citas en la oficina de Paul, una habitación inmaculada, que tendría que haber figurado en alguna revista de decoración. Megan la recorrió con la mirada. No había un libro, un lápiz fuera de lugar. Ni una mancha de polvo. Ni un cuadro torcido. Compulsiva, fanáticamente ordenado. No era obra de Hannah; Hannah no estaba segura de que Paul tuviera un libro de citas. Alguien que mantenía una habitación tan limpia tenía que conocer todos los títulos de los estantes.

Los asesinos en serie a menudo son compulsivamente ordenados. Megan sabía eso de los cursos sobre comportamiento que había tomado en la academia del FBI. Nadie consideraba a Paul Kirkwood como un asesino potencial; aun así ella archivó sus tendencias compulsivas en un rincón de su mente. Eso, y que no estaba en casa cuando se recibió la llamada. El comandante envió una unidad al complejo Omni y los oficiales despertaron a Paul de lo que él nombró como un profundo sueño en el sofá de su oficina, y lo escoltaron de regreso a su casa.

Megan observó la aprensión en los ojos de Hannah cuando Paul entró en la cocina. Sintió la tensión que había entre ellos como una espada de hielo. Por Dios, ¿no era suficiente con la pérdida de Josh? ¿Tenían que perder su matrimonio también? Por otra parte, ¿Hannah no merecía alguien mejor que Paul? Débil y petulante, ensimismado, a Megan no le agradó desde la primera vez que lo vio. ¿Pero habría llamado a su esposa a la madrugada para echarle en cara insinuaciones sobre mentiras?

Si lo había hecho era un muy buen actor. La noticia de la llamada lo había conmovido. ¿Con temor o culpa?

La llamada se había hecho desde algún lugar de Deer Lake. No hubo tiempo suficiente para poder rastrearla. Pudo haber venido de cualquier lugar, una casa de enfrente o del otro extremo del pueblo o del lago, donde Albert Fletcher vivía en las sombras de St. Elysius. Pudo haber venido de la oficina de Paul. Pudo haber venido de cualquier cabina telefónica del pueblo.

Las posibilidades zumbaban como moscas en el cerebro de Megan. No había dormido mucho ni bien cuando recibió la llamada. El conciso mensaje que había dejado DePalma en el contestador automático para que lo llamara al Departamento la había dejado intranquila. Y ahora que había regresado de la casa de los Kirkwood, era muy tarde para volver a acostarse y muy temprano para ir a la oficina.

Se sentó en la mesa de roble que había rescatado de unos encantes y se desvistió. Sintió un temblor en todo el cuerpo. Sobredosis de cafeína. Entre el café y las drogas para controlar al monstruo de la migraña, sentía como si su cuerpo estuviera cargado de combustible para cohetes. El corazón le latía demasiado rápido y sentía vértigos. Había estado abusando de su cuerpo y de los medicamentos, tomando demasiado de algunos e ignorando otros, porque la dejaban fuera de combate y no podía permitirse estar vacilante o inconsciente.

Muy pronto pagaría por sus pecados. Sólo tenía que aguantar un poco más. Hasta que encajaran las piezas. Hasta que vieran lo que habían estado ignorando.

El pecado tiene muchas herramientas, pero la mentira es el cabo que le viene bien a todas.

¿La mentira de quién? ¿El pecado de quién? ¿Qué había allí que no podían ver?

El dolor le oprimió las sienes como una pinza gigante. Se puso de pie para tratar de superarlo, y fue hasta el baño. Quitó la tapa del frasco de Propranolol y puso una pastilla sobre su mano temblorosa. La tragó con agua y se quedó allí durante un momento mirándose en el espejo.

—Un golpe más y estás fuera de combate, O'Malley —murmuró.

El dolor se metió en sus sienes como un par de espuelas.

Una vocecilla en la nuca le susurró que ya estaba fuera de combate.

7:15 -28 °C; Sensación térmica: -38 °C

No fue a su oficina porque no quería hacer la llamada pedida por DePalma la noche anterior. Primero fue hasta el centro de comando para ver si había alguna novedad. Muchas llamadas a favor y otras tantas en contra de Paul. Una llamada de una mujer que afirmaba que Josh había sido raptado por extranjeros. Una docena o más de personas que querían castigar personalmente a Megan por haber molestado a Paige Price. Un montón de nada. Se fue del centro y prometió regresar a las ocho para informar a su gente de las últimas novedades y distribuir las tareas del día.

En la estación de policía, primero se detuvo en el salón de guerra. Mitch había estado allí antes que ella. La cita de Oliver Wendell Holmes había sido agregada a la lista de mensajes del tablero. La llamada recibida por Hannah también había sido anotada en la línea, y la notable ausencia de Paul había sido destacada.

Megan recorrió la línea horaria buscando una señal que indicara que Paul estaba en el corazón del misterio. Paul les había mentido. Paul había sido evasivo. Tenía un secreto, de eso estaba segura, ¿pero su secreto era tan negro, tan malvado, como para llevarlo a dañar a su propio hijo?

Albert Fletcher aparecía sólo una vez en la línea horaria… la noche de la desaparición de Josh, cuando estaba dictando la clase a la que Josh tendría que haber concurrido. La línea sólo consignaba hechos; ni conjeturas ni sospechas, lo cual sólo servía para magnificar la carencia de pistas sólidas. El delincuente podía ser

cualquiera de las quince mil personas de Deer Lake, si es que era de Deer Lake. Podía ser alguien con quien uno se había cruzado en la calle. Podía estar sentado en la cafetería de enfrente. Lo único que sabía con seguridad era que alguien había caído sobre Josh en el momento en que él era absolutamente vulnerable. Esa circunstancia apuntaba a Olie Swain, y Olie Swain se había ido para siempre.

Su próxima detención fue para verificar si las computadoras de Olie ya habían sido llevadas a Christopher Priest. No sólo habían sido instaladas sino que Priest ya estaba trabajando con ellas. Las máquinas habían sido colocadas en fila sobre una larga mesa, en una pequeña habitación en la que sólo había un par de sillas de cromo y plástico. Los discos zumbaban tranquilamente. Los monitores brillaban con varias imágenes y combinaciones de blanco, negro y verde. Priest estaba inclinado sobre una de ellas, frunciendo el entrecejo mientras leía el mensaje en la pantalla. Levantó la vista cuando Megan entró en la habitación, y se acomodó las gafas en la nariz.

—Vino temprano, profesor. No lo esperaba hasta las ocho y media.

—Pasé para ver si todo estaba instalado —tenía subidas hasta los codos las mangas del jersey azul—. Me gustaría empezar temprano si es posible.

—Veré si el muchacho de informática anda por ahí —contestó Megan—. Si las máquinas están encendidas él debe estar aquí. Usted no las encendió, ¿verdad?

—No —el profesor cruzó los brazos como un niñito al que le habían pedido que no tocara nada en una juguetería.

—Bien. En realidad, usted no debería estar aquí sin él —señaló Megan, escudriñando las pantallas con la inútil esperanza de detectar si él había o no tocado lo que no debía. Lo que ella sabía de informática se limitaba a redactar informes y a pedir información al cuartel general—. Procedimientos —agregó de manera diplomática.

Priest la miró en blanco.

—¿Por qué no se sienta en la sala de espera y torna un café mientras yo lo busco? —sugirió Megan, mientras sostenía la puerta abierta.

—Espero que esté aquí —alejándose de mala gana de la mesa—. Tengo una reunión en la facultad a la una y quisiera terminar…

Dejó el pensamiento inconcluso, y miró los ordenadores con ansiedad.

—Probablemente está esperando en mi oficina —dijo Megan, sosteniendo el tirador.

No se podían permitir un eslabón torcido en la cadena de pruebas. Si las máquinas de Olie ocultaban algún dato relevante sobre un cómplice, los medios para obtenerlo debían ser muy limpios para merecer un aprobado en el escrutinio de un juez. Si esa relación terminaba siendo descartada porque un juez decidía que no se había actuado siguiendo las reglas, también perderían todo lo relacionado con ése cómplice. Frutos del árbol prohibido, lo llamaban los abogados.

Priest salió al corredor.

—Soy una persona confiable, agente O'Malley —dijo con expresión herida—. Ya trabajé antes con la policía.

—Entonces sabe que no es nada personal —sonrió y cerró la puerta—. Sólo me cubro las espaldas.

Christopher Priest podía ser un modelo de virtud, maestro, voluntario, rehabilitador de delincuentes juveniles; pero había conocido a Olie Swain. Un abogado defensor podía roer todo el día ese hueso si llegaba a saber que Priest había estado en la habitación solo con las computadoras.

Recorrió el laberinto de corredores, sin ver a la gente que iba pasando. Su visión iba cambiando sutilmente, la percepción de luz y oscuridad era más aguda. Señales de alarma. Si podía aguantar hasta la tarde, hasta esto, hasta aquello. Los pactos eran viejos y gastados. Podía salir más temprano y dormir toda la noche. Comería

regularmente y evitaría la tensión. Mentiras que se decía a sí misma cada vez que el dolor se intensificaba.

Le temblaba tanto la mano que casi no pudo poner la llave en la cerradura de la puerta de su oficina. No necesitó hacerlo, la puerta estaba abierta, la oficina ocupada.

Un hombre se levantó de la silla de los visitantes con una copia de *Ley y Orden* en una mano, y una rosquilla azucarada a medio comer en la otra. Aparentaba unos treinta años, aunque tenía el tipo de rostro que parecería más joven aun cuando hubiera pasado los treinta. Tenía ojos grandes, brillantes y castaños, y la nariz muy pequeña. Su pelo castaño rizado le recordó un *cocker spaniel*. Lo miró con desconfianza por haber invadido su territorio.

—Megan O'Malley —dijo ella, apoyando el portadocumentos sobre su escritorio. Continuó observándolo mientras colgaba el abrigo en el perchero—. Por si estaba preguntándose en qué oficina ha irrumpido.

El muchacho Spaniel la miró con una expresión de exagerada timidez, enredándose con la revista y la rosquilla a medio comer, y dejando todo sobre el escritorio. Se pasó la mano por el pantalón dejando granos de azúcar en una pernera, y luego ofreció su mano a Megan.

—Marty Wilhelm.

Megan ignoró la demostración de buenos modales. La luz del contestador automático parpadeaba como un furioso ojo rojo.

—Supongo que ya sabe que está todo instalado en la pequeña habitación que está junto a Pruebas. El profesor está ansioso por empezar.

—Ah… ¿Mmmm?

—El profesor. Las computadoras —repitió Megan—. Afuera, a la izquierda. Yo diría que necesita una llave, pero eso no lo detuvo para entrar aquí.

El muchacho sonrió con incomodidad.

—Creo que me confunde con otra persona.

—Eso depende de quién es usted.

—Agente Marty Wilhelm. Se suponía que el cuartel general le notificaría. En realidad —levantó un dedo para enfatizar el punto—, Bruce DePalma dijo que él hablaría personalmente con usted.

Megan miró la luz del contestador que parpadeaba. Le corrió un frío por el cuerpo. Volvió a mirar a Marty, que seguía mostrando su entusiasmo de mascota y su corbata reglamentaria rayada.

—Lo lamento —dijo sorprendida por haber sonado tan normal cuando todos sus sistemas internos estaban desarreglados—. Temo que no sé de qué me habla. Hoy no hablé con Bruce.

—Oh, esto es muy difícil —carraspeó y se golpeó el pecho, luego levantó ambas manos con los dedos abiertos—. Soy su reemplazante. Usted ha sido temporalmente suspendida del servicio activo. Está fuera del caso.

La alarma interior comenzó a sonar, demasiado tarde. Marty Wilhelm. El Marty Wilhelm que había estado tras este cargo antes de que una acción afirmativa lo desplazara. El Marty Wilhelm que estaba comprometido con una hija de Hank Welsh de Operaciones Especiales. El Marty Wilhelm que evidentemente había estado esperando a un costado hasta que a ella la sacaran.

El primer impulso de Megan fue sacar su Glock 9 milímetros y volarle esa estúpida sonrisa del rostro. Comadreja asquerosa, haciéndose el tonto y tomándole el pelo. Megan pensó que lo único que lo haría más feliz hubiera sido tener público. Era un milagro que no la hubiera esperado en la sala de reuniones para ridiculizarla frente a los otros policías.

—Necesitaría ver alguna identificación —le dijo, mordiéndose el orgullo.

Marty levantó las cejas. Pero sacó su identificación y se la entregó. Megan le echó un vistazo, y luego la arrojó sobre su escritorio… el escritorio del muchacho Spaniel, como si fuera una piedra caliente. Le temblaban un poco las rodillas y se sentó en el sillón roto de Leo Koslowski.

—Necesitaría hacer un par de llamadas telefónicas —dijo.

Marty volvió a sentarse en la silla de los visitantes e hizo un gesto magnánimo en dirección al teléfono.

—Y tendrás la gentileza de salir de aquí mientras las hago —continuó con los dientes apretados.

—Vamos, Megan —dijo con un tono condescendiente—, no estás en condiciones de darme órdenes.

—No —le contestó—, pero estoy en condiciones de provocar titulares como «Agente disgustada dispara sobre la gente». No te gustaría encabezar una historia como ésa, ¿verdad, Marty?

Su risita fue forzada, muy forzada. Volvió a ponerse de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Veré si puedo aclarar esta confusión con las computadoras y el profesor.

—Hazlo.

—Regresaré.

—Tómate tu tiempo.

Se fue y cerró tranquilamente la puerta. El sonido se magnificó en la mente de Megan. La puerta se cerró para su carrera, la dejó afuera.

Tú lo arruinaste, O'Malley. Estás fuera. Ellos estaban esperando como lobos que tropezaras y ahora te van a despedazar y a escupirte encima. Hora de irse.

Las autorecriminaciones eran como latigazos. ¿Qué sucedía con ella? Éste era el trabajo que había estado esperando, y lo había arruinado… por involucrarse con Mitch Holt. Y cuántas veces se había advertido a sí misma que debía contener su lengua, su carácter.

Estúpida. Descuidada.

Trató de recomponerse. No se daría por vencida sin luchar. No se convertiría en la mujer mendicante que ella misma despreciaba.

Quiso tomar el teléfono pero la mano tembló como si hubiera tenido parálisis, mientras la migraña se expandía en su cabeza como

un globo. Cuando presionó el auricular contra su oreja el tono le rebanó el cerebro. Gimió, sintió que le daba vueltas la cabeza, y soltó el auricular para vomitar en el cesto de los papeles.

7:42 -28 °C; Sensación térmica: -38 °C

—Vi a Josh.

El padre Tom se sentó en el banco de la iglesia junto a Hannah. Ella lo había llamado al alba y le explicó que quería verlo antes de la primera misa de la mañana. El sol había salido una hora antes, y enviaba sus pálidos dedos de luz a través de las ventanas con cristales de colores. Los cuadrados y los óvalos de suaves colores se esparcían tímidamente sobre la alfombra que cubría la nave central. Tom se levantó de la cama y se puso un pantalón y una camisa y un jersey. No se molestó en afeitarse. Se alisó el pelo con los dedos, tan indiferente por su apariencia, como interesado por Hannah.

Ella estaba pálida y tenía los ojos brillantes. Tom se preguntó cuándo habría ella comido por última vez o cuándo habría dormido más de una o dos horas. Su pelo dorado estaba opaco y recogido atrás en una cola de caballo. Un jersey oscuro voluminoso ocultaba su delgadez, pero pudo ver los huesos de sus muñecas y sus manos cuando las apretó sobre su falda, tan delicadas como esculturas de marfil, con la piel casi translúcida. Le ofreció sus manos y ella las tomó de inmediato.

—¿A qué se refiere con que lo vio? —le preguntó cuidadosamente.

—Anoche. Fue como un sueño, pero no. Como una… una… visión. Sé que parece una locura —agregó rápidamente—, pero eso fue. Era tan real, tan corpóreo. Él tenía un pijama que yo no conocía y una venda —dejó la frase sin concluir, frustrada, impaciente con

ella misma—. Parezco una lunática, pero eso sucedió y muy real. No me cree, ¿verdad?

—Por supuesto que le creo, Hannah —susurró—. No sé cómo interpretarlo, pero creo que vio algo. ¿Qué cree que fue?

Una visión. Una experiencia extracorporal. Algo psíquico. No importaba cómo lo llamara, parecían los desvaríos desesperados de una mujer desesperada.

—No lo sé —respondió suspirando, bajando los hombros.

El padre Tom midió cuidadosamente sus palabras, sabiendo que estaba caminando sobre una delgada línea a través de un territorio muy sensible.

—Usted está bajo una tensión tremenda, Hannah. Quiere ver más a Josh de lo que desea respirar. No es extraño que sueñe con él, que el sueño parezca tan real…

—No fue un sueño —le repitió obstinada.

—¿Qué piensa Paul?

—No se lo conté.

Hannah puso las manos sobre sus muslos y observó los anillos que Paul le había colocado en el dedo como testimonio de amor y unión. ¿Acaso estaba traicionándola con su duda? ¿Los había traicionado a todos? Las preguntas se retorcían en su estómago como serpientes venenosas, espantosas, criaturas sobre las cuales no tenía control. Desvió la mirada hacia el techo abovedado de la iglesia, hacia la ventana con la intrincada vidriera de Jesús con un cordero en sus brazos. Observó el crucifijo ornamentado. Cristo mirando el altar desde su lugar en la cruz. Vacía, la iglesia parecía un lugar cavernoso y frío, y ella se sentía pequeña e impotente.

—Ayer la policía tomó sus huellas digitales —murmuró Hannah como si estuviera confesándose.

—Lo sé.

—No lo dicen, pero ellos creen que está involucrado.

—¿Usted qué piensa? —preguntó el padre Tom con gentileza.

Se quedó en silencio mientras las serpientes forcejeaban en su interior.

—No lo sé —cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso —. No debería dudar de él. Es mi esposo. Es la persona en quien debería confiar. Solía pensar que éramos las personas más afortunadas del mundo. Nos amábamos el uno al otro. Confianza y respeto mutuos. Formamos una familia. Teníamos ciertos valores en común. Ahora me pregunto si todo eso era real o un espejismo. Siento que quizá nuestras vidas funcionaban en el mismo plano en aquel momento, y más tarde nos hemos alejado en direcciones tan distintas que ahora casi no podemos comunicarnos. Y me siento tan engañada y estúpida. Y no sé qué hacer.

Parecía tan perdida. Aunque era muy capaz e inteligente, Hannah no estaba preparada para esta clase de catástrofe en su vida. Había vivido la clase de vida con la que sueña la mayoría de la gente. Se había criado en una familia cariñosa, tuvo sus ventajas, trabajó y sobresalió, se casó con un hombre atractivo y formó una hermosa familia. Nunca desarrolló las herramientas para enfrentar el dolor y la adversidad. A él le parecía atolondrada e indefensa, y maldijo a Dios por ser tan cruel.

—Oh, Hannah —murmuró. No trató de detenerse para sacarle un mechón de cabello de la mejilla. Estaba bien formado en el arte de la compasión, pero toda su sabiduría había desaparecido con esta mujer. No podía ofrecerle más que palabras huecas… como no fuera él mismo.

Ella se volvió hacia él y apoyó su cabeza sobre el hombro. Las lágrimas le empaparon el jersey. Sus palabras ahogadas lo conmovieron.

—¡No lo comprendo! ¡Estoy esforzándome tanto!

Para enfrentar algo que nunca debería haber tocado su vida.

Tom la abrazó protectora y tiernamente. Miró la iglesia vacía a su alrededor, las pequeñas lenguas de fuego en los vasos, símbolos de esperanzas que ardían y morían no correspondidas. El miedo que se

despertó en su interior hizo que la abrazara con más fuerza. Hannah hundió los dedos en el jersey de lana de Tom. Él le frotó la espalda arriba y abajo, hasta el delgado pelo de la nuca. Sintió un deseo que nunca había sentido. Un deseo afín con el amor que los hombres y las mujeres sienten desde el principio de los tiempos.

No preguntó por qué. Por qué Hannah. Por qué ahora. Las preguntas y las recriminaciones podían esperar. El deseo no. La abrazó con fuerza, contuvo el aliento, rezó para que el tiempo se detuviera, pues sabía que esto no podía durar. Le besó la sien, la mejilla, y sintió el gusto salado y tibio de sus lágrimas.

—¡Pecadores!

La acusación cayó como un trueno del cielo. Pero el rugido no era de Dios; era de Albert Fletcher. El diácono apareció por detrás del tabique que ocultaba la puerta de la sacristía. Bajó apresuradamente los escalones, con los ojos desorbitados, la boca medio abierta y un gran recipiente de barro en las manos. Al mismo tiempo se abrió la puerta trasera de la iglesia. Los fieles de la mañana entraban, y se encontraron con el grotesco cuadro en vivo frente a ellos.

El padre Tom se puso de pie. Hannah se volvió para mirar a Fletcher. Él la taladró con la mirada, temblando como un loco, como algo salido de una pesadilla.

—¡Los pecadores se consumen! —exclamó mientras arrojaba el contenido del recipiente.

El agua bendita cayó sobre Hannah como una catarata y salpicó al padre Tom. Una mujer mayor que estaba en el fondo de la nave gritó.

—¡Albert! —exclamó Tom.

—¡El premio del pecado es la muerte!

No estaba en condiciones de escuchar nada de lo que dijera el padre Tom.

—¡Malvada hija de Eva!

Fletcher le arrojó el recipiente a Hannah. Ella gritó y trató de hacerse a un lado para evitar el golpe. Tom se puso adelante de ella y gruñó cuando el proyectil golpeó su cadera derecha. Chocó contra el asiento del banco que estaba adelante de él y se hizo pedazos cuando dio contra el suelo con un ruido que sonó como una explosión. Tom ignoró el dolor y se lanzó hacia la nave central para detener a Fletcher. El diácono retrocedió y se alejó.

—¡El premio del pecado es la muerte! —volvió a exclamar y subió los escalones del altar.

—¡Albert, ya basta! —exclamó Tom, yendo hacia él con agresividad—. ¡Escúchame! Estás fuera de control. No sabes lo que estás haciendo. No sabes lo que has visto. Ahora cálmate, y lo discutiremos.

Fletcher continuó retrocediendo y subiendo un escalón tras otro hasta llegar al altar. No le quitaba la mirada de encima al padre Tom.

—Cuidado con los falsos profetas que vienen con pieles de ovejas, pero en su interior son lobos voraces —recitó con tono monótono. Se apoyó en el altar con las manos detrás, tanteando con los dedos. Tenía el rostro pálido y demudado, los músculos tan duros sobre los huesos como el parche de un tambor. Contracciones espasmódicas lo sacudían.

El padre Tom subió lentamente el primer escalón. ¿No debía haber sabido que esto sucedería? ¿No debía haber hecho algo para prevenirlo? Siempre había considerado a Albert Fletcher un obseso, no un enfermo. Había peores obsesiones que Dios. Pero la locura era la locura. Se acercó con la intención de hacer regresar a su diácono.

—No comprendes, Albert —le dijo con calma—. Ven conmigo y dame la oportunidad de que te explique.

—¡Falso profeta! ¡Hijo de Satán! —Levantó el brazo y golpeó con fuerza al padre Tom en el costado de la cabeza con la base de un pesado candelabro de bronce.

Tom cayó sobre sus rodillas para después caer hacia un costado y por fin hacia atrás. No tenía control sobre los brazos ni las piernas.

Trató de hablar, pero no pudo, trató de levantar su mano mientras la gente corría asombrada hacia él. Albert Fletcher salió por una puerta lateral.

32
Día 10
8:14 -28 °C; sensación térmica: -38 °C

—Lonnie, Pat, revisen la cochera. Noogie, tú ven conmigo, miraremos la casa.

Estaban junto a un par de coches patrulleros frente a la casa de Albert Fletcher, mientras el frío penetraba todos los abrigos como si fueran de gasa. Ninguno de los vecinos parecía sentir curiosidad por la presencia policial como para dejar el abrigo de sus casas. Mitch observó un vagabundo en el otro extremo de la calle. Un rostro arrugado atisbaba desde una ventana de la casa al lado de la de Fletcher.

—Parece que no está en casa —comentó Deitz mientras se frotaba las manos. El sombrero negro de imitación piel que tenía en la cabeza parecía una criatura sintética tratando de hacer juego con su peluca.

—Acaba de atacar a un sacerdote, no creo que quiera poner un felpudo de bienvenida —replicó Mitch.

¿Atacar con qué intención?, se preguntó, ¿por cuál motivo? El padre Tom explicó lo que pudo en la sala de emergencias del Hospital de la Comunidad de Deer Lake, mientras el doctor Lomax le curaba la incisión del costado de la cabeza y ponía rostro serio.

Fletcher lo había visto abrazando a Hannah y mal interpretó el abrazo.

Un abrazo inocente no parece suficiente como para catapultar a un hombre por sobre el borde de la cordura.

Mitch buscó a Hannah para confirmarlo, mientras ella se paseaba por la pequeña habitación. Estaba temblando… por el frío o por la conmoción, o por ambos. Temblaba con intensidad.

—No sé lo que él estaba pensando —murmuró abatida—. Todo el mundo ha enloquecido.

«Amén», pensó Mitch mientras iba hacia la puerta principal de la casa de Fletcher. Noogie fue a los fondos por si Fletcher se encontraba en casa e intentaba salir por allí. Cualquiera fuese el lugar donde había ido el diácono lo había hecho a pie. Su Toyota estaba en la zona de aparcamiento junto a St. Elysius.

Mitch ordenó que media docena de hombres registraran el barrio andando y en patrulleros. Todos los demás policías del pueblo continuaban con la búsqueda de Josh. Mitch dudaba de que Fletcher hubiera ido a su casa, pero eso dependía del grado de locura que tuviera. De cualquier manera, tenían una orden de registro. Si no atrapaban a Fletcher, por lo menos podrían echar un vistazo.

Abrió la puerta cancel y golpeó con fuerza la puerta interior.

—¡Señor Fletcher! ¡La policía! ¡Tenemos una orden de registro!

Esperó contando lentamente hasta diez. Megan lo despellejaría por hacer esto sin ella, pero cuando llegó la llamada ella no estaba en su oficina, y él no podía esperar. Tomó el intercomunicador y llamó a Noga.

—Haz tu trabajo, Noogie.

—Diez cuatro, jefe.

Mitch pensaba que estaba demasiado viejo para golpear puertas con cualquier parte de su anatomía. Tenían todo tipo de elementos en el baúl del patrullero de Deitz, pero tenía también a Noogie que era más grande y mejor. Después de la interrupción de su carrera como jugador del equipo del colegio debida a un golpe en una

rodilla, Noga siempre se sentía feliz cuando podía estrellarse contra algo o contra alguien.

El sonido de la madera al astillarse se expandió por el aire de la fría mañana. Segundos más tarde, Noga abrió la puerta del frente desde el interior.

—Venda lo que venda, no quiero nada.

Mitch entró en la pequeña sala de entrada.

—¿En serio? Este mes tengo una oferta especial de dos al precio de uno por exceso de fuerza. Cualquiera que me dé mierda recibe dos patadas en el culo.

Noga levantó las gruesas cejas, que parecían dos gusanos. Retrocedió hacia la sala, e indicó con la mano a Mitch que pasara.

—¿Qué prefieres, ir arriba o abajo?

—Arriba. Revisa el sótano.

Mitch subió lentamente la escalera, sabiendo que no estaba muy protegido si Fletcher estaba esperándolo con un candelabro o una Uzi. No se sabía qué podía hacer Fletcher. No se sabía qué había hecho. Quizás había perdido la razón hacía años, pero hasta ahora se las había ingeniado para ocultar su locura. Hasta que vio a Hannah en brazos de su sacerdote.

El premio del pecado es la muerte. Malvada hija de Eva.

¿La odió durante todo este tiempo por haber intervenido en el tratamiento de su esposa, por haber tratado de curar la enfermedad que eventualmente mató a Doris Fletcher? ¿Había matado él acaso a Doris?

—¿Señor Fletcher? ¡Policía! ¡Tenemos una orden de registro!

También había una orden de detención, aunque Mitch dudaba de que el padre Tom fuera a presentar cargos. Por el momento la orden permitía el acceso a su casa. El hecho de que Fletcher hubiera huido con el arma había sido suficiente para que el juez Witt expidiera la orden de registro.

Una tabla del suelo crujió cuando Mitch llegó al estrecho pasillo. Por una ventana que estaba en el extremo opuesto entraba la luz

amarillenta de la mañana, a través de una doble capa de cortinas blancas que no permitían ver la calle. A cada lado del pasillo había una puerta blanca que conducía a sendos dormitorios.

Abrió la puerta de la izquierda y entró cautelosamente, pero la habitación estaba vacía en más de un sentido. Habían quitado de allí lo poco de vida que había quedado de cuando Doris Fletcher aún estaba viva. Mitch sintió de manera instintiva que la condición monástica de los muebles y la decoración eran de un tiempo posterior a la muerte de la esposa. La cama era una tarima estrecha cubierta con una manta de lana, tan tensa que podrían rebotar las monedas sobre ella. En la mesilla de noche había una lámpara y una Biblia negra gastada. Sólo había además un escritorio con cajones, que no tenía nada encima. La única decoración en las blancas paredes era un crucifijo y una estampa de Jesús color sepia, rodeada de viejas ramas de olivo.

La otra habitación estaba cerrada con llave, una situación que debería ser resuelta con la bota de Mitch. La puerta golpeó contra la pared. Abajo, Noogie respondió al sonido con un grito, pero Mitch estaba demasiado sorprendido como para responderle.

Cortinas completamente negras bloqueaban la luz y la visión del mundo exterior, pero la habitación estaba fulgurante con la luz de muchas velas, el olor de cuya cera saturaba el aire. Las velas ardían en una hilera de candelabros junto a la pared; sus llamas producían sombras que bailaban. Sobre unas mesas situadas a ambos lados había velas en recipientes de colores, algunos claros, algunos rojos, algunos azules. La luz alcanzaba para ver que aquel sitio era la capilla personal de Albert Fletcher.

Las paredes estaban pintadas como las de St. Elysius y alguien había trabajado mucho para imitar los intrincados diseños que adornaban la iglesia. Hasta el techo estaba pintado para imitar las arcadas y frescos. Crudas imitaciones de ángeles y santos miraban hacia abajo desde nubes grises, con los rostros distorsionados, grotescos.

En un extremo de la habitación estaba el altar cubierto de brocado blanco con detalles de encaje. Sobre él estaban todos los elementos que se utilizaban en la misa católica: el grueso misal, el cáliz dorado, un par de candelabros con cirios blancos.

En la pared tras el altar había un crucifijo antiguo y enorme con una imagen pintada de Cristo tan delgado como un galgo, agonizando, con sangre que manaba de las heridas en sus manos y de la cuchillada del costado.

Artefactos. Éstas no eran imitaciones caseras, eran artículos genuinos. Podía imaginar a Albert Fletcher sacándolos del sótano de la rectoría de St. Elysius en la oscuridad de la noche; limpiándolos, acariciándolos con sus largos dedos huesudos mientras los observaba con la luz del fanatismo en sus ojos. Los candelabros, los crucifijos, las placas de las estaciones de la cruz, las esculturas.

En todo el perímetro de la habitación había viejas imágenes de la Virgen Madre y de varios santos cuyos nombres sólo podía adivinar. Sus ojos ciegos miraban fijamente desde rostros rotos y resquebrajados. El cabello humano estaba deteriorado y faltaba en algunos lugares. Miraban a una congregación también inanimada, cuatro pequeños bancos con maniquíes.

A Mitch se le erizó la piel cuando los miró. Cabezas y torsos, algunos con brazos, otros sin ellos. Ninguno con piernas. Los hombres estaban vestidos con camisas y corbatas y viejas chaquetas usadas. Las mujeres estaban vestidas con ropas negras y tenían las cabezas cubiertas de negro. Estaban sentados mirando el altar, con una atención perpetua, mientras la luz de las velas brillaba en sus rostros de plástico.

En un costado del altar había otro de sus silenciosos espectadores. El maniquí de un muchacho vestido con sotana negra y sobrepelliz blanco. Un monaguillo.

Un estruendo le anunció que Noogie estaba subiendo por la escalera. Avanzaba por el pasillo y así llegó hasta la puerta de la habitación, apuntando con el revólver hacia el techo.

—Santo Dios —observó el lugar abriendo exageradamente los ojos, y con la boca abierta—. Nunca vi algo así. Esto es pavoroso.

—¿Encontraste algo abajo? —preguntó Mitch mientras se inclinaba y pasaba un dedo por el terciopelo gastado del reclinatorio frente al altar.

—Nada —Noga se quedó en la puerta, observando nervioso las caras de los maniquíes.

Mitch se levantó.

—No es una iglesia verdadera, Noogie. No tienes que susurrar.

El corpulento oficial miró absorto la estatua de la Virgen María a la que le faltaba la mitad del rostro. Tragó y sintió que un temblor le recorría el cuerpo.

—Es horrible —comentó con tono bajo—. Abajo es como si nadie viviera aquí. Quiero decir, no hay casi nada… ni periódicos en el suelo ni correspondencia, ni trastos ni cuadros en las paredes, ni espejos —volvió a abrir exageradamente los ojos—. Los vampiros no tienen espejos.

—No creo que él sea un vampiro, Noogie —le dijo Mitch abriendo la puerta de un armario en el extremo opuesto al altar de la capilla —. Las cruces los detienen.

—Oh, sí.

En el armario había una hilera de prendas de vestir de sacerdote, viejas y desgastadas, pero limpias y planchadas. Algunas todavía estaban en las bolsas plásticas de la tintorería Mueller de Tatonka. Sotanas negras y rojas, sobrepellices blancos, y palios color púrpura y rojo cardenal con elaborados bordados.

—¡Mitch! —gritó Loonie Dietz desde abajo—. ¡Mitch!

—¡Estamos aquí arriba! —respondió Mitch.

Dietz subió corriendo por la escalera. Estaba pálido y con la nariz roja. Se le había caído el sombrero y tenía la peluca sesgada, como si fuera un pequeño animal asustado que se había aferrado a su cabeza. Se detuvo en el descanso, mientras Mitch pasaba junto a Noogie para asomarse al pasillo.

—Será mejor que vengas afuera. Creo que encontramos a la señora Fletcher —dijo Dietz.

Pat Stevens levantó el cobertor que cubría los restos momificados de Doris Fletcher al volante de su Chevy Caprice modelo 1982. Llevaba un viejo vestido de algodón que en algunos lugares estaba en mal estado debido a los líquidos que el cuerpo había supurado en alguna fase de la descomposición. Mitch no tenía idea de cómo había sido en vida, si había sido delgada o gruesa, bonita o de facciones vulgares. Muerta parecía algo que había sido congelado y desecado hasta desaparecer todos los líquidos y la piel y los tejidos quedar pegados a los huesos como un cuero…, que era precisamente lo que había sucedido.

El hecho de que hubiera muerto en invierno había evitado que la descomposición destruyera el cadáver. Al llegar la temperatura más cálida el cuerpo ya estaba parcialmente momificado. La elección del momento había evitado que los olores descubrieran a sus vecinos el destino de Doris. Si Albert Fletcher hubiera encerrado el cuerpo de su esposa en el Chevy Caprice en julio, en Minnesota, no habría podido guardar ni siquiera tres días su secreto, mucho menos tres años. Pero Doris Fletcher había sido servicial en la muerte, aunque no en la vida.

—¿Por qué crees que la trajo aquí? —preguntó Loonie mientras se paseaba nervioso al lado del automóvil. Noogie se quedó contra la pared de la cochera con la boca abierta, en trance, el vapor de su aliento era el único indicio de que había sobrevivido a la conmoción.

—Un fanático religioso como él, ¿por qué no le dio una sepultura cristiana decente? —preguntó Pat Stevens.

—Al parecer no pensó que la mereciera —contestó Mitch.

Leyó la nota que estaba colocada en el frente del vestido de Doris Fletcher.

Malvada hija de Eva:
sin duda tu pecado informará acerca de ti.

9:41 -28°C; Sensación térmica: -38°C

Los halcones de la prensa, que rondaban por el pueblo con sus escuchas sintonizadas hacia los radares policiales, captaron las llamadas de la radio y marcharon hacia la casa de Albert Fletcher antes que el médico forense. Se agruparon en la entrada, y se movían todos al unísono, separándose cuando los policías rompían sus filas, reagrupándose rápidamente después.

Mitch bufaba contra ellos mientras trataba de dirigir a sus hombres y a los técnicos en pruebas del DCC en la cochera y la casa. Los fotógrafos y la gente de la televisión eran los peores, pues trataban de mezclarse con el personal oficial para realizar tomas del cuerpo y de la capilla.

La escena ya era lo suficientemente problemática sin entrometidos. Un cuerpo momificado desde hacía tres años presentaba una amplia gama de problemas logísticos. La gente del DCC discutía la forma de manejar la situación. Megan estaba notablemente ausente de la discusión.

Mitch no podía creer que no montara una escena en el momento en que dieron aviso al DCC. Ella tendría que haber estado allí en la escena del delito mientras los hombres de Mitch revisaban la casa de Fletcher; tomando notas, realizando un cuadro mental, procesando la información en su cerebro de policía para formular nuevas teorías.

Se alejó de los agentes que estaban discutiendo y salió por la puerta lateral de la cochera. Abrió la puerta con ímpetu y casi le dio

con ella en la cara a un reportero con ojos brillantes y una mueca estúpida en el rostro.

—Tendrá que esperar afuera —gruñó Mitch—. Aquí entra sólo el personal policial autorizado.

—¡Jefe Holt! —La mueca se agrandó, y una mano se extendió para saludarlo—. Estuve llamándolo desde la nueve de la mañana. Esa secretaria suya es un verdadero perro guardián.

—Natalie es mi secretaria administrativa —dijo Mitch con frialdad, ignorando la mano extendida—. Ella administra mi oficina, y si llega a saber que la llamó perro guardián le volará la cabeza y gritará en el agujero. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo por delante.

Cara de tonto no sabía si debía sentirse bien o mal. Mitch lo miró con ceño y lo hizo retroceder hacia el sendero. Además de todo lo que era Cara de Tonto, también era tenaz. Caminó junto a Mitch mientras él se encaminaba hacia la casa.

—Tendrá que esperar hasta la conferencia de prensa como todos los demás —dijo Mitch.

—Pero, jefe, usted no entiende. No soy de la prensa. Estoy en el DCC —sacó una identificación del bolsillo del abrigo—. Agente Marty Wilhelm, DCC.

Mitch se detuvo, y sintió un poco de inquietud.

—No lo había visto antes en este caso.

Cara de Tonto hizo una mueca que pareció totalmente inadecuada dadas las circunstancias.

—He sido destinado recientemente.

Mitch mantuvo su expresión cautelosamente en blanco. *¿Agente?* Megan le había dicho que DePalma estaba pensando en enviar a otro agente para que la ayudara. Le había comentado que ella lo tomaría como una señal de su inminente relevo.

—Bueno, agente Wilhelm —le dijo con suavidad, aunque tensamente—, ¿dónde está la agente O'Malley? Debería estar con ella, no conmigo.

Marty Wilhem guardó la identificación en el bolsillo del abrigo.

—No lo sé. Fue relevada de este destino.

14:20 -26 °C; Sensación térmica: -35 °C

Te han sacado del trabajo. Te demandarán por calumnias. Te estalla la cabeza por la migraña. Estás a punto de terminar tus días aquí, O'Malley. Y la noche es joven.

Megan suponía que aún no era de noche, pero el tiempo ya no tenía sentido para ella, y las ventanas de la sala estaban cerradas y oscurecían la habitación. Pero no lo suficiente. La muerte no sería lo suficientemente oscura como para detener el dolor de sus ojos, lo suficientemente tranquila como para evitar que el ruido le taladrara el cerebro. El refrigerador zumbaba y Megan se acurrucó un poco más.

Aún llevaba el abrigo, aunque se había quitado las botas… una estaba junto a la puerta y la otra en algún lugar entre las cajas. La bufanda gris la ahorcaba cuando trataba de cambiar de posición. Tironeó con la mano temblorosa hasta que pudo quitársela y la tiró al suelo. Aún tenía el pelo atado atrás. Sentía cada mechón como si una mano invisible le tirara de la cola de caballo, pero no podía concentrarse lo suficiente como para quitar la bandita de goma que la sostenía.

El dolor era inflexible, como un taladro constante adentro de su cabeza, un hacha que le partía el cráneo. Por Dios, cómo deseaba que alguien le partiera el cráneo con un hacha para dejar de sufrir.

Debería inyectarse Imitrex, pero no podía moverse del sofá. Si hubiera podido ponerse de pie no habría sabido ni siquiera dónde

estaba el baño. Había vomitado en una de las pocas cajas vacías del apartamento. Cualquier puerto era bueno en la tormenta.

Gannon y Friday habían ocupado sus posiciones sobre una caja en el otro extremo de la habitación y la observaban atentamente. Eran como viejas manos en la vigilia. Nunca se acercaban demasiado ni hacían ruido. Como si comprendieran perfectamente su sufrimiento, se situaron lejos de ella y la observaban, siempre diligentes. La cola blanca de Friday caía a un costado de la caja, y se movía atrás y adelante como un péndulo.

Megan miró la cola durante un momento, luego cerró los ojos y la vio quieta. Atrás y adelante, atrás y adelante. El ritmo le provocó vértigo, náuseas, pero no podía borrarlo de su mente. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Luego se transformó en palabras: *Paige Price, Paige Price, derecha, izquierda, derecha, izquierda, Paige Price, Paige Price*.

Luego apareció la voz de DePalma furioso.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpida? ¿Cómo pudiste decirlo frente a veinte malditas cámaras de televisión?

Paige Price, Paige Price, Paige Price…

—… cinco millones de dólares por calumnias…

Paige Price, Paige Price, Paige Price…

—… contra ti y el departamento…

Paige Price, Paige Price, Paige Price…

—… no me importa si es la puta de Babilonia…

Paige Price.

—… estás fuera del caso…

Fuera del caso.

Oh, Dios, no podía creerlo. No podía soportarlo. Fuera del caso. Las palabras eran como un baño de vergüenza. Pero que eso, mucho peor, era el puño de pánico que le oprimía el pecho. No podía estar fuera del caso. Lo había deseado tanto. Encontrar a Josh. Atrapar al monstruo que se lo había llevado y los había atormentado a todos. Quería estar allí para ponerle las esposas en las muñecas y mirarlo a

los ojos y decirle: «Te tengo, hijo de puta». Lo quería por ella, por Josh y por Hannah. Pero estaba fuera del caso y esa verdad le golpeó el corazón.

El dolor ardía en su cabeza como una bombilla de luz brillante; apoyó el rostro contra el almohadón del sofá y lloró.

Otra ola de dolor destruyó todo pensamiento. Sin poder hacer nada más, Megan se rindió ante él. En algún lugar a la distancia se oían los rotores de los helicópteros, sonidos que eran como alas de pájaros golpeándole los tímpanos. La búsqueda continuaba sin ella. El caso continuaba sin ella.

Sonó el teléfono y respondió el contestador automático. Henry Foster quería hablar con ella sobre Paige. *Cuando el infierno se congele*. Lo cual sería inminente, pensó temblando y apretando el abrigo con fuerza.

El teléfono volvió a sonar, haciéndola sollozar, y la máquina volvió a contestar. «¿Megan? Habla Mitch. Acabo de enterarme de que te sacaron. Mmmm… pensé que estarías en casa, pero veo que no. Trataré de localizarte por la radio. Si recibes este mensaje primero, llámame. Tenemos una situación especial con Fletcher —se produjo un silencio—. Lo lamento. Sé lo mucho que significa este trabajo para ti».

La disculpa parecía sincera, como si no estuviera acostumbrado a dar muchas, pero las que daba valían mucho. Él lo sentía. Le estaba dando sus condolencias, de un policía a otro.

Mala suerte, estás fuera del caso. Fue agradable conocerte, O'Malley.

Ella se convertiría en un recuerdo, alguien que había entrado en la vida de Mitch durante una semana, se acostó con él un par de noches, y se fue. No podía esperar que él sintiera algo más profundo que una atracción física por ella. Megan no sabía nada de amor o de relaciones, o de ser mujer… como se lo había señalado Mitch con tanta crudeza. Él se había enamorado una vez para casarse, para formar una familia, para seguir lamentando la pérdida de esa mujer.

Ella nunca tuvo nada tan íntimo. Sólo tenía su trabajo y el fuego lo estaba consumiendo.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?

El teléfono parecía sonar de manera incesante. La prensa habría captado el derrumbamiento. Probablemente, Paige, la muy puta, habría dado la noticia en una nota exclusiva y en vivo desde las escalinatas del City Center.

Megan se preguntó cuál sería la «situación» con Albert Fletcher. ¿Qué situación? No podía recordar. Le hacía daño recordar. Una docena de conversaciones se le agolparon en la mente, todas las voces hablando al mismo tiempo en un coro discordante que le hacían sonar los oídos y dar vueltas la cabeza.

Por favor, ya está bien.

El teléfono volvió a sonar.

Por favor ya está bien.

Las lágrimas corrieron por su rostro. Aturdida, deseando morirse, se deslizó por el sofá y se arrastró gateando para desenchufar el teléfono. Pudo llegar de regreso hasta la caja a tiempo para vomitar, pero no tenía la fuerza ni la coordinación necesarias para regresar al sofá. Se quedó acurrucada en el suelo esperando que pasara el dolor.

16:27 -28 °C; sensación térmica: -38 °C

Nadie había visto a Fletcher. Había desaparecido. Como había desaparecido Josh. Como había desaparecido Megan.

Ella no contestaba el teléfono. No contestaba la radio de su automóvil. Era como si hubiera salido de la estación de policía y hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Mitch recorrió las calles del pueblo buscando a Albert Fletcher, dirigiendo la búsqueda del fugitivo desde la radio de su Explorer. La radio crujió. Posiciones de las unidades. Quejas sobre el frío. Frustración: otro callejón sin salida. Un helicóptero sobrevoló lentamente los techos de Deer Lake buscando al diácono demente.

Malvada hija de Eva: tu pecado informará acerca de ti.

Megan había ido a ver a Fletcher a St. Elysius. No había sido muy encantador con ella. Si Fletcher sabía dónde vivía Megan…

Él vio su Lumina blanco aparcado en un ángulo de la calle, frente a su apartamento. La puerta de la izquierda estaba entreabierta. Se imaginó que la habían bajado del coche a la fuerza, y corrió hasta la acera de la gran casa victoriana. Subió de a dos los escalones de la escalera hasta la segunda planta. No se oía ningún sonido en su apartamento. Tampoco había luz bajo la puerta.

—¿Megan? —llamó, y golpeó la vieja y pesada puerta—. ¡Megan, soy Mitch! ¡Déjame entrar!

Nada.

Si su automóvil está aquí y ella no, ¿dónde demonios está?

—¿Megan? —Volvió a golpear, giró el tirador y vio que estaba cerrado con llave—. Mierda —murmuró retrocediendo—, ya estás viejo para esto, Holt.

Respiró profundamente y de cualquier manera lo hizo. Gracias a Dios ella no había puesto el cerrojo. La puerta se abrió a la tercera patada.

—¿Megan? —Mitch la llamó escudriñando el apartamento oscuro.

Las ventanas estaban cerradas. El sol que habían tenido por la mañana se había ocultado detrás de una gruesa mortaja gris durante la tarde, dejando el apartamento más oscuro que el crepúsculo. La habitación estaba fría, como si la calefacción no funcionara desde hacía un tiempo. El corazón de Mitch latía con fuerza; sacó su Smith amp; Wesson del abrigo y apuntó al techo. Se movió lentamente, silenciosamente, a través de un laberinto de cajas, listo para saltar.

Golpeó con el pie una bota que había sido abandonada.

—¿Megan?

Megan pensó que era una alucinación. El ruido, la voz. Entraba y salía de la realidad. No estaba segura si el latido era adentro de su cabeza… el dolor. El dolor tomó dimensiones que iban más allá de la sensación física. Se convirtió en luz y sonido, en una entidad diferente a cualquier otra, más allá de cualquier descripción.

—¿Megan?

Pero nunca la había llamado por su nombre. Estaba segura de eso. La palabra recorrió su cerebro, y sollozó y se tapó los oídos con las manos.

—¡Megan, por Dios!

Mitch eludió una pila de cajas y se arrodilló en el suelo junto a ella. Las manos le temblaron con violencia cuando trató de levantarla.

—Cariño, ¿qué sucedió? ¿Quién te lastimó? ¿Fue Fletcher?

Megan trató de alejarse de él. Pero él la tomó del hombro y la sentó. Se encendió la lámpara que estaba en un extremo del sofá, y Megan gritó.

—¿Qué sucede? —preguntó Mitch, inclinándose sobre ella y apartándole las manos cuando ella trató de taparse los ojos—. ¿Dónde estás lastimada, cariño?

—Migraña —susurró. Cerró los ojos con fuerza—. Apaga esa maldita luz y vete.

La luz se apagó y pudo volver a respirar. La debilidad la hizo temblar, volvió a ponerse de costado y levantó las rodillas hasta su pecho.

Mitch nunca había visto a nadie en este estado de agonía que no estuviera sangrando profusamente por el agujero de una bala o una herida de arma blanca. Nunca imaginó que un dolor de cabeza pudiera ser tan intenso como para derribar a alguien al suelo.

—¿Te llevo al hospital?

—No.

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño? —murmuró acercándose más.

—Deja de llamarme cariño, y vete —su orgullo no quería que la viera en ese estado… débil, vulnerable.

—Ni pienses que me iré —gruñó Mitch.

La tomó en sus brazos y la levantó. Megan se apoyó contra su pecho y se aferró a su abrigo, deseando no vomitar mientras él la llevaba desde la sala hasta el dormitorio.

Mitch la sentó sobre la cama, y ella se quedó temblando y se inclinó hacia adelante. Mitch le sacó el abrigo, el jersey, y la correa donde llevaba el arma, la camisa y el sujetador. Luego la vistió con una camisa extragrande de franela que estaba al pie de la cama. Ella se acostó y él le quitó el pantalón y la A. M .T. 38 que llevaba en el tobillo derecho.

—¿Tienes alguna medicación?

—En el botiquín —susurró, tratando de acomodarse en su almohada—. Imitrex. No hables tan alto.

Se fue y regresó con una jeringa, luego volvió a decirle que debería llevarla a un hospital cuando ella quiso enseñarle la manera de ponerle la inyección.

—Megan, no puedo darte una inyección. Soy policía, no médico.

—Eres un tonto. Cállate y hazlo.

—¿Y si fallo?

—Es subcutánea, no puedes fallar —le respondió tragando la náusea—. Lo haría yo misma, pero me tiemblan mucho las manos.

Mitch presionó la aguja contra el brazo y contó hasta diez. Megan lo miró con los párpados medio cerrados. Él tiró la jeringa usada en el cesto y la miró.

—Otra vez estás siendo amable conmigo —murmuró ella.

—Sí, bueno, no te acostumbres —las palabras no provocaron dolor y, sin embargo cuando le quitó el pelo de la cara lo hizo con ternura.

—No te preocupes, sé lo que debo hacer.

Mitch no sabía si se estaba refiriendo a su trabajo o a su relación. No estaba seguro si debían llamarla una relación, pero éste no era el momento de discutirlo.

—Me asustaste —dijo suavemente Mitch—. Pensé que nuestro demente de esta mañana había venido por ti.

—¿Quién? —preguntó Megan, mientras los pensamientos volvían a danzar en su cabeza.

—Fletcher golpeó al padre Tom; le abrió la cabeza con un candelabro. Probablemente sabes lo que se siente.

—Muy desagradable. ¿Lo atraparon?

—Lo haremos —Mitch decidió reservar el resto de la historia de Fletcher para más tarde. Ella no estaba en condiciones de escuchar sobre el caso, especialmente cuando la habían sacado de él—. No te preocupes, O'Malley. Te dará dolor de cabeza.

Megan pensó que había sonreído un poco, pero no estaba segura. Su cerebro continuaba en cortocircuito mientras el dolor le quemaba el interior de los ojos.

—Necesitas descansar —dijo Mitch—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Era extraño que sintiera timidez, pensó. Lo que le iba a pedir no era algo íntimo. Sólo un favor. Pero se sentía tan vulnerable…

—¿Podrías soltarme el pelo? —Giró la cabeza para que pudiera hacerlo, y al mismo tiempo para no tener que mirarlo.

Era increíble que pareciera algo tan personal, pensó Mitch mientras le quitaba el lazo de terciopelo sucio y la bandita de goma del pelo oscuro. Había hecho esto mismo por Jessie muchas veces. Quizá se debía a eso… ella parecía tan indefensa como una niña. Y él estaba asumiendo el rol de un protector. Ella debía detestarlo. Era tan independiente, tan orgullosa, y el dolor la había reducido a la situación de tener que pedir algo tan simple como que le soltaran el pelo. Un ciclo irónico: la vulnerabilidad de Megan había hecho surgir una fuerza en él que al fin lo hacía vulnerable a él también.

Deslizó los dedos por la almohada y le masajeó la nuca y los músculos anudados de la espalda. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, pero no le pidió que se detuviera.

—Sabes, nunca hice esto por Leo —dijo suavemente, inclinándose para besarle la mejilla—. Trata de dormir un poco, querida. ¿Puedo llamarte querida?

—No.

—Muy bien, hueso duro. Estaré en la habitación de al lado por si me necesitas.

Si me necesitas… Megan no dijo nada cuando la arropó con el cobertor, se irguió y se volvió para irse. Sólo ella y su dolor en una habitación que nunca sería un hogar porque ella había arruinado su oportunidad. Ya parecía más frío, más vacío, como si el lugar supiera que ella se iría.

… *si me necesitas…*

—¿Mitch? —Detestaba la debilidad de su tono, los ecos de un pasado lejano y solitario, pero no deseaba estar sola con aquellos fantasmas esta noche.

Él se inclinó junto a la cama y la miró. Ella cerró los ojos para contener las lágrimas, avergonzada de que él las viera.

—Abrázame, por favor.

Mitch apretó los labios por la emoción. Le tocó la nariz con la punta de un dedo y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Caramba, O'Malley, creí que nunca me lo pedirías.

Mitch se quitó las botas y sé recostó a su lado, mientras la cama crujía por el peso de los dos. Se acomodó junto a ella apoyando su cuerpo contra la espalda de Megan. Le tomó una mano y le besó el pelo con tanta suavidad que ella casi no lo sintió. Él escuchó su respiración hasta que por fin ella se durmió.

33
Día 10
19:24 -30 °C; sensación térmica: -41 °C

—Hannah, más allá del miedo, ¿qué siente en este momento de prueba?

Hannah respiró profundamente, pensó con cuidado, lo mismo que había hecho con las preguntas previas. Trató de ignorar la presencia de las cámaras y las luces, y se concentró en el rostro de la mujer que estaba sentada frente a ella. Así era como pensaba en Katie Couric, como en una mujer, como en una madre, no como en una celebridad o una reportera.

—Confusión. Frustración —le respondió—. No puedo comprender por qué nos sucede esto. No puedo comenzar a comprenderlo, y eso es motivo de gran frustración.

—¿Siente que esto es un ataque personal o una venganza?

Hannah miró sus manos, apoyadas sobre la falda y miró el pañuelo al que había convertido en un nudo.

—No quiero pensar que alguien a quien conozco podría ser capaz de esta clase de crueldad.

Couric se inclinó un poco hacia adelante en el pequeño sillón color damasco. El equipo del informativo de la NBC había ocupado la mejor parte de la última planta del Fontaine. El Fontaine era un hotel Victoriano elegantemente remodelado, en el centro de Deer Lake, y

estaba amueblado con antigüedades y reproducciones. El equipo había elegido la *Suite* Rosada para la entrevista, en parte por su tamaño, en parte por su belleza.

—Hannah, usted estuvo involucrada en un incidente esta mañana en la iglesia católica de St. Elysius —dijo Katie Couric cuidadosamente—. El padre Tom McCoy fue atacado por Albert Fletcher, el hombre que le enseñaba catecismo a Josh y lo supervisaba como monaguillo. Más tarde la policía realizó un descubrimiento horrible en la casa del señor Fletcher… encontraron lo que suponen sea el cuerpo de su esposa, que murió hace varios años. En este momento, las autoridades están buscando a Albert Fletcher. ¿Cree que podría haber estado involucrado en la desaparición de Josh?

—Estaba tan sorprendida cuando sucedió… el ataque —respondió Hannah—. Aún estoy sorprendida. Nunca había pensado que él podría ser tan violento, de ser así no le habríamos confiado a nuestro hijo. Ésa es parte de la frustración. Yo creía que este pueblo era un lugar seguro. Yo creía que la gente que nos rodeaba era buena. Ahora todo eso está destrozado, y esto me hace enfadar y me hace sentir que he sido muy ingenua.

—¿La disgusta que la hayan escogido cuando, como médica ha hecho tanto por la gente de Deer Lake?

Respiración profunda, pensamiento cuidado. La habían educado para prestar servicio y entregarse a la gente sin esperar un beneficio personal. La respuesta que surgía automáticamente traía la culpa, pero era una respuesta honesta, y la emitió casi como un susurro.

—Sí.

Paul miró la entrevista en un televisor portátil, en su oficina, y sintió unos celos que nunca admitiría. Las emisoras locales no eran lo suficientemente buenas para Hannah. Ella necesitó una entrevista en una cadena nacional. Probablemente estaría rompiendo corazones a lo largo y ancho de todo el país con sus ojos celestes llenos de lágrimas y su tono suave. La cámara la adoraba. Parecía

una actriz con su ondulado y suelto pelo dorado. Darryl Hannah como Hannah Garrison, madre devastadora.

Se sirvió un poco de *whisky* escocés de la botella que había sacado de la oficina de su socio y lo bebió haciendo muecas. Decían que el *whisky* escocés era un gusto adquirido. Paul tenía intenciones de adoptarlo lo más rápidamente posible. En estos días la carga de su vida es algo muy difícil de llevar. Hannah no estaba ayudándolo. ¡Por Dios, ella lo había acusado de llevarse a Josh! Después de todo lo que había hecho para ayudar en la búsqueda. Tanto por la fe. Tanto por la confianza. Tanto por el amor imperecedero.

Tanto por el amor imperecedero.

Había llamado a Karen para que lo consolara y ella se había negado. Paul tuvo la impresión de que Garrett estaba escuchando, pero el rechazo aún le dolía. Bebió otro poco de licor y miró la pantalla del televisor.

Katie Couric tenía un aspecto grave y atractivo a la vez. Inclinó la cabeza y miró de soslayo.

—Las distintas personas reaccionan de manera diferente a esta clase de trauma. Algunos encuentran fuerzas que no sabían que tenían. Algunos descubren que aunque les han quitado algo vital, las relaciones con la gente que los rodea se profundizan. A otros les resulta difícil y doloroso mantener esas relaciones. ¿Cómo diría usted que ha afectado sus relaciones personales la desaparición de Josh, Hannah? ¿Cómo ha afectado su matrimonio?

Hannah permaneció en silencio durante un momento. Bajó las comisuras de los labios.

—Ha sido una tensión terrible.

—¿Cree que su esposo la culpa por lo ocurrido esa noche?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

A Couric también le brillaron los ojos. Se le suavizó la voz.

—Usted se culpa a sí misma, ¿verdad?

—Sí —la cámara tomó un primer plano mientras Hannah trataba de recuperar el control—. Cometí un error que parecía tan

pequeño…

—¿Pero realmente cometió un error, Hannah? Usted le pidió a alguien que llamara al patinódromo para avisar que llegaría tarde. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

—Podría haber tenido algo planificado, un arreglo con alguien conocido para que pasara a buscar a Josh cuando yo no pudiera. Podría haberle enseñado más a Josh sobre cómo cuidarse. Podría haber ayudado al programa de *hockey* juvenil para organizar un plan que asegurara que todos los niños llegaran seguros a sus casas. No hice ninguna de esas cosas y ahora mi hijo se ha ido. Nunca se me ocurrió que necesitaría tomar alguna de esas medidas. Era ingenua. Nunca imaginé el precio que tendría que pagar por eso. Eso es lo que quiero que otras personas aprendan de esta entrevista: que sólo se necesita un error en el momento equivocado para cambiar nuestras vidas para siempre. No quiero que nadie más tenga que pasar por lo que estamos pasando nosotros. Si algo de lo que digo puede evitar que suceda, entonces lo diré.

—Y ayer cuando la policía de Deer Lake le pidió a su esposo que se presentara para tomarle las huellas digitales, ¿qué pensó de eso? ¿Existe alguna pregunta en su mente sobre la posible intervención de su esposo?

Hannah bajó la mirada.

—No puedo creer que Paul haría algo para dañar a nuestro hijo.

Lo dijo de manera inflexible, como si fuera una regla que había sido forzada a adoptar, lo creyera así o no. La zorra. Paul bebió otro poco de *whisky* y se esforzó para no eructar.

—Hannah, su esposo acusó a las agencias policiales de no manejar bien el caso. ¿Usted comparte su punto de vista?

—No; sé que están haciendo todo lo que pueden. Algunas de las preguntas que tuvieron que hacer eran muy difíciles, algunas veces dolorosas, pero conozco a Mitch Holt desde que se mudó aquí con su hija, y sé que todo lo que ha hecho en este caso es con un solo objetivo: encontrar a Josh y llevar a su secuestrador a la justicia.

—Gracias, Hannah —murmuró Mitch.

Estaba sentado en el sofá de Megan mirando el programa en un televisor con orejas de conejo, que se encontraba sobre una caja en el otro extremo de la habitación. Junto a él, el gato negro y blanco estaba acostado como un león, mirando también el televisor. El pequeño gato gris estaba dormido en su falda.

Había hablado por teléfono cada quince minutos, para mantenerse en contacto con sus hombres. Aún no había señales de Fletcher, y con excepción de los patrulleros, la búsqueda había sido suspendida debido al intenso frío. De cualquier manera, si el diácono estuviera escondido en algún lugar donde los policías podían entrar sin una orden de registro no tendrían que hacerse problema; por la mañana estaría tan tieso y frío como la propia Doris. Las patrullas del estado mantenían informado a Mitch sobre los progresos llamándolo cada hora. Si Fletcher había podido salir de Deer Lake en coche, nadie lo había visto en las autopistas de Minnesota.

Mitch sentía que se estaba consumiendo al no poder estar afuera sacudiendo arbustos y buscando a Fletcher. Sabía que no se podía hacer nada más que lo que ya se había hecho. Pero la inactividad iba contra su naturaleza de policía. Y ahora que sus viejos instintos habían reverdecido, sentía que aquella vieja inquietud estaba volviendo a la vida.

Dejó que Megan durmiera profundamente, esperando que pudiera hacerlo toda la noche. Aún le conmovía pensar en el dolor que ella había soportado… y en la forma que ese dolor lo había afectado. Quiso aliviarla, protegerla, ocuparse de ella. Quería luchar por ella, por su trabajo… aquello que significaba tanto para ella; más que él, más que nada. Esos componentes personales hacían crecer algo dentro de sí para lo que no se sentía preparado.

Miró la mano que tenía apoyada sobre el lomo del gato gris, y vio el anillo. Aún podía oír la amargura de la voz de Megan: *Dios mío, ni siquiera te molestaste en sacarte la alianza cuando te acostaste*

conmigo. Y aún podía sentir la culpa, y supo que de alguna manera extraña, lo complacía.

Dios, ¿a eso se había reducido todo? Un purgatorio emocional. Y la había arrastrado a Megan con él. Sea lo que fuere lo que ella esperaba de esa relación, ella no se merecía eso. Allison se había ido. Para siempre. Podría haber impedido su muerte, pero no podía resucitarla. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba pagando? ¿Cuánto tiempo más quería pagar?

La vida podía cambiar tan rápidamente. En un chasquido. En un abrir y cerrar de ojos.

… se requiere sólo un error en el momento equivocado para cambiar nuestras vidas para siempre. Las palabras de Hannah repetían lo que ya sabía desde aquel día en Miami, cuando estaba demasiado cansado para detenerse a comprar leche cuando iba camino a casa. Un segundo, una decisión sin importancia, y el mundo saltaba de su eje como un trompo enloquecido.

¿Era mejor vivir una vida a medias y no volver a correr el riesgo de esta clase de dolor, o tomar lo que venía y vivirlo a pleno mientras el destino lo permitiera? Sabía lo que era más seguro, lo que dolía menos y lo castigaba más.

Observó a Hannah en la pantalla del televisor, esforzándose para ser fuerte, para compensar a su manera el error imaginario que le había costado tanto. El dolor le había pintado ojeras y le había hundido los elegantes pómulos. La tensión había fracturado su matrimonio. Si pudiera, ¿elegiría evitar tanto dolor no teniendo jamás a Josh en su vida? Mitch supo cuál sería su respuesta. Sabía que no cambiaría su tiempo con Allison y Kyle por nada.

—¿Cómo está ella? —Megan se detuvo en la puerta, frotándose los ojos, con el pelo desarreglado. La camisa de franela le llegaba hasta las rodillas.

—Está bien, teniendo en cuenta las circunstancias —respondió él. Dejó a Gannon en el suelo cuando se levantó del sillón—. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Un poco aturdida. Pronto estaré bien. No es nada nuevo.

Mitch le levantó la mirada.

—Es nuevo para mí. ¿Con qué frecuencia te sucede?

Megan giró la cabeza y evitó su mirada aunque no su preocupación. Ahora que lo peor había pasado, quería olvidar lo inútil que se había sentido, lo mucho que había querido su compasión. Si hubiera podido soportar sola la migraña, habría sido más fácil salir del pueblo y de la vida de Mitch. Ahora había que enfrentar las pegajosas consecuencias de la compasión y el compromiso. Terminaciones emocionales que serían difíciles de anudar.

—Depende —le respondió. Se sentó en un extremo del sofá, mirando la televisión, donde un genio de los comerciales había podido relacionar la *pizza* con una anciana pintándose los labios en el retrete de un avión.

—Cada vez que pierdo un trabajo o me demandan por cinco millones de dólares.

Mitch se acomodó en el brazo del sofá, con aquella expresión demasiado profunda que ella ya conocía. Se negó a mirarlo. Los sentimientos estaban a flor de piel, y estaba muy cansada para mostrarse demasiado transparente.

—Megan, yo quisiera…

—No te molestes; no nos hace bien.

Se inclinó hacia ella.

—¿Por qué no me dejas que te ayude o al menos que me conduela?

—Porque no puedes arreglarlo. No hay nada que puedas hacer para cambiar la mente de DePalma. No puedes cambiar el hecho de que Paige Price sea una puta mercenaria o de que yo se lo haya dicho por televisión. No puedes arreglarlo, y no quiero tu condolencia.

Mitch se levantó.

—No, tú no permitirías. No necesitas condolencias. No necesitas a nadie…, ¿no es así?

Megan miró con obstinación la televisión. Él quería sacudirla. Quería que lo necesitara y se lo dijera. Le había pedido que la abrazara cuando el dolor ya no le permitió ver hacia adelante, pero aquella Megan y ésta eran dos personas diferentes… un par de muñecas rusas, una escondida dentro de la otra, y que rara vez salía para que la vieran.

Sintió ganas de golpearse a sí mismo por preocuparse. ¿No se había dicho a sí mismo que le agradaba su vida tal como era… simple, controlable, segura… vacía?

En la televisión estaba por terminar la entrevista de Hannah. Mitch se sentó cerca de Megan, obligando a Friday a abandonar su lugar. El gato lo miró con una expresión horrible, y fue a acomodarse sobre una caja marcada trastos sin uso. Katie Couric se inclinó hacia adelante en su silla, con los ojos luminosos.

—Hannah —le dijo muy suavemente—, ¿cree que Josh está vivo?

La cámara tomó de cerca el rostro de Hannah.

—Sé que lo está.

—¿Cómo lo sabe?

Se tomó su tiempo para responder, y consideró la pregunta y las implicaciones de su respuesta. Cuando habló lo hizo con voz clara y segura.

—Porque él es mi hijo.

—La otra noche no estaba tan segura —comentó Megan, mordiéndose las cutículas—. Me preguntó dos veces si yo creía que Josh estaría vivo. Preguntó como si necesitara mi confirmación. ¿Qué es todo esto?

Megan sintió que había algo más, pero no podía precisar qué era. Su opinión ya no importaba. Marty, el spaniel, estaba a cargo ahora. No la escucharía aunque le dijera que el mundo era redondo. De cualquier manera, no afectaría el caso. Hannah podía creer o no. Ningún sentimiento ayudaría a encontrar a Josh o a su raptor.

—¿Si supiera que Josh la está escuchando en este momento, qué le diría? —preguntó Katie Couric a Hannah.

El primer plano del rostro de Hannah ocupaba toda la pantalla, y la cámara registraba cada matiz de su expresión. Todo Estados Unidos veía todo: el miedo, el dolor, la confusión. Ojos celestes llenos de lágrimas. La boca temblando para contener la necesidad de llorar.

—Te quiero. Quiero que sepas eso, Josh, y créelo, te quiero mucho…

El primer plano de Hannah desapareció y apareció uno de Josh. La fotografía de la escuela. Josh con su uniforme de explorador. La sonrisa que mostraba los agujeros donde le faltaban los dientes. Los ojos brillantes y el pelo revuelto. La fotografía desapareció y, de pronto, Josh estaba vivo en la pantalla, gracias al vídeo. Interpretando el papel de un pastor en una procesión de Navidad, posando con Lily frente al árbol familiar. La soprano Linda Ronstadt cantaba *En algún lugar ahí fuera* mientras las imágenes se sucedían. La letra de la canción conmoviendo con su anhelo, brillando con la esperanza.

Megan se mordió con fuerza el labio. Maldición, maldición, maldición. Había podido soportar la entrevista, ella misma había entrevistado a Hannah, pero esto era jugar sucio. La canción podría haber sido el mismo Josh gritando desde la oscuridad de la noche en la que había desaparecido diez días antes. El vídeo lo transformó en un niño vivo, lleno de energía y rasgos peculiares, y ternura hacia su hermanita. Su rostro inocente unido a la lírica de la canción sacaba el caso del contexto de trabajo y lo transformaba en algo dolorosamente personal.

El caso que le habían arrebatado.

Nunca, nunca permitas que se transforme en algo personal, O'Malley.

Demasiado tarde. El dictado inflexible no podía anular las emociones. La caja de Pandora se había abierto. Lo único que podía hacer era luchar para evitar que salieran todos los sentimientos.

Parpadeó rápidamente y apretó con fuerza uno de los bordes de la camisa que le cubría los muslos. Si lo apretaba con fuerza quizá podría evitar llorar.

Entonces Mitch tomó su mano con fuerza, y se la apretó en un silencioso mensaje de comprensión y empatía.

Maldición, O'Malley: ¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Por qué tienes que rendirte? Ahora tienes que ser más dura que todo esto.

Respiró profundamente, con la mandíbula rígida, luchando para detener el temblor de su labio inferior.

—Maldición —murmuró con los dientes apretados—. Quería atrapar a ese hijo de puta.

—Lo sé —le contestó Mitch.

—Está cerca. Lo puedo sentir. Deseo tanto atraparlo que me duele.

Pero no importaba lo mucho que quisiera atraparlo ni la profunda solidaridad de Mitch; estaba fuera del caso. DePalma esperaba que soltara el balón y regresara al cuartel general para que el inspector pudiera castigarla en persona, y luego se sentara en una habitación llena de abogados y soportara su compañía mientras hacían planes para enfrentar a Paige Price y sus *dobermans* legales. De esa manera se suponía que debía abandonar la vida que había comenzado en Deer Lake. Olvidar a la gente; eran sólo nombres en informes. Olvidar el apartamento, no había vivido allí lo suficiente como para llamarlo hogar. Olvidar a Mitch Holt; él era sólo otro policía, y sabía que no le convenía involucrarse con policías. Olvidar a Josh; ahora era responsabilidad del Muchacho Spaniel.

Josh la miraba desde la pantalla del televisor, con sus ojos bien abiertos y sus pecas, y un agujero en su boca donde antes había un diente. Qué poco control tenía Megan frente a la frustración y la furia. Se levantó del sofá dando un salto. Maldiciendo y llorando golpeó una pila de libros que había sobre una caja y los envió al otro extremo de la habitación. Los gatos saltaron asustados y fueron a esconderse en el pasillo. Megan se volvió y golpeó otra pila. Cuando

se volvió y lanzó un nuevo puñetazo esta vez golpeó el pecho de Mitch.

—¡Maldición! —gritó.

Mitch la tomó de los brazos y ella cayó sobre él. Le temblaban los hombros por el esfuerzo que estaba haciendo para tratar de contener las lágrimas.

—¡Maldición! Llora de una vez —le ordenó Mitch abrazándola—. Estás autorizada. Llora. No se lo diré a nadie.

Cuando las lágrimas afloraron, Mitch apoyó su mejilla sobre la cabeza de ella, y le susurró y se disculpó por cosas que estaban más allá de su control.

Todo estaba más allá del control de los dos. Todo había sido puesto en marcha por un loco. En un momento, con una sola acción, había cambiado muchas vidas, y ninguno de ellos podía hacer nada al respecto. Ella perdería su trabajo, su hogar, su oportunidad de pertenencia…, pero tenía este momento, y no quería perderlo.

Miró a Mitch, las líneas que el tiempo y el dolor habían marcado en su cara, los ojos que habían visto demasiado. No podría tenerlo para siempre, pero tenían esta noche. Podría perderse en su abrazo, dejar fuera el mundo sórdido con la fuerza de la pasión.

Mitch le acarició el cabello y la frente, donde se concentraba el dolor.

—Deberías regresar a la cama —le susurró.

Megan sintió su corazón latiendo contra el de él, la fuerza y gentileza de sus manos, vio el deseo y la pena en sus ojos. Lo amaba. Aunque pareciera inútil. Ella tenía que irse. Él no le había pedido que no lo hiciera. Él no le había pedido nada, no le había prometido nada, había amado tan profundamente a otra… y a ella nunca la había amado nadie. Pero podía guardar esos secretos en su corazón, mantener su amor a resguardo. Ésta podría ser la última noche juntos.

—¿Te acostarás conmigo? —le preguntó suavemente, mirándolo a los ojos.

—Megan…

Ella apoyó dos dedos en sus labios, silenciando su preocupación. Mitch la observó, tan frágil, tan pálida, su fuerza increíble doblegándose ante el peso del mundo. Se estaba enamorando de ella. Aunque eso no tuviera mucho futuro. Dentro de un día o dos se iría para tratar de salvar su carrera, que tanto significaba para ella. Él se quedaría con la vida que había construido aquí… ordenada, vacía, cuidadosamente en blanco. La vida que él quería, segura y sencilla.

Pero podían pasar juntos esta noche.

Mitch le tomó la mano y se la besó suavemente. Ella se volvió y lo llevó por el pasillo hacia su dormitorio, dejando la televisión encendida.

Había dejado la luz de la mesilla de noche encendida iluminando las sábanas enredadas. La luz recortó su silueta mientras se quitaba la camisa de franela y la dejaba caer al suelo. Formaba un aura alrededor de su pelo oscuro y le daba un brillo de alabastro a su piel. Estaba allí frente a él dispuesta a desnudarse, aunque no a desnudar su alma; dispuesta a tomar de él tanto como él quisiera darle. Ella merecía más que una noche. Merecía más de lo que le había dado la vida, más de lo que él le había dado.

Las manos de Mitch temblaron cuando se quitó la alianza y la dejó sobre la mesilla.

A Megan le saltó el corazón. Las posibilidades rondaban en su mente, pensamientos tontos y deseos inútiles. Los dejó de lado para aferrarse a la única verdad que podía manejar: pasarían esta noche sin sombras de amores pasados ni pecados del pasado.

Ella tomó su mano y la acercó a sus labios temblorosos y besó el anillo de piel blanca. Luego él la abrazó y la besó.

Megan le deslizó la camisa sobre los hombros y Mitch se la quitó impaciente, deseando sentir su cuerpo desnudo contra el de ella. La tendió en la cama, y besó su cuello y sus pechos. Ella se arqueó debajo de él, ofreciendo sus pezones a la boca de él, gimiendo

cuando sintió la succión. Él deslizó una mano por la cadera y le colocó la pierna alrededor de él, presionando la tibieza húmeda de su femineidad contra los músculos temblorosos de su abdomen.

Ella sintió que un profundo gemido retumbaba en la base de la garganta de Mitch cuando tomó su erección en las manos. Él le apretó las manos con las de él, inclinó la cabeza y apretó el lóbulo de la oreja entre sus labios.

—Así es como estás de tensa cuando estoy dentro de ti —dijo Mitch, lanzando el impulso de su excitación a través de ella.

Mitch la miraba a los ojos mientras la penetraba. El pánico se apoderó de él al pensar que en unos pocos días y noches se había enamorado; al pensar que todo esto terminaría en un día, en un abrir y cerrar de ojos. Entonces la pasión superó el miedo. La penetró aún más profundamente, y el calor húmedo y tenso borró todo de su mente. Se movieron juntos, remontándose juntos en las alturas hasta llegar a un punto en el que desaparecían los límites entre lo físico, lo emocional y lo espiritual. Lo alcanzaron casi al unísono. Sin aliento, temblando, abrazándose con fuerza.

Te amo… Las palabras estaban en los labios de Megan. Las contuvo.

Te amo… Mitch contuvo el pensamiento en su corazón, temeroso de expresarlo.

Luego ya todo había acabado, y estaban en silencio, quietos, y las viejas dudas volvieron a surgir desde los rincones del destierro. Las fronteras estaban nuevamente en su lugar, las guardias estaban alertas otra vez. Corazones con armaduras, latiendo separados y solitarios en la noche.

20:55 -31°C; Sensación térmica: -43°C

Hannah se sentó en la oscuridad de su dormitorio. Su dormitorio. Con qué rapidez la mente realizaba esas pequeñas alteraciones. Paul no dormía en esta cama desde hacía dos noches y su cerebro ya omitía las referencias plurales. No quería pensar en el significado de eso para su futuro. No quería enfrentar los sentimientos de culpa, pérdida y fracaso asociados con el matrimonio que alguna vez había creído perfecto. Había hecho todo lo que podía para soportar el peso de la culpa, la pérdida y la sensación de fracaso asociados con Josh.

Habría sido muy agradable salir de la entrevista y tener al hombre con el que se había casado; sentir su abrazo y su consuelo en el camino de vuelta a casa. Saber que tenía su amor y su apoyo. En lugar de eso, había conducido sola en su regreso. Kathleen Casey, que se había ofrecido para cuidar a Lily, estaba en el sofá de la sala de estar con McCaskill, el agente del DCC, mirando *The X Files* y comiendo palomitas de maíz. Paul se había ido.

Paul se había ido. El Paul al que había amado y con el que se había casado. No conocía al hombre que le había mentido, al que le había ocultado cosas, al que la había culpado por el acto de un loco. No conocía al hombre que había cortejado a los medios, al hombre al que le habían pedido sus huellas digitales. No sabía quién era o qué era capaz de hacer.

No quería considerar las posibilidades, así que se levantó de la silla y comenzó a desvestirse. Se concentró en cada detalle doméstico, desabotonar, doblar, dejar a un costado. Eligió un pijama

bastante usado y se lo puso, y luego se sacudió el pelo de los ojos. Mientras buscaba el pantalón, sonó el teléfono en la mesilla de noche.

Hannah lo miró fijo. Recordó la última llamada que había recibido en esta habitación, y se le puso la piel de gallina y comenzó a transpirar. No podía dejarlo sonar. No quería atender. McCaskill y Kathleen se estarían preguntando por qué no atendía el teléfono. Levantó el auricular con la mano temblorosa.

—¿Hola?

—¿Hannah? Habla Garrett Wright. Vi la entrevista. Sólo quería que supieras que creo que eres muy valiente.

—Mmmm… bueno… —No era un desconocido que quería atormentarla ni Albert Fletcher deseando descargar su locura. No era Josh. Sólo un vecino. El esposo de Karen. Él enseñaba en Harris—. Era algo que tenía que hacer.

—Comprendo. Aun así… Bueno creo que has hecho lo que debías. Escucha, si necesitas ayuda para sobrellevar todo esto, tengo un amigo en Edina que se especializa en terapia familiar. Se lo mencioné a Paul la otra noche cuando estuvo aquí, pero creo que no quería oírlo. Puedes anotar su nombre y llamarlo o no, pero creí que debías tener la posibilidad de hacerlo.

—Gracias —murmuró Hannah abstraída, sentándose en la cama.

Copió automáticamente el nombre y el número de teléfono en el anotador, pensando en qué habría estado haciendo Paul en la casa de los Wright y por qué no se lo había mencionado. Pero la visita a la casa de un vecino era el más pequeño de sus secretos. No quería saber cuál podría ser el mayor.

El pensamiento permaneció en su mente después de colgar el auricular, y una terrible sensación de soledad y miedo se apoderó de ella, amenazándola con devorarla. Ésa era la parte más dura de todo esto: no importaba lo mucho que la gente que la rodeaba quisiera ayudarla; en el nivel más fundamental estaba sola. La persona que debería haber estado más cerca se alejaba cada vez más.

Miró sin ver. Cuando el teléfono volvió a sonar, contestó sin vacilar. La voz que respondió era suave y gentil, y tan bienvenida para sus nervios destrozados como el agua fresca para un ser sediento en el desierto.

—¿Hannah? Habla Tom… El padre Tom. Pensé que quizá necesitara hablar con alguien.

—Sí —susurró con una sonrisa temblorosa—. Me gustaría.

www
Registro diario
Día 10

Como dice Shakespeare: Todo el mundo es un escenario,

Y todos los hombres y mujeres meros actores; Tienen sus entradas y salidas…

Y nosotros somos los directores, los maestros titiriteros que manejamos sus cuerdas invisibles.

Y así, hora a hora, destrozamos y destrozamos, Hora a hora corrompemos y corrompemos.

Creando así una historia.

Ya es tiempo para un nuevo acto y otro delicado giro de argumento.

Somos brillantes.

34
Día 11
9:45 -5°C; Sensación térmica: -12°C

El sábado la temperatura aumentó y el cielo se cubrió. Un techo de espesas nubes color plomo colgaba a baja altura sobre el paisaje boscoso y dejaba caer un fino polvo de nieve. En el profundo frío y la oscuridad que prevalecía, los meteorólogos habían evitado hablar sobre el estado del tiempo, dejando las predicciones de tormenta para los locutores de programas musicales del fin de semana.

Megan escuchaba con un oído. ¿Chubasco de nieve? Si era lo suficientemente intenso le impediría ir a St. Paul. Si daba algunas vueltas por el pueblo buscando a Albert Fletcher… Si este maldito carromato funcionara mejor… Una docena de argumentos pasaron por su mente, como un niño desesperado esperando el final de una clase. Si pudiera quedarse sólo hoy… Pero DePalma quería que dejara Deer Lake. Nunca la habría llamado un sábado a menos que estuviera desesperado. Los abogados no estarían allí; el Departamento no les pagaría horas extras. Se trataba simplemente de sacarla del pueblo, antes de que hiciera más daño.

Tendría que ir si quería salvar algo de su carrera. Ir, arrepentirse y cumplir la penitencia. La idea se le atragantó en la garganta como una pelota de piel. Ella era una buena policía. Eso debería contar para algo, pero no era así.

Se frotó la parte inferior del ojo derecho. El dolor de cabeza aún persistía, amenazante, en un agotador encuentro contra su resistencia. Tendría que haberse quedado en la cama, pero no quería quedarse sola allí. Estaba conduciendo desde el amanecer, pensando en lo que había hecho con su vida. *Tendrías que haber aceptado ese trabajo del FBI, O'Malley*. Ahora podría estar en Memphis, a mil quinientos kilómetros del frío y la nieve, a mil quinientos kilómetros de un corazón roto. Ese corazón aún deseaba que las cosas hubieran funcionado. Su cabeza lo sabía bien. ¿Qué podía ofrecerle a Mitch? No tenía pasta de esposa, no sabía nada sobre la crianza de una niña de cinco años. Todo lo que realmente sabía era ser policía. Gracias a su carácter atolondrado, eso también lo perdería. El pánico le retorció el pecho.

Mitch se había ido temprano pensando que ella estaba dormida. Tenía una cacería humana que supervisar. De acuerdo con la información que Megan podía recibir por la radio policial aún no había señales tangibles de Albert Fletcher. Los ciudadanos habían estado llamando pensando que lo habían visto, pero ninguna llamada resultó positiva. Deer Lake estaba lleno de patrulleros policiales locales, del condado y estatales. Los helicópteros sobrevolaban en círculos como halcones.

Megan sacudió la cabeza sorprendida. Ella había considerado a Fletcher como alguien misterioso, pero no había imaginado nada como lo que Mitch le había contado la noche anterior. Sin duda, al diácono le faltaban algunas tuercas. ¿Estaría tan loco como para raptar a Josh para tener su monaguillo privado? Sí, pero tenía que haber contado con ayuda. Esa noche había estado enseñando sobre el pecado y la condenación en St. Elysius. Trató de imaginarlo como compadre de Olie, pero no pudo. Fletcher era un solitario. De otro modo no habría podido ocultar sus horribles secretos.

Pasó lentamente frente al terreno del Harris College, vigilando para ver si encontraba al diácono. Se preguntó si Mitch habría enviado hombres allí. Las clases volvían a comenzar el lunes y los

edificios probablemente estaban abiertos, pero aún no estarían totalmente ocupados. Fletcher podía haber encontrado un bonito escondite en este lugar.

Harris era el tipo de edificio que ya no se construía. Muchas de las aulas y edificios administrativos mostraban la piedra caliza original, y parecía que dataran del comienzo de la escuela, en los últimos años del siglo XIX. Elegantes y sólidos, estaban ubicados a ambos lados de un camino serpenteante, rodeados de viejos robles, arces y pinos.

El camino pasaba entre los dormitorios, cuyas zonas de aparcamiento estaban ocupadas un tercio de su capacidad, los estudiantes iban y venían entre los edificios llevando ropa limpia y los libros que seguramente habían sido descuidados. Postes de porterías que salían de la nieve marcaban un campo de juego que se extendía hasta una parcela desocupada, y de pronto Megan se encontró en un predio que se extendía hacia el oeste.

Giró en Old Cedar Road y se dirigió hacia el sur. Si recordaba correctamente, por aquí se iba a la bahía de Ryan y a Dinkytown. Llevó el coche hacia un costado, y dejó el motor encendido mientras miraba el paisaje desierto por la ventanilla. A la distancia los árboles sin hojas parecían cerillas quemadas; la nieve desdibujando los contornos del paisaje, haciendo que todo pareciera plano y de una sola dimensión; y el cielo bajo pesando como planchas de plomo. En un campo al costado del camino, un par de casas se asomaban con indiferencia entre los rastrojos de maíz. En una curva del camino, un gallo salía cuidadosamente de la protección de un abeto para picotear la grava del borde del camino. Una casa marrón aparecía lejos del camino, con las ventanas bajas, la cochera cerrada, con aspecto de estar vacía. El nombre del buzón que estaba en el comienzo del sendero era Lexvold.

Lexvold. Sonó una campanilla en su cabeza. Quizá lo había visto en algún informe. Las montañas de papeles del caso Kirkwood avergonzaban a cualquiera. Habían entrevistado a docenas de

personas, tomado interminables declaraciones de ciudadanos que querían ayudar o por lo menos verse involucrados.

Megan volvió a llevar el automóvil al camino. La temperatura debía haber subido algunos grados, pero la calefacción del Lumina sólo era buena hasta los tres grados bajo cero. Necesitaba beber algo caliente, lo cual demoraría aún más su salida de St. Paul. Luego, si bebía lo suficiente, tendría que detenerse para ir al baño, y se demoraría un poco más.

Estaba pensando en una taza de chocolate en el Leaf and Bean, cuando vio las marcas negras de un frenazo que cruzaban el camino un poco más adelante. Miró por el espejo retrovisor, volvió a sacar el automóvil del camino y apretó el freno.

Marcas de un frenazo. Lexvold. Old CedarRoad. Accidente automovilístico.

La escena se borroneó en su mente mientras trataba de recordar lo que necesitaba.

El muchacho del colegio. Una placa de hielo. Una placa de hielo que según el oficial que inspeccionó el lugar había sido preparada.

Apagó el motor y se bajó del automóvil. Caminó hasta la curva y se quedó allí con las manos en los bolsillos del abrigo y los hombros levantados para resistir el viento. Hacia el norte y el sur se extendía el terreno del Harris. Hacia el sur, las tierras se extendían hasta los pantanos de la bahía Ryan. Old Cedar Road se cruzaba con Mill Road. Hacia el este las agujas de St. Elysius señalaban el cielo sobre las copas de los árboles. Se volvió y miró la casa marrón de la colina, con la cochera contigua.

Recordó a Deitz con su peluca de Moe Howard, sentado en el reservado del Grandma's Attic… *me pareció que alguien había sacado una manguera de jardín al camino…*

—¿Dónde puede estar la manguera? —murmuró Megan.

Esa clase de travesura requería siempre una posibilidad. Si los Lexvold no tenían manguera no había posibilidad. Si la posibilidad no existía, eso significaba que alguien había llevado una manguera a la

fiesta, lo cual significaba premeditación. Premeditación significaba un motivo. ¿Cuál sería el motivo?

Se volvió hacia el camino, una cinta de asfalto vacía. Los únicos sonidos que había eran los del viento y el gallo, que ahora estaba escondido bajo los abetos, enfadado con Megan por haber interrumpido su desayuno. En el sendero del Harris, un Dodge Shadow rojo salió a la carretera, se dirigió hacia ella y pasó zumbando con un par de hombres jóvenes, con miradas de cabras. Estudiantes que salían del Harris. Como aquel muchacho la noche del accidente.

El accidente que había retenido a Hannah Garrison en el hospital.

Megan pensó en la línea del tiempo que estaba pegada sobre la pared del salón de guerra. Todo comenzaba con la desaparición de Josh. Pero ¿y si lo que no habían descubierto, lo que había estado allí todo el tiempo y no habían visto, había sucedido antes? ¿Y si el accidente no había sido un accidente?

Le subió la adrenalina cuando pensó en todas las posibilidades. Los estudiantes usaban el camino trasero. Cualquiera que viviera por allí sabría eso. Albert Fletcher, cuya casa estaba a un kilómetro. Olie Swain, que había cursado en Harris. Christopher Priest, que había enviado a su estudiante a cumplir con una diligencia esa noche.

Priest. Megan trató de descartar la idea. ¿El pequeño profesor con un mal sentido de la elegancia, y un apretón de manos de pescado blando? Tenía tantas probabilidades de ser sospechoso como Elvis. No tenía motivo. Admiraba abiertamente a Hannah, había dejado sus ocupaciones para ayudar en el caso… Se había instalado en una posición donde tendría acceso a todas las novedades del caso, quizás hasta podría tener acceso a información policial confidencial. Él había conocido a Olie Swain. Le había enseñado. Probablemente en ese preciso momento estaba trabajando con las computadoras de Olie en la estación de policía, buscando pistas de manera ostensible. Y ella lo había puesto allí.

La ignorancia no es inocencia sino pecado.

Pecado. Religión. Sacerdote. Christopher Priest

—Oh, Dios —murmuró.

Se lo imaginó inclinado sobre la pantalla de una terminal en la habitación donde se habían instalado los equipos de Olie. Ella no podía poner a un posible sospechoso en un lugar donde podría alterar posibles pruebas. Al pensarlo se le hizo un nudo en el estómago. Había deseado tanto resolver este caso. Era el que afianzaría o destruiría su carrera, pero los peligros eran mucho mayores que eso, y ella lo sabía. Hubiera vendido su alma por una moneda con tal de atrapar al maldito que se había llevado a Josh. Christopher Priest era sucio y ella lo había puesto en esa oficina con esas máquinas…

El ruido de un coche que se acercaba la hizo reaccionar. Un Saab azul metálico se detuvo frente a ella. La ventanilla del acompañante empezó a bajar. Cuando el conductor se inclinó para mirarla, el cuello de su abrigo azul de lana se le subió hasta las orejas.

—¿Agente O'Malley? ¿Tiene problemas con su automóvil? —le preguntó Garrett Wright.

—No… no. Estoy bien.

—Es un día muy frío para estar afuera en el viento. ¿Está segura de que no necesita ayuda? Tengo un teléfono celular…

—No, gracias —Megan forzó una atenta sonrisa mientras se inclinaba hacia la ventanilla del automóvil—. Sólo estoy verificando algo. Gracias por detenerse.

—¿Sigue buscando a Albert Fletcher? —Sacudió la cabeza y frunció el entrecejo—. ¿Quién lo hubiera imaginado…?

—Nadie.

En el intenso frío, sus ojos oscuros se encendieron con esa clase de incómoda curiosidad que alimenta las charlas de café en todas partes.

—¿… así que Paige Price se acuesta realmente con el alguacil?

—Sin comentarios —respondió Megan forzando otra sonrisa, y se irguió—. Será mejor que continúe, doctor Wright. No querría provocar un accidente.

—No, no querría eso. Buena suerte para encontrar a Fletcher.

Ella lo saludó mientras la ventanilla subía, y el Saab se alejaba. El ronroneo del motor se desvaneció en la distancia y Megan se quedó allí, oyendo el ruido del viento en los pinos, mirando la única prueba visible del accidente que había costado dos vidas, y que posiblemente había alterado las vidas de toda la comunidad.

La ignorancia no es inocencia sino PECADO.

10:28 -5°C; sensación térmica: -12°C

—¿Dónde está Mitch?

Megan irrumpió en la oficina de Natalie. La secretaria de Mitch estaba atrás de su escritorio, con el auricular del teléfono pegado a su oreja. Miró a Megan con ceño y tomó un ejemplar del *Star Tribune* de su escritorio para mostrarle los titulares de Henry Forster: *O'Malley despedida: la primera agente policial del DCC apartada del caso*.

—Lo lamento, señor DePalma —se disculpó Natalie—. Tengo que ponerlo en espera.

Presionó el botón de espera y arqueó las finas cejas.

—Bueno; es usted la evasiva agente O'Malley. La gente de las altas esferas te está buscando, muchacha.

—Que les den por el saco —replicó Megan—. Tengo cosas más importantes que hacer.

Natalie la miró detenidamente, arrugando los labios.

—Él está en el salón de guerra.

—Gracias —Megan le señaló el botón rojo de la consola telefónica—. No estoy aquí.

—Nunca te vi —respondió Natalie sacudiendo la cabeza.

Megan resopló y se volvió hacia la puerta.

—Natalie, eres la mejor.

—Es verdad, diablos.

—Él tiene que estar en alguna parte —Marty Wilhelm afirmó lo obvio. Recorrió la línea del tiempo de un lado al otro con las manos en los bolsillos de su chaqueta verde azulada—. No estuvo afuera todo este tiempo. Estoy seguro de que está escondido donde tiene a Josh. Deberíamos investigar en el palacio de justicia si tiene alguna otra propiedad en esta zona… una cabaña o algo.

Mitch lo miró irritado.

—Estar allí. Hacer eso. Él no lo hizo.

Cara de Tonto continuó impertérrito.

—No encontraron nada útil en las computadoras de Olie Swain… ninguna mención de Josh o de Fletcher. Deberíamos revisar los registros telefónicos de Fletcher…

—En el puesto de comando —replicó Mitch—. Stevens y Gedney se están ocupando de eso.

Mitch había estado en la cacería humana desde el amanecer, y había regresado a la estación porque Wilhelm le había pedido una reunión para considerar algunas ideas. Hasta ahora las ideas habían sido sólo vaguedades.

—Mira, Marty, tengo que decirte que tu irrupción aquí es un verdadero dolor de cabeza.

Marty hizo la mueca de niño inocente que Mitch comenzaba a detestar.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para ponerme al tanto, jefe. Por derecho, este caso me pertenecía desde un principio. No es mi culpa que no fuera así. Creo que no luzco tan atractivo con una falda corta.

La apariencia de tolerancia de Mitch cayó como piel muerta. Se levantó de la silla, con una mirada peligrosa que endurecía sus facciones y se acercó a Marty Wilhelm avanzando lentamente, hasta que estuvieron tan cerca como para poder bailar. Wilhelm abrió sus ojos brillantes con exageración.

—La agente O'Malley es una buena policía —le dijo Mitch suavemente—. Ahora, por lo que sé, Marty, no eres capaz de encontrártela en una habitación oscura. Pero yo la encontraré por ti y te la cortaré en trozos si te escucho decir otra cosa así. ¿Entendiste, Marty?

Marty levantó las manos y retrocedió. La mueca de su rostro tembló y desapareció.

—Bueno, jefe, lo lamento. No sabía que había una cosa seria entre usted y Megan. Pensé que era…

Las palabras se le sofocaron en la garganta al ver la mirada helada y penetrante de Mitch. Esta *cosa* entre él y Megan no era asunto de nadie, fuera lo que fuera. Se había roto el cerebro pensando en ello antes del amanecer, cuando estaba acostado junto a ella. Parecía mucho más simple en la noche, cuando a ella no le preocupaba necesitarlo y él no pensaba más allá de la próxima caricia. Luego llegó la mañana y el mundo y sus vidas estaban más complicados que nunca.

Un golpe en la puerta volvió a Mitch a la realidad. Megan entró con el abrigo colgando de uno de sus hombros y unos mechones de pelo oscuro sueltos de su cola de caballo. El color brillante de sus pómulos seguramente se debía al frío exterior, pero él sospechaba que tenía más que ver con la energía que irradiaba a su alrededor. Sintió su tensión desde el otro extremo de la habitación, y sabía a qué se debía. Él había sentido lo mismo en más de una oportunidad cuando estaba preocupado por algo.

—¿Qué tienes? —le preguntó moviéndose hacia ella.

—Necesito hablar contigo —se encaminó directamente hacia él, sin mirar a su reemplazante.

—Agente O'Malley —dijo Marty Wilhelm de manera burlona—, ¿no tendría que estar en St. Paul?

Megan lo miró con una expresión obscena y volvió a mirar a Mitch.

—Tengo una idea sobre el accidente que sucedió en Old Cedar Road la noche de la desaparición de Josh.

—Bruce DePalma me llamó preguntando por ti —le informó Wilhelm.

—¿Y si no fue un accidente? ¿Si fue provocado para retener a Hannah en el hospital?

Mitch frunció el entrecejo.

—No cambiaría nada, excepto que convertiría el delito en algo más diabólico. Ya sabemos que no fue un acto casual.

—Lo comprendo, pero estuve pensando… en el lugar del accidente. Queda a menos de dos kilómetros de la casa de Fletcher y de St. Elysius.

Marty prestó atención al oír el nombre de Fletcher.

—¿Qué? ¿Cómo encaja Fletcher en todo esto?

—Podría haber salido de la iglesia, preparado la placa de hielo en la carretera, y regresado a tiempo para su clase —especuló Mitch—. Provocó el accidente que retuvo a Hannah en el hospital, y preparó una coartada. Funciona, pero aun así tuvo que tener un cómplice.

—Probablemente es una apuesta arriesgada —dijo Megan—, pero estuve pensando que si encontramos un testigo que haya visto a alguien merodeando por la casa de los Lexvold ese día, podríamos tener un vínculo que no tenemos ahora.

—¿Tenemos? —La voz de Wilhelm la hizo temblar como si hubiera arañado un pizarrón—. Agente O'Malley ¿debo recordarle que está fuera de este caso?

—No necesito que me recuerden nada —respondió Megan tiesa y sin mirarlo.

—Apuesto a que no —replicó Marty con una media sonrisa.

Tomó el ejemplar del *Star Tribune*, que estaba sobre la mesa y lo desplegó ante ella.

—Tienes una suspensión temporal de la actividad. Eso te deja fuera de este caso, fuera de esta habitación y de regreso a St. Paul.

Ella levantó el mentón y lo miró fijamente.

—Me estoy ocupando de algunos cables sueltos.

—Estás fuera del caso —repitió, dejando el periódico sobre la mesa levantó un dedo delante de ella, como un signo de exclamación.

Megan deseaba morder ese dedo. En lugar de eso, apretó la mandíbula y los puños.

—No recibo órdenes de ti, Wilhelm. No trates de sacarme de aquí. Hombres mejores que tú ya lo han intentado y se arrepintieron.

Sonó una chicharra como si fuera una alarma, estridente y penetrante. Todos parpadearon de manera automática y miraron las pequeñas cajas que tenían en sus cinturones. Wilhelm retrocedió y quitó el aparato de su cintura.

—Si es DePalma —dijo desplazándose hacia la puerta—, le diré que vas en camino, Megan, porque estás fuera de este caso.

Megan contuvo su lengua hasta que Marty salió y cerró la puerta.

—Por supuesto que no, Cara de Tonto.

—Megan, vas a hacer que te despidan —le dijo Mitch.

—Ya me despidieron.

—Perdiste este caso, no tu carrera. Si provocas así a DePalma te quitará la insignia.

Megan se miró las botas. Había pensado en todo esto una y otra vez. Se había dicho a sí misma que su carrera era todo lo que tenía, que tenía que hacer todo lo que pudiera para protegerla… no involucrarse con un caso ni con un policía. Pero estaba involucrada y no podía dejar el caso por su carrera. La vida de un niñito estaba en juego.

—No me voy a alejar de esto hasta que esté resuelto. Estamos muy cerca y es muy importante. Ahora, tienes que alejar a Christopher Priest de las computadoras de Olie.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que dijimos de Albert Fletcher se podría aplicar a él también.

—Megan, él estuvo ayudando desde el primer día.

Ella asintió con la cabeza.

—Y la mayoría de los incendiarios regresan a la escena del delito para observar a los bomberos. Escúchame, Mitch. Sé que parece una locura, pero podría resultar. El muchacho que iba conduciendo aquel día era estudiante de Priest —le recordó—. Priest me dijo que lo había enviado a hacer una diligencia. Tenía que saber que el muchacho tomaría Old Cedar Road.

—¿Qué motivo podría tener Priest para raptar a Josh?

—No lo sé —admitió, deseando tener algo más que un nudo en el estómago para continuar—. Quizá no haya un motivo. Hemos estado diciendo que él está jugando con nosotros. Llevarse a Josh era el primer movimiento. Luego vendrían las mofas, los mensajes, el cuaderno, la conversación con Ruth Cooper. Quizá se trata de ganar, de superar a todos.

—Y ayer era una venganza personal contra Hannah y Paul. Y antes de ayer Paul lo había hecho…

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te golpearás la cabeza contra la pared hasta que la pared se mueva.

—Estoy haciendo mi trabajo —insistió Megan.

—¿Y el resto de nosotros no? —le preguntó extendiendo las manos.

—Nunca dije eso.

—Te han sacado del caso, Megan.

—¿Y crees que debería alejarme y dejarlo?

—Creo que deberías tener un poco más de fe en que alguien que está cerca de ti puede hacer el trabajo —señalando sus pensamientos uno por uno con los dedos—. Creo que deberías comprender que DePalma te tiene agarrada de los cabellos. Creo que deberías mirarte al espejo y ver lo que te estás haciendo a ti misma. ¡Ayer ni siquiera podías tenerte en pie!

Se acercó para tocarle la frente, donde el dolor se estaba acumulando como un nudo apretado. Ella se alejó de él.

—Ya estoy bien. Estoy segura de que no te necesito…

—De eso se trata, ¿verdad? —replicó Mitch bajando las manos—. No necesitas a nadie. ¡La poderosa Megan O'Malley apoderándose de todo el mundo dominado por los hombres!

—Sí, bueno, es un trabajo feo, pero alguien tiene que hacerlo —se burló—. Tanto como tú quieres que yo te necesite.

Megan lo miró sin parpadear, cautelosa, desafiante. Había aprendido durante toda su vida a no confiar en las emociones, a no ser vulnerable, a no poner su corazón en las manos de nadie porque se lo devolvían cuando se daban cuenta de que no era lo que realmente querían.

—Puedo cuidarme sola —dijo con la cabeza erguida y los ojos brillantes—. He estado haciéndolo toda mi vida.

«Y continuará haciéndolo», pensó Mitch. Ella temía necesitar a alguien, y él se había pasado los dos últimos días temiendo que lo necesitara. ¿Y eso dónde los dejaba? Enfrentados en el salón de guerra. Qué bueno.

—Bien —contestó observando el tablero blanco donde los mensajes del secuestrador se burlaban de ellos—. Entonces ve y hazlo. No tengo tiempo para esta mierda de juego tuyo, estar sacándote un peso del hombro para que tú vuelvas a cargarlo. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo. Tengo un verdadero sospechoso suelto.

—Sí, y como es tu sospechoso, es el único sospechoso —gruñó Megan—. Que tengas suerte y lo encuentres usando la cabeza —ignoró el brillo peligroso de sus ojos. Ella sintió algo peligroso en sí misma—. Eres estupendo hablando de juegos. Te dije desde un principio que no quería involucrarme con policías, pero insististe e insististe, y ahora que tienes lo que querías, el juego se terminó. Has hecho un esmerado trabajo, y muy agradable para ti. Ni siquiera tienes que preocuparte en presentarme a otro muchacho. Me iré y

tendrás otra vez tu pueblo, y podrás ponerte otra vez la alianza, y podrás…

Mitch levantó un dedo frente al rostro de Megan y la interrumpió.

—No —dijo casi con un susurro que fue casi más fuerte que un grito—. No te atrevas. Amaba a mi esposa. Ni siquiera sabes lo que eso significa.

«No, ella no sabía lo que significaba. Y tampoco tendría la oportunidad de averiguarlo», pensó Megan mientras él se volvía y salía de la habitación. La dejó allí y cerró la puerta con violencia. Megan se quedó inmóvil, oyendo el silencio que vibraba en sus oídos, y las palabras dolorosas y encolerizadas que retumbaban en su cabeza… las palabras de ella, las de él; el resabio amargo de la angustia en la boca.

35
Día 11
11:22 -4 °C; sensación térmica: -10 °C

Christopher Priest no estaba en la estación de policía. Megan asomó la cabeza en la pequeña habitación que habían asignado para las computadoras de Olie, y encontró a un agente del Departamento al que seguramente le habían indicado que no diera información a Priest. No supo dar ninguna explicación sobre la ausencia del profesor ni indicación alguna acerca de si habían obtenido algo de interés en las máquinas de Olie.

Los buscadores de carroña estaban esperándola cuando trató de salir por la entrada de servicio del City Center. La multitud arremetió contra ella con micrófonos, grabadores portátiles, cámaras fotográficas.

—Agente O'Malley, ¿puede hacer algún comentario sobre su despido?

—Ninguno que usted pueda publicar —gruñó Megan, abriéndose paso entre la multitud.

—¿Tiene alguna prueba de que Paige Price se acuesta con el alguacil Steiger?

Miró a Henry Forster con una expresión de desprecio sin quitarse las gafas espejadas para sol. Cuando él devolvió la mirada tenía las cejas de escarabajo fruncidas en forma de V. El viento le había

despeinado el pelo y le había levantado un mechón que ahora parecía un cuerno sobre su cabeza con forma de hígado.

—Usted es el experto reportero investigador —replicó Megan—. Desentierre su propia porquería.

La siguieron hasta la mitad de la zona de aparcamiento, pero luego se rindieron ante la falta de respuestas utilizables. Buitres. Megan los miró con el entrecejo fruncido mientras conducía el Lumina hacia Main Street.

En el centro de voluntarios nadie había visto a Christopher Priest desde el viernes. Las clases volverían a comenzar el lunes en Harris. Uno de los alumnos de Priest le sugirió que lo buscara en su oficina del colegio, mientras que otros miembros del centro de voluntarios la miraron con suspicacia. En un extremo de una mesa había un ejemplar del *Star Tribune*, en el sitio donde estaban ensobrando volantes. El titular de Henry Forster se destacaba en la tapa: *O'Malley despedida*.

—Aún no he terminado, Henry —murmuró. Volvió a subir a su coche y por segunda vez en el día se dirigió hacia Harris.

La oficina de Priest, según le informó una joven en el edificio de la administración, estaba en la cuarta planta de Cray Hall. Megan cruzó el campus de Harris. Trató de no respirar muy profundamente; el aire frío parecía un cuchillo atrás de sus ojos. Se le congelaba el cerebro, como cuando tragaba demasiado helado.

—Déjame pasar este día, Dios —murmuró mientras subía la escalera de Cray Hall—. Permíteme encontrar una buena pista y luego dejaré que me atrapes. Sólo una pista firme. No permitas que me incinere aquí.

Una pista de un hombre del que nadie sospecharía… o quisiera sospechar. El profesor Priest. Tranquilo, modesto, más enamorado de las máquinas que de las personas. Fascinado y encantado por los caprichos del destino y la naturaleza humana. *¿Es destino o*

casualidad? ¿Qué llevó a Mike Chamberlain a esa esquina en ese momento? ¿Qué puso a Josh Kirkwood solo en esa calle aquella noche?

¿Había jugado con ella aquella noche en el hospital? ¿Tratando de darle indicios sin que ella lo sospechara? ¿O estaba aferrándose a la última esperanza, tan desesperada por terminar el caso que estaba empezando a ver sospechosos cada vez que se giraba? El instinto de Megan le decía que no, y su instinto pocas veces se equivocaba. A diferencia de su boca, que sistemáticamente decía lo que no debía en el momento menos oportuno. O su corazón…

La cuarta planta de Cray Hall era una conejera con oficinas y corredores estrechos de color mostaza. El edificio era viejo, la clase de lugar que estaría húmedo y pegajoso durante todo el año. El ruido de los tacones de sus botas retumbaba en el corredor como disparos.

La puerta de la oficina de Priest estaba abierta, pero no fue Christopher Priest el que la miró desde atrás de una montaña de libros y papeles que había sobre el escritorio. Todd Childs, notario de Pack Rat la miró sorprendido, con los ojos somnolientos.

—Hola, es el Sucio Harriett —dijo con una mueca. Un mechón de pelo sucio le cayó sobre la cara y él lo acomodó hacia atrás. Atrás de él, Garrett Wright estaba revisando un fichero.

—Al parecer estamos destinados a cruzarnos en el camino, agente O'Malley —dijo Wright, pasándose una mano por la corbata de seda mientras rodeaba el escritorio—. ¿Qué la trae hasta los sagrados corredores de Harris?

—Estoy buscando al profesor Priest —contestó Megan mirando a su alrededor—. Ésta es su oficina, ¿verdad?

—Sí. Creo que ya le expliqué… Chris y yo estamos trabajando en un proyecto conjunto sobre percepción y aprendizaje. Incluye un programa de computación diseñado por sus estudiantes —dijo. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón pinzado—. Es fascinante.

Estamos preparando la próxima fase de la prueba. Todd y yo estamos revisando los datos que recogimos el semestre pasado.

—Es sorprendente —acotó Todd—. La forma en que los individuos perciben el mundo que les rodea. La forma en que los distintos tipos de personalidades perciben y aprenden. La psiquis humana es una criatura fascinante.

—¿Priest está por aquí? —preguntó Megan, su percepción y aprendizaje estaban limitados al caso.

—Temo que no —respondió Wright—. Me dijo que tenía que ir a St. Peter. ¿Es sobre algo del caso?

—Sólo quería hacerle unas preguntas —contestó Megan con una expresión totalmente neutra. St. Peter. La llamada sobre Josh había llegado de St. Peter—. Tengo algunas dudas con un par de cosas y pensé que él podría ayudarme.

—Ah… Disculpe —dijo Wright vacilando—, ¿no salió algo en el *Star Tribune* acerca de que la habían sacado del caso?

Megan le sonrió con falsedad y le mintió.

—No puede creer todo lo que lee, doctor Wright.

Él no le creyó, pero se encogió de hombros como si no le importara.

—Oh, bueno… Me dijo que regresaría a las dos y media. Estoy seguro de que estará ansioso por ayudar. Se ha involucrado tanto con el caso que casi no habla de otra cosa.

Lo que Megan quería preguntar era hasta qué punto estaba involucrado, pero si Priest era realmente el hombre del misterio ella dudaba que habría compartido ese secreto con sus colegas. *¿Qué hiciste en las vacaciones de invierno, Chris? Oh, secuestré a un niñito y mantuve a toda una comunidad presa de los caprichos de mi locura. ¿Y tú?*

—Yo quería tener un rol más activo —continuó Wright—. Me siento tan apenado por Hannah y por Paul. Una familia tan perfecta —agregó con una sonrisita—. Temo que no he podido contribuir mucho con el esfuerzo. Los medios me buscan porque enseño

psicología. Insisto en aclararles que no tengo ninguna especialización en comportamiento criminal, pero parece que no lo comprenden.

—Sí, bueno, ellos son así —le dijo Megan retrocediendo hacia la puerta.

—No ven el gran cuadro —comentó Todd, sacudiendo la cabeza con tristeza.

Megan forzó una sonrisa gentil y la dirigió hacia Wright.

—Gracias por su ayuda, doctor Wright.

—De nada. ¿Sabe dónde vive Chris?

—Puedo averiguarlo.

Él asintió con la cabeza sonriendo.

—Claro, usted es detective.

—Por el momento —murmuró Megan para sí misma mientras regresaba hacia la escalera.

Afuera había comenzado a nevar, y los delicados copos caían como harina del cielo. Bonitos. Limpios. El campus de Harris parecía una postal. El maravilloso reino de las hadas del invierno. En el predio que había al otro lado de la calle, un grupo de chicas estaban haciendo ángeles de nieve y sus risas claras e inocentes subían entre las ramas sin hojas de los árboles.

Megan fue hasta su coche, se sentó al volante con los ojos cerrados durante un momento y apoyó la cabeza en el cristal frío de la ventanilla. Apagó el ruido de la radio policial y sintonizó la radio del coche en una emisora musical que siempre daba los últimos informes del tiempo.

Mariah Carey estaba diciendo que buscara fuerzas en su interior. La canción era *Héroe*. Buen consejo, pero ¿qué sucedía cuando se acababa la fuerza o se acababa el tiempo o el villano era demasiado listo? ¿Qué les sucedía a los héroes? ¿Y qué le sucedía a la gente que contaba con ellos? Como Josh.

Mariah llegó a la última nota y la convirtió en una docena de notas en un alarde de gimnasia vocal.

—Usted tendrá que ser un héroe para soportar este clima —comenzó el conductor del programa—. Un consejo para los que deben viajar… no lo hagan. Esperamos de veinte a veinticinco centímetros de nieve en el área metropolitana antes de que deje de nevar mañana. Zonas más alejadas informan sobre malas condiciones para conducir en carretera. Así que abríguese y mantenga la sintonía de KS95, donde siempre hay treinta grados y está soleado.

Los Beach Boys comenzaron a entonar *Kokomo*. Megan los silenció con un movimiento de la muñeca, encendió el motor y enfiló hacia el Hospital de la Comunidad de Deer Lake.

Mike Chamberlain no podía agregar ninguna pieza al rompecabezas. Aunque sus heridas en el accidente de tránsito no habían sido muy graves, sufría una seria infección bacteriana que amenazaba su vida. Lo habían trasladado al Centro Médico de Hennepin, a la sala de terapia intensiva, donde no se permitían visitas.

Megan recibió la noticia con resignación. Probablemente él no podría haber ayudado. Si había tenido participación en este drama, fue un participante inconsciente. Si el accidente había sido el primer movimiento en este juego enloquecido…

Recorrió el pueblo con las luces de cruce encendidas y las escobillas del limpiaparabrisas golpeando inútilmente el cristal. La calle principal parecía una pista de patinaje para coches, las huellas de neumáticos hablaban de problemas de control y de probables abolladuras. Un equipo de trabajadores luchaba contra los elementos para quitar el cartel del Snowdaze que cruzaba la calle; la tela pintada flameaba y se sacudía en el viento como una vela.

Mientras salía de la zona céntrica hacia el lago, se encontró con más vehículos para la nieve que automóviles. Los patios que debían estar llenos de niños construyendo muñecos de nieve y castillos

estaban vacíos. Con Albert Fletcher suelto, los niños de Deer Lake estaban presos en sus hogares por temor a otro secuestro.

Los chismes en el Scandia House Cafe aseguraban que él podía haber envenenado a la pobre Doris, y que siempre había tenido un extraño interés por los monaguillos de St. Elysius. Algunos de los parroquianos asentían con sus cabezas y decían que siempre habían creído que él era «un poco divertido». Todos estaban enfadados, cautelosos y preocupados, y todos dejaron de hablar cuando advirtieron que la persona que estaba en la mesa del frente tratando de escuchar su conversación era «la mujer del DCC».

Megan no los culpó. El secuestro de Josh había quebrado la plácida superficie de su tranquilo pueblo dejando al descubierto una herida llena de gusanos. Traiciones y secretos, mentes retorcidas y corazones sombríos, todo mezclado de manera tal que nadie era capaz de deshacer el nudo. Olie Swain, que había sido siempre un pobre perdedor, ahora resultaba ser un lobo suelto entre corderos. Albert Fletcher, el diácono, se había metamorfoseado en un demonio, Paul Kirkwood, la víctima, ahora era un sospechoso. Se preguntó qué dirían si supieran que iba camino a interrogar al delicado profesor que había trabajado con delincuentes juveniles. Christopher Priest era una fuente de orgullo para Deer Lake. ¿Se volverían contra él o contra ella?

Megan pensó que ya sabía la respuesta. Una razón más para no quedarse aquí, se dijo a sí misma mientras pasaba junto al hermoso Fontaine, al palacio de justicia y al City Center. Era sólo un pueblo, como millones de otros pueblos. Si el Departamento se lo permitía, se mudaría a un clima mejor y buscaría otro pueblo tan hermoso como éste. Su padre podría ir con ella o pudrirse. Él podría ir a vivir con Mick en Los Angeles, y ella estaría libre para comenzar una nueva vida. Sola.

La casa de Christopher Priest estaba en Stone Quarry Trail, un kilómetro al norte de la casa de los Kirkwood, aunque no se llegaba allí muy fácilmente. Especialmente en un día en que las carreteras se

estaban cubriendo rápidamente con capa tras capa de nieve mojada. Megan manejó con la extrema cautela de una habitante de la ciudad, dejando que el Lumina se desplazara por lo que esperaba fuera el centro de la carretera. No había más tránsito. El camino estaba bordeado de árboles, y sus ramas desnudas formaban una glorieta sobre el camino. Algún que otro buzón marcaba el sendero. Dos para ser exactos. En la creciente oscuridad y bajo la intensa nevada, las casas estaban escondidas, agazapadas como enormes criaturas del bosque, detrás de los árboles.

La carretera simplemente terminó. Una señal negra y amarilla indicaba lo obvio donde las cuadrillas de caminos habían dejado sola a la naturaleza. Los árboles y arbustos pertenecían a la parte trasera de Quarry Hills Park, el mismo parque detrás de la casa de Hannah y Paul. El parque donde Josh y sus amigos habían explorado y jugado, sin imaginar que alguno de ellos podría estar en peligro.

Un simple buzón negro indicaba la entrada a la casa de Christopher Priest, señalando un sendero que no había sido usado recientemente. El sendero era estrecho y estaba cubierto de nieve. Priest aún no había regresado de St. Peter. Si Garrett Wright sabía de lo que estaba hablando, Priest tardaría otros cuarenta y cinco minutos, probablemente más debido al clima; tiempo suficiente para echar un vistazo.

Como no confiaba en el Lumina, lo dejó en Stone Quarry Trail y avanzó por el sendero a pie. Los árboles detenían la corriente de aire, creando una falsa calma. También disminuían la poca luz del día que quedaba, dando la impresión de un crepúsculo misterioso, un reino sombrío con un pequeño castillo en el centro.

La casa estaba en un claro, como algo salido de un cuento de los hermanos Grimm. Era victoriana, con tinglado, pintada de color ceniza, con una pequeña torre en un extremo. Las ventanas estaban oscuras y la miraban fijamente a través de la nevada. En el lado este de la casa había una cochera doble y en el sur un viejo cobertizo, ambos pintados igual que la casa. Megan subió la escalera de

entrada. Se sacudió la nieve de las botas y golpeó la antigua puerta con paneles de vidrio de la entrada. Como Priest no estaba, nadie atendería. De acuerdo con los antecedentes que habían pedido de él, no era casado, no tenía hijos ni compañeros de cuarto… a menos que tuviera a Josh encerrado en la torre. No se encendieron luces. Ningún rostro atisbo desde las ventanas, detrás de las cortinas.

Miró a través de las ventanas de la planta baja, y no vio ninguna criatura viviente, sólo antiguos muebles, libros y computadoras, todo tan limpio y ordenado como si nadie viviera allí. Todas las puertas estaban cerradas con llave. No se atrevería a entrar sin una orden de registro o una necesidad apremiante. No tenía intenciones de arruinar una futura estatua faltando a las reglas.

Se agachó en el lado sur y apoyó la cara contra una ventana del sótano, que estaba tan fría como un bloque de hielo, y forzó la vista para ver en la oscuridad con la ayuda de la linterna de bolsillo. Nada de interés. Ni señales de Josh.

El sendero que iba hacia la cochera se estaba cubriendo con varios centímetros de nieve. Megan se desplazó con dificultad, maldiciendo. La puerta lateral estaba abierta, pudo entrar así a un lugar que estaba asquerosamente limpio y ordenado.

«Como la cochera de Fletcher», pensó. Dios sabía que él era más sospechoso que el profesor. Probablemente se estaba aferrando a la última esperanza, desesperada porque apareciera algo. Recordó la nota que Fletcher había colocado en el vestido de su esposa: *Malvada hija de Eva: tu pecado informará acerca de ti*. El tema de los mensajes era el pecado. Su fijación por la religión daba a Fletcher una preocupación automática por el pecado. La cuestión que le intrigaba era la repentina locura del diácono. Si estaba tan loco, ¿podía haber organizado un juego que envidiaría un maestro de ajedrez? Ellos habían sido manipulados desde la primera palabra, guiados hacia un lado y hacia otro. Las pistas fueron puestas para mofarse de ellos. ¿Fletcher podía haber manejado todo eso, y luego

lanzarse sobre el padre Tom por algo tan trivial como un brazo alrededor de Hannah?

Megan salió de la cochera y cerró la puerta. El cobertizo era una construcción más vieja, de unos nueve metros de largo. Probablemente en otra época se habían guardado allí los equipos de labranza. Ahora guardaba un misterio que hizo vacilar a Megan en la puerta. Su instinto de policía le endureció la nuca. La lógica trató de razonar. Aquí no había nadie. Hubiera visto las huellas de las ruedas en la carretera o en el sendero de entrada.

A menos que alguien hubiese entrado andando. Se puso a un costado de la puerta, se quitó el guante derecho y bajó el cierre del abrigo. La Glock se deslizó de la funda, y le llenó la mano con su peso y forma conocidos. Seguridad. Protección. Quitó el seguro. Albert Fletcher debía estar escondido en alguna parte. El cobertizo de Christopher Priest era un lugar tan bueno como cualquier otro.

El corazón le latía lenta y tenazmente. Se movió a lo largo del cobertizo. Tocó las grandes puertas del frente con la mano izquierda. Con la mano derecha sostenía el arma, apuntando hacia el cielo. A pesar de la temperatura, tenía la piel transpirada debajo de las capas de ropa.

En el otro extremo del cobertizo vio las huellas. Pisadas en la nieve que salían del bosque de Quarry Hills Park, cruzaban el patio trasero de Christopher Priest e iban hasta la puerta del cobertizo. Se le aceleró el pulso. Se quedó en un costado de la puerta y golpeó con la mano izquierda.

—¡Policía! ¡Salga con las manos en alto!

Nadie respondió. Los únicos sonidos eran el viento silbando en las copas de los árboles y el crujir de las viejas construcciones. El pulso le latía en las orejas, le golpeaba la frente. Parpadeó para aclarar su visión.

Abrió la puerta y se quedó a un costado.

—¡Policía! ¡Salga con las manos en alto!

Silencio.

Megan escudriñó el patio. Los cables de electricidad iban desde el poste de alumbrado público hasta la casa y la cochera. No había ninguno hasta el cobertizo, lo cual indicaba que no había luces interiores. Sólo una tonta iría a buscar un sospechoso a un edificio oscuro. La oscuridad disminuía la ventaja que le daba el arma. Lo mejor que podía hacer era regresar al coche, pedir refuerzos, sentarse y esperar. Si el que estaba en el cobertizo era Fletcher y decidía huir, no podría llegar muy lejos andando. Si no era Fletcher, tendrían que enfrentar a un intruso; sería mejor que lo dejara a la policía local.

Flexionó los dedos sobre el gatillo de la Glock, respiró profundamente, pasó de prisa junto a la puerta abierta y giró en el ángulo del cobertizo. Diez metros y estaría a salvo.

Sólo hizo cinco.

Él la golpeó de costado. Saliendo rápidamente por la puerta del frente del cobertizo, había dado un golpe a Megan que la envió sobre la nieve. El arma voló de su mano.

El entrenamiento y el instinto la acicatearon. ¡Muévete! ¡Muévete! *¡Muévete!* Como un nadador varado en la playa, movió brazos y piernas arrastrándose sobre la nieve y respirando agitadamente en su intento de hacerse nuevamente con su pistola.

Él estaba detrás de ella. Podía sentir su presencia como un peso ominoso en el aire. Imaginó que podía sentir su sombra cayendo sobre ella; una aparición negra, la sombra del demonio, tan frío y pesado como el acero.

Un esfuerzo más. La mirada hacia adelante, los ojos fijos en las puntas de sus dedos que ya estaban por alcanzar la empuñadura de su Glock. El peso de él cayó sobre ella. Megan gimió y retorció el cuerpo; consiguió hacerse a un lado.

Su imagen relampagueó en su mente como rápidas fotografías instantáneas. Ropa negra, máscara de esquí, unos ojos, una boca. Voló hacia ella, en su mano un corto garrote negro. Megan sintió el golpe en el antebrazo izquierdo. Retrocedió tratando de ponerse de

pie, de mantener el equilibrio, de extender su mano derecha en posición de disparo. Él se precipitó sobre ella, blandiendo su garrote, golpeándola en el hombro, en el costado de la cabeza, golpeándole la mano derecha con tanta fuerza que el dolor subió por su brazo y explotó en su cerebro, oscureciendo su conciencia.

La Glock cayó en la nieve. El brazo cayó a su lado, inútil. Retrocedió un paso más, tratando de volverse, de correr. Un pensamiento inundó su mente: *Oh, mierda, estoy muerta*.

36
Día 11
17:00 -5 °C; sensación térmica: -11 °C

La cabeza del padre Tom se mecía al compás de sus pisadas mientras recorría la nave central de la iglesia, con la sotana revoloteando alrededor de la parte baja de las perneras de sus tejanos negros. Cada uno de sus pasos coincidía con las notas del órgano.

Varias personas, incluyendo el doctor Lomax, que le había curado la cabeza, y Hannah, que lo había atendido en la sala de primeros auxilios, le habían aconsejado que no dijera la misa esa noche. Podía haber pedido ayuda a la archidiócesis. Podrían haberle enviado un sacerdote jubilado o un novicio de alguna de las grandes parroquias de la ciudad, donde los sacerdotes tenían ayudantes. Pero había sido obstinado en su rechazo. Dio otro paso mientras Iris Mulroony tocaba una nota grave en el órgano.

Tenía conmoción. Aún sentía en sus oídos el sonido del candelabro de bronce al dar cerca de su sien. La visión doble iba y venía como la lente de una cámara que no podía mantener su foco. El vértigo le hacía zumbar la cabeza como una nube de mosquitos. Pero estaba diciendo la misa. No se quedaría en casa para que creyeran que estaba escondiéndose, no sólo de Albert Fletcher sino de aquellos miembros de la parroquia que habían aprovechado la

oportunidad para esparcir chismes sobre las circunstancias que rodeaban el incidente. Él no había hecho nada malo. Hannah no había hecho nada malo. Necesitaba el apoyo y el consuelo de un amigo. El día en que ofrecer compasión se convirtiera en algo malo, perdería la esperanza en este mundo.

La culpa le mordisqueó la conciencia. Había querido ofrecerle a Hannah algo más que su amistad. Quiso ofrecerle su corazón. ¿Era eso tan malo o sólo iba contra las reglas?

Se situó ante el altar. Las notas finales del himno que tocó Iris vibraron en el pecho de Tom. La pequeña congregación del sábado a la noche se había duplicado ante sus ojos.

—La paz de Dios sea con vosotros.

—También contigo.

—¡Hereje!

El grito retumbó sobre los feligreses. Tom miró hacia el púlpito, donde Albert Fletcher, con un crucifijo en la mano, estaba a punto de saltar.

17:07 -5°C; Sensación térmica: -11°C

Mitch hizo una mueca al sentir el hombro dolorido cuando se sentó al volante del Explorer. Había pasado la mayor parte del día golpeando arbustos y buscando a Albert Fletcher, con Marty Wilhelm bailando a su alrededor como un perro pastor hiperactivo y toda la prensa zumbando detrás de ellos.

—Jefe Holt, ¿tiene algún comentario sobre el retiro de la agente O'Malley?

—Jefe Holt, según se dice su coche estuvo aparcado toda la noche frente al apartamento de Megan O'Malley. ¿Qué tiene que decir sobre esto?

—Eso no es de su maldita incumbencia.

Supuso que esa observación garantizaría muchas llamadas del consejo del pueblo, pero no le importó. Su vida personal no debía ser tema de discusión. El tema era Josh. No podía creer que alguien se estuviera molestando por detalles irrelevantes.

Irrelevante. Buena palabra para aplicar a lo que había sucedido entre él y Megan. *Terminado* era otra.

La vida era mucho más simple cuando el viejo Leo tenía su oficina del otro lado del pasillo. Estaba seguro en su capullo emocional, aislado por el tejido cicatrizado del viejo dolor.

Se preguntó cuánto tiempo debería pasar antes de poder regresar a una vida que fuera sólo trabajo, Jessie y eludir a las casamenteras. Purgatorio emocional. La vida que lastimaba menos, pero lo castigaba más.

Se miró en el espejo retrovisor y entrecerró los ojos con desprecio por lo que vio. Bueno, iría a casa con Jessie, que era aún demasiado joven para comprender lo tonto que era su padre. Podría cenar con ella antes de volver a llevarla a la casa de los Strauss para poder pasar la noche buscando a Fletcher.

Habían cubierto más de la mitad del pueblo con una búsqueda casa por casa. Habían revisado sótanos, cobertizos, basureros y callejones, y no habían encontrado ni un rastro del hombre. Los helicópteros habían sobrevolado el pueblo como aves de presa durante todo el día hasta que el clima los hizo descender. El informe más emocionante que habían recibido fue el de una fiesta nudista en el patio de atrás de una fraternidad de Dinkytown.

Mitch pensó en la teoría de Wilhelm que hablaba de Albert y un cómplice desconocido corrompiendo el pueblo. El diácono podría haber salido del pueblo antes de quedar bloqueados los caminos, y podría haberse llevado a Josh con él.

La radio comenzó a emitir con estática cuando iba a poner en marcha el motor del coche.

«A todas las unidades: 415 en la iglesia de St. Elysius. Repito… disturbio en la iglesia católica de St. Elysius. Posible 10-56A. Repito… posible intento de suicidio. Atención: el sospechoso es Albert Fletcher. Jefe, si está escuchando, lo necesitan allí».

—Tenemos un trato para ti, muchacha lista.

La voz era suave, casi un susurro, sin cuerpo, irreconocible. Megan abrió los ojos y no vio nada. Oscuridad. El pensamiento irracional de que podría estar muerta se encendió en su mente como una descarga eléctrica. No. Su corazón no estaría latiendo si estuviese muerta. No le latiría la cabeza. No sentiría dolor. Una luz débil como una sombra se filtraba por la venda que tenía en los ojos. Miró hacia abajo. Su falda. Una pequeña franja de suelo de hormigón a cada lado. Estaba sentada en una silla. Corrección,

estaba atada a una silla. Tenía los brazos atados a los brazos de la silla, y los tobillos a las patas. Pensó que no podía haberse sentado sola. Se sentía aturdida, como si su cuerpo y su alma estuvieran atados con una hebra muy fina. Drogas. Él le había dado algo. Ellos le habían dado algo.

«Tenemos un trato para ti», le había dicho. Extraño, pero no parecía haber más de una persona en la habitación. Su captor estaba cerca de ella, detrás de ella, pero no sentía a nadie más.

—Muchacha lista —volvió a susurrar quien fuera, pasándole la punta de los dedos por la garganta. Ella tragó, y él se rió muy suavemente—. ¿Crees que te vamos a matar? Quizá.

Apretó las manos lentamente, presionando los dedos en la laringe hasta que Megan tosió. Le permitió respirar a medias, y luego apretó con más fuerza. Se ahogó y se le oscureció la visión. El pánico la obligó a luchar. Se retorció y tosió. Cuando él aflojó la tensión, Megan respiró una y otra y otra vez, mientras él se reía suavemente.

—Podríamos matarte —murmuró, rozándole la oreja con la boca —. No serías la primera de un largo, largo camino.

—¿Mataron a Josh? —musitó Megan. Sintió la boca como si la tuviera cubierta de caucho. La saliva se le acumuló detrás de la lengua que sentía hinchada. Efectos de la droga o de la tos.

—¿Qué crees? —La voz flotó a su alrededor como una nube—. ¿Crees que está muerto? ¿Crees que está vivo?

Megan trató de concentrarse, de usar la furia para mantenerse lúcida.

—Creo… que… eres un… lunático.

Le apretó la mano derecha y el dolor la dejó sin respiración. Le golpeó las puntas de los dedos con algo parecido a una regla de acero. El dolor la hizo gritar y sollozar.

—Respeto —la voz parecía llegar del centro de su frente—. Debes respetarnos. Somos muy superiores a ti. Los engañamos todo el tiempo, tan fácilmente. Es un juego. Calculamos todos los

movimientos, todas las opciones, todas las posibilidades. No podemos perder.

Un juego. Una partida de ajedrez con piezas vivas. Megan tembló. Le habían quitado el abrigo. Y el jersey. Finalmente comprendió que sólo tenía puesta la ropa interior negra larga de la que Mitch se había burlado. Habían descubierto la A. M. T. 38 que tenía en el tobillo y se la habían sacado. Aunque hubiera querido no habría podido usarla.

—¿Mataron a Josh? —murmuró.

Su torturador dejó la pregunta pendiente. Megan no sabía si habían pasado dos minutos o veinte. La droga le había alterado la noción del tiempo. Para ella habían pasado días desde que había llegado a la casa de Christopher Priest. Aún podía estar allí, pero tenía un vago recuerdo de haber viajado en algún vehículo. El olor de la gasolina, el ruido de un motor, la sensación de movimiento.

Se sentía mareada y con ganas de vomitar, pero se esforzó por no hacerlo.

—El juego aún no ha terminado —susurró la voz. La persona tomó la cola de caballo con una mano y le tiró la cabeza hacia atrás lentamente. Megan abrió desmesuradamente los ojos, trató de ver más de la habitación, pero lo único que pudo ver fue una franja gris de hormigón. Un sótano—. No podemos perder. ¿Me comprendes? No pueden derrotarnos. Somos muy buenos en este juego.

Megan no estaba en condiciones de discutir, y hacer frente parecía imprudente después del último intento. Matarla sería una tarea fácil. No sería la primera, le había dicho él. La invadió el miedo… por ella y por Josh, donde fuera que estuviese. Ellos sabían casi desde un principio que no estaban tratando con un delincuente común y corriente, pero ella nunca hubiera imaginado esto… un asesino múltiple que jugaba con las vidas de las personas como un gato con un ratón.

Le soltó de pronto el pelo, la cabeza le cayó hacia adelante, y el movimiento volvió a provocarle náuseas. Un zapato se arrastró sobre

el suelo. Una bota negra apareció junto a su pierna derecha, luego desapareció. La silla se inclinó hacia atrás y giró… o lo imaginó. Imaginó partes de ella saliendo y regresando a su cuerpo como en un dibujo animado. Su conciencia cayó en un oscuro y espeso cenagal y el ruido le presionó los tímpanos como una tensa abrazadera alrededor de su cabeza. No sabía si estaba despierta o en una pesadilla, no sabía si había diferencia.

Luego todo quedó quieto, la repentina ausencia de movimiento y sonido era tan desconcertante como lo habían sido el sonido y el movimiento. Estaba flotando en un vacío negro. Entonces surgió una imagen iluminada, sólo un instante, tan breve que se registró en el subconsciente, y los detalles aparecieron en su conciencia, uno a uno: un rostro, un niño, pelo castaño, un pijama listado.

—¿Josh?

Otro vislumbre. Pecas, una mejilla golpeada, mirada en blanco.

—¡Josh! —Trató de moverse, pero no pudo, intentó alcanzarlo, pero al parecer no tenía control sobre su cuerpo.

La imagen volvió a aparecer. Se quedó como una estatua, como un maniquí, con los brazos extendidos hacia ella, con un rostro inexpresivo.

—¡Josh! —exclamó ella, pero él no parecía oírla.

La oscuridad volvió a caer como una cortina. Se dejó llevar por ella. Estaba tan cansada, pero el corazón le latía fuera de control, y el dolor la atacó desde todas partes —*¡bam!, ¡bam!, ¡bam!*— golpeándola en mil sitios al mismo tiempo, como una docena de varillas empuñadas por doce hombres enfurecidos.

La voz vibró contra la parte superior de su cabeza.

—¿Te preguntas quiénes somos, muchacha lista? —susurró—. ¿Te preguntas por qué jugamos este juego?

Le apoyó las manos en los hombros y le acarició los músculos doloridos. Megan tembló con revulsión y él se rió.

—Jugamos el juego porque podemos —deslizando las manos sobre los pechos de Megan—. Porque nadie puede atraparnos.

Porque nadie sospecharía. Porque somos brillantes e invencibles.

Le apretó un pecho con cada mano hasta que ella se quejó dolorida.

—Te acercaste demasiado, muchacha lista. Ahora tú también tienes que jugar.

Megan trató de pensar a qué o quién se había acercado. Los nombres y los rostros flotaban en su mente, pero no podía identificar a ninguno de ellos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Megan.

Él se inclinó y se acercó tanto que Megan pudo oler su aliento. Cuando habló le rozó su mejilla con los labios.

—Serás nuestro próximo movimiento.

17:15 -5 °C -11 °C

Albert Fletcher estaba de pie sobre la baranda del púlpito, tomado de una columna con el brazo izquierdo. En la mano derecha tenía un crucifijo de bronce, el cual blandía sobre su cabeza mientras gritaba a la gente que estaba debajo de él.

—¡Cuidado con los falsos profetas que aparecen con pieles de ovejas! ¡Ellos son lobos voraces!

La congregación fue evacuada de la iglesia; en su lugar entraron policías y agentes del alguacil. El padre Tom permanecía detrás del altar, mirando fijamente a Fletcher como si así pudiera mantenerlo en su lugar. Rezó para que así fuera. La culpa se revolvía como un cuchillo en su vientre. Él era culpable de esta situación. Acertados o equivocados, sus sentimientos por Hannah habían sido los disparadores.

—Albert —Tom tenía el micrófono prendido en su ropa; su voz se oía claramente—, tienes que escucharme. Estás cometiendo un gran error.

—¡Malvado fruto del infierno!

—No, Albert. Soy un sacerdote —le dijo con tranquilidad, con la esperanza de estar oprimiendo el botón que hiciera que Fletcher lo escuchara en lugar de empujarlo sobre la baranda—. Soy tu sacerdote. Tienes que escucharme. Eso fue lo que te enseñaron, ¿verdad?

Fletcher sacudió airado el crucifijo, y la baranda se sacudió con él.

—¡Sé donde está el trono de Satanás!

—El trono de Satanás está en el infierno, Albert —respondió Tom —. Éste es el trono del Señor.

—¡Te echaré de aquí, demonio! —El pie izquierdo de Fletcher resbaló sobre la baranda. Todos los que estaban en la iglesia contuvieron la respiración hasta que recuperó el equilibrio.

En el silencio Mitch podía oír los crujidos de la madera. Agazapado en las sombras de lo alto de la escalera, podía ver claramente a Fletcher, y a través del balaustre de la baranda veía el gran espacio abierto que se extendía delante del púlpito. Se irguió lentamente y salió hacia la luz.

—¿Señor Fletcher? Soy el jefe Holt —le dijo con tono suave.

Fletcher giró la cabeza. La baranda se movió. El cuerpo de Mitch se puso en tensión, listo para saltar hacia adelante. Los ojos del diácono tenían el brillo de la locura.

—Sabe, tiene razón —dijo Mitch—. Vinimos a buscar al padre Tom. Vamos a arrestarlo. Necesitaríamos que usted nos ayudara.

Fletcher lo miró sin parpadear, y bajó el crucifijo para apoyarlo contra su cuerpo.

—Cuidado con los falsos profetas —murmuró—. Cuidado con los falsos profetas, concebidos en el pecado.

—Usted sabe bastante sobre el pecado, ¿verdad, Albert? —preguntó Mitch avanzando hacia la baranda—. Puede hablarnos sobre eso. Pero necesitaríamos que venga a la estación de policía. Puede ser nuestro testigo.

—Testigo —murmuró Fletcher. Volvió a elevar el crucifijo hacia el cielo y gritó—. ¡Testigo! ¡Testigo de la ira de Dios!

La baranda crujió. Mitch se movió lentamente mientras oía el sonido de la madera que cedía. Se arrojó sobre Fletcher cuando la baranda cedió, y aun alcanzó a tomar su mano izquierda. El impulso lo llevó hacia el borde. Se golpeó el hombro contra una columna y se tomó de ella con la mano libre, apretando los dientes por el dolor y

el esfuerzo de tratar de sostener el peso de Fletcher. Una fracción de segundo después, el diácono se soltó y su destino quedó sellado.

—¡No! —gritó Tom.

Vio caer el cuerpo de Fletcher desde seis metros de altura. Corrió lo más rápido que pudo, pero la sotana se le enredó en las piernas. Vio a los policías que también corrían. Todos llegaron demasiado tarde.

Fletcher cayó como una muñeca de trapo arrojada por una ventana; su cuerpo se estrelló contra los bancos. Alguien invocó a Dios. Alguien gritó. El padre Tom se arrodilló y tomó el cráneo fracturado de Fletcher. Los paramédicos llegaron con una camilla. Demasiado tarde. Pasó una mano sobre la cara y le cerró los ojos, mientras rezaba una oración por el alma de Albert Fletcher… y otra por él.

37

El efecto de la droga estaba desapareciendo. La niebla de su cerebro ya no era tan densa y dejaba pasar el dolor que ella sentía como un intenso sol en el desierto, insensible, intolerable. Megan trató de concentrarse en las preguntas que flotaban en su cabeza. Él dijo que ella se había acercado. ¿A qué? Trató de recordar. Él la había atrapado en la casa de Priest. ¿Era una coincidencia? ¿Había llegado al lugar equivocado en el momento equivocado para sacar a Albert Fletcher de su escondite?

Tú no crees en las coincidencias, O'Malley. Tampoco creía que la voz perteneciera al diácono. No había habido ninguna declamación bíblica ni promesa de condenación. La voz era fría, controlada. Una voz sin alma.

¿Era la del profesor? Él había ido a St. Peter. No podía haber sabido que ella iba a ir a su casa. No podía haber estado esperándola.

A menos que alguien le hubiera advertido.

Sólo dos personas sabían que ella estaba buscándolo… Garrett Wright y Todd Childs.

Todd Childs, la psiquis mayor que había trabajado en Pack Rat. Había conocido a Olie Swain, había estado en las clases de computación con él… y con Priest. Había ayudado en el centro de voluntarios… con Priest. Estaba trabajando en un proyecto con Priest. No tenía dudas de que conocía todo sobre sustancias químicas. Él habría sabido qué droga darle.

—Ya es casi la hora de empezar el número.

Las palabras fueron susurradas contra sus labios, un beso obsceno. Megan retrocedió y oyó una risita. Él había estado en silencio tanto tiempo que Megan pensó que se había ido. Miró hacia abajo y giró la cabeza hacia un costado tanto como pudo. Vio una parte de la bota negra desconocida.

—¿Por qué Josh? —murmuró con la boca completamente seca—. ¿Por qué su familia?

—¿Por qué no? —respondió—. Una familia tan perfecta —las palabras estaban envenenadas con desprecio.

Megan observó la bota mientras él se balanceaba hacia atrás sobre sus talones, algo que despertó un reconocimiento. Había visto hacer aquello media docena de veces. Un hábito, un detalle menor que tenía guardado en su mente como el color de los ojos o un lunar. Las palabras también eran familiares. *Me siento tan mal por Hannah y por Paul. Una familia tan perfecta…*

Garrett Wright.

Él la había visto en la carretera donde Mike Chamberlain había perdido el control de su coche. El servicial doctor Wright, ofreciendo su ayuda con una sonrisa benévola, y más tarde ofreciendo todo lo que sabía sobre el paradero de su colega.

Vecino de Hannah y de Paul. Un hombre que moldeaba las mentes susceptibles de los estudiantes de Harris. Respetado. Insospechado. Un hombre que los medios habían elegido como un testigo experto. Por una vez se habían equivocado. La ironía era que nunca lo sabrían.

20:41 -5°C -12°C

Mitch salió del City Center por segunda vez esa noche. La corriente de adrenalina que había tenido cuando cruzó rápidamente el pueblo rumbo a St. Elysius ya se había terminado. Con la muerte de Albert Fletcher había tocado fondo. Si Fletcher había secuestrado a Josh, ahora ya no podría confesarlo. Fletcher no podría decirles dónde estaba Josh, si Josh estaba vivo o muerto.

Tenía ganas de golpear algo duro. O que lo tocara algo suave. La primera noche que había ido a buscar a Megan, ella le había aliviado el dolor. Ella creía que no necesitaba a nadie. ¿No se le había ocurrido pensar que alguien podía necesitarla? Alguien como él. Un policía de mal carácter, hecho trizas.

Aparcó el Explorer frente a la gran casa victoriana de Ivy Street y se quedó allí sentado oyendo las escobillas del limpia-parabrisas que iban y venían. Estaba nevando intensamente. Las predicciones afirmaban que la tormenta duraría toda la noche, por eso los equipos de limpieza del pueblo no habían trabajado. La gente había aparcado en cualquier sitio. Los vehículos tenían una capa de nieve de diez centímetros. Excepto el coche de Megan, que no estaba por ahí.

No había luces encendidas en las ventanas de la segunda planta. El gato negro estaba sentado en la ventana del frente, se le veía a través de las cortinas claras. Ella habría ido a St. Paul después de todo. Mitch no sabía si sentirse aliviado o decepcionado. No sabía qué demonios estaba haciendo allí. ¿Qué iba a hacer, decirle que

Albert Fletcher estaba sobre una mesa de mármol en la casa funeraria de Oglethorpe y pedirle que se acostara con él como en los viejos tiempos, porque se sentía golpeado y perdido? Ella sacaría su Glock y le dispararía en medio de los ojos.

El teléfono celular que tenía en el bolsillo de la chaqueta sonó. Mitch lo sacó maldiciendo.

—¿Y ahora qué?

Una voz fina y temblorosa rompió el silencio. A Mitch se le erizaron los cabellos de la nuca.

—¿M… Mitch?

Se le subió el corazón a la garganta.

—¿Megan? Cariño, ¿qué sucede?

—Atrapa al hi… jo de… —Un grito estrangulado interrumpió la oración.

—¡Megan! —gritó Mitch, apretando el volante con la mano libre —. ¡Megan!

La voz que apareció en la línea no era la de Megan. Suave como un susurro, le crispó las terminaciones nerviosas.

—Tenemos un obsequio para usted, jefe. Venga a la entrada suroeste de Quarry Hills Park en treinta minutos. Venga solo. Ni un minuto antes, si no la agente O'Malley morirá. ¿Comprende?

—Sí —respondió Mitch—. ¿Qué quieren?

La risita misteriosa le bajó por la espalda como un dedo huesudo. Apretó el teléfono y tragó.

—Ganar el juego —murmuró la voz. La comunicación terminó.

Megan trató de reanimarse cuando oyó que él colgaba el auricular. La castigaría. Ella lo sabía. Era una persona que quería controlar, y ella había roto una pequeña pieza de ese control. Si tenía suerte, él se enfurecería y le gritaría; ella podría testificar al menos que había escuchado claramente su voz. Si no tenía suerte, la mataría.

—Creíamos que eras una muchacha más lista —no levantó el tono de la voz, pero la furia estaba allí—. ¡Creíamos que eras una muchacha más lista, pero sólo eres otra estúpida puta!

El golpe se estrelló en el costado de su cabeza. No le pegó con el garrote, sino con el reverso de la mano. Tan fuerte que la silla se sacudió hacia los costados. Sintió un intenso ardor en la frente, y el sabor espeso de la sangre en la boca. Antes de que esa explosión se apaciguara le golpeó la mano lastimada con el puño. Las lágrimas fueron instantáneas. Aunque Megan las detestaba, aunque detestaba que él las viera caer por debajo de la venda, no había nada que pudiera hacer para detenerlas. Se mordió el labio y contuvo el aliento para no sollozar fuerte.

Por sobre todo eso era lo que él quería: humillarla, probar su superioridad de todas maneras. Él había calculado cada movimiento, cada posibilidad, pero no había contado con que lo desafiara. Su única esperanza era que lograra ponerlo lo suficiente nervioso como para hacerle cometer un error, y que ese error diera a Mitch la oportunidad de atraparlo.

Ella quería esa oportunidad para sí misma. La posibilidad de derrotarlo en su juego. La posibilidad de golpearlo físicamente, el muy hijo de puta. Deseaba poder aferrar con sus manos ese garrote y golpearle la cabeza, golpearlo hasta que le dijera dónde estaba Josh, y luego golpearlo un poco más aún.

Lo había usado con ella demostrando experiencia, sabiendo en qué puntos golpear y empleando la cantidad de fuerza necesaria para causarle dolor sin dejarla inconsciente. La rodilla derecha, el hombro izquierdo, la pantorrilla izquierda, la mano derecha. Le golpeó una y otra vez la mano, hasta que el golpe más débil la hacía gritar.

Cuando calmó su furia, Megan ya no podía distinguir un dolor del otro. El dolor había tomado proporciones más allá de lo soportable, sofocándola, ensordeciéndola, destrozándola. A lo único que se

aferraba era al odio que ardía en su pecho y el reconocimiento de que él era la clave para encontrar a Josh.

De pronto, las ligaduras de sus brazos y tobillos se aflojaron y la silla se inclinó hacia adelante, arrojándola al frío suelo. La voz del hombre parecía sonar en ambos oídos al mismo tiempo.

—¡Levántate, puta!

Megan no hizo ningún esfuerzo para moverse. El garrote la golpeó en la espalda, las costillas, las nalgas, y ella luchó para mover su cuerpo. Pero ya no sabía dónde estaba el arriba, dónde el abajo ni que hacer para evitar la golpiza. Él la tomó del pelo y la levantó, arrojándola luego contra la pared.

—Podríamos hacer que lo lamentaras mucho, putita —susurró. Le mordió la oreja a través de la venda hasta que ella gritó—. Si tuviéramos más tiempo para jugar. Pero tenemos una cita con tu amiguito.

38
Día 11
21:03 -6 °C -13 °C

Mitch se ocultó entre los árboles para esperar. Desde su ventajosa posición podía ver claramente la entrada suroeste… tan claramente como lo permitía la nieve. Había venido desde el oeste, desde el barrio de Lakeside, a menos de seis manzanas de la casa de los Kirkwood. Noogie lo había traído y se había ido con el Explorer para esperar hasta la hora indicada. Mitch había cruzado el espeso bosque que bordeaba el parque, caminando con dificultad entre la nieve que le llegaba hasta las rodillas, chocando contra raíces escondidas y ramas caídas.

Se agazapó contra el grueso tronco de un roble, respirando agitado. El sendero en forma de herradura que unía las entradas este y oeste del parque estaba a unos diez metros, y la zona de aparcamiento a menos de cincuenta metros al sur. Las luces de vapor de mercurio estaban espaciadas regularmente en el aparcamiento, y con intervalos mayores a lo largo del sendero. La nieve bailaba como un enjambre luciérnagas abajo de sus luces.

Miró su reloj. Faltaban doce minutos. Doce minutos para esperar y sudar, y preguntarse qué le habría hecho el maldito a Megan. Doce minutos para preocuparse por si no había sido lo suficientemente claro en las apresuradas órdenes que había dado a Dietz y Stevens,

por si alguien se ponía nervioso y provocaba que mataran a Megan. No hubo mucho tiempo para formular un plan, y sólo sabía que los oficiales con los que debía trabajar no tenían experiencia con situaciones en las que había rehenes. No quiso arriesgarse a utilizar comunicaciones por radio por temor a que las captara alguna antena exploradora… del secuestrador o de un desprevenido ciudadano o de un reportero.

Doce minutos para preguntarse quién sería el desgraciado. ¿Sería Priest? ¿La corazonada de Megan había sido cierta? La maldijo por haber ido sin refuerzos. Ella sabía que no debía hacerlo. Pero nadie hubiera ido con ella. La habían relevado de su trabajo. Y cuando ella le explicó su última teoría, él la había descartado.

No podía creer que fuera Priest. Había estado cerca del hombre durante dos años y nunca había sentido una mala vibración.

Y también creías que Olie era inofensivo, y que nada malo podría suceder a plena luz del día.

Cerró los ojos. Oh, Dios, no otra vez, no Megan, no delante de sus ojos. No porque estuviera equivocado o demasiado obstinado para ver la verdad. No podía permitir que otra persona muriera por su culpa. Menos aún Megan, quien lo había fastidiado y enfrentado desde un principio para que abriera los ojos y viera más allá del paraíso que había creado para sí mismo. Megan, que había sido abandonada y descuidada y hostigada, y merecía algo mejor de la vida.

La camioneta apareció en el sendero a las 21:05, diez minutos antes de lo pactado. Un modelo nuevo GMC, todo terreno, con lo último en materia de ruedas y un adhesivo en el que se leía: El juguete de Roy. Pasó junto a la zona de aparcamiento y se acercó a él. Mitch corrió ocultándose para ponerse a la par de la camioneta antes de que el conductor descendiera, esperando que éste fuera su hombre y no un par de adolescentes en busca de un lugar íntimo.

La nieve pesada se adhería a sus botas, robándole preciosos segundos. Aun así se lanzó hacia adelante, respirando agitadamente

y sin dejar de mirar la camioneta que aparecía y desaparecía más allá de los árboles. Las luces de posición se apagaron, y Mitch se apoyó contra un nogal. Deslizó la mano dentro de su abrigo y sacó su Smith amp; Wesson de la funda, sin dejar de mirar la camioneta.

Se abrió la puerta del conductor. Una figura vestida de negro salió por ella, sin facciones, anónima, ocultando su rostro con una máscara para esquiar. El Hombre Negro. Miró a su alrededor buscando alguna señal de peligro. Mitch deseó hacerse invisible, se apretó contra el tronco del árbol y contuvo el aliento, mientras los ojos sin rostro se paseaban por su sector del bosque. El aire salió rápidamente de sus pulmones cuando el Hombre Negro rodeó la camioneta y abrió la puerta del acompañante.

La hizo andar unos doce pasos en dirección a la zona de aparcamiento. Mitch se esforzó para reconocerla, algo imposible dadas las circunstancias. Podría ser cualquiera con la altura adecuada y el cabello oscuro. Podría ser un señuelo. Todo esto podría ser un engaño. Megan podría estar en un sótano, y su destino depender de lo que sucediera aquí.

Trató de superar el pánico. *Piensa como policía. Mira como policía. ¿Qué ves?*

Ella estaba apoyada contra el Hombre Negro, como si no pudiera caminar por sus propios medios. Un poco inclinada, cojeando. Estaba dolorida. Si se trataba de un engaño preparado diez minutos antes de la cita, no había razón para que el señuelo hiciera el número. Era Megan, y estaba muy lastimada. Por Dios, ¿qué le habría hecho ese animal?

Megan se alejó de la camioneta con dificultad, apoyándose pesadamente en su captor, no por elección sino por necesidad y porque además pensaba que cualquier molestia que le ocasionara podía ser un pequeño punto a su favor. Tenía las manos atadas atrás, y la venda aún estaba en su lugar. No tenía abrigo, sólo la

ropa interior de seda y una sábana. El frío exacerbaba el dolor en lugar de aliviarlo. No podía enderezar la rodilla derecha. La sentía inflamada y cada paso le provocaba una pequeña explosión de dolor. No sabía si podría soportar su peso, pero exageró la cojera, y tropezó contra Wright, haciéndolo tambalear. Como castigo él le torció la mano, haciéndola gemir de dolor.

—Haz lo que debes hacer, putita —le apoyó una pistola en el pómulo—, o te volaré el cerebro.

El rol de Megan en este juego era la Humillación. Él los había superado. Se había llevado a Josh delante de las narices de todos, había dejado las pistas y se había burlado de todos. Ella sería su gran gesto, su último insulto. La había atrapado, golpeado y envuelto en una sábana, una posible prueba que él consideraba inútil porque se creía invencible.

Ésa sería su ruina, pensó Megan. Él creía en sus propios delirios de grandeza. Sólo Dios sabía de todo lo que se habría librado desde hacía años, pero no se libraría de ésta. No mientras ella estuviera viva.

La condujo hacia el camino por el que habían llegado, arreglándole la sábana a su gusto como si fuera un gran mantón, con los extremos flameando al viento. Se la había puesto antes de subirla a la camioneta. Una sábana. Blanca con manchas rojas. Sabía lo que eran: manchas de sangre. Una prueba, se dijo a sí misma. Les entregaría esta prueba envolviendo a una policía y nadie podría tocarlo. *Piénsalo otra vez, maldito*.

Sintió su rostro muy cerca del suyo, su aliento tibio y con olor a menta.

—Es encantador —murmuró, y rozó los labios de Megan con los suyos.

Megan lo escupió y recibió un golpe en la boca con la culata del arma. Tambaleó y sintió el sabor de la sangre tibia en la boca. La escupió, y en lugar de pensar en el nuevo dolor se concentró en la idea de que Mitch estaría por llegar. Tenía que haberse arriesgado a

venir antes. Eso significaría atrapar al monstruo. Pero también podía significar su vida. ¿Correría ese riesgo?

Vamos, Mitch. Ven aquí. Ven aquí.

Contó los pasos mientras Wright se alejaba de ella. Dos, tres… ¿Habría guardado el arma? Giró un poco, sólo veía la nieve en el suelo, buscó pisadas que le indicaran la situación de la camioneta. Inclinó la cabeza hacia su hombro y tratando de correr la venda para ganar un poco de visión en su ojo derecho. Lo suficiente como para usar sus piernas.

Si se lanzara contra él, ¿lo demoraría lo suficiente como para que llegara Mitch? ¿O su muerte sería inútil? Los pensamientos y las preguntas recorrían su mente, y todos terminaban en una simple verdad: no quería morir así… desacreditada, con tanto por hacer y tanto que decir.

Mitch se quedó rígido. Quería atrapar a ese hijo de puta, golpearlo hasta dejarlo sin sentido por haber pegado a Megan. Pero esperaría. Lo dejaría subir a la camioneta y alejarse. Contaba con Dietz y Stevens para que lo detuvieran en la entrada este. Este maldito era la clave para encontrar a Josh. Si lo tenían en la mira y lo dejaban ir… Wright estaba a mitad de camino hacia la camioneta. Una vez que llegara a la camioneta se podía ir.

En un abrir y cerrar de ojos Mitch cambió su plan. Megan se había vuelto y saltado sobre el hombre. Habían rodado juntos sobre la nieve.

Mitch se lanzó desde la colina, el temor y la furia impulsaban sus piernas, mientras gritaba a todo pulmón:

—¡Alto! ¡Policía!

Megan se quedó sin aliento. Trató de liberarse de Wright, de la maldita sábana, intentó ponerse de pie. Se le cayó la venda, pero

Wright no la soltó. Se puso de pie y tiró de ella para que también lo hiciera, apuntándole el arma a la sien. La empujó hacia la camioneta, protegiéndose tras ella mientras gruñía en su oído:

—¡Dile que te mataré! ¡Dile que te mataré!

—Díselo tú, maricón —replicó Megan—. Mátame y serás hombre muerto aquí mismo.

—¡Puta!

La sacudió hacia los costados, apretándole la tráquea con el antebrazo…

—¡Suelte el arma! —gritó Mitch.

Se detuvo a tres metros de ellos, con la Smith amp; Wesson en posición, preparada, el dedo listo para apretar el gatillo y abrirle la cabeza a ese maldito como si fuera una sandía podrida. Pero no podía arriesgarse a disparar; Megan estaba demasiado cerca, era un buen escudo. El cañón de la nueve milímetros mordía su sien. Mitch sabía que si hacía lo que no correspondía, si tomaba la decisión equivocada, ella moriría. El sudor corría por su frente. La imagen de Allison muerta y Megan muerta se alternaban en su mente como fotografías instantáneas. Allison tirada sobre el linóleo gris, en un charco de sangre. Megan tirada sobre la nieve, su sangre manchándola como zumo de cerezas.

—¡Suéltela! —gritó—. ¡Está detenido!

Wright empujó a Megan un poco más adelante, hacia la puerta abierta de la camioneta. El motor estaba encendido, esperando.

—Nunca saldrá de aquí en esa camioneta —gritó Mitch—. Tengo coches camuflados esperando en las dos entradas.

—Dile que no juega limpio —susurró Wright.

Megan lo miró por el rabillo del ojo.

—Muérete.

De repente Megan se dejó caer. Su peso muerto hizo perder el equilibrio a Wright, y Mitch tuvo la oportunidad de embestirlo. Wright empujó a Megan contra Mitch, e hizo rodar a ambos sobre la

nieve. Disparó ciegamente en dirección a ellos, y se subió a la cabina de la camioneta.

Mitch cubrió a Megan con su cuerpo, protegiéndola de las balas.

—¡Es Garrett Wright! —gritó Megan.

Mitch se levantó y se apoyó sobre las manos y las rodillas.

—¿Estás herida?

—¡No! ¡Vete! ¡Atrapa a ese hijo de puta!

Se puso de pie mientras la camioneta se ponía en movimiento y los neumáticos giraban sobre la nieve recién caída. La parte trasera patinó en dirección a Mitch, quien se tomó del panel lateral en el momento que la camioneta iba a arrollarlo. Cuando trató de sostenerse sus manos cedieron y el Smith amp; Wesson cayó en la caja de la camioneta. Luego la camioneta patinó hacia el otro lado, arrastrándolo.

Mitch se irguió y se impulsó sobre el costado y logró caer en la caja de la camioneta, quejándose de dolor. De inmediato recuperó el arma. Se puso en cuclillas sujetándose del lateral de la caja.

—¡Detenga la camioneta, Wright! —gritó golpeando la ventanilla trasera con el cañón de su revólver.

Wright respondió moviendo con violencia el volante, zarandeando a Mitch a izquierda y derecha. La camioneta se sacudió violentamente, las ruedas del lado derecho se levantaron del suelo. Mitch cayó en la otra dirección. Volvió a tomarse del lateral, levantó su Smith amp; Wesson y disparó a través de la luna trasera. La bala atravesó también el parabrisas y lo rompió en miles de fragmentos una espesa trama de rajaduras.

—¡Detenga la camioneta! —Golpeó el cristal en el sitio donde había pasado la bala con la culata del revólver, rompiéndolo y doblándolo hacia adentro.

Wright se volvió y disparó sobre su hombro, pero Mitch se había hecho a un lado, agazapándose detrás de su hombre. Se sostuvo del lateral con la mano izquierda y pasando su mano derecha entre los restos de la luna y apoyó el arma detrás de la oreja de Wright.

—¡Detenga la maldita camioneta! ¡Está detenido!

Wright giró violentamente el volante hacia la izquierda y dio más gas. La camioneta se salió del camino. Mitch se arrodilló maldiciendo. Guardó su arma en el bolsillo y se tomó del lateral con ambas manos.

La camioneta saltó con violencia, luego se deslizó de costado y chocó contra el tronco de un árbol. Mitch rebotaba como una pelota dentro de una caja. Cuando salió despedido de la camioneta pudo ver un cielo lleno de copos de nieve, y al caer ya sólo vio nieve.

Mitch se puso de pie y sacó el arma antes de que su visión se aclarara. Corrió para llegar a la camioneta y detener a Garrett Wright, preguntándose si el golpe lo habría desmayado. Los disparos le dieron la respuesta… tres rápidos disparos que lo obligaron a buscar protección detrás de un gran abeto.

Se quedó allí quieto un momento, tratando de recuperar el aliento, tratando de ver entre las ramas dónde estaba Wright, pero todo estaba demasiado oscuro. Con el cuerpo agachado corrió hasta otro árbol más cercano a la camioneta. Se la veía detenida en un pequeño oasis de árboles. Hacia el sur y el este sólo había campo abierto. Hacia el oeste había un descampado de unos cincuenta metros antes del espeso bosque que cubría la ladera de la colina. Si Wright iba a correr la única opción que tenía era el oeste.

Mitch corrió hacia otro árbol observando la camioneta.

—¡Ríndase, Wright!

Silencio. El viento. El gemir de los árboles.

Tomó aliento y corrió hasta el costado de la camioneta, del lado del acompañante. No hubo disparos. Sólo el silbido del vapor en el radiador roto. Mitch se irguió lentamente. La cabina estaba vacía. A través de los cristales vio a Wright que corría hacia los árboles.

—Maldición, estás demasiado viejo para esto, Holt —murmuró, tratando de recuperar sus fuerzas. Olvidándose de la camioneta corrió tras el fugitivo. Esperaba que Wright le disparara cuando cruzara a campo raso, pero no hubo disparos. Corrió hasta el límite

del bosque, sumergiéndose entre los árboles y arbustos, precedido por su arma.

Un movimiento entre los troncos de los árboles hacia el norte hizo que Mitch apuntara en esa dirección. En el mismo momento en que oyó un disparo, una bala astilló un árbol treinta centímetros hacia su izquierda. Se arrojó sobre el abdomen y esperó, mirando a ambos lados e ignorando las ramas rotas que lo lastimaban a través de la nieve. Su mano tocó algo suave y tibio. La retiró instantáneamente, pensando que era algo vivo, pero era una máscara negra de esquiador. La guardó en su bolsillo y luego corrió.

—¡Wright! —gritó—. ¡Ríndase! ¡No puede ganar!

Un juego. Un maldito juego. Así llamaba a destruir las vidas de la gente. Éste no lo ganaría.

Otro disparo. Mitch respondió al fuego. Pudo ver fugazmente a Wright, una forma oscura entre las sombras, y luego volvió a desaparecer, dejando a Mitch solo con su maldición.

Los músculos de la espalda y las piernas le ardían. El aire helado de la noche entraba en sus pulmones como si fueran agujas. Tropezó con algo y se cayó. Cuando se levantó, una bala atravesó la manga izquierda de su abrigo y le hirió el brazo, empujándolo a un lado.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Se escondió atrás de un árbol. La herida le dolía terriblemente, pero al parecer sangraba muy poco, y afortunadamente no era en la mano que empuñaba el arma.

Asomó la cabeza con cuidado. No había señales de Wright. Un aura de luz iluminaba la parte superior de la colina. Más allá de los últimos árboles estaba el barrio de Lakeside. El barrio de Hannah y de Paul. El barrio de Garrett Wright. Garrett Wright, que enseñaba psicología y que trabajaba con los Vaqueros de Ciencia ficción y que conducía un Saab. ¿Alguien lo habría observado y se habría preguntado si bajo esa superficie pulida superficie se escondía un loco?

Otro movimiento bajo la nevada. Mitch lo persiguió, mirando la espalda de Wright mientras llegaba al pie de la colina. Mitch llegó segundos después que él.

—¡Wright! ¡Alto! ¡Está detenido!

Su presa se escabulló hacia la izquierda y desapareció en un grupo de abetos cargados de nieve. Rezó para que no lo alcanzara una bala y fue tras él. Del otro lado de los árboles estaban las casas de Lakeside, con sus extensos terrenos, con sus luces brillando suavemente en las ventanas. Entrecerró los ojos buscando a Garrett Wright. Una sombra se movió en una casa que daba al norte. Una figura que corrió junto a la pared de una cochera hacia una puerta trasera abierta.

—¡Quieto, maldito! —gritó Mitch, y corrió sin dejar de mirar la puerta que se cerró dos segundos antes de que él llegara.

Bajó un poco el hombro y embistió la puerta corriendo. Se abrió con un explosivo *¡crack!*, y el marco de madera se astilló. El impulso de Mitch lo lanzó directamente sobre Garrett Wright. Ambos cayeron y se deslizaron sobre el suelo de hormigón, mientras Wright gruñía al quedarse sin aliento.

—¡Está detenido, hijo de puta! —dijo Mitch poniéndose en pie, sus pulmones parecían fuelles. Apuntó el Smith amp; Wesson a un centímetro del pálido rostro de Wright, el cañón del arma temblando como la cola de una culebra de cascabel—. El juego terminó, Garrett. Tú pierdes.

39
Día 11
21:51 -7°C -14°C

—¿Qué sucede? —Karen Wright estaba en la puerta que comunicaba la cochera con la cocina, pálida y con una expresión horrorizada.

—Es un error —dijo su esposo. Estaba boca abajo en el suelo, con las manos esposadas en la espalda. Giró la cabeza para mirar a Mitch, que continuaba apuntando con el Smith amp; Wesson.

—Sí —gruñó Mitch—. Es un error… y tú lo cometiste.

A Karen se le llenaron los ojos de lágrimas. Se retorció las manos aferrando el bajo de su jersey rosado.

—No comprendo. ¡Garrett no ha hecho nada! ¡Ni siquiera conduce a alta velocidad!

Mitch la miró de reojo. Había leído muchos casos en los que una mujer había vivido con un hombre durante años, sin enterarse de que él tenía una vida secreta como asesino o secuestrador de niños. Sin duda ése era el caso de Karen Wright. Ella había estado trabajando en el centro de voluntarios, ayudando a enviar volantes para encontrar a Josh, mientras su esposo había estado jugando su juego enfermizo. Aun así deberían interrogarla para comprobar lo que sabía y lo que no; para ver si podía corroborar o destruir la historia de su esposo. Mitch pensó que no lo resistiría muy bien.

—Garrett, ¿de qué se trata todo esto? —exclamó—. ¡No lo comprendo!

—Lo lamento, señora —le dijo Mitch—. ¿Podría esperar en la casa…?

—¡Garrett! —Sollozó.

La gran puerta cochera se abrió, como una gran ventana a la calle, dejó entrar el viento y la nieve y dejó ver a los patrulleros que se acercaban, con el Explorer de Mitch tras ellos. Los vehículos entraron en el sendero. Sin luces ni sirenas. Mitch había dado órdenes específicas de silencio cuando llamó al oficial por su teléfono celular para que enviara los automóviles. Sin mención de código ni delito, sólo una solicitud específica para que Noogie, Dietz y Stevens, y otro patrullero se presentaran en Lakeshore Drive 91.

La casa de Wright. Mitch supuso que él había intentado sacar el Saab de la cochera y escapar, pero ya no habría escape. Esta noche, la justicia había ganado.

Megan estaba sentada en el Explorer y observaba a Noogie que escoltaba a Garrett Wright hasta el patrullero policial. Miró sin parpadear el rostro del hombre que la había golpeado, la había atormentado, que los había atormentado a todos. Después de dar dos pasos, él se volvió y la miró. Su cara, la mitad de ella iluminada por la luz que bajaba desde arriba de la puerta, no mostraba ninguna emoción. Simplemente la miró a los ojos. Entonces Noogie le apoyó su mano enorme en el hombro y lo metió en el automóvil.

Megan tembló. Al parecer no podía dejar de temblar, y no era por el frío. Noogie la había envuelto con una manta de lana y había tenido la calefacción del coche en marcha. Se había negado a que llamara una ambulancia. No tenía intenciones de que la llevaran a la sala de primeros auxilios sin saber si Mitch había atrapado a Garrett Wright… sin saber si Garrett Wright lo había matado.

Dietz y Stevens salieron de la cochera, uno a cada lado de Karen Wright, manteniéndola erguida mientras ella sollozaba. El susurro de Wright flotaba en la cabeza de Megan: …*nosotros… nosotros… nosotros…* Nunca yo, siempre en plural. Pero no podía imaginar a Karen como la otra mitad del equipo. Había habido demasiado desprecio por las mujeres en aquella voz sin cuerpo. *¡Eres otra estúpida puta!*

Se sacudió al recordar el golpe que había seguido a esas palabras.

—Maldición, Megan tienes que ir al hospital.

Mitch había abierto la puerta del acompañante y la estaba mirando con ceño. Pero lo que vio en sus ojos no fue furia.

—Tenía que saberlo —le susurró—. Tenía que ver que lo habías atrapado.

Algo se retorció en su pecho mientras la miraba. El ojo derecho se le estaba amoratando. Tenía el labio inferior partido y se estaba hinchando. Ese hijo de puta le había pegado, y sin embargo ella estaba allí con el mentón erguido y desafiante, y con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo atrapé —susurró. Le acarició la cabeza con la mano y luego se inclinó dentro de la camioneta, y apoyó la cabeza de Megan sobre su hombro—. Lo atrapamos.

Tembló al pensar que el desenlace podría haber sido diferente. Podrían haberla matado. Podría haberla perdido. Pero ella estaba aquí y viva. El alivio lo dejó un poco tembloroso.

Los dos tenían los ojos húmedos cuando él se alejó. Mitch sonrió con picardía.

—Eres un diablo de policía, Megan O'Malley —murmuró—. Ahora vamos al hospital.

23:47 -8 °C -17 °C

—¿Le dijo dónde está Josh? —preguntó Hannah.

Mitch le había pedido que se sentara, pero ella no podía. Se paseaba por la sala de estar, con los brazos cruzados. Tenía el pulso acelerado. Probablemente debería estar acostada, pero necesitaba moverse y continuar moviéndose hasta que Mitch le diera la respuesta que necesitaba. Entonces saldría corriendo a buscar a Josh. Por el contrario, Paul estaba sentado en un extremo del sofá, inclinado hacia adelante, con la cabeza apoyada en las manos, como si no pudiera hablar ni moverse.

La llamada había llegado dos horas antes, Mitch le informó que Garrett Wright había sido detenido y que iría personalmente a la casa para explicarle todo. Hannah le pidió que llamara a Paul a su oficina, y luego esperó, aturdida, sorprendida.

Mitch se miró las botas y suspiró.

—No. Hasta ahora no habló. Su abogado es de las Cities. No puede llegar con esta tormenta.

Mitch le había pedido que tuviera un poco de compasión, que por lo menos les dijera si Josh estaba vivo, pero Garrett Wright no mostró compasión. Miraba a Mitch, con sus ojos fríos e inexpresivos, sus rasgos en blanco, exento de emoción.

—Garrett Wright —murmuró Hannah—. Están seguros de que…

—No hay duda —respondió Mitch—. Estuvo jugando con todos nosotros, burlándose con pistas. Esta noche iba a usar a Megan… a la agente O'Malley, para demostrarnos su superioridad, pero esta vez

se acercó demasiado a la llama. Yo mismo lo perseguí, Hannah. Es nuestro hombre… o al menos uno de ellos. Aún no sabemos si Olie Swain o cualquier otra persona estaba relacionada.

Mitch no les contó que Todd Childs, un estudiante de Harris, había sido llevado a la estación de policía para interrogarlo. Aún no había surgido nada de eso. Tampoco les mencionó que había enviado instrucciones para que llevaran a Christopher Priest a la estación de policía. El profesor no había regresado de St. Peter, si allí era donde había ido. La policía de St. Peter estaba averiguando en los moteles para ver si era uno de los automovilistas que se había quedado varado por la tormenta.

—Dios mío, Garrett Wright —Hannah negó con la cabeza. Parecía inconcebible. Era un vecino de ellos. El esposo de Karen. Un profesor de Harris. La había llamado la noche anterior y le había dado el nombre de un consejero familiar. *¿Por qué?*

—No puedo responder a eso, querida —murmuró Mitch—. Ojalá pudiera.

—¿Por qué nos haría daño? —le dijo como si Mitch no hubiera hablado.

—¡Porque es un lunático! —gritó Paul, levantándose del sofá—. ¡Está loco!

Y él estaba atrapado en una pesadilla. Nada de esto podía estar sucediendo. Garrett Wright detenido. No. No podía ser Garrett. No podía soportar que fuera Garrett.

—Cualquiera que haga una cosa como ésta tiene que estar loco —insistió. Se alejó de la chimenea, donde una fotografía de Josh lo miraba desde la repisa. En el estante del equipo de vídeo había una pila de videojuegos de Josh. Mirara donde mirara estaba lleno de recuerdos. Adentro de su cabeza, la voz de Josh resonaba y resonaba. *Papá, ¿puedes venir a buscarme a* hockey*? Papá, ¿puedes venir a buscarme a* hockey*? Papá, ¿puedes…*

—No puedo creerlo —murmuró Paul. Miró la alfombra, pues temía mirar hacia cualquier otro lugar. No podía soportar todo lo que

le recordaba a Josh. No podía mirar a Mitch Holt. No podía mirar a Hannah. No podía pensar en Garrett Wright. La culpa, el pánico y la autocompasión le cerraban la garganta—. No puedo creer que esto me esté sucediendo a mí.

Nadie lo escuchaba.

Hannah estaba concentrada en Mitch. Tenía el aspecto de haber bajado al infierno y regresado, el pelo desgreñado, el abrigo abierto y colgando de sus hombros. Una manga estaba rota a la altura del bíceps, por donde había sangrado bastante. La tensión de la noche endureció las aristas de su rostro, oscureciendo las sombras, profundizando los rasgos. Todo podía leerse en sus ojos: arrepentimiento, compasión, empatía.

—Usted cree que Josh está muerto, ¿verdad? —le dijo Hannah con suavidad.

Mitch se sentó en un sillón. Todos habían rezado para que este caso terminara, pero ninguno quería que terminara así, sin ninguna señal de Josh, con uno de sus propios vecinos en la cárcel, con Megan en el hospital.

—Las cosas no parecen andar muy bien, querida —Hannah se arrodilló a sus pies y lo miró—. Había manchas de sangre en una sábana. Tenemos que pensar que es sangre de Josh. Tendremos que hacerles análisis de sangre a ti y a Paul para que laboratorio compare los ADN.

—Él no está muerto —susurró Hannah, casi para ella misma. Se incorporó lentamente, se tocó la parte interior del codo izquierdo—. Le sacaron sangre —murmuró—. Vi una venda en su brazo.

—Hannah…

—¡Por Dios, Hannah, ya está bien! ¡Está muerto! —exclamó Paul.

Recibió su reacción con férrea determinación, con una fuerza que surgía de lo más profundo de su ser. En un rincón distante de su mente pensó que era extraño que pudiera encontrar esta fortaleza en este momento en el que tenía que enfrentar una noticia tan devastadora. Había imaginado este momento en sus pesadillas, se

había visto rota en mil pedazos. Pero no estaba destrozada. No iba a rendirse por Josh, e iba a enfrentar a Paul.

—¡Él no está muerto, y estoy harta de que me digas que lo está! —contestó con una mirada penetrante al hombre que alguna vez había sido su esposo, su amante, su amigo—. Tú eres el que está muerto… por lo menos la parte de ti que yo amaba. Ya no sé quién eres, pero sé que estoy harta de tus mentiras y tus acusaciones. Estoy harta de que me culpes por la desaparición de Josh. Al parecer todo lo que quieres es enterrarlo y que las cámaras tomen tu mejor perfil en el funeral.

Paul se golpeó el pecho con una mano como si se hubiera clavado un puñal.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque es la verdad!

—No tengo por qué escuchar estas cosas —desvió los ojos; no quería ver el desprecio en su mirada.

—No —contestó Hannah, y tomó el abrigo de Paul del respaldo del sofá. Se lo arrojó. Le temblaba la boca por la furia y el esfuerzo para tratar de contener las lágrimas—. No tienes que escucharme más. Y yo no tengo que aguantar tu carácter, y tu herido ego machista ni tus estúpidos y mezquinos celos. ¡Se acabó! ¡Hemos terminado!

Hannah trató de controlar su respiración. No lloraría frente a él. Derramaría sus lágrimas en privado por lo que habían perdido. Él continuó allí, observando el abrigo que tenía en las manos. El hombre con el que se había casado habría luchado. El hombre con el que se había casado le habría dicho que la amaba. Para ambos era terrible comprobar que ese hombre ya no existía.

—No tienes por qué continuar viviendo aquí, Paul —murmuró Hannah—. Ya puedes marcharte. Estoy segura de que hay reporteros que están esperando una buena nota con el padre dolorido.

Paul retrocedió un paso, sus palabras lo golpearon con la fuerza de un garrotazo. *Lo perdí todo. No puedo creer que esto me esté sucediendo a mí*.

Las palabras de Josh flotaban en su cabeza: *¿Papá, puedes venir a buscarme?* La culpa lo ahogaba. Luchó para contenerla, para esconderla. Sentía sus ojos sobre él… los de Hannah, los de Mitch Holt. ¿Podían verla? ¿Podían olerla como si fuera un mal olor? Lo estaba perdiendo todo… su hijo, su matrimonio, todo. Y tendría que vivir con el secreto por el resto de su vida: que mientras él estaba engañando a su esposa, el marido de su amante había raptado a su hijo.

Sintió náuseas y debilidad.

—Debo marcharme —murmuró.

Hannah lo observó mientras se iba, oyó la puerta que se cerraba y el zumbido del motor del automóvil. Miró a Mitch allí sentado en el sofá, con el rostro vacío, como si tratara de fingir que no estaba allí.

—Lamento que haya tenido que ver esto —le dijo ella.

—Esto ha sido muy duro para ambos. Necesitan tiempo…

—No —respondió con firmeza. Levantó la mano y acomodó un mechón de su pelo detrás de la oreja—. No, no es eso lo que necesitamos.

Mitch no trató de discutir.

—¿Y ahora qué sucederá? —preguntó Hannah.

—Estamos realizando un intenso rastreo por la zona a la que Wright llevó a Megan. Creemos que está a unos ciento treinta y cinco kilómetros. Quizá menos. Estamos averiguando si tiene otra propiedad, si tiene una camioneta. Tan pronto como llegue su abogado, será interrogado. Mientras tanto, nos exprimimos el cerebro para armar un caso que lo mantendrá encerrado durante el resto de su vida.

Hannah asintió con la cabeza.

—¿Y Josh?

—Haremos todo lo que podamos para encontrarlo —a él o a su cuerpo. No lo dijo, pero Hannah pudo leerlo en sus ojos.

—Dígame que no lo abandonarán, Mitch. Usted sabe lo que es perder un hijo. Prométame que no abandonará a Josh.

Mitch la rodeó con sus brazos y mantuvo su abrazo durante un momento. Él sabía lo que era perder un hijo, y no podía permitir que Hannah enfrentara ese dolor si había una mínima esperanza.

—Lo prometo —susurró con voz ronca—. Él está vivo hasta que alguien me pruebe lo contrario.

—Él está vivo —replicó Hannah con resolución—. Está vivo y no me daré por vencida hasta encontrarlo.

Mitch le prometió que la llamaría si surgía algo, que la mantendría tan bien informada como pudiera. Ella lo acompañó hasta la puerta y lo observó mientras sacaba la camioneta del sendero, con las luces traseras encendidas, el único color en una noche negra y blanca. Aún estaba nevando, y el viento calaba los huesos.

Hannah volvió a entrar en la casa, frotándose los brazos, aunque sabía que el frío llegaba más adentro. Le partía el corazón pensar que su familia ya no existía. La casa parecía enorme y vacía. Se sintió sola y tembló al pensar que de aquí en adelante estaría sola.

Excepto Lily.

Lily estaba en su cuna, acurrucada junto al viejo osito de Josh, con el pulgar junto a la boca. Hannah observó a su hija. Una luz tenue tocaba el rostro de Lily, tan dulce, tan inocente, tan precioso, enmarcado por bucles dorados. Largas pestañas sobre una mejilla regordeta y sonrosada. La boca como un capullo recién abierto.

—Mi bebé —susurró Hannah mientras la acariciaba suavemente.

Aún podía recordar lo que había sentido cuando llevaba esta preciosa vida en su seno. Aún recordaba lo que había sentido cuando llevaba a Josh. Cada momento de alegría, de temor, de maravilla ante el milagro que sería su primer hijo. La emoción… de

ella y de Paul… ante la noticia de que iban a ser padres. Las noches que habían pasado en la cama hablando en voz baja, planeando el futuro, mientras Paul apoyaba su mano en el vientre.

Le rompía el corazón pensar que ya no volverían a estar así, que nunca volvería a planificar un futuro porque sabía que el presente era muy amargo. Sintió como si le hubieran robado. Como si le hubieran robado a su hijo, su matrimonio, su creencia de que el mundo era un lugar lleno de maravillosas promesas.

—Sólo quedamos nosotras, mi amor —susurró.

Lily abrió los ojos. La beba se sentó y frotó su pequeño puño contra la mejilla. Miró a Hannah y frunció el entrecejo al ver las lágrimas de su madre.

—No llores, mami —murmuró, y levantó los brazos en una súplica silenciosa para que la alzara.

Hannah la alzó y la abrazó con fuerza, sollozando por todo lo que había perdido, por la incertidumbre del futuro. El dolor y el miedo la invadieron, y todo lo que podía hacer era abrazar a su hija y rezar pidiendo una esperanza. Parecía tan poco cuando había perdido tanto.

Sus fuerzas disminuían; se sentó en la vieja mecedora blanca de mimbre. Lily se sentó en su falda y trató de secarle las lágrimas con sus manitas.

—No, no llores, mami.

—A veces mami necesita llorar, cariño —Hannah besó las puntas de los dedos de su hija—. A veces todos necesitamos llorar.

Lily se acomodó para pensar en ello. El silencio llenó la habitación, mientras afuera el viento aullaba implacable. Hannah abrazó con fuerza a su hijita.

—¿Dónde está Josh, mami? —murmuró Lily, con el pulgar muy cerca de la boca.

—No lo sé, cariño —respondió Hannah con tranquilidad, mirando la cuna vacía y el viejo oso panda que habían sido de su hijo. Lo había comprado el día que el médico le dijo que estaba embarazada.

Josh había dormido con él casi todas las noches de su vida. Todas menos las once últimas.

—Pensemos que está calentito en algún lugar —susurró meciéndola con suavidad—. Que no está preocupado. Que nos extraña, pero que sabe que lo traeremos a casa tan pronto como podamos. Que sabe que lo queremos mucho. Que sabe que lo encontraremos… porque lo haremos… lo prometo.

Cerró los ojos y contuvo el aliento, y apretó contra ella a su beba. Rezó pidiendo fuerzas para poder cumplir la promesa, y para creer que alguien, en alguna parte escuchaba y respondía las oraciones.

40
Día 13
17:54 -7°C

Ella pudo ver el rostro del niño, un óvalo pálido con pecas. La miró fijo, con los ojos enormes, celestes, en blanco. Luego se fue, como una luz que se había apagado para dejarla en una total oscuridad.

Tenemos un trato para ti, muchacha lista… puta lista… Una voz sin cuerpo, suave y siniestra como una serpiente. Tembló y sintió que todo daba vueltas en el vacío. Impotente. Vulnerable. Esperando. El dolor golpeó desde una dirección, luego de otra, y otra.

Megan se despertó de una sacudida. Las vendas que le había puesto Kathleen Casey estaban adheridas a su cuerpo como papel de seda mojado. Miró a su alrededor y observó cosa por cosa, tratando de calmarse, recobrando su control poco a poco, tratando de alejar la desorientación y el temor. Estaba segura. Garrett Wright estaba entre rejas.

Se preguntó si habrían encontrado a Josh.

El calendario que había en el otro extremo de la habitación indicaba que era lunes 24 de enero. Tom Brokaw estaba hablando consigo mismo en el televisor montado en la pared.

Recordó que Mitch la había llevado al hospital. Todo lo que había pasado después estaba confuso en su mente como las imágenes

cambiantes de un calidoscopio. Un hombrecito con acento indio y una enorme nariz daba órdenes y hacía preguntas con toda tranquilidad. Enfermeras que le hablaban murmurando, mientras giraban alrededor de su cama con zapatos de algodón. Agujas. Dolor. Imágenes de Harrison Ford mirándola.

Supuso que había sido Mitch que habría ido a controlar que todo funcionara bien.

Había dormido todo el domingo y gran parte de ese día, agotada por la tensión y las drogas. Ahora se sentía mareada. El dolor era más fuerte que todo lo que le estaban administrando, un dolor que llegaba desde las heridas hasta su cerebro. Su rodilla derecha El antebrazo izquierdo. Los riñones. La mano derecha… la mano que la había ayudado a completar mil informes policiales. La mano que había sostenido una pistola con la firmeza necesaria para ganar media docena de premios de puntería. La mano que ahora estaría enyesada durante un tiempo.

El doctor Baskir, el del acento y la nariz, había venido más temprano, durante uno de sus breves momentos de lucidez. Le miró las distintas heridas del cuerpo, controló sus constantes vitales e hizo un examen general. «Muchos muchos golpes», le comentó. Le explicó que la rodilla requeriría fisioterapia. Por último le revisó la mano: «Pobres, pobres huesitos».

Con una grave expresión de compasión le dijo a Megan que no podía prometerle que recobraría la movilidad completa de la mano. Le habló casi susurrando, como si no quisiera que los «huesitos» escucharan la mala noticia. Había hecho todo lo posible en una primera cura, pero ahora que el clima había mejorado, la trasladarían al Centro Médico de Hennepin, donde un cirujano ortopédico comenzaría con el doloroso proceso de reparar el daño generalizado de su delicada estructura.

Al recordar sus palabras el miedo la golpeó como si fuera un machete. Un policía necesitaba dos manos. Siempre había querido

ser policía. Este trabajo era su vida. Ahora su vida se presentaba ante ella con la posibilidad de no poder hacer ese trabajo.

Tratando de contener las lágrimas, observó la habitación privada del hospital. Flores y globos decoraban los estantes. Kathleen le había leído las tarjetas. Eran de la policía de Deer Lake, del Departamento, de sus viejos compañeros del departamento de policía de Minneapolis. Con excepción de un hermoso rosal en miniatura de Hannah, todo lo demás era de policías. Casi todos sus conocidos eran policías. ¿Qué sucedería si dejaba de ser uno de ellos?

Se sentía como si estuviera unida al mundo por un delgado cordón, como un astronauta caminando en el espacio, y el cordón estaba a punto de cortarse.

Para alejar el temor, presionó el botón del volumen del mando del televisor. Tenía la mano derecha inmovilizada en un cabestrillo. La mano izquierda había tenido un catéter IV durante dieciocho horas, pero ya no lo tenía. Quizá podría aprender a usar la izquierda, mientras presionaba el botón de los canales, pasando las estaciones hasta que apareció el noticioso local de las seis de la tarde.

No se detuvo en TV 7, hogar de Paige, Cualquier-cosa-por-una-noticia Paige, y sintonizó el canal Once. Una toma de los habitantes de Minnesota paleando nieve después de la tormenta del fin de semana, dio paso a una fotografía de archivo de Josh con su uniforme de explorador.

—… pero nuestra historia más importante de esta noche viene de Deer Lake, Minnesota, donde, durante el fin de semana, las autoridades capturaron a un sospechoso en el secuestro de Josh Kirkwood, de ocho años.

Las imágenes de una conferencia de prensa llenaron la pantalla. El salón de conferencias del viejo cuartel de bomberos. Mitch estaba en el podio, con aspecto grave y cansado. Marty Wilhelm estaba a su derecha, con aspecto de estúpido. Steiger estaba sentado, con el entrecejo fruncido. Mitch leyó una declaración preparada,

mencionando sólo los acontecimientos del sábado, negándose a responder la mayoría de las preguntas que se relacionaran con los detalles de las pruebas, negándose incluso a confirmar el nombre de Wright, aduciendo que la divulgación de cualquier información posiblemente pondría en peligro la continuidad de la investigación en curso.

—Josh Kirkwood aún está perdido y las agencias policiales involucradas lo están buscando activamente. —¿Es verdad que las pruebas conseguidas el sábado a la noche incluyen una sábana manchada de sangre?

—Sin comentarios.

—¿Es verdad que el sospechoso que está en la cárcel es miembro del Harris College?

—Sin comentarios.

—Demasiado para proteger la continuidad de la investigación —murmuró Megan. Las comadrejas de los medios cavarían, perseguirían, sobornarían y engañarían hasta conseguir lo que necesitaban para sus titulares sin importarles las consecuencias.

—¿Es verdad que usted personalmente persiguió al sospechoso andando a través del bosque?

Mitch miró prolongadamente a la mujer que estaba fuera de la pantalla. Se oyeron los obturadores de las cámaras fotográficas. Cuando habló lo hizo con el tono bajo con que lo hacía cuando se le estaba acabando la paciencia.

—Todos han tratado de convertirme en una especie de héroe en todo esto. No soy un héroe. Estaba cumpliendo con mi trabajo, y si lo hubiera hecho mejor no habría habido persecución. Si hay algún héroe en esto, es la agente O'Malley. Ella arriesgó su vida, y casi la perdió, en su intento de llevar al captor de Josh Kirkwood a la justicia. Ella es el héroe que buscan.

—Oh, Mitch…

—Es la verdad.

Estaba en la puerta de la habitación, con la corbata torcida, el pelo desarreglado, con aspecto de cansado, los hombros hundidos. Jessie estaba a su lado, con un gato de peluche relleno bajo el brazo. Natalie los hizo entrar en la habitación.

—No me dejen aquí en el pasillo, donde alguna enfermera podría pinchar mi enorme trasero con una aguja.

Megan sonrió.

—¡Eh!, miren quién trajo un gato. Hola, Jessie. Gracias por venir a verme.

—Te traje a Whiskers —dijo Jessie, mostrándole el juguete, mientras Mitch la levantaba y la sentaba en uno de los lados de la baranda de la cama—. Así no echarás tanto de menos a tus gatos de verdad.

El juguete era adorable. Las orejas bordeadas con raso rosa estaban un poco gastadas en los bordes. Los bigotes blancos largos estaban algo torcidos. A Megan se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que Jessie le daría una posesión tan especial. Pasó los dedos sobre la suave piel de color gris.

—Gracias, Jessie —susurró.

—Papá y yo estamos cuidando a Gannon y a Friday —le contó Jessie, mientras miraba el juguete—. Les agrado.

—Estoy segura de eso.

—Y les gusta jugar con una cuerda. Papi dice que a lo mejor puedo seguir visitándolos después de que te mejores.

—Estoy segura de que les encantará —a Megan se le estrujó el corazón al pensar que ella no podría ver a sus gatos en la casa de Ivy Street porque no estarían mucho tiempo más en la casa de Ivy Street.

—Papi me dijo que no irás al cielo como mi mamá —le dijo Jessie con solemnidad—. Me alegro.

—Yo también —las palabras apenas pudieron salir de su boca. Ella nunca se había permitido comprometerse con nadie porque

sabía que dolería. Dolería sentir el vacío y el anhelo por algo que nunca tendría, y dolería saber que la relación terminaría.

—Te traje bizcochos —anunció Natalie. Sacó un enorme recipiente Tupperware de su bolso, como un mago que saca un conejo de un sombrero, y lo dejó sobre la mesa al lado de la cama —. Y unos trozos de chocolate; necesitas aumentar de peso. Debes ponerte buena y salir de aquí pronto, agente O'Malley. Ese cara de tonto que envió el Departamento me volverá loca.

—Probablemente tengas que acostumbrarte a él —respondió Megan con una sonrisa triste.

—Ya lo veremos —murmuró Natalie de manera ominosa. Sacó varios bizcochos del recipiente, le dio un codazo a Jessie y le guiñó el ojo—. Vamos, *Miss* Muffet, vamos a ver si conseguimos un poco de leche para arruinar tu cena.

—Hasta luego, Megan —Jessie estaba rebosante de alegría cuando se inclinó sobre la baranda para chocar su manita con la izquierda de Megan, luego se bajó y salió precipitadamente de la habitación seguida por Natalie.

Megan miró a Whiskers y le frotó una de las orejas.

—Ella es muy especial.

—Creo que sí —respondió Mitch—, pero supongo que no soy muy objetivo.

Tocó su mentón con un nudillo y levantó su cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—Como si un psicópata sádico me hubiera golpeado en todo el cuerpo con un garrote.

—Ese hijo de puta. A mí me gustaría golpearlo con un garrote.

—Ponte en la cola —dijo Megan. Puso las piernas a un costado de la cama para ponerse unas chinelas del hospital.

—¿Tienes permitido levantarte? —preguntó Mitch un poco alarmado. Pasó hacia el otro lado de la cama y se situó junto a ella, listo para sostenerla si era necesario.

Megan trató de ignorar su preocupación. Lo miró algo molesta, caminó con dificultad hasta la ventana, apoyándose en una muleta bajo el brazo izquierdo.

—He prometido no correr por los pasillos gritando obscenidades —nunca imaginó que le pudieran doler tantas partes del cuerpo al mismo tiempo; pero lo superaría, se fortalecería, porque tenía que hacerlo—. Necesito estar de pie de tanto en tanto. No quiero debilitarme —se acomodó bien contra la ventana.

Afuera ya había caído la noche. Negra sobre un manto de blanco prístino. La nieve estaba acumulada en pequeñas dunas sobre el césped del hospital, esculpidas con elegancia por el viento. Podía sentir la presencia de Mitch atrás de ella, su calidez, su energía, invitándola a apoyarse en él. Podía ver su imagen junto a la de ella reflejadas en el cristal de la ventana, sombras oscuras con ojos fantasmagóricos.

—Pero la vida no es tan mala —comentó con humor cínico—. Voy a obtener una recomendación del Departamento. Pierdo mi trabajo en el caso, pero obtengo una recomendación. Y Paige abandona el pleito debido a las fotografías que le tomó el viejo Henry Forster cuando ella entraba y salía del remolque de Steiger. Es una suerte para mí que su codicia para obtener los detalles de la detención la hayan llevado a continuar abriéndose de piernas.

—La codicia es una gran motivadora.

—Eso es verdad —murmuró Megan—. Ojalá en todo este caso se tratara sólo de eso. Por lo menos es algo que todo el mundo puede comprender. El motivo de Garrett Wright… ¿Cómo se puede comprender un juego tan retorcido como el que él jugaba?

Mitch no respondió. Ella sabía que ninguno de los dos tenía una respuesta.

—¿Aún no habló? —preguntó suavemente.

—No.

—¿Encontraron el lugar al que me llevó?

—Aún no. Podría demorar un poco.

—¿Y Josh…?

—Lo encontraremos —declaró Mitch como si no hubiera cientos de casos que quedaban sin resolver para siempre—. Seguiremos buscando hasta que lo encontremos.

—Vi a Josh —dijo Megan lentamente—. Entre los golpes. Lo vi, pero no sé si estaba consciente o tenía una alucinación. No sé si lo que vi era real. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

Le dolió la cabeza tratando de separar lo real de lo ficticio. Saber que Wright era psicólogo, especialista en percepción y aprendizaje, sólo complicaba las cosas. ¿Podría haber instalado esa imagen en su mente? Posiblemente, pero eso no explicaría la conversación que había tenido ese día con Hannah.

Hannah había ido personalmente a llevarle el ramo de rosas. Pálida y delgada, tenía el aspecto de tener que estar en una cama en lugar de junto a un paciente, entregó el ramo a Megan y le agradeció todo lo que había hecho.

—Me capturaron y me golpearon —admitió Megan—. Creo que no merezco las gracias.

—Gracias a usted Garrett Wright está en la cárcel —dijo Hannah simplemente.

Megan no le preguntó qué se sentía frente al hecho de que su vecino, alguien en quien había confiado, la hubiera sumido en ese infierno. Mucha gente le haría esa pregunta una y otra vez, martirizando la herida abierta en el alma de Hannah.

—Tengo que preguntarle… —murmuró Hannah, tratando de ocultar el temblor de su voz. Miraba el cobertor de la cama, luego a Megan, luego otra vez el cobertor, al que acariciaba continuamente con sus dedos. Comenzaba a hablar, se detenía, respiraba profundamente y volvía a intentarlo—… ¿dijo… algo… sobre Josh?

—No —susurró Megan, deseando con todo su corazón poder ofrecerle algo más, una prueba concreta de que Josh estaba vivo. Pero todo lo que tenía era una visión que podría haber sido inducida por la droga. Miró a Hannah, sus oscuras ojeras, y las emociones

que no podía ocultar y se decidió. Un poco de esperanza era mejor que nada—. Vi… algo… —comenzó a decirle, eligiendo las palabras tan cuidadosamente como si estuviera cruzando un campo minado —. Él me drogó, así que no puedo decir si lo que vi fue real. En algunas cosas tengo la impresión de que lo fue. En otras… no sé.

—¿Qué vio? —preguntó Hannah con una expresión cautelosa. Megan sintió que Hannah estaba cada vez más tensa. Sus dedos dejaron el cobertor y se aferraron a la baranda de la cama.

—Creo que vi a Josh. Puede haber sido una proyección. Puede haber sido algo que Wright instaló en mi mente. No lo sé. Pero creo que lo vi en el otro extremo de la habitación, mirándome. No dijo nada. Sólo se quedó allí. Recuerdo sus ojos y sus pecas —buscó algún detalle en su memoria, un indicio de realidad—. Tenía un golpe en la mejilla y llevaba…

—Un pijama listado. —Hannah terminó la frase por ella.

Megan la miró sorprendida, y sintió un escalofrío.

—¿Cómo lo sabe?

Hannah respiró profundamente y se alejó de la cama.

—Porque yo también lo vi.

—¿Qué? —susurró Megan, casi atontada por la sorpresa. ¿Era por esto que Hannah había sido tan convincente durante el programa de la televisión acerca de que Josh estaba vivo?

—Lo vi una noche en mi mente, y era tan real que no puede haber sido sólo un sueño. Lo que usted me dijo confirma lo que yo ya creía. Josh está vivo. Recuperaré a mi hijo.

Megan también quería creerlo. Que encontrarían a Josh sano y salvo, y que podrían llevarlo a casa para que viviera feliz para siempre. Ahora estaba allí en su habitación, mirando hacia fuera, deseando, sabiendo que los deseos no llevarían a ninguna parte.

—Le pregunté si había matado a Josh. No me lo dijo. Me dijo que el juego aún no había terminado. Me dijo que habían tenido en cuenta todas las posibilidades, que no podían perder —explicó Megan a Mitch.

—Está sentado en una celda, acusado de secuestro, privación de los derechos parentales, asalto a un oficial, intento de asesinato, hurto y de ofrecer resistencia a la detención. Ruth Cooper lo identificó como el hombre que vio en la bahía de Ryan el miércoles, e identificó su voz. Lo tenemos atrapado de pies y manos. Yo diría que es gran perdedor.

—¿No hay señales de antecedentes?

—No.

Eso significaba que si Garrett Wright había cometido un asesinato, como el mismo Garrett le había dicho a ella, nadie lo había denunciado. El pensamiento sólo hizo más grande el vacío que Megan sentía en el estómago. Trató de aliviarlo pensando que ahora cada piedra del pasado de Wright sería dada vuelta. Una visión de gusanos retorciéndose le llenó la cabeza, y parpadeó para alejarla.

—¿Alguna conexión con un cómplice?

—Olie parece un buen candidato. Concurrió a algunas de las clases de Wright. Tenía la camioneta, tuvo la oportunidad, una historia. Wright debe haber tenido alguna influencia psicológica sobre él.

—¿Qué hay sobre Priest?

—Candidato a salir airoso en una prueba con el detector de mentiras. Todd Childs asegura que pasó gran parte del sábado con un amigo. Dice que fue al cine la noche en que Josh desapareció —resopló y se le sacudieron los hombros—. Estuve hablando con Karen Wright, tratando de averiguar si sabía algo, pero no fue de gran ayuda. Está tan perturbada que apenas puede pensar.

—Sí, bueno, es una sorpresa bastante desagradable… descubrir que uno está casada con un monstruo. Parece ser un tema recurrente desde que llegué aquí… sorpresas desagradables. ¿Crees que es una señal?

Megan trató de sonreír, pero le dolía no ser habitante del pueblo, y le dolían los puntos de sutura en el labio. Miró la escayola de su mano y sintió que la cuerda salvavidas se estaba haciendo más y

más delgada. No había esperanza de pertenecer a algún sitio. Palideció.

—Creo que deberías acostarte —dijo Mitch ceñudo.

—No me des órdenes —replicó Megan.

—¿Qué vas a hacer ahora, O'Malley? ¿Golpearme con tu escayola? —La irritación fingida no logró ocultar su preocupación.

—No me tientes. Estoy medio chiflada.

—Regresa a esa cama o te llevaré yo mismo —le señaló el camino—. Natalie tiene razón, necesitamos que regreses al trabajo. Ese imitador de Tom Hanks que enviaron aquí me está volviendo loco.

—¿Y yo no?

—Por lo menos tú eres una buena policía —gruñó—. Y puedo besarte cuando me vuelves loco.

—Quizás a Marty también le gustaría. ¿Le has preguntado?

—Muy divertido. Vamos, Megan, no estoy bromeando. Vuelve a la cama.

Megan ignoró el pedido, y volvió a mirar hacia afuera. Hablar sobre el trabajo sólo la hacía reflexionar sobre su delicada posición. El temor se acrecentaba en su interior. Se dijo a sí misma que debía controlarlo como había controlado tantas otras cosas de su vida…: sola. Mitch no la quería como una carga. Había sido muy claro con respecto a lo que quería de ella… un breve amorío, sin cuerdas que lo ataran ni complicaciones. Ahora ella era una gran complicación.

Aun así, la presión de un futuro incierto aumentaba, como un puño tembloroso, y al parecer no podía evitar que las palabras salieran de su boca.

—Quizá no regrese al trabajo —le dijo en un tono muy bajo—. Ni aquí ni en ninguna parte.

Observó la imagen de Mitch en el cristal mientras él se acercaba más a ella. Le acarició el pelo con una mano, y luego la apoyó sobre su hombro.

—Hey, creí que eras más dura. Nada termina hasta que termina, O'Malley. Ya sé lo que te pasó en la mano, cariño.

—No me llames cariño.

La abrazó con toda delicadeza y contuvo el aliento esperando que ella se apoyara en él.

Megan contuvo el aliento sintiendo la necesidad de que él la abrazara, pero esperó que la necesidad desapareciera. No era inteligente necesitar a alguien de esa manera. Lo había sabido durante toda su vida. *Párate sobre tus propios pies, O'Malley: Apóyate en tu propio corazón*. El problema era que no se sentía con la fuerza suficiente como para sostenerse sola, y el corazón ya se había ido. Ya no le quedaba nada para perder excepto su orgullo, y ahora estaba muy gastado.

Las lágrimas afloraron a pesar de todos sus esfuerzos para contenerlas. No tenía fuerzas para escudos ni armaduras; las defensas que habían protegido un alma demasiado tierna durante tanto tiempo. Sintió que todo lo que siempre había querido se le escapaba de las manos y se quedaba sola, sin nada, sin nadie. Había estado sola durante tanto tiempo y había sufrido tanto.

Las palabras, como las lágrimas, surgieron de mala gana.

—¡Estoy… tan… asustada!

Se volvió, apretó su cara contra el pecho de Mitch y lloró. Mitch la abrazó y trató de calmarla. Apoyó su barbilla sobre la cabeza de Megan y cerró con fuerza los ojos.

—Está bien —susurró Mitch—. Estoy aquí para acompañarte, Megan. No estarás sola.

Alzó su mentón y la miró a los ojos, unos ojos cautelosos, que habían visto demasiadas decepciones. Su mano sostuvo un rostro tan frágil, tan bello, que se le cortó la respiración. En ese instante no vio el ojo negro ni el labio golpeado. El sentimiento que le colmaba el pecho lo atemorizaba mucho.

—Estoy diciendo que te quiero, Megan —tragó saliva y volvió a decirlo—. Te amo.

—No —respondió ella, alejándose de él—. No.

Mitch la miró con el entrecejo fruncido.

—Sí, te amo.

—No —Megan negó con la cabeza, mientras iba con dificultad hacia la cama—. Tú no me amas. Me tienes lástima.

—No me digas lo que siento, Megan —gruñó Mitch—. Sé cuando estoy enamorado de alguien. Estoy enamorado de ti. No me preguntes por qué. Eres la mujer más obstinada y desconcertante que he conocido. Es por eso que sé que estoy enamorado de ti —levantó un dedo para enfatizar sus palabras—. Si no estuviera enamorado de ti, me gustaría retorcerte el cuello.

—Qué romántico —dijo Megan ocultando sus emociones tras el sarcasmo—. Es una maravilla que las mujeres no se arrojen a tus pies.

—No, tengo que encontrar una mujer que arroje algo a mi cabeza.

—Tienes suerte de que esté lisiada —se esforzó para subir a la cama.

Mitch emitió un sonido de frustración entre los dientes, y se acercó para ayudarla.

—Déjame que te ayude.

—No quiero tu ayuda.

—Terca —la tomó de la cintura y la levantó como una muñeca—. Maldición, Megan, no te vas a morir si dices que me necesitas o me cuentas cuando algo te hiere.

—Tú me hieres. No me digas que me amas cuando no es así. No soy lo que necesitas o quieres, y tú lo sabes. No sé nada sobre estar enamorada. Todo lo que sé es cómo ser policía y cómo estar sola. Así que, ¿por qué no te vas?

—Oh, Megan…

Ella entrecerró los ojos al ver la expresión de su rostro.

—No te atrevas a tenerme lástima, Mitch Holt. Y no discutas. Sólo vete.

—No te tengo lástima —respondió acercándose cada vez más—. Te amo. Y Dios sabe que te he deseado desde el primer día que te vi.

—Y me tuviste. Deberías estar contento.

—Y voy a tener que pagar por eso todos los días, ¿verdad? —murmuró Mitch casi para sí mismo—. No puedo decir que habría deseado esto. Me enloqueces. Me haces sentir. Quizá creí que no quería eso, pero lo necesitaba. Volver a sentir.

Le acarició la mejilla con un nudillo.

—Casi te perdí, Megan. No volveré a alejarme de ti. Nuestras vidas pueden cambiar tan rápido. En un abrir y cerrar de ojos. Es estúpido dejar pasar una oportunidad porque somos demasiado orgullosos o miedosos. Esa oportunidad podría no volver a presentarse.

Una oportunidad de amar. Una oportunidad que se presentaba ante ellos en este momento, como una débil promesa, un débil resplandor. Una oportunidad que Megan había anhelado en silencio durante toda su vida. La aterrorizaba pensar que podía ser un espejismo, que se desvanecería si trataba de alcanzarla. ¿Y si no lo hacía, qué tendría?

—Vamos, O'Malley, ¿qué eres… una gallina? —la desafió.

—No te tengo miedo, Holt —replicó Megan. Su aliento le quemó la garganta, frunció el entrecejo.

—Entonces pruébalo —dijo, acercándose más, deslizando sus dedos entre los cabellos y pasando ambas manos hasta la nuca—. Dime que me amas.

Megan lo miró a los ojos, observó la mirada, de policía rudo, los ojos que parecían tener cien años. Ojos que habían visto demasiado. Levantó la mano y la pasó por la cicatriz en el mentón.

—Rómpeme el corazón y te patearé el culo, jefe.

Una sonrisa pícara surgió en el rostro de Mitch.

—Creo que eso está bastante cercano.

Se inclinó, la besó en la mejilla sana y aspiró el aroma de su pelo y el perfume de su piel.

—Sé que tienes una regla contra las citas con policías, O'Malley —murmuró en su oído—. ¿Pero crees que podrías casarte con uno de ellos?

Megan apoyó su cabeza contra el pecho de Mitch y oyó los latidos de su corazón.

—Quizá —susurró sonriendo—, si ese policía fueras tú.

41
Día 13
22:04 -8 °C

Boog Newton estaba sentado con los pies apoyados sobre la tarima y la espalda contra la pared, hurgándose la nariz y con la mirada fija en el pequeño televisor. Nunca se perdía los informativos. Gran parte de las noticias le parecían basura, pero de cualquier manera no se los perdía. Era una costumbre. El hecho de que Paige Price convirtiera todo en un circo era una gratificación añadida.

La historia de la noche era la conferencia de prensa sobre el secuestro. Boog sentía una conexión personal con el caso después de lo que había sucedido con Olie. Escuchó atentamente mientras el jefe Holt no decía prácticamente nada a los reporteros.

—¿Sacando oro, Boog? —Browning, el carcelero, recorría las celdas. Estaba realizando las rondas cada quince minutos en lugar de cada dos horas como era lo acostumbrado, lo cual le obligaba interrumpir la lectura de su revista.

—Vete, cerdo —gruñó Boog, imitando un cuesco con la boca.

—¡Puah! —El carcelero saltó hacia atrás como si le hubieran disparado. Su rostro tenía una expresión de asco—. ¡Miren eso! ¡Dios mío! —Se agachó y salió por la puerta.

Boog se rió y se volvió para seguir viendo el informativo. El tipo de la celda vecina también estaba mirando. Siempre estaba allí

sentado todo el día, nunca decía nada, nunca cambiaba de expresión. Boog lo había visto varias veces observándolo como si fuera un insecto en un microscopio.

—Mira, están hablando de ti, ¿verdad? Tú eres el que se llevó al niño Kirkwood. Tú estás enfermo —declaró Boog, levantando el mentón—. Estás enfermo.

Garrett Wright no dijo nada.

—Oye, ¿sabes qué le pasó al último tipo que trajeron aquí? Dijeron que él lo había hecho. Lo pusieron en la celda en la que estás tú ahora. ¿Sabes lo que hizo? Se sacó el ojo de vidrio y se cortó las venas. Creo que estaba chiflado —apretó los labios y se rascó el cabello engrasado—. Tú también debes estar chiflado —dedujo.

Wright elevó las comisuras de sus labios.

—Enseño psicología en el Harris College.

Boog hizo otro cuesco, expresando con elocuencia su opinión sobre los profesores. En la televisión estaban mostrando policías y agentes del DCC que entraban y salían de una casa de Lakeside; la casa de Wright. Una atractiva mujer, de pelo rubio estaba junto a la puerta, con una expresión de desesperación.

—Dime —Boog volvió a mirar en dirección a Wright—, ¿qué hiciste con el niño? ¿Lo mataste o qué?

Garrett Wright sonrió para sí mismo.

—Que.

Día 14
Medianoche -6 °C

Hannah se despertó violentamente de un sueño inquieto. Dormir sola ponía en marcha una especie de sistema de alarma interno muy sensible, que se encendía al menor sonido o movimiento. Estaba en medio de la gran cama; miró el tragaluz y el rectángulo negro de la noche de enero, escuchando, esperando, con todos los músculos tensos. Nada. Ningún sonido, ningún movimiento. La casa estaba tranquila. La noche estaba en silencio. Hasta el viento, que había soplado implacable tantos días, tan frío y cortante como un pico de hielo, contenía ahora el aliento mientras terminaba un día y comenzaba otro, marcado por el tictac del reloj: 24:01.

Un nuevo día. Otro día para enfrentar. Otras veinticuatro horas para tratar de funcionar, pareciendo una persona normal, mostrándose como una impostora. Ya nada sobre su vida o sobre ella misma era normal. Enfrentaría este día, y el siguiente, y el siguiente, por ella misma, por Lily… por Josh.

Él está en algún lugar abrigado… no está preocupado… sabe que lo quiero…

Se levantó de la cama antes aún de que el sonido se registrara en su mente consciente. Pisó la alfombra con los pies descalzos. Tomó la vieja bata aterciopelada que Paul había desechado. Timbre de llamada. A medianoche… doce y diez. El corazón le latió con

violencia. Las posibilidades cruzaron por su mente: Paul intentando que lo perdonara, Mitch que venía con noticias… ¿Buenas? ¿Malas?

Oprimió el botón de la luz de la entrada con una mano, mientras con la otra se sostenía la bata a la altura del corazón. El timbre volvió a sonar. Miró por la mirilla.

—Oh, Dios mío.

Las palabras salieron como un susurro sofocado. Josh estaba en la escalera de entrada, esperando.

Un segundo después, Hannah estaba arrodillada sobre el frío peldaño. Abrazó a su hijo tan fuerte como pudo, llorando, agradeciendo a Dios, besando sus mejillas, besando su pelo, repitiendo su nombre una y otra vez. No sentía el frío ni la aspereza de la piedra en sus rodillas. Sólo sentía alivio y regocijo, y el pequeño cuerpo de su hijo contra el de ella. El alivio era tan enorme, que tenía miedo de que fuera un sueño. Pero si era un sueño sabía que no lo dejaría escapar. Se quedaría en este estadio y lo abrazaría, sentiría su tibieza, aspiraría su fragancia.

—Oh, Josh. Oh, Dios mío —susurró, las palabras temblaban en sus labios, mezclándose con el sabor salado de las lágrimas—. Te quiero. Te quiero tanto. Te quiero. Te quiero.

Acarició sus rizos despeinados con la mano temblorosa, acarició su espalda sobre el pijama listado que vestía. El mismo pijama con que lo había visto. El mismo pijama con el que lo había visto Megan O'Malley, aunque ella no sabía si lo que había visto era real o imaginario. Aún había tantas preguntas sin respuesta. Si Garrett Wright se había llevado a Josh, ¿quién lo había traído a casa?

Abrió los ojos y miró más allá de la escalera, hacia la noche iluminada por la luz de la luna. Nadie. Ningún coche. Ninguna sombra, excepto las de los árboles sobre la nieve. El pueblo estaba dormido, ignorante de todo, tranquilo.

Josh se movió un poco en sus brazos, y Hannah regresó a ese momento. Un momento tan perfecto, el que había esperado como una esperanza frágil y brillante en su corazón. Había recuperado a

su hijo. Tendría que llamar a Mitch… y a Paul… y al padre Tom. Llamaría al hospital y dejaría un mensaje para Megan. Josh debería ser llevado al hospital para que lo examinaran. La prensa volvería al ataque…

—Cariño, ¿quién te trajo a casa? —le preguntó—. ¿Lo sabes?

Hannah se inclinó hacia atrás para mirarlo. Él simplemente negó con la cabeza, y luego se colgó del cuello de su madre apoyando su cabeza sobre el hombro de ella. Hannah no lo presionó. En este momento no quería pensar en nada, sólo en Josh. Ninguna pregunta sobre cómo o por qué o quién. Lo único que importaba era Josh. Y él estaba en casa sano y salvo.

—Entremos, ¿sí? —le dijo suavemente, sollozando mientras Josh asentía con la cabeza contra su hombro.

Hannah se levantó con Josh en los brazos, apenas notando su peso mientras lo llevaba a la sala de estar. Su instinto materno y su instinto de médica realizaron una rápida evaluación de su condición física. El pequeño magullón de la mejilla, el que ella había visto en su sueño, estaba desapareciendo. Estaba más delgado y pálido, pero entero, y pedía que lo abrazaran. Hannah lo hizo con gusto. Quería tenerlo cerca, físicamente unido a ella. Lo sentó en su falda mientras usaba el teléfono portátil para llamar a Mitch y luego a la oficina de Paul. Mitch prometió llegar en unos minutos. El contestador automático recibió la llamada en la oficina de Paul. Encauzó celosamente todas sus emociones hacia el regreso de Josh, y no se irritó al comprobar que Paul no estaba allí; simplemente dejó el mensaje y colgó.

—No importa, cariño —besó la cabeza de Josh y lo abrazó con fuerza—. Lo único que importa es que estás en casa, que estás a salvo.

Se enjugó las lágrimas y lo miró. Se había dormido en sus brazos. Su cabeza cayó hacia atrás mientras respiraba tranquilamente. Sus largas y espesas pestañas apoyadas en las mejillas. *Mi ángel. Mi bebé*. Los pensamientos eran tan familiares

como su rostro, pensamientos que había recitado en su mente desde antes de su nacimiento, y durante innumerables noches después del parto, cuando entraba en su habitación para observarlo dormir. *Mi ángel, mi bebé… tan perfecto*.

Un pequeño dolor quebró su regocijo. *Perfecto*. Josh siempre había sido un niño feliz, una alegría para ella. ¿Qué sería ahora? ¿Qué habría sufrido? Las posibilidades la habían atormentado cada hora que él estuvo lejos. Ahora estaban rondando su alivio como una manada de hienas. Las alejó mientras dejaba a su hijo dormido en el sofá. Estaba entero y limpio. Le besó la frente, lo cubrió con una manta y aspiró el aroma del champú en su pelo. Deseaba levantarle la manga para ver si tenía una venda en el interior del codo, pero no quería despertarlo. Y quería que él tuviera ese momento de tranquilidad antes de enfrentar todos los exámenes y responder todas las preguntas.

En lugar de ello apoyó las yemas de dos dedos en la muñeca. Su pulso era regular y normal. No contó las pulsaciones; sólo se concentró en lo que representaban: la vida. Él estaba vivo. Él estaba con ella. Un trozo de su corazón perdido había regresado y latía junto al de él.

—¿Dijo algo sobre Wright? —preguntó Mitch con tranquilidad. Estaba sentado en un sillón de orejas, con los brazos apoyados sobre las rodillas y el abrigo abierto. Cuando recibió la llamada de Hannah saltó literalmente de la cama y se puso unos tejanos y un jersey. Tenía el pelo completamente despeinado. Ojalá Megan hubiera podido estar con él para ayudarle a hacer estas preguntas, para cerrar un caso en cuya solución tanto se había esforzado.

—No —Hannah estaba sentada en el suelo, frente al sofá donde Josh estaba dormido entre los pliegues de una manta roja. Lo tocaba constantemente, le acariciaba el pelo, le frotaba la espalda, le daba una palmadita en la mano, como si al romper el contacto

físico fuera a desaparecer el hechizo y él también—. No ha dicho nada. Le pregunté si sabía quién lo había traído a casa. Negó con la cabeza.

—Está conmocionado. Tardará un poco…

No terminó el pensamiento, no quería hacerlo. La mayoría de los pasos que seguirían llevarían a mayor infelicidad, y por el momento no quería amargar a Hannah. Pero había que cumplir con el deber. Había que cumplir con los procedimientos, era necesario hacer las preguntas. Aun a estas altas horas de la noche, Mitch había enviado hombres a golpear las puertas de los vecinos buscando a alguien que pudiera haber visto algo fuera de lo común.

—Tendremos que llevarlo al hospital esta noche…

—Lo sé.

—Y tendrá que responderme algunas preguntas. Si nos puede decir algo sobre Wright…

—¿Para qué? Garrett Wright está en la cárcel y Josh regresó a casa. ¿En qué ayudará eso al caso?

—No lo sé. Mucho depende de Josh, de lo que pueda decirnos. Pero si no puede decirnos nada útil, aún tenemos la rueda de reconocimiento, y tendremos la prueba de la sábana. Si Wright cree que con esto se salvará, puede volver a pensarlo. Lo tenemos, querida —le dijo con la mirada fija y tono firme—. Pescamos a Garrett Wright, es tan culpable como el pecado, y seguiremos buscando hasta encontrar a su cómplice. Y también lo atraparemos.

Se levantó del sillón y le extendió la mano a Hannah.

—Es una promesa. Él próximo juego de Garrett Wright será en una Corte de Justicia. Creo que la Señora Justicia le dará una buena patada en el culo.

—Eso espero.

Mitch le apretó los dedos en un gesto tranquilizador.

—Sé que así será. Pero ahora no quiero que se preocupe. Esta noche lo único que tiene que pensar es que Josh está en casa. Eso es lo único que importa.

—Realmente eso es lo único que importa —coincidió Hannah mirando a su hijo dormido.

Podría haberse perdido para siempre, desaparecido en un mundo de sombras, como les pasaba a muchos niños todos los años y nunca se los volvía a ver, dejando sólo interrogantes y corazones rotos en las personas que los amaban. Por razones que sólo conocía la oscura mente de su captor, a Josh le habían permitido salir de las sombras. Eso era todo lo que importaba. La verdad, la justicia, la venganza, eran pensamientos distantes y abstractos para Hannah. Su mundo había sido destrozado, sus vidas alteradas de manera irreversible, pero Josh estaba en casa. Realmente eso era lo único que importaba.

Josh estaba en casa. Sus vidas volverían a empezar.

www
Registro diario
Día 13

Ellos creen que nos han derrotado en nuestro propio juego.

Pobres mentes simples.

Todo maestro de ajedrez sabe que para llegar a la victoria concederá algunas pequeñas derrotas.

Quizás han ganado un movimiento, pero falta mucho para terminar la partida.

Creen que nos han derrotado.

Sonreímos y decimos: Bienvenidos al siguiente nivel.



TAMI HOAG, (Tami Mikkelson, 20 de enero de 1959 — Estados unidos). Autora conocida por sus novelas de suspenso y románticas. Comenzó su carrera escribiendo novelas románticas para *Bantam Books* y luego incursionó en el género de suspenso, logrando varios éxitos de ventas del *New York Times*. Además de su exitosa carrera como escritora, Hoag también es una jinete competitiva de doma clásica.

Índice de contenido

Pecados nocturnos
PECADOS NOCTURNOS
Registro diario 27 de agosto de 1968
1 12 de Enero de 1994. Día 1 17:26 -5 °C
17:17 -5 °C
www Registro diario Día 1
2 Día 1 18:42 -5 °C
3 Día 1 19:33 -6 °C
4 Día 1 20:26 -7 °C
5 Día 1 21:30 -7 °C
6 Día 1 21:22 -7 °C
7 Día 1 22:02 -8 °C
8
Día 2 4:34 -11 °C
5:43 -11 °C
www Registro diario Día 2
9 Día 2 7:30 -11 °C
10 Día 2 17:16 -8 °C
17:28 -8 °C
11 Día 2 20:41 -9° C
21:16 -10° C
12 Día 2 21:43 -10 °C
21:45 -10 °C
22:58 -10 °C
www Registro diario Día 2
13 Día 3 5:51 - 9°C
8:22 -11 °C
14 9:19 -9 °C
10:02 -8 °C
11:18 -7 °C
15 Día 3 16:55 -5 °C

17:01 -5 °C
16 Día 3 18:10 -5 °C
20:19 -6 °C
20:43 -6 °C
21:05 -7 °C
17 Día 4 0:24 -8 °C
www Registro diario Día 4
18 Día 4 5:42 -11 °C
11:20 -6 °C
12:04 -6 °C
19 Día 4 21:55 -10 °C
Día 5 12:11 -8 °C
20 Día 6 7:00 -27 °C -48 °C
9:00 -27 °C -48 °C
11:13 -28 °C -44 °C
13:07 -24 °C -44 °C
21 21:00 -33 °C -51 °C
22:27 -34 °C -52 °C
22 Día 7 Temperatura máxima estimada: -31 °C Sensaciones térmicas: -51 °C -56 °C
19:00 -33 °C -52 °C
19:04 -33 °C -52 °C
19:16 -33 °C -52 °C
19:30 -33 °C -52 °C
19:42 -33 °C -52 °C
23 Día 7 20:37 -35 °C -53 °C
Día 8 3:00 -37 °C -56 °C
www Registro Diario Día 8
24 Día 8 3:17 -37 °C -56 °C
4:32 -36 °C -53 °C
10:00 -32 °C -48 °C
25 Día 8 13:42 -31 °C -45 °C
14:14
26 Día 8 15:07 -32 °C -42 °C
16:55 -32 °C -42 °C
27 Día 8 17:39 -32 °C -42 °C

18:24 -33 °C -45 °C
28 Día 8 21:03 -34 °C -48 °C
21:57 -34 °C -48 °C
22:55 -34 °C -48 °C
www Registro diario Día 8
29 Día 9 8:00 -30 °C -46 °C
11:00 -28 °C -43 °C
30 Día 9 11:57 -28 °C -43 °C
21:23 -30 °C -45 °C
Día 10 1:02 -31 °C -40 °C
31 Día 10 5:47 -30 °C -40 °C
7:15 -28 °C -38 °C
7:42 -28 °C -38 °C
32 Día 10 8:14 -28 °C -38 °C
9:41 -28 °C -38 °C
14:20 -26 °C -35 °C
16:27 -28 °C -38 °C
33 Día 10 19:24 -30 °C -41 °C
20:55 -31 °C -43 °C
www Registro diario Día 10
34 Día 11 9:45 -5 °C -12 °C
10:28 -5 °C -12 °C
35 Día 11 11:22 -4 °C -10 °C
36 Día 11 17:00 -5 °C -11 °C
17:07 -5 °C -11 °C
17:15 -5 °C -11 °C
37
20:41 -5 °C -12 °C
38 Día 11 21:03 -6 °C -13 °C
39 Día 11 21:51 -7 °C -14 °C
23:47 -8 °C -17 °C
40 Día 13 17:54 -7 °C
41 Día 13 22:04 -8 °C
Día 14 Medianoche -6 °C
www Registro diario Día 13
Sobre la autora